

V.M. Granda

The background of the cover features a tropical island with green vegetation and a few buildings, situated in the middle of a clear blue ocean. The sky is a pale, hazy blue. In the foreground, a large, dark, semi-transparent shadow of a human skull is cast across the bottom half of the image, creating a stark contrast with the serene scene above.

Borikai

El terror aguarda en el paraíso



V.M. Granda

Borikay

El terror aguarda en el paraiso

Borikai

V.M.Granda

Portada y contraportada: V.M.Granda

© 2019 V.M.Granda

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del autor.



safecreative

1906281313121

INFO ABOUT RIGHTS

Agradecimientos

Quiero dedicarle esta obra a todos los que, con vuestras palabras, me dais la fuerza necesaria para continuar creando historias imposibles. Gracias de todo corazón a todos los que me alentáis a seguir adelante.

Para Juanfra, Marian Calleja, Akiles, Javier Torres, Ignacio Ferreira, Óscar, Luis, Alcobó, Daniel, Juan Pedro Nufrio, Agustín, Pablo Díaz, Jordix, Garma, Nieves, Bibiana y tantos más que siempre estáis ahí.

V.M.Granda

Contenido

Agradecimientos

Prólogo.

Capítulo 1. Beaumont.

Capítulo 2. Sandra.

Capítulo 3. La cala.

Capítulo 4. Las ofertas.

Capítulo 5. Primer incidente.

Capítulo 6. La llegada.

Capítulo 7. La isla.

Capítulo 8. Primera noche en la isla.

Capítulo 9. Primer amanecer en la isla.

Capítulo 10. La habitación de los niños.

Capítulo 11. Viaje a San Pedro.

Capítulo 12. El ataque de los *Banuts*.

Capítulo 13. En San Pedro.

Capítulo 14. Marian en la cueva.

Capítulo 15. La reunión de Beaumont.

Capítulo 16. Escapando del campamento.

Capítulo 17. Los ensayos.

Capítulo 18. Evacuando.

Capítulo 19. El Cubo.

Capítulo 20. El averno.

Capítulo 21. El reencuentro.

Capítulo 22. El pesquero.

Capítulo 23. El desembarco.

Capítulo 24. El fin.

Epílogo

[Más libros del autor](#)

Prólogo.

Cuenta la leyenda que en el mes de junio de 1831, un terrible huracán asoló Borikai, una pequeña isla situada en el golfo de Guinea a unas pocas millas al suroeste de Santo Tomé, un territorio que por aquel entonces se encontraba bajo control británico a pesar de que España mantenía la soberanía formal sobre aquellas islas.

Tres semanas después del huracán y tras un mes sin poder visitar Banutae (la mayor aldea de la isla) debido a que había permanecido aislada del resto de las islas por los devastadores efectos que el huracán había tenido sobre las embarcaciones amarradas en ellas, tras una larga y penosa travesía un sacerdote logró navegar hasta Borikai y atravesando la jungla a pie, alcanzó la aldea.

Pero no le hizo falta entrar en ella para percatarse de que algo, tan terrible como diabólico, había ocurrido.

A pesar de encontrarse en una zona cubierta de selva, fue recibido por un tenebroso silencio y según se fue aproximando a las primeras cabañas se encontró con el cuerpo sin vida de un nativo. Al verlo, el religioso se santiguó y como si estuviese suplicando la protección divina, sujetó con fuerza el crucifijo de madera que llevaba colgado al cuello. La horrible visión de aquel cuerpo parcialmente devorado por las alimañas, cuyas extremidades habían desaparecido y con el rostro completamente amoratado le aterró.

Con la cruz en alto se encaminó hacia las viviendas y lo que en ellas se encontró le sobrecogió aún más. Por doquier, cuerpos inertes yacían esparcidos por el suelo. Trastornado por la escena comenzó a gritar demandando ayuda, pero nadie acudió a su desesperada llamada. Recorrió las cabañas en busca de algún superviviente, pero todas ellas estaban desiertas. Aquellos infelices habían encontrado la muerte en el exterior y toda la aldea estaba poblada por cadáveres en avanzado estado de putrefacción y gigantescos ciempiés que se movían entre los gusanos que asomaban de sus negruzcas heridas. Un poco más adelante, encontró abierta la puerta de la diminuta ermita y en su interior, descubrió los cuerpos de una veintena de feligreses.

Unos se encontraban abrazados a los santos; otros caídos al pie de la cruz situada tras el altar y los niños de pecho que había en el lugar, aún

permanecían abrazados a sus madres, mientras que desde algún lugar de la selva le llegaba el sonido de unos tambores extendiéndose sobre la trágica y espeluznante escena.

Presa del pánico, el padre corrió hasta el bote que había dejado en la playa y regresó a Annobón. Allí, contactó con los nativos de la pequeña aldea de Mabana para que mandasen dos emisarios a San Antonio requiriendo que les fuera enviada ayuda urgentemente, pero los pocos nativos que quedaban en la aldea se negaron a hacerlo alegando que todos los guerreros habían partido de cacería, por lo que el sacerdote no tuvo más remedio que pernoctar en la aldea y aguardar hasta el atardecer del siguiente día.

Por fin, dos días después del hallazgo las autoridades enviaron un balandro fuertemente armado ya que tenían conocimiento previo de varios ataques a aldeas cercanas y navegaron hasta la isla.

En cuanto llegaron a la aldea, inspeccionaron los cadáveres y atribuyeron las muertes a un envenenamiento, pero la sabiduría popular acusó a la mambo Vanda, una hechicera blanca y de largo pelo dorado que había sido vista en la isla acompañando a un hombre blanco.

Se decía que ambos habían llegado a la isla un año atrás y que el hombre era un *bokor*, un hechicero vudú que practica la magia negra y que se había servido de sus poderes para someter a los nativos de la isla a cambio de que los ingleses le concedieran la explotación de la isla y el control de los tres pequeños poblados que había en ella.

Dos de ellos ya se habían sometido a su poder, pero los habitantes de Banutae, siguiendo la recomendación del sacerdote, se habían negado a participar en sus demoniacos sacrificios rituales en los que según se decía se practicaba el canibalismo con niños y la exhumación de cadáveres.

Eran muchos los que aseguraban que debido a la desobediencia de los nativos, la mambo Vanda había vertido en el manantial que abastecía a la aldea unos polvos *wanga* con el fin de capturar el *Ti Bon Ange* (el alma) de sus habitantes y convertirlos en esclavos para que le sirviesen en sus maléficos fines.

Una fosa común abierta a toda prisa en la misma aldea, albergó los cuerpos de aquellos infortunados y a continuación, debido a que un botánico portugués puso en duda que el envenenamiento hubiera sido la causa de las muertes y las achacó a una posible peste, las autoridades decidieron quemar la aldea para

eliminar todo peligro de infección, bien fuera por la peste o por cualquier otra enfermedad.

En cuanto los europeos abandonaron la zona, los habitantes de los poblados cercanos talaron gran parte de los árboles y con ellos levantaron una empalizada que aisló la pequeña península en la que se encontraba ubicada la aldea del resto de la isla. Lo hicieron con el propósito de impedir que los *Nvumbi*, los cuerpos sin alma de sus habitantes que aún continuaban bajo el dominio del malvado *bokor*, pudieran salir de ella con el objetivo de capturar más víctimas con las que continuar realizar sus sacrificios.

Pero eso no fue suficiente para tranquilizar a los nativos y apenas tres meses después, los escasos habitantes que quedaban en la isla se trasladaron a Annobón.

A partir de entonces, Borikai fue una isla deshabitada y durante muchos años nadie volvió a visitarla. Los pescadores no se acercaban a su costa, nada volvió a sembrarse ella y la maleza se adueñó de aquel lugar. Las ruinas de los poblados, otrora habitados por felices gentes, permanecieron como testigo mudo de la maldad hasta que, hace unos pocos años, una sociedad de inversiones que buscaba un lugar en el que construir un lujoso y exclusivo complejo hotelero para millonarios, adquirió la isla maldita.

Se trataba de un proyecto muy ambicioso y aparentemente sencillo de realizar gracias a la connivencia de algunos altos funcionarios guineanos, pero en cuanto las obras dieron comienzo, también lo hicieron una larga serie de tribulaciones que amenazaban con paralizar indefinidamente el ambicioso proyecto.

Lo que vais a leer a continuación, es la triste historia de todos aquellos que tuvieron la mala fortuna de participar en tan infausta empresa.

Capítulo 1. Beaumont.

Isla West Langley. Jamaica.

15 de Julio de 2001

11.30 a.m.

Beaumont entreabrió muy lentamente los ojos y apreció que se encontraba en su lujosa habitación, tumbado sobre su absurdamente costosa cama de tres metros y rodeado por su médico personal, la enfermera, uno de sus guardaespaldas y... ¿el jardinero? ¿Qué diantres pintaba él allí? ¿Es que acaso le habían contratado para llorar al lado de su cadáver?

Él no necesitaba que nadie le llorara. Nunca lo había necesitado y ahora que estaba muerto aún menos. Aunque claro, quizás no lo estuviera. La verdad es que todo aquello era tan absurdo como exagerado, pero ciertamente no le importaba demasiado.

Siempre había sido un hombre cabal así que decidió centrarse en analizar su situación. ¿Estaba realmente muerto? ¿Aquel lugar era el infierno? ¿Y si lo era, por qué se parecía tanto a su habitación? Era conocedor de que en los mentideros de la bolsa, cada vez que él se pasaba por allí solían murmurar que debía haber hecho un pacto con el demonio y que a cambio, este le había concedido el don de atraer el dinero.

Pero que el infierno se pareciera tanto a su lujosa residencia, era demasiado hermoso como para poder ser cierto, así que giró la cabeza y vio una multitud de máquinas y pantallas que monitoreaban su estado. En ese momento, cerró los ojos con desesperanza al darse cuenta de que todavía continuaba con vida. ¡Vaya por Dios! Por un momento había creído que su plan había salido bien y que por fin había fallecido. Pero no. Habría sido demasiado fácil y su vida, a pesar de lo que muchos decían, nunca lo había sido.

Desde muy joven había tenido que luchar muy duramente para ascender posiciones. Primero tuvo que hacerlo en el orfanato y si de verdad existe el infierno, aquello debía de parecerse mucho. Su baja estatura y la mancha de

nacimiento que cubría gran parte de su cara, le habían valido mil crueles motes y constantes burlas que había arrastrado hasta que ya en el instituto, decidió dejarse crecer una larga y tupida barba de la que jamás se quiso separar, ni tan siquiera cuando en la universidad de La Sorbona, una compañera de clase le dijo que si se la quitaba, ella le libraría para siempre de la pesada losa que arrastraba.

Y es que a sus veinte años era el único chico al que nunca se había visto en compañía de una chica y ella estaba dispuesta a “hacerle un hombre”. Pero ante la estupefacción de la chica, él se negó en redondo a aceptar su oferta. Prefería cargar un par de años más con aquella tontería de adolescentes a regresar a los tiempos en los que sus compañeros se metían con él llamándole “Mapamundi” o “Quasimodo”.

Una vez hubo finalizado su carrera de económicas, Beaumont comenzó a trabajar en un despacho de inversiones de Ginebra. Allí aprendió lo que era trabajar quince horas diarias, siete días a la semana, cuatro semanas al mes, pero también aprendió a disfrutar de su soledad y a aprovecharse de la ventaja que le daba su nula vida social.

Mientras que sus compañeros corrían detrás de las mujeres y disfrutaban gastando sus generosos emolumentos en viajes y coches deportivos, él vivía en una modesta pensión, comía bocadillos de mortadela y nunca salía de juerga o a cenar a un buen restaurante. Su única diversión, más bien su obsesión, consistía en invertir en la bolsa cada céntimo que ganaba y eso era algo que él sabía muy bien cómo hacer.

Diez años después ya había ganado su tercer millón de libras y entonces, por fin se atrevió a dar el paso que llevaba tanto tiempo planeando y lo hizo a pesar de que todos le advirtieron que se arruinaría. Pero él no les escuchó y abrió su propio despacho de inversiones en una ciudad que apenas había comenzado a construirse sobre las arenas del desierto. La floreciente Dubái.

Apenas unos meses después levantó su propia constructora y a partir de ese momento, el dinero no dejó de fluir haciéndole más y más rico a cada día que pasaba. Sus negocios se multiplicaron, sus empresas se expandieron por todo el planeta y su fama de magnate le precedía allí por donde fuera.

Pero a pesar de que Beaumont se había convertido en un triunfador continuaba

solo. Siempre había sido consciente de que no era un hombre especialmente atractivo y precisamente por eso, siempre había sabido que las hermosas mujeres que se habían interesado por él, en realidad se sentían atraídas únicamente por su fortuna. Ese era el motivo por el que a pesar de que ya tenía sesenta años, nunca se había casado, y también por eso nunca había tenido hijos.

Pero ahora que ni sus sacrificios, ni su ingente fortuna le servían de nada, se arrepentía de no haber vivido un poco más, de no haber disfrutado jamás de las pequeñas cosas de la vida. Pero ya era demasiado tarde para cambiar su pasado. Se estaba muriendo. El cáncer se extendía por su cuerpo y a pesar de los sedantes, los dolores se estaban volviendo insoportables. Eso era algo que alguien como él, un hombre que había luchado durante toda su vida no estaba dispuesto a permitir. Ninguna enfermedad le derrotaría. Antes de verse convertido en un guiñapo humano prefería pegarse un tiro y ser él quien decidiera cuándo, cómo y dónde exhalaría su último aliento.

Y eso fue precisamente lo que hizo. Voló en su jet hasta una isla privada que poseía en el caribe y cómodamente sentado en la terraza principal de su lujosa mansión, llenó una copa de cristal de Bohemia y oro con el Coñac más caro de su millonaria bodega, cargó tranquilamente una pistola de duelos francesa de mediados del siglo XIX, la apoyó en su sien derecha y apretó el gatillo.

En ese momento, el doctor Óscar se acercó hasta él y sonriéndole de una forma que le pareció totalmente fuera de lugar, le dijo con voz serena:

—Hola Beaumont. Me alegro de que se haya despertado. Esa es una buena señal—

—Maldito seas, Óscar—, gruñó torciendo el gesto al notar un desagradable sabor metálico en la boca —He fallado. Me he disparado en la cabeza y sigo con vida, así que de buena señal nada. ¿Qué diablos me espera ahora? ¿Quedarme tetrapléjico y cagar a través de un tubo hasta que el cáncer me maté?—

—Sé que esto le parecerá imposible y, la verdad es que he dudado mucho en cuándo y en cómo decírselo, pero no sólo el disparo no le ha producido

lesiones cerebrales, sino que además... el cáncer ha remitido—

—¿Qué... qué diantres estás diciendo? ¿Crees que este es un buen momento para hacer bromas de mal gusto?—, gruñó con tono huraño y amenazador.

—Sé que esto le sonará a locura, pero cuando se disparó, su jardinero Pedro, escuchó la detonación, fue corriendo a su lado y también fue él quien dio la alarma. Yo vine en cuanto me lo dijeron y... le juro que apenas tardé quince minutos en llegar, pero ya era demasiado tarde y no pude hacer nada. Estaba muerto—

—Pues vaya mierda de médico que tengo en nómina—, murmuró socarrón —O eso, o la verdad es que para estar muerto no me veo tan mal como me había esperado—, murmuró Beaumont mirándose las manos y frunciendo el ceño con extrañeza. Parecían más tersas que nunca.

—Es que como ya le he dicho no lo está. Cuando dije que no había nada que hacer, su jardinero fue corriendo hasta el viejo altar de la virgen que está situado al pie de la playa y al poco tiempo regresó con un pequeño frasquito de cristal que contenía una especie de óleo oscuro y me suplicó que le permitiera untar con él la herida de la cabeza. Yo... estaba tan impactado que no pude ni responderle, así que lo hizo y... no sé cómo explicarlo, pero volvió a la vida y durante los tres días que ha permanecido inconsciente he estado realizando constantes análisis y todo tipo de pruebas. No me podía creer que hubiera regresado de la muerte, pero aunque suene estúpido, aún me costó más creer que las células cancerígenas hubieran desaparecido. Ya no tiene usted el menor rastro del cáncer y, de hecho, está más sano que yo mismo. Con la única inconcebible anomalía en sus constantes vitales, por lo demás todos los parámetros de sus análisis son envidiables incluso para un veinteañero y es que... bueno, que su mancha de nacimiento también ha desaparecido. Incluso tiene algo más de pelo y parece varios años más joven. Yo diría que ahora no aparenta más de cincuenta. Es una lástima que no haya quedado nada de esa milagrosa sustancia porque le aseguro que viendo el efecto obrado en usted, si la hubiera yo mismo me la aplicaría sin dudarle un solo instante—

Beaumont incorporó lentamente el torso hasta apoyar la espalda sobre el almohadón que le puso una de las enfermeras. No podía creer lo que estaba oyendo, pero estaba seguro de que Óscar no se atrevería a mentirle en algo tan

serio como aquello. Su mirada atravesó la cristalera de su habitación y pareció perderse más allá del océano mientras murmuraba:

—Reúne inmediatamente al consejo. De ahora en adelante, nuestra prioridad será encontrar y replicar ese milagro—

Capítulo 2. Sandra.

Isla Borikai. Golfo de Guinea.

2 de noviembre de 2015

18.15 p.m. Hora local.

En el diminuto paraíso tropical que era Borikai, aquella era otra tarde soleada y luminosa hasta que inesperadamente, un colosal muro de espesa niebla apareció de la nada y deslizándose sobre el sereno océano, llegó a la isla y todo comenzó.

Sandra se detuvo y notó un intenso estremecimiento a la vez que sentía cómo se le formaba un nudo en el estómago mientras trataba de orientarse, pero aquella grisácea masa húmeda y la densa vegetación, no se lo estaban poniendo muy fácil. Apenas era capaz de distinguir nada a más de dos o tres metros de distancia. Tragó saliva y por primera vez en su vida tuvo que reconocer que estaba asustada.

Había vivido varios años en Lugo, una ciudad en la que debido a su encajonamiento a orillas del río Miño, la niebla es un fenómeno común y extremadamente persistente, pero jamás había visto una tan espesa y con un comportamiento tan extraño como aquel .

Cuando se refugió junto a un enorme Baobab y descubrió su mochila apoyada en él, sintió un momentáneo alivio al encontrarla, pero este se esfumó en cuanto se dio cuenta de que aquello significaba que llevaba unas dos horas caminando en círculo y que se había perdido.

—Venga, por favor dame una alegría...—, murmuró en voz baja mientras estiraba su mano hacia la mochila en busca de su teléfono móvil. Pero casi al instante sus esperanzas se esfumaron. No había cobertura.

—Vamos, no me fastidies...—, protestó viendo que aún estaba pendiente de envió la fotografía que le había enviado a su amiga.

—¡Venga! ¡Por dios santo! ¡¡Funciona, maldito cacharro!!—, pero sus ruegos fueron inútiles y terminó por arrojarlo con rabia devolviéndolo al interior de la bolsa.

—Tranquila Sandra—, se dijo a sí misma intentando serenarse —Todo está bien. Esto solo es un poco de niebla y la niebla nunca ha matado a nadie; bueno... salvo cuando alguien se despista, se sale del camino y acaba despeñándose por un barranco. O cuando alguien se pierde en una isla maldita, su cuerpo desaparece y vuelve a aparecer dos semanas después parcialmente devorado por las alimañas—, musitó al tiempo que sacaba un chubasquero y se lo ponía.

Sandra sabía muy bien de lo que hablaba. Ella era ingeniera y su empresa la había enviado para estudiar el estado en el que se encontraba el único edificio de toda la isla, una vieja mansión de estilo victoriano construida a mediados del siglo XIX. Apenas había tardado veinticuatro horas en elaborar un detallado informe en el que aconsejaba su inmediata demolición debido a que unas antiguas excavaciones en el sótano, habían provocado el desplazamiento parcial de las zapatas de los cimientos, lo que conllevaba un evidente riesgo de derrumbe.

Pero en aquel instante eso no era lo que la preocupa. Lo que realmente la había llevado a estar perdida en medio de la niebla, era su deseo de alcanzar la cala en la que atracaba la lancha que la sacaría de aquella isla, y el motivo por el que le urgía hacerlo cuanto antes no era otro que el macabro hallazgo que había hecho en el sótano.

Había encontrado un esqueleto humano con evidentes signos de haber sido descuartizado... antes de morir, y en cuanto se lo comunicó a la hermana del vigilante de mansión, una joven pareja de guineanos que vivían en la cercana isla de Annobón, esta le contó una absurda historia de fantasmas que recorrían la isla en busca de personas con las que alimentarse y algo sobre una hechicera que había sido confinada en ella y que desataría el infierno sobre la tierra si algún día alguien lograba liberarla.

Pero evidentemente ella no la creyó. Sandra era una mujer del siglo XXI y no creía en leyendas y cuentos de viejas, así que le pidió que contactara de inmediato con las autoridades.

No estaba dispuesta a participar en el encubrimiento de un asesinato por muy antiguo que este fuera, pero para su sorpresa, el vigilante se negó a hacerlo y se marchó de la mansión a toda prisa.

Sandra no tenía ni la menor idea de a dónde se había dirigido, pero intuía que

aquel chico no estaba en su sano juicio por lo que cogió su bolsa y se encaminó hacia la cala en la que había desembarcado. Allí atracaba la lancha que la traía y la llevaba a la cercana isla de Annobón en la que estaba el hotel en el que se alojaba. Todos los días, la recogía a las siete de la tarde así que si llegaba hasta la cala no tendría que esperar demasiado por ella y además, en la cala había un cobertizo en el que había visto una emisora con la que tal vez podría pedir ayuda.

Sin embargo, su plan no estaba saliendo tal y como ella lo había planeado. Aquella molesta niebla había aparecido de repente y se encontraba totalmente desorientada.

“Bueno”, pensó tragando saliva. “Guardemos la calma. El camino va descendiendo, así que no puedo estar demasiado lejos de la costa. Aunque eso sí; creo que este no es el camino correcto. Se parece más al que lleva a la zona en la que descargan los materiales de construcción. Aunque en realidad quién sabe, podría seguir perdida durante horas. Incluso podría tener que pasar la noche a la intemperie. Maldita sea. Soy una completa estúpida”

Entonces una corriente de aire cargada de humedad llegó hasta su espalda al mismo tiempo que notaba un profundo estremecimiento al escuchar el sonido de una voz femenina, preguntándola:

—¿Señorita? ¿Qué hace todavía por aquí?—, la voz de la hermana del vigilante temblaba ostensiblemente

—Ya se lo advertí cuando llegó. Nadie debe pasar la noche en la isla, ¡¡Nadie!!—, gritó perdiendo los nervios.

—Ah... hola Nelida. Lo siento pero es que me he perdido... un poco—

—No. Se ha perdido mucho. La cala se encuentra justo en el lado opuesto de la isla. ¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que debo hacer con usted?—

—¿Cómo que qué se supone que deberías hacer conmigo? Qué te parece si me ayudas a llegar hasta el hotel? ¿Vosotros también tenéis que ir a la isla, verdad?—

—No, no en estas fechas. Ya estamos en Noviembre y nunca abandonamos la isla en Noviembre... y mucho menos, hoy—

—¿Puedo preguntarte por qué? ¿Es que se trata de una fecha especial? ¿Quizás es por algo cultural o alguna de esas tonterías folklóricas?—, preguntó extrañada.

—Podríamos decir que sí. Hoy es dos de Noviembre y para nosotros esta es la

noche de las almas y por lo tanto, también es cuando más atentos tenemos que estar—, contestó ella con tono agitado —Está bien—, dijo suspirando —Venga conmigo, pero la ruego que no haga el menor ruido ¿de acuerdo?—

—Como tú digas, cariño—, contestó ella —Y muchas gracias. Esta maldita niebla me estaba crispando los nervios—

—No es solo niebla—, dijo lacónicamente —Es la señal de que el mundo de los muertos y el de los vivos están muy cerca... rozándose. Siempre lo están en estas fechas y es por eso por lo que mi hermano y yo vigilamos para que nadie pase de uno a otro—, dijo cruzando con ella una mirada que Sandra no supo cómo interpretar.

—Ya, ya, por supuesto. Lo que tú digas, cariño, pero para mí solamente es niebla—, replicó dando por zanjada la absurda respuesta que acababa de escuchar y, sin mediar más palabras, caminaron hasta que unos quince minutos después se detuvieron ante la puerta metálica que cubría la entrada de lo que parecía ser una cueva natural.

—¿Esto es una broma? ¿No querrás que entremos ahí, verdad?—, preguntó al tiempo que un cosquilleo extraño le recorría la columna.

—Este es nuestro refugio en la isla. Es un sitio seguro—, contestó señalando hacia unas indescifrables inscripciones grabadas a ambos lados de la entrada

—Si prefiere quedarse fuera, allá usted, pero si quiere seguirme será mejor que vigile dónde pone los pies—, la advirtió —El suelo es de piedra y resbala un poco—

Cuando la chica abrió la puerta, una bofetada de aire cargado con un denso olor dulzón le golpeó en la cara. Tras recorrer un largo túnel apenas iluminado por un par de bombillas, alcanzaron una pequeña bóveda en la que había unos pocos muebles, una lamparita que brillaba con un tono apagado y mortecino sobre una vieja mesita, un par de camastros situados a ambos lados de ella y al fondo, sentado en la penumbra, distinguió a su hermano mirándolas con un profundo odio.

—¿Por qué la has traído aquí?! ¿Es que te has vuelto loca?! ¡Ya sabes que “ella” es capaz de sentir su presencia!—, gritó mientras se levantaba y camina hacia ella mirándola con desprecio.

—Hola... Juanfra—, contestó tímidamente, tratando de controlar el temblor de su voz —No... por favor, no te enfades conmigo, pero es solo que... estaba perdida y...—.

Sandra notó que las lágrimas comenzaban a agolparse en los ojos de Nelida y decidió intervenir:

—¡Oh, vamos, no se enfade con ella!—, protestó —¡Si me hubiera hecho caso y no hubiera salido corriendo como un niño asustado nada de esto habría sucedido!—, le reprochó. Pero Juanfra pareció ignorarla por completo y nuevamente se dirigió a su hermana:

—¿Lo ves? Precisamente por esto es por lo que no hay que traer aquí a los blancos. Solo saben causar problemas—, la recriminó mientras la cogía con fuerza del brazo y se la llevaba a un rincón en el que comenzaron a discutir en un dialecto que Sandra no supo identificar, pero parecía evidente que el joven estaba muy enfadado porque su hermana hubiera llevado a una extranjera a su hogar.

Mientras la gritaba, Nelida sollozaba al tiempo que él la zarandeaba con brusquedad. Todo apuntaba a que la estaba exigiendo que hiciese algo a lo que ella se negaba, pero finalmente, ella pareció ceder, asintió con la cabeza y en ese momento unas palabras sueltas llegaron a los oídos de Sandra:

—... ella se está acercando... qué ocupe tú lugar... es tú salvación...—

—...no quiero... mi sacrificio...—

—... serás libre... podrás irte...—

Solo cuando ella pareció rendirse y aceptar las exigencias de su hermano, este pareció calmarse, la abrazó con fuerza, casi con la desesperación de quien se despide para siempre de un ser querido y cogiendo una linterna, dijo:

—Yo iré a vigilar. Tú sácala de aquí y llévala hasta la cala. La lancha debe estar a punto de llegar. Ten los ojos bien abiertos y si presientes algo... déjala allí y regresa corriendo—

—Sabes que así lo haré, hermano—, contestó mientras se secaba las lágrimas que seguían brotando de sus ojos, a la vez que miraba con resignación a Sandra.

—Hazlo y regresa antes de que caiga la noche. Sabes bien cuál es nuestra misión y te juro que si sospecho que Vanda sabe que está aquí, os mataré a las dos con mis propias manos antes de que ella os encuentre ¿Está claro?—

—¿Cómo? ¿Acabas de amenazarme? ¿Es que eres una especie de psicópata?—, replicó Sandra al tiempo que rebuscaba en su bolso y amenazándole con un spray de pimienta, le advertía:

—Te aviso de que no soy ninguna “mosquita muerta”. He tomado clases de

defensa personal y estoy preparada para defenderme—

Él la miró con burla, esbozó una media sonrisa, y contestó:

—A veces me pregunto por qué sacrificamos nuestras vidas para retrasar la llegada de lo inevitable. No merecéis la pena—, roncó mientras salía al pasadizo meneando la cabeza.

En cuanto se hubo alejado cogieron un par de linternas y se pusieron en camino. La niebla parecía haberse hecho aún más densa y atenuaba la intensidad de la luz diurna hasta semejar la de un crepúsculo invernal.

—No sé para qué me has traído hasta aquí si podías haberme llevado directamente a la cala—, refunfuñó Sandra.

—Lo hice porque era mi obligación. Mi hermano es quien toma las decisiones, y yo le obedezco—

—¡Oh! ¡Pues en ese caso me alegro de que “su majestad” te haya dado permiso para llevarme a la lancha—, replicó con sarcasmo.

Durante un largo trecho caminaron por un estrecho sendero que discurría bordeando toda la costa hasta que finalmente alcanzaron la cala.

—¿Ves? Ya hemos llegado—, dijo la chica.

—¿Y dónde está la lancha? No la veo por ningún lado—, gruñó Sandra.

—No creo que tarde mucho en llegar y si no la ves, es solamente culpa de la niebla. Es muy espesa, pero seguro que no tardaremos en oír el ruido de su motor—, replicó ella mientras señalaba hacia el cobertizo.

Sandra sacudió la cabeza. Había algo que no acababa de encajar en todo aquello. La niebla, la amenazante actitud de Juanfra, la tétrica cueva, la ausencia de la lancha, el macabro hallazgo del esqueleto... eran demasiadas anomalías para un mismo día.

Tras empujar la puerta metálica, se adentraron en el cobertizo no sin antes lanzar una última mirada recelosa hacia la niebla.

El interior se encontraba completamente lleno de trastos y cajas polvorientas apiladas por todos lados. Aparte de eso no se apreciaba nada fuera de lo común, pero Sandra tuvo la sensación de que las cosas no solo no estaban mejorando sino que más bien todo lo contrario. Se acercó hasta la mesa sobre la que se encontraba la emisora y tras encenderla, cogió el micrófono, y dijo:

—Aquí isla Borikai llamando a la policía. Necesitamos ayuda urgente.
Cambio—

Nada. No hubo respuesta. Tan solo el sonido de la estática.

—Aquí isla Borikai llamando a la policía. Necesitamos ayuda urgente.
Cambio—

La radio continuó en silencio.

—¡Por amor de dios! ¡¿Es que nadie me escucha?!—, gritó con la voz estrangulada —¡Aquí isla Borikai! ¡Necesitamos ayuda! ¡Respondan!—

Pero su suplica tampoco obtuvo ninguna respuesta.

—¿Es que estoy haciendo algo mal?—, preguntó girándose hacia su acompañante —¿Sabes cuál es el canal de emergencias?—

—Es por la niebla—, respondió —Cuando es muy espesa interfiere en las comunicaciones—

—Lo que me faltaba...—, murmuró Sandra dejando caer el micrófono —¿Y ahora qué hacemos?—, preguntó, sin apartar la vista de la bruma.

—En primer lugar estar calladas, muy calladas—, dijo ella llevándose el dedo índice a los labios y señalando a la ventana.

—¿Por qué? ¿Es que has oído algo?—

—No. Es justo lo contrario—, la susurró al oído —Escuche. No se oye nada. Absolutamente nada—

Y en ese instante, Sandra se dio cuenta de lo que Nelida quería decir. Estaban en una isla tropical, con miles de pájaros y sin embargo, todos los sonidos habían desaparecido por completo. Era como si toda la isla estuviese conteniendo la respiración y si eso era cierto, significaba que antes o después terminaría por convulsionarse antes de volver a tomar aire.

—Esto no me gusta nada—, dijo Sandra en voz muy baja. Y sintiendo que su piel se comenzaba a erizar, añadió:

—Empiezo a estar asustada—

—Cállate de una vez—, la advirtió Nelida removiéndose inquieta. Sentía que allí fuera había “algo” acechándolas.

Justo en ese momento, a Sandra le pareció vislumbrar una especie de oscura sombra que se deslizaba velozmente ante la ventana lateral.

—Ahí fuera hay alguien—, susurró —¿Crees que podría ser tu hermano?—

—No—, negó con rotundidad.

Entonces comenzaron a pasar cosas. Las dos chicas notaron cómo, de repente,

todo el cobertizo comenzaba a temblar.

—¿Qué está pasando?!—, gritó Sandra mientras se escuchaba un fuerte crujido sobre sus cabezas. Era como si algo enorme estuviera rasgando el techo de metal con sus uñas. Un instante después algo se estrelló con fuerza contra el suelo con un estruendo enorme y una lluvia de maderos y restos de pintura comenzó a caer a su alrededor mientras que las paredes se movían como si tuviesen vida propia.

Durante los siguientes interminables segundos se desató la locura y los temblores fueron en aumento al tiempo que llegaba hasta ellas el lejano sonido de algo que Sandra sólo pudo definir como gruñidos de animales. Le parecía que todo estaba sucediendo a cámara lenta y sin saber por qué, cerró con fuerza los ojos y rezó hasta que finalmente, la quietud y el silencio regresaron.

—¿Qué... qué ha sido eso?—, balbuceó Sandra.

—Ha sido una advertencia—, contestó Nelida con voz queda y la mirada vidriosa fija en el sucio cristal de la ventana.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¡Explícate!—, la exigió con tono alterado.

—No quieren que nos marchemos—

—¿Quién no quiere que nos marchemos?—, preguntó Sandra aun a sabiendas de que no quería conocer la respuesta.

—Vanda—, fue su escueta contestación.

Justo en ese instante, una sombra se deslizó fugazmente por delante de la ventana y pareció detenerse ante la puerta. Al advertirlo, las dos cruzaron una mirada de intenso terror y comenzaron a sudar como si el calor del infierno se hubiera adueñado de aquel lugar, pero entonces, la puerta se abrió y Juanfra apareció en el umbral y con tono imperioso, les dijo:

—¡Venga! ¡Levantaos de ahí y venid conmigo! ¡Tenemos que alejarnos de aquí!—

—¿Pero entonces... es que ya no vamos a esperar a la lancha?—, preguntó Sandra.

—Mira a tu alrededor—, respondió Juanfra haciendo un semicírculo con el brazo —Nadie va a venir con esta niebla, así que será mejor que no perdamos más tiempo—, añadió enfurruñado.

Sandra estuvo a punto de decir algo, pero su instinto, o más bien la sospechosa actitud del joven, la alertaron de que sería mejor para ella mantener la boca cerrada. Estaba casi segura de que un segundo antes de que el joven abriera la

puerta, había escuchado una voz de mujer, pero aquel no era el momento adecuado para enfrentarse a él.

Alumbrados por sus linternas los tres caminaban todo lo rápido que les era posible y en esta ocasión, Sandra no tuvo necesidad de preguntar el motivo por el que lo hacían. Este era evidente. La oscura y siniestra noche se acercaba.

Solamente cuando alcanzaron la parte alta del camino y distinguieron la silueta de la mansión, Sandra se atrevió a sugerir:

—Quizás solamente haya sido un terremoto—

—Seguro que no ha sido eso—, respondió Nelida.

—Guardad silencio—, advirtió Juanfra —Ya estamos muy cerca—

Un par de minutos después, en cuanto alcanzaron la mansión, Juanfra señaló con la cabeza hasta la esquina, y dijo:

—Vamos. Entraremos por detrás, por la cocina—

Sandra simplemente asintió con la cabeza y se dejó llevar. De repente se sentía vulnerable, frágil y presentía que aquellas dos personas eran su única posibilidad de sobrevivir.

Juanfra giró el pomo de la puerta, entraron, y Sandra tuvo que reprimir un grito de sorpresa al notar que la invadía un frío atroz y la agobiante sensación de que alguien les estaba observando, pero la luz de sus linternas al recorrer la estancia les mostraron que nada se movía en medio de la oscuridad. En realidad todo parecía estar bien.

Mientras caminaba por un largo corredor con las paredes recubiertas con papel púrpura, Sandra iba alumbrando el suelo de madera que crujía a cada nuevo paso que daban sobre él. Un crujido... otro crujido... y entonces, al sobrepasar la puerta del sótano, los tres se quedaron totalmente paralizados al escuchar una suave risa que venía desde él.

—¿Habéis oído eso?—, preguntó Sandra con un hilo de voz.

—Calla—, dijo Juanfra retrocediendo hasta la puerta y apoyando la oreja sobre ella.

Al hacerlo escuchó un cuchicheo agitado seguido del sonido de unos pasos ascendiendo peldaño a peldaño. Algo venía hacia ellos. Rápidamente iluminó

con su linterna los pesados cerrojos que rodeaban la puerta y fue entonces cuando Sandra se fijó en ellos. Su número y tamaño eran completamente absurdos. Estaba claro que quien los había colocado allí, lo había hecho con la evidente intención de mantener algo o a alguien encerrado al otro lado.

—Sigamos—, dijo Juanfra poniéndose nuevamente en marcha.

En cuanto alcanzaron el vestíbulo principal escucharon un chirrido a su espalda, se giraron rápidamente y durante un breve instante se quedaron sin respiración al descubrir que la recia puerta del sótano, ahora estaba completamente abierta.

—¿Quién está ahí? ¿Quién ha abierto la puerta?—, exclamó Sandra mientras la luz de su linterna recorría nerviosamente el pasillo.

—¡Hermano! ¡Por favor, vámonos de aquí!—, gritó Nelida, completamente fuera de sí.

—¡¿Pero es que te has vuelto loca?! ¡Sabes perfectamente que no podemos hacerlo, no debemos hacerlo así que cállate de una vez!—, bramó cogiéndola por el brazo y, empujándola hacia adelante, añadió —¡Caminad y no os detengáis!—

—Sí... lo siento hermano... tienes razón—, se disculpó con voz titubeante.

Volvieron a ponerse en marcha, pero mientras continuaban Sandra no dejaba de darle vueltas a la aterradora experiencia a la que acababa de asistir. No había ninguna explicación lógica para explicarla y además, estaba segura de que Juanfra y su hermana la estaban ocultando algo. Ellos sabían la verdad y que se negaran a reconocerlo la resultaba muy poco tranquilizador.

Comenzaron a subir por la enorme escalera de madera que daba acceso al distribuidor de la planta superior y se detuvieron unos segundos en él. Juanfra parecía estar dudando de qué camino debían seguir.

—¿Dónde vamos?—

—A la biblioteca—, respondió apuntando su linterna hacia el largo pasillo de la derecha y arrancando una miríada de reflejos de la enorme lámpara de cristal situada sobre sus cabezas —Es el sitio más alto de la casa y cuando la niebla comience a retirarse, será el primero en el que habrá cobertura. El problema es que no estoy seguro de cuál es el mejor camino para llegar hasta ella—, dijo girando la linterna mientras hablaba.

—Yo he estado en ella—, apuntó Sandra —Es por el pasillo de la izquierda—

—¡Ya sé por dónde se va, estúpida!—, contesto él con voz despectiva —
¡Llevo toda mi vida aquí, así que no te atrevas a intentar enseñarme nada! Tú
no tienes ni la menor idea de... de nada, así que cállate—

Recorrieron el corredor a paso rápido, alcanzaron las escaleras laterales, subieron por ellas sin detenerse hasta alcanzar las estrechas escaleras de caracol que trepaban al torreón en el que estaba la biblioteca y, tras girar el pomo de la puerta, entraron y rápidamente Juanfra la cerró echando los diez fuertes pestillos que la rodeaban mientras que la luz de la linterna de Sandra se deslizaba pesadamente alrededor de la estancia. El ambiente en ella era tan espectral, como silencioso.

Nelida se acercó a uno de los armarios y tras abrirlo, accionó un mecanismo y un rectángulo de un metro de alto por medio de ancho se abrió en el interior del mueble.

—¿Y eso?—, murmuró Sandra, atónita —¿Es algún tipo de pasaje secreto? Yo estuve examinando esta sala y no lo encontré—

—Ya te he dicho que no tienes ni idea. Todos los blancos sois iguales; unos pedantes que os creéis que lo sabéis todo y que el resto somos unos ignorantes —, masculló Juanfra.

—Sé que esto le va a parecer una mala idea, pero no disponemos de mucho tiempo antes de que nos encuentren y es lo único que podemos hacer para ayudarla, así que escúcheme atentamente, señorita—, dijo Nelida —Este pasadizo conduce directamente al cobertizo de lo que antiguamente era el jardín Sur. Métase dentro y no se detenga hasta alcanzarlo. Una vez en él, siga por el sendero que lleva hasta el lugar en el que los americanos han dejado los contenedores. Allí encontrará una lancha. Súbase a ella, márchese y no regrese jamás—, dijo mirándola con una expresión suplicante grabada en el rostro.

Sandra pensaba a toda velocidad intentando asimilar todo aquello mientras veía a Juanfra que, con la cabeza apoyada en la puerta, le hacía gestos apremiantes para que se marchara.

Estaba claro que estaba escuchando pasos acercándose a la biblioteca. No tenía mucho tiempo para tomar una decisión y además, cualquier cosa era mejor que estar atrapada allí dentro esperando a que lo que hubiera sido capaz de abrir la puerta del sótano les alcanzara.

—De acuerdo—, dijo con una expresión de agradecimiento dibujada en el

rostro —Me marcharé, pero os prometo que en cuanto llegue a Annobón os enviaré ayuda—, finalizó despidiéndose de los dos hermanos, y volviéndose hacia el armario se adentró por el oscuro hueco mientras Nelida cerraba la puerta y escuchaba su voz, murmurando algo que la resultó totalmente enigmático:

—*Rezaré por ti. Gracias por darme una oportunidad...*—

Al cabo de unos largos minutos de recorrer el estrecho y polvoriento pasadizo, alcanzó una pequeña puerta de madera. Sin dudar, asió el pomo y se encontró con que daba a una gran habitación que reconoció de inmediato. Estaba en la antigua habitación de los niños. Solo había estado en ella en una ocasión. Un par de días atrás la había inspeccionado en busca de defectos estructurales, pero sin saber por qué, al poco de entrar comenzó a agobiarse y la invadió una sensación tan opresiva que no quiso volver a examinarla.

Confundida, miró a su alrededor. No entendía cómo había llegado allí. La habían dicho que el pasadizo conducía al exterior, pero aquella habitación estaba ubicada en la segunda planta. ¿Se habría pasado algún desvío? Sabía que muchos pasajes ocultos podían conducir a multitud de estancias, pero no recordaba haber visto ninguna bifurcación u otra puerta.

De repente Sandra presintió que no estaba sola y un miedo irracional se le aferró al corazón. Cerró los ojos durante unos segundos tratando de recuperar el control de sí misma y cuando los volvió a abrir, miró a su alrededor y comprobó que todo parecía normal y que no había ni el menor rastro de que nadie más que ella hubiera estado en aquella habitación en décadas. Aquella reflexión le pareció extraña. Recordó que la primera vez que entró en la habitación tuvo la misma sensación, que nadie había traspasado aquella puerta en mucho, mucho tiempo, ni tan siquiera los dos hermanos que se ocupaban de la casa. ¿Por qué no lo habrían hecho? El resto de la mansión, aunque no estaba precisamente impoluta, se veía mantenida, pero aquella estancia tenía medio centímetro de polvo. Volvió a mirar a través del cristal de la ventana y con la boca abierta, vio a Nelida corriendo en dirección a la jungla. ¿Qué estaba pasando? ¿Por dónde había escapado?

Inesperadamente Nelida se detuvo, se giró hacia la casa, miró directamente

hacia la ventana tras la que ella se encontraba y en ese preciso instante Sandra tuvo la certeza de que la habían engañado. Ella no se había equivocado, no se había saltado ningún otro pasadizo. Ellos querían que fuera directamente a aquella habitación.

Abajo, Nelida juntó las manos como si estuviera pidiéndola perdón y al ver aquél gesto la sangre se congeló en sus venas al darse cuenta de que la habían tendido una trampa. Tenía que escapar de aquella casa.

En aquel momento sintió un zumbido procedente del bolsillo de su chaqueta. Se llevó la mano y al sacar su móvil, descubrió aliviada que era el aviso de que el dispositivo, marcaba una raya de cobertura y acababa de mandar a su amiga la fotografía pendiente de envío.

Justo antes de atravesar la puerta, escuchó una carcajada casi inhumana resonando con fuerza por toda la casa.

Por un momento se le pasó por la cabeza asegurar la puerta, esconderse y usar el teléfono para pedir ayuda, pero tenía la sensación de que sería inútil. Juanfra se lo había dicho nada más llegar. Nadie iba a aquella isla. Nunca lo hacían. Tendría que escapar de ella por sus propios medios.

Salió al corredor y en cuanto alcanzó la escalera comenzó a bajar los peldaños de dos en dos sin importarle el ruido que provocaban sus saltos sobre la crujiente madera.

Cruzó a oscuras el pasillo de la primera planta, llegó al distribuidor, bajó el último tramo de escalera y corrió hasta alcanzar las dos hojas de la puerta principal, pero en cuanto intentó abrirla, una intensa desesperanza la embargó al darse cuenta de que estaba cerrada con llave.

Y en ese instante recordó. Claro, por supuesto que lo estaba. Ese era el motivo por el que ellos habían entrado utilizando la puerta de servicio. Rápidamente volvió sobre sus pasos intentando distinguir en medio de la penumbra la entrada del corredor que conducía hasta la cocina y en cuanto la vio, se abalanzó hacia ella en una desesperada carrera con la sensación de que a su espalda, había alguien observándola, pero no se atrevió a volverse para ver quién o qué era.

Ya casi estaba fuera. Había alcanzado la mitad del corredor cuando de nuevo, la puerta del sótano se abrió y Sandra se detuvo en seco paralizada por el terror. Estaba segura de que en cualquier instante iba a salir algo horrible de ella, algo que la mataría.

Y entonces lo vio. Juanfra surgió de ella con la respiración agitada, e

iluminándola con su linterna, exclamó:

—¡Maldita seas! ¡Te dije que fueras al cobertizo!—

—¿Qué... cómo? Yo...—, Sandra estaba tan sorprendida que no era capaz de pensar con lógica. Había supuesto que la habían abandonado en la mansión para morir, pero... si él estaba allí, significaba que forzosamente tenía que estar equivocada.

Pero entonces una oscura silueta se recortó contra en el otro extremo del pasillo, detrás de Juanfra. Incapaz de articular palabra, Sandra levantó el brazo para señalarla y Juanfra se giró sobre sus talones.

—¡¡Vamos!! ¡¡Corre!!—, chilló él, señalando la puerta del sótano —¡¡Abajo hay otro pasaje!!—

Durante un par de segundos Sandra dudó en si debía obedecerle. Una voz en su cabeza la gritaba que diera la vuelta e intentara encontrar otra escapatoria, pero cuando la figura comenzó a caminar lentamente hacia ellos, no se lo pensó dos veces y en tres saltos cruzó los pocos metros que les separaban internándose en la oscuridad.

En cuanto ambos estuvieron al otro lado, Juanfra cerró la puerta y la ayudó a bajar las destartaladas escaleras.

Cuando su linterna iluminó la mesa de piedra sobre la que pocas horas antes había encontrado el esqueleto, Sandra notó cómo un pequeño chorrito de orina mojaba su ropa interior al descubrir que ya no había nada sobre ella. Nada, excepto unas velas encendidas y unas flores esparcidas a su alrededor.

—¿Qué está pasando, Juanfra? ¿Qué es todo esto?—, susurró mirando con espanto aquella tétrica escena.

De repente, un gemido ahogado salió de sus labios y todo comenzó a girar a su alrededor. Su vista se nubló mientras que, a punto de sumirse en la negra inconsciencia, unas manos la sujetaban para impedir que se desplomara.

Capítulo 3. La cala.

Isla Borikai. Golfo de Guinea.

1 de septiembre de 2019

18.15 p.m. Hora local.

Alberto Rivera silbaba alegremente mientras conducía el Jeep por la estrecha y única carretera de tierra que, entre la selva y el mar, discurría a lo largo de la costa rodeando toda la isla.

Hasta que la empresa para la que trabajaba llegó a aquella tierra prácticamente virgen, no había en ella ni tan siquiera un triste sendero, por lo que no tuvieron más remedio que construirla ellos mismos y, aunque se encontraba repleta de baches, Alberto se sentía feliz de conducir sobre ella. A fin de cuentas a sus veinte tres años estaba ganando un salario tres veces mayor del que ganaba en España y además, lo hacía trabajando en un lugar idílico.

Cuando el Jeep pegó otro saltó al pasar sobre una gruesa rama, su compañero Daniel Lladés, protestó:

—Alberto, ¿estás totalmente seguro de que es por aquí?—, preguntó con evidente desconfianza.

—Por supuesto que lo estoy. Ya te he dicho que yo mismo ayudé a construir esta carretera y que fue entonces cuando descubrí los restos del barco—, le hizo notar —Tranquilo que ya estamos cerca—

—Mientras merezca la pena...—, dijo Daniel sacudiendo la cabeza de forma dubitativa.

—Más vale que tengas razón—, terció Adrián, desde el asiento trasero — Porque nos la estamos jugando—,

—Escuchad; vosotros queríais haceros ricos...—, dijo Alberto molesto con sus compañeros —... y con un poco de buena suerte eso es precisamente lo que vais a ser dentro de muy poco tiempo, así que confiad en mí y todo saldrá bien. Ahí abajo se encuentran los restos de un viejo navío naufragado y estoy totalmente seguro de que en su interior encontraremos algo valioso—, dijo

dando por zanjada la conversación.

El camino comenzaba a descender así que se concentró en la conducción hasta que al dar una curva, una oscura figura surgió inesperadamente en medio del camino obligándole a frenar bruscamente.

—¡La madre que lo pario!—, exclamó al tiempo que la figura se adentraba en la espesura.

—¡Eh! ¡Qué coño haces!—, protestó Adrián —¿Quieres que nos matemos?—

—¡Joder! ¡¿Es qué no lo has visto?! ¡Había un puto negro parado en medio del camino!—, repuso Alberto.

—¿Seguro? ¿No sería un mono?—, apuntó Daniel —A mí me lo ha parecido—

—¡No! ¡Había un negro parado justo ahí delante, coño!—, insistió Alberto descendiendo del Jeep y aproximándose hasta las palmeras.

—¡Os juro que aquí había un negro! O al menos eso creo... ya no estoy tan... no estoy del todo seguro—, murmuró, perplejo.

—¿Y estás totalmente seguro de que no era un mono?—, insistió Daniel con una sonrisa mordaz.

—Yo apuesto a que sí—, añadió Adrián.

—Pues... yo juraría que no, pero no sé. Bueno... da igual—, respondió subiendo de nuevo al Jeep.

Finalmente, unos diez minutos después el Jeep se detuvo bajo unas palmeras situadas al pie de una cala de apenas cincuenta metros de dorada arena y completamente desierta con la única excepción de una canoa volcada sobre la arena.

—¿Y eso?—, preguntó Daniel señalándolo —¿Qué hace esa canoa ahí?—

—Tiene toda la pinta de que la haya traído la marea—, supuso Adrián —Recordad que los nativos de las islas cercanas no se atreven a venir hasta aquí—, añadió.

—Pues mucho mejor para nosotros—, apuntó Alberto comenzando a descargar las cajas que llevaban en la parte trasera del Jeep.

De inmediato, sacaron de su interior los aparatosos equipos de buceo que los americanos se habían “olvidado” en una de las casetas de la Fase Uno y tras colocárselos, los tres se adentraron en el agua.

Una hora más tarde dieron la inmersión por finalizada y, sentados sobre la

arena, contemplaron con desilusión el exiguo botín que habían obtenido durante su inmersión.

—Honestamente... esperaba que hubiera algo más—, se quejó Adrián mientras cogía un crucifijo de unos diez centímetros y le daba vueltas entre sus manos —Esto es lo mejor que hemos encontrado y no sé si le podremos sacar ni tan siquiera cien euros—

—Eso... —, repuso Daniel —Es un crucifijo de plata del siglo XIX, así que seguro que vale bastante más—

—Se nota que no sueles comprar on-line. He visto suficientes antigüedades como para saber que eso no vale prácticamente nada—, insistió Adrián.

—Lo que tú digas...—, respondió Alberto cogiendo el crucifijo y añadiendo al tiempo que se levantaba:

—Mientras vosotros vais pensando en qué vais a invertir vuestra parte, yo me voy a... desocupar el intestino—

—¡Pues ten cuidado no te vayas a encontrar con el negro de antes!—, le advirtió Adrián con sorna.

—¡Vete un poquito a la mierda!—, replicó Alberto levantando el dedo corazón por encima del hombro mientras caminaba en dirección a la jungla.

—Déjalo...—, le dijo Daniel a su compañero —A ver si hay suerte y se la come un cocodrilo—

—Aquí no hay cocodrilos, tío—

—Eso es verdad. Seguro que se los han comido los “negratas”—, apuntó Daniel dejándose caer sobre la arena caliente.

Un poco más allá, en cuanto Alberto alcanzó las primeras palmeras, miró a su alrededor y se adentró en la espesura mientras echaba un último vistazo para asegurarse que sus dos compañeros no estaban planeando ninguna de sus estúpidas bromas. Después se bajó el bañador, se agachó entre unos helechos y paseó su mirada sobre el suelo sorprendiéndose al descubrir un gran número de huellas que parecían haber sido hechas por unos pies descalzos.

“Con que me imaginé al negro, eh”, pensó sonriendo con satisfacción mientras las contemplaba y se percataba de que las había de distintos tamaños. Unas eran pequeñas y apenas se notaban, pero en cambio otras eran grandes y estaban profundamente impresas sobre la arena, lo que indicaba que quien las había dejado era alguien bastante pesado.

No lo entendía. Nadie iba nunca a aquella isla, pero estaba claro que alguien

las habría tenido que dejar. ¿Quizás lo habían hecho los tripulantes de la canoa?

Se pasó unos segundos observando las huellas con curiosidad hasta que inesperadamente, escuchó un ruido cercano.

Sonaba como el crujido de unas ramas rotas seguido por un siseo de hojas en la espesura ¿Estaría el negro de la carretera todavía por allí? No, no era demasiado probable. A los isleños no les gustaba demasiado su compañía. De hecho solían evitarles así que el ruido lo tenía que estar provocando algún animal, posiblemente un mono o alguna ave marina. Sí, eso era lo más lógico, aunque... aquellas huellas y la fugaz imagen del negro cruzando la carretera a toda velocidad, le hacían sospechar que no estaban tan solos en aquella cala como ellos se habían creído.

Todavía agachado, respiró en silencio y procurando no hacer el menor ruido inspeccionó la zona hasta que descubrió la procedencia de los sonidos. A unos diez metros, una figura se movía lentamente entre la espesura.

Alberto contuvo la respiración y entonces... la vio. ¡Una mujer! ¡Era una hermosa joven que caminaba mansamente entre la vegetación!

Rápidamente se limpió con un trozo de papel que llevaba en el bolsillo, se incorporó y tras subirse el bañador, caminó hacia la mujer que ahora, girada hacia él, le observaba fijamente.

Se trataba de una atractiva nativa que iba cubierta con un fino vestido de color verde y una larga melena azabache que ocultaba parcialmente un rostro cuyos rasgos, no parecían corresponderse con los de las otras mujeres que había visto en Annobón.

—Hola—, la saludó con voz tranquilizadora —¿Qué haces por aquí? ¿Estás sola?—, preguntó.

La joven no hizo el menor amago de querer responderle, pero como tampoco parecía tenerle miedo, Alberto se acercó caminando muy despacio para no asustarla.

Estaba sorprendido de que la joven le permitiera acercarse tanto, pero entonces recordó a un grupo de chicas que había visto en un bar para turistas de Annobón y sonrió lascivamente al pensar que quizás aquella joven estuviera dispuesta a hacerle pasar un buen rato a cambio de unas pocas monedas. Probablemente, aquella zorrita había ido a la isla esperando que alguno de los obreros blancos que trabajaban allí se encaprichara de ella, así

que lentamente, extendió la mano abierta y con la palma hacia arriba le enseñó un billete de cinco euros.

—¿Lo quieres, guapa?—, dijo —Ven. Ven conmigo—

Ella sonrió, pero no de la forma que a él le hubiera gustado. Sus labios se torcieron en una mueca cruel mientras sus ojos se abrían desmedidamente y de entre sus ropas, extraía un largo cuchillo y se abalanzaba sobre él sin darle tiempo para reaccionar.

Al mismo tiempo en la cala, Adrián, molesto por la luz del sol entrecerró los ojos y poniendo la mano a modo de visera para observar la línea de selva, preguntó:

—¿Qué coño estará haciendo? Ya hace como diez minutos que se marchó—

—Tranquilo. Seguro que está por ahí buscando hojas para limpiarse el culo—, contestó Daniel mientras sacaba unos bocadillos de pollo y un par de cervezas que habían traído para comer.

—Pues yo opino que está tardando demasiado ¿No crees que le puede haber pasado algo?—, preguntó Adrián un tanto inquieto.

—No, no lo creo. A lo mejor se ha ido a dar un paseo—

—Este sitio está tan aislado que... no sé. Quizás deberíamos ir a buscarle—, insistió.

—¡No seas pesado, tío! Ya te he dicho que estará por ahí, así que deja de darle vueltas y come un poco—, dijo comenzando a sentirse exasperado por la insistencia de su amigo.

Y entonces un escalofrío les invadió cuando desde el interior de la selva, el viento llevó hasta ellos los desesperados gritos de auxilio de su compañero.

En cuanto reaccionaron, corrieron en su busca y se lo encontraron escondido entre las raíces del manglar, gritando histéricamente y con una de sus manos cobijada bajo la ensangrentada camisa.

Les costó mucho conseguir sacarlo de su escondite, pero finalmente lo lograron y al hacerlo descubrieron que tenía un profundo mordisco en el cuello, los brazos cubiertos de cuchilladas y que tres dedos de su mano izquierda habían desaparecido.

A pesar de que intentaron que Alberto les dijera qué había sucedido, las confusas respuestas de su compañero les hizo temer que hubiera perdido la

razón por lo rápidamente le subieron al Jeep y arrancaron camino del campamento.

Sabían que uno de los helicópteros de la compañía había llegado aquella misma mañana con material para el almacén y como no habían escuchado el característico ruido de sus rotores, rezaron para que todavía no se hubiera ido. Ninguno de ellos olvidaría jamás aquel frenético viaje. El Jeep patinaba sobre el embarrado sendero mientras que Alberto, presa del dolor y de un irracional terror, no cesaba de gritar que la selva estaba plagada de demonios.

Mucho antes de que llegaran a su destino, una súbita tumefacción se apoderó de ambos brazos que ya habían adquirido un preocupante tono violáceo y entonces, Alberto comenzó a tener dificultades para respirar y dejó de gritar.

Clínica de San Pedro. Isla de Annobón.

1 de septiembre de 2019

18.15 p.m. Hora local.

Dos horas más tarde la doctora Marian Graña ya llevaba un buen rato examinando concienzudamente a Alberto, levantándole los brazos, volteándole con delicadeza y escudriñando atentamente cada una de las heridas y mordeduras.

Después de unos momentos de reflexión retrocedió moviendo a uno y otro lado la cabeza como si no comprendiera nada, y dijo:

—Bueno, tiene bastante fiebre, pero lo hemos logrado estabilizar y le he administrado un sedante para que duerma hasta que venga el helicóptero medicalizado que lo trasladará al Centro Médico de Malabo—, dijo mirando inquisitivamente a Adrián quien se encontraba de pie frente a la cama y resultaba más que evidente que estaba a punto de tener un ataque de ansiedad.

—¿Están totalmente seguros de que fue un animal? Lo pregunto porque los desgarros de las mordeduras sí podrían corresponderse con algo así, pero las heridas de los brazos... no lo creo—

—Eso es lo que nosotros suponemos, que fue un animal, pero en realidad no llegamos a ver nada—

—Pues en ese caso... supongo que en mi informe tendré que poner que algún animal atacó a su compañero provocándole unas profundas laceraciones, arrancándole varios dedos y que muy probablemente su mordedura le haya envenenado la sangre—, dijo señalando la con un gesto la purulenta herida del cuello.

—¿Y eso es normal?—, preguntó Adrián mirándola directamente a los ojos, como si estuviera intentando descubrir en su mirada el infausto brillo de quien ha de dar una penosa noticia.

—Lo cierto es que no es nada habitual que una herida de ese tipo llegue a un estado tan avanzado de descomposición en tan poco tiempo, pero... —, respondió la doctora con tono perplejo —Es la primera vez que veo un caso como este, así que no puedo estar segura de nada—, murmuró más para sí que para su interlocutor —Pero de todas formas creo que su amigo saldrá de esta —, les tranquilizó —Sin embargo, es todo tan extraño que me gustaría aclarar algunos detalles—

—¿Se refiere otra vez a las mordeduras?—, inquirió Daniel.

—Justo a eso—, reconoció la doctora —Yo no he visto demasiadas mordeduras de animales salvajes, pero mi enfermera es guineana y me ha jurado que nunca antes de hoy había visto nada que se le pareciera—

—¿Entonces ella tampoco tienen idea de qué animal ha podido ser?—, preguntó Adrián.

—No—, negó la doctora, —Pero lo averiguaremos. He enviado por correo electrónico unas cuantas fotografías a la universidad y al hospital. Además, he tomado unas muestras de sangre y fluidos que enviaré al laboratorio mañana por la mañana—

Adrián se llevó la mano a la frente y meneó la cabeza como si no acabara de creerse lo sucedido.

—¿Cree que ellos sabrán decirnos quién ha sido?—, preguntó.

—Espero que sí, pero lo cierto es que no puedo estar segura al cien por cien —, reconoció la doctora —Por si acaso, también le he enviado unas fotografías al doctor Hernández, el investigador jefe de la Reserva Científica de Caldera de Luba. Si él no puede identificar al animal responsable del ataque que sufrió su compañero, nadie podrá hacerlo—

—No lo entiendo. Le juro que no comprendo nada—, murmuró Adrián — Nosotros estábamos a pocos metros y le aseguro que... que no vimos ni oímos nada raro—

—¿Están seguros de que él no les contó lo sucedido? ¿No comentó nada sobre su aspecto o su tamaño? Quizás lo haya hecho y con los nervios se les haya pasado por alto—, preguntó la doctora.

—Lo cierto es que... sí que murmuró algo, pero la verdad es que dudo mucho que la ayude demasiado. Estaba en shock y...—, respondió —...lo único que dijo es que había sido un demonio—

—¿Un demonio? ¿En serio les dijo que le había atacado un demonio?—, repitió la doctora frunciendo el ceño —Pues tiene usted razón. Eso no nos es de mucha ayuda—

—¿Y su enfermera?—, preguntó Daniel —¿No sabrá de alguien que nos pueda dar alguna pista? ¿Alguien de la isla?—

—Por desgracia, no. Esa isla no está habitada, o al menos no lo estaba hasta que ustedes llegaron. Como sabrán, la gente de por aquí es... reticente a acercarse a ella, por lo que es bastante probable que ustedes sean las primeras personas que han caminado por esa zona en mucho tiempo—

—Pues en ese caso hemos de aceptar que la única explicación posible es que Alberto haya sido atacado por algún animal salvaje—, ratificó Adrián —Así que tendremos que avisar al jefe para ponerle al corriente y que contrate una batida para darle caza—, y señalando el teléfono, preguntó con tono educado:

—¿La importa que le llame desde aquí?—

—No, por supuesto que no—, respondió la doctora esbozando una sonrisa tranquilizadora —Hágalo—, y haciendo un gesto con las manos, añadió —No comprendo por qué no les ha acompañado en el helicóptero—

—Creo que se encuentra en una reunión en Malabo. Mario, nuestro capataz, habló con nosotros a través de la radio del helicóptero y nos dijo que aguardaría su llegada para acompañarle al hospital—

—Entiendo—, murmuró la doctora recordando la actitud prepotente con la que Areces, el jefe de obra, la había tratado en la única ocasión que lo había visto

—Pues ya de paso...—, añadió —...recuérdense que dentro de un par de semanas pasaré para realizar los análisis de sangre de los operarios—

—Es verdad—, dijo Adrián —¿No era obligatorio hacerlos cada tres meses?—

—Correcto—, reconoció la doctora haciendo una mueca de disgusto —En realidad debería haberlo hecho hace tres semanas, pero su jefe lo ha ido retrasando semana tras semana, así que díganle que si no envía una lancha a recogerme informaré a la embajada española del peligro al que está

exponiendo a los trabajadores de la isla—

—De acuerdo. La verdad es que ahora prácticamente todos los que quedamos somos españoles—, dijo Adrián —Es curioso. Cuando llegamos hace un par de años éramos minoría. Toda la isla estaba llena de americanos, pero en cuanto finalizaron la construcción del edificio principal, lo cerraron a cal y canto y se marcharon dejándonos solamente los trabajos menores—

—No sabía que ya hubieran terminado la mayor parte del hotel—, reconoció la doctora.

—¿Hotel?—, repitió Adrián con tono mordaz —No sé exactamente qué es lo que los americanos construyeron, pero le aseguro que un enorme y brillante cubo de hormigón rodeado por un muro de cuatro metros, no será nunca un hotel—

Un rato después de que se marcharan, Marian advirtió que en el suelo, entre la mesilla del material quirúrgico y uno de los armarios de medicamentos, parecía haber un objeto que brillaba bajo la luz de la lámpara, así que se agachó y alargando la mano recogió un curioso crucifijo que observó durante un buen rato. Era realmente hermoso, con toda su superficie cuidadosamente labrada y desde luego parecía ser bastante antiguo.

—¿Y tú, de donde has salido?—, murmuró girándolo e intentando leer una inscripción que no pudo llegar a entender debido a que estaba casi totalmente borrada.

Por su estado supuso que debía haber pasado mucho tiempo bajo el agua y al recordar que Adrián le había dicho que habían estado haciendo submarinismo, supuso que lo habrían encontrado durante la inmersión y que debía haberse caído de la ropa de Alberto. “*Bueno. Lo guardaré y se lo entregaré cuando vaya a la isla para hacer las revisiones del personal*”, pensó apartándose el pelo y colgándoselo al cuello.

Capítulo 4. Las ofertas.

Pretoria. República de Sudáfrica.

5 de septiembre de 2019

07.55 a.m. Hora local.

Samanta Vega se levantó de la silla del despacho y tras despedirse cortésmente de su cliente, salió de la oficina y tomó el ascensor que llevaba al vestíbulo del lujoso rascacielos situado en pleno corazón de Pretoria, una de las ciudades más prósperas de Sudáfrica.

Unos minutos después, un desgreñado taxista le abrió la puerta de su vehículo con la única intención de admirar las curvas de su clienta; una hermosa rubia elegantemente vestida de ejecutiva y que no debía de tener más de treinta años. —Al hotel “*Southern Sun*”, por favor—, le dijo mientras abría el “*Sunday Times*” y se centraba en la sección de noticias internacionales.

Cuando el coche la dejó en su destino, recogió su llave electrónica en recepción y caminó hacia el ascensor para subir a la planta cinco del edificio. Mientras cruzaba el *hall* del hotel podía notar cómo algunos de los hombres la miraban de reojo. Uno de ellos, un atractivo cincuentón que posiblemente procediese de algún lejano y gris país del norte de Europa, levantó la cabeza y la miró deleitándose con el cadencioso y sensual movimiento de sus caderas cubiertas por una ajustada falda gris perla de corte recto hasta que, al ver que Samanta le estaba mirando con cierta reprobación, se sonrojó y desvió la mirada hacia el tapizado del sofá.

Ella sonrió divertida mientras continuaba caminando. Lo cierto era que no la importaba que la miraran siempre y cuando la cosa no pasara de ahí. Con apenas treinta y dos años era una mujer muy atractiva, de estatura media, esbelta y con una larga y lisa melena rubia. Era de esa clase de mujeres que cuando se lo proponían podían provocar muchas lesiones de cuello, pero en realidad solamente lo hacía cuando quería descentrar a algún cliente. Normalmente vestía de una forma mucho más sencilla y sobre todo, cómoda. Solía recogerse el pelo en una coleta, calzarse unos playeros, enfundar sus piernas en unos vaqueros y finalizar su indumentaria con una blusa,

preferiblemente de algún color alegre.

Cuando llegó a su habitación, encendió el hilo musical y dejó que una suave melodía la envolviera mientras se desnudaba y caminaba hacia la bañera. Acababa de hacer un gran trabajo y se merecía un buen baño de espuma que la relajara, pero justo cuando estaba a punto de meterse en la bañera, escuchó el insistente tono de llamada de su móvil.

—¿Pero es que no me van a dejar disfrutar ni tan solo diez minutos?—, protestó mientras regresaba hasta la habitación, sacaba su teléfono del bolso, y contestaba:

—¿Sí? ¿Dígame?—

—Hola Samanta, soy Carla ¿Todo bien por ahí?—

—Hola Carla. Sí, todo ha ido a las mil maravillas. Estaba a punto de darme un baño antes de enviarte el informe—

—Oh, querida. Eso es extraordinario. ¿Sabes qué? Creo que te mereces unas buenas vacaciones—

—En eso estoy totalmente de acuerdo contigo ¿Crees que podrías despejarme la agenda un par de semanas?—, propuso a la vez que encendía un cigarrillo.

—Creo que tengo algo para ti. Algo que es incluso mejor que unas aburridas vacaciones y que además, de paso me estarías haciendo un gran favor—

—Carla...—, dijo con tono circunspecto —Si por casualidad te está refiriendo a ese hotel de Marruecos, ya te he dicho que no estoy de humor para pelearme otra vez con ese constructor tan rácano. Ya le dije en su momento lo que tenía que hacer para...—

—No. Tranquila que no se trata de eso—, se apresuró a responder su jefa.

—¿Y entonces de qué se trata?—

—¿Qué te parecería realizar un peritaje en el último proyecto de Beaumont?—

—¿Lo dices en serio?—, preguntó incrédula —¡Por supuesto que sí! ¿Qué quieres que haga?—

—Necesito que vayas a la hermosa isla tropical en la que lo está construyendo y que elabores un informe exhaustivo. Está empeñado en rehabilitar una maravillosa mansión victoriana para convertirla en el mejor de sus hoteles y lo mejor, es que... no hay techo de gasto. Si es necesario, está dispuesto a invertir toda su fortuna para hacerlo realidad y tú sabes muy bien lo que eso significa...—

—Lo sé, ¿pero dónde está la trampa? ¿Tengo que acostarme con él o algo así?

—Sinceramente no creo que tengas ocasión de hacerlo, querida, pero gracias por tu buena disposición y tú total entrega a la empresa—, bromeó —Dudo muchísimo que alguien como él se digne en aparecer por allí antes de la inauguración. En realidad, el único problema que hay es que...—, dijo poniéndose repentinamente seria —...es que se trata del proyecto que se paralizó hace unos años... el de Sandra—

Durante unos interminables segundos Samanta permaneció en silencio. Se acordaba muy bien de aquella chica. Había sido la primera en prestarle su ayuda cuando entró en la empresa y su inesperado fallecimiento, además de dejarlas a todas en shock, paralizó el proyecto. Pero por lo visto ahora habían vuelto a ponerlo en marcha y por muy atractivo que este fuese, no estaba totalmente segura de que fuera una buena idea aceptarlo—

—No... no sé, Carla. Déjame que me lo piense unos días y...—

—Ojalá pudiera, pero necesito que me lo confirmes cuanto antes. Tenemos que estar allí el día quince de este mes, y llegar hasta ese lugar no es nada sencillo. Desde Europa hay que coger como mil transbordos para llegar, pero si aceptas, podrías aprovechar que como en Pretoria estás relativamente cerca, podrías quedarte en ella y descansar unos cuantos días antes de ir—

—Ohhh...—, se lamentó Samanta haciendo un mohín de disgusto —¿De verdad es tan urgente? ¿Qué pasa? ¿Es que llevan demora en las obras?—

—Sorprendentemente, no. La urgencia la marca el propio Beaumont. Ha sido él mismo quien ha contactado conmigo, así que ya te puedes imaginar...—

—¿En serio? ¿Te ha telefoneado uno de los hombres más ricos y excéntricos del mundo?—

—Correcto, y no veas... es... es mucho más... interesante de lo que te puedas imaginar. Hay algo enigmático en su proyecto, pero no acabo de darme cuenta de qué es, así que te voy a enviar ahora mismo el dossier y cuando salgas de la bañera le echas un vistazo y me llamas ¿De acuerdo?—

Tras despedirse, Samanta se metió en la bañera dispuesta a disfrutar de su bien merecido descanso, pero no tardó mucho en asumir que no iba a poder relajarse. No dejaba de darle vueltas al encargo de su directora.

La avioneta en la que viajaba su compañera había desaparecido sin dejar el menor rastro mientras sobrevolaba el atlántico. Los equipos de búsqueda no pudieron localizar nada, ni el menor resto del aparato o de sus ocupantes. Se

habían esfumado y una semana después la investigación se cerró y a Sandra se la dio por desaparecida.

Pero Samanta era una mujer ambiciosa y se trataba nada más y nada menos, que del mayor proyecto de Beaumont. Era una oportunidad increíble para escalar posiciones en su sector y por muy gafe que pudiera parecer aquel lugar, no estaba dispuesta a desaprovecharla. Así que a los pocos minutos salió de la bañera, se puso el albornoz, una toalla envolviendo el pelo, cogió su portátil y se sentó en uno de los amplios y cómodos sillones de su *suite*.

En cuanto abrió su correo, localizó el mensaje y tras descargar el archivo adjunto comenzó a estudiarlo.

El nombre del archivo era *Dossier Borikai*.

San Pedro. Isla de Annobón. Golfo de Guinea.

5 de septiembre de 2019

11.50 a.m.

Arturo Areces siempre se había considerado uno de esos hombres capaces de ver una oportunidad en donde todos los demás solamente ven problemas. La empresa para la que trabajaba estaba especializada en la construcción de resorts de lujo, pero ahora, mientras que sentado en una de las mesas de un restaurante situado frente a la playa estudiaba los planos que le extendía Mario, el capataz, intuía que aquél podía convertirse en el mayor fracaso de toda su vida.

“Jamás debí de haberme metido en este lio”, pensó mientras echaba la mirada atrás y recordaba cómo había comenzado todo.

A la sociedad para la que su empresa trabajaba le había costado mucho dinero y esfuerzo adquirir Borikai, una paradisiaca isla volcánica de cinco kilómetros de largo por tres de ancho y recorrida de Norte a Sur por abruptos acantilados. Su interior está ocupado por suaves colinas y diminutos valles cubiertos por una selva ecuatorial. En la costa, salpicada por pequeñas calas de arena dorada, algunos escabrosos arrecifes recordaban el peligro que

aguarda a los navegantes inexpertos que se ven atraídos hacia ella cuando, desde la lejanía, distinguen la silueta del volcán en cuyo cráter descansa una hermosa laguna, desde la que descienden una miríada de serpenteantes riachuelos de aguas claras que antaño abastecían de agua a unas pocas aldeas y a una antigua plantación de cacao presidida por una mansión que llevaba deshabitada más de un siglo.

Toda aquella belleza se encontraba bajo lo que el hombre que le contrató definió como *“un perenne cielo azul cruzado por nubes blancas en su largo camino hacia el continente africano”*.

“Ese cabrón no ha debido de pisar esa isla en su puñetera vida”, maldijo Areces al recordar los continuados retrasos provocados por las fuertes lluvias.

Los ingenieros de *“Beaumont Enterprises”* le insistieron en que aprovecharían hasta el último metro cuadrado de aquel paraíso para conseguir levantar un *resort* que sería único, y que él, se sentiría orgulloso de haber sido elegido para llevarlo a cabo. Le aseguraron que sus ímprobos esfuerzos serían sobradamente recompensados cuando aquél lugar se convirtiera en un referente internacional para el boyante sector del turismo de superlujo, pero satisfacer a los caprichosos multimillonarios nunca resulta sencillo y Beaumont, el máximo accionista, era el hombre más rico que había conocido.

En la mente de aquel anciano solo había sitio para una idea; construir algo que nadie pudiera encontrar en ningún otro lugar, hacer algo único, erigir una especie de templo al lujo y en este caso, le dijeron que Beaumont había optado por crear algo muy especial. Una mezcla de avanzadísima clínica médica y *resort* de lujo; un lugar en el que millonarios con enfermedades terminales, pudieran acceder a innovadoras terapias prohibidas en el resto del planeta.

En principio, cuando se lo propusieron, Areces pensó que Beaumont y sus directivos se habían vuelto completamente locos. ¿Construir un centro médico para la élite mundial en una remota isla africana? ¿Quién iba a querer pagar cientos de miles de euros para someterse a terapias experimentales en un lugar así? ¿Y cómo iban a conseguir hacerlo sin que la Organización Mundial de la Salud se inmiscuyera? Además, estaba convencido de que su mala accesibilidad les causarían serios problemas durante la construcción. Pero entonces, Areces cayó en la cuenta de que precisamente ese aislamiento era lo

que la convertía en el lugar perfecto, y puesto que la primera fase del proyecto ya estaba prácticamente finalizada y que los directivos de la empresa le ofrecieron una retribución extremadamente generosa siempre y cuando aceptara de inmediato, Areces accedió a dirigir las obras de la segunda fase del proyecto y una semana después se trasladó a la isla para comenzar de inmediato con ellas.

En cuanto el helicóptero la sobrevoló, Areces se enamoró de ella y tuvo la certeza de que el intransigente Beumont había acertado con su elección.

Era un territorio realmente hermoso, salvaje y alejado del turismo de masas. Además, la pequeña península en la que se encontraban situada la mansión le confería una aún mayor intimidad al lugar, y cuando el jefe de policía de la cercana isla de Annobón le relató su misteriosa leyenda, no albergó la menor duda de que era el sitio idóneo.

Nadie visitaba la isla. Nadie se acercaba a ella. Nunca lo hacían.

El único requisito que le impusieron a Areces fue que las indicaciones del proyecto debían ser seguidas al pie de la letra. Los departamentos de investigación habían creado minuciosamente un primer proyecto al que los ingenieros debieron de ceñirse a la hora de elaborar los planos.

Convertirían aquél lugar en una lujosa y exclusiva clínica en la que durante todo el año, podrían tratar a multimillonarios desahuciados por la medicina convencional sin que nadie pusiese en tela de juicio sus innovadores métodos, pero a pesar de que el edificio médico ya estaba terminado, antes de que los primeros pacientes comenzaran a llegar sería necesario convertir la mansión en el más lujoso de los hoteles, levantar algunas construcciones menores, construir un muelle para yates, un pequeño aeropuerto y un sinfín de obras que conllevarían un enorme esfuerzo y por supuesto, una colosal inversión.

Todo pareció ir como la seda hasta que las subcontratas americanas finalizaron la construcción del edificio principal y se marcharon.

En cuanto abandonaron la isla, Areces se encontró con el problema de que necesitaba urgentemente mano de obra, así que optó por una contratación masiva en las islas cercanas y, en ese preciso y delicado momento, todo su plan se vino inesperadamente abajo.

No tardó en descubrir que debido a la leyenda negra que pesaba sobre la isla, ningún isleño quería trabajar en las obras, así que tuvo que emplear un tiempo considerable en la búsqueda de trabajadores cualificados en el continente.

Pero también allí sus esfuerzos resultaron completamente inútiles. Nadie quería acercarse a aquella tierra maldita, por lo que no tuvo más remedio que subcontratarlo con varias empresas españolas.

Y aquello tampoco salió como se esperaba.

De primeras, todas ellas se mostraban encantadas de que les adjudicaran las subcontratas, pero en cuanto los trabajadores llegaban a la isla y comenzaban a trabajar, indefectiblemente, a las dos o tres semanas la mayor parte de ellos dimitía y regresaban a España, por lo que Areces tenía que volver a contactar con alguna empresa que aceptara continuar los trabajos, algo que no era tan sencillo debido a que los operarios deberían de pasar largas temporadas sin salir de la isla.

Eso se rebeló como un obstáculo insalvable para la mayor parte de los empleados hasta que, finalmente, uno de sus contactos en Madrid le habló de Mario, el propietario de una pequeña empresa de construcción quien, posiblemente ahogado por las deudas, aceptó el encargo a pesar de que Areces fue totalmente sincero con él y no le ocultó, ni la oscura historia del lugar, ni los reiterados incidentes que habían hecho abandonar a las anteriores subcontratas.

Sin embargo, solo un mes después de llegar a la isla y a pesar de que Areces les ofreció un considerable aumento de sueldo, ocho de los quince empleados que Mario trajo consigo, dimitieron alegando absurdas deficiencias en las condiciones de seguridad, una forma como otra cualquiera para intentar disimular que, en realidad, se iban porque todos tenían la sensación de que unos malignos seres les acechaban constantemente desde la jungla.

Afortunadamente para Areces, a pesar de todo Mario todavía continuaba a su lado, pero las cosas no habían mejorado de forma sustancial y los retrasos continuaban.

—El avión a Malabo ya ha despegado, jefe—, le informó Mario.

—¿Algún problema con el embarque del herido?—, preguntó Areces.

—No. Resulta que la gente de Beaumont sacó a Alberto del hospital ayer por la mañana. Por lo visto ya se habían ocupado de todos los trámites y el doctor que les firmó la autorización me ha dicho que lo iban a trasladar en uno de los aviones privados de la compañía hasta un centro médico especializado en enfermedades tropicales o algo así. La verdad es que por lo visto ninguno de

ellos era español y el pobre hombre no entendió ni la mitad de lo que le dijeron. Pero para nosotros, lo importante es que continuamos arrastrando nuestro eterno problema. Se nos han marchado otros treinta hombres y hasta que terminen las vacaciones no dispondremos de gente suficiente para continuar con el plan previsto. Además, el técnico que iba a venir desde Málaga se ha “arrepentido”, así que mucho me temo que tendremos que acelerar la contratación de más trabajadores y de un nuevo especialista en tratamiento de aguas—, le explicó.

—Bien. Pues en ese caso envíale de inmediato un correo a la agencia para que los contraten—, respondió Areces con cierto aire de hartazgo, antes de añadir:

—Hemos contratado a la empresa de trabajo temporal para que consigan gente con ganas de trabajar y a ti, te he contratado para que vigiles que los trabajos se ejecuten correctamente, y la verdad es que a estas alturas del proyecto y con todos los problemas que estamos teniendo, mientras que nos ajustemos al presupuesto, logremos recuperarnos de las demoras y cumplamos los plazos establecidos, a mí me da igual que me envíen a doscientos nigerianos o a veinte bilbaínos. Lo único que me importa es terminar y regresar a la civilización cuanto antes—

—Ya, ya lo sé—, contestó Mario —Si la empresa no se hubiera empeñado en despedir a todo el personal cuando acabaron con la construcción del edificio principal, seguro que no nos habríamos retrasado. No comprendo por qué se han dado tanta prisa en terminarlo si a fin de cuentas, después lo han dejado completamente cerrado—

—Supongo que habrán tenido motivos importantes para hacerlo—, replicó Areces —Aunque reconozco que me hubiera gustado que alguien se hubiera molestado en explicármelos—, apuntó con disgusto.

—Sí. Han pasado completamente de nosotros. Nos han dejado sin recursos y eso nos ha demorado demasiado. Ahora el problema es solamente nuestro. Con casi todos los trabajadores de vacaciones y sin que nadie de por aquí quiera ni tan siquiera acercarse hasta esta isla, nos hemos quedado sin mano de obra para continuar—

—¡Eso es lo que no comprendo! ¡Es absurdo!—, se quejó Areces —Beaumont y su legión de elegantes consejeros deberían haber previsto esta contingencia.

Por lo que pagamos deberíamos estar recibiendo una avalancha de demandas de empleo a diario, pero sin embargo estamos estancados por falta de mano de obra. Es completamente ridículo. No me cabe la menor duda de que tiene que haber mucha gente que estaría encantada de venir a trabajar aquí. Solo tenemos que contactar con ellos—

—Sí. Yo también lo creo, pero ¿cómo los localizamos?—

—Ya no se me ocurre nada. He agotado todos mis contactos y... espera ¿es que tú no sabes de nadie? Llevas treinta años en el sector y tienes que haber conocido a un montón de gente válida, o cuando menos debes tener algún contacto en España que nos pueda conseguir trabajadores. Necesitamos buenos profesionales, pero también han de ser “animosos”, hombres que no se dejen impresionar por historias irracionales y que quieran ganar mucho dinero—

—Hummm... creo que se me ocurre un nombre, un tipo que trabajó conmigo hace varios años—, sugirió Mario —Sé que trabajaba con depuradoras y plantas de tratamiento de aguas residuales, así que sabe de ese tema, y... si mal no recuerdo, creo que fue militar profesional—

—¿Y se puede saber a qué coño estás esperando para llamarle?!—, prorrumpió Areces.

—Hace mucho que no sé nada de él, pero... bueno, supongo que puedo intentarlo. Quizás, si le ofrecemos una buena cifra podamos convencerle—

—Si crees que puede solucionarnos el tema del agua potable, adelante. Habla con él y persuádelo—

—Lo intentaré, jefe. Pero como he dicho, todo dependerá lo que le ofrezcamos—

—Tú haz lo que sea para que venga. Si ves que duda ofrécele viajar gratis para que pueda ver el proyecto en persona, sin ningún compromiso. Insístele en que la empresa correrá con todos los gastos y que nos ocuparemos del viaje y del alojamiento ¡Joder! ¡No quiero casarme con él! ¡Solo que venga y una vez esté aquí, ya me ocuparé yo mismo de persuadirle!—

—No es mala idea—, reconoció Mario —Una vez aquí no creo que nos cueste

demasiado convencerle, pero eso sí, no nos va a salir nada barato—, dijo con resignación.

—Los retrasos nos están haciendo perder alrededor de cinco mil euros diarios, así que mientras que lo haga bien y no nos salgamos del presupuesto, a mí ya me da igual. Llámalo ahora mismo y dile que venga lo antes posible—, le instó Areces.

—Esa es otra—, respondió Mario torciendo el gesto —Solamente tengo su correo electrónico, así que le enviaré un mail y le diré que es muy urgente que me conteste—, dijo sacando el móvil del bolsillo y saliendo fuera del restaurante.

Valladolid. España.

5 de septiembre de 2019

13.03 p.m. Hora local.

El irritante zumbido de la función despertador de su teléfono arrancó a Carlos de los brazos de Morfeo. Estirando la mano hacia la mesilla, cogió el móvil y tras apagar la alarma miró la hora y soltó un bufido de decepción.

Apenas había podido dormir unas pocas horas aquella noche debido a que, a eso de las tres de la madrugada, se había despertado sobresaltado y completamente empapado en sudor. Otra vez la misma y angustiosa pesadilla que le había perseguido durante gran parte de su infancia parecía haber regresado para torturarlo de nuevo.

Casi todas las noches tenía la misma y recurrente visión, pero esa noche en particular la pesadilla se había presentado con una irreal nitidez. Él corriendo por un oscuro y largo pasillo hasta detenerse ante una estrecha ventana encuadrada en una pared de piedra y al otro lado del cristal, una densa lluvia, la tenue luz anaranjada de un farol iluminando unas oscuras figuras, y el aterrador chillido colectivo que estas lanzaban al descubrirle mientras que una docena de ojos enrojecidos y abominablemente brillantes le observaban.

Daba igual. Solamente era una pesadilla y la realidad era que un nuevo día

había comenzado y que él tenía que levantarse, así que se incorporó, estiró su cuerpo entumecido y caminó en calzoncillos hasta la cocina. Tras encender la cafetera, se dio una rápida ducha para apartar de él los últimos restos de sueño y al salir esbozó una media sonrisa al ver su reflejo en el espejo. La verdad es que debería de haberse preocupado un poco más por su físico, pero él no era uno de esos que son capaces de mantener una férrea disciplina alimentaria y aún mucho menos de acudir regularmente a un gimnasio.

No es que fuera un tipo feo, sino que simplemente era normalito tirando a pasable. Se puso de perfil, hinchó el pecho, levantó la barbilla y chasqueó la lengua. No estaba tan mal. Tenía los ojos verdes, treinta y seis años, metro setenta y ocho de altura, sin barriga pero tampoco con la tan atractiva y siempre esclava “tableta de chocolate” y con la cabeza afeitada desde que un par de semanas atrás, un estúpido intento por teñir sus incipientes canas se hubiera saldado con un rasurado integral del cráneo.

En cuanto terminó de afeitarse cogió una humeante taza de café, se apoyó en el dintel de la ventana y contempló con desgana el devenir del tráfico matinal sobre el asfalto.

Se sentía agobiado y no sabía qué hacer o qué camino debía seguir para poder continuar con su vida. Llevaba un par de meses perdido, justo desde que su novia hubiera tomado la decisión de romper con él para irse a recorrer el norte de Europa.

Ella siempre le había echado en cara que era un hombre demasiado conformista, que tenía que cambiar, dejar de dedicarle tanto tiempo a su trabajo y ser más impulsivo. Y ahora que ella ya no estaba a su lado tenía que admitir que quizás eso hubiera sido lo mejor. Posiblemente, si lo hubiera hecho ahora no estaría viviendo solo en un impersonal bloque de apartamentos, uno de esos gigantescos edificios en los que todo el mundo es un completo desconocido y en los que puedes vivir toda tu vida sin tan siquiera llegar a conocer al vecino de la puerta de al lado.

Desde la inesperada ruptura Carlos se había sumido en una profunda depresión y eso le había llevado a abandonar un buen empleo de especialista en una empresa de tratamiento de aguas, pero por el momento su economía continuaba resistiendo. No estaba tan mal como mucha de la gente que vivía en

aquél barrio obrero de Valladolid en el que un gran porcentaje de sus vecinos se encontraban sin empleo, y precisamente por eso se sentía afortunado.

El piso en el que vivía estaba completamente pagado, por lo que todavía podía permitirse salir a tomar un par de copas y comer tres veces al día. Pero poco a poco comenzaba a notar una desagradable sensación de desánimo y a albergar serias dudas sobre cuánto tiempo más podría continuar manteniendo su hasta ahora relativamente sosegada forma de vida. Sabía que tenía que centrarse y encontrar un nuevo empleo cuanto antes y por eso, todos los días abría su portátil y consultaba varias páginas de búsqueda de empleo esperando que aquel fuera su día de suerte y encontrase una oferta que se ajustase a su perfil, pero todavía no había tenido suerte, o al menos no hasta aquél instante.

Cuando, como todas las mañanas, se disponía a dar su paseo diario, un pitido procedente de su móvil le indicó que acababa de recibir un correo electrónico que leyó mientras terminaba de colocarse la chaqueta.

El correo se lo había enviado Mario, un antiguo compañero de trabajo que por lo que sabía de él, se había montado en Málaga una pequeña empresa especializada en la construcción y rehabilitación de casas y alojamientos rurales.

Comenzó a leer el mensaje con cierta sorpresa. Hacía más de dos años que no sabía nada de su amigo, por lo que no tenía ni la menor idea de qué podía querer de él.

Tan solo unos pocos segundos más tarde, una expresión de absoluto estupor se dibujó en su rostro. Era algo tan inesperado que casi no se lo podía creer.

Lo que su amigo le decía era que había conseguido una subcontrata para la construcción de un resort para millonarios en una isla tropical y que necesitaba de alguien con su experiencia para la instalación de los depósitos de agua potable, la depuradora y toda la red que abastecería al que sería el complejo de turismo más exclusivo de la costa Oeste Africana.

Le explicaba que el plazo para la ejecución de todo el proyecto era de tres años y le garantizaba el trabajo durante toda su duración. Además, el alojamiento y la manutención corrían por cuenta de la empresa así que todo serían beneficios. El único problema era que necesitaba conocer su respuesta de inmediato ya que le urgía contratar cuanto antes a alguien que pudiera

continuar con los trabajos.

La sorpresa de Carlos fue tan descomunal que no tuvo más remedio que sentarse. No podía permitirse dejar pasar aquella oportunidad. El único inconveniente de todo aquello era que el lugar en el que pasaría los próximos tres años estaba en el fin del mundo, pero en su situación, aquello era algo secundario. Era su gran oportunidad y no estaba dispuesto a dejarla pasar. Pasaría los próximos años en... leyó de nuevo el mensaje y se fijó en el nombre de la localidad: “Borikai”

¡Dios! Sin saber por qué, ese nombre hizo que todo su cuerpo se estremeciese, pero por un empleo como aquél estaba dispuesto a ir incluso hasta el mismísimo infierno así que de inmediato, marcó el número de su amigo para que la informase exactamente de en qué consistía el trabajo y sobre todo, de cuánto iba a ganar.

—¿Diga?—, le respondió una voz desde el otro lado.

—¿Mario? Soy Carlos ¡Vaya sorpresa que me acabo de llevar, amigo! ¡Hace muchísimo tiempo que te perdí la pista y ahora resulta que estás en África!—, dijo ilusionado.

—¡Coño chavalote! ¡Menos mal que me has contestado! No sabía si seguirías utilizando este correo y no tenía tu número, pero no tienes ni idea de lo que me alegra haber dado contigo tan rápidamente. Ahora vamos a lo importante que por aquí la cobertura es muy mala. Tengo algo que estoy seguro de que te interesará, pero antes de continuar, dime ¿ahora mismo estás trabajando?—

—Lo cierto es que ahora mismo... no. Me he tomado una temporada sabática para... ya sabes, replantearme mi situación. Mi chica me dejó tirado y...—

—Pues mucho peor para ella y mucho mejor para ti, porque a partir de ahora tienes un nuevo empleo en una isla paradisiaca—, le interrumpió él —Te aseguro que este trabajo es una gran oportunidad. Esta isla está, literalmente, en el quinto coño y como casi nadie quiere venir a trabajar tan lejos, podemos ir a nuestro paso y haciendo las cosas a nuestro gusto sin que nadie nos toque las narices y además, está muy, pero que muy bien pagado—

—¿Y cuánto es para ti muy bien pagado?—, preguntó Carlos intentando disimular su nerviosismo.

—¿Te parecen bien cuatro mil pavos al mes? Manutención, viajes y alojamiento aparte, claro está—

—¿Estás hablando en serio?—, preguntó con tono incrédulo.

—Totalmente en serio, compañero. Te aseguro que es una oportunidad única. No volverás a encontrar una oferta como esta en toda tu vida, así que confía en mí y ni te lo pienses—

—La verdad es que es... increíble ¿Qué me dices de los vuelos y los trámites?

—

—Ningún problema. La empresa se ocupa de todo eso y como hay varios altos funcionarios cobrando comisiones por... “facilitarnos” las cosas, el tema de visados y demás está solucionado. Nosotros te reservaremos vuelos y todo lo que necesites y tú, solamente tienes que presentarte en el aeropuerto con tu maleta y el pasaporte—

—Pues en ese caso me parece estupendo, así que cuenta conmigo desde este mismo instante. Tú dime cuándo he de estar allí y cómo hacerlo, y yo te prometo que en cuanto lo sepa me planto en el aeropuerto—

—Cuanto antes vengas mejor para todos, así que envíame unas fotos del pasaporte, déjame que se las pase a la oficina para que te llamen y tramiten tus papeles y en tres o cuatro horas recibirás en el correo los datos de contratación, los vuelos y el resto del papeleo—

—¿Y puedes adelantarme algo del proyecto y más particularmente de en qué consistiría mi trabajo?—, preguntó sorprendido por la celeridad de Mario.

—Por supuesto ¿Te suena de algo una empresa llamada “*Beumont Enterprises*”?—

—Absolutamente de nada—, reconoció Carlos.

—Normal. No tienen ningún negocio en Europa. Todos sus hoteles son para VIPS y, lógicamente, estos prefieren el trópico. De ahí que estemos trabajando en una islita que ha adquirido en el Golfo de Guinea. Durante los últimos años, el tal Beumont, que por lo que me han contado es un tipo... “singular”, ha invertido una disparatada suma de dinero en un proyecto tan arriesgado como insólito. Dicen que está completamente obsesionado con él y que no le importa arriesgarlo todo con tal de que salga adelante, y yo diría que es cierto porque unas empresas americanas ya han terminado la primera parte del proyecto. Han construido una especie de clínica o algo así, ya sabes, una de esos sitios a los que los multimillonarios van para que les retoquen “la chapa” y salen con la cara tan estirada que ni tan siquiera pueden sonreír, y a nosotros nos han contratado para rehabilitar una vieja mansión que servirá para

alojarlos mientras los cirujanos les sacan la pasta. El problema es que necesitamos urgentemente empezar a construir una captación con bombeo en un manantial para llevar el agua hasta el hotel. Vamos, nada que tú no hayas hecho ya—

—¿Está muy abajo el manantial?—

—A unos doscientos metros por debajo del lugar en el que se construirán los depósitos, y calculo que la línea de abastecimiento debería de tener cerca de mil o mil doscientos metros, así que habrá que colocar un buen par de bombas—

—¿Y estás seguro de que no hay ningún manantial más cerca?—

—Hay uno, pero no estoy seguro de si nos servirá y precisamente por eso es por lo que quiero que vengas. En lo tuyo eres un genio y quiero que seas tú el que lo vea antes de malgastar a lo tonto más tiempo y dinero—

—De acuerdo. Ya te he dicho que no tengo nada que hacer así que en cuanto me remitáis toda la documentación cojo el avión—

—Eso sería magnífico, amigo. Tenemos alquiladas varias habitaciones en un hotel de San Pedro, un pequeño pueblo situado en Annobón, una isla cercana a la nuestra. Las usamos para alojarnos durante los fines de semana de descanso y mientras terminamos de habilitar las casas modulares en las que nos alojamos en la isla, así que si estás de acuerdo, ahora mismo avisaré a la oficina para que contacten contigo y en cuanto tengas los billetes me avisas ¿De acuerdo?—

—Por mi parte no hay ningún problema. Diles que me envíen el papeleo y... gracias por acordarte de mí. Te debo una, amigo—

—Gracias a ti por aceptar, y ya verás como no te vas a arrepentir—

En cuanto finalizó la llamada, Carlos se dio cuenta de que había aceptado la oferta de Mario sin planteárselo demasiado. Estaba seguro de que, en el fondo, lo había hecho porque sabía que ese trabajo le mantendría ocupado el tiempo suficiente para que sus heridas se fueran cerrando, y además, ese dinero le vendría muy bien para sacar adelante un pequeño negocio rural que siempre había tenido en mente.

Sin embargo en todo aquello había algo, no sabía el qué, que le hacía desconfiar, así que tras servirse otro café, corrió hacia su portátil y se metió en *Google* para encontrar algo de información con la que hacerse una idea de su destino. Y la verdad es que lo que encontró no le hizo sentirse demasiado a

gusto.

Resultó que se trataba de una diminuta isla tropical completamente deshabitada y situada en el golfo de guinea. Hasta ahí todo parecía normal, pero lo realmente inquietante era su historia. Una mañana de 1831, todos los habitantes de una aldea situada en el sur de la isla habían sido encontrados muertos y desde entonces, corrían multitud leyendas sobre hechiceros vudú, misteriosas desapariciones y sacrificios rituales que se celebraban para mantener alejados a los malos espíritus.

Tal y como había dicho Mario, la isla más cercana era Annobón, una isla de dieciocho kilómetros cuadrados y poco menos de cuatro mil habitantes que básicamente vivían de la pesca y del creciente aumento de los negocios turísticos, aunque también encontró información sobre posibles contratos del gobierno con empresas estadounidenses y británicas para albergar residuos nucleares, pero supuso que posiblemente no fuesen más que rumores sin fundamento.

Todo el mundo sabía que internet estaba plagado de “*Fakes News*”, así que no le dio más importancia y se puso a buscar imágenes de su destino.

Viendo las fotografías de la hermosa isla, de sus playas de arena dorada y sus aguas claras, le quedó claro que era totalmente imposible que la utilizaran como vertedero.

Además, si así hubiera sido, obviamente nadie se habría atrevido a instalar un resort de lujo tan cerca de ella, por lo que se olvidó por completo de aquella estupidez y se dedicó a seguir admirando las imágenes sobre el paraíso tropical en el que trabajaría de ahora en adelante.

Un inesperado giro del destino había hecho que su vida estuviese a punto de cambiar espectacularmente. *¡Bien por ti, Carlos!*, pensó satisfecho.

San Pedro. Isla de Annobón. Golfo de Guinea.

5 de septiembre de 2019

12.30 a.m. Hora local.

Mientras tanto, a cinco mil kilómetros de allí, Mario regresó con el semblante radiante y tras sentarse a la mesa sobre la que ya se encontraba servida la

comida, dijo:

—Hecho. Hemos tenido muchísima suerte. Por lo visto le ha dejado la novia y necesita cambiar de aires para despejar la mente, de modo que en cuanto le he ofrecido el empleo lo ha aceptado encantado. Me ha asegurado que vendrá en cuanto los de la oficina le envíen todo el papeleo, así que ya les he llamado para meterles prisa. Creo que con un poco de suerte podría estar aquí en una semana—

—Estupenda noticia—, dijo Areces esbozando una gran sonrisa de agrado — Y por cierto—, añadió —Encárgate de que tus hombres aceleren las obras de adecuación del interior de la mansión. Me acaban de avisar de que han contactado con una empresa especializada en ese tipo de edificaciones y que enviarán a un especialista para estudiar la mejor forma de hacerlo. Y también me han dicho algo de que enviarán a alguien para comprobar el estado estructural de mansión—

—¿Otra vez? ¿Pero eso no lo habían hecho al principio?—

—Eso mismo creía yo, pero la ingeniera que enviaron hace unos años se mató en un accidente de avión o algo así, y nunca llegó a la isla. Supongo que la investigación del accidente paralizó el tema... hasta que terminaron la Fase Uno. Ahora lo que queda es la rehabilitación de la mansión, el muelle y los edificios auxiliares, así que supongo que, de repente, les han entrado las prisas. Imagino que habrán esperado hasta que comenzáramos nosotros por si la Fase Uno se demoraba demasiado—

—Eso lo puedo entender ¿pero es que pretenden que se alojen en esa casa? ¡Por dios santo! ¡Si todavía no hemos hecho más que comenzar con las obras! ¡Esa casa está hecha una mierda!—, exclamó con tono sorprendido —¿Y por qué motivo quieren hacerlo? ¿Qué quieren conseguir con ello? ¿Qué se vayan corriendo?—

—La cierto es que yo tampoco acabo de comprenderlo del todo. Supongo que esperan que su estancia en la mansión les resulte... inspiradora. A fin de cuentas se trata de atraer a un tipo muy especial de clientes y para ello, qué mejor que quienes vayan trabajar en el proyecto hayan experimentado lo mismo que les van a vender—

—¡Pero si ni tan siquiera hemos visto toda la casa! ¡Y no sólo eso! ¡Es una montaña de trastos polvorientos y piedras a punto de derrumbarse! ¡Y qué decir de lo que les vamos a vender! ¡Si ni tan siquiera nosotros sabemos si la Fase Uno está realmente finalizada! ¡Nunca la hemos visto por dentro y no hay nadie en ella! ¡Cómo les van a vender un hotel de lujo y una clínica, si ni hay hotel, ni hay un puñetero médico en toda la isla!—, exclamó Mario enfadado por lo incongruente de aquella visita en un momento tan delicado.

—¡Cálmate, Mario! Sé que tienes razón, pero nada de eso es problema nuestro —, respondió Areces —Así que tú límitate a hacer lo que te he dicho y ya está —

—Pues... vale, de acuerdo—, aceptó el capataz —Les diré a los chicos que se pongan con ello de inmediato, pero insisto en que no creo que sea buena idea. Si los nuevos son un poco impresionables... nos causarán muchos problemas —

—Lo dudo mucho. Me han asegurado que son grandes profesionales, por lo que supongo que deben de estar más que acostumbrados a este tipo de vicisitudes—, replicó Areces.

—Nadie se acostumbra nunca a este tipo de cosas, pero... allá ellos—, terminó Mario mientras se llevaba un trozo de pollo a la boca.

Capítulo 5. Primer incidente.

San Antonio. Isla de Annobón. Golfo de Guinea.

13 de septiembre de 2019

13.03 p.m. Hora local.

La intensa lluvia tropical martilleaba sobre el techo metálico de la clínica, bajando por los canalones para unirse al torrente que descendía calle abajo.

Marian suspiró y acercándose a la ventana, observó los relámpagos refulgiendo en la húmeda superficie de las barcas de pesca varadas sobre la arena de la playa. La tormenta rugía sobre el océano que se extendía más allá de ellas. Cerró los ojos. Aquello se parecía muy poco a lo que había esperado encontrarse cuando aceptó pasar seis meses como doctora en la pequeña aldea pesquera de San Pedro, en la costa Este de la isla de Annobón.

Desde muy pequeña, siempre había querido ser doctora para poder ayudar a los demás. De hecho aquella vocación se la debía a su madre quien durante muchos años había trabajado como enfermera en América.

Fue precisamente allí, exactamente en Miami, en donde fruto de lo que ella siempre definió como una romántica y alocada aventura de verano, nació ella.

Allí creció y se formó como doctora a pesar de que sus primeros años fueron muy difíciles. Con tan solo cuatro años, los médicos la diagnosticaron leucemia y la dieron una esperanza de vida de solamente dos años. Pero a pesar de ello, su madre jamás perdió la esperanza y les dijo a todos que su hija viviría.

Nadie supo cómo, pero lo cierto es que la leucemia remitió y la niña salió adelante. Su madre siempre dijo que fue porque le suplicó a San Gabriel que la curase y que a cambio, le prometió que si lo hacía regresaría a España y se pasaría el resto de su vida ayudando a los más necesitados. Y cuando el milagro sucedió, su madre, que era una romántica incurable, dijo que al verla tan enferma, San Gabriel lloró y una de sus lágrimas cayó sobre ella sanándola.

Aún tuvieron que transcurrir veinte años para que su madre pudiera cumplir su promesa de regresar, pero no quería hacerlo antes de que su pequeña Marian

se formara en medicina. Cuando finalmente el ansiado momento llegó, ambas viajaron a España estableciéndose en un pequeño chalet situado en las afueras de Gijón, y que su madre compró gracias a la pequeña fortuna que había ganado durante los años que pasó trabajando al lado de un afamado doctor.

A partir de ahí Marian comenzó a habituarse al ritmo de vida español, a sus horarios, costumbres y finalmente fue contratada en el servicio de urgencias del hospital de Cabueñes en donde trabajó durante tres largos años.

Pero ahora mismo, mirando a su alrededor, no estaba demasiado segura de haber tomado la decisión correcta. Ella siempre se había imaginado que se encontraría con un paraíso vacacional de esos que se ven en los folletos turísticos, todo sol, playas doradas y tranquilidad, pero ya llevaba dos meses allí y había llovido durante casi la mitad de los días. Y era una verdadera lástima, porque todo lo demás estaba bastante bien; le gustaban la tranquilidad que reinaba en aquella remota aldea costera, la selva esmeralda separada del azul del mar por una estrecha franja de arena y la cordialidad de sus gentes. Además, y contrariamente a lo que se había esperado, su pequeña clínica estaba bastante bien abastecida y su enfermera Lucía, una joven mulata que había cursado sus estudios en Malabo, era una chica agradable, inteligente y excelentemente bien preparada.

De repente, entremezclado con el sonido de la lluvia escuchó el rítmico golpeteo de un helicóptero que aumentaba de modo continuo y entonces, unas luces brillaron en la oscuridad al tiempo que el aparato surgía de entre la oscuridad del océano y dando un ligero semicírculo, avanzaba lentamente y de costado hacia la playa.

—¡Lucía!—, gritó Marian señalando hacia el exterior —¡Creo que vamos a tener visita!—

—¿Qué es eso de que vamos a tener visita? ¿Con este tiempo?—, respondió la enfermera caminando hacia la ventana y distinguiendo uno de los helicópteros de “*Beumont Enterprises*”, la compañía constructora que estaba erigiendo un resort de lujo en una isla situada veinte millas al Suroeste.

Al ver que el aparato tomaba tierra en la playa, a escasos cincuenta metros de la entrada de la clínica, Marian se asomó a la puerta y en cuanto distinguió al piloto tras el cristal de la cabina, le reprochó:

—¿Se puede saber por qué vuelan con esta lluvia?! ¡¿Es que quieren

matarse?! ¡¿No se dan cuenta de que...?!—, pero se interrumpió al ver que tres hombres salían de su interior gritando frenéticamente mientras sacaban en volandas el cuerpo de un hombre y de inmediato, Marian y Lucía acudieron corriendo junto a ellos. Traían un herido.

—¿Es usted la doctora?—, preguntó en perfecto español uno de los hombres mientras la lluvia caía golpeando con fuerza la cabeza y la bata blanca de la doctora.

—Sí. Soy la doctora Graña—, contestó ella frunciendo el entrecejo.

—Soy Mario Hernández, el capataz de *Beumont Enterprises* y necesitamos urgentemente su ayuda—, dijo señalando al herido.

—¿Se puede saber qué narices está pasando en esa isla?—, refunfuñó Marian

—Es el segundo herido que nos traen en menos de dos semanas—

—¡Le aseguro que soy plenamente consciente de eso, doctora! ¡Pero si no le importa, ya discutiremos eso más tarde!—

—De acuerdo—, respondió —Pásenlo dentro—, dijo mientras les indicaba que lo introdujeran en la consulta, y Lucía les abrió la puerta de la sala de curas —¡Aquí! ¡Pósenlo sobre la camilla!—, dijo comenzando a examinar a su paciente.

Se trataba de un hombre de color, pelo negro y vestido con ropa de trabajo gris y bandas naranjas. Se encontraba inconsciente y todo su cuerpo temblaba sin control.

—¿Qué le ha sucedido?—, preguntó mientras Lucía le colocaba una sonda intravenosa y ella cortaba la camisa y el pantalón completamente empapados por la lluvia y la sangre.

—Ha sufrido un desafortunado accidente de trabajo—, respondió rápidamente el capataz —Se cayó desde varios metros de altura sobre un montón de hierros de los que utilizamos para el hormigón armado de los cimientos—, aclaró.

—¿Y por qué lo han traído aquí? Este hombre está muy mal. Deberían de haberlo llevado directamente al hospital de Malabo—, dijo Marian viendo que sus múltiples heridas no tenían buen aspecto.

Todo su cuerpo estaba cubierto de graves laceraciones y profundas heridas que habían sido toscamente taponadas con gasas; su brazo derecho estaba roto por al menos tres sitios, un hombro estaba dislocado y un profundo corte recorría su pierna derecha de parte a parte exponiendo los músculos y la arteria femoral.

—Le aseguro que en otras condiciones lo habríamos hecho, pero con esta tormenta no habríamos podido llegar a tiempo. Solamente podíamos traerlo aquí—, explicó el capataz.

—Entiendo. Al menos cuénteme cómo fue el accidente—, pidió Marian.

—Ninguno lo vimos—, dijo rápidamente el capataz— Solamente le oímos gritar y nos lo encontramos así. Le hemos hecho unas curas de emergencia para intentar detener las hemorragias, pero... está claro que sin demasiado éxito—

—No se atormente. Era imposible que logaran hacerlo con sus escasos medios, pero es que este hombre... está destrozado—, comentó Marian —¿Y dice que se cayó entre unos hierros?—, inquirió con tono extrañado mientras exploraba la herida de la pierna con las yemas de los dedos.

—Al menos nosotros lo encontramos caído entre ellos—, respondió Mario, incómodo al ver que la enfermera le estaba mirando como si no creyera sus palabras.

—Si este hombre se hubiera caído entre unos hierros, estos le habrían atravesado el cuerpo, pero no ha sido así, de hecho sus heridas se corresponden con laceraciones similares a los desgarros de la zarpa de un animal—, observó—Además, en el interior de las heridas debería de apreciarse restos de óxido, pero no solo no los hay sino que además, estas heridas emiten un olor... anómalo, casi como si llevaran muchos días infectadas. No lo entiendo—, dijo moviendo la cabeza —¿Cuánto tiempo hace que ocurrió?—

—No más de una hora—, aseguró el capataz con voz nerviosa.

—¿Estaban trabajando de noche y con tormenta? Curioso... ¿no le parece?—

No sabía por qué, pero Marian estaba segura de que el capataz la estaba mintiendo. Con aquel tiempo era imposible que estuvieran haciendo nada y además, resultaba evidente que la piel de aquel hombre había sido desgarrada en sentido transversal y eso solamente lo podía haber provocado una enorme garra o algún tipo de arma ritual.

Agachándose sobre el herido, examinó a conciencia todo el cuerpo hasta que al llegar a la espalda descubrió algo que la provocó un intenso escalofrío y alzó vista mirando al capataz con expresión interrogante, como preguntándole si, a pesar de su razonamiento, todavía tenía intención de mantener aquella absurda explicación.

El capataz simplemente arqueó una ceja sorprendido y entonces ella, nuevamente insistió:

—¿Está totalmente seguro... totalmente—, recalcó —...de que fue un desdichado accidente?—, preguntó.

—Totalmente—, afirmó Mario sin titubear.

Ahora la doctora ya estaba segura de que la estaba mintiendo.

—Muy bien. Salgan todos de la sala, por favor—, les exigió con tono resuelto.

—¿Y eso por qué?—, preguntó Mario, alarmado —Querría permanecer a su lado...—

—Es solo por motivos de higiene—, le cortó —Así que esperen fuera y ya les informaré—, repuso ella con tono resuelto y haciéndole una señal a Lucía para que les sacara de la sala.

En cuanto se quedaron a solas, Lucía se acercó a ella y la preguntó:

—¿Qué crees que le ha sucedido?—

—No lo sé, pero seguro que no ha sido una caída. Mira esto...—, respondió sosteniendo una de las manos para mostrársela —Las manos y los antebrazos están cubiertos de heridas y magulladuras, y eso solamente puede deberse a que alzó las manos para defenderse y... seguro que no pretendía defenderse de un montón de hierros—

—A lo mejor los puso delante durante la caída—, sugirió Lucía.

—Imposible. De haberlo hecho habría quedado ensartado y todas sus heridas...—

En ese momento, el hombre abrió súbitamente los ojos y murmuró algo apenas inaudible.

—*Banuts... los Banuts...* —.

Al escucharle, Lucía retrocedió espantada al mismo tiempo que su hermoso semblante palidecía a pesar de que era mulata.

—¿Qué pasa? ¿Qué significa *Banuts*?—, preguntó Marian mirándola con extrañeza.

—Nada... nada bueno, doctora. Nada bueno...—, respondió santiguándose.

Los labios del muchacho volvieron a moverse:

—*Ellos vigilan...*—, susurró.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —, preguntó con tono asustado.

—*Los Nvumbis... muertos...*—

—¿Muertos? ¿Quiénes han muerto?—, insistió la doctora.

En ese momento el hombre gimió y comenzó a convulsionarse mientras vomitaba sangre y Lucía chillaba histéricamente.

—¿Qué demonios está pasando!—, gritó el capataz abriendo la puerta y

quedándose paralizado ante la dantesca escena.

Su hombre temblaba y vomitaba sangre mientras que Marian intentaba ladearle para que no se ahogara a pesar de que sabía que era totalmente inútil.

—¡Ayúdeme!—, le suplicó la doctora, pero en ese instante, el cuerpo del hombre se relajó hasta quedar completamente inmóvil y con la mirada clavada sobre el capataz, mientras que Marian apoyaba las manos sobre su pecho para intentar reanimarle, pero inesperadamente, Lucía la detuvo y sujetándola por los brazos tiró de ella hacia atrás mientras gritaba:

—¡No! ¡No lo haga! ¡Este hombre está maldito!—

—¿Cómo? Por el amor de Dios, Lucía...—

—¡No! ¡Usted no entiende de estas cosas! ¡Usted no sabe nada de aquella isla así que no lo toque! ¡Apártese de él!—, la exigió mirándola intensamente al mismo tiempo que el capataz hacia entrar a sus hombres quienes a toda velocidad, sacaron el cuerpo de la sala.

—¿Por qué se lo llevan? ¿Es que tienen miedo de que descubramos algo extraño durante su autopsia?—, inquirió la doctora con tono acusador.

El capataz se llevó el dedo índice a los labios en un claro gesto para que guardara silencio, y añadió:

—Ya la he dicho que solo ha sido un desgraciado accidente, así que olvídense de todo. Nada de esto ha sucedido—, dijo depositando un fajo de billetes sobre la mesa y cerrando la puerta tras de sí.

—¿Esto es normal por aquí?—, preguntó Marian cogiendo el dinero —Quiero decir ¿Es normal que alguien se muera y que te paguen unos... diez mil euros por no hacer nada?—

—Sí, pero solo cuando se tiene algo que ocultar, y... los blancos siempre lo tienen—, comentó Lucía mirando a través de la ventana y viendo despegar el helicóptero.

—Deberíamos comunicárselo a las autoridades—, dijo Marian caminando hacia el teléfono.

—¿Y qué va a denunciar? ¿No se da cuenta de que no hay cadáver? Y además... aunque lo hubiera tampoco harían nada. A veces este tipo de cosas suceden, a veces alguien aparece muerto, descuartizado o empalado en una hoguera, pero nadie hace nada. Es mejor no hacerlo—

—No te entiendo, Lucía ¿Qué quieres decir con que es mejor no hacerlo? ¿Es que estás en shock? ¡Por Dios Santo! ¡Un hombre acaba de morir en nuestra camilla y se han llevado su cadáver! ¡Está claro que hay algo ilegal detrás de

su muerte, probablemente tortura, una pelea o dios sabe qué!—

—Las leyes de los hombres no incumben ni a los *Banuts*, ni tampoco a aquellos a quienes vigilan, así que será mejor que coja ese dinero y se olvides de lo que ha pasado—

—¿Pero qué son los *Banuts* y los *Nvumbi*? ¿Son nombres de tribus o algo así?

—

—No—, dijo negando con la cabeza —*Nvumbi* es un término vudú. Son cuerpos sin espíritu. Ustedes los llaman... Zombis, y en cuanto a los *Banuts*... cuanto menos sepa de ellos, mucho mejor para usted—.

Lucía parecía irritada por aquella conversación y estaba claro que deseaba finalizarla cuanto antes, pero la doctora no estaba dispuesta a terminarla sin obtener respuestas.

—¿Lo estás diciendo en serio?—, preguntó Marian, perpleja por la respuesta

—¿De verdad crees en esas tonterías?—

—¿Es que todavía no se ha dado cuenta de que ya no está en Europa, doctora? Esto es África y aquí nos tomamos muy en serio el vudú. Usted no debería de haber visto nada de esto, ningún blanco debería hacerlo. Ustedes no conciben que el vudú pueda ser algo más que simples supersticiones de salvajes, pero al menos, esos hombres que se acaban de marchar lo respetan. Han aprendido que cuando sucede algo que escapa de su comprensión deben alejarse y guardar silencio. Saben no deben meter sus narices en nuestras tradiciones—

—Creo que lo que estás diciendo no tiene el menor sentido, Lucía. Y reconozco que me sorprende muchísimo escuchar esas palabras de alguien como tú. Siempre has dicho que tu sueño es trabajar en Inglaterra y, si quieres que algún día se haga realidad, te aconsejo que no le digas a nadie más que crees en esas cosas—

—Y yo la aconsejo a usted que siga el ejemplo de esos hombres y haga lo que la ha dicho el capataz. Olvide todo lo que ha visto y si no puede hacerlo, haga ahora mismo las maletas y regrese a su hogar antes de que sea demasiado tarde —, la advirtió quitándose la ensangrentada bata y comenzando a limpiar la sangre.

Mientras tanto la tormenta había amainado y afuera, en la oscuridad, las barcas continuaban descansando sobre la playa y toda la escena parecía tan normal que, por un momento, la doctora dudó en si todo aquello había sido real.

Hospital general de Malabo. Isla de Bioko.

14 de Septiembre de 2019

19.00 p.m.

Al día siguiente, en el moderno laboratorio situado en el ala Oeste del Hospital General de Malabo, el técnico de servicio estaba ocupado revisando los resultados del análisis de la muestra de sangre enviada desde la clínica de Annobón.

La destilación fraccionada parecía indicar una sumamente elevada concentración de proteínas con un peso molecular extremadamente alto y de acción biológica desconocida. El resultado era tan extraño que forzosamente tenía que tratarse de un error, por lo que optó por repetir nuevamente todo el proceso.

Pero no lo haría ahora. Ya era muy tarde. Apenas faltaban quince minutos para que su turno finalizara, así que colocó las muestras en uno de los estantes del frigorífico y se marchó.

A la mañana siguiente, el empleado de día revisó el contenido del estante, sacó el tubo de ensayo y tras repasar los fallidos resultados de la analítica, los etiquetó como muestras contaminadas y envió un correo a la clínica solicitando el envío de una nueva muestra y rogándoles que se aseguraran de que esta vez no estaban contaminadas.

Cuando en la clínica, Lucía terminó de leer el email, lo borró, se quitó la bata y tras colgarla del perchero salió de la clínica, caminó hasta el puerto, se subió en la lancha en la que la aguardaba su hermano y pusieron rumbo hacia el continente.

Capítulo 6. La llegada.

Aeropuerto de Annobón. San Antonio de Palé.

Isla de Annobón.

15 de septiembre de 2019

17.30 a.m.

Después de doce interminables horas de vuelos y transbordos el avión aterrizó en el diminuto aeropuerto de Annobón, aunque en realidad, a cualquier europeo que viajara con asiduidad llamar a “aquello” aeropuerto le parecía un eufemismo debido a que a duras penas consistía en un corta pista de aterrizaje, una alargada estructura de acristalada planta baja y moderno techado de color marrón que servía tanto para las llegadas como para las salidas, otro par de pequeñas construcciones, un par de almacenes y una sencilla valla metálica.

En cuanto descendió del aparato, lo primero que hizo Carlos fue abrir los brazos y estirarse al máximo. El sudor de la frente le caía al suelo en gotas; todo su cuerpo estaba entumecido; las rodillas le dolían, los hombros le pesaban como si llevara un gran peso sobre ellos y los pulmones y la garganta le ardían. Estaba hecho polvo.

Pero a pesar de ello, a él le daba lo mismo la incomodidad; toda su atención se concentraba en el paisaje que se extendía ante él. Estaba gratamente sorprendido.

Los turistas veían aquellas islas tropicales como lugares en los que desinhibirse y demostrar a los nativos que ellos, con todo su dinero y tecnología eran superiores, pero cuando Carlos contempló aquel paisaje, vio algo totalmente diferente. Vio el verdadero mundo. Un mundo ignoto, alejado de la opulencia y del caótico ritmo de las ciudades europeas. Un mundo mil veces más extenso y diez mil veces más solitario, auténtico y sobre todo peligroso.

—¡Eh, usted!—, le gritó una voz.

Carlos parpadeó bajo la luz del sol, se puso una mano en la frente a modo de

visera y miró hacia un hombre fornido, de unos cuarenta años y con un poblado bigote que haciéndole gestos con los brazos se aproximaba en su dirección.

—¡Espere!—, voceó, y señalando hacia un lujoso Audi de color negro, añadió:

—¡Acompáñeme, por favor!—

—¿Es a mí?—, preguntó Carlos, muy sorprendido.

—Eso depende ¿Es usted el hombre que ha contratado Beaumont?—, preguntó en voz baja.

Carlos recordó que ese era precisamente el nombre de la empresa para la que trabajaba su subcontrata, así que respondió afirmativamente mientras asentía con la cabeza.

—Sí...—

—En ese caso haga el favor de acompañarme—, insistió.

—¿Pero por qué? ¿Es que hay algún problema?—, preguntó alarmado.

—No. Tranquilo, señor. Soy el sargento Pérez del servicio de seguridad de la embajada española—, dijo mostrándole la documentación que le identificaba como tal —Es solo que el delegado de la embajada quiere hacerle unas cuantas preguntas, así que le ruego que me siga—

Carlos echó un vistazo al vehículo y vio que, desde el otro lado de la ventanilla que se encontraba bajada hasta la mitad, un hombre le miraba con interés.

Había leído algunos artículos que especulaban mucho respecto a la controversia sobre el almacenamiento de residuos tóxicos en la isla durante los últimos años, y dado que en aquella isla no recibían muchos visitantes, probablemente la embajada se habría interesado por los motivos que le habrían llevado hasta allí.

“Quizás crean que en realidad soy un periodista intentando averiguar algo sobre el tema y quieran disuadirme de que lo haga”, pensó mientras acompañaba al sargento hasta el coche y sin mediar palabra alguna, el hombre abrió la portezuela trasera haciéndole un gesto para que se sentara a su lado.

—Hola. Soy Alejandro Segarra, el agregado de seguridad de la embajada española en Guinea Ecuatorial y... bueno, supongo que usted ya sabe todo eso, así que... sea bienvenido a Annobón—, dijo tendiéndole la mano y mientras le observaba atentamente, añadió con tono receloso:

—¿Usted es el hombre de Beaumont, verdad?—

—Si... así es...—, respondió Carlos.

Estaba completamente confundido. No tenía ni la menor idea de qué quería aquel hombre de él, pero instintivamente, sacó su pasaporte y se lo ofreció para que lo examinara al mismo tiempo que le miraba atentamente en un intento por averiguar si, tal y como suponía, se encontraba en apuros.

Segarra parecía estar cerca de los sesenta años, llevaba un traje gris claro, corbata del mismo color, camisa blanca, zapatos negros con la punta cuadrada, y apestaba a alcohol.

Era evidente que su interlocutor había bebido, por lo que no tendría más remedio que intentar seguirle la corriente.

—¿Hay algún problema con mi documentación?—, preguntó Carlos intentando aparentar tranquilidad —Tenía entendido que mi empresa ya había solucionado el tema del visado y...—

—No. Tranquilo, señor...”Carlos Gutiérrez”. Todo está en orden... como siempre...—, dijo devolviéndole el pasaporte y esbozando una sonrisa irónica

—Probablemente se esté usted preguntando por qué en esta ocasión estoy hablando con usted—

Sin saber de qué le estaba hablando, Carlos asintió con la cabeza, y respondió:

—Pues lo... lo cierto es que sí. He hecho un largo viaje para llegar hasta aquí y lo que menos me esperaba era que alguien de mi propia embajada me interrogara nada más llegar—, respondió.

—Le comprendo, pero le aseguro que hay una poderosa razón para hacerlo...

—, respondió Segarra —Así que iré directamente al grano. Su jefe y por lo tanto usted mismo, están al corriente de que en nuestro gobierno hay algunas personas a las que les preocupan los motivos que han llevado Beaumont Enterprise a construir un “complejo hotelero” en esa isla—

—Lo cierto es que yo no sé nada de eso—, respondió Carlos secándose el sudor que le arrollaba por la frente colándose por debajo del cuello de su camisa.

—Por supuesto que no lo sabe—, dijo dándole una palmada en el hombro — ¡Joder! ¡Es usted tan bueno como me habían dicho! ¡Por dios que sí que lo es!

—

—No comprendo...—

—Ya, ya lo sé. Usted es un profesional que quiere que esta charla transcurra

dentro de la línea habitual y yo lo entiendo, así que lo haremos como usted desee. Veamos señor “Gutiérrez” ¿Había oído hablar antes de la empresa que le ha contratado?—, preguntó con un tono que más bien parecía corresponderse al que tendría un borracho que estuviera a punto de contar un chiste malo.

—No...—, respondió Carlos sin saber cómo reaccionar a aquella absurda conversación.

—¿Y cómo se pusieron en contacto con usted?—

—Por una llamada telefónica. Fue un hombre, Mario un viejo compañero de trabajo—

Segarra asintió con la cabeza:

—Mis felicitaciones. Realmente se ha trabajado usted el personaje—, le felicitó moviendo la cabeza como si estuviera hablando con el niño más listo de la escuela —En efecto, Mario es el capataz de la obra—, dijo —Y como bien sabe es el segundo al mando tras el ingeniero Areces, el jefe de obra—

—Yo... eso lo desconozco—

—Ya, por supuesto, por supuesto... y dígame ¿por qué precisamente usted?—, le preguntó.

—Pues... por lo que me dijo Mario creo que estaban especialmente interesados en acelerar la construcción de la red de agua potable—, contestó con franqueza.

En ese instante y ante la mirada alucinada de Carlos, Segarra explotó en una sonora carcajada mientras asentía con la cabeza. Cuando finalmente se recompuso, carraspeó y como si estuviera tomando notas, le preguntó:

—¿Así que usted aceptó el ofrecimiento de su amigo sin hacerle más preguntas?—

—Sí. La verdad es que me ofreció unos honorarios muy altos...—

—Por supuesto—

—Cuatro mil euros mensuales...—

—O al día...—

—No podía negarme—, respondió Carlos tragando saliva y secándose nuevamente el sudor de la frente. Definitivamente, o le habían confundido con una especie de espía o aquel hombre estaba completamente loco.

—Parece usted un poco acalorado “Gutiérrez” ¿Es que no le habían hablado de nuestro clima?—

—Leí algo en internet, pero...—

Segarra volvió a estallar en una nueva carcajada.

—¡Por dios santo! ¡Que lo leyó en... internet! ¡Y lo dice sin tan siquiera pestañear...!—

—Yo... yo le juro que es verdad y que cuando salí de Madrid había ocho grados centígrados y claro... llegar aquí y encontrarse de repente con... ¿cuánto? ¿Veintiocho grados?—

—Muy bueno... es usted buenísimo...—, dijo limpiándose las lágrimas.

—Pues eso, que el cambio ha sido tan repentino que me ha cogido por sorpresa—

—Entiendo—, y recuperando la compostura, Segarra volvió a retomar la conversación:

—¿Así que no tiene usted ni la menor idea de porqué a su jefe se les ha ocurrido la idea de levantar un hotel para millonarios en Borikai?—

—Ya le he dicho que no lo sé, pero por lo que he leído sobre la isla tengo entendido que es un lugar muy hermoso. Supongo que eso habrá influido ¿no cree?—

—Sí, por supuesto que es una hermosa isla, pero por desgracia esta zona no tiene muy buena fama. Muchos periódicos europeos han lanzado campañas sobre... bueno, supongo que estará al corriente de que la oposición al gobierno dice continuamente que en algunas de estas islas se almacenan residuos tóxicos, y la verdad es que el gobierno guineano desea acabar de una vez por todas con toda esa sarta de mentiras que lo único que hacen es ensuciar la imagen de este hermoso país y de un gobierno que ha sido elegido democráticamente, y...bla,bla,bla... ya sabe cómo son estas cosas. En fin, me lo he pasado muy bien con usted, pero ha llegado el momento de que hablemos sobre el verdadero motivo por el que usted y yo estamos hablando—

—Pues en ese caso... no lo entiendo. Yo ni soy ni periodista, ni nada parecido...—, alegó Carlos.

—¡Ya basta!—, dijo Segarra repentinamente serio —Sé perfectamente quién es usted y a lo que se dedica—, le interrumpió —Así que déjese de insistir con esa tontería de que le han contratado para construir el sistema de abastecimiento de agua del complejo y afrontemos esta situación como caballeros—

—Sí... estoy de acuerdo... y creo que comienzo a intuir por dónde va esta conversación—

—Me alegro de que así sea. Verá; el gobierno guineano está muy interesado en este proyecto. De hecho hay grandes personalidades implicadas directamente en él y entenderá usted que eso ha despertado algunas sospechas sobre su verdadera finalidad, y nosotros como país al que unen grandes lazos tanto históricos, como de amistad, no podemos permitir que un pequeño problema, ya sea con alguien o... con “algo”, ponga en peligro el papel predominante que nuestro país tiene en esta región—

—¿Está insinuando que el agua de la isla está contaminada?—, inquirió Carlos.

—¿El agua?—, repitió extrañado —No. Yo no he dicho tal cosa. Realmente no sabemos si hay problemas con el agua o si estos son de otra índole. Nadie nos ha pedido ayuda para averiguarlo y para serle sincero, tampoco me apetece lo más mínimo hacerlo. Prefiero que sea la gente como usted los que se ocupen de que todo continúe en orden. Yo tengo las manos atadas por las leyes, pero usted puede utilizar métodos mucho más expeditivos para solucionar rápidamente ciertas dificultades, y que conste que me parece muy bien que lo haga. Este país ya tiene suficientes problemas como para que puedan permitirse añadir alguno más a la lista—, respondió esbozando una sonrisa sarcástica, y añadiendo: —Dígame “Gutiérrez” ¿Qué sabe usted sobre los proyectos de Beaumont?—, preguntó.

Carlos se encogió de hombros:

—Poca cosa. Tengo entendido que se dedican a levantar grandes complejos hoteleros por todo el mundo ¿Por qué lo pregunta? ¿Es que acaso está cometiendo alguna ilegalidad?—

—Bueno, realmente... si lo está haciendo a nosotros dos no nos incumbe. El tema es que todo lo que rodea a sus misteriosos proyectos ha comenzado a levantar suspicacias entre mucha gente y... será mejor que se lo muestre sobre el papel—, dijo extrayendo un mapa con varios puntos rojos marcados sobre él —Respetaré su profesionalidad, así que no será necesario que me lo confirme, pero sé que en estas marcas usted reconocerá los emplazamientos en los que esa Beaumont ha actuado ¿Qué cree que cualquier persona que no sepa lo mismo que nosotros sabemos, pensaría al verlas? ¿Cree que notaría algo extraño?—

—A primera vista... no, no lo creo. Todo son pequeñas islas tropicales... no creo que nadie vea nada anormal—, contestó.

—Así es. Todas ellas son islas pequeñas y como usted sabe, completamente

deshabitadas—, indicó Segarra sacando más mapas —Año tras año, Beaumont ha llevado a cabo sus proyectos en lugares remotos y solitarios, sitios en los que sus clientes pueden estar a salvo de miradas indiscretas y de molestas leyes...—

Carlos ojeó los mapas con rapidez. A primera vista no parecía haber nada extraño en ellos y no entendía a dónde quería llegar aquel hombre.

—Bueno, supongo que al tratarse de multimillonarios que desean privacidad cualquiera lo consideraría normal—

—Correcto, pero la cuestión es que Beaumont se ha confiado y ha cometido un tremendo error. Tras su inauguración, todas esas islas privadas dejan de recibir clientes y desaparecen del circuito turístico y, como le he dicho, en nuestro gobierno hay algunas personas a las que les gustaría saber por qué alguien hace una inversión de tal calibre en un negocio que desaparece tan rápidamente—

—Supongo que se está refiriendo a inversores españoles—, apuntó Carlos mientras pensaba que si era cierto que la empresa tenía un comportamiento tan extraño, las dudas planteadas por Segarra resultaban coherentes.

—Más o menos—, respondió antes de añadir: —Pero no se trata solamente de eso. Verá “Gutiérrez”, hay tantas incógnitas a su alrededor que incluso han llegado a los oídos de algunos cargos políticos y estos han transmitido esas dudas a los servicios secretos creando una situación extremadamente peligrosa. Hemos recibido muchas presiones para responder a cuestiones tales como por ejemplo cuál es la función de esas islas una vez se cierran sus instalaciones ¿Tráfico de drogas, de diamantes, de armas? Obviamente nadie invierte decenas o incluso cientos de millones de euros en montar un resort de lujo y lo cierra al cabo de un año, así que quieren averiguar el motivo por el que lo hace, y eso... nos perjudicaría y mucho—

—Entiendo. Si puedo ayudar en algo...—, respondió Carlos mientras maldecía su mala suerte y cavilaba sobre la maldita casualidad de que la primera persona con la que hablaba en este país fuese un funcionario del servicio secreto tan estúpido como peligroso.

—Me alegra saberlo porque realmente necesitamos que nos ayude—, respondió Segarra, arrugando la frente.

—Pues por mí de acuerdo, ¿pero... puede decirme por qué no lo hacen ustedes mismos?—, repuso preguntándose cuánta gente le habría preguntado ya lo mismo.

—Porque eso no sería conveniente—, respondió con una sonrisa enigmática, y a continuación, añadió: —Además, parece usted un hombre muy ducho en estas lides y por supuesto que el gobierno le recompensará generosamente por su ayuda. Y ahora que ya nos vamos entendiendo, le pondré en antecedentes para que tenga una visión más amplia del problema al que nos enfrentamos. Diez años atrás, el gobierno guineano le alquiló esa misma isla a Beaumont con el pretexto de iniciar una reserva biológica...—

—Evidentemente no fue muy buena idea—, le interrumpió Carlos,

—En eso estoy de acuerdo con usted—, añadió Segarra —La isla es muy escarpada y está envuelta en una oscura leyenda. La solían llamar la Isla de los Muertos, y al gobierno le asombró que alguien estuviera interesada en ella. El problema es que, hoy por hoy, nadie sabe con exactitud qué demonios es lo que Beaumont hizo durante todo ese tiempo en la isla.

Aparentemente no hizo nada, pero cuando el contrato estaba a punto de expirar alguien puso cincuenta millones de euros sobre la mesa con el objetivo de comprarla, y suponemos que lo hizo con el beneplácito de algunos políticos corruptos a los que previamente había sobornado—

—¿Y pretende que yo los descubra?—, dijo Carlos meneando la cabeza en gesto de negación —Lo siento mucho, pero eso es trabajo de la policía. Si quieren averiguar si esa empresa está llevando a cabo alguna actividad ilegal, opino que deberían de enviar a alguien de los suyos, a un detective o algo así...—

—No, yo no recurriría a sus servicios por algo tan banal como unos cuantos funcionarios corruptos—, esgrimió Segarra —El tema es que la policía guineana ha perdido el contacto con el único hombre que tenían infiltrado en la isla y precisamente por eso, su gobierno nos ha pedido ayuda. Nos gustaría que usted averigüe qué es lo que Beaumont está haciendo en esa isla y cuál es la finalidad de la misteriosa construcción que ha levantado en la costa Sur—

—Mire—, dijo Carlos —Yo no soy la persona que está buscando. No me dedico a espiar a las empresas que me contratan así que si al gobierno guineano le preocupa tanto lo que están haciendo en la isla, ¿por qué simplemente no mandan ellos mismos a su gente para que lo descubran?

—Porque por el momento no pueden hacerlo—

—¿Y por qué no?—

—Porque si lo hicieran, podrían encontrar algo que en las manos equivocadas resultaría muy peligroso. Hemos recibido informes de la Oficina de

Transferencia Tecnología Británica de que Beaumont ha adquirido tres secuenciadores genéticos por un valor de más de treinta millones de libras y es muy probable, que su destino haya sido precisamente Borikai—

—¿Y por qué iban a enviarlos allí?—

—Le seré sincero. Nos tememos que lo que están construyendo allí sea en realidad una avanzada instalación de ingeniería genética, un centro en el que podrían llevarse a cabo tratamientos de alteración del ADN con el fin de curar enfermedades terminales, justo como la que sospechamos padece el mismo Beaumont y, evidentemente, algo así solamente pueden hacerlo en un país sin reglamentaciones específicas para no verse obstaculizados por reglamentos y disposiciones jurídicas...—

En ese preciso momento, el teléfono móvil de Segarra sonó. Él lo cogió y respondió:

—¿Aló?... ahora estoy en una reunión... nos encontraremos en mi despacho en veinte minutos ¿De acuerdo?—

Cuando colgó, se volvió hacia Carlos, y le dijo:

—Me temo que he de marcharme, así que iré directamente al grano. Esté atento a cualquier cosa extraña que vea, tome fotografías de todo aquello que le resulte sospechoso o fuera de lugar y cuando uno de nuestros agentes contacte con usted, quiero que le informe de cualquier anomalía que haya descubierto ¿Lo hará?—

—Sí, por supuesto—, respondió Carlos asintiendo con la cabeza, ¿pero cómo reconoceré a su contacto?—

—No es necesario que lo haga. Llegado el momento, esa persona será quien se ponga en contacto con usted ¿De acuerdo?—

—Por supuesto...—, repuso Carlos dándose cuenta de que estaba metido en un gran lío.

—Pues en ese caso...—, dijo haciendo una señal al sargento que aguardaba fuera, para que le abriera la puerta —Gracias por su ayuda—, dijo invitándole a salir del coche.

En cuanto puso un pie fuera y sintió la acometida del aire caliente proveniente del exterior, se detuvo para ponerse sus gafas de sol.

—Una última cosa—, dijo Segarra —Sé que es innecesario que se lo recuerde, pero he de hacerlo, así que le ruego que esta conversación

permanezca entre nosotros. Ya puede usted suponer que si alguien tuviera la más mínima sospecha de que le hemos puesto al corriente, pondría en riesgo la investigación y obviamente nuestras propias vida—

Carlos torció el gesto, le tendió la mano y contestó:

—Por supuesto—, asintió con los ojos entrecerrados y la boca repentinamente seca.

—Se lo agradezco. Ahora acompañe usted a ese policía—, dijo señalando a un policía que le esperaba a unos cuantos metros —Él le llevará directamente hasta la salida del aeropuerto en donde le está aguardando un coche para trasladarlo al hotel—, dijo cerrando la puerta.

Carlos observó unos segundos el vehículo mientras este se alejaba y después, caminó al lado del policía hasta alcanzar el edificio principal del aeropuerto. Allí, metió en el maletero de un viejo Peugeot sus dos grandes bolsas de viaje y tras saludar al conductor, probablemente otro miembro de la embajada española, subió y el coche se puso en marcha internándose por la carretera que se precipitaba hacia unas hondonadas sobre las que se alzaban casas aisladas y separadas entre sí por un manto de huertos y palmeras.

Tras detenerse en una gasolinera para repostar, entraron en el pueblo por la calle principal y se detuvieron en el aparcamiento situado al lado de una pequeña iglesia.

—Ese es su hotel, señor—, dijo el conductor señalando hacia un edificio de dos plantas.

En cuanto descendió, estiró los brazos al tiempo que arqueaba la espalda para desentumecerse, cruzó la calle en dirección al bar situado en la planta baja del hotel y nada más entrar, miró a su alrededor intentando localizar a su amigo Mario.

“No lo veo, así que preguntaré a ver si lo han visto”, pensó mientras se acercaba a la barra y dirigiéndose al camarero, un hombre de color con una prominente barriga y brillante calva, le preguntaba:

—Hola, buenas tardes ¿No habrá visto por aquí a Mario, un hombre... un europeo, alto... fuertote. Es capataz de una empresa de construcción que está trabajando en una isla cercana...—

—Sí, por supuesto que lo he visto. Viene muy a menudo con el ingeniero jefe. Se han ido hará cosa de tres cuartos de hora. ¿Usted es el español que estaban

esperando?—, inquirió.

—Pues... supongo que sí. Me dijo que me reservaría una habitación en este local y...—

—Pues entonces no le ha engañado—, le respondió rápidamente — Efectivamente. Mario le ha reservado una habitación y me ha pedido que le diga que aguarde aquí a que regrese. Han tenido que irse por no sé qué problemas con una excavadora y allí no hay cobertura para el móvil, así que si quiere puede usted subir a su habitación o tomarse algo mientras regresan, pero ya le adelanto que probablemente no lo harán antes de las ocho y media de la tarde. Siempre que vienen a dormir lo hacen a la misma hora. Bueno, siempre no. El mes pasado solían quedarse en... la isla—, dijo bajando la voz mientras se santiguaba —Uno de los albañiles me dijo que estaban rehabilitando la casa grande, pero el tiempo ha empeorado bastante y... bueno, yo creo que quedarse allí no es buena idea—

—Vaya... pues, casi que primero me tomaré una cervecita y si tuviera algo para comer... ya sería perfecto—

—Por supuesto que tengo, señor. Ahora mismo se lo traigo—

Un rato después, mientras disfrutaba de lo que parecía ser un plato de pescado con guarnición de algo... verde, Carlos dirigió la mirada hacia el televisor colgado sobre la pared del fondo centrando su atención en las informaciones que iban dando en el avance del informativo especial que estaban retransmitiendo. Por lo visto, se especulaba con que el incendio que había calcinado las instalaciones de un laboratorio de investigación de enfermedades infecciosas en Suiza, podría haber sido provocado por una célula terrorista, motivo por el que la policía suiza y la interpol estaban procediendo a una inspección exhaustiva de los restos.

Pero a él nada de aquello le preocupaba ni lo más mínimo. Ya tenía más que suficiente con el embrollo en el que aquel funcionario borracho le había metido, así que en un intento por despejar la mente, dirigió su mirada hacia las páginas deportivas del periódico y media hora después subió su equipaje hasta la habitación. A continuación se dio una ducha, se cambió de ropa y salió a dar un paseo por la aldea mientras esperaba a que su amigo regresara.

Quince minutos más tarde tuvo que admitir que ya había recorrido todas sus calles. Al parecer, una vez que finalizado el verano los turistas abandonaban

la isla, ya no parecía haber motivo para mantener abiertos la mayor parte de los bares.

De hecho no descubrió ningún otro lugar donde tomar una cerveza, así que enfiló hacia el hotel, más exactamente hacia su terraza. Esta estaba construida enteramente en madera y con una pequeña barra en su centro, por lo que cruzó la calle, se sentó en una de las sillas de la terraza y tras saludar a dos ancianos que le observaban con curiosidad desde la mesa de al lado, se le acercó una muchacha de aspecto cansado a la que le pidió una cerveza.

—Aquí tiene. Es un euro—, le dijo unos minutos después la joven mientras posaba la botella y una copa sobre la brillante mesa de acero inoxidable.

—Gracias—, respondió Carlos alargándole una moneda de dos euros mientras que con una sonrisa añadía —Deja la vuelta y, por cierto, he de decir que vives en un pueblo es muy bonito—

—Gracias ¿Ya conocía esta isla?—

—No. Es la primera vez que vengo a Guinea ¿Tú vives aquí?—

—Sí—, dijo la chica.

—Debe de ser realmente agradable vivir en una isla como esta. Yo vengo de España—

—Lo suponía. Tengo entendido que es un bonito país—

—Sí. No está del todo mal, pero no es como esto. Dime ¿Te gusta vivir en este lugar?—

—Es el único que conozco, así que supongo que está bien—, respondió la camarera, mirando un tanto azorada a los dos ancianos que les escuchaban atentamente —Pero la verdad es que una vez que termina el verano ya no hay mucho que hacer ¿Está usted de paso o ha venido por turismo?—, inquirió la joven.

—Ni lo uno, ni lo otro. En realidad he venido para trabajar en una obra. Es en una isla que está por aquí cerca... creo. La verdad es que todavía no la he visto—

—¿Por aquí cerca? ¿Cómo se llama la isla?—, preguntó la joven con curiosidad.

—Creo que se pronuncia... Borikai—

Al oír aquel nombre, los dos ancianos se santiguaron al tiempo que la expresión agradable de la joven se esfumaba repentinamente de su rostro mientras les miraba de soslayo, y murmuraba:

—¿En serio? ¿Es usted uno de los trabajadores? ¿Es que no sabe nada de... de

ese lugar?—

—Sólo sé que hay trabajo para dos o tres años, y si a lo que te estás refiriendo es a lo que he leído en internet sobre ella, he de decirte que yo no creo en ese tipo de historias—

—Allá usted, pero... nadie de por aquí va nunca hasta allí. Nunca lo hacemos. Ese lugar está maldito—, dijo con frialdad, mirándole fijamente a los ojos — Borikai devora el alma de las personas y después, la escupe convertida en algo oscuro y malvado cuya única misión consiste en buscar más y más almas. Convierte a la gente buena en demonios y le aseguro que sé muy bien de lo que estoy hablando—

—¿Lo estás diciendo en serio? Venga... no querrás hacerme creer que una chica joven como tú cree en esas cosas—

Al oírle, los dos ancianos se levantaron al mismo tiempo y uno de ellos, el que parecía mayor, habló por primera vez:

—La gente de por aquí no va a ese lugar—, afirmó mientras recriminaba a la joven con la mirada —Y nadie debería hacerlo. Nelida ya le ha dicho que allí no hay nada bueno—

Y acto seguido ambos se marcharon calle arriba.

—Pues ya le ha oído—, añadió la camarera. —Sí. Aquí todos creemos en esas cosas y le aseguro que usted no tardará mucho en hacerlo. Si quiere un consejo... hágale caso al viejo Nicanor y búsquese otro trabajo—, dijo mientras se giraba y añadía —Y buena suerte. Rezaré por usted—, le prometió mientras regresaba al interior del bar y le dejaba totalmente desconcertado por la incómoda y absurda situación que acababa de vivir.

En cuanto la camarera posó la bandeja sobre la barra, salió apresuradamente por la puerta trasera del local y corrió hacia el joven europeo que la esperaba apoyado sobre la pared de la casa de al lado.

—¡Hola preciosa!—, la saludó, dándole a continuación un largo beso en los labios —Acabo de enviar los archivos a mi grupo. En cuanto termine mi artículo, te aseguro que este sitio se va a llenar de turistas en busca de...—

—¿Qué es lo que has enviado y sobre todo, qué es eso de que van a venir más turistas?—, preguntó ella con tono inquieto.

—Es nuestro futuro—, contestó —¿Te acuerdas que te dije que colaboraba con una web muy importante?—

—Sí—

—Pues en realidad estoy haciendo un reportaje sobre la leyenda y todo lo que la rodea y me han asegurado que cuando lo publiquen será un bombazo. ¿Te lo imaginas? Yo me convertiré en periodista de investigación, tu isla se llenará de turistas y tu local de clientes. Ganamos todos—

—¿Pero es qué te has vuelto loco?—, le espetó —¡Olvídate de todo eso! ¡Júrame que no lo harás y que no volverás a mandarles nada más!—, le gritó con el rostro enrojecido por la ira.

—¿Pero qué estás diciendo? Tú ya sabías para qué había venido. Ahora no puedo echarme atrás—

Ella le miró largamente, meditando cómo debía decirle que había cometido un error que probablemente le costaría la vida, pero finalmente llegó a la conclusión de que no merecía la pena hacerlo así que simplemente, dijo:

—Te lo ruego. Olvídate de todo eso, al menos, hasta que yo te diga que es seguro publicarlo ¿Vale?—

Miguel sabía que debía ser pragmático, jugar bien sus cartas y sacar todo lo que pudiera de aquella hermosa mulata antes de regresar a España, así que asintió con la cabeza.

—Vale, vale... pero no te enfades, por favor. Ahora no—, respondió quitándole importancia y besándola de nuevo mientras su mano derecha descendía por la espalda y se introducía bajo la falda.

—¡No! ¡Ya no me apetece!—, rezongó ella removiéndose enfadada.

—¿Pero se puede saber qué te pasa?—, preguntó al darse cuenta de que su ratito de sexo estaba a punto de esfumarse.

—¡Sí!—, respondió —En primer lugar que no debiste hacerlo sin consultármelo y en segundo lugar, dime, ¿quién es el nuevo y por qué no me avisaste de que venía?—

—¿El nuevo?—, repitió extrañado —No es nadie importante, aunque... la verdad es que Areces me dijo que le vigilara sin que se diera cuenta. Ahora que lo pienso... no parece fiarse mucho de él, pero no tengo ni la menor idea de porqué—, reconoció —¿Es que le has notado algo extraño?—

—¿Lo preguntas en serio? ¿Es que tú no?—

—Te juro que no. A mí me parece un tipo de lo más normal, aunque lo cierto es que no le he dedicado demasiado tiempo. Tenía cosas que hacer y sobre todo, tenía que verte a ti. Ya tendré tiempo de sobra para verle en la isla. Te aseguro que si hubiera notado algo sospechoso te habría avisado, como siempre—, murmuró atrayéndola hacia su pecho.

—Pues yo creo que tu jefe hace muy bien en desconfiar de él. Estoy segura de que ese hombre esconde algo. Y sabes que yo nunca me equivoco—

—¡Bueno, mujer!—, dijo sonriéndola con paciencia —No creo que sea para tanto—

—Ya te he dicho mil veces que necesito estar al corriente de todos los trabajadores que hay en la isla. Tengo que saber quiénes son y cuándo entran y salen de ella. ¡Te lo he dicho mil veces! ¡Tú sabes muy bien que nadie debería estar en ella y que en cualquier momento terminarán por enviar a alguien peligroso! ¡¿Y si se tratara de ese hombre?!—

El joven torció el gesto y se apartó de ella un tanto molesto.

Por supuesto que lo sabía, pero tampoco es que se creyera toda la historia al pie de la letra. Cada vez que alguno de sus compañeros entraba o salía de la isla, él la avisaba y en cuanto lo hacía, Nelida abría una libreta en la que tenía apuntados los nombres de todos los trabajadores de “*Beaumont Entreprises*” y ponía una señal para saber, siempre, cuántos trabajadores había, a qué se dedicaban y quiénes eran. Aquella era una obsesión que Miguel no acababa de comprender, pero no le costaba demasiado contentarla ya que a cambio, ella siempre, siempre se lo agradecía.

—Bueno... te prometo que averiguaré quién es y el próximo día que venga te pondré al corriente ¿De acuerdo? Pero hoy ya no me dará tiempo a más. Areces ha vuelto con Mario a la isla y me ha dejado aquí para vigilar si el nuevo se reúne con alguien y, ya de paso, para recoger material y productos de limpieza en el almacén. En una hora tengo que pasar por la clínica para recoger a Adrián y...—

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?—

—No. Es solo que desde lo de... lo de la chica que atacó a Alberto, no duerme demasiado bien y ha ido a pedirle a la doctora unas pastillas para dormir—

—Que regrese a España—, dijo ella con desdén —Seguro que allí se le pasa todo—

—Pues como siga así no creo que tarde mucho en hacerlo—, murmuró Miguel

—Pero bueno, a lo que iba; que tengo mucha prisa. En cuanto lo recoja tenemos que ir directos al muelle para cargar las cajas en la lancha de Matías y regresar a la isla para decirle a mi jefe que no le he quitado el ojo de encima al nuevo y seguir limpiando la mansión. Por favor. Siento haber metido la pata,

pero... no me irás a dejar así ¿verdad?—, dijo mientras cogía la mano derecha de la chica llevándola hasta su abultada entrepierna.

—Sí... bueno, vale... pero no me vuelvas a fallar o te quedarás sin “eso” que tanto te gusta—, dijo con voz sensual, mientras lo cogía de la mano y entraba en la casa —Ven. Te daré un adelanto... rapidito—

—Eso es justo lo que yo quería—, murmuró, mientras se dejaban caer sobre un colchón y ella se subía la falda.

Una hora después, mientras que Miguel corría hacia el muelle, Carlos regresó al hostel y en cuanto entró el camarero le llamó desde la barra haciéndole señales para que se acercase.

—Su amigo todavía no ha llegado, pero José, uno de los albañiles, acaba de hacerlo y me ha dicho que seguramente todavía tardarán dos o tres horas en venir. Por lo visto están intentando reparar la excavadora y... miré...—, añadió señalando hacia un hombre de aproximadamente metro sesenta y pelo canoso que se aproximaba hasta ellos —¡Señor José! ¡Venga! ¡Este es el español que le dije!—

El hombre le estrechó enérgicamente la mano mientras le decía con voz afable:

—Así que tú eres el nuevo fichaje—

—Eso parece. Encantado de conocerte, José ¿Qué ha pasado con la pala?—

—Lo de siempre—, respondió mientras bebía un trago de cerveza —Que estamos trabajando en el culo del mundo y cuando no se avería una cosa, se avería otra. Hoy ha sido la pala, pero ayer fue el compresor y mañana será cualquier otra cosa que nos hará perder la mitad del día—

—¿Tan mal estáis? ¿Os faltan medios? —

—A ver... no es que falten medios, es que todo se jode cuando más lo necesitas. En los últimos dos meses solamente hemos podido reparar un camino de tierra para poder llegar hasta la mansión y hemos adecentado el que lleva hasta la Fase Uno. Normalmente cuando se nos hace demasiado tarde solemos dormir en las viviendas prefabricadas que tenemos en la isla más que nada por ganar algo de tiempo. Hasta ahora, nuestra misión era levantar los edificios secundarios del complejo, pero ahora, inesperadamente les ha entrado una prisa endemoniada por terminar la reforma de la mansión. En realidad se trata de una especie de palacete que tenemos que reformar por completo, pero debido a las lluvias y a la falta de trabajadores vamos

retrasados y solamente la hemos podido “apañar” un poco, y cuando digo apañar, es eso... apañar. La hemos reparado unas cuantas goteras y hemos preparado algunas habitaciones para poder dormir más o menos cómodamente, algunos baños, una gran estancia que, según el jefe, era el salón principal y una cocina. Y te aseguro que lo de cocina es bastante inmerecido, porque solamente tiene unos fogones de gas y una mierda de fregadero de acero inoxidable con un grifo y un microondas tamaño enano. De todas formas, el jefe ha dicho que todavía no han terminado de decidir cómo hacerlo o incluso si terminaremos por echarla abajo, así que no merece la pena esforzarse demasiado en ella

—Pues a mí, Mario me dijo que iba a ser un hotel de lujo—, indicó Carlos.

Los dos hombres se miraron durante un segundo, como si estuvieran interrogándose en silencio, hasta que José, contestó:

—Pues mucho mejor. La verdad es que a nosotros nadie nos cuenta nada. A fin de cuentas, esa vieja casa será lo primero que los clientes vean al llegar y supongo que querrán impresionarles antes de conducirles a la clínica, una especie de gigantesco cubo futurista. Yo no entiendo mucho de arquitectura, pero sé lo que me gusta y lo que no me gusta y para ser sincero, a mi modo de ver solamente es una cosa enorme y fea como ella sola. Si no hubieran cubierto las fachadas de hormigón con espejos, cualquiera diría que en realidad se trataba de una cárcel de máxima seguridad, y por la pinta que tenían los que lo construyeron parecía que la estaban haciendo para quedarse en ella—

—¿Y eso?—, preguntó Carlos, con un repentino brillo de interés en los ojos.

—Deberías haberlos visto. Parecían tipos muy duros y eran tan eficientes y disciplinados que daba miedo trabajar cerca de ellos. Lo bueno fue que apenas convivimos juntos unos pocos días. Cuando nosotros llegamos, ellos ya habían terminado su trabajo y se estaban marchando, pero tenían tanto material y maquinaria pesada que tardaron un poco más de la cuenta y tuvimos un par de encontronazos. Esos cabrones estaban muy nerviosos, casi paranoicos. Era como si temiesen que en cualquier momento fueran a atacarles. Imagínate si tenían prisa por marcharse que ocuparon toda la zona de almacenaje con sus equipos y cuando quisimos sacar los nuestros de los contenedores, prácticamente nos echaron a patadas. Obviamente la cosa se puso muy tensa y Areces tuvo que intervenir para apaciguar la situación—

—¿Y por qué tenían tanta prisa?—

—No lo sé, pero todo en ellos era muy extraño. Incluso tenían su propio equipo de seguridad. Me jugaría el cuello a que la mitad eran exmilitares o expresidarios—

—Pues entonces me alegro de no haberme cruzado con ellos y en cuanto a ese edificio... vaya gusto más extraño el del arquitecto, pero bueno... lo de las casas prefabricadas no me disgusta. Normalmente están bastante bien equipadas—

—No están mal, pero te digo yo que como nos coja un huracán mientras estamos allí, como no nos saquen antes de que llegue no salimos con vida de esa isla de locos—

—Hablando de locos—, añadió Carlos —Cuando llegué al aeropuerto me sucedió algo muy raro. Un tipo gordo dentro de un Audi negro y que dijo pertenecer a la embajada española, me hizo un montón de extrañas preguntas. Al principio me acojonó, pero después me di cuenta de que estaba completamente borracho y que me había confundido con alguien—

—¿Lo dices en serio?—, respondió José —Joder, mira que yo he pasado por ese aeropuerto un montón de veces y nunca me ha pasado nada. ¿Cómo se llamaba?—

—Si mal no recuerdo creo que se apellidaba Segarra...—

José puso mirada pensativa como si estuviera intentando recordar si conocía a alguien que encajara con el tipo del que le estaba hablando y tras unos largos segundos, dijo:

—Pues la verdad es que no me suena nadie así. De todas formas no te preocupes. Como acabas de decir el tío estaba borracho y debió de confundirse, así que seguro que cuando se le pase “la mona” ni se acordará de ti. Además, ahora ya estás bajo la protección de “*Beaumont Enterprises*”, y por lo que le he oído decir a Mario, tienen comprado a medio gobierno y por eso nadie se atreve a meterse con esta empresa—

En ese momento el camarero se acercó hasta ellos y esforzándose para que solamente ellos le escucharan, dijo:

—A ti...—, dijo señalando a José —Ya te he dicho muchas veces que deberías de largarse corriendo, y a usted...—, añadió mirando a Carlos —... le digo que se vaya antes de que no pueda hacerlo—

—Bueno, hombre... digo yo que si el tiempo se complica, de una u otra forma podremos salir de allí—

—¿Usted sabe lo que pasó allí? ¿A que no lo sabe?—, inquirió el camarero.

—Si se refiere a lo de la superstición... sí, lo sé. Y ya le digo que no me creo ni media palabra de ella, pero que conste que respeto las creencias de todo el mundo—, respondió Carlos mirándolo con una sonrisa condescendiente.

—Pues más le vale que comience a creérselo cuanto antes, y recuerde esto que le voy a decir. En cuanto vea que se acerca tormenta suba a la lancha y regrese como si le persiguiera el mismísimo diablo, y nunca y repito, nunca pase la noche en la casa grande, y si no tiene más remedio que hacerlo, antes de que oscurezca atranque puertas y ventanas, enciérrese en su habitación y no se le ocurra salir de ella oiga lo que oiga—, finalizó mientras se separaba de ellos para atender a otro cliente.

Aquella noche ni Mario, ni ninguno de los otros miembros del equipo regresaron al pueblo, por lo que tras una agradable cena que transcurrió en medio de una amena conversación, ambos se despidieron y fueron a sus habitaciones.

A las siete de la mañana se levantarían, desayunarían y después se dirigirían hacia el muelle en donde cogerían una lancha que les llevaría a la isla.

Capítulo 7. La isla.

San Pedro. Isla de Annobón.

16 de septiembre de 2019

08:13 a.m.

A la mañana siguiente ambos se dirigieron al muelle y tras detenerse ante una de las lanchas, José le presentó a Juan Aguado, un gallego de sesenta años con la piel curtida, el pelo largo y canoso atado en una coleta y un tatuaje legionario en el brazo izquierdo.

Juan llevaba treinta años afincado en la isla. En ella se había enamorado, casado, tenido un hijo y enterrado a su esposa. Ahora padre e hijo trabajaban juntos pilotando las dos lanchas que Areces les había alquilado para que estuvieran siempre disponibles, a cualquier hora del día o de la noche, para realizar trayectos entre las islas.

Hasta que “*Beaumont Enterprises*” comenzó con las obras, Juan y su hijo se habían dedicado exclusivamente a la pesca a bordo del veterano barco pesquero con el que Juan había arribado a la isla en su primera visita. Pero desde que los bancos de peces parecían haber cambiado sus rutas, sus ingresos provenían casi exclusivamente de su contrato para el traslado de los trabajadores, aunque de vez en cuando, también solían hacer algunas salidas para los turistas que querían avistar ballenas o delfines.

Pero ahora que la temporada vacacional había llegado a su final, casi todas sus travesías las realizaban entre Borikai y Annobón.

—Buenos días tengan, señores—, le saludó jovialmente el marinero mientras observaba detenidamente a Carlos. —Ya veo que ha llegado un nuevo compatriota—

—Buenos días, Juan—, le saludó José y haciéndole un gesto a Carlos, añadió:

—De ahora en adelante, este testarudo gallego será quien te lleve y te traiga de la isla cuando lo necesites—

—Buenos días, patrón—, le saludó Carlos estrechándole la mano y notando la aspereza que caracteriza la piel de todos aquellos que dedican su vida a la

mar —Encantado de conocerle. Me llamo Carlos y como usted bien ha dicho, soy "el nuevo"—

—El fontanero ¿verdad?—, preguntó Juan.

—Hombre... en realidad lo mío es el tratamiento de aguas, pero... sí, sin lo uno no puedes hacer bien lo otro, así que "el fonta" está bien—, reconoció con una sonrisa.

—¿Y cómo es que has venido a parar a esta parte del mundo? ¿Es que no hay trabajo en la madre patria?—

—Trabajo hay, pero desde luego no está tan bien pagado como por aquí—, respondió encogiendo los hombros.

—Ya. Es verdad que Areces paga bien, pero hazme caso y no te fies, chaval. Si lo hace es por que esconde algo—, dijo enarcando las cejas —No sé qué te habrán dicho para convencerte de que vengas, pero ten mucho cuidado cuando estés en esa isla. Mantente alerta... siempre—

—Joder, Juan... no empieces a asustarlo tan rápidamente, coño—, se quejó José haciéndole un gesto a Carlos para que no se lo tuviera en cuenta.

—No me riñas por intentarlo. Acuérdate de que cuando tú llegaste también te avisé—, le recordó con gesto serio —Es vuestro trabajo y también el mío, así que yo os llevo y os traigo, pero quiero estar seguro de que todos sabéis que siempre podréis contar conmigo y con mi hijo Matías para sacaros de allí sin preguntaros el porqué. No quiero que nadie piense que está atrapado—, dijo mientras se situaba frente a los mandos de la lancha y añadía:

—¡Venga, señores! ¡Sujetaos a donde podáis que zarpamos!—

En cuanto los motores de la *Greenline 33*, una lancha de 10 metros de eslora, se pusieron en marcha, comenzaron a alejarse de la costa dejando atrás la última localidad relativamente grande que había en muchas millas a la redonda y pusieron rumbo a Borikai.

Cincuenta minutos después, mientras se acercaban a su cada vez más cercano destino, Carlos no pudo evitar sentir un cosquilleo de intensa emoción al contemplar el paisaje.

Le aturdía contemplar el enorme océano extendiéndose hasta donde abarcaba la vista, el verde de la frondosa y exuberante vegetación que cubría la isla situada ante ellos y el gris de las paredes rocosas que asomaban entre las

palmeras y se elevaban hasta la cumbre del volcán en donde este se unía al azul del cielo. Todo a su alrededor era admirable y todo parecía querer saludarle agradeciendo su llegada.

No alcanzaba a comprender porque todo el mundo renegaba de aquel trocito de paraíso.

—Por allí se ve un fuerte oleaje—, dijo Carlos señalando hacia la espuma y las partículas de agua que las grandes olas levantan al romper contra las rocas.

—Es normal—, respondió Juan —El viento es cada vez más fuerte—, y alzando la nariz, pareció olfatear el aire antes de añadir:

—Se avecina otra tormenta. Esta es zona de rápidos cambios de clima—

Continuaron navegando hasta alcanzar una cala en la que estaba fondeada otra lancha prácticamente igual a la suya. En cuanto desembarcaron, José señaló hacia un Pick-Up Toyota aparcado al lado de un cobertizo y le dijo que continuarían su viaje por carretera debido a las fuertes corrientes y a que, debido a que el muelle de la Fase Uno todavía distaba mucho de estar finalizado, era demasiado arriesgado intentar desembarcar frente a la obra.

Tras ponerse en marcha y sobrepasar dos grandes rocas situadas a ambos lados de la embarrada y sinuosa carretera, se adentraron en ella y, a pesar de que Mario ya le había advertido de que se trataba de un lugar de difícil acceso, tuvo que reconocer que efectivamente no había exagerado. Aquello estaba en el fin del mundo conocido.

A pesar de que circulaban lentamente, la furgoneta daba un salto tras otro al pasar por encima de baches, ramas y piedras, pero durante otros diez minutos prosiguieron su incómodo avance ascendiendo por una de las laderas del volcán mientras las hojas de las palmeras y los cocoteros rozaban el parabrisas hasta que, finalmente, giraron hacia la izquierda y el camino de tierra comenzó a ascender bruscamente.

La vegetación que crecía a ambos lados apenas dejaba el espacio justo para que pasara su vehículo, y los profundos baches hacían que este se zarandeara violentamente, pero continuaron la subida hasta que ante ellos apareció un claro sobre el que destacaba la oscura silueta de una enorme construcción ante la que se detuvieron.

La mansión, con su tejado de pizarra negra y sus paredes de piedra expuestas a la intemperie y a las inclemencias meteorológicas durante casi dos siglos, tenía un aspecto uniformemente gris. Su fachada principal parecía mirar, o mejor dicho vigilar la aldea, y todas las ventanas que vio se encontraban totalmente cerradas confiriéndola ese aspecto lúgubre de las viejas mansiones abandonadas en las que la fantasía, indefectiblemente, acaba venciendo a la razón y al siguiente instante un escalofrío recorre tu espalda hasta incrustarse en la nuca y te sorprendes imaginando que aquel lugar ha debido ser el escenario de alguna macabra y terrorífica historia.

Carlos dirigió la mirada hacia la solitaria verja de hierro la cual, al no disponer más que de tres metros de muro de piedra a cada lado, parecía que su única función consistía en delimitar el terreno y advertir a los visitantes que a partir de ahí estaban entrando en una propiedad privada. Miró hacia el lateral de la cancela y contempló un ennegrecido escudo de armas rodeado de cruces y lo que le parecieron ser ídolos paganos. .

—Mario no me dijo que se tratara de una mansión tan antigua. Ese edificio debe de tener una historia muy interesante—, murmuró.

—Más bien, inquietante—, apuntó José —Esta es la mansión que estamos arreglando y en donde te va a tocar dormir por el momento. Los alojamientos prefabricados quedan a unos mil quinientos en aquella dirección—, dijo señalando hacia el oeste —Y la fase uno está un poco más allá, pero el único sendero que los une es muy peligroso. Ahora no se puede divisar porque en esta parte de la isla la niebla tarda un poco más en quitarse, pero en cuanto despeje podrás ver lo que ya está hecho y lo que nosotros estamos intentando hacer, que siendo sinceros, en comparación es prácticamente nada—

—No será para tanto, hombre—

—Ya lo verás por ti mismo. Nosotros parecemos los niños tontos de la clase a los que dejan en una esquina jugando con la plastilina para que no estorben a los empollones—, dijo con cierta pena —¿Bueno, qué te parece?—

—Lo cierto es que aunque este sitio es realmente hermoso, reconozco que al mismo tiempo es un poquito... inquietante ¿A quién demonios se le ha ocurrido montar aquí un hotel? ¿Quién puede querer venir a un sitio así?—, murmuró Carlos recordando las palabras de Segarra e intentando obtener algo

de información.

—Hombre, la verdad es que he visto sitios bastante peores que este. Además, piensa que todo este “tinglado” depende en gran medida de la privacidad de los pacientes y...—

—Espera un momento—, le interrumpió Carlos —¿Qué quieres decir con eso de pacientes? ¿Es que no va a ser un complejo de turismo de lujo?—

—Eso es lo que nos han dicho, pero yo no me lo creo. Eso del turismo para millonarios ya está muy explotado y, en mi opinión, lo que en realidad quieren hacer aquí es una especie de centro médico para que los ricos vengan a curarse en un lugar discreto. En una ocasión le oí decir al jefe que iban a explotar todo lo que pudieran la historia esa de que todos los habitantes del pueblo aparecieron muertos y que sus espíritus todavía vagan por los alrededores para que la gente continuase sin acercarse por la isla. Ya sabes que se cuentan muchas historias de fantasmas sobre ella, pero... yo ni creo, ni dejo de creer, y además, cuando todo esto esté terminado, seguro que a los “millonetis” que vengán hasta aquí, este sitio les resultará maravilloso—, añadió mientras conducía hasta la entrada de la mansión y detenía el vehículo entre la furgoneta del capataz y un todo terreno.

—Ese es el coche del ingeniero Areces, el jefe de obra, vamos... el único que teóricamente sabe a ciencia cierta qué diablos va a ser esto, aunque yo comienzo a pensar que ni él mismo lo sabe—, dijo al tiempo que apagaba el motor y saliendo del coche comenzaba a caminar hasta la puerta de entrada, pero en cuanto llegaron ante ella se dieron cuenta de que estaba cerrada con llave.

—A lo mejor han bajado hasta la obra—, sugirió Carlos, a quien poner el pie sobre el primer escalón le había parecido casi un acto de fe, y continuaba diciendo:

—Quizás deberíamos...—, pero de pronto la puerta se abrió y se encontraron delante de un menudo joven que debía de tener poco más de veinte años.

—¡Joder qué susto!—, exclamó Carlos dando un paso atrás y llevándose la mano al pecho.

—¿Así que este es el nuevo?—, dijo con una sonrisa jocosa y aparentando que

no le había visto con anterioridad —Pues entonces estamos apañados. Este no termina la semana—

—¿Quieres dejar de decir estupideces, Miguel?—, le reprochó José mientras se volvía hacia Carlos, y añadía: —No le hagas caso a este gilipollas—

—Ya, pero ¿qué es eso del nuevo? ¿Es que había otro? ¿Por qué se marchó?—, preguntó Carlos con cierta inquietud.

—Sí, pero tranquilo que no le pasó nada raro. Solo es que... encontró un trabajo mejor—, se apresuró a responderle José mientras le hacía un gesto expeditivo a Miguel para que guardara silencio, pero lejos de hacerlo el joven continuó hablando:

—¡Venga ya, José! El otro fontanero se largó tan deprisa que no esperó ni a cobrar—, descubrió mientras se apresuraba a empujarlo al interior de la mansión.

—Pues mira qué bien—, murmuró Carlos —Y qué sitio tan... “agradable”—, dijo con voz ahogada deteniéndose en el umbral y contemplando el vestíbulo. Definitivamente, aquello no era en absoluto lo que esperaba encontrarse en un “paraíso tropical”. A todas luces aquella era una casa realmente abominable. Sintió un escalofrío y pensó: *“O me han tomado el pelo, o todo lo que he oído es cierto, y si lo es, lo mejor que será que salga de aquí ahora mismo o intuyo que ya nunca podré hacerlo”*.

Pero su primera impresión y su sexto sentido no parecían querer tener en cuenta su precaria situación laboral, así que se repuso de la primera impresión e intentando darle una segunda oportunidad a aquel lugar, alzó la mirada intentando verlo de una forma más racional.

Pero no tuvo demasiado éxito.

Las paredes del vestíbulo estaban formadas por grandes piedras rectangulares y un río de oscura madera se extendía por el suelo hasta alcanzar tres puertas de doble hoja con toda su superficie recargadamente labrada. Tras cruzar una de ellas llegaron a una enorme sala de la que partía una amplia escalera de madera que ascendía hasta un largo pasillo que probablemente debía recorrer toda la primera planta.

—¿Y Mario?—, preguntó recuperando por fin el aliento —Me gustaría saludarle y agradecerle personalmente esta mier... perdón, esta maravillosa

oportunidad—

—Están todos en la obra—, respondió Miguel —Juanfra y yo nos hemos quedado porque el jefe nos ha mandado que lo limpiemos todo a fondo. Ya ves, como si fuésemos unas simples “chachas”—

—¿Y dónde coño se supone que está Juanfra?—, preguntó José con tono impaciente.

—Creo que anda por ahí, barriendo los cuartos de la primera planta... o al menos eso es lo que supongo—, respondió Miguel encogiéndose de hombros.

—¿Y no crees que sería mucho mejor que lo hicieseis juntos?—, sugirió José

—A lo mejor ibais un poco más rápido porque desde luego, a este sitio le falta mucho para poder considerarlo habitable—

—¿Quieres que lo haga con ese chiflado? Eso ni de coña—, se apresuró a responder el joven.

—Eso lo dice porque Juanfra es un chaval de Annobón. Y no es que esté loco, es sólo que es un poco... raro, reservado—, le excusó José.

—¿Reservado? Venga, hombre. Ese tío da miedo—, replicó Miguel —Por algo es el único guineano que ha querido trabajar aquí—

—Yo no tengo miedo—, dijo una voz desde lo alto de las escaleras —Sois vosotros y no yo, los que pasáis las noches aquí—

Carlos alzó la vista y vio que se trataba de un chico negro, muy alto, constitución atlética, pelo corto y oscuro, y de una edad similar a la de Miguel.

—¡Ya te he dicho mil veces que antes de comer no me toques los huevos con tus historias de miedo, así que cállate y vete a currar!—, gritó José.

Pero Juanfra pareció no haberle escuchado, y continuó:

—Yo vengo a las nueve y me voy a las cinco en punto—, continuó diciendo con voz profunda —Eso es lo que acordamos que haría. A diferencia de vosotros, yo me voy antes de que empiece a oscurecer—

—¿Y eso por qué?—, quiso saber Carlos.

—Porque nadie quiere estar aquí, y aún mucho menos de noche. Yo vivo en Annobón y trabajo aquí porque he de hacerlo, pero nunca, jamás paso la noche aquí—

—Entiendo—, asintió Carlos mientras intentaba encontrarle algún sentido a las palabras del joven.

—Ellos ya están advertidos—, siguió diciendo —Pero usted no, así que lo haré—, y como si estuviese recitando un guion bien aprendido, dijo:

—*Este lugar está maldito. A veces, aquí los vivos se convierten en muertos y*

los muertos en vivos, y cuando eso sucede es mejor estar muy lejos de aquí. Es por eso por lo que todos evitan la isla, nadie se acerca a ella y también es por eso por lo que no habrá nadie cuando necesiten ayuda—

—¿Y si...?—, comenzó a decir Carlos al tiempo que caía en la cuenta de que había empezado a tiritar de miedo.

—*Los blancos no lo comprendéis—*, añadió Juanfra —*Por la noche estaréis completamente solos. Solos en la oscuridad. Solos... con ellos—*, insistió esbozando una macabra sonrisa.

—¡Me cago en Dios y en todos los santos, joder! ¡Qué te calles de una puta vez!—, le exhortó José haciendo un gesto amenazante con el puño, gesto al que el joven respondió separándose lentamente de la barandilla e internándose nuevamente en la oscuridad del pasillo hasta desaparecer.

Entonces, José cogió a Carlos por el hombro.

—Será mejor que no dejes que ese puto crio te asuste—, dijo intentando tranquilizarle mientras los tres comenzaban a caminar hacia la puerta de la derecha.

—Gracias, pero creo que ya es demasiado tarde para eso, compañero—, le respondió Carlos con un hilo de voz.

Una vez en su habitación posó las dos grandes bolsas sobre la cama y se quedó de pie, junto a ellas, con su bolsa de viaje todavía colgada del hombro. Se sentía incómodo. No le apetecía permanecer allí ni un minuto más, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás, así que sacudió la cabeza intentando apartar de su mente aquellos pensamientos negativos y comenzó a sacar la ropa extendiéndola sobre la colcha anaranjada que cubría la cama antes de comenzar a colgarla en el armario.

Una vez hubo terminado, decidió dedicar unos minutos para examinar la curiosa estancia en la que se encontraba, y al hacerlo no pudo evitar sentir nuevamente un profundo estremecimiento.

El diseño era cuando menos inquietante. Las paredes, de al menos cuatro metros de altura, estaban recubiertas con madera oscura hasta los hombros y a partir de ahí empapeladas con delicadas escenas galantes de color granate sobre un fondo parduzco. Unas gruesas y ondulantes cortinas de terciopelo cubrían las dos hojas de la única ventana que daba hacia el camino de entrada. En el suelo, una densa alfombra con dibujos geométricos de gastados colores ocultaba parcialmente la vieja madera y a lo largo de una de las paredes se

distribuían un antiguo sillón de piel, una larga cómoda y un espejo de cuerpo entero rodeado por un exageradamente ostentoso marco de bronce.

De repente se dio cuenta de que había tratado de abrir la puerta del armario esforzándose por hacer el menor ruido que le fuera posible, como si temiera romper el opresivo silencio de la estancia, y en ese instante escuchó el ruido de un coche deteniéndose frente a la entrada que fue seguido por el atronador sonido producido por la pesada aldaba de bronce extendiéndose por toda la mansión al tiempo que una agradable voz femenina preguntaba:

—¿Hola? ¿Hay alguien?—

“Bueno”, pensó sonriendo estúpidamente. “*Al menos ahora tendré un buen motivo para esforzarme por aparentar tranquilidad*”.

Por un instante se le pasó por la cabeza cambiarse de ropa antes de conocer a la nueva participante en aquella especie de feria del terror, pero sentía curiosidad por averiguar la identidad de la mujer así que abrió la puerta del cuarto, caminó con paso rápido hasta la escalera y antes de llegar a ella escuchó a José hablando con la mujer.

—Hola, buenas tardes. Supongo que usted es la especialista de la empresa contratada por Beaumont ¿Verdad?—, dijo a la recién llegada.

—Correcto. Me llamo Samanta Vega—, le respondió ella.

—Encantado de conocerla, Samanta. Me habían dicho que no llegaría usted hasta dentro de unos cuantos días—

—Lo sé, pero hace un par de días que finalicé un trabajo en Sudáfrica y ya que me quedaba “de camino”, decidí adelantar un poco mi llegada—

—¿Y cómo ha conseguido llegar hasta este lugar usted sola? Normalmente, cuando viene alguien tenemos que ir hasta el aeropuerto para traerle hasta aquí

—

—La verdad es que no me extraña—, reconoció ella —Pero las instrucciones sobre su ubicación eran muy detalladas por lo que solamente necesité introducir las coordenadas en el GPS, seguir las indicaciones al pie de la letra, coger dos autobuses, tres aviones, un par de taxis y... una lancha. Realmente, eso fue lo más difícil de conseguir. Intenté convencer a algún pescador para que me trajese hasta aquí, pero no hubo forma. No sé exactamente por qué, pero lo cierto es que nadie quería hacerlo. Afortunadamente, cuando casi me había dado por vencida me encontré a una doctora española de la clínica de San Pedro que se apiadó de mí y consiguió

convencer a un hombre para que me trajera con su lancha—

—Pues en ese caso ha tenido usted mucha suerte de encontrársela, porque de no haber sido por su intervención la aseguro que no habría logrado llegar hasta la isla—, intervino Carlos descendiendo el último tramo de la escalera y caminando hacia ellos —Hola Samanta. Mi nombre es Carlos—

—Hola, encantada de conocerte, Carlos—, respondió estrechándole la mano con una sonrisa tan cálida que, por un momento, Carlos creyó que se le iba a derretir el corazón.

—¿Puedo preguntarte qué has hecho para que te hayan enviado a este lugar perdido de la mano de dios?—, la preguntó intentando poner su sonrisa más fascinante.

—Te aseguro que comparado con algunas propiedades en las que he tenido que trabajar en Centroamérica, esto no es nada del otro mundo. Lo único... toda la mansión está... quiero decir ¿toda la mansión tiene el mismo aspecto?—, preguntó mirando con cierto recelo a su alrededor.

—No, qué va. Por lo que me han dicho esta es la parte buena—, respondió Carlos con evidente ironía.

—Pues... no está muy bien, que digamos—

—Eso es porque nos han “pillado” en medio de la limpieza—, se excusó José

—No obstante, creo que este no es el lugar del que se debe ocupar. Supongo que usted vendrá a examinar la Fase Uno, y eso está como a uno o dos kilómetros de aquí—

—Pues me temo que por desgracia se equivoca—, dijo Samanta dando un suspiro —He de inspeccionar la estructura de esta mansión y hacer un informe sobre su estado—

—Pues entonces que dios la guarde, señorita—, murmuró José —Esta mansión es... será... bueno, que por el momento solamente se va a emplear como alojamiento temporal mientras terminamos de habilitar las casas del campamento. No obstante hemos, bueno... estamos habilitando algunas estancias, así que si me acompaña, la enseñaré su habitación y cuando venga alguno de los jefes supongo que ellos le enseñarán lo que sea que haya venido a ver—, se ofreció José haciéndola un gesto con la mano para que le siguiera.

Samanta comenzó a subir por la escalera detrás de él, y mientras lo hacía contemplaba con admiración la delicada ornamentación con la que esta había sido decorada.

—A pesar de la suciedad y su evidente estado de dejadez, esta mansión es bellísima—, indicó Samanta

—Espera a ver tu dormitorio antes de apostar por eso—, replicó Carlos —Te aseguro que el mío parece salido de una vieja película de terror—

—Eso es porque no estás viendo más allá del polvo, los desconchones y las telarañas—, apuntó Samanta —Estoy segura de que una vez restaurada sería una de las mansiones más bellas de todo el continente, pero desgraciadamente, pocas veces las llevo a ver rehabilitadas—

—¿Y qué dices que tienes que hacer exactamente?—, preguntó Carlos.

—Lo siento, pero me temo que hasta que hable con el ingeniero jefe no podré contestar a esa pregunta—, respondió ella —En gran parte depende de los plazos de ejecución, los presupuestos, permisos... ya sabes. Hay mucha gente que tiene ciertos prejuicios a la hora de participar en este tipo de proyectos—

—Eso seguro. Yo mismo, apenas hace media hora que he llegado y ya los tengo. Te juro que en toda mi vida no he visto un sitio tan aterrador como este, pero si no quieres contestarme lo respeto. Aunque te aviso de que no voy a tardar mucho en enterarme—

—Vas a terminar por meternos a todos en un lío—, le reprochó José.

—Es que todavía no entiendo qué finalidad va a tener este lugar—, insistió Carlos —Ya sabes... qué clase de servicios se van a ofrecer aquí, el tipo de clientes...—, estaba dispuesto a continuar, pero cuando José le lanzó una fría mirada supo que debía callarse o acabaría por tener problemas.

En cuanto se detuvieron ante uno de los cuartos del pasillo de la izquierda, José abrió la puerta al tiempo que preguntaba:

—¿Le parece bien esta habitación, señorita Samanta?—

Antes de responderle, ella se adentró en la estancia y al hacerlo sintió un profundo estremecimiento, contuvo una exclamación y se alegró de haber adelantado su llegada.

Al notar la mano de José posándose tranquilizadamente sobre su hombro, dio un respingo y al volverse hacia él descubrió que la estaba sonriendo con condescendencia. Ella le devolvió la sonrisa y con voz trémula, dijo:

—Sí, está bien. Es que es verdaderamente impresionante—

—Ya, ya sé que no es lo que se esperaba—, se excusó José pensando que se estaba refiriendo a su limpieza —Pero las cosas se han precipitado y no

hemos tenido tiempo para nada más. No obstante, si tiene usted algún reparo en quedarse aquí, dígamelo y la llevaré hasta el hotel de Annobón. La lancha todavía está fondeada en la cala y ya ha visto que esta no se encuentra demasiado lejos. Si usted quiere, podríamos estar en la isla grande en poco más de una hora—, explicó él con una sonrisa de comprensión.

—Gracias. Es usted muy amable, José, pero de todos modos, prefiero quedarme aquí a tener que perder el tiempo yendo y viniendo todos los días—

—¿De verdad? ¿Estás segura?—, insistió Carlos mirándola con asombro — Este sitio es oscuro, sucio y deprimente, así que...—

Entonces, la voz de Miguel les interrumpió:

—¡José! ¡Qué dice Manuel que se ha vuelto a romper otro manguito y que hay que ir a por uno!—

—¿Otra vez?! ¡Venga ya! ¡¿Pero qué coño está pasando con la puta excavadora?!—, bramó mientras salía corriendo en dirección a las escaleras sin dejar de maldecir.

De forma inesperada, Carlos y Samanta se habían quedado a solas y un incómodo silencio pareció adueñarse de la estancia.

—¿Decepcionada?—, preguntó Carlos rompiendo el hielo mientras contemplaba el horroroso papel de las paredes, exactamente igual al de su cuarto las oscuras cortinas que colgaban sobre las ventanas —Y no es necesario que digas que no—, insistió posando su mirada sobre el resto del mobiliario compuesto por una cómoda con encimera de mármol negro, un armario de madera casi negra y la amplia cama con dosel situada en la pared de la izquierda cubierta con una colcha de ganchillo de diseño antiguo sobre la que reposaban dos gruesas mantas de lana dobladas al pie de la cama. Eso último le llamó especialmente la atención. ¿Mantas de lana en el trópico? Absurdo.

—No, no es eso—, respondió Samanta —Es solo que... cuando acepté el trabajo no pensé que estaría completamente sola, perdón... quería decir tan aislada—, replicó con una mueca de disgusto.

—Ya has oído a José. Si prefieres alojarte en el hotel te aseguro que todos lo entenderíamos—

—No, no será necesario. A fin de cuentas ahora ya estoy aquí y además, no sería muy profesional por mi parte—, insistió Samanta.

—De acuerdo, como prefieras. Mi habitación está justamente al lado de la

tuya, así que si necesitas cualquier cosa, dímelo—

—Gracias. Creo que por el momento comenzaré por deshacer la maleta, después tomaré una ducha y a continuación daré una vuelta para ir haciéndome una primera idea—

—Lo de la ducha me recuerda que aún no has visto “lo mejor” de todo—, dijo Carlos abriendo una puerta y dejando el baño a la vista. Al ver la expresión sorprendida de la chica, Carlos miró hacia dentro y murmuró:

—Joder. Este es mucho mejor que el de mi habitación—, dijo contemplando el lavabo de mármol blanco con unos grifos de bronce en forma de delfines bajo un espejo de bronce ornamentado con motivos florales. En la pared de enfrente había una antigua bañera de hierro esmaltado que descansaba sobre cuatro gruesas patas de bronce, y las paredes y el suelo se encontraban recubiertas de losetas de mármol blanco con vetas levemente rosadas.

—Me gustaría decirte que lamento que mi habitación sea peor que la tuya, pero aunque no esté todo lo limpia que me gustaría, a mí me encanta—, dijo con una sonrisa divertida.

—Está claro que, al contrario que han hecho con mi habitación, se han molestado en preparar la tuya a conciencia—, refunfuñó Carlos.

Una voz, como un susurro, les llegó entonces desde la puerta:

—*Nadie hay por aquí, así que nadie podrá oírles cuando griten—*

Sobresaltados, ambos se volvieron hacia la entrada y descubrieron a Juanfra, de pie, mirándoles fijamente y diciendo:

—*Por la noche estarán totalmente solos, salvo por ellos. Cuando oscurezca no hagan ningún ruido, aseguren las puertas, echen las cortinas y cierren las contraventanas, porque si ellos les descubren... vendrán a por ustedes*

—, dijo mientras se alejaba perdiéndose en la penumbra del pasillo y Carlos salía tras él, gritándole:

—¡¡¡Hala, “alegre”!!! ¡¡¡Deja de tocar las narices y vete un poquito a la mierda!!!—

Al momento, Samanta le cogió suavemente del brazo y le preguntó:

—¿Quién coño era ese psicópata y a qué se estaba refiriendo con eso de que “ellos vendrán”?—

—Creo que se llama Juanfra. Por lo visto es el único guineano de la zona que se ha atrevido a trabajar aquí y por si todavía no te has dado cuenta está un poco loco, así que será mejor que no le hagas ni puto caso—

—Ya veo. Que chico tan... encantador—, dijo dándose la vuelta y colocando

su maleta sobre la cama, agregó:

—Ahora, si me disculpas; voy a deshacer mi equipaje y a continuación me pondré a... no sé, supongo que antes de nada debería revisar a fondo el dossier de este trabajo—

—Por supuesto—, dijo Carlos caminando hacia la puerta —Y ya sabes. Disfruta de tu estancia y si necesitas algo, dímelo—, añadió despidiéndose con una sonrisa.

En cuanto se quedó a solas, Samanta miró a su alrededor deteniendo la vista sobre una enorme lámpara de araña que colgaba del techo. No es que ella fuera una gran experta en antigüedades, pero había estado en suficientes mansiones como para estar segura de que, solo aquella pieza, tenía que valer varios miles de euros. Y aquella no era la única joya que había allí. Repartidos por toda la habitación había al menos una decena de muebles, pequeñas esculturas y objetos decorativos tan valiosos como aquella lámpara. En realidad todo a su alrededor eran valiosas antigüedades que se encontraban en un penoso estado de abandono. Estaba claro que los que se habían ocupado de adecentar las habitaciones no tenían ni la menor idea del valor real de todo lo que había en ellas.

Abrió uno de los cajones de la cómoda en el que ordenó su ropa, colocó un par de libros sobre la mesilla de noche y un buen rato después, tras revisar a fondo el segundo archivo que le habían enviado desde la oficina y que afortunadamente se había descargado antes de embarcarse hacia Borikai, escogió una camiseta de tirantes de un intenso color rojo, se puso unos desgastados vaqueros y tras contemplarse con aprobación en el gran espejo de la puerta del armario, salió al pasillo y picó suavemente sobre la puerta de Carlos.

En cuanto este abrió la puerta de la habitación y la vio, sonrió y dijo:

—Me gusta mucho tu camiseta—

—Muchas gracias—, dijo ella con voz coqueta y devolviéndole la sonrisa — ¿Qué te parece si me enseñas este lugar?—

—Me parece una muy buena idea. El único problema es que ya sabes que yo también he llegado hoy, en realidad solo unos pocos minutos antes de ti, así que yo tampoco lo conozco. Pero aun así estoy seguro que será divertido

explorarlo juntos, aunque ahora que lo pienso...—, Carlos se dirigió a la ventana y tras comprobar que aún quedaba luz solar, añadió:

—Calculo que todavía tardará un par de horas en oscurecer. Te lo digo porque no dispondremos de demasiado tiempo para hacerlo...—

—Da igual. Me apetece recorrer este sitio. Por cierto ¿Tienes idea de si el jefe de obra va a venir?—, preguntó —¿O en su defecto, de cuándo lo va a hacer?—

—No tengo ni la menor idea, pero supongo que Mario, el capataz, podrá responder a tus preguntas—

—¿Hace mucho que lo conoces?—

—¿A Mario?—

—No, al jefe de obra—

—La verdad es que ni sé quién es, ni lo he visto en mi vida—, reconoció Carlos —¿Y tú?—

—Tampoco. En mis informes apenas lo mentan—

—¿Y qué dicen tus informes sobre esta isla? Lo digo porque cuando me enteré de la historia de miedo que la rodea, por un momento dudé en si debía venir—

—Pues mira, la verdad es que hasta que llegué a Annobón no supe nada de ella. Este era simplemente otro trabajo más y ni me molesté en buscar información sobre ella. Una no va por ahí esperando que la envíen a trabajar a una isla maldita, y hablando de la isla... ¿qué te parece si vamos hasta la famosa Fase Uno y curioseamos un poco por allí?—

—Por mí de acuerdo. Pero ya te he dicho que oscurecerá pronto y no sé si alejarnos tanto de la casa será una buena idea. Quizás se nos haga de noche por el camino—

—No hay problema—, dijo ella —Iremos en uno de los coches que están aparcados fuera. José me dijo que podía usarlo si lo necesitaba ¿Crees que deberíamos informar a Juanfra de cuándo entramos y salimos?—

—¿Al chiflado? No. Será mejor que no lo hagamos. Además, viendo la hora que es lo más probable es que ya se haya marchado—

—No soy capaz de comprender cómo es posible que alguien tan joven crea en esas supercherías—, comentó Samanta.

—Supongo que eso forma parte de sus tradiciones y además, lo más probable es que la única forma de vida que ha conocido. Pero si te parece bien...—, dijo cambiando de tema —...dejemos de pensar en Juanfra y pongámonos en marcha—

Descendieron las escaleras de oscura madera iluminados por la tenue luz que se filtraba a través de la vidriera, y cuando llegaron al vestíbulo, descubrieron que Juanfra, rígido como una estatua, les contemplaba en silencio.

—Hola “alegre”. Pensaba que ya te habrías marchado... está claro que me equivoqué—, dijo Carlos con tono osco y sin detenerse.

—Nosotros vamos a ir a dar una vuelta por la obra, pero volveremos pronto. Antes de que anochezca—, añadió Samanta.

—*No lo haréis...*—, sentenció el joven despidiéndoles con una extraña sonrisa.

Después de salir de la casa, una agradable bocanada de aire fresco les recibió al tiempo que la pesada puerta de madera se cerraba con gran estrépito tras ellos.

—¡Pero qué coño le pasa a ese niñato!—, exclamó Samanta llevándose las manos al pecho y con la cara desencajada por el susto.

—No le hagas caso... —, dijo Carlos con tono tranquilizador mientras lanzaba una fría mirada hacia la puerta.

La verdad era que con tan sólo unas pocas frases, aquél joven había logrado sacarle de sus casillas.

“*Antes o después tendré que ponerle en su lugar*”, pensó deteniéndose junto a la balaustrada de la entrada. Desde allí, podían ver la estrecha carretera abierta por las excavadoras y que adentrándose entre la suave curva de las colinas cubiertas de palmeras conducía hasta las obras. Tras casi dos siglos de oscuro olvido, aquella embarrada carretera era la única evidencia de que la vieja aldea sobre la que ahora se estaba edificando el complejo había existido y al mismo tiempo, era la única esperanza de volver a formar parte del resto del mundo.

—Pensé que estaría más lejos—, dijo Samanta contemplando las edificaciones que, parcialmente ocultas por la frondosa jungla, parecían querer pasar desapercibidas entre la verdosa espesura.

—En línea recta no debe de haber más de novecientos metros, pero la carretera, por llamarla de alguna forma, discurre por la falda de aquella colina y yo diría que se prolonga un poco más de lo que me habían dicho—, indicó Carlos.

—Según mis informes no hay constancia escrita del momento de la fundación de la aldea sobre la que se está edificando la Fase Uno y los edificios de servicio. De hecho, mis compañeras de la oficina me han dicho que no han conseguido encontrar prácticamente nada sobre ella, ni en el catastro nacional, ni en los registros municipales... nada. Pero tranquilo que eso no quiere decir que la isla esté embrujada. Hay muchísimas islas deshabitadas con restos de viejos asentamientos que no constan en ningún registro—

—Entiendo—, asintió él —¿Y qué me dices de la mansión? ¿Habéis encontrado algo interesante sobre ella?—

—La verdad es que sí. Como es evidente, la construcción es de estilo victoriano y fue levantada entre 1855 y 1858 por orden de un ingeniero de minas francés. Creo que su empresa estaba buscando depósitos de pórfidos de cobre por estas islas y supongo que al llegar se enamoró de este hermoso paisaje, por lo que poco después decidió traerse a su esposa desde París y quedarse a vivir aquí. Pero tuvieron mala suerte. Pocos meses después de que hubieran finalizado las obras, sus dos hijos enfermaron y fallecieron con escasa diferencia de tiempo. Poco tiempo más tarde murió su esposa y el marido, la siguió solamente unos días después, de forma que la casa pasó a manos de un hermano que la ocupó un par de años más tarde.

Por lo que sé de él, parece ser que se trataba de un hombre bastante extraño, un misántropo que no se relacionaba con nadie aparte del servicio. Sea como fuere tampoco tuvo demasiada suerte porque durante el otoño de 1860, la isla quedó aislada durante semanas por una serie de fuertes borrascas y cuando un pelotón enviado por el gobernador logró llegar hasta aquí, él y las tres personas del servicio habían desaparecido. Supongo que eso contribuyó a potenciar la leyenda negra de la isla—

—Lo que no acabo de comprender...—, dijo Carlos —... es por qué la levantaron en el lugar más sombrío y húmedo de esta colina en vez de haberla construido en la cima que es donde realmente le corresponde. Es cierto que allí estaría algo más expuesta a las inclemencias meteorológicas, pero sería mucho menos húmeda ya que recibiría más luz solar y viento—

—Eso es cierto—, confirmó ella —No me extraña que enfermaran. Está situada en el peor lugar posible y teniendo en cuenta que su constructor era ingeniero, la verdad es que no sé por qué lo haría. No le encuentro ningún sentido—

—Para mí...—, añadió Carlos —... la única razón posible es que quisiera

contemplar la vieja aldea. Quizás había planeado repoblarla—

—Quien sabe—, dijo ella buscando el Pick-Up con la mirada.

—No te molestes—, dijo Carlos haciendo un gesto de negación con la cabeza

—José se ha llevado la furgoneta—

—Quizá podríamos ir caminando por allí—, sugirió Samanta extendiendo su mano para señalar un estrecho sendero que descendía en dirección a la zona de construcción.

Carlos se dio la vuelta y tras estudiar durante unos segundos el trayecto, dijo:

—Creo que tienes razón. Podríamos regresar en la furgoneta de José, pero tendremos que darnos prisa y llegar antes de que se vayan—

—Pues en ese caso... ¡vamos! —, dijo Samanta dirigiéndose hacia la senda que comenzaba su descenso entre un grupo de altos cocoteros.

—Está claro que eres una chica valiente... y muy testaruda—, respondió, siguiéndola.

Comenzaron su descenso siguiendo el zigzagueante sendero, disfrutando del selvático paisaje y, guiados por su instinto, siguieron el arroyo que probablemente debía de pasar muy cerca de las obras.

A pesar de la cerrada jungla, de vez en cuando cruzaban por algún claro todavía iluminado por el sol y siempre acompañados por el sedante murmullo del arroyo.

La corriente se movía rápidamente en pequeñas ondas brillantes; al otro lado, la hierba crecía hasta el borde del agua y flores rosas, amarillas y azules se inclinaban sobre ella. Más allá había una suave colina y en lontananza se elevaba la silueta del volcán recibiendo los últimos rayos de sol. Deberían darse más prisa.

—Desde luego... el paraje es perfecto para atraer turismo—, dijo Samanta.

—Ya, pero ese no es el tipo de turismo que quieren atraer ¿verdad, Samanta?

—

—Por favor, Carlos. Ya sabes que no debo hablar de ese tema, así que déjalo—, replicó ella con tono molesto.

—Lo sé, pero reconoce que cuando inauguren... lo que sea que estén construyendo aquí, esta maravillosa tranquilidad se esfumará y todo esto se llenará de millonarios caprichosos en busca de cualquier mínima posibilidad de...—, Carlos se interrumpió al ver que Samanta le estaba mirando como si

estuviera a punto de regresar ella sola si se atrevía a finalizar la frase, así que respiró hondo y añadió:

—Simplemente digo que el complejo alterará para siempre este maravilloso paraje —

—En primer lugar, gracias por no haber dicho lo que estabas pensando, y en segundo lugar, creo que estás exagerando—, apuntó ella —Solo se trata de otra isla turística, una más entre cientos de ellas. Lo único es que esta dispondrá de... una mejor atención sanitaria. Simplemente eso—

—Sí...—, dijo Carlos —Pero a diferencia de otros lugares que también explotan ese tipo de negocios, en esta isla se va a hacer de una forma muy... especial. Y yo no estoy muy seguro de que se deba de jugar con esas cosas, y todavía menos con...—, su voz se interrumpió bruscamente al tiempo que se detenía y mirando hacia los cocoteros de su derecha, añadía en voz baja:

—¡Espera! No hagas ningún ruido. Creo que algo se mueve por ahí—

Ambos fijaron la vista sobre los matorrales que rodeaban a un enorme árbol Baobab.

—¿Crees que será algún animal?—, inquirió Samanta con la voz trémula y acercándose hasta situarse hombro con hombro mientras que los arbustos se agitaban cada vez más fuertemente.

—Ahora lo sabremos—, respondió rodeándola con su brazo y sintiendo como una fría ráfaga de viento le erizaba la piel.

De repente, de entre la maleza surgió una borrosa silueta de color marrón que sin tan siquiera reparar en la presencia de aquellos dos extraños, atravesó a toda velocidad el sendero y se perdió ladera abajo.

—¡Joder! Creo que sólo era una especie de... cerdo salvaje—, dijo Carlos tranquilizándola.

—No pude verlo. Había cerrado los ojos—, reconoció ella.

—Tranquila. Lo cierto es que yo tampoco lo vi demasiado bien. Iba a toda velocidad y juraría que ni tan siquiera llegó a pisar el camino. Directamente lo saltó, pero casi seguro que era una especie de jabalí—, aseguró Carlos mientras se esforzaba en intentar distinguirlo para confirmar su hipótesis.

—Creo que... que deberíamos dejarlo por hoy—, murmuró Samanta haciéndole un fotografía con su móvil al Baobab y alzando la mirada hacia el sol que ya había comenzado a rozar la caldera del volcán —Hemos tardado bastante más de lo esperado en llegar hasta aquí y apenas debemos de

encontrarnos a medio camino—

Carlos notó en sus palabras una repentina ansiedad por lo que la tendió la mano, y contestó:

—Tienes razón. Los demás ya podrían haberse marchado, así que será mejor que nos demos prisa en regresar—

—Sí. Lo siento mucho. Ha sido culpa mía. No deberíamos de haber venido caminando y aún menos sin conocer la zona—, se excusó Samanta comenzando a deshacer el camino.

Cuando ambos alcanzaron la hierba de la explanada, el sol ya se había ocultado casi por completo detrás de las montañas y sus sombras se fundían con la oscura fachada de la mansión.

—Creo que nos van a echar la bronca—, dijo Carlos, apretando el paso al ver que José y otros tres hombres les estaban aguardando al pie de la furgoneta.

—¿Dónde demonios os habíais metido?! Ya estábamos a punto de salir a buscaros—, les recriminó José.

—Lo siento mucho. Queríamos llegar hasta la aldea y subir con vosotros, pero el camino se nos hizo más largo de lo esperado y optamos por dar la vuelta—

—¡No volváis a hacerlo! ¡Joder! ¡No tienes ni idea del susto que me habéis dado!—

—Lo siento. Ha sido culpa mía—, reconoció Samanta, extrañada por la exagerada reacción de José —Quería echarle un primer vistazo a la aldea y...

—¡Y nada! Mire señorita. Esto no es la ciudad. En esta selva es muy fácil perderse a plena luz del día, y de noche... de noche pasan cosas... hay serpientes y un montón de bichos venenosos así que no vuelva a hacerlo ¿Queda claro?—, la reprendió claramente alterado.

Justo cuando Samanta iba a responderle, dos hombres aparecieron en la entrada de la mansión y uno de ellos, vestido con un curioso traje blanco y un sombrero del mismo color, hizo un gesto de bienvenida y al mismo tiempo de sosiego.

—Ya está bien, José. Seguro que no pretendían causar ningún problema—, dijo llegando hasta ellos e ignorando por completo a Carlos, cogió suavemente la mano de Samanta y mientras que Mario y Carlos se fundían en un abrazo y se enredaban en una animada conversación que comenzó por el cambio radical

de aspecto que según Matías se había hecho Carlos y continuaba por derroteros llenos de ambiguos recuerdos, el caballero del traje blanco, tras inclinarse para besar su mano, dijo:

—Lamento profundamente no haber estado aquí para recibirla como se merece, señorita. Mi nombre es Arturo Areces—

Samanta le devolvió el saludo con una educada sonrisa, y dijo:

—¿Areces? ¿Es usted el ingeniero del complejo?—

—Sí. Así es—, la respondió sin poder contener una sonrisa llena de vanidad.

—Encantada de conocerle, señor Areces. Apenas lo he visto de lejos, pero puedo adelantarle que mi primera impresión no podía ser mejor. Sin lugar a dudas, esta isla es el lugar idóneo para el tipo de proyecto que han diseñado—

—No sabe lo que me satisface escucharla decir eso. Todos esperamos que se convierta en un lugar de referencia—

—Y yo comparto ese deseo, pero lo que no acabo de comprender es por qué motivo han dejado para el último momento la rehabilitación de esta mansión. Por lo que he leído en los informes que me han enviado, con los recursos de los que disponían podrían haberla rehabilitado por completo al mismo tiempo que levantaban la Fase Uno—

—Lo sé, lo sé, pero nosotros llegamos cuando ellos se iban y se lo llevaron prácticamente todo. Por lo que me han contado, en cuanto Beaumont descubrió esta antigua mansión supuso que era el lugar perfecto para darles a sus clientes una alternativa más... no sé. Reconozco que en realidad desconozco en gran medida los planes de Beaumont para este lugar y que por lo tanto me resulta imposible definirla—, dijo reconociendo que hasta el momento le habían mantenido más al margen de lo que a él le habría gustado —Y por cierto; ya ha llegado su compañera—, dijo señalando hacia una maleta apoyada contra la barandilla del porche.

—¿Mi compañera?—, repitió Samanta, extrañada

—Así es. Apenas hace media hora que Matías la trajo hasta aquí. Creo que ahora mismo se encuentra en su habitación deshaciendo el resto de su equipaje —, la respondió Areces, y tras hacerle un gesto a Miguel para que subiera la maleta a la habitación de la nueva invitada, señaló hacia la puerta principal, y añadió:

—Si le parece bien, deberíamos entrar y prepararnos para la cena. En su honor y en el de su compañera, he traído desde San Pedro un banquete que espero sea de su agrado. Además, está anocheciendo y la aseguro que debido a

la total ausencia de contaminación lumínica, aquí las noches pueden llegar a ser bastante... impresionantes—

—Por supuesto señor Areces. Además me gustaría saludar cuanto antes a mi amiga, así que si me disculpa subiré a su habitación y en cuanto nos arreglemos un poco nos reuniremos con ustedes—, dijo Samanta con una sonrisa.

—Faltaría más—, respondió Areces —Si a ambas les parece bien, volveremos a encontrarnos dentro de una hora en el salón para que puedan conocer al resto del equipo. En estos momentos nuestro personal en la isla es bastante reducido... de hecho, descubrirán que tenemos muy pocos compañeros de... aventura—, remató con una media sonrisa —¿La parece bien?—

—Por supuesto que sí. Será todo un placer—, contestó ella despidiéndose y dirigiéndose hacia las escaleras. Deseaba reunirse con su compañera antes de que esta metiera la pata y dijera algo que pusiera en peligro su plan, así que en cuanto alcanzó la puerta de su habitación golpeó con los nudillos sobre ella y dijo:

—¿Bibiana? Abre, soy Samanta—

Al otro lado sonaron unos pasos acercándose rápidamente hasta la puerta y en cuanto se abrió, apareció el alegre semblante de una chica de pelo castaño.

—¡Hola, cariño! ¡Qué alegría que nos haya tocado trabajar juntas en este...!

— Su voz se vio bruscamente interrumpida por Samanta irrumpiendo en la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

Bibiana se quedó allí, con la boca entreabierta a la vez que miraba con sorpresa a su alterada compañera.

—Pero... ¿te pasa algo? ¿A qué viene tanta prisa?—, preguntó confundida por su actitud.

—Escucha atentamente—, la dijo atrayéndola hasta el centro de la habitación

—Necesito que me digas quién te asignó este trabajo—

—Pues... creo que fue la directora. Al menos el correo me lo enviaron desde su cuenta—, respondió tras pensarlo durante unos instantes.

—¿Estás completamente segura de que fue ella?—, insistió Samanta.

—Que sí, mujer. En cuanto lo leí la llamé para confirmar todos los detalles—, se reafirmó —¿Me puedes decir de qué va todo esto?—

—Creo que alguien nos la ha jugado—, respondió Samanta apretando los puños con fuerza —Nosotras no deberíamos estar aquí—

—No tengo ni la menor idea de lo que estás diciendo, la verdad—

—Ahora te lo explico ¿Tienes el dossier de este trabajo en tu portátil?—, preguntó mientras que sin esperar a que la respondiera lo cogía de encima de la cama y lo abría.

—¿Para qué preguntas nada?—, rezongó Bibiana mientras se sentaba a su lado.

—¿Se puede saber qué estás buscando exactamente?—, la preguntó.

—La prueba de que estamos en el lugar equivocado—, respondió mientras escudriñaba los informes.

—¿Y se puede saber por qué piensas eso?—

—¿Recuerdas a Sandra? ¿La chica que murió hace cuatro años en un accidente aéreo?—

—Sí. Pobre chica. La avioneta en la que viajaba se estrelló en... espera...—, dijo frunciendo el ceño y esforzándose por recordar los detalles —¿No había ocurrido por aquí cerca?—, preguntó.

—No, no había sido por aquí cerca. La versión oficial fue que se estrelló mientras volaba hacia esta esta isla, pero yo estoy segura de que murió aquí—, respondió Samanta añadiendo con voz segura

—¿Es... estás segura de eso?—

—Todas nos creímos la versión del accidente aéreo porque eso es algo de lo que nadie está libre, pero he descubierto que nos mintieron. La avioneta de Sandra no se estrelló porque, sencillamente, ninguna avioneta puede aterrizar en una isla sin pista de aterrizaje y además, antes convencí a uno de los trabajadores para que me acompañara a dar un paseo hasta la Fase Uno y cuando nos encontrábamos a medio camino, descubrí algo que me abrió los ojos—, y sacando su móvil la mostró una fotografía que la difunta Sandra la había enviado desde una paradisiaca isla tropical.

En la imagen se distinguía un enorme Baobab con una losa de piedra a sus pies y sobre la que ella estaba sentada—

—Esta es una foto de ella, pero sigo sin comprender qué me quieres decir—, dijo Bibiana sin apartar la vista de la fotografía.

—Compara esa imagen con esta otra—, dijo mostrándole una fotografía tomada con su móvil..

—Parecen estar hechas en el mismo lugar. Solo falta la pobre Sandra—, reconoció Bibiana.

—¡Exacto! ¡Pero lo increíble de todo esto es que esta fotografía la he hecho yo

misma hace menos de dos horas!—

—Entonces... ¿eso significa que Sandra estuvo aquí hace cuatro años?—

—Y también significa que al no haber ninguna pista de aterrizaje, ni llegó, ni salió de la isla en avioneta—

—Eso no tiene ningún sentido. Dijeron que nunca se encontraron los restos del accidente—

—¡Pues claro que no se encontraron! ¡No hubo ningún accidente! O al menos no uno aéreo—

—¿Pero entonces? ¿Qué crees que le ocurrió a Sandra?—, preguntó asustada.

—No lo sé—, reconoció —Pero más nos vale andar con pies de plomo o intuyo que no tardaremos mucho en seguir su mismo camino—, finalizó con la voz quebrada.

Mientras tanto, Areces se llevó aparte a Carlos con el aparente propósito de ponerle al corriente de la marcha del proyecto, pero en cuanto se hubieron alejado del resto del grupo la conversación dio un giro inesperado.

—Así que se llama usted Carlos—

—Pues... sí, así es...—

—Y es de Valladolid...—

—Pues... sí...—

—Y tiene experiencia militar—

—Correcto... pero de eso ya hace mucho tiempo. ¿Por qué lo pregunta? ¿Tiene algún problema con ello?—

—Mientras que a mí no me afecte, no—

—Vale. Yo solo lo digo porque todas esas preguntas me resultan un tanto extrañas—

—No pasa nada. Es sólo que me gusta conocer a mi gente. Ya sabe; por si acaso—

—¿Por si acaso qué? ¿Es que hay alguien problemático?—

—Eso nunca se sabe... “Carlos”. Hay algunas personas a las que le gustaría que este proyecto se paralizara definitivamente y hay otras muchas que lo que persiguen es precisamente lo opuesto, es decir, que quieren finalizarlo cuanto antes y por desgracia, ambos tipos de personas son capaces de cualquier cosa para conseguir su objetivo—

—Eso me suena a espionaje industrial o algo similar—

—Muy cierto. Suena a espionaje. Suena a oscuros personajes que suplantan

identidades o se valen de antiguas amistades para infiltrarse y poder colarse en donde no deben con Dios sabe qué oscuros propósitos—

—Pues por mí no se preocupe. Le aseguro que yo solamente he venido para ayudar y solucionar problemas—, le aclaró Carlos al darse cuenta de que debía de estar refiriéndose al tipo del aeropuerto.

—Gracias por su sutil franqueza. Eso es justo lo que me habían dicho que mejor sabía hacer usted... solucionar problemas—, dijo mirándole con frialdad y añadiendo:

—Y correspondiendo a su franqueza... si usted lograra solventar esos “problemillas” sin poner en riesgo mi cargo... y mi cabeza, yo le compensaría muy generosamente por ello ¿Me comprende?—

—Creo que sí, y he de decir que no tengo nada en contra de aceptar recompensas a cambio de un buen trabajo—

—No sabe usted lo que me alegra oírle decir eso...”Carlos”. Me habían hablado de usted y de sus métodos de trabajo, y la verdad es que tenía serias dudas de que aceptara mi oferta tan rápidamente y sobre todo, con tan buen talante—

—Pues no veo por qué no iba a hacerlo. A fin de cuentas, creo que es lo más justo para todos—

—Por supuesto que lo es Carlos... por supuesto que lo es—

Capítulo 8. Primera noche en la isla.

Las ocho personas que se habían reunido en el amplio salón se miraban con recíproca cordialidad mientras que, sentados en unas butacas redondeadas que habían sido dispuestas formando un semicírculo frente a una chimenea de piedra delicadamente esculpida, charlaban intentando disimular las diferentes sensaciones que les transmitía la mansión al mismo tiempo que fuera, en la oscuridad de la noche, la jungla y el océano les aislaban del resto del mundo. Fuertes ráfagas de viento azotaban la selva y en la explanada cercana a la Fase Uno, formaban pequeños remolinos entre las pilas de materiales y la maquinaria pesada situadas al pie de las casas modulares de los trabajadores para a continuación, ascender hasta alcanzar la solitaria mansión ocasionando que sus viejas maderas crujieran como si la casa se fuera a partir en dos en cualquier momento.

El salón en el que se encontraban no resultaba una estancia especialmente acogedora. Tenía un techo desagradablemente alto del que pendían dos lámparas de cristal de doce brazos que no funcionaban debido a que las apresuradas reparaciones eléctricas todavía no habían hecho más que comenzar, por lo que la única luz de la estancia provenía de varias lámparas de coloreadas pantallas plagadas de lágrimas de cristal de roca, y que se encontraban distribuidas por todos los rincones de una sala que transmitía una agobiante sensación de tristeza.

El suelo de madera estaba cubierto por algunas alfombras con dibujos de apagados colores, y unas enormes cómodas repletas de figuras de bronce y mármol, presidían cada una de las paredes empapeladas en tonos púrpuras mientras que un enorme reloj de pie señalaba en su dorada esfera las once de la noche.

—Todo esto me resulta muy chocante—, dijo Carlos —Quiero decir que hace tan solo un par de días estaba en mi piso de Valladolid a punto de salir a tomar un café y ahora que estoy aquí, todavía me cuesta creer que me encuentre en lo que muchos consideran el paraíso—

—Lo sé—, dijo Areces —Sé que no resulta fácil dejar sus familias y sus hogares para trabajar en un lugar tan aislado, pero estoy seguro de que este esfuerzo nos reportará a todos grandes beneficios. Y precisamente por eso me

gustaría expresarles mi agradecimiento por su profesionalidad, así que gracias y bienvenidos al germen de lo que algún día, será el más selecto y exclusivo... —, dudó un momento antes de continuar y tras meditarlo un par de segundos, añadió con cierta indiferencia: —...”resort” de todo el continente—, dijo finalmente alzando su copa, y añadiendo:

—¡Brindo por nuestro éxito!—

—Si me permite unas palabras...—, intervino Bibiana —Me gustaría expresarles mi felicitación. Este lugar es magnífico para lo... para la actividad que han elegido, pero ¿cómo cree usted que mi compañera Samanta y yo podríamos ayudar en el desarrollo de esta gran idea? ¿Han pensado en alguna línea a seguir?—, inquirió.

Areces esbozó una media sonrisa, y contestó:

—En realidad no lo sé. Lo cierto es que yo me enteré de su visita poco antes de su llegada, pero supongo que los directivos esperan que su estancia en este lugar les inspire para llevar a cabo su trabajo de una forma más efectiva. Por algún motivo que nadie me ha comunicado, han contratado a su empresa para elaborar un informe de viabilidad estructural y una valoración del estado de la ingente cantidad de antigüedades que nos rodean. Personalmente, considero que deberían de haberlo hecho mucho antes, pero de todas formas, estoy convencido de que su estancia aquí les resultará... muy estimulante—

—Desde luego...—, dijo Samanta alargándole su copa a Carlos para que la rellenara—... he de admitir que la atmosfera que envuelve a este lugar es más que apropiada para inspirar a cualquiera, y espero que nadie se aproveche de eso para comenzar a gastar bromas de mal gusto—

—¿Bromas?—, repitió Areces mirándola con desconcierto —No, desde luego que no. Estoy convencido de que nadie las gastará ninguna broma—

Samanta sonrió y levantándose con la copa en la mano se acercó hasta una de las cómodas para contemplar un retrato situado sobre ella.

—¿Este caballero era el propietario original?—, preguntó.

—Me temo que desconozco ese dato, pero le dejo a usted y a su compañera la misión de averiguarlo—, dijo Areces —Sería maravilloso que así fuera. A lo mejor... incluso podría formar parte de la imagen corporativa—, sugirió con ironía.

—Estoy casi segura de que se trata del propietario—, aseguró secamente Samanta,

—Podría ser...—, añadió Bibiana —Pero para poder confirmarlo, antes deberemos de encontrar algo que lo avale—, y mirando a Areces, preguntó:

—¿Cree usted que mañana podremos visitar la mansión y la Fase Uno?—

—Por supuesto que sí. Pero debido a problemas eléctricos me temo que en muchas zonas de la casa tendrán que usar linternas. Por desgracia, los electricistas que comenzaron con las reparaciones preliminares eran demasiado jóvenes e impresionables y... digamos que decidieron renunciar al trabajo—, confesó Areces haciendo una mueca de disgusto.

—No importa—, contestó Samanta —Mañana examinaremos la casa y comenzaremos con la recopilación de datos. Si todo sale tal y como espero, creo que no nos llevará más de tres o cuatro días y supongo que a partir de ahí ya podremos comenzar a elaborar nuestro informe—

—Me parece perfecto, y ahora si a todos les parece bien, sugiero que pasemos al comedor y degustemos la cena que nos han preparado en el hotel y que Miguel ha recalentado como ha podido en el microondas—, sugirió, incorporándose.

Todo el grupo siguió a Areces por el pasillo. Samanta y Bibiana caminaban las últimas entreteniéndose en husmear aquí y allá.

—¿No te parece que la distribución de las estancias es un tanto extraña?—, preguntó Samanta —¿Por qué construirían tantos cuartos con dos puertas?

—Quizás empleaban una como entrada, y la otra como salida—contestó Bibiana —Pero lo que realmente me sorprende es que todos los cuartos que tienen dos puertas sean interiores. No tienen ni ventanas, ni acceso desde el exterior. Solamente dos puertas que dan al pasillo. No entiendo por qué querían que fueran tan oscuros—, dijo.

Areces les condujo hasta el vestíbulo de la entrada y deteniéndose ante una de las puertas, la abrió para que todos pasaran al otro lado.

—Estoy seguro que esta zona de la casa les resultará muy interesante—, aseguró al tiempo que Bibiana echaba un nervioso vistazo por encima del hombro y acercándose a Samanta, la susurraba:

—Algunos de estos muebles son auténticas joyas. Si toda la casa está igual creo que necesitaremos más tiempo para catalogarlo todo—

—Pues lo que yo creo es que este paseo en medio de tanta oscuridad es totalmente innecesario—, contestó.

—Quizás esté hecho a propósito para crear un ambiente misterioso e impresionarnos—, repuso Samanta —¿Te has fijado en que cada vez que abrimos la puerta de uno de esos cuartos, cuando nos alejamos de él la puerta se cierra sola? Empiezo a sospechar que el señor Areces no está jugando limpio—

—¿Insinúas que todo esto es una puesta en escena para influenciarnos?—

—Eso me temo—, apuntó Samanta —Quizás lo que en realidad pretende Areces es que también nosotras nos vayamos corriendo—

—Pues si así es... reconozco que al menos en mi caso lo ha conseguido—, dijo cogiéndola de la mano para entrar en el comedor, un cuarto rectangular de unos cincuenta metros cuadrados con una larga mesa situada en el centro y sobre la que habían colocado tres grandes ollas y una pila de hilera de platos cubiertos con un paño.

—Lamento que la mesa no esté puesta como corresponde—, se excusó Areces

—Pero como ya se habrán dado cuenta, estamos demasiado alejados de las buenas costumbres y del protocolo de la civilización, así que tendremos que servirnos nosotros mismos—, y señalando hacia el mueble situado al fondo del comedor, añadió:

—En ese armario debería de haber una generosa cantidad de velas, una vajilla del siglo XIX y... si Miguel y Juanfra se han portado bien, una costosa cubertería de plata—

Avanzando hacia el mueble, María abrió uno de los cajones y sacando de él una cuchara, preguntó asombrada:

—¿Esto ya estaba aquí?—

—Sí. Y las aseguro que todo lo que vean en la casa es original—, contestó con suficiencia.

—¿Nos está diciendo que en ciento cincuenta años a nadie se le ha ocurrido desvalijar la mansión?—, preguntó Carlos hundiendo ambas manos entre las docenas de piezas de la valiosa cubertería.

—Eso parece—, respondió Areces —Sé que es raro, pero supongo que la leyenda hizo que nadie se atreviera a acercarse por aquí. Y ahora, sirvámonos y disfrutemos de la cena—, dijo Areces contemplando el apetitoso contenido de una de las ollas.

Una vez hubieron finalizado la cena, regresaron al salón, se acomodaron en las

butacas situadas ante la chimenea y al calor de sus llamas, disfrutaron de una amena conversación apoyada por una botella de coñac de veinte años que ayudó a desvanecer la pegajosa atmósfera de inquietud.

Sentada en la butaca más cercana a la chimenea, Bibiana apoyó las piernas sobre una mesita redondeada, Samanta se acomodó en la butaca contigua y a continuación le siguieron Carlos, Mario y por último, apoyado en la chimenea y cerrando el semicírculo, el señor Areces.

Carlos sonrió al ver como Samanta jugueteaba con su copa, dándole pequeños toques con una de sus uñas y haciendo que el sonido del cristal inundara sus sentidos al tiempo que era transportado por una apenas perceptible corriente de aire procedente de alguno de los oscuros rincones del otro lado de la estancia.

Y en ese momento, Bibiana les sorprendió a todos cuando inesperadamente, preguntó:

—Señor Areces...—

—¿Sí, señorita?—

—¿Sabe usted si esta isla realmente está maldita, o por el contrario se trata de simples habladurías?—

—¿Qué? ¿Cómo...cómo dice? —, tartamudeó, él.

—Que si sabe si la isla o esta mansión están embrujadas, encantadas o cómo demonios quiera usted llamarlo—

Los cuatro la miraron fijamente. Samanta y Carlos lo hicieron con desconcierto, el capataz con gravedad y Areces con una mezcla de contrariedad y absoluto estupor.

—Sé... lo cierto es que... sé muy poco sobre esta casa—, balbuceó aún desconcertado —Pero ni que decir tiene que si estuviera encantada yo lo sabría. Además... sinceramente, no creo que este sea el momento apropiado para hablar de esos temas—

—Pues yo creo que sí lo es—, intervino Samanta —Si voy a pasar la noche en una casa encantada, me gustaría conocerlo antes de meterme en la cama—

—Insisto en que no deberíamos hablar de ello esta noche—, dijo Areces —Imagínense que les digo que esta casa y todo lo que la rodea está maldito. Imagínense que les digo que la leyenda es cierta y que todo el que escoge vivir en este lugar aparece muerto. Me parecería normal que su reacción fuera subirse a una lancha y largarse a toda prisa, pero les aseguro que eso

resultaría muy peligroso. De noche, la carretera es muy traicionera y si alguno de ustedes sufriera algún percance no me lo perdonaría jamás—, respondió mirándolos uno a uno para estudiar su reacción.

—Y yo le aseguro que porque nos cuente una historia de fantasmas no vamos a salir corriendo—, indicó Carlos con tono burlón.

—Me alegra oír eso—, replicó Areces, con una sonrisa de sarcasmo — Supongo que es usted una de esas personas que piensan que aquello en lo que no crees no puede hacerte daño, ¿me equivoco?—, y respirando hondo, añadió

—Pero insisto en que será mejor dejarlo para mañana. La luz del día diluye la importancia de ese tipo de historias y no quiero hacer nada que pueda afectar en modo alguno a...—

—He renunciado a un proyecto muy importante para venir aquí—, le interrumpió Samanta —Así que ¿me permite que le sea sincera, señor Areces?

—

—Por supuesto, señorita—

—¿Puede decirme exactamente para qué nos han contratado?—

—No entiendo qué quiere decir—, respondió Areces.

—Lo que quiero decir es... ¿qué le pasa a este lugar? Es evidente que la empresa a la que usted representa no necesita en absoluto de nuestros servicios. Llevan cuatro años aquí y podrían haber hecho ellos mismos los informes. Unos informes que, por cierto, aunque queramos no podremos hacer porque nadie nos ha contado cuál será su verdadera finalidad, así que si están dispuestos a pagar los generosos honorarios de nuestra empresa, forzosamente ha de ser por otra razón. Y por mucho que lo intento no acabo de dar con ella; a no ser, claro está, que necesiten que unos reconocidos profesionales sin nada que ver con “*Beaumont Enterprises*”, den fe de que la leyenda que envuelve la isla es solamente eso, una leyenda, un cuento para alejar a los curiosos ¿Me equivoco?—

—Ya la he dicho que a mí me informaron esta misma mañana de su llegada y que no tengo nada que ver con los motivos por los que han contratado a su empresa. Y tampoco creo que este sea el momento adecuado para valorar los motivos por los que lo han hecho. Si desean conocer los detalles exactos por los que lo han hecho, será mejor que contacten con sus superiores y se lo pregunten directamente a ellos—, insistió cada vez más molesto por el impertinente interrogatorio.

—Pues yo creo que sabe usted mucho más de lo que nos está diciendo—,

replicó Bibiana —Hemos venido desde muy lejos para realizar un trabajo que no podemos hacer, entre otras cosas porque las obras básicas distan mucho de estar terminadas y porque tampoco disponemos ni de los instrumentos, ni de planos... nada, no tenemos nada más que nuestras manos—

—Puedo asegurarla que las obras a las que se ha referido se completarán en el plazo previsto—, replicó el capataz.

—¿Y cómo pretenden hacerlo sin operarios? ¿Se cree usted que somos estúpidas?—, objetó Bibiana —Con tan sólo un par de cuadrillas es totalmente imposible sacar adelante un proyecto como este, y eso nos lleva a la siguiente cuestión ¿Cuál es el motivo real por el que no hay más gente trabajando?—

—Reconozco que a mí también me ha llamado la atención la falta de mano de obra—, apostilló Carlos —Pero si mal no recuerdo, José me comentó que ahora mismo casi todos estaban de vacaciones... o algo así—

—¿Y no será que nadie quiere trabajar aquí y que es precisamente por eso para lo que nos ha traído? Para servir de ejemplo y que los trabajadores regresen—, inquirió Samanta.

Claramente contrariado, Areces frunció el entrecejo, y contestó:

—Lamento que hayan llegado a esas conclusiones, aunque en realidad estaba seguro de que antes o después, también ustedes terminarían por hacerlo—, confesó —Verán; ya las he dicho que yo no sé el motivo exacto de su contratación ya que, por lo que he averiguado, sorprendentemente esta ha sido gestionada por el propio señor Beaumont en persona. Y en cuanto a la causa por la que actualmente no dispongo de los trabajadores necesarios... sí. Reconozco que tiene más que ver con esa maldita leyenda que con las vacaciones, y también reconozco que hasta hace unos pocos minutos yo también estaba barajando la posibilidad de que ese fuera el motivo por el que ustedes estaban aquí. Pensaba que quizás las habían enviado con el propósito de ayudarme a convertir esa leyenda en un cuento—

—¿Y por qué lo creía?—, preguntó Bibiana.

—Porque hace unos pocos días el propio señor Beaumont me comunicó que enviaría a alguien de su confianza con la misión de arreglar la situación. Me dejó muy claro que esa persona tendría plenos poderes y que debía proporcionarle todo lo que me pidiera. Cuando ustedes aparecieron pensé que debían de ser las enviadas de Beaumont, pero salvo qué estén ustedes representando el papel de mujeres asustadizas y a las que han enviado para

hacer una labor innecesaria, está claro que me equivoqué—

—Si eso es cierto, le confirmo que efectivamente estaba usted completamente equivocado—, replicó Samanta —Ni mi compañera ni yo conocemos a su jefe y desde luego, nadie nos ha dicho nada de que nuestra misión sea solucionar los problemas que puedan tener aquí. Lo lamento, pero me temo que no somos las personas que usted esperaba—

—Pues entonces... no comprendo para qué las han enviado—, dijo completamente desconcertado —Me habían dicho que enviarían a alguien... “especial”, pero si realmente no son ustedes... no entiendo a qué han venido—

—Por lo que he leído en la conclusión de mi dossier, nuestro trabajo consiste en elaborar un informe previo que permita a los arquitectos elaborar el proyecto de rehabilitación de esta mansión, pero tal y como están las cosas eso no será posible si no se puede conseguir mano de obra para hacerlo realidad, así que deberíamos de centrarnos en elaborar una estrategia que facilite la contratación de nuevos trabajadores—, dijo Bibiana.

—Pues si ese es el caso no lo van a tener nada fácil—, dijo Areces —La única forma de lograrlo es desmintiendo la leyenda y... no sé cómo podrán hacerlo. Yo mismo he intentado desmontarla investigando sobre ella, pero a pesar de que he preguntado en el registro y en el ayuntamiento, no he encontrado ningún documento sobre lo que sucedió en este lugar y puesto que desconozco por completo los verdaderos sucesos que la desencadenaron, me resulta imposible demostrar fehacientemente que todo es mentira.

Por muy absurdo que pueda parecer, en este caso una indemostrable leyenda pesa mucho más que la realidad, y los accidentes o retrasos que son habituales en cualquier obra de estas características, aquí se transforman automáticamente en ataques de espíritus malignos—

—Pues entonces...—, dijo Samanta —Opino que deberíamos comenzar por el principio. Dígame señor Areces ¿cómo se enteró usted de la existencia de la isla y del proyecto que se iba a llevar a cabo en ella? Se lo pregunto porque yo también he intentado encontrar alguna información sobre las negociaciones y ha sido en vano. Y la verdad es que en lo que respecta a esta enorme mansión tampoco he tenido demasiada suerte. No he logrado encontrar prácticamente nada y eso me ha llamado poderosamente la atención. Tal falta de información no es nada habitual en un edificio de estas características, y le aseguro que si con mis medios y mis contactos no lo he conseguido, es porque en los archivos no existe nada sobre ella, y el único motivo que podría

explicar eso es que alguien se haya tomado la molestia de borrar cualquier rastro sobre su existencia—

Areces se dejó caer pesadamente en la silla, lanzó un suspiro, y dijo:

—Lo cierto es que fue uno de mis contactos en una oficina de inversiones de Madrid quien me informó del proyecto. Una mañana recibí un correo suyo diciéndome que un cliente acababa de ordenarle que comprara una gran cantidad de acciones de una empresa dedicada a la gestión de resorts de lujo. Mi contacto sabía que yo estaba buscando un proyecto “especial”, así que me puso en contacto con la empresa y estos me ofrecieron la posibilidad de dirigir parte de las obras. Pero me impusieron dos condiciones. La primera era que todo debía de llevarse con la máxima discreción y la segunda condición, era que las obras debían completarse en el plazo previsto y siempre utilizando una gran cantidad de subcontratas de tal forma que ninguna de ellas supiera exactamente qué era lo que se estaba construyendo—

—¿Y fue usted tan imprudente como para cerrar los ojos y aceptar el trabajo sabiendo que probablemente se estaba realizando una actividad ilegal?—, le espetó Samanta.

—En realidad no tenía otra opción—, reconoció Areces —Por aquel entonces yo estaba pasando una mala racha y era una oportunidad única para reponerme, así que me conformé con las imágenes y la documentación que me mostraron y al día siguiente quedé con el propio Beaumont en un restaurante de Madrid en el que cerramos la operación—, respondió con tono arrepentido.

—¿Y cuánto tardó en visitar la isla?—, preguntó Bibiana.

—Tenía varios asuntos pendientes en España, así que todavía tardé alrededor de unas dos semanas en hacerlo. En la primera visita me sorprendió descubrir que los trabajadores americanos estaban a punto de terminar la primera fase del proyecto y que en cuanto lo hiciesen, se marcharían y nos quedaríamos solos. Estaba claro que querían mantener todo el proyecto en secreto, pero lo cierto es que eso no me importó demasiado, y tampoco me importó cuando me di cuenta de que justo en la zona en la que debíamos levantar los edificios auxiliares había restos de una pequeña aldea en ruinas que no figuraba en los mapas. Cuando se lo comenté a Beaumont, me dijo que me olvidara de ella y que me ciñera a los planos, así que me fui a Malabo para contratar trabajadores y fue entonces cuando escuché hablar por primera vez de la maldición. Primero fue el comisario de policía el que me habló de ella, pero

lo hizo muy por encima. Solo me dijo que la gente de por aquí era muy supersticiosa y que no se acercaban a la isla, pero cuando fui al ayuntamiento, el funcionario que me atendió palideció en cuanto le mostré los documentos que me autorizaban como representante de la empresa que pretendía erigir un hotel de lujo en lo que él denominó “una tierra maldita”. Él sí que me contó toda la historia y aunque en un principio me sorprendí, he de admitir que cuando me puso al corriente de toda la leyenda y de su verdadera importancia me alegré de su existencia. Pensé que sería un valor añadido para mantener el proyecto en secreto y como supondrán, continué adelante y comenzamos con las obras. De todo eso ya hace casi cuatro años y desde entonces todo han sido problemas, muchos y muy graves problemas—

—A pesar de lo insólito que resulta todo lo que nos ha contado—, dijo Samanta —Puedo entender su empeño por aceptar la dirección del proyecto, pero nada de eso explica los problemas para encontrar mano de obra—

—Pues yo no puedo comprender por qué no me informaron de todo esto cuando me llamaron—, dijo Carlos mirando fijamente a su amigo el capataz.

—¿Acaso si lo hubiera hecho habrías venido?—, replicó Mario rellenando su copa —No. Reconoce que no lo habrías hecho—

—¿Y cómo estás tan seguro? Yo no creo en fantasmas, jamás he creído en ellos y si me lo hubieras dicho, probablemente me habría echado a reír—, respondió Carlos, enfadado.

—¿Y si te hubiera dicho que aquí suceden cosas... raras? ¿Habrías venido?—, inquirió Mario tras beber un largo trago de coñac.

—¡Por descontado que lo habría hecho! Ya te he dicho que no creo en esas tonterías—, insistió Carlos cogiendo la botella y llenando su copa hasta la mitad.

—Tampoco yo las creía y... ahora, aun ahora me resisto a creerlas, pero lo hago. Y tú también lo harás—, dijo vaciando la copa de un solo trago.

—Yo creo que simplemente te has dejado influenciar por un cuento de fantasmas y por el ambiente de esta casa—, explicó Carlos.

—Por favor, no le culpe a él—, dijo Areces —Mario solamente ha hecho lo que yo le he pedido—, y cruzando con él una mirada acusatoria, añadió:

—Estoy seguro de que usted sabe muy bien a qué me refiero—

—Supongo que tiene razón—, reconoció Carlos aún sin saber qué le había querido decir —Lo siento Mario, pero... en cuanto a usted...—, dijo mirando con frialdad a Areces —Le advierto que esto le va a salir bastante más caro

de lo que habíamos hablado—

—Usted haga su trabajo y le garantizo que no tendré ningún inconveniente en abonarle los “honorarios” que considere oportunos—, respondió ásperamente, Areces.

—¿A qué cosas raras se refería exactamente, Mario?—, preguntó Samanta —¿Apariciones? ¿Objetos que se mueven solos? ¿Chicas que desaparecen y sus cuerpos se dan por perdidos en el mar?—, dijo con tono acusador.

Al oírla, Areces palideció repentinamente y la miró con los ojos muy abiertos. Parecía que iba a decir algo cuando, en ese instante, una voz resonó desde la puerta:

—Será mejor para ustedes que tengan más precaución con lo que dicen. Tengo entendido que a los espíritus no les suele agradar que se burlen de ellos—

Todos se giraron a un tiempo hacia la puerta y descubrieron que quien les estaba hablando era Miguel, el joven ayudante del capataz.

—¿Qué coño haces tú aquí?—, preguntó Mario —¿Por qué no te has ido con los demás al campamento?—

—Porque gracias al “encarguito” que me hizo cuando Carlos aterrizó en Annobón—, dijo mirando a Areces —Me di cuenta de que la llegada de nuestros visitantes tenía un propósito muy distinto al que usted nos contó—, respondió caminando hacia la mesa y tras servirse una copa, se volvió hacia el capataz.

—Mario... no eres un mal tipo, y usted señor Areces es un buen jefe, un jefe anormalmente espléndido. En cuanto al resto de ustedes no les conozco lo suficiente así que no puedo opinar, pero desde luego, estoy seguro de que ninguno tiene ni la menor idea de cómo afrontar fenómenos psíquicos—

—¿Y tú sí sabes hacerlo?—, preguntó Areces repentinamente interesado por la actitud del joven.

—Sí. Desde hace tres años formo parte de un grupo de investigación de sucesos paranormales y, a diferencia de todos ustedes, hace mucho tiempo que yo conocía la misteriosa historia de este lugar. Ese es el motivo por el que soy el único ayudante que todavía no se ha marchado y hablando de eso... lo siento jefe, pero le informo de que la mayor parte de los compañeros han decidido dimitir—

—¿Qué quieres decir con que han dimitido?—, preguntó Mario alarmado.

—Que con la valerosa excepción de Adrián y unos pocos más, los demás han

subido a las lanchas y se han marchado—, dijo soltando una risita —Después de lo que sucedió esta tarde en la aldea han optado por seguir el camino del resto y se han largado, aunque reconozco que yo he tenido parte de culpa. Su repentina llegada precipitó la situación, así que no me quedó más salida que contarles a mis compañeros toda la verdad sobre la maldición—

—Entonces... es el fin—, murmuró Areces completamente abatido —Merindo. No puedo seguir adelante sin trabajadores—

El joven sonrió, y añadió:

—Tranquilo, jefe. Todavía no está todo perdido—

—¿Qué quieres decir?—

—Que ahora que por fin estamos solos podemos dar un paso al frente y comenzar una nueva etapa de nuestra aventura—, dijo —La noción de islas cuyos habitantes desaparecen súbitamente o que aparecen incomprensiblemente muertos, es tan vieja como la propia humanidad. En todos los casos que se han estudiado hay algo que siempre les es común a todos; siempre les rodea una atmósfera de maldad—

—Tenía entendido que esta casa había sido construida varios años después del suceso de la aldea—, apuntó Carlos.

—Eso es cierto. El fallecimiento de todos los habitantes del poblado sucedió con anterioridad. Cuando encontraron los cuerpos, todo el mundo creyó que había una maldición sobre la isla y con la excusa de evitar una posible epidemia, las autoridades ordenaron que el poblado fuera incendiado. Ya saben el viejo dogma de que el fuego acaba con todo. Pero en este caso lo cierto es que cuando las autoridades se marcharon, los nativos de las aldeas cercanas decidieron que en vez de prenderle fuego, sería mucho mejor desmontarlo y diseminar sus restos, por lo que piedra a piedra y madero a madero, prácticamente desmontaron todas las casas hasta que la aldea desapareció, pero cuando un europeo llegó con la intención de asentarse en la isla ¿Se imaginan donde terminaron parte de esos materiales?—

—¿En esta casa?—, insinuó Samanta.

—¡Premio para la rubita!—

—¡Pero eso es totalmente imposible! ¡La casa ni tan siquiera estaba proyectada!—, objetó Areces.

—Eso no es del todo correcto, señor. He estado haciendo algunas averiguaciones en Annobón y me he enterado de que cuando aquel desgraciado suceso ocurrió, los ingenieros de una empresa minera francesa ya se

encontraban por la zona haciendo prospecciones. ¿No les resulta sospechoso que el hombre que construyó esta mansión, casualmente fuera un ingeniero francés?—

—Interesante. Sigue, por favor—, le rogó Areces.

—Como les he dicho, desde hace milenios la humanidad es consciente de que existen lugares que inevitablemente tienen a su alrededor un aura de maldad. Yo creo que esa aldea la poseía y también creo que cuando la desmontaron y desperdigaron sus restos, esa maldad viajó impregnada en las piedras. Supongo que al descubrirlas, el ingeniero vio una oportunidad de abaratar costes y decidió utilizarlas, pero al hacerlo, y debido a la escasa distancia que separa esta mansión de la aldea, la maldición no solo no cambió de sitio, sino que se expandió por toda la isla—, dijo dirigiéndoles una mirada inescrutable.

—¿Cómo te enteraste de la historia de la aldea y de que sus materiales se usaron en la construcción de esta casa?—, le preguntó Bibiana —¿También te la contaron en Annobón?—

—No. Eso sucedió hará ya unos cuatro años. Yo estaba en casa viendo las noticias cuando dijeron que una mujer había desaparecido al estrellarse su avioneta mientras sobrevolaba esta zona. En ese momento, mi madre, que se encontraba a mi lado, me contó lo de las muertes de los habitantes de Borikai. Hasta aquel instante yo desconocía por completo que su abuela se había casado con un comerciante que tenía un negocio en Annobón y cuando me relató lo que su madre y su abuela la habían contado, comencé a reunir datos y poco a poco fui atando cabos. Poco tiempo después me uní a un grupo de investigación y cuando me enteré de que iban a construir un complejo turístico, solo tuve que sumar dos más dos para darme cuenta de que aquí iba a pasar algo muy gordo, así que averigüé el nombre de la empresa que se encargaría de ella y a continuación, contacté con Mario y le convencí de que me contratase—

—Está claro que me equivoqué al hacerlo ¡Considérate despedido desde este mismo instante!—, bramó el capataz.

—Si no te importa, eso seré yo quien lo decida—, apuntó Areces —Continúa Miguel ¿Qué te contó tu madre sobre la isla?—

—Me aseguró que su familia se había marchado porque desde que acontecieron las muertes, algo maligno merodeaba por los alrededores. Nadie se atrevía a venir por aquí y los pocos que lo hacían simplemente desaparecían. Luego supe lo de esta mansión y que había sido construida por

un ingeniero de minas encargado de realizar prospecciones. Eso me llevó a pensar en si la razón que en un principio habían alegado las autoridades para explicar las muertes y que no era otra que la existencia de arsénico en el agua del manantial que abastecía al pueblo, habría sido provocado por alguna de las prospecciones ordenadas por el ingeniero. Pero luego me enteré de que la explicación del arsénico no se sostenía. Si este hubiera sido el responsable, tanto los nativos como los animales habrían comenzado a morir mucho tiempo atrás ya que de forma natural es totalmente imposible que se dé una concentración de arsénico tan potente como para matar a tantas personas tan rápidamente—

—Yo también descartaría esa posibilidad—, apuntó Carlos —Si el veneno hubiera sido el responsable de las muertes, tal y como dice Miguel los animales deberían de haber comenzado a perecer mucho antes ya que se necesita de un periodo de ingestión continuada de, como mínimo, dos años para que una concentración natural de arsénico sea letal, así que... de haber sido esta la causa, el incremento de arsénico debería de haber sido provocado por accidente al perforar alguna de las catas realizadas para el estudio geológico o...—

—O alguien pudo haberlo vertido directamente en el aljibe del pueblo—, sugirió Bibiana.

—Ciertamente...—, continuó el joven —Yo también barajé esas dos hipótesis hasta que descubrí que a los pocos días del macabro suceso, las autoridades reconocieron que no había niveles anormales de arsénico en el agua, así que culparon de ellas a un hongo tóxico, un parásito de una raíz que una vez secada y molida se utilizaba para hacer una especie de harina con la que se habían elaborado unas tortas similares al pan para toda la aldea. Sin embargo había algo que no encajaba en aquella explicación. Uno de los síntomas del envenenamiento por ese hongo es la gangrena de las extremidades. El riego sanguíneo se interrumpe y... por muy macabro que suene, pies, manos y orejas terminan desprendiéndose—

—Dios mío. Eso es... horrible—, musitó Samanta con una mueca de repulsión.

—No sólo es horrible; es tan característico que es imposible confundirlo. Además, aquellas personas llevaban preparando esa misma harina durante generaciones por lo que dudo mucho que pudieran cometer un error semejante. Y aún hay otro punto en su contra; en la aldea había una especie de almacén

comunal en el que se guardaban todos los alimentos y ese almacén no fue quemado, sino desmontado y transportado hasta otra aldea cercana—

—Creo que ya entiendo lo que estás insinuando—, murmuró Bibiana —Que si los nativos hubieran sospechado que las muertes habían sido provocadas por aquel hongo, estos nunca se habrían atrevido a trasladar la despensa a su propia aldea—

—Exacto. La habrían prendido fuego de inmediato para eliminar cualquier resto del hongo. Jamás se habrían atrevido a guardar en ella sus alimentos—

—¿Y todo eso a donde nos conduce?—

—A la forma en que murieron. Cuando encontraron los cuerpos nadie pudo explicarse el por qué todos ellos estaban fuera de sus cabañas. Si enfermaron, lo lógico sería suponer que la mayor parte de ellos estuvieran tumbados en sus jergones, pero no fue así. Todos los cadáveres estaban desperdigados por la aldea o en la pequeña ermita. Algunas mujeres aparecieron abrazadas a las estatuas de los santos, e incluso dos de los cadáveres, correspondían a mujeres jóvenes que todavía sujetaban a sus hijos de pecho entre sus brazos y puesto que a una de ellas la encontraron tirada sobre los escalones, sin tan siquiera llegar a entrar en la capilla, eso induce a pensar que...—

—Que su muerte no solo fue repentina, sino que fue prácticamente instantánea —, concluyó Samanta.

—Eso es, pero es que además ninguno de los cuerpos presentaba el menor signo de violencia, así que... si no perecieron ni envenenados, ni intoxicados, ni de forma violenta ¿qué fue lo que les mató?—, preguntó recorriéndoles uno a uno con la mirada.

—Todo eso es muy interesante, Miguel—, dijo Areces poniéndose de pie — Pero dudo mucho que lo que acabó con toda esa pobre gente tenga alguna relación con los problemas que estamos sufriendo—

—Se equivoca, señor—, replicó Miguel —Porque lo que mató a los habitantes de la aldea no desapareció, sino que también acabó con el ingeniero y con toda su familia—

—¿También con su familia?—, repitió Bibiana.

—¡Oh, sí!—, Miguel hablaba sosegadamente mientras les sonreía —Primero, el hijo pequeño del ingeniero murió de una infección pulmonar; tan solo tres semanas después, la hija de diez años se rompió el cuello al caerse por las escaleras del vestíbulo; unos meses más tarde la mujer cayó en una profunda depresión y terminó ahorcándose en la habitación de sus hijos. Después de

todas esas muertes el ingeniero juró ante la tumba de su esposa que derribaría esta casa, pero unos días después salió a pasear al atardecer... y simplemente se esfumó. Oficialmente, las autoridades dijeron que se perdió en la selva y que probablemente se despeñó por algún acantilado. Sea como fuere su cuerpo nunca se encontró y el caso se cerró precipitadamente debido a que el gobernador quería echar tierra sobre el asunto cuanto antes, pero los nativos no albergaban la menor duda sobre lo que había ocurrido. Según ellos, lo que les mató fue lo mismo que acabó con los habitantes de la aldea—

—¿Y cuál es la conclusión a la que has llegado, “genio”? ¿Qué por eso toda la isla está embrujada?—, indicó Mario con tono de burla —Mira, chaval; quizás hayan sucedido muchas tragedias en la casa y sus alrededores, pero no más que en cualquier otra casa tan antigua como esta. A fin de cuentas las personas que las habitan viven y mueren en ellas, y no hay casa de más de cien años que no haya visto morir a alguno de sus habitantes—

—Ya basta, Mario—, le recriminó Areces —Dime, Miguel ¿qué hay aquí? ¿Qué es lo que asusta de tal manera a los nativos?—

—Me gustaría muchísimo poder responderle, pero... no sé cómo definirlo, y desde luego que no seré yo quien se atreva a ponerle nombre a lo que no lo tiene—, contestó con tono deliberadamente enigmático.

—Pues a mí me parece que nada de lo que has dicho tiene el menor sentido—, dijo Carlos —Nos has contado una historia de suicidios, desgracias y calamidades, pero en realidad no has dicho nada que pueda considerarse... paranormal—

—¿Quieren oír historias de fantasmas? ¿Quieren que les relate las historias sobre misteriosas luces? ¿Quieren que les cuente las apariciones, los objetos que se mueven solos, las puertas que se abren y se cierran sin que nadie las toque? ¿De verdad creen que podrán soportarlo o por el contrario harán las maletas y abandonarán este lugar a toda prisa?—, casi les amenazó Miguel.

Samanta entrelazó sus manos con las de Bibiana y cruzó una larga mirada con ella. Aquella era una oportunidad magnífica para marcharse, pero entonces Bibiana giró la cabeza hacia Miguel, y respondió:

—Reconozco que estoy asustada, pero a pesar de ello... me quedo—

—¿En serio?—, preguntó Samanta, desconcertada —Yo creía que tú también querías marcharte—

—Antes sí, pero reconozco que ahora siento curiosidad—, dijo ella viendo

que el resto la miraban casi con admiración.

—Y yo lo celebro, señorita—, añadió Areces —Y a pesar de que sospecho que su valentía sea parcialmente debida al efecto euforizante del coñac, opino que lo importante es seguir adelante, y juntos—

—Pues entonces yo también me quedo—, dijo Carlos —Pero creo que nuestro joven amigo todavía no ha terminado de contarnos todo lo que sabe ¿Me equivoco, Miguel?—

—No, no te equivocas. Tras la muerte del ingeniero, la casa se le adjudicó legalmente a su hermano quien rápidamente se trasladó desde Francia para gestionar todo el papeleo, y eso a pesar de que ni tan siquiera se había dignado en acudir al funeral de su hermano mayor. Por lo que he averiguado, el nuevo propietario era un joven de vida disipada, un jugador compulsivo que estaba prácticamente arruinado y que tuvo que casarse con una escasamente agraciada heredera para poder mantener su ritmo de vida.

Pero en cuanto se hizo cargo de lo que su hermano le había legado la abandonó y se estableció en esta mansión. Sin embargo las cosas no fueron como él había planeado y no tardó en darse cuenta de que algo raro sucedía en esta casa. Supongo que acabó atando cabos y relacionándolo con los extraños sucesos que habían rodeado las muertes de su hermano y de toda su familia. Comenzó a obsesionarse con la idea de que la casa estaba maldita y cuando los nativos le contaron que parte de los materiales recuperados de las casas de la vieja aldea se habían utilizado en la construcción de los cimientos de la casa, se empeñó en la imposible tarea de retirarlos. Quería devolver a la aldea todo lo que habían sacado de ella, pero obviamente, hacerlo sin derribar la mansión era completamente imposible; entre otras cosas, porque la maldad que habita en esta casa no estaba dispuesta a permitirlo. Un día, cuando el ama de llaves entró en su habitación, encontró una desgarradora nota en la que decía que estaba cansado de vivir aterrorizado, de pasar noche tras noche acurrucado en una esquina de la habitación mientras los espíritus de los muertos recorrían la mansión en busca de lo que les había sido robado, y... en fin; el pobre desgraciado no encontró otra forma de escapar de su atormentadora existencia que suicidándose—

—¿También él se suicidó?—, exclamó María.

—Así fue. Supongo que su mente no pudo resistir la opresora atmósfera de la mansión, y aún mucho menos las constantes habladurías que sobre él y sobre la casa contaban los aldeanos y especialmente, el sacerdote de Annobón. Este

había prohibido a todos sus feligreses volver a pisar la isla, de forma que todos se volvieron en contra suya y no solo le evitaban, sino que se negaban a trabajar para él, lo que provocó que su servicio se redujera a solamente su ama de llaves y a una criada que le había acompañado desde París.

Todo eso le llevó a enloquecer y finalmente a suicidarse... al menos teóricamente, porque no he podido encontrar constatación alguna ni del levantamiento del cadáver, ni tampoco del lugar en el que fue enterrado, aunque, evidentemente supongo que la disputa que mantenía con el párroco no debió ayudarle mucho en su tránsito al más allá—

—Debería de haberse ido—, dijo Samanta —Debería de haber abandonado la casa y haber regresado a París—

—Pero no lo hizo, y después de su muerte la casa pasó a manos de un primo que estaba internado en un sanatorio mental en el departamento de *Ariege* situado en el sur de Francia. Obviamente y aunque la casa era legalmente suya, debido a su enfermedad nunca llegó a ser consciente de ello por lo que cuando murió nadie se molestó en buscar al siguiente heredero y, como no podía ser de otra manera, a partir de ahí el asunto se perdió en un mar de papeleo hasta que en 1932 desembarcó en Annobón un matrimonio que dijo haberla adquirido en una subasta. En cuanto las autoridades comprobaron que la documentación estaba en orden, les intentaron advertir de que sería mejor para ellos que se fueran. Les avisaron de que la mansión estaba maldita y que si se quedaban en ella perecerían, pero el matrimonio achacó sus advertencias a la incultura de aquellas gentes y decidieron ignorarlas.

Pasaron una semana en la mansión, pero de repente, una mañana aparecieron en el muelle de Annobón, embarcaron en un barco con rumbo a Europa y jamás regresaron. Se marcharon como por ensalmo, sin decir nada a nadie y dejándola cerrada a cal y canto por lo que los nativos supusieron que debían de haber vivido alguna terrible experiencia en la casa y desde entonces nadie ha vuelto a habitar en ella. La casa se ha limitado a permanecer erguida y eternamente solitaria. Nada ha sido tocado, nadie ha querido venir aquí porque todos saben que el ente maligno que habita esta isla, sigue aquí, aguardando pacientemente la llegada de nuevos moradores para alimentarse de la bondad y pureza de sus almas—

—Pues entonces, con la mía se va a quedar con apetito—, dijo Carlos encendiendo un cigarrillo y exhalando lentamente una bocanada de humo.

Tras el esclarecedor y al mismo tiempo preocupante relato que Miguel les había hecho sobre la sombría historia de la mansión, durante un par de minutos ninguno de los presentes se atrevió a ponerle voz a sus pensamientos y permanecieron en completo silencio mientras que desde el exterior, les llegaba el monótono ruido de la lluvia y el discontinuo fragor de los truenos precedido siempre por el brillante fulgor blanco azulado de los relámpagos que durante un breve instante iluminaban la silueta del volcán.

De todos los allí reunidos, Carlos era el único al que aquella narración parecía no haber afectado y, cansado de contemplar los adustos semblantes de sus acompañantes, se retiró a su habitación seguido de José y de un satisfecho Miguel.

En cuanto se fueron, Mario rellenó su copa otra vez más y con ella en la mano se acercó hasta una de las ventanas mientras que Areces, sentado en una de las butacas, sopesaba los pros y contras que podría acarrear retomar la conversación.

Frente a él, Samanta se había quedado ensimismada con el chisporroteo y la danza de las llamas en la chimenea mientras que a su lado, Bibiana ojeaba una vieja revista.

—¿A alguien le apetece un poco de café?—, preguntó Areces incorporándose.

—Si me dice dónde está la cocina, yo misma lo haré—, se ofreció Samanta haciendo un ademán para levantarse.

—No, por favor; no se moleste. Usted es mi invitada, la cocina está lejos y seguramente acabaría vagando en penumbra por toda la casa. Creo que lo mejor será que yo traiga la cafetera y que cada uno se sirva a su gusto—

—Y yo le ayudaré a traerlo todo—, se ofreció Mario.

En cuanto ambos se alejaron por el oscuro pasillo, Bibiana posó la revista sobre el mármol de una mesita redondeada, estiró los brazos mientras bostezaba y a continuación, dijo:

—Ahora que nos hemos quedado las dos solas, dime ¿te has creído esa historia?—

Samanta meneó la cabeza y respondió:

—La verdad es que no sé qué pensar. Tanta información me ha abrumado—, reconoció —Meditaré sobre ello, descansaré y supongo que mañana lo veré todo más claro—

—No es mala idea. Yo también estoy cansada y no puedo pensar con demasiada claridad—, respondió justo antes de que un fuerte golpe sonara tras de ellas haciéndolas saltar de sus butacas.

—¿Qué ha sido eso?!—, gritó Samanta sujetando con fuerza el brazo de su amiga.

—Creo... creo que ha sido la puerta—, balbuceó Bibiana señalando la entrada —Se ha cerrado... sola—

—Se... seguro que ha sido una corriente de aire—, sugirió Samanta con escasa convicción.

—¿Una corriente de aire?—, repitió su compañera —Sí. Seguro que ha sido eso—, afirmó revisando las ventanas con la mirada en busca de alguna que hubiera podido abrirse accidentalmente.

—Debe de haber sido en el pasillo. Habrá una ventana abierta en alguna estancia—

—Ya ¿Crees que deberíamos comprobarlo?—, preguntó Samanta, e inmediatamente después se arrepintió de haberlo hecho ¿Acaso ella quería asomarse al otro lado de aquella puerta? No, desde luego que no quería hacerlo ¿Pero entonces por qué había sido tan estúpida como para plantearlo?

—No. No creo que sea necesario hacerlo—, negó Bibiana con rotundidad apoyando su decisión con un enérgico gesto de la cabeza.

Unos minutos después, la puerta volvió a abrirse y Areces y el capataz entraron con dos bandejas sobre las que traían un antiguo juego de café, un par de botes y un termo. Al verlas se detuvieron en seco y Areces, mirándolas con curiosidad, las preguntó:

—¿Ha ocurrido algo? Están muy pálidas—

Samanta meneó la cabeza al tiempo que decía:

—No ha sido nada. La puerta se cerró de golpe, pero suponemos que fue debido a una corriente de aire ¿Han visto abierta alguna de las puertas del pasillo?—, inquirió.

—Pues... no. No recuerdo haber visto ninguna abierta—, dijo Areces colocando sobre una de las mesas la bandeja.

—¿Están seguras de que la puerta se cerró... sola?—, insistió Areces.

—Sí. Totalmente seguras—, respondió Bibiana.

—Entonces es probable que su teoría de la corriente de aire sea la respuesta correcta. Esta casa es muy grande y no necesariamente tendría que haber

venido del pasillo. Literalmente, el viento podría haber entrado por cualquier sitio—, respondió Areces —¿No cree, Mario?—

—Sí... por supuesto. Seguro que ha sido eso—, respondió.

Sin embargo su rostro aparentaba súbitamente tenso y sus ojos miraban a uno y otro lado incesantemente, como si estuviera aguardando a que en cualquier instante algo terrible surgiera repentinamente de alguno de los oscuros rincones del enorme salón.

—Quizás haya sido culpa del cansancio—, añadió Samanta cogiendo la taza que le ofrecía el capataz.

Bibiana bebió rápidamente el café, soltó un bostezo, y dijo:

—Si me disculpan, creo que me retiraré a mis aposentos—, dijo en tono burlesco.

—Yo también tengo sueño... —Añadió Samanta —Así que te acompaño—

—Pues les deseo a ambas que pasen una buena noche y que descansen. Y por favor, asegúrense de cerrar con llave y de echar el pestillo de las puertas de sus habitaciones—, recomendó Areces.

—¿Las dos cosas?—, preguntó Bibiana cruzando una fugaz mirada de preocupación con su amiga —Me cuesta creer que tanta seguridad sea necesaria—

—No es por nada en particular. Simple precaución. Buenas noches—, las despidió Areces volviéndose hacia el capataz.

Tras cruzar el largo pasillo, las dos chicas alcanzaron el vestíbulo, subieron las escaleras y caminaron hasta detenerse ante la puerta de la habitación de Samanta.

—Si necesitas algo o no puedes conciliar el sueño, no dudes en venir a mi cuarto. No puedo dormirme sin antes leer un buen rato, así que todavía tardaré como una hora en apagar la luz—

Bibiana se dio la vuelta y sonriéndola, respondió:

—Pensé que habías dicho que estabas muerta de sueño—

—En realidad lo dije porque no me apetecía demasiado quedarme a solas con esos dos mientras terminaban de vaciar la botella de coñac—

—La verdad es que a mí también me resultaba incómodo—, reconoció Bibiana.

—Deberían de haberse “cortado” un poco con el alcohol. Al menos, nuestro apuesto compañero de la habitación de al lado se retiró con una sola copa—,

dijo Samanta.

—¿Nuestro “apuesto” compañero? Vaya, vaya; creo que ya le has echado el ojo a un “*souvenir*”—

—No seas mal pensada—, la reprocho dándole un toquecito en el hombro.

—No soy mal pensada. Eso no es nada malo; vamos a ver ¿Cuánto hace que te separaste? ¿Dos o tres años?—

—Veintiocho largos meses—

—¡Joder! ¿Y no crees que ya es hora de volver “al mercado”?—

—Sí, si eso ya lo sé, pero esto es un viaje de trabajo y... ¡Bueno, qué diablos! Dicen que a nadie le amarga un dulce... y con todo el tiempo que llevo a dieta, supongo que un poco de “azúcar” no me vendría nada mal—, dijo en voz baja.

—En eso tienes toda la razón y además, recuerda que algunas veces los viajes de trabajo acaban en fugaces y apasionados encuentros, así que si te apetece... no seré yo la que te diga que no lo hagas—

—Pues muchas gracias por dejarme el camino libre, pero... te aseguro que por el momento no me apetece ni lo más mínimo tener un “*affaire*” romántico en este sitio. Y también te aseguro que si me entran ganas de molestar a alguien, tú serás la primera en la que pensaré—, la aseguró —Ahora, gracias por todo y que descanses—

—Igualmente—, contestó Bibiana, mientras se despedía con un gesto de la mano.

Después de cepillarse los dientes, Bibiana se puso el pijama y aún descalza corrió a meterse bajo el grueso edredón que cubría la inmensa cama y en cuanto lo hizo, alargó la mano hacia la mesilla para coger su libro. Pero entonces su mirada se detuvo sobre la puerta de la habitación y durante unos segundos dudó en si habría echado la llave. Estaba casi segura de que sí, pero después de la encarecida recomendación de Areces prefería estar completamente segura, así que decidió cerciorarse y, a pesar del frío que sentía, saltó de la cama y en completo silencio se acercó hasta ella comprobando que efectivamente no la había echado. En cuanto lo hizo regresó apresuradamente a la cama, abrió el libro por la página en la que lo había dejado la noche anterior y continuó con su lectura. Pero no consiguió concentrarse en ella. Una y otra vez se sorprendía mirando con aprensión unas veces hacia la ventana y otras hacia la puerta, especialmente hacia la manilla. Tenía la sensación de que cuando no miraba, esta se movía de una forma apenas perceptible

“Seguro que solamente es mi imaginación”, se dijo intentando convencerse a sí misma.

Un rato después se quedó dormida con la luz de la mesita encendida. En la habitación situada a la izquierda de la suya, Carlos dormía profundamente, mientras que en la habitación de la derecha, Samanta, tras dar su enésimo bostezo, dejaba su portátil sobre la mesilla de noche y apagaba la luz.

Capítulo 9. Primer amanecer en la isla.

Al día siguiente, en cuanto amaneció, Carlos y Mario se desplazaron hasta el lugar elegido al pie del manantial para la construcción del bombeo que proveería de agua al depósito que abastecería el hotel de la mansión.

Carlos observó el arroyo que fluía por la estrecha hondonada completamente tomada por la vegetación y movió la cabeza con preocupación. Aquello no tenía nada que ver con lo que le habían dicho.

Estaba mucho más alejado, mucho más profundo y a pesar de la lluvia parecía tener un caudal demasiado escaso como para satisfacer el consumo que habían calculado necesitaría el hotel, por lo que no tendrían más remedio que preparar el terreno para construir la captación, un depósito de al menos veinte metros cúbicos y la caseta para las bombas.

A continuación deberían de abrir una zanja de unos dos kilómetros a través de la frondosa jungla que se extendía hasta la mansión situada unos sesenta metros más alta que la zona de los edificios auxiliares, y aunque eso haría que no fuera necesario el empleo de bombas para alimentarlo, conllevaría que para transportar el agua desde el bombeo hasta el depósito necesitarían instalar dos bombas multicelulares verticales de, como mínimo, 5,5 cv cada una de ellas y debido a que deberían de salvar cerca de doscientos metros de altura, se verían obligados a utilizar tubería de fundición en lugar de la habitual tubería de polietileno de 16 atmósferas.

—Toda la pendiente está cubierta de espesa selva y eso hace que sea casi imposible abrir una zanja con la pala, así que mucho me temo que tendrás que conseguir más gente para hacerla a mano—, dijo Carlos encogiéndose de hombros.

—Eso ya lo suponía—, respondió Mario —Afortunadamente, la excavadora puede abrirse paso hasta aquí con lo que la construcción del bombeo estaría asegurada, pero lo de hacer esa zanja a través de la selva... lo veo muy difícil ¿No podrías intercalar un bombeo a media altura? De esa forma la tubería no tendría que resistir tanta presión—, sugirió el capataz.

—No. Sería antieconómico y multiplicaría la posibilidad de averías, pero sin

embargo, si levantamos el depósito principal en la zona de obra podríamos llevar la tubería directamente hasta él, y dado que está bastante por debajo de la mansión, sí que podríamos utilizar la tubería de polietileno. La presión se mantendría dentro de su rango de resistencia, pero tendríamos que abastecer tanto al hotel como a los edificios auxiliares con un grupo de presión para mantener una presión de servicio constante lo que conllevaría un sobre coste energético—

—Eso no es problema—, aseguró Mario —Tengo entendido que han contratado con una empresa francesa la instalación fotovoltaica que producirá toda la energía necesaria, así que por ese aspecto no tienes que preocuparte—

—Vale, pero lo primero que hay que hacer es empezar a preparar esta zona para levantar el bombeo ¿Cuándo podrías comenzar?—

—Ahora mismo. Solo tenemos que subir hasta el campamento y decirle al palista que comience a abrir un camino. Desde el sendero no debe de haber más de trescientos metros y cuando la excavadora llegue hasta aquí, que allane una zona lo suficientemente amplia como para poder moverse con seguridad y, ya de paso le diré que aproveche esas piedras para darle más consistencia al suelo—, dijo señalando hacia un muro de piedras rectangulares que cubrían la entrada de la cueva de la que surgía el manantial.

—No creo que debas hacerlo—, respondió Carlos con un gesto de disgusto —Yo diría que eso no es un simple montón de piedras apiladas una encima de la otra. Alguien trabajó mucho para perfilarlas y... parece bastante antiguo ¿Sabes si alguien le ha echado un vistazo?—

—No tengo ni la menor idea—, reconoció Mario —Pero no creo que sea nada demasiado importante. Probablemente sirvió como cueva para almacenar alimentos o algo así—

—Pues en ese caso todavía deben estar dentro, porque no hicieron puerta para entrar y salir—, puntualizó Carlos con tono burlón —No, eso no es ninguna despena. Su función tenía que ser otra, pero no se me ocurre ninguna, la verdad—

—¿Crees que podría haber algo interesante detrás de esa pared?—, inquirió Mario con un brillo codicioso en su mirada.

—Quien sabe. Quizás sí, o quizás no. A lo mejor en su día tuvo un acceso y sirvió como refugio durante alguna guerra, pero me extraña que alguien construyera uno en este lugar tan remoto—

—Podría haber sido un escondite de los rebeldes. Tengo entendido que tras la

independencia, muchos se refugiaron en estas islas y siguieron combatiendo durante varios años—

—Ya, pero por lo que he oído, dudo mucho de que nadie se hubiera atrevido a hacerlo en esta, y además... eso de que no tenga puerta me extraña. Si en su momento la hubiera tenido, aunque la hubieran tapado todavía podríamos advertir el hueco, pero no es así. Las piedras están perfectamente encajadas entre sí y no hay el menor rastro de que en origen tuviera un acceso—

—Pues entonces, lo más probable es que tapiaran la entrada para esconder algo en su interior—, aventuró Manuel.

—O para encerrar a alguien dentro. He oído historias sobre emparedamientos y esto me los recuerda bastante. Si no te importa me gustaría echarle un vistazo para asegurarme de que no hay ningún resto arqueológico en su interior—

—Y si lo hay ¿qué hacemos? ¿Nos lo quedamos? Piensa que podría haber un tesoro—

—Quien sabe...—, dijo Carlos lanzando un suspiro —Lo mejor será que por el momento no digamos nada de este sitio. Mañana podemos bajar con herramientas, abrir un hueco en el muro y ver qué hay dentro. Si no encontramos nada, podemos seguir adelante con la pala, pero si por casualidad encontramos algo... en ese caso ya veremos qué hacemos ¿De acuerdo?—, finalizó estrechándole la mano.

Al mismo tiempo en la zona de obra de la Fase Uno, Samanta y Bibiana se encontraban admirando la enorme mole del extraño edificio que se alzaba ante ellas.

Intentaban imaginarse cuál podría ser su finalidad, pero tal y como las habían dicho, debido a sus extrañas características era completamente imposible adivinar cuál podría ser el futuro uso para el que había sido construido.

Se trataba de una edificación con forma de cubo y todas sus fachadas cubiertas por completo con cristales antirreflejos.

Todo el perímetro estaba rodeado por un alto muro cuyo único acceso era a través de un enorme portón metálico frente al que se situaba la rotonda en la que finalizaba la carretera que llevaba hasta el campamento y que un poco más adelante, moría en el cruce desde el que se enlazaba con la carretera que circunvalaba toda la isla y con la pista que conducía hasta la mansión.

En lo que al campamento se refería, este consistía en varias casas modulares fabricadas con contenedores marítimos, que se ensamblaban de tres en tres para formar cada vivienda. En total había seis de aquellas construcciones situadas a lo largo de la carretera que atravesaba el campamento y frente a ellas, se extendían varias casetas metálicas de distintos tamaños utilizadas como aseos, almacenes y una última construcción modular de dos alturas que hacía las veces de comedor en la planta baja y oficinas en la planta superior. A una docena de metros tras las casas y, sin tan siquiera una alambrada que sirviera de ilusoria protección, se extendía la jungla mientras que al otro lado, una zona rocosa les separaba del océano Atlántico.

Continuaron caminando hasta que súbitamente, al llegar al final del campamento las dos chicas se sorprendieron al descubrir una casa completamente diferente a todas las demás.

Sus paredes habían sido levantadas con solida piedra y toda la casa parecía haber sido violentamente empujada contra la selva, casi como si estuviera intentando detener su avance. Su aspecto las hizo preguntarse por las horripilantes historias que habrían visto aquellas paredes casi dos siglos atrás y, sin saber por qué, dieron gracias a Dios por no ser capaces de imaginárselas.

—Si están pensando en visitar esa casa será mejor que se lo quiten de la cabeza—, sonó la voz de un hombre tras de ellas. Al girarse, descubrieron subido a la cabina de la excavadora a un hombre alto y robusto, con la cabeza afeitada al cero y embutido en un mono azul totalmente cubierto por oscuras manchas de grasa.

—¿Por qué lo dice?—, preguntó Samanta.

—Las demás casas las hemos montado nosotros, pero esa en particular es la única casa que queda en pie de lo que un día fue una aldea, y como todavía no la hemos tocado no es del todo seguro entrar en ella—, dijo Manuel, el palista.

—¿Es que hay riesgo de derrumbe?—, preguntó Bibiana, al tiempo que veía a Carlos y al capataz aparecer caminando fatigosamente por un sendero que descendía internándose en el bosque.

—En realidad, aparentemente parece ser bastante sólida así que no lo creo—, respondió Manuel —Pero el jefe nos ha dicho que no entremos... por si acaso

—

—Pues entonces tendremos que preguntarle a capataz si nos permite visitarla —, dijo Bibiana mirando en dirección al capataz, y gritando:

—¡Mario! ¡Necesitamos entrar en esta casa!—

—Voy... ya voy...—, contestó entre jadeos —Esta maldita... subida va a terminar conmigo...—, añadió moviendo la cabeza.

—Lo que va a acabar contigo es esa barriga cervecera—, añadió Carlos.

—¿Mi barriga? Que va. Lo que pasa... lo que pasa es... que estoy en baja forma—, le contestó Mario, deteniéndose y apoyando la espalda contra la pared de una casa.

—¿Estás bien?—, preguntó Carlos, preocupado —No tienes buen aspecto—

—Sí... se me pasará en un momento—, respondió.

—Es verdad—, ratificó Samanta llegando hasta él —Está usted muy pálido ¿Le duele el pecho?—, inquirió mirándole con inquietud.

—No, no es nada... de verdad que... estoy bien—, insistió, y señalando a José, le dijo:

—Dile a ese inútil de Juanfra que coja las llaves de la casa y que las traiga. Están en la caseta verde...—

—¿Juanfra?—, repitió José arqueando las cejas —Ese inútil todavía no ha venido, o por lo menos todavía no se ha dignado en aparecer por aquí. Yo pensaba que estaría contigo...—

—La madre que lo parió...—, maldijo Mario aspirando una bocanada de aire

—No sé por qué coño el jefe todavía no le ha despedido. No solo no sirve para nada sino que a la menor oportunidad se “escaquea” o simplemente ni aparece—, dijo comenzando a caminar pesadamente hacia la caseta de obra situada al fondo de la calle. Al llegar a ella se detuvo ante la puerta y alzando los brazos, exclamó enfurecido:

—¡Quién coño se ha dejado la puta puerta de la caseta abierta!—

—A mí no me mires—, se apresuró a contestar José —Hoy, todavía ni me he acercado a ella así que habrá sido el jefe—, sugirió.

—No, imposible...—, negó Mario —El jefe ha ido a Annobón así que si no has sido tú, forzosamente tiene que haber sido Juanfra—, dijo buscándolo inútilmente con la mirada mientras empujaba la puerta.

En el interior todo parecía encontrarse en orden. La ropa de trabajo colgada de los percheros de las paredes, las azadas y las palas apoyadas en una de las esquinas, el habitual olor a humanidad de siempre y dentro de una taquilla, una tabla de madera plagada de alcayatas de las que pendían un par de docenas de

llaves todas ellas identificadas con un cartelito. Tras coger una de ellas, regresaron hasta la casa y el capataz abrió la puerta al tiempo que decía:

—Adelante, señoritas—

En cuanto cruzaron el umbral se encontraron directamente en una estancia de unos veinte metros cuadrados que olía a rancio y cerrado. El frío que cruzaba el umbral casi podía sentirse como un muro de hielo que separase dos realidades, dos épocas. Las oscuras piedras de la pared parecían haber sido cubiertas con una mano de arcilla y se constreñían como si intentaran evitar ser tocadas por la escasa luz que era capaz de atravesar su única y diminuta ventana a través de la cual se podía divisar la mansión en lo alto de la colina y que al mismo tiempo, provocaba que el interior de la casa se encontrara en una perpetua penumbra.

Samanta se acercó hasta la negra cocina de leña y acarició la chapa de hierro mientras repasaba con la mirada los austeros utensilios que pendían de una barra de hierro colgada de la pared. Un poco a su derecha había una estantería de madera plagada de todo tipo de cacharros; varias ollas de diferentes tamaños, dos cazos de color negro, algunas vasijas de arcilla esmaltada y una jarra de madera. A la izquierda de la cocina estaba situado el fregadero, en realidad un sencillo bañal tallado en una piedra maciza que habría hecho las delicias de cualquier restaurador, y en la pared de enfrente, cuatro sillas rodeaban una sencilla mesa de madera sobre la que aún descansaban dos platos con sus cubiertos.

—Resulta un poco inquietante ¿no crees?—, murmuró Samanta.

—Sí. Casi parece como si dos siglos después todavía continúen aguardando a sus propietarios—, respondió su amiga.

Caminaron hacia otro cuarto y tras empujar varias veces la puerta, esta cedió permitiéndolas ver un dormitorio espartanamente amueblado con una cama, aún con el colchón de lana cubierto por una ajada colcha, una mesita de noche y un sobrio armario de dos puertas.

—Debió de ser una época muy dura—, dijo Samanta mirando la habitación con tristeza.

—Lo fue—, aseguró Bibiana—Especialmente para los habitantes de esta casa, bueno, en realidad lo fue para todos los de la aldea. Debió de ser terrible. Enfermos y aislados por las tormentas, sin posibilidad de recibir ayuda de nadie...—

—Aislados, sí...—, sonó la voz de Miguel a sus espaldas —Pero enfermos... lo dudo—

—¿Por qué lo dices?—, preguntó Bibiana.

—Ya se lo dije anoche. Normalmente, cuando las personas enfermamos nos metemos en la cama y como ustedes mismas pueden ver, esa cama no llegó a utilizarse. En realidad, cuando encontraron los cuerpos ninguno estaba en la cama—

—¿Quieres decir que está todo exactamente igual? ¿Que nadie ha tocado nada?—, preguntó Samanta mirándolo todo con inquietud.

—Correcto—, afirmó Miguel —Nadie se...—

—¡Harías bien en dejar de contar esas historias y ocuparte de tus asuntos!—, le interrumpió el capataz haciéndole un gesto para que saliera —¡Déjalas que hagan su trabajo y que se vayan!—

—Pero si solamente estaba poniéndolas al corriente de lo que cuentan los ancianos...—, se defendió Miguel.

—Esas historias de viejas no las ayudarán a terminar antes—, aseveró el capataz levantando el dedo índice y señalando hacia la entrada.

—Desconocer la verdad tampoco las servirá de nada—, contestó Miguel con voz fría mientras salía y cerraba la puerta con brusquedad al tiempo que Mario se volvía hacia las chicas con el ceño fruncido y las advertía:

—Escuchar esas tonterías no las hará ningún bien. Por favor; hagan su trabajo y váyanse—, dijo mirándolas brevemente y regresando al exterior.

Samanta e Bibiana cruzaron una mirada de asombro.

—¿Pero por qué se ha puesto así? Esa reprimenda era del todo innecesaria—, indicó Samanta.

Bibiana suspiró, y añadió:

—Pues yo creo que tiene razón y que ese chaval haría bien en dejar de intentar asustarnos y ponerse a trabajar. Lo que nos ha contado podría influir negativamente en nuestro trabajo—

—Ya—, dijo —Supongo que en eso tienes razón, pero no me han gustado las formas utilizadas por el capataz, y además... quizás sea este lugar, pero yo también creo que algo... maléfico sucedió aquí, justo en esta casa—, dijo notando como un escalofrío recorría su espalda.

—Pues yo lo que creo es que será mejor que dejemos de perder el tiempo, así que haz unas cuantas fotos de la casa. Tenemos suerte de que al menos esta sea original. Las reconstruidas no llamarían tanto como ésta la atención, así que,

con unos cuantos arreglos, creo que podríamos usarla para atraer la atención de los clientes—, y mientras ascendía los peldaños que llevaban a la planta superior, añadió: —Cuando la construyeron debieron de considerarla una gran casa—

Al llegar al distribuidor. Bibiana empezó a tiritar y siseó:

—¿No hace mucho más frío aquí?—

Samanta subió hasta donde se encontraba su compañera y nada más detenerse a su lado, titubeó e hizo una mueca.

—Sí. Parece ser sólo aquí—, aseguró retrocediendo tres pasos y volviendo a atravesar el punto frío para, de inmediato, acercarse nuevamente hasta ella — Es curioso. Es justo ante esa puerta—

—¿Podría ser debido a una corriente de aire?—, preguntó Bibiana arrojándose a ella.

—Antes me he fijado y, si mal no recuerdo, juraría que todas las ventanas estaban cerradas—, dijo alargando la mano hacia el pomo de la puerta y retirándola al instante —¡Jesús! ¡Está helada!—, exclamó con incredulidad.

Decidida a averiguar el motivo de aquél inexplicable descenso de temperatura, Samanta giró el pomo y la puerta se abrió como si estuviera perfectamente engrasada, como si no llevase más de un siglo cerrada, y cuando lo hizo, fueron golpeadas por un indefinible olor que ninguna de ellas podía identificar. Aún detenidas en el umbral, dudando de si realmente querían penetrar en ella, sus ojos se pasearon por una habitación bastante más grande que las demás estancias que habían visto en la casa.

—No. Definitivamente no se trata de una corriente de aire—, afirmó Bibiana examinando la cerrada ventana y acto seguido continuó su examen revisando el techo de madera en busca de algún agujero por el que pudiera filtrarse aquella extraña frialdad. Pero tampoco descubrió nada que así lo indicase.

—Me pregunto quién dormiría en esa cama—, comentó Samanta.

—Mira ahí—, dijo su amiga señalando a un tocador de madera sobre el que descansaba una fotografía enmarcada. En ella se apreciaban cuatro adultos y dos niños posando frente a la fachada de la casa. De los cuatro adultos, dos de ellos eran un hombre y una mujer que debían de rondar los cuarenta años, pero la otra pareja parecía estar fuera de lugar en aquella imagen. El hombre debía rondar los cincuenta y su mirada reflejaba una crueldad sin límites, mientras que la mujer, unos quince años más joven, parecía haber sido sacada del más

lujoso prostíbulo del Moscú de mediados del siglo XIX. Iba vestida con un atrevido vestido que parecía estar totalmente fuera de lugar en aquella isla y, si cabe, aún más en aquella época. La amplia falda apenas cubría un palmo por debajo de las rodillas y el escote era tan pronunciado que incluso dejaba entrever lo que parecía ser un tatuaje, algo que en aquella época era impensable para cualquier mujer de bien, y al igual que en el caso del hombre, su mirada desprendía una maldad capaz de atravesar los siglos que las separaban. Por último se fijaron en el niño y la niña situados justo ante ella. Ni sus ojos ni sus expresiones mostraban el menor atisbo de miedo o alegría. Parecían completamente ausentes, como si no estuvieran allí.

—Supongo que los más jóvenes debían ser los dueños de la casa, pero la otra pareja... no sé qué pensar de ellos. Dan miedo. Me recuerdan a los retratos de los asesinos de aquella época, pero también podría tratarse de algún importante comerciante de la zona y de su putita preferida—, dijo Bibiana.

—¿Y la pareja de niños?—, preguntó Samanta —Creo que son demasiado... normales para ser sus hijos, pero sus ropas delatan su pertenencia a una familia adinerada—

—A lo mejor eran sus nietos—, sugirió Bibiana encogiéndose de hombros.

—No lo creo. La pareja de mediana edad están muy... no sé si decir tristes, o asustados—, añadió Samanta observando sus apagadas miradas, atrapadas perpetuamente en una fotografía condenada a permanecer eternamente recluida en la sombría habitación.

Presa de la curiosidad, Bibiana cogió entre sus manos la fotografía para examinarla más atentamente.

—Yo no veo nada raro. A lo mejor, simplemente estaban impresionados porque sus señores habían querido hacerse una fotografía con ellos—, sugirió

—En aquellos tiempos, una fotografía era todo un lujo—

—Estoy segura de que estaban atemorizados—, y señalando al elegante anciano, añadió: —Le temen a él—, dijo sin estar segura de porqué estaba diciendo todo aquello.

—Tengo la sensación de que eres demasiado impresionable para este lugar ¿Quieres que nos marchemos?—, sugirió Bibiana.

—Sí... vayámonos, por favor—, contestó Samanta tiritando de frío y cruzando el umbral, al mismo tiempo que tras ella, su amiga cerraba la puerta y ambas se reunían al pie de la escalera. Una vez fuera de la casa, advirtieron con agrado que la luz del sol se había intensificado y que ahora comenzaba a

calentar rápidamente sus cuerpos provocando en ellas una sensación placentera que llevó a Samanta a sugerir, con voz sosegada:

—Marchémonos. En el fondo no necesitamos estar aquí. Podemos regresar a la mansión, sentarnos cómodamente en el porche y tomar una bebida fresquita al mismo tiempo que trabajamos—, sugirió mientras cruzaban con paso rápido hacia la excavadora alrededor de la cual se habían congregado Carlos, Mario el capataz y Manuel el palista.

Pero en cuanto llegaron junto a ellos, a Samanta se le erizó el vello de la nuca. De repente le había invadido la angustiada sensación de que alguien las estaba observando y quería alejarse de allí lo antes posible, así que se apresuró a preguntarles:

—Hola ¿Por favor, podría alguno de ustedes llevarnos hasta la mansión?—

—Por supuesto—, respondió Mario doblando el plano que estaba ojeando — De hecho...—, dijo alargándole las llaves de la furgoneta a Carlos —... toma. Ya que tienes que ponerte a hacer los cálculos y la lista del material, llévalas tú y yo me quedaré echándole una mano a Manuel con la reparación de la pala

—Por mí, perfecto—, contestó Carlos cogiéndolas —Pero te advierto de que si quieres tener esa lista para mañana tendré que ir hasta Annobón. Necesito acceder a internet para consultar características, referencias y disponibilidad

—¿Y nosotras también necesitamos internet!—, se apresuró a decir Samanta —Si no tienes inconveniente podríamos acompañarte y, si te portas bien, a lo mejor incluso te invitamos a un mojito—, le sugirió con una encantadora sonrisa. No sabía por qué, pero aquél hombre la hacía sentirse bien.

—¿Un mojito?—, repitió Carlos acariciándose el mentón con gesto meditabundo —Vale—, asintió abriendo la puerta del vehículo, y diciendo:

—Adelante, señoritas. Larguémonos antes de que el jefe se arrepienta y nos ponga a picar piedra—

Tras dirigirse a la cala en donde Matías, el hijo de Juan, aguardaba subido a la única lancha disponible, subieron a bordo y zarparon rumbo a Annobón.

Tan sólo una hora después y ya sentados en una mesa de la terraza situada frente a la playa de San Pedro, Carlos llevó hasta la mesa las consumiciones y

sentándose con ellas, preguntó:

—¿Y bien? ¿Os apetece contarme el verdadero motivo por el que os apuntasteis tan velozmente a acompañarme?—

Bibiana, le miró, tomó un sorbo de su bebida, y respondió:

—En primer lugar, porque era una muy buena oportunidad para salir de allí. En segundo lugar porque a las dos nos apetece relajarnos un poco y tomar algo, y en tercer lugar porque necesitamos contactar con nuestra empresa. Todo esto es tan sospechoso que hemos decidido pedirles que nos envíen el contrato que firmaron con Beaumont para averiguar cuál es exactamente el trabajo convenido. Es absurdo pensar que el motivo real sea el de valorar la estructura de la mansión, porque es obvio que en el estado en el que se encuentra, para cumplir la normativa sería necesario echarlo todo abajo y levantar un nuevo edificio. Y puedes estar completamente seguro de que Beaumont lo sabe. ¿Has visto lo que han levantado en la Fase Uno? ¡Por Dios santo, es un trabajo impecable y que denota la intervención de un equipo técnico excelentemente preparado! Podrían haber analizado exhaustivamente la mansión y ni tan siquiera se habrían despeinado—

—Algo así pensé yo en cuanto vi el edificio—, dijo Carlos —No tengo ni la menor idea de para qué nos han traído a ninguno de nosotros y, la verdad es que dudo de que incluso el mismísimo Areces lo conozca. Es absurdo. No hay material, no hay maquinaria, no hay personal... todo esto es una completa pérdida de tiempo y dinero—

—Estoy de acuerdo—, asintió Samanta —Dime... en tu opinión ¿cuánto crees que tardareis en finalizar la traída de agua y la planta potabilizadora?—

—Bufff...—, suspiró Carlos —En las actuales circunstancias y con todas las carencias que tenemos, es muy complicado responder a eso—.

—¡Venga ya!—, exclamó ella mirándole con una expresión de incredulidad —Estoy segura de que ya has hecho tus propios cálculos y que tienes una idea aproximada—

—Es que...—, a pesar de que se mostraba reticente a contestar, finalmente cedió, y dijo:

—Verás, depende de muchos factores. Mañana les pasaré un esquema de la instalación y la lista de materiales... la primera de muchas. Si la aceptan podremos comenzar con las obras del bombeo y deberíamos de tardar alrededor de unas tres o cuatro semanas en construirlo, pero eso depende de la meteorología, de que los electricistas que no tenemos lleven un cable que

tampoco tenemos hasta allí abajo, de lo que se tarde en hacer la zanja a mano para meter la línea de agua hasta el depósito, un depósito que hay que construir desde cero... hay demasiados factores que ahora mismo nos plantean problemas complicados de resolver. En primer lugar necesitaríamos que los ingenieros hiciesen el proyecto, lo que les podría llevar alrededor de un par de semanas, así que, sinceramente y contando con que el factor meteorológico nos va a ralentizar durante meses, dudo mucho de que logremos finalizarlo antes de dos años—

—¡Dos años!—, exclamó Bibiana —¿Estás hablando en serio?—

—Creo que incluso estoy siendo muy optimista. Recordad que tienen muchos problemas para conseguir mano de obra, ya sabéis... por lo de la leyenda—

—Eso no me lo termino de creer—, dijo Samanta —Con todo el desempleo que hay en África y en Europa, estoy segura de que tiene que ser por otro motivo—

—Pues vosotras mismas habéis escuchado al propio Areces asegurar que esa era la única razón. Ya se les han marchado varias cuadrillas, y ya oísteis a ese presuntuoso de Miguel—, insistió Carlos —Ahora mismo apenas queda una docena de operarios en toda la isla. Fijaos en los que hemos conocido hasta el momento. Aparte de mí, que evidentemente soy un gran profesional...—, bromeó, hinchando el pecho —... están Mario, con quien ya he trabajado y sé seguro que es un tío cabal y eficaz; Manuel, que todavía no sé cómo funciona porque por lo visto la excavadora se avería día sí, día también, José, que es albañil y al que tampoco he visto en acción; Miguel que vino por una extraña paranoia, y Juanfra que... bueno, no creo ni que sepa hacer la “o” con un canuto—

—Esos dos, Miguel y Juanfra, no me gustan nada de nada—, dijo Samanta —Esta misma mañana, Miguel ha intentado asustarnos cuando estábamos en la casa del viejo poblado y en cuanto a Juanfra... está claro que ese chaval tiene algún problema mental muy grave—

—A mí también me desagradan esos dos—, comentó Carlos —Y muy especialmente ese Juanfra. Es un tipo raro y el recibimiento que nos dio... no sé. Personalmente preferiría que no trabajase con nosotros—

—Por lo menos...—, comentó Samanta —...de noche no tenemos que preocuparnos de que aparezca con un machete tras alguna puerta. Eso de que se marche antes del ocaso y que no vuelva hasta que ha amanecido me resulta muy tranquilizador—

—Bueno chicos...—, dijo Bibiana levantándose de la mesa —Yo voy a llamar a la oficina y en un rato os cuento—

—Y acuérdate de pedir que te envíen inmediatamente al correo todo lo que tengan sobre este expediente y una copia del contrato del cliente—, la recordó Samanta.

En cuanto ella y Carlos se quedaron a solas, este la dirigió una sonrisa y con voz afable, dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta un tanto delicada? No tienes que responderla si no quieres—

—Dispara—, contestó ella.

—¿Tú te crees lo de que ese lugar está maldito?—, preguntó.

Samanta alzó la mirada repentinamente y sonrió titubeante.

—¿Lo estás preguntando en serio?—

—Totalmente en serio. Ya sé que es una pregunta... rara, pero es que... no sé cómo explicarlo sin parecer un perturbado, pero desde que llegué tengo una sensación... desagradable—

—¿Miedo?—, le preguntó Samanta mirándole fijamente a los ojos.

Carlos asintió mientras respondía:

—Sí, pero no sé por qué. No sé si es debido a que la casa y la leyenda me han predispuesto a él, o porque realmente hay algo anormal en ella—, respondió.

—Para serte sincera yo también noto algo parecido. Tengo la sensación de que algo terrible puede sucedernos en cualquier momento—

—Y yo también la tengo. Si tuviera otra opción supongo que haría como mi anterior colega y me largaría corriendo de aquí, pero por desgracia no puedo hacerlo. Necesito este trabajo y... te juro que si la semana pasada alguien me hubiera dicho que hoy iba a estar hablándole de fantasmas a una chica tan guapa como tú, me habría echado a reír, pero ahora... ya ves—

—En primer lugar, gracias por lo de guapa—, dijo con un mohín de agrado. Aquella inesperada galantería hizo que su mirada se iluminara de felicidad al saber que el interés que estaba comenzando a sentir por Carlos, era mutuo. —Te acabas de ganar que te invite a otro mojito; y en segundo lugar, yo no necesitaba venir, de hecho es que no iba a hacerlo, pero cuando me dijeron que la comisión era el triple de la habitual... acepté. Supongo que me dejé cegar por un deslumbrante brillo tras el que se ocultaba una oscura y peligrosa tormenta—, reconoció con una sonrisa apenada —¿Crees que hacemos bien en

quedarnos?—, preguntó.

—¿Que si hacemos bien? No, por supuesto que no. Me parece que cualquiera que pase una noche en esa casa y a la mañana siguiente no salga corriendo como si le persiguiera el diablo, es un estúpido que se merece lo que le vaya a pasar, pero al menos ahora podremos apoyarnos mutuamente y si en algún momento verificamos que realmente hay algún peligro real, siempre podemos coger una lancha y salir de esa isla tan rápido como nos sea posible—

—¿Me prometes que si te pido que me saques de allí, lo harás sin intentar convencerme de que no me vaya?—, preguntó ella.

—Te lo prometo—, contestó con voz segura —Te aseguro que si algo malo sucede, te sacaré de esa isla sin dudarlo un solo instante—

En ese momento Bibiana llegó hasta ellos y se dejó caer sobre la silla con una mueca de ira apenas contenida dibujada en su semblante.

—¡No os vais a creer lo que me ha dicho esa zorra!—, bramó furiosa.

—Por Dios, Bibiana—, dijo Samanta sorprendida —¿Por qué estás tan alterada?—

—¡Resulta que el señor Beaumont ha contratado nuestros servicios en exclusiva durante dos semanas! ¡Dos semanas! ¡Y no te lo pierdas! ¡Esa zorra de Carla ha amenazado con despedirnos y demandarnos a las dos si no terminamos el trabajo!—

—¿Pero qué trabajo? ¿Cómo vamos a elaborar un informe del estado de los elementos constructivos sin medios? ¡Si ni tan siquiera disponemos de los instrumentos para hacerlo! Carla me dijo que en la isla había de todo, pero, según Areces los americanos se llevaron todo lo que trajeron. ¡Yo necesito un esclerómetro, los ultrasonidos, una sonda Windsor, un georadár... un montón de cosas de las que no dispongo!—

—¡Eso es lo mejor de todo! Por lo visto era Sandra la que debía de hacerlo y cuando desapareció, todas creímos que el trabajo había sido cancelado, pero ahora resulta que no fue así. Resulta que la empresa ya había percibido la mitad del importe del contrato y ahora que el plazo para su realización está a punto de finalizar, Beaumont ha exigido que se cumpla al pie de la letra, y al pie de la letra implica que los técnicos enviados por nuestra empresa deben de permanecer en la isla durante un periodo mínimo de dos semanas ya que las dietas de esas dos semanas estaban incluidas en el contrato—

—Eso tiene sentido—, reconoció con desgana Samanta.

—Pues claro que lo tiene, y mucho. Si nuestra empresa incumple el contrato,

no solo no percibirá el resto de lo acordado sino que además deberá resarcir a *Beaumont Enterprise* por los daños y perjuicios que conllevará el retraso del proyecto y dada la magnitud de este, evidentemente eso significaría la quiebra de nuestra empresa—, finalizó Bibiana.

Al escuchar sus palabras, Samanta sonrió con ironía. Su jefa las había preparado una buena encerrona.

—No sé en qué estaba pensando cuando acepté este trabajo. No creo que pueda pasar dos semanas enteras en esa tenebrosa isla—, dijo con voz abatida mientras cerraba los ojos.

—Pues no tenemos más remedio que aguantar... o dimitir, buscarnos un buen abogado y demandar a la empresa antes de que ella nos demande a nosotros—

—Es posible que haya otra solución—, apuntó Carlos con la mirada fija sobre el cristal de su copa —Quizás todavía tengáis una salida. Samanta, tú no dispones del equipo necesario para efectuar tu trabajo y por lo que tengo entendido, entre las dos podríais hacer el inventario de las antigüedades en no más de tres o cuatro días y si para entonces todavía no ha llegado a Borikai el equipamiento podríais trasladaros a esta isla. A fin de cuentas, fue Areces quien os lo ofreció y no creo que Beaumont se vaya a enterar de que no estáis allí—

—¿Y si aparece el inspector que Areces dijo iba a enviar Beaumont y no nos encuentra en Borikai?—, observó Bibiana.

—Estaríamos acabadas—, dijo Samanta —Admitámoslo. Nos han torpedeado justo en la línea de flotación—, añadió.

—¡Te juro que en cuanto regresemos voy a hablar con ese cabrón de Areces y se va a arrepentir de esta encerrona!—, amenazó Bibiana.

—La encerrona no os la ha hecho él, sino vuestra empresa—, apuntó Carlos

—En el fondo, él no tiene nada que ver en todo esto. Ha sido su jefe quien ha movido los hilos—

—En eso tienes toda la razón—, se mostró de acuerdo Samanta —Bueno, si tenemos que pasar este mal trago será mejor que lo hagamos lo mejor que podamos—, dijo con voz abatida.

Ya no podía pensar en nada que fuera saber que estaba obligada a permanecer allí, y el tener la certeza de que no podía negarse, la desmoralizaba. Levantándose, se dirigió a la barra, hacia una cristalera tras la que había una gran variedad de dulces típicos y cogió una especie de pastel de chocolate y plátano. Lo miró largamente y luego se volvió hacia ellos mientras lo alzaba y

con una amplia sonrisa, decía:

—¡Que le den a la dieta!—

En ese mismo instante dos hombres se sentaron a un par de mesas de distancia, y al escucharles maldecir al mal tiempo, Carlos se levantó, caminó hacia la barandilla de madera y alzó la vista para descubrir a qué se referían.

A lo lejos, el cielo se estaba oscureciendo y en el horizonte refulgía el brillo de los relámpagos que brotaban de las entrañas de una muralla de agitadas nubes negras que se aproximaba hacia ellos.

—Me ha encantado pasar este agradable rato en vuestra compañía, pero creo que deberíamos regresar—, propuso Carlos volviéndose hacia las chicas — Esas nubes me dan mala espina y no me gustaría tener que navegar en medio de una tormenta—

—Esa es una muy buena idea—, les dijo una mujer que estaba sentada en la mesa de al lado —Disculpen mi intromisión, pero no he podido evitar escuchar su conversación y... ¡Oh, perdonen mis modales!—, se excusó al tiempo que se presentaba:

—Soy la doctora Marian Graña, otra compatriota suya que ha decidido alejarse temporalmente de la civilización y dar lo mejor de sí misma en este hermoso lugar—

—Encantados de conocerla, doctora—, saludó Carlos estrechándola la mano.

—Igualmente, doctora—, dijo Samanta —Así que también usted ha llegado hasta aquí por trabajo—

—Así es...—, contestó con una sonrisa de circunstancias —Estoy a cargo de la clínica de la isla, así que si necesitan atención médica ya saben a quién deben acudir. Bueno, en realidad no les quedará más remedio que hacerlo porque soy la única doctora de la zona—

—En ese caso...—, dijo Bibiana —Supongo que atenderá usted a los trabajadores de *Beaumont Enterprises*—

—Correcto. Y justamente por eso me he atrevido a interrumpirles. Querría preguntarles por uno de ellos, por Adrián. Tengo que ir hasta la isla para efectuar unas analíticas rutinarias, ya saben para controlar posibles infecciones o enfermedades tropicales. La cosa es que él había quedado en venir a recogerme, pero... ni ha aparecido, ni nadie me ha dicho nada—

—Pues la verdad es que no conozco a nadie con ese nombre—, respondió Carlos —Pero si quiere, podría hablar con el capataz para que envíe a alguien

a por usted—

—Yo tengo una idea mucho mejor—, terció Bibiana —¿Por qué no se viene con nosotros? A fin de cuentas tenemos que regresar dentro de un rato—, sugirió.

—Se lo agradezco de todo corazón, pero ya es muy tarde y... no sé si están al corriente de que se rumorea que no es bueno pernoctar en la isla—, dijo bajando la voz.

—Le aseguro que desde que hemos llegado no hemos escuchado otra cosa. Una vez, y otra, y otra más...—, respondió Samanta con voz de hartazgo.

—Lo sé. La aseguro que conozco muy bien esa sensación de desesperación, pero ya que estamos... díganme ¿Saben si ha habido algún accidente o si alguien ha enfermado en los últimos días?—, preguntó Marian.

—No que yo sepa—, contestó Carlos —Las únicas bajas que ha habido han sido por la “deserción masiva” de ayer por la noche—

—¿A qué se refiere? ¿Es que ha ocurrido algo?—, inquirió.

—Nada que por lo visto no sea algo habitual. Anoche desertaron gran parte de los trabadores, así que cuando usted vaya, dudo que se demore demasiado en hacer su trabajo—

En ese momento, Matías apareció en la terraza y señalando al cielo, dijo:

—Lamento interrumpirles, pero a no ser que quieran pasar la noche aquí será mejor que zarpemos ahora mismo. Esa tormenta estará aquí en un par de horas y no me gustaría que me cogiera en medio del mar—

—Tienes toda la razón—, dijo Carlos poniéndose en pie y despidiéndose de la doctora:

—Siento tener que finalizar tan abruptamente esta amena charla, doctora, pero la aseguro que en mi siguiente visita a la isla me pasaré por su consulta para saludarla y concluir nuestra conversación—

—Para mí será un enorme placer hacerlo—, respondió con una amplia sonrisa

—Y por favor... tengan cuidado por allí—

El viaje de regreso fue bastante más accidentado de lo que se esperaban. La mar se había picado al mismo tiempo que la fuerza del viento iba en aumento y comenzaban a caer las primeras gotas, gordas como canicas, que se convirtieron en una lluvia torrencial en cuanto pusieron el pie en la arena de la cala.

Matías no tuvo más remedio que reconocer que con aquel tiempo no podría regresar a Annobón, así que resignado a pernoctar en la isla decidió acompañarles en el pick-up hasta la mansión.

Mientras conducía por la embarrada carretera, Carlos lanzaba una maldición cada vez que algún rayo caía demasiada cerca de ellos.

—¿No deberíamos dar la vuelta?—, sugirió Samanta con voz temerosa — Quizás estaríamos más seguros en la cala. Podríamos aguardar allí a que amaine la tormenta y...—

—Aunque quisiéramos no creo que pudiéramos hacerlo—, la interrumpió Carlos.

—¿Y eso por qué?—

—Por varios motivos—, apuntó Matías, volviéndose hacia ella y continuando —Evidentemente la carretera es demasiado empinada y estrecha como para poder dar la vuelta; además, hay un río de agua bajando por ella y todo eso fácilmente podría hacernos volcar—

En ese instante un rayo cayó sobre un árbol situado tras ellos partiéndolo en dos. El trueno que siguió al impacto fue ensordecedor y a pesar de que todas las ventanillas estaban cerradas, un intenso olor a ozono se coló por la toma del aire de la calefacción invadiendo toda la cabina.

—No creo que podamos llegar hasta la mansión—, dijo Bibiana mientras la furgoneta saltaba violentamente al sobrepasar un bache.

Ahora la lluvia azotaba tan violentamente el parabrisas que apenas podían ver tres o cuatro metros por delante.

—El arroyo está creciendo muy deprisa—, observó Carlos mirando con el rabillo del ojo hacia el torrente que descendía a su izquierda.

—Sí—, confirmó Matías —Tenemos que sobrepasar el puente antes de que el agua se lo acabe llevando—

Pero entre la torrencial lluvia y que se trataba de una carretera con demasiadas curvas y completamente rodeada por la espesura de la jungla, no tardaron demasiado en comenzar a temer que no lograrían alcanzarlo. Sin embargo, por suerte para ellos la furgoneta llegó a lo alto de una ladera y en cuanto comenzaron a descender, Samanta exclamó;

—¡Ahí está el puente!—

Carlos giró bruscamente a la derecha pisando el acelerador para ganar

tracción y enfiló el camino que bajaba serpenteando por el pie de un alto risco iluminado por los relámpagos. Los torrentes de agua se estaban llevando la carretera haciendo que en algunas zonas se estrechase hasta convertirse en una especie de canal inclinado.

Inesperadamente, algo golpeó contra el lateral derecho de la furgoneta y Carlos tuvo que esforzarse para dominarla y evitar que se despeñaran por el precipicio. Las ruedas patinaron sobre el barrizal hasta que pisó el acelerador, contravolanteó y recuperando parcialmente la tracción la furgoneta se deslizó hasta detenerse ante un desprendimiento de tierra. Frente a ellos, más de dos metros de piedras y barro les bloqueaban el único acceso a la mansión.

—¡Mierda!—, maldijo Carlos golpeando el volante con ambas manos —Lo siento mucho, pero tendremos que caminar hasta la casa—, dijo agachando la cabeza y observando con preocupación los relámpagos y fuerte lluvia que parecía no querer cesar.

—Pero... todavía debe quedar cerca de un kilómetro hasta ella—, dijo Samanta estremeciéndose al pensar en el duro trecho que les aguardaba.

—Pues no hay más remedio que hacerlo, así que cuanto antes nos pongamos en camino, mucho mejor—, respondió Carlos bajando y siendo instantáneamente empapado por la lluvia. Permaneció de pie, mirando a las dos chicas que desde el interior, le devolvían la mirada como si no se creyeran que de verdad estuviera pidiéndolas que caminaran a través de la jungla bajo aquella violenta tempestad.

—¡Venga, salid! ¡No hay otra opción que caminar!—, insistió Matías, pero ninguna de ellas hizo ademán alguno para salir de la furgoneta. La intensidad de la lluvia parecía ir en aumento y el relampagueo en todas direcciones era constante. Finalmente, ante la mirada insistentemente severa de los dos hombres, las chicas cedieron y poniéndose un par de sucios impermeables amarillos de trabajo y unas aún más sucias botas de agua, cogieron una linterna, salieron del vehículo y Bibiana ofreciéndole otra linterna a Carlos, le dijo:

—Toma y vamos. No tenemos mucho tiempo antes de que anochezca del todo—

—Lo sé—, respondió él, apuntando el haz de luz hacia el desprendimiento. Apenas tenía un par de metros de altura, pero el torrente de agua que se deslizaba sobre él, hacía imposible sortearlo sin utilizar las manos para prácticamente gatear sobre él.

La lluvia continuaba cayendo con fuerza, pero al menos ahora los rayos parecían haber cesado dando paso a un viento que, a los diez minutos, se convirtió en un auténtico vendaval que aullaba y lanzaba contra ellos las gotas de agua con tanta fuerza que más que lluvia parecían perdigones y les obligaba a comunicarse a gritos.

Tras sobrepasar otra curva se encontraron en lo alto de una colina. Carlos miró entre la vegetación intentando distinguir la silueta de la mansión, pero la creciente oscuridad, el viento y la densa cortina de lluvia hacían imposible poder fijar la vista durante más de un segundo.

—¿Nos hemos perdido?!—, gritó Samanta,

—¡No!—, se apresuró a responder Carlos —¡Es solo que la lluvia y la selva impiden ver la mansión, pero te aseguro que está ahí!—, dijo señalando hacia un punto entre la lluvia —¡Ya no está tan lejos! ¡No habrá más de quinientos metros de distancia y si aceleramos el paso, fijo que en cinco o diez minutos estaremos sanos y salvos!—

—¿Quieres que vayamos corriendo?!—, preguntó Samanta con incredulidad

—¿Se puede saber a qué viene qué tanta prisa?!—

—¡No lo sé! —, respondió limpiándose el agua de la cara y protegiéndose con el brazo —¡Pero tengo el presentimiento de que debemos hacerlo, así que vámonos!—, insistió al tiempo que su mirada se cruzaba con la de Matías y se daba cuenta de que ambos pensaban lo mismo. Tenían que correr, pero ninguno de ellos podía explicarles su repentina urgencia. No podían decirles que estaban seguros de haber visto unas figuras observándoles entre la lluvia. Ni siquiera estaban seguros de si estas eran reales o fruto de su imaginación, pero algo en su interior les decía que estaban en peligro y que debían alcanzar la mansión cuanto antes, por lo que a pesar de sus objeciones volvieron a ponerse en camino.

El viento continuaba azotando los árboles y escondidos entre ellos, unos ojos, carentes de toda humanidad, les observaban.

Mario se encontraba en la cocina cuando inesperadamente escuchó el sonido de la puerta principal al abrirse. “Qué extraño”, pensó. Los trabajos se había detenido por la tormenta, los operarios se encontraban en sus alojamientos y

Carlos y las dos especialistas estaban en la isla, así que no tenía ni la menor idea de quién podía haberse atrevido a llegar hasta la mansión con el diluvio que estaba cayendo.

Intrigado, posó sobre la encimera de mármol el bocadillo que acababa de hacerse y salió de la cocina en dirección al vestíbulo.

—¡Por Dios santo!—, exclamó al verles completamente empapados —¿Cómo se os ha ocurrido subir con esta tormenta? Deberíais de haberos quedado en el hotel y... ¿Matías? ¿Qué coño haces aquí? Tu padre te va a matar en cuanto se entere—

—¿Y qué querías que hiciera?—, respondió como si no entendiera que le hubiera hecho esa pregunta —Esperaba que me diera tiempo a traerlos y regresar, pero evidentemente la tormenta no estaba de acuerdo conmigo. Con este temporal no creo que hubiera podido alcanzar la isla, así que acepté la invitación de Carlos para pasar la noche aquí. El problema ha sido que un poco más adelante del puente se ha producido un desprendimiento que ha cortado la carretera, por lo que hemos tenido que dejar la furgoneta allí y venir caminando—, explicó ayudando a Bibiana a quitarse el chubasquero mientras Carlos hacía lo mismo con Samanta.

—¿Habéis venido caminando?—, repitió Mario quien no concebía que hubieran sido capaces de llegar —Desde luego... cuando nos dimos cuenta de la intensidad de la tormenta, no esperábamos que regresarais. Suponíamos que os quedarías a pasar la noche en San Pedro... y a propósito; si os apetece cenar en la cocina hay una olla con carne guisada y patatas—, dijo, pero a excepción de Mario todos los demás rechazaron el ofrecimiento.

Habían merendado en la isla y les urgía mucho más quitarse aquellas empapadas ropas y darse una reconfortante ducha, que cenar, así que agotados y de mal humor, se despidieron de él y comenzaron a subir las escaleras mientras que Mario caminaba hacia la cocina con Matías.

En cuanto Bibiana, Samanta y Carlos se detuvieron ante sus habitaciones, cruzaron unas miradas de alivio y se dieron las buenas noches.

—Buenas noches a todos—, musitó Samanta, abriendo la puerta de su habitación.

—Buenas noches y que descanséis—, replicó Carlos.

—Buenas noches—, contestó Bibiana —Que durmáis bien y que no se os coman los chinches—

Capítulo 10. La habitación de los niños.

Carlos abrió un ojo, miró su móvil y aún medio dormido murmuró una maldición al darse cuenta de que todavía eran las siete menos cuarto de la mañana. En la ventana, las cortinas se movían ligeramente dejando entrever la silueta de las montañas recortándose contra la tenue luz anaranjada del nuevo amanecer.

Todavía tumbado sobre la cama, alzó la mirada hacia el techo y con cierta lástima admiró sus hermosas tallas plagadas de surcos y desconchones mientras le daba vueltas a todo lo que había sucedido el día anterior y, muy especialmente, a la sarta de tonterías que había proferido Juanfra. Aquél chaval le incomodaba sobremanera. Nada más verlo le había desagradado su actitud chulesca, pero al recordarle, no pudo evitar esbozar una sonrisa mordaz mientras pensaba: *“Seguro que dentro de un par de horas, cuando baje conmigo al manantial, se le van a pasar las ganas de hacerse el interesante”*.

A continuación, sus pensamientos se centraron en las dos chicas. Ambas eran muy bonitas, pero Samanta tenía algo especial, atrayente. De inmediato le vino a la mente el accidentado paseo que había dado con ella y al recordarlo, negó con la cabeza y suspiró recriminándose su actitud. No tenía ni la menor idea de porqué había accedido a acompañarla en aquel paseo. En cuanto ella se lo propuso, él supo que no solo era una pérdida de tiempo sino que además podría ser muy arriesgado, pero a pesar de ello la acompañó de buena gana y, tal y como se había temido, la cosa se complicó.

Se había dejado llevar por... no sabía por qué, pero no volvería a hacerlo. No había venido para hacer amigos y aún mucho menos para tener una aventura romántica. Le habían contratado para hacer un trabajo, así que a partir de aquel instante se dejaría de tonterías, se comportaría de forma profesional y si los demás querían perder el tiempo y la cordura buscando fantasmas, allá ellos. Bueno... no todos. Había una persona que le descentraba, y esa persona se llamaba Samanta. Esa chica tenía algo “especial”, algo que le atraía tan irresistiblemente que en ese instante tuvo la certeza de que, a pesar de todo, aquella no había sido la última vez que haría alguna tontería por ella.

De repente notó una especie de nudo en su estómago que le advertía de que ya era hora de desayunar, así que se levantó de la cama y después de asearse, se puso unos pantalones de trabajo de color gris con refuerzos en tela negra, una sudadera del mismo color, se calzó sus botas de seguridad, se puso un gorro de lana negro y cogiendo un chaquetón de trabajo cruzó la habitación, salió al pasillo y se tropezó de frente con Samanta quien, vestida con unos vaqueros desgastados y un anorak amarillo, le dedicó una hermosa sonrisa.

—¡Buenos días!—, dijo acompañando el saludo con dos rápidos besos en las mejillas.

—Buenos... buenos días, Samanta—, contestó gratamente sorprendido — ¿Cómo es que te has levantado tan temprano?—

—Hoy tengo mucho que hacer y además... estoy muerta de hambre—, respondió ella llevándose la mano al estómago y moviéndola en círculos — Recuerda que anoche no cenamos—

—Cierto. La verdad es que yo también lo estoy ¿me acompañas?—, dijo ofreciéndola el brazo.

—Un segundo—, observó Samanta girándose hacia el cuarto de su amiga y gritando:

—¡Bibiana! ¿Quieres darte prisa?—

—¡Ya voy, pesada!—, contestó ella saliendo al pasillo y sonriendo a Carlos mientras cerraba la puerta —¡Hola “*souvenir*”! Buenos días ¿Has dormido bien?—, saludó mirándoles divertida.

—Sí... gracias... perdona, pero ¿me has llamado “*souvenir*”?—, preguntó aún más confundido.

—No la hagas caso—, se apresuró a responder Samanta, agarrándole del brazo y fusilando con la mirada a su amiga quien sonreía pícaramente tras ellos.

Tras bajar las escaleras, atravesaron el oscuro vestíbulo, cruzaron el largo pasillo y finalmente, abrieron la puerta del comedor.

—Buenos días—, les saludó Areces señalándoles la mesa sobre la que reposaban varias bolsas de bollería y unas jarras con café y leche —Coman todo lo que quieran—, les ofreció al tiempo que se sentaba —Esto era para nueve personas, pero dado que solo estamos nosotros cuatro creo que va a sobrar bastante, así que sírvanse todo lo que deseen—

—¿Solo somos nosotros? ¿Y qué hay del resto?—, preguntó Bibiana.

—José está en la Fase Uno organizando el trabajo de su cuadrilla por lo que todavía tardará un rato en llegar y en cuanto a Mario y Matías, anoche les pedí que madrugasen para ir hasta Annobón a por una pieza de repuesto para la excavadora, y como Miguel todavía no ha aparecido por aquí, presumo que se habrá ido con ellos—

—Entonces supongo que no podremos contar con su ayuda al menos hasta la hora de comer—, dijo Carlos con tono de fastidio.

—Eso me temo yo también. Este lugar está demasiado lejos de... de cualquier otro sitio. Cada vez que necesitamos un repuesto perdemos un tiempo excesivo, pero... así son las cosas por aquí—

—Es una verdadera lástima—, dijo Carlos —Había quedado con Mario para echarle otro vistazo al manantial—

—No hay problema—, dijo Areces llevándose una magdalena a la boca —Si quiere, yo mismo le acompañaré—, añadió haciéndoles un gesto para que se sentaran mientras insistía:

—¡Venga, señoritas! ¡No sean tímidas y desayunen! Y por cierto ¿qué tal han pasado la noche?—

—Bien, aunque he de decir que en mi habitación el calor y el frío se alternan de una forma insoportable, y demás huele como a naftalina, pero afortunadamente la tormenta cesó en cuanto llegamos, así que solucioné ambos problemas durmiendo con la ventana abierta y un grueso edredón—, comentó Samanta.

—Yo también he dormido bien, pero reconozco que lo hice con la luz encendida toda la noche —, añadió Bibiana —Todo estuvo muy tranquilo, pero en mi habitación tan solo funciona un enchufe y no estaría de más que funcionasen el resto para que pudiera poner a cargar el portátil sin tener que desenchufar la lámpara de la mesita—

—Hablando de las habitaciones—, intervino Samanta —Señor Areces ¿cree que podríamos subir a inspeccionar el desván? Tengo la sensación de que debe de ser algo así como la cueva de Alí-Babá—

—Empiecen por donde quieran—, dijo él —Pero desde mi punto de vista creo que sería mucho mejor que fueran subiendo planta a planta—, sugirió.

—Yo prefiero quitarme el desván de en medio cuanto antes, y prefiero hacerlo por la mañana que al atardecer cuando haya poca luz—, insistió Samanta.

—Lo primero es trabajar con seguridad, así que deberíamos comenzar con las

zonas que tengan luz—, propuso Bibiana —No quiero quedarme encerrada en alguna oscura estancia o tropezar con algo—

—Hagámoslo de la forma más rápida que nos sea posible—, dijo Samanta —Insisto en que empecemos por el desván, y vayamos descendiendo y examinando cuarto por cuarto—

—Tengan cuidado—, dijo Areces —La distribución de esta casa es completamente irracional. Nada está donde debería y algunas estancias tienen puertas que dan a estrechos pasillos que terminan en cuartuchos oscuros y deprimentes con más puertas que dan a más pasillos. Es muy fácil extraviarse, sobre todo en...—

—No se preocupe—, le interrumpió Samanta meneando la cabeza —Le aseguro que sabemos hacer nuestro trabajo—

Entonces, la puerta del rincón del comedor se abrió y Juanfra apareció en ella, mirándoles de forma totalmente inexpresiva.

—Deberían de haberme hecho caso. Les dije que se fueran y ahora sólo quedan ustedes cuatro—, les recordó.

—Buenos días, “alegre”—, saludó Carlos —Lamento desilusionarte, pero tus compañeros solo han ido a por repuestos así que siéntate y desayuna, a ver si así se te quita esa cara de amargado—, le espetó con voz irritada.

Juanfra fijó la mirada en él, y respondió:

—*Cuando “ellos” salen, nadie se marcha. Nunca*—

—Ya está bien, Juanfra—, dijo Areces poniéndose de pie —Hoy vas a acompañar a Carlos hasta el manantial. Haz lo que él te diga y por favor, deja ya de decir esas estupideces o tendré que despedirte—

Ante la actitud de su jefe, Carlos también se levantó, y dijo:

—Ha sido un desayuno espléndido, pero es hora de comenzar a trabajar—, dijo haciéndole una señal a Juanfra —Adelante, “alegre”. Ven conmigo a ese manantial que ya verás lo que nos vamos a divertir los dos juntos—

Veinte minutos después de que Carlos y Juanfra se fueran, Areces condujo a las dos chicas por la casa hasta alcanzar un sombrío cuarto con las paredes de

madera cubiertas de cuadros que mostraban escenas de caza, un alto armario y una estrecha escalera.

—Supongo que por ahí se sube al desván—, dijo Bibiana contemplando las escaleras con patente desagrado.

—Así es—, confirmó Areces ascendiendo los peldaños y girando el pomo de la puerta.

—Vaya—, murmuró empujando la puerta sin conseguir que esta se abriera —Mucho me temo que tendrán que comenzar la inspección por otro lugar y dejar el desván para cuando regrese Mario. Él es quien tiene todas las llaves—

—Qué lástima—, dijo Samanta —Tenía ganas de ver qué nos encontrábamos ahí adentro, pero en fin, qué le vamos a hacer. Comenzaremos por esta planta, iremos bajando y dejaremos el desván para más adelante...—

Empezaron por una habitación en la que se distinguían una gran cantidad de antiguos juguetes y muebles cubiertos por sábanas con una gruesa capa de polvo sobre ellas.

—Supongo que esto debía de ser el cuarto de los niños—, dijo Samanta.

—Sí. Resulta triste ¿verdad?—, añadió Bibiana —Pensar en todo lo que les sucedió y en los días que debieron pasar en esta opresiva mansión... solos—

—¿Y el padre?—, apuntó Samanta —¿Te imaginas en cómo se encontraría tras la muerte de su esposa e hijos? ¿Qué pensaría el pobre hombre cada vez que entraba en esta habitación llena de recuerdos?—

Pero entonces, Bibiana sorprendiéndose a sí misma, retrocedió hasta la puerta, murmurando:

—Tengo... tengo que salir de aquí. Haz tú las fotografías... —, continuó sin saber muy bien por qué lo estaba diciendo

—¿Te pasa algo?—, preguntó Samanta al ver que el rostro de su amiga había adquirido un tono lívido y que todo su cuerpo estaba temblando ostensiblemente.

—¿Se encuentra bien?—, añadió Areces.

Pero Bibiana ya no escuchaba sus palabras. Su mente parecía encontrarse en otra época y de repente, su voz anormalmente afligida, resonó entre las paredes:

—*Estoy segura de que la madre sufría por sus hijos. Ella sólo quería protegerles. Protegerles de ellos...pero... hay algo más. Alguien... es como*

si alguien que conozco me estuviera gritando que me fuera...—, dijo apretándose contra la puerta mientras unas lágrimas rodaban por sus mejillas y un frío intenso paralizaba todo su cuerpo.

En ese instante escucharon el chirrido de unas viejas bisagras al tiempo que una de las puertas del enorme armario situado al fondo de la estancia, se entreabría.

—*¿Sandra?*—, musitó Bibiana.

Entre asombrada y aterrada Samanta alternó rápidamente la mirada entre el armario y su amiga.

—*¿Has dicho... Sandra?*—, preguntó.

Pero antes de que respondiera, Areces, intentando disimular sin demasiado éxito la sensación de intenso desasosiego que le embargaba, dijo:

—Creo por hoy ya está bien. Esta horripilante habitación la ha afectado demasiado, y la verdad es que no me extraña que lo haya hecho—, insistió cogiéndola suavemente por los hombros —Será mejor que salgamos ¿de acuerdo?—

—Me parece que yo os acompañaré—, murmuró Samanta abriendo la puerta para que salieran —No pienso quedarme sola aquí dentro—, aseveró mirando con aprensión hacia el armario.

Una vez fuera comenzaron a caminar alejándose a paso rápido por el pasillo mientras que Bibiana, preguntaba con un hilo de voz:

—*¿Habéis sentido el dolor y la desesperanza que había en la habitación? ¿Habéis notado lo aterrada que estaba al saber que la habían engañado... al saber que iba a morir?*—

Areces cruzó una mirada de desconcierto con Samanta quien al instante, hizo un gesto de negación mientras se llevaba el dedo índice a los labios indicándole que sería mejor intentar restarle importancia a lo sucedido. Pero un segundo después se dio cuenta de que por algún extraño motivo, Areces no parecía estar por la labor.

—No—, contestó Areces —Yo al menos no he tenido esa sensación—

—Tranquila, preciosa. Ya ha pasado, así que no pienses más en ello—, dijo Samanta al tiempo que se detenían en un vestíbulo de donde partían otros dos pasillos y miraba confundida a su alrededor.

—Es innegable que algo raro acaba de suceder y ese es precisamente el tipo

de fenómenos que han asustado a mis trabajadores—, dijo Areces retomando el tema —Dígame, Bibiana ¿Podría describir con detalle lo que ha sentido?—
—¿Pero se puede saber qué demonios se propone?! ¡Cállese y déjela en paz!
—, gritó Samanta claramente irritada por la actitud del ingeniero y por no saber por dónde debían continuar.

Se encontraban en medio de la estancia mirando ambas puertas y sin saber cuál conduciría al vestíbulo. La distribución de aquella laberíntica casa era una completa locura.

—¿Por dónde vamos?—, preguntó cada vez más nerviosa.

Areces señaló hacia la puerta de la derecha y rápidamente los tres corrieron hacia ella, pero en cuanto se acercaron, esta se abrió sin que ninguno la hubiera llegado a rozar.

Paralizados por el miedo se quedaron mirando hacia ella sin saber qué hacer. Entonces, Areces reaccionó y frunciendo el ceño, dijo:

—Esta no es la única puerta que conduce a las escaleras. Hay otra, pero está situada en el otro lado. Deberíamos deshacer el camino y continuar hasta el final del pasillo—

Al escucharle hablar, Bibiana y Samanta estuvieron seguras de que no era la primera vez que a Areces le sucedía algo así.

—¿Por qué no nos dijo que usted mismo había sido víctima de estos fenómenos?—, preguntó Samanta con tono acusador

—¿Acaso me hubieran creído?—, murmuró con amargura —Y si lo hubieran hecho ¿habrían venido? No, no lo habrían hecho, pero yo necesitaba que lo hicieran—

—¡Lo sabía!—, exclamo Samanta —¡Sabía que usted había tenido algo que ver con nuestra contratación—

—No. La juro que yo no tuve nada que ver con eso. Ya la he dicho que eso fue cosa de Beaumont, pero no puede reprocharme que me haya alegrado al verlas
—

—¿Y eso por qué? ¿Es que acaso pretendía asustarnos para que la obra se paralizara por completo? ¿Es eso lo que en realidad está buscando?—, inquirió mirando suspicazmente a Areces.

—¡No! Por amor de dios, cómo puede pensar eso si...—, se interrumpió al ver que Bibiana señalaba con vehemencia hacia la puerta entreabierta, y decía:

—Si no me equivoco, al otro lado de ese cuarto, tras unos cortinajes encontraremos las puertas de la galería. Vamos—

—¿Y tú cómo coño lo sabes?—, preguntó Samanta.

—Ni idea, pero... lo sé—, dijo cruzando la puerta en primer lugar.

Con suma cautela, los tres se adentraron en la penumbra del pasillo guiados por Bibiana que parecía haberse recuperado y asumido el control de la situación.

A medida que avanzaban, las tablas de madera crujían bajo sus pies y cada vez que estaban a punto de alcanzar una nueva puerta, esta se abría antes de que llegaran a ella. Samanta y Areces estaban aterrorizados, pero a diferencia de ellos, Bibiana caminaba delante con pasos decididos hasta que al alcanzar lo alto de las escaleras, aterrados, se detuvieron al descubrir que en el distribuidor, bajo el arco de acceso al siguiente pasillo, una difusa y oscura silueta parecía estar aguardándoles.

—Qué... ¿qué coño es eso? ¿Lo veis vosotras también?—, tartamudeó Areces.

—Sí... pero ¿quién es?—, preguntó Samanta.

En ese instante una sutil brisa pareció envolver la figura al tiempo que las cortinas se agitaban ocultándola durante un par de segundos y cuando el viento cesó, las cortinas regresaron a su posición revelando que la inquietante figura se había esfumado.

—Gracias a Dios—, comentó Areces, santiguándose mientras añadía:

—Será mejor que no le digamos a nadie lo que ha sucedido—

—Estoy completamente de acuerdo—, añadió Samanta.

Durante el resto del día las dos chicas se dedicaron a reponerse de la impresión sentadas en el porche de la casa. Desde allí podían ver a parte de los trabajadores y las tranquilizaba saber que no estaban solas en la isla.

A las ocho de la tarde, Areces regresó con Carlos, Mario y Miguel. Habían estado toda la tarde sustituyendo la pieza averiada de la excavadora hasta que finalmente habían conseguido hacerla funcionar.

Después de cenar salieron al porche para tomar unas copas mientras disfrutaban de una conversación en la que todos intentaron alejarse de cualquier tema que tuviera que ver con el trabajo o con la isla, y sobre las diez de la noche, Carlos y las dos chicas se retiraron a sus habitaciones mientras

que Areces y Mario se quedaban en el salón revisando los planos.

Apenas había dado la medianoche cuando Bibiana se despertó dominada por una horrible impresión de peligro que la obligó a levantarse de la cama casi de un salto.

“¿*Qué es ese ruido?*”, se preguntó mientras tanteaba en la oscuridad buscando el interruptor de la lámpara de la mesita.

En cuanto la mortecina luz amarillenta iluminó la habitación, se acercó hasta la puerta, apoyó el oído en la madera y sus ojos se abrieron como platos al escuchar, con más claridad, el mismo sonido que la había despertado.

Parecía como si alguien estuviera caminando por el corredor con unas pesadas botas de buzo.

“*Eso tiene que ser fruto de mi imaginación*”, pensó al tiempo que se daba la vuelta para regresar a la cama, pero el sonido se repitió mucho más alto y entonces, presa de la curiosidad, se volvió, entreabrió la puerta y se asomó al pasillo.

Miró hacia la izquierda. La única bombilla que estaba encendida solo era capaz de iluminar débilmente dos o tres metros a cada lado. No pudo ver nada anómalo así que giró la cabeza hacia la derecha y al hacerlo, se sobresaltó al distinguir a su compañera con el cabello revuelto y el ceño fruncido, mirándola desde la puerta de su habitación.

—¿Tú también has escuchado unos pasos?—, la preguntó Samanta en voz baja.
—He oído algo, pero no sé si eran pasos. A lo mejor son las tuberías. Eso es algo bastante habitual en estas viejas mansiones—, respondió con escaso convencimiento.

Entonces a su derecha, desde la oscuridad del fondo del corredor, una serie de fuertes golpes hicieron que ambas se giraran en aquella dirección.

Bibiana se quedó totalmente paralizada. No sabía qué estaba sucediendo y un miedo insoportable comenzaba a crecer rápidamente en su interior, tan rápidamente como cuando Samanta salvó la escasa distancia que separaba sus habitaciones y entró a toda velocidad en el cuarto de su amiga.

—Te aseguro que “eso” no han sido las tuberías—, dijo cerrando la puerta tras de sí y apoyándose en ella.

Al otro lado de la madera los ruidos continuaban resonando al tiempo que en

la habitación, un repentino frío parecía colarse por debajo de la puerta e inundar todo el cuarto haciendo que Samanta mirase con asombro la nube de vaho que se formaba ante ella con cada nueva exhalación.

—Antes hacía calor, pero ahora, de repente hace mucho... mucho frío—, susurró dándose cuenta de que sus dientes habían comenzado a castañetear.

—Yo también lo noto—, dijo Bibiana.

Samanta cogió una manta que reposaba a los pies de la cama y volvió con ella al lado de su amiga.

—Toma, pónitela por encima—, la dijo mientras se la echaba por encima de los hombros.

—Gracias, cariño. Estoy completamente helada—

—A lo mejor deberíamos salir y comprobar si Carlos está bien. Me extraña que con todo este jaleo no se haya despertado...—

—¡Calla!—, la instó Bibiana —Creo que ahora se escucha un poco más cerca—

Ambas acercaron la cabeza a la puerta y escucharon el chirrido de una puerta abriéndose que fue seguido del sonido de unos pasos acercándose apresuradamente hasta detenerse al otro lado de su puerta.

—¡Chicas! ¿Estáis bien?—, sonó la voz de Carlos.

—¿Carlos? ¿Eres tú?—, preguntó Samanta.

—Sí ¿Estás bien? He oído unos ruidos y...—, antes de que hubiera podido finalizar la frase la puerta se abrió y las dos chicas lo introdujeron bruscamente en el interior del cuarto.

—¿Pero se puede saber qué os pasa? ¿A qué viene tanto alboroto?—, protestó con sorpresa.

—A que nosotras no hemos hecho esos ruidos—, dijo Bibiana.

—Seguro que hay alguien al fondo del corredor—, añadió Samanta.

—¿Al fondo del corredor? ¿Estáis seguras de que no habéis sido vosotras?—, insistió Carlos esbozando una sonrisa jocosa hasta que Bibiana le puso la mano en los labios y susurró:

—¡Calla y escucha! Los pasos vuelven a sonar—

Carlos apoyó la cabeza en la puerta y tras escuchar durante unos segundos, dijo:

—¿Os referís a ese ruido? Tranquilas; eso es solo el golpeteo de las contraventanas, o quizás el efecto del viento en...—, un largo estruendo metálico le hizo callarse al instante.

—Yo no creo que “eso” lo haya hecho el viento—, aseguró Samanta cerrando los ojos con fuerza y envolviéndose en sus propios brazos —Eso lo ha hecho alguien que va golpeando las puertas a medida que se acerca—

—Es casi como... como si quisiera asegurarse de que estamos despiertas—, murmuró Bibiana, pensativa —Espera, juraría que he escuchado una voz ¿Y si se trata de algún truco de Areces? ¿O de alguna broma de Miguel?—

El ruido volvió a repetirse, pero esta vez sonó mucho más cerca.

—¿Y si salimos corriendo para intentar sorprenderlos? Si de verdad son ellos intentando asustarnos, sería un intento de fraude y podríamos anular el contrato —, propuso Samanta al tiempo que se escuchaba un golpe ensordecedor sobre la puerta y todo el cuarto temblaba.

Carlos apoyó las manos contra la puerta mientras gritaba:

—¡Eso no es ninguna broma! ¡Empujad esa cómoda contra la puerta!—

Cuando su grito se extinguió, en el corredor se hizo un completo silencio hasta que de repente, el sonido de la cómoda al ser arrastrada sobre el suelo de madera pareció despertar a una hambrienta bestia y se escuchó un chillido estremecedor.

Lo que fuera que hubiera al otro lado de la puerta había estado aguardando a que sus voces le señalaran el lugar en el que se escondían y ahora, ya sabía que los tres estaban juntos en el mismo cuarto.

Fue todo tan repentino que cuando un brutal golpe amenazó con derribar la puerta, los tres retrocedieron hasta refugiarse detrás de la cama mientras veían como con cada nuevo golpe que recibía la recia madera, la cerradura y los pestillos crujían amenazando con salir despedidos en cualquier momento.

—¿Qué podemos hacer?—, dijo Bibiana con la voz demudada por el miedo.

—Nada—, respondió Carlos —A no ser que alguna de vosotras quiera asomarse para averiguar qué es lo que está golpeando esa puerta, lo único que podemos hacer es esperar a que se vaya—

Repentinamente los golpes cesaron y el pomo comenzó a girarse muy lentamente.

—¿Has cerrado con llave?—, preguntó Samanta con el rostro transfigurado por el nerviosismo.

—Creo que sí... o al menos eso espero—, dudó Bibiana.

Carlos la miró con estupefacción ¿De verdad estaba dudando de si había echado la llave? No, no había tiempo para dudar así que saltó por encima de

la cama, cruzó la habitación en dos saltos y agarrando la llave que permanecía metida en la cerradura, la giró bruscamente hacia la derecha y suspiró aliviado al comprobar que no giraba. Eso significaba que estaba echada por lo que regresó corriendo junto a las dos chicas, justo cuando se reanudaba el estrépito, pero ahora aún con más insistencia haciendo que la madera de la puerta temblara como si quisiera salirse de sus goznes.

—¡No! ¡Vete!—, gritó inesperadamente Bibiana poniéndose en pie y caminando hasta detenerse ante la puerta —¡Vete! ¡Vete de aquí!—, volvió a gritar ante las atónitas miradas de Samanta y Carlos.

Contra todo pronóstico, los golpes cesaron y el silencio volvió a adueñarse de la mansión con una única excepción. Desde el otro lado del corredor una casi imperceptible voz de mujer que parecía estar llamando a alguien, fue seguida por el sonido de unos guturales gruñidos.

Temiendo que lo que hubiera emitido aquellos aterradores sonidos continuara acechando afuera, durante algunos minutos continuaron inmóviles y callados hasta que Samanta, al notar que el helador frío había desaparecido, se acercó hasta la puerta y a la vista del silencio reinante respiró hondo y haciéndoles un gesto tranquilizador, afirmó con voz segura:

—Creo que, al menos por esta noche, lo peor ya ha pasado—

—Pues no tienes ni la menor idea de lo que me alegra oírte decir—, repuso Carlos ayudando a levantarse a Samanta.

—Y yo creo que se me han dormido las piernas—, dijo ella frotándose las vigorosamente.

—Posiblemente el frío y por supuesto el miedo, te hayan producido una ralentización del riego sanguíneo—, explicó Carlos.

—No seas pedante. Lo que me ha producido es un susto que no se me va a pasar en toda mi vida. Mañana a primera hora me voy de aquí y no pienso volver a acercarme a menos de mil kilómetros de este maldito lugar—, aseguró Samanta.

Sin que ninguno se lo esperara, Bibiana se volvió hacia la puerta, giró la llave y cuando ya estaba a punto de descorrer el cerrojo, Carlos la detuvo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?! ¿Acaso quieres que nos maten?!—, la reprobó apartándola la mano del pestillo.

—¿Pero es que a ninguno se os ha ocurrido pensar en porqué, con todo el escándalo que ha habido, nadie ha venido a ver qué estaba pasando? ¿No

crees que deberíamos averiguar por qué no lo han hecho?—

Justo en ese instante les llegó el sonido de unas voces alteradas que subían por las escaleras.

—Creo que no tardaremos en salir de dudas—, repuso Carlos al tiempo que Bibiana entreabría la puerta y al descubrir a Mario y a Areces corriendo hacia su habitación, salía al pasillo y exclamaba:

—¿Por qué habéis tardado tanto en venir?! ¡Casi nos matan!—

—Lo siento—, se excusó Areces —Estábamos en el salón a punto de irnos a dormir cuando de repente escuchamos un gran estruendo. Corrimos hacia la puerta, pero estaba atrancada, así que intentamos forzarla sin éxito hasta que hace un minuto, inexplicablemente se abrió sola. Pero decidme ¿qué ha pasado?—

—¿De verdad que no lo sabes?—, le preguntó Carlos sujetándolo por las solapas de la chaqueta y poniendo su rostro a pocos centímetros del de Areces

—¿De verdad piensas que me voy a creer que no tienes nada que ver con todo esto!—

—¡Carlos! ¡Suéltalo!—, exclamó Mario intentando separarlo de Areces mientras este le miraba con una mezcla de miedo e incredulidad a la vez que continuaba diciendo:

—¡Te juro por mi madre que todo lo que ha dicho Areces es cierto! ¡Escuchamos los ruidos e intentamos venir a ayudaros, pero algo o alguien había atrancado la puerta!—

—¡Por supuesto! ¡Han sido los fantasmas!—, gritó Carlos soltando a Areces y enfrentándose al capataz —¿Pero tú te crees que soy imbécil?! ¿Te crees que me voy a tragar que estabais tomando una copa a las doce de la noche?!—

—¡Te juro que esa es toda la verdad!—, insistió Mario.

Carlos le observó con detenimiento buscando en su cara cualquier gesto que delatara que ellos eran los culpables de todo aquel macabro montaje.

—Le ruego que se tranquilice—, dijo Areces en un intento por apaciguarle —Le doy mi palabra de que ni sabemos qué ha ocurrido, ni tenemos nada que ver con ello—

Su voz parecía sincera y la mirada desconcertada de Mario tampoco parecía albergar dudas de que realmente ignoraban lo que había sucedido, por lo que Carlos, se llevó las manos a la cabeza y apoyándose en la pared dejó que su espalda resbalara por ella hasta terminar en cuclillas sobre el suelo.

A su lado, las dos mujeres se miraban en completo silencio. Ellas también

habían pensado que todo se había tratado de un montaje, pero su actitud era coherente con sus explicaciones, así que transcurridos unos instantes, Samanta dijo:

—Carlos. Creo que están diciendo la verdad—, y señalando la puerta, añadió —Dudo mucho de que “eso”, lo hayan hecho ellos—

Todos miraron hacia donde señalaba su dedo y con horror, descubrieron a qué se estaba refiriendo. La gruesa madera de la puerta estaba completamente surcada de unos profundos arañazos que parecían haber sido dejados por unas enormes garras.

Al verlas, Bibiana profirió un grito ahogado, Carlos fijó la mirada sobre ellas y Areces y Mario se acercaron para examinarlas más de cerca.

—¿En algún momento vieron a quien hizo estas marcas?—, preguntó Areces, mientras Mario continuaba mirándolas con evidente miedo.

—No—, respondió Samanta —Solamente escuchamos unos ruidos, como unos pasos muy lentos y pesados; a continuación los pasos se acercaron hasta detenerse ante nuestra puerta y en ese momento “algo” comenzó a golpearla muy violentamente. También escuchamos gruñidos y... y al final juraría que escuché una voz de mujer—

—Entiendo—, dijo Areces repentinamente abatido —Igual que las otras veces—

—¿Qué quiere decir con eso?—, preguntó Carlos poniéndose en pie de un salto y encarándose nuevamente con Areces —¿Es que esto ya ha sucedido en más ocasiones?—

—Sí—, reconoció Areces —Pero les aseguro que nunca fue tan violento como en esta ocasión. Jamás se me pasó por la cabeza que las cosas pudieran llegar hasta este extremo—

—Será mejor que nos cuente ahora mismo qué demonios pasa exactamente en esta casa, o...—, le amenazó Carlos.

—Lo cierto es que este tipo de situaciones son bastante habituales en la mansión, y también en las casas del campamento—

—Sigo sin entender lo que quiere decir, así que sea más claro—, insistió Carlos endureciendo el gesto.

—Que tenemos que rendirnos a la evidencia y aceptar que sobre esta mansión, y probablemente sobre toda la isla, pesa una maldición—

—¿Está hablando en serio?—, preguntó Carlos.

—Sí. Y tengo la impresión de que si no me ayudan a romperla esto irá a más

—, se sinceró Areces —Les necesito—

—Pues no cuente conmigo—, respondió al instante Carlos —Mañana a primera hora me abonará mi salario y me iré de aquí—

—Y dadas las actuales circunstancias—, añadió Bibiana —Nosotras damos por resuelto el contrato, así que... lo mismo le digo—

—De acuerdo. Comprendo su enfado y respetaré cualquier decisión que tomen, pero les ruego que antes de hacer el equipaje se serenen y que mañana durante el desayuno valoren la oferta que les haré—

—¿Qué tipo de oferta? ¿Dinero?—, inquirió Samanta.

Como única respuesta Areces la miró y al hacerlo, Samanta descubrió un brillo de profunda impotencia en sus ojos y en ese momento tuvo la plena certeza de que su anfitrión estaba desesperado y que haría lo que fuera necesario para convencerles de que le ayudaran.

Mientras se alejaba por el corredor, Areces, con voz hueca, les dijo:

—Ahora será mejor que descansen. Les prometo que mañana les haré una oferta que cambiará sus vidas—

A la mañana siguiente, cuando Bibiana escuchó la voz de su amiga llamándola desde el pasillo, durante un breve instante, albergó la posibilidad de que los sucesos de la noche anterior no hubieran sido más que el angustioso recuerdo de una horrible pesadilla, pero cuando nuevamente la llamada se repitió, supo que no era así.

—¿Bibiana? Estás despierta?—, insistió Samanta dando unos golpecitos sobre su puerta.

—Nooo...—, respondió ella tapándose la cabeza con la manta —Déjame dormir un ratito más, pesada—

—Son casi las ocho de la mañana, dormilona; así que más te vale que te asees un poco y te vistas. Todavía tenemos que desayunar y además, recuerda que Areces quiere proponernos lo que él llamó “la oferta de nuestra vida”—

—¡Que le den por el saco a Areces! Y además, en realidad lo que dijo fue que cambiaría nuestras vidas...—, respondió ella —Pero vale; ya me levanto...

—, dijo incorporándose y estirando los brazos mientras caminaba con torpes movimientos hacia la puerta y abría a su compañera.

—¡Qué guapa estás esta mañana, querida! ¡Te queda fantásticamente bien ese

look “cásual”—, la saludó Samanta con ironía.

—¿Te refieres al pijama, a las ojeras o al pelo despeinado?—, respondió ella saludándola con una sonrisa mordaz.

—En realidad a todo el conjunto—, contestó entrando como un vendaval en el cuarto.

—¿Cómo es que ya estás vestida, peinada y maquillada? ¿Cuánto tiempo llevas levantada?—, preguntó Bibiana con suspicacia.

—Nena... tengo treinta y... tantos años, estoy soltera y posiblemente en un ratito alguien me ofrezca una indecente cantidad de dinero—, repuso Samanta

—Así que vamos a ponerte guapa y bajemos a desayunar—

Veinte minutos después, las dos chicas descendieron la escalera, entraron en el salón y saludaron a Carlos y a Areces:

—¡Buenos días!—, exclamó Samanta —¿Habéis pasado una buena noche?—

—Yo no he pegado ojo—, respondió Carlos —Tengo entendido de que alguien montó una fiesta en el pasillo—, añadió con sarcasmo.

—Yo en cambio he dormido como un bebé—, respondió Areces extendiendo una cucharada de mermelada sobre su tostada —Por favor, señoritas; siéntense y desayunen lo que quieran—

—Muy amable—, agradeció Samanta haciendo una graciosa reverencia y añadiendo:

—He estado tratando de racionalizar lo ocurrido anoche. Verán; recuerdo que estaba asustada, recuerdo el sonido de unos pasos, los gruñidos y los golpes en la puerta, pero lo cierto es que aunque realmente no vi nada, el miedo hizo que me escondiera detrás de la cama como si fuera una niña de ocho años. Tras darle muchas vueltas a todo lo que oí, no vi e imaginé, y he llegado a la conclusión de que ese efecto era precisamente el que buscaba conseguir quién se encontraba al otro lado de la puerta—

—Entiendo por sus palabras que lo que está insinuando es que alguien montó todo eso para asustarlas ¿Me equivoco?—, inquirió Areces.

—No, no se equivoca. Estoy convencida de ello, pero lo que no acabo de comprender es el motivo por el que lo han hecho—

—Pues en mi opinión, ni los arañazos de la puerta, ni el descenso de temperatura parecían un truco—, observó Bibiana notando un estremecimiento.

—No estoy de acuerdo contigo. Creo que el frío estaba más en nuestras mentes aterradas que en la habitación, y si no ¿cómo explicas que la temperatura

volviera a la normalidad en cuanto los ruidos cesaron?—, replicó Samanta aguardando expectante la respuesta de su compañera.

—Lo cierto es que me resulta bastante extraño que teniendo en cuenta la latitud en la que nos encontramos, las habitaciones siempre estén heladas—, terció Carlos —Y la verdad es que me he pasado toda la noche intentando encontrar una explicación lógica y he de reconocer que yo también he llegado a la misma conclusión que Samanta—

Areces levantó la mano, y dijo:

—Así que según ustedes dos hay una explicación totalmente racional para lo sucedido anoche ¿Verdad?—, inquirió con tono sarcástico.

—Correcto—, contestó Carlos —Sé que usted ha insistido repetidamente en que lo sucedido era real, y le aseguro que lo comprendo. Después de tanto tiempo aquí es normal perder la perspectiva, pero sin duda alguna, todo este teatro, toda esta atmósfera de misterio y terror resultará embriagadora para Juanfra, pero si lo que pretendía ese imbécil era asustarnos para que nos fuéramos, me alegra decir que ha fracasado y que ahora tendrá que pagar por ello. En cuanto me lo encuentre le voy a partir la cara y después le obligaré a que confiese porqué lo ha hecho—

—Así que todo es fruto de la joven mente de Juanfra...—, murmuró Areces, meditabundo —Absurdo—, afirmó.

—¿Cómo que absurdo?—, preguntó Carlos molesto por la rotundidad de su afirmación.

—Pues eso, que es una soberana tontería. Creo que no dispone usted de suficientes datos para realizar tales aseveraciones. Ninguno de ustedes ha pasado suficiente tiempo en esta isla como para poder afirmar que todo lo que sucede en ella es un mero espectáculo del que ese joven nativo es el único responsable—, dijo levantándose y caminando con los brazos cruzados hacia la ventana —Le están acusando de ser un saboteador, pero entonces respóndanme ¿para qué? ¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué motivos tendría para paralizar las obras?—

—Quizás porque no lo ha hecho solo—, respondió Carlos —Ha tenido que contar con ayuda, quizás incluso con su ayuda involuntaria, señor Areces—

—No puedo decir que su acusación me sorprenda. Ciertamente me la esperaba, pero si realmente cree que de alguna manera yo soy el culpable, dígame ¿por qué lo he hecho?—

—En realidad me refería más bien a alguien de la empresa. Quizás sea que han

valorado mal los riesgos, o quizás no hayan realizado un adecuado estudio geológico o del estado de la construcción y necesitan achacar el fracaso del proyecto a causas ajenas a ellos, es decir... a usted—, sugirió Samanta.

—Les aseguro que no es así—, objetó Areces —Sé que ninguno de ustedes, ni aun después de lo sucedido la pasada noche, se atreve a decir en voz alta que está mansión esté embrujada, maldita o cómo demonios quieran llamarlo. Son personas racionales, modernas y realistas. Para ustedes, lo sobrenatural es tan solo una atávica debilidad que se ceba en las endeble mentes de los ignorantes y por ello, a pesar de que asistieron a una evidente actividad paranormal, su mente se niega a aceptarla y se defiende negándola. Pero no seré yo quien se atreva a culparles de hacerlo, y no lo haré porque es lo mismo que yo he hecho hasta hace muy poco tiempo—

—¿De verdad espera que nos creamos que ni Juanfra ni nadie de la empresa tuvieron nada que ver con la función de anoche?—, inquirió Carlos con una sonrisita burlona.

—Tanto negar lo evidente me está haciendo sospechar de usted, Areces—, le acusó Samanta —Y le aseguro que si es así, lo demostraré—

—Puedo asegurarles que si de verdad yo hubiera sido el responsable y creyera que ustedes se encontraban a punto de descubrirme...—, dijo Areces con voz grave —Les echaría de aquí de inmediato. Piénsenlo. Sería estúpido continuar con ello a sabiendas de que estaban a punto de desmontar mi función —, explicó —Siempre me he preguntado por qué motivo los seres humanos tendemos a negar la evidencia por el mero hecho de que esta nos resulte desagradable o incluso peligrosa ¿Por qué no somos capaces de admitir nuestro desconocimiento sobre los misterios del alma?—

—Todo eso es francamente interesante, y aún más viniendo de alguien tan preparado—, le dijo Samanta —La verdad es que no me esperaba que fuera un creyente de los temas sobrenaturales, pero desgraciadamente para usted, continúo sin creerme ni una sola palabra de su historia y supongo que el motivo real de esta reunión no es otro que el de “convencernos” para que no hagamos público su “truquito”, así que... díganos Areces ¿Qué quiere que hagamos y cuánto piensa pagarnos por ello?—

—¿De verdad que no prefiere terminar de desayunar tranquilamente antes de comenzar a hablar de negocios?—, dijo Areces alzando la mirada y mostrando unos ojos extrañamente brillantes.

—Preferiría que me fuera poniendo al corriente mientras lo hago, porque si

para cuando termine de desayunar no me ha hecho una oferta convincente, le aseguro que ya no le daré tiempo para hacerlo. Me iré de inmediato—, aseguró con tono inflexible.

—Y yo la acompañaré—, añadió Bibiana.

—Y las dos tendréis que esperar a mi lado hasta que el palista despeje la carretera—, se apresuró Carlos a recordarlas —¿Es que ya os habéis olvidado de que todavía está cortada por un desprendimiento?—

—Upsss... eso es cierto—, reconoció Samanta —Ya no me acordaba—

—Tranquilas. Mario ha ido a hablar con Manuel para que se ponga de inmediato con ello—, las tranquilizó Areces limpiándose la boca con una servilleta y posándola sobre la mesa —Pero puesto que tienen tantas ganas de escuchar mi oferta, se la expondré ahora mismo—

Areces hizo una larga pausa para captar toda su atención, y tras beber un sorbo de café, dijo:

—El señor *Bonheur* no edificó la mansión en este lugar simplemente porque le gustaran las vistas. Lo hizo porque durante una de las prospecciones que hizo para la empresa para la que trabajaba, encontró esto...—, y sacando del bolsillo de su chaqueta una bolsa de terciopelo, la desanudó esparciendo su contenido sobre la mesa, y al hacerlo, los tres abrieron desmesuradamente los ojos al contemplar las brillantes esmeraldas que relucían sobre el mantel.

—Dios santo... —, musitó Bibiana dejando escapar una risilla nerviosa —¿Son auténticas?—, preguntó acariciando una de ellas.

—Por supuesto. Son esmeraldas colombianas y como supongo que sabrá, su calidad y su intenso color las hacen inconfundibles—, respondió Areces.

—¿De dónde demonios las ha sacado?—, murmuró Carlos sosteniendo una entre sus dedos.

—Las encontré en el interior de una caja fuerte que estaba camuflada en una de las paredes de la biblioteca, y junto a ellas encontré algo mucho más valioso. Una libreta en la que se detallaba el lugar exacto en el que *Bonheur* las había encontrado y también... su sangrienta procedencia—

Samanta dio un respingó y soltó las esmeraldas que sostenía en la palma de su mano.

—¿A qué se refiere con sangrienta?—, preguntó mirándolas con aprensión.

—A que estas hermosas esmeraldas forman parte del tesoro de Domingo Muñoz, un sacerdote español renegado que cambió el hábito religioso por los ropajes de pirata, o mejor dicho, de filibustero. Uno especialmente cruel y

sanguinario que en la segunda década del siglo XIX sembró el terror en la zona de las Antillas, Venezuela y Cuba a bordo de su barco, la goleta *'Emmanuel'*. Según cuentan fue responsable del saqueo y hundimiento de no menos de una veintena de embarcaciones, de la muerte de más de doscientas personas y del asesinato de don Pedro Cires, el hombre que en Estados Unidos le pidió matrimonio a una hermosa emigrante rusa llamada Vanda y al que en Ecuador, asesinaron entre esta y su amante... el mismísimo padre Diego Muñoz.

Sé que les parecerá increíble que les cuente una historia de piratas ocurrida casi dos siglos atrás, pero les aseguro que es tan real como esas brillantes piedras que tienen ante ustedes—

—¿Y cómo se supone que llegaron desde Cuba hasta aquí?—, preguntó Bibiana sin poder apartar la vista de las esmeraldas.

—Porque jamás se les capturó. Alrededor de 1927, él y su amada y sanguinaria esposa se esfumaron, pero si no les importa ya les contaré su historia más adelante. Ahora, lo que realmente quiero saber es si están dispuestos a aceptar mi propuesta—

—Hasta ahora solamente nos ha mostrado el cebo, y creo que ha llegado el momento de decirnos qué es exactamente lo que quiere que hagamos—, dijo Samanta.

En todo aquello había algo que no comprendía del todo y si insistía, quizás podría averiguar algo más acerca de la extraña historia.

—Muy bien. En ese caso continuaré con mi relato. Don Pedro Cires, el hombre al que asesinaron en Quito, era un eminente nigromante perteneciente a una antigua orden masónica que fue exterminada poco antes de la revolución francesa y que había sido enviado a las américas con la misión de encontrar un antiguo saber que les convertiría en los hombres más poderosos del mundo. Por lo que he averiguado, Cires logró encontrar lo que buscaba, pero cuando fue asesinado ese saber pasó a manos de su vil esposa y de su amante—

—Continúo sin entender por dónde va—, reconoció Carlos.

—Es sencillo. El señor Beaumont ha dedicado su inmensa fortuna a localizar el secreto que aquel hombre custodiaba. A lo largo de las últimas dos décadas ha adquirido todas aquellas islas en las que sus historiadores han situado los refugios de Muñoz y Vanda, y lo ha hecho con un único objetivo; encontrar su tesoro y en particular, “El Óleo de San Gabriel”, una reliquia que tiene el

mágico poder de otorgar la vida eterna—

—¡Eso es completamente absurdo! —, exclamó Bibiana.

—Lo sé, pero les aseguro que para Beaumont no existe en todo el mundo nada más valioso que ese objeto, y con tal de poseerlo, le pagará cualquier precio a aquel afortunado que lo tenga. De hecho, cada vez que adquiría una isla organizaba un proyecto millonario que le permitiera excavar en ella sin levantar sospechas entre los respectivos gobiernos, pero en cuanto se daba cuenta de que habían errado el objetivo y que lo que buscaba no se encontraba en ella, abandonaba el proyecto, clausuraba el hotel y empezaba de nuevo en otro lugar—

—Para hacer algo así hay que tener mucho dinero...—, apuntó Carlos.

—Se rumorea que Beaumont está gravemente enfermo y que le queda poco tiempo de vida. De así ser, seguro que la muerte le importa mucho más que su dinero. Eso explicaría por qué quiere encontrarlo a toda costa. Seguro que cree que si se hace con él logrará alcanzar la vida eterna y aunque yo dudo de que ese misterioso objeto tenga algún poder mágico, haré lo que sea necesario para conseguirlo y vendérselo a Beaumont. Estoy seguro de que esa reliquia se encuentra en esta isla y quiero arrebatársela—

—Querrá decir... encontrarla—, apuntó Samanta.

—No. Quiero decir, arrebatársela. Sé que esto les parecerá una locura, pero como ven yo también he investigado y, aunque hasta ayer mismo me esforzaba por mantenerme escéptico, después de lo sucedido la pasada noche estoy convencido de que ese objeto, o lo que sea, está ligado al espíritu de Vanda. Les aseguro que nunca he sido un adepto de la magia o el mundo paranormal, pero en esta isla he visto cosas que me han hecho replanteármelo y aunque evidentemente no puedo asegurarles que Vanda sea real, sé que según la leyenda ella es su guardiana y que si en todo esto hay algo de realidad, no tardaremos en tener pruebas de ello.

Aunque por supuesto no puedo pedirles que me crean. Tan sólo les pido que me ayuden y a cambio, en cuanto encontremos el tesoro de Muñoz, este será para ustedes y yo solamente me llevaré el Óleo—

—¿Está usted insinuando que de verdad no tiene nada que ver con lo ocurrido anoche y que quien lo provocó fue el espíritu de esa tal Vanda?—, preguntó Carlos con incredulidad.

—Hasta hace poco yo también me negaba a aceptarlo, pero ya les he dicho que con el paso del tiempo he ido cambiando de opinión y... opino que también

ustedes deberían de replantearse la situación. Pero por supuesto no tienen por qué compartir mi opinión. Si prefieren pensar que alguien está intentando alejarles de esta isla y del tesoro, por mí de acuerdo. Lo único que necesito de ustedes es que me ayuden a registrar la mansión—

—Así que se trata de eso—, añadió Carlos —Usted esperaba aprovechar las obras de rehabilitación de la mansión para buscarlo, pero como todos sus trabajadores han huido asustados necesita que nosotros y nuestras mentes racionales y difícilmente influenciadas por trucos baratos le ayudemos a encontrarlo, y ya de paso a descubrir quién intenta echarle de aquí—

—Sé que si sigo insistiendo en mi seguridad sobre la autenticidad de los fenómenos paranormales se burlarán de mí, así que no continuaré con ello, pero no quiero que tomen una decisión sin antes haberles leído una nota que encontré en la biblioteca. Se trata de la misma nota que Miguel refirió en su relato. Cuando le oí hablar de ella fui consciente de que ese chaval sabía mucho más de lo que se creía y aunque el contenido de la nota no es exactamente el que él dijo, a diferencia de ustedes yo sí que tomé buena nota de su relato. La nota en cuestión está escrita de puño y letra por el segundo propietario de la mansión, y dice así:

«No sé si algún día estas palabras serán leídas por una persona de bien, pero ruego a Dios porque así sea y que esta nota le sirva de ayuda porque es más que probable que ya haya atisbado el infierno que es este paraíso y los demonios que en él habitan. Alguna clase de diabólica brujería está actuando en este lugar dejado de la mano de dios, una brujería que mata a los salvajes y hace que regresen a la vida para devorar la carne de sus víctimas y apoderarse de sus almas. Por mucho que lo he intentado, no he encontrado la forma de poner fin a esta diabólica locura de terror, sangre y pavorosos gemidos proferidos por los cadáveres malolientes durante sus merodeos nocturnos y que enloquecen a cualquiera que los escuche. No sé si estas, mis últimas palabras, servirán como advertencia, pero de así ser huye, aléjate de este lugar todo lo que puedas. Para mí ya es demasiado tarde. La hechicera a la que confinaron para toda la eternidad les ha enviado para aterrorizarme hasta que pierda la cordura y me derrumbe para que una vez vencido y bajo su hipnótico poder la libere de su prisión. Pero no lo conseguirán porque yo he logrado arrebatarse las esmeraldas que le otorgan gran parte de su poder. Mías son y jamás han de regresar a

ella. Sin embargo, hoy es dos de Octubre y sé que esta será mi noche más oscura porque esta es la noche en la que ella puede enviar no solo sus espectros, sino también los cuerpos de estos en busca de víctimas inocentes. Sé que vienen a por mí. Los veo recorrer los jardines intentando encontrar la forma de entrar. Incluso aquí, en mi biblioteca, el intenso hedor que desprenden los cuerpos de sus siervos me indica que no cejaran y que lograrán entrar. Pero no. Yo no permitiré que profanen ni mi cuerpo, ni mi valor y aún mucho menos les permitiré que logren condenar mi alma. Mi única posibilidad de escapar del infierno y de aquellos que ansían traerlo a la tierra, será una muerte cristiana.

Que dios me perdone.

Que dios te ayude»

Una sombría nube pareció invadir toda la estancia cuando finalizó la lectura de la amarillenta nota y un tenso silencio acompañó las miradas recelosas de los tres.

Temiendo que su sinceridad hubiera sido demasiado para ellos, Areces sacó de otro de sus bolsillos una bolsita de terciopelo azul y al abrirla, un puñado de enormes rubíes se desparramaron sobre la mesa provocando que sus dudas se esfumaran a la misma velocidad que su codicia crecía.

—¿Y bien?—, preguntó Areces mirándoles con inquietud.

—He escuchado absolutamente todo lo que ha leído—, contestó Bibiana sin dejar de acariciar con gesto entretenido una de las valiosas gemas —Y creo que hablo en nombre de todos al decir que los muertos no deben preocuparnos, así que díganos Areces ¿qué quiere exactamente que hagamos?—, planteó.

—Quiero que escudriñen cada rincón de esta mansión y de sus alrededores. Rebusquen, fisgoneen e intenten encontrar alguna pista que nos conduzca al tesoro, pero eso sí... les ruego que nunca lo hagan por separado—, les advirtió.

—¿Y eso por qué? Iríamos mucho más rápido y no se me ocurre ninguna razón concreta para no hacerlo—, sugirió Bibiana.

—Hablo completamente en serio. Recuerden lo que ocurrió ayer e imagínense que algo así les sucediera a solas. Hacerlo sería una insensatez—, repuso Areces con severidad.

—¿Y por donde vamos a comenzar?—, preguntó Samanta.

—Deberíamos hacerlo por el sótano e ir subiendo poco a poco. Tenemos que ser meticulosos y asegurarnos de que no dejamos ninguna posible pista tras nosotros—, respondió Carlos —Y eso me recuerda que he visto que hay una pared cubriendo la entrada de la cueva en la que nace el manantial. Creo que no estaría de más echarla un vistazo—

—¿Una pared?—, repitió Areces —¿Está usted seguro de eso?—

—Completamente—, le aseguró Carlos —La descubrí cuando Mario y yo bajamos a inspeccionar el lugar—

—¿Y cómo es que Mario no me lo ha dicho?! ¡Él sabe que debe informarme inmediatamente de cualquier anomalía con la que se encuentre!—, gritó irritado.

—¿Insinúa que Mario está al corriente de lo de las esmeraldas? —, inquirió Bibiana.

—No. Él no sabe nada de todo este tema—, respondió Areces con seguridad.

—O sí lo sabe y las está buscando por su cuenta—, sugirió Samanta.

—Lo dudo mucho. Mario me ha demostrado sobradamente su lealtad. Cuando todos me abandonaron él continuó a mi lado y...—

—Conozco lo suficientemente bien a Mario como para asegurarle que si encuentra las esmeraldas, desaparecerá con ellas y no volveremos a saber de él, así que le aconsejo que envíe a alguien en su busca y se asegure de que está haciendo lo que se supone que debe estar haciendo—, dijo Carlos.

—¿A alguien? ¿A quién? Matías ha regresado a Annobón, José, Manuel y los demás deben estar intentando despejar la carretera, Miguel y Mario estarán camino de ella y Juanfra... de ese no tengo ni la menor idea, pero supongo que también lo estará, así que mucho me temo que tendré que ir yo mismo a comprobarlo—, reconoció apurando el último sorbo de café y añadiendo:

—Bajaré hasta el campamento a recoger a alguien de la otra cuadrilla para que me ayude, así que comiencen por donde quieran y si a todos les parece bien, nos encontraremos en el salón dentro de tres horas para afinar nuestra metodología de búsqueda—, finalizó haciéndoles una inclinación de la cabeza y saliendo en dirección al vestíbulo.

En cuanto los tres se quedaron a solas, Bibiana se estiró voluptuosamente y sugirió:

—Bueno ¿Qué os parece si comenzamos la búsqueda?—

—Sí—asintió Samanta —Cuanto antes comencemos, mejor. No quisiera dejar

ni un centímetro sin examinar y además, tenemos que aprovechar la luz del día —, y mirando a Carlos, añadió:

—¿Quieres acompañarnos?—

—Estaría encantado de hacerlo, pero creo que yo también iré hasta la cueva y...—, su voz cesó al abrirse la puerta de forma repentina.

—Por... por favor. Vengan conmigo a la entrada—, les dijo Areces con el rostro lívido y la voz agitada.

Inquietos por su actitud, se levantaron en silencio y con paso rápido cruzaron el largo pasillo que conducía al vestíbulo de entrada y una vez allí, Areces señaló al suelo, y preguntó:

—¿Qué opinan de esto? ¿Creen que también forma parte de lo que ustedes aseguran es una elaborada pantomima?—

Un escalofrío colectivo les recorrió la espalda al descubrir que Areces estaba señalando un reguero de pisadas, de distintos tamaños, que parecían salir de la casa. Había docenas. Era casi como si un ejército hubiera salido desfilando de la casa.

—¿Quién las ha hecho?—, preguntó Bibiana, agachándose para verlas más de cerca.

—Obviamente no tengo ni la menor idea—, respondió Areces encogiéndose de hombros.

—No creo que sea como para alarmarse—, afirmó Carlos —Seguramente las hayan dejado los obreros al salir—

—Yo no lo creo—, dijo Samanta con voz tensa —Son... muchísimas... y además, está ese olor...—, dijo arrugando la nariz al percibir un olor extraño, una mezcla de agua estancada y carne putrefacta que no podía identificar.

—Eso no es lo único preocupante—, dijo Areces siguiendo las marcas de las pisadas con la mirada —Vienen del pasillo desde el que se accede al sótano y a la cocina. El sótano está clausurado por una puerta metálica que nunca hemos abierto, y la puerta de la cocina debería estar cerrada con llave—

—Creo que ya sé a qué se refiere—, apuntó Carlos —Lo realmente anómalo es que todas ellas se dirigen hacia el exterior. Si los operarios hubieran entrado con las botas embarradas y hubieran vuelto a salir sin antes haberlas limpiado, las huellas serían de entrada y salida, pero en este caso todas ellas son solamente de salida—, dijo con tono extrañado.

—¿Qué quieres decir?—, preguntó Samanta en voz baja.

—Que quienes las hicieron tuvieron que embarrarse los pies en el interior de la casa, y si mi intuición no me falla, yo diría que alguien ha logrado entrar en el sótano, ha excavado en el sótano, ha encontrado lo que estaba buscando y se ha marchado sin importarle ser descubierto. Si no lo hubiera hecho seguro que se habría preocupado de no dejar un rastro tan evidente—

—Ha sido una locura creer que podríamos permanecer en esta casa—, afirmó Samanta y volviéndose hacia Areces, añadió:

—Lo siento, pero por mucho que nos ofrezca no podemos ayudarle—

—Habla por ti sola—, dijo Bibiana con tono firme —¿Quieres marcharte? Pues de acuerdo hazlo, pero yo me quedo—

—Pero eso es una locura...—, insistió Samanta —¿Por qué hacerlo? ¿Por dinero? ¿Crees que tu vida y tu alma se pueden comprar con unas piedras?—

—¡Con esmeraldas, seguro que sí!—, repuso ella —Además, ya habíamos llegado a la conclusión de que todo esto no son más que argucias para que abandonemos la casa y les dejemos el terreno libre ¡Seamos realistas! ¿Cuántas personas tienen acceso a esta casa? ¿Cuántos de ellos estamos ahora aquí? ¿Cuántos faltan? ¿Quiénes son? ¡Es obvio quienes son los que intentan asustarnos, así que vayamos a por ellos y...!—

—¡Ya está bien! ¡Cállate de una puta vez!—, la interrumpió Samanta zarandeándola por los hombros —¡Tú sabes que esto no lo ha hecho ni Mario, ni Miguel, ni Manuel, ni...—

—¿Juanfra?—, terció Carlos —Podría haber sido él, ¿verdad?—

—Para mí, sin duda es el principal sospechoso—, dijo Bibiana.

—¿Os habéis dado cuenta de lo que estáis diciendo?—, observó Samanta — Juanfra fue el único que nos advirtió de que corríamos peligro y ahora, que este se ha hecho patente, le culpáis a él de lo que está sucediendo—

—¡Basta ya, Samanta! ¡Los fantasmas no existen, así que deja de decir estupideces!—, exigió Bibiana.

—¿Cómo te atreves a gritarme?—, exclamó sofocada.

—¡Porqué si no lo hago terminarás por volverte más loca de lo que ya estás!—, respondió Bibiana elevando aún más el volumen —¡Tú y tu aura de superioridad es lo que nos ha traído hasta aquí!—

—¿Cómo dices? ¿Se puede saber a qué diablos te estás refiriendo?—, se defendió Samanta.

—¡¿Es que acaso te crees que no sé qué fuiste tú quien pidió que me asignaran este trabajo?!—, la acusó mirándola con furia —¡Sí, Samanta! ¡Lo sé! ¡Sé que

las dos estamos aquí porque te crees mejor que las demás! ¡Sé que querías un trabajo para poder destacar y que en cuanto te ofrecieron este te lanzaste a por él arrastrándome contigo, así que déjame en paz de una puta vez!—

Samanta se la quedó mirando fijamente y acto seguido, sin decir nada más, echó a correr en dirección a su habitación.

Al verla alejarse, Areces movió la cabeza de un lado a otro en gesto de contrariedad. Bibiana se había comportado de una forma excesivamente severa con su amiga. Samanta estaba asustada y él la entendía perfectamente porque también lo estaba, así que clavó su mirada en Carlos y a continuación miró a Bibiana quien, abochornada, había bajado la mirada.

—Ha sido usted demasiado dura con ella ¿no cree? Su amiga tiene miedo y en vez de apoyarla, lo que acaba de hacer es dejarla sola—, la recriminó.

—Lo sé—, contestó ella en voz baja —No sé qué me ha sucedido. Ella cree que todo lo que está sucediendo es real y... lo siento. Me avergüenzo de lo que la he dicho—, dijo cubriéndose la cara con las manos.

—Me sorprende que Samanta haya subido a su habitación en lugar de haber salido corriendo hacia la lancha. Les aseguro que he visto a muchos hombres hacerlo. Algunos de ellos entraron en pánico y se marcharon dando gritos, pero ella ha sido mucho más valiente—

—Yo... lo lamento. Perdí por completo la compostura—, admitió —Me he pasado y me arrepiento—

—Pues en ese caso ¿no cree que debería disculparse con ella?—, sugirió Areces.

—La verdad es que por un momento creí que ibas a soltarla una bofetada—, apuntó Carlos.

—Yo también lo creí—, añadió Areces, y posando suavemente la mano en el hombro de Bibiana, añadió:

—Vaya a su lado, discúlpese y tranquilícense las dos. Carlos y yo seguiremos el rastro de las huellas y las avisaremos con lo que encontremos ¿De acuerdo?

—

Ella apretó los labios con fuerza, asintió con un gesto de la cabeza y caminó en dirección a las escaleras.

Capítulo 11. Viaje a San Pedro.

Después de hacer las paces, Bibiana y Samanta pasaron gran parte de la mañana en la biblioteca revisando libros y gruesos legajos de papeles en busca de cualquier información que les pudiera ser de utilidad mientras que Areces y Carlos, tras descubrir que la puerta del sótano continuaba sellada y que las huellas comenzaban al pie de una ventana abierta, la bloquearon con unas gruesas tablas atornilladas al marco y continuaron asegurando una tras otra todas las ventanas de la planta baja. Si alguien quería volver a entrar en la mansión con la intención de asustarles, esta vez se lo iban a poner mucho más difícil.

Cuando terminaron, fueron hasta la Fase Uno y se reunieron con Mario, Manuel y Miguel. Estos habían pasado toda la mañana intentando reparar por vigésima vez la excavadora debido a que, aparentemente, la noche anterior algún animal había arrancado de cuajo el resistente latiguillo de acero reforzado de uno de los conductos de combustible. Pero en su interior, todos tenían la certeza de que aquello no lo había hecho ningún animal.

Al mediodía, los siete se reunieron para almorzar juntos en la mansión. Conversaron e intentaron apartar de sus mentes una misma idea común a todos ellos; la de salir corriendo antes de que llegara la noche y les fuera imposible hacerlo.

La cálida brisa que soplaba del Sur hacía que la tarde fuera tan sumamente agradable que parecía incitar más a una charla distendida que a cualquier otra cosa que tuviera que ver con maquinaria fuera de servicio, así que cuando terminaron de comer, decidieron aprovechar para relajarse tomando unas copas sentados en el porche.

Sin embargo, aunque la conversación comenzó entre risas y temas banales, no tardó en derivar hacia las cuestiones que casi todos querían evitar.

—Deberíamos bajar todos juntos hasta el manantial y descubrir qué se oculta detrás de esa pared de piedra—, sugirió Areces sorprendiéndose gratamente al ver que casi todos parecían estar de acuerdo con su idea.

—¿Y qué me decís del desprendimiento?—, preguntó Mario sentado en una de

las sillas —¿Despejar la única salida no debería ser nuestra prioridad?—, inquirió mientras se servía un chupito de licor de melocotón.

—¿Y qué quieres? ¿Que lo hagamos a mano? Porque si lo que pretendes es que coja una pala y me pase todo el día acarreando tierra, ya te digo que te puedes ir olvidando de ello—, respondió bruscamente Manuel —Sería mejor ir a por la pieza que necesito para repararla y hacerlo con la excavadora—

—Ya, pero hoy no nos dará tiempo. Se nos haría de noche mientras regresamos —, apuntó Mario —Aunque... ahora que lo pienso. Podríamos ir mañana por la mañana a por ella aprovechando que la furgoneta se quedó al otro lado del desprendimiento—, sugirió.

—¿Y si vamos ahora y pasamos la noche en San Pedro?—, propuso Areces.

—No es mala idea. Al menos de esa forma ganaríamos algo de tiempo. Teniéndola, podría colocarla mañana en cuanto regresáramos y seguro que para el atardecer ya habría despejado la carretera—

—Pero entonces...—, intervino Samanta —Si vosotros pasáis la noche en Annobón... nosotros nos quedaremos completamente solos hasta mañana y, francamente no creo que esa sea una muy buena idea—

—¿Y que las parecería venir con nosotros a San Pedro?—, propuso Areces — Lo cierto es que sabiendo que si ocurre algún accidente no podremos utilizar la carretera, sería una temeridad quedarnos aquí, y además, dado que yo tengo cosas que hacer allí, que Manuel ha de ir a recoger los repuestos de la excavadora y que Mario y Miguel tienen que pasarse por el almacén... no veo ningún motivo por el que no puedan acompañarnos—, dijo ante el regocijo general.

La verdad era que a Areces, una vez desvelado el verdadero motivo que le había llevado a permanecer en la isla y estando tan cerca de encontrar lo que estaba buscando, la marcha de las obras ya le daba igual. A fin de cuentas, cuando Beaumont se enterara de que él tenía lo que tanto deseaba, ya no sería necesario continuar con la farsa y las obras se paralizarían por completo.

—Me pregunto...—, dijo Samanta levantándose y apoyándose en la barandilla de madera para contemplar el lejano campamento —Qué sucederá cuando nos vayamos de aquí—, y volviéndose hacia Areces, preguntó —¿Cómo es que no se les ha ocurrido instalar cámaras de seguridad?—

—Beaumont nunca lo consideró necesario—, alegó —En una ocasión las solicité, pero se negó aduciendo que podrían ser hackeadas, aunque siempre

he pensado que sus motivos eran muy distintos—

—Pero eso no tiene la menor lógica—, repuso Samanta —Con unas cuantas cámaras podría tener controlada toda la isla y, de paso, tendría pruebas de cualquier suceso... anormal—

—Pues al igual que Beaumont, yo tampoco lo veo necesario—, agregó Mario

—Creo que muchos podrían tomarse algo así como una ofensa. Sería tanto como decir que no se fían de nosotros—

—Ya, pero en mi opinión, si todos tienen miedo unas cuantas cámaras de vigilancia ayudarían a tranquilizarles, y quizás entonces la gente se sintiera más segura y no se marcharían tantos trabajadores ¿no cree?—, objetó Samanta.

—No, la verdad es que no lo creo—, insistió el capataz —No conozco a ningún colega al que no le importe que le controlen continuamente—

—¿Y no será porque tienen algo que ocultar?—, inquirió Bibiana con tono suspicaz.

—¿Qué está usted insinuando?—, preguntó Mario, claramente ofendido —¿Es que acaso nos está llamando ladrones?—

—No, por supuesto que no—, se defendió ella —Solamente estoy diciendo que unas cámaras de vigilancia no solo nos ayudarían a responder a todas las preguntas que tenemos sobre los extraños sucesos que ocurren aquí, sino que además, si alguien está intentando sabotear los trabajos es posible que las cámaras lo descubran o cuando menos que le disuadan de continuar haciéndolo

—

—Y ya de paso averiguaríamos si de verdad hay alguien por ahí que se dedica a inutilizarte la excavadora—, añadió Carlos.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que las cámaras se utilizarán únicamente para eso y no para vigilar a los trabajadores?—, continuó insistiendo el capataz.

Areces se incorporó y con voz grave zanjó la cuestión:

—Porque aquí el que manda soy yo y te doy mi palabra de que no lo haré ¿Te parece suficiente o acaso necesitas que te lo ponga por escrito?—

Durante unos segundos todos permanecieron en silencio sin atreverse a replicar al hombre que les pagaba el salario. Pensaban que estaba lo suficientemente desesperado como para aceptar cualquier posible solución y lo cierto es que, mirándolo objetivamente, la idea de instalar unas cámaras de vigilancia no era tan descabellada.

—Usted es el jefe, así que al menos por mi parte no hay ninguna objeción—, dijo Mario.

—Pues en ese caso...—, dijo Areces —En cuanto llegemos a San Pedro conseguiré unas cuantas y las instalaremos de inmediato—

—Yo quisiera saber cuánto más tendremos que esperar para irnos—, dijo Bibiana —No es que tenga demasiada prisa, pero... bueno, ya me entiende...

—, prosiguió —Antes de marcharnos me gustaría echarle un vistazo a la casa para... hacer unas cuantas fotografías y tomar algunas notas con el fin de ir adelantando trabajo—, dijo dándole a entender a Areces que lo que realmente quería hacer era comenzar con la búsqueda.

—¿De verdad la apetece?—, se sorprendió este —Por mi parte, la aseguro que no es necesario que lo hagan. Tenga en cuenta que casi todos los hombres estarán ocupados trabajando lejos de la mansión... y si ocurre algo...—

Ante el asombro general, Bibiana se echó a reír exageradamente y respondió:

—Tranquilo. Tras la exposición de esta mañana estoy convencida de que si todos están trabajando juntos y lejos de la mansión, no sucederá absolutamente nada—

—Me impresiona usted—, reconoció Areces —Que después de lo que sucedió la pasada noche haya descartado una explicación paranormal, atribuyéndolo todo a un simple sabotaje, es lo más racional y esperanzador que he escuchado en los últimos meses—, y al punto, añadió —Lástima no haberlo oído antes de...—

—Eso es debido a que...—, le interrumpió Bibiana —... como ya he dicho en múltiples ocasiones, yo no creo en los fantasmas, o al menos no en los que todos ustedes parecen creer que habitan en la mansión—, dijo adentrándose en la casa mientras que Samanta se ponía de pie y añadía:

—Pues aunque yo no estoy totalmente de acuerdo con ella...—, continuó —... me encanta la idea de pasar la noche en el hotel, así que la echaré una mano y de esa forma terminaremos antes—, dijo despidiéndose y siguiendo a su compañera.

En cuanto entró y la puerta se cerró tras ella, se detuvo para observar con desconfianza el tenebroso vestíbulo al tiempo que el frío parecía adueñarse nuevamente de su cuerpo y comenzaba a tiritar.

“Nada, no hay nada de qué preocuparse. Todo está en mi imaginación”, se dijo a sí misma intentando infundirse el valor necesario para ascender las

oscuras escaleras.

En cuanto llegó a ellas, su mano se posó sobre el pasamanos y comenzó a ascender los peldaños intentando centrarse únicamente en ellos, esforzándose para que su visión periférica no captara ningún detalle alarmante que pudiera obligarla a dudar de su propio razonamiento.

Apenas la faltaban unos pocos escalones para alcanzar el distribuidor cuando de repente, escuchó el grito de su amiga:

—¡Ayuda! Por favor, ayúdenme!—

Samanta corrió hacia la puerta de Bibiana y se detuvo en seco aterrorizada ante la escena con la que se encontró. El cuarto parecía haber sido el escenario de una batalla campal. Todos los muebles estaban movidos de sitio o volcados, la ropa fuera del armario y esparcida por el suelo y sobre una de las paredes, alguien había escrito varias frases con grandes letras rojas.

—¿Qué... que ha ocurrido? ¿Qué es eso? ¿Quién lo ha hecho?—, susurró.

—¡Por dios que no lo sé!—, exclamó ella apoyándose contra la puerta — Todos estábamos juntos así que ¿quién lo ha podido hacer?—

—La cuadrilla de Francisco está trabajando en la instalación de los módulos de las nuevas casas del campamento y la de José está intentando limpiar algo del desprendimiento...—, Bibiana se interrumpió durante un instante antes de añadir: —Ahora que lo pienso... antes le he oído decir al capataz que Juanfra no había venido a trabajar—

—Entonces tiene que haber sido él—, afirmó Samanta al tiempo que se daba la vuelta y asomándose al pasillo, gritaba:

—¡Socorro! ¡Corran!—, llamó —¡Dense prisa! —

—¿Crees que eso de ahí es... sangre?—, preguntó Bibiana balanceándose sin poder apartar la vista de aquellas letras.

—Por el olor dulzón que desprende, yo diría que... al menos lo parece, pero seguro que no lo es...—, respondió intentando calmarla.

—Debo tranquilizarme—, comentó Bibiana —Alguien está intentando desquiciarnos y no le voy a dar ese gusto—

—Claro que sí—, dijo Samanta girándose hacia la puerta y posando la mirada sobre los rostros aprehensivos de los hombres que, desde el umbral, contemplaban con desasosiego lo que una temblorosa mano había escrito en rojo en la pared:

“Ade Due Damballa. Leveau mercier du bois chaloitte, Secoise entienne mais pois de norte, Morteisma lieu de vocuier de mieu vochette. Endelieu pour du boissette Damballa”

—¡Miren!—, les dijo señalando la pintada —¡Alguien ha destrozado la habitación y escrito unas frases con sangre!—

—¿Cómo que con sangre?—, replicó Bibiana —¿Es que te has vuelto loca? ¡Pero si me acabas de decir que eso no era sangre!—, insistió acercándose hasta la pared y dudando en si debía comprobar con el dedo si efectivamente se trataba de pintura, pero tuvo que aceptar que realmente su olor no se asemejaba mucho al de la pintura. Era más bien una especie de hedor infecto y pegajoso que había goteado creando un reguero que terminaba en una enorme mancha irregular al pie de la ventana.

—Bibiana. Creo que será mejor que no lo toque—, la sugirió Areces —Hágame caso. Yo también juraría que es sangre. Probablemente de algún animal... —, se calló súbitamente al ver que Bibiana se había desplomado sobre el suelo

—¡Joder, Areces! ¡Podía haber tenido un poco más de tacto!—, le reprochó Carlos.

—Yo... lo siento. No pensé que se desmayaría—, se excusó mientras que él y Samanta se agachaban a su lado.

—Será mejor que la lleven a mi habitación antes de que recupere la consciencia—, les aconsejó Samanta.

De inmediato, Mario la cogió en brazos y salió del cuarto en compañía de Areces y Samanta.

—¿Alguien puede traducir eso?—, preguntó Carlos levantando la mirada hacia lo escrito en la pared.

—Yo al menos, no. No tengo mucha idea de francés—, reconoció Miguel —No obstante algunas de esas palabras son francesas, pero otras las desconozco. Opino que deberíamos hacerles una foto o apuntarlas para traducirlas en cuanto tengamos cobertura—, sugirió.

—Sí. Supongo que eso es lo único que podemos hacer—, dijo Carlos sacando un bolígrafo y una pequeña libreta del bolsillo y copiando la inscripción.

—¿De verdad vas a escribirlas? ¿Y tú móvil?—, preguntó Miguel mirándole con incredulidad.

—Si mal no recuerdo, creo que lo dejé en la maleta—, respondió antes de añadir: —¿Para qué necesito el móvil si no hay cobertura?—

—¡Para jugar o escuchar música, tío!—, le respondió Miguel como si no pudiera creer que alguien prescindiera voluntariamente del móvil.

—A este paso ya no vamos ni a saber escribir a mano—, murmuró Carlos guardándose la libreta en uno de los bolsillos del pantalón.

Un rato después, Areces regresó al cuarto y se detuvo frente a la pared para examinar detenidamente el aterrador mensaje.

—Definitivamente, estoy seguro de que eso es sangre—, dijo Carlos acercándose a su lado —¿Qué tal está Bibiana? —

—Estará perfectamente dentro de unos minutos, pero creo que ya no está tan segura de su teoría del sabotaje. Dudo mucho de que a partir de ahora quiera volver a dormir sola—, dijo sonriendo lánguidamente.

—En ese caso supongo que tendrá que dormir con Samanta. Deberíamos trasladar su cama a la otra habitación—

—Sí. Me imagino que eso será lo mejor—, dijo Areces mirando con curiosidad el mensaje y preguntando —¿Tiene alguna idea de qué significa?—

—En absoluto—, contestó Carlos —Me he quedado aquí mirándolo y preguntándome, no sólo por su significado, sino en cómo demonios ha podido alguien entrar en la habitación, destrozarla y pintar eso sin que ninguno de nosotros escucháramos nada—

—¿Qué quiere decir con eso?—

—Lo que quiero decir es que si todo esto es una patraña, hay que reconocer que su autor no solamente es todo un genio, sino que también es increíblemente silencioso—

—A no ser que... lo haya hecho ella misma—, indicó Areces.

—Eso no es lo que yo quería decir—

—¿De verdad? ¿Es que no le resulta extraño que cada vez que sucede algo extraño, Bibiana siempre esté por en medio?—

—¿Está acusando a Bibiana de algo?—, preguntó Carlos con tono agrio.

—No, no la estoy acusándola de nada—, le tranquilizó Areces —Pero reconozca que ella es la única que tuvo tiempo suficiente para hacerlo, Pudo haberlo hecho incluso cuando se levantó esta mañana y haber esperado a que estuviéramos todos abajo para dar la voz de alarma—, respondió acercándose a la pared y pasando un dedo sobre las letras mientras añadía:

—Más tarde hablaré con ella—

—De acuerdo, hágalo. Reconozco que podría haber sido así, pero sinceramente... no me la imagino haciéndolo. Sin embargo, creo por el momento será mejor que la vigilemos, solo por su propia seguridad. Además deberíamos localizar a Juanfra. Hoy no ha aparecido y para mí sigue siendo el principal sospechoso—, aclaró Carlos.

—En cuanto lleguemos a San Pedro me ocuparé de que alguien lo localice—, le aseguró Areces —Y por cierto. Me alegra que al descubrir el nuevo incidente haya mantenido usted la cabeza fría—

—Ya le dije que todo esto me desagrada, pero ahora que sé que el culpable tiene un cuerpo físico al que golpear, ya no me asusta—, afirmó complacido. Repentinamente, Areces posó una mano sobre su hombro y expuso con voz sosegada:

—El miedo es únicamente el abandono de la lógica en favor del instinto de supervivencia. El instinto nos mantiene alerta y la razón nos hace prosperar. El peligro es que tanto si cedemos ante uno, como si lo hacemos ante otro, ponemos nuestras vidas en peligro y errar en la elección puede ser nuestra última decisión—

—Curiosa reflexión—, dijo Carlos arrugando la frente —Yo siempre he creído que para poder enfrentarnos a nuestros miedos es mejor conocerlos—

—Sí, pero siempre y cuando también conozcamos lo que estamos dispuestos a hacer para conseguirlo—, añadió Areces con gesto serio.

—Cierto—, dijo Carlos mirando su reloj y añadiendo —Me encantaría seguir con esta conversación tan filosófica, pero creo que deberíamos ponernos en camino, ¿no le parece? Recuerde que la carretera todavía está cortada—

—No lo he olvidado, pero tranquilo que hay tiempo de sobra. He avisado a Juan por el teléfono satélite para que venga a recogernos. Llegará dentro de dos horas y le aseguro que no se marchará sin nosotros—, dijo mientras del interior de su chaqueta sonaba con insistencia el sonido de su teléfono —Discúlpeme pero he de atender esta llamada—, se excusó saliendo de la habitación.

—¿Diga?—

—Hola, Areces. Soy tu buen amigo Segarra—

—Lo sé, conozco tu número. Dime ¿Pasa algo? Lo digo porque ahora mismo estoy un poco ocupado y...—

—Pues olvídate de lo que estés haciendo y escúchame con atención—, le

interrumpió Segarra —¿Recuerdas que te dije que el infiltrado de Beaumont ya estaba en la isla?—

—Sí. Ahora mismo estaba hablando con él. Es bueno. Nadie diría que es un... “solucionador”—

—Pues será mejor que no le hayas dicho nada relevante, porque no lo es. Ese tipo no es quien creíamos—

—¿Cómo que no es quién creíamos? Tú fuiste el que me dijo que Carlos era el espía de Beaumont. ¡Por dios, acabo de ofrecerle una fortuna para...! ¡Mierda!

—, maldijo Areces dándole una patada a la pared.

—Pues lo siento, pero me equivoqué. El secretario de tu jefe acaba de llamarme para decirme que el verdadero está a punto de llegar y que “le facilite” la entrada en el país. Me ha pedido que esté atento a su llegada y que me ocupe personalmente de que tanto él, como su equipaje, no tengan que pasar los controles de entrada—

—¡Por dios santo! ¡Eres un estúpido, Segarra! ¡Me dijiste que eso ya lo habías hecho con Carlos, que él era el hombre de Beaumont!—

—Tranquilo, tranquilo... solo fue un pequeño error, pero te aseguro que ahora todo saldrá mucho mejor. Iré a recibirle y me aseguraré de tenerlo controlado—

—¿Pero cómo demonios pudiste confundirte? ¡Explícamelo!—

—Verás... acababa de asistir a una fiesta y... el nombre de ambos es el mismo...—

—¿Es que también se llama Carlos?—

—Casi. Se llama Carles Gerard y vendrá con pasaporte francés—

Areces descargó un fuerte puñetazo contra las maderas que recubrían la pared. Aquél estúpido borracho le había metido en un tremendo problema.

—¿Carles Gerard? ¿Estás totalmente seguro?—

—Completamente. ¿Le conoces?—

—He oído hablar de él y si Beaumont ha decidido enviarle es porque está pasando algo importante. Por lo que sé de ese Gerard, solamente le envían por un motivo; para acallar a personas incómodas—

—Eso no suena muy bien—

—¿Crees que podrías retenerle en el aeropuerto?—

—¿Y perder lo que tu jefe me paga? Olvídalo. Como mucho, podría avisarte en cuanto llegue—

—¿Avisarme? ¿Es que estás de broma? ¡Yo también te pago para que estés

alerta y me ayudes a solucionar los problemas más delicados!—

—Eso es cierto...—, reconoció Segarra —Pero tu jefe paga mucho mejor, así que...—

—Eres un puto cabrón, Segarra. Te juro que cuando todo esto termine, tú y yo vamos a tener unas palabritas—

—No considero que sea necesario perder las formas, Areces—, dijo con voz gélida. —En cuanto ese hombre llegue, hablaré con él y te informaré de lo que averigüe. Eso es todo lo que puedo hacer por ti—

—Creo que voy a necesitar que hagas algo más—

—Tú dirás...—

—Es posible que ese hombre venga para liquidarme, así que quiero que tengas preparados a algunos de tus hombres por si llegado el caso tengo que salir a toda prisa—

—No te preocupes. Si ves que la cosa se complica, avísame y te enviaré a alguien de confianza—

—De acuerdo, pero hay algo más. También quiero que me consigas un arma, algo discreto. Métela en una caja y haz que se la entreguen a Juan. Obviamente no es necesario que él sepa de qué se trata. Simplemente que le digan es una pieza que estaba esperando y que me la guarde en la lancha hasta que yo se la pida. En un par de horas estará aquí para trasladarme hasta la isla, así que tenéis una media hora para entregársela en el muelle. Yo la cogeré en cuanto llegue aquí y en lo que a ti respecta, me gustaría que mañana al mediodía nos reuniéramos en el hotel de San Pedro ¿De acuerdo?—

—Por supuesto, Areces. Ningún problema—

Capítulo 12. El ataque de los *Banuts*.

En cuanto Areces y el resto zarparon hacia Annobón, los trabajadores que integraban la cuadrilla a cargo de la instalación de los módulos de los nuevos alojamientos en el campamento, decepcionados porque el jefe no hubiera contado con ellos para aquellas inesperadas mini-vacaciones, decidieron que ellos también se tomarían el resto del día libre por lo que se reunieron en el porche de la oficina del campamento y se prepararon para pasar el resto del día comiendo hamburguesas y bebiendo cerveza.

Alrededor de las tres de la tarde, cuando todos sus compañeros estaban inmersos en una partida de póker, Adrián, a quien ya no le apetecía perder más dinero, decidió que lo mejor para su economía sería que se fuera a dar un largo paseo. Le apetecía caminar bajo el sol hasta encontrar un lugar tranquilo y aislado en el que poder poner en orden sus pensamientos.

Veinte minutos después llegó a un rincón de la costa en donde la hierba era suave y se tumbó sobre ella. Frente a él y apenas separado por unas rocas planas se encontraba el océano y a su espalda, las palmeras y las coloridas flores silvestres le conferían la tranquilidad que estaba buscando.

Desde el ataque que su compañero Alberto había sufrido en la cala estaba constantemente en estado de alerta. Se había obsesionado con la idea de que la isla no estaba tan deshabitada como les había hecho creer, y la inseguridad que sentía le había forzado a llevar siempre consigo un cuchillo colgado del cinturón.

Pero en aquel instante, la serenidad del lugar le tranquilizó y sonrió para sus adentros. Una abrumadora sensación de serenidad inundó su mente calmando su espíritu mientras se sumía en un profundo sueño.

Por primera vez en mucho tiempo se encontraba en paz.

A los pocos minutos, una figura se acercó sigilosamente hacia el joven que completamente ajeno a su presencia, dormitaba sobre la hierba.

Con un largo machete en la mano derecha, se arrodilló a su lado y dejó que el filo del metal proyectara una sombra sobre su cuello mientras lo observaba.

Un brillo entre las olas le hizo alzar la mirada hacia las canoas que se aproximaban. Volvió a mirar a Adrián. Sonreía.

“No será ahora, así que duerme, sueña y sé feliz por última vez, porque antes del anochecer tu sangre regará esta tierra”, pensó Juanfra levantándose y caminando hacia el lugar en el que sus hermanos desembarcarían.

Cuando se reunió con ellos, Nelida, su hermana y al mismo tiempo su *hounsi*, fue uno a uno untando sus frentes con un aceite oscuro. A continuación los guerreros *Banuts* hicieron un círculo a su alrededor y Juanfra recitó una larga oración vudú mientras que Nelida derramaba la sangre contenida en un cuenco a su alrededor y los guerreros comenzaban a temblar. Cuando la *hounsi* también comenzó a agitarse, los hombres pusieron los ojos en blanco y sus temblores se convirtieron en violentas convulsiones que se detuvieron al tiempo que la *hounsi* súbitamente se desvaneció.

Ahora, el blanco de sus ojos se había tornado rojo y sus miradas se habían vuelto totalmente inexpresivas.

—Ha llegado el momento que los Banuts tanto tiempo hemos aguardado. Los blancos se han encaminado hacia la prisión en la que nuestros antepasados confinaron a la mambo Vanda y cegados por la codicia y la ignorancia, están a punto de liberarla. Nuestra sagrada misión es impedir que lo hagan y es por ello, por lo que os he ungido con el Óleo Santo. Él os proporcionará el valor para acabar con ellos y os libraré de toda culpa. Ahora seguidme—

Casi dos horas después, Adrián se despertó sobresaltado por los chillidos de los pájaros que abandonaban las palmeras y volaban alejándose en dirección a Annobón. Notaba los músculos entumecidos así que estiró los brazos para desperezarse, movió el cuello a uno y otro lado y regresó con sus compañeros. Esperaba encontrárselos durmiendo a la sombra, pero cuando alcanzó la oficina se sorprendió al descubrir que no estaban allí, así que se dirigió hacia las casas en la que se alojaba su cuadrilla. Nada. Tampoco estaban allí.

Sin comprender en dónde se habían podido meter, miró con inquietud a su alrededor mientras su mano acariciaba el mango del cuchillo.

Aparentemente todo parecía estar en calma, pero había algo inquietante en el ambiente, algo que le hacía desconfiar.

Aunque el campamento parecía encontrarse desierto, le había parecido escuchar unos ruidos al otro lado de la casa y cuando dio un par de pasos en aquella dirección, los ruidos se repitieron provocándole un profundo escalofrío que le hizo detenerse en el acto. Confundido y preocupado se rascó la cabeza mientras miraba a su alrededor. Era extraño ¿Dónde habrían ido todos? ¿Habrían decidido irse ellos también hasta Annobón? No, imposible. Teóricamente ellos tenían trabajo para todo el día por lo que hacerlo habría sido una gran estupidez y aunque hubieran bebido, ninguno de ellos era tan tonto como para no darse cuenta de que si lo hacían, Areces se enteraría y les penalizaría por ello, así que forzosamente tenían que encontrarse en alguna parte de la isla ¿pero en dónde?

Entonces el sonido de un motor atrajo su atención, miró hacia la parte alta de la carretera y suspiró aliviado al distinguir la silueta de la furgoneta de José.

—¿Qué haces tú solo por aquí?—, le preguntó en cuanto se detuvo a su lado.

—Estoy buscando a mi cuadrilla...—, respondió —Me fui a dar un paseo y al volver ya no estaban. No sé en dónde coño pueden haberse metido—

—Pues lo siento por ti, pero creo que te la han jugado—, dijo José con una sonrisa —Hace cosa de hora y media vimos a una de las lanchas dirigiéndose a la cala Norte, así que supongo que deben de haberse ido a San Pedro. A nosotros, el jefe nos mandó que adelantáramos algo de trabajo y fuéramos despejando la carretera a mano mientras que él iba a por recambios y materiales, así que seguramente habrá mandado que vengan a por ellos para que les ayuden a cargarlo todo en las lanchas, pero viendo la hora que es yo apostaría a que ya no regresan hasta mañana. Ya sabes que ni Juan, ni Matías navegan de noche. Yo solo he venido a recoger un par de carretillos, pero ya que te has quedado solo... ven conmigo que ya tienes tarea—

—¡Mierda! ¡Qué hijos de puta!—, maldijo subiéndose a la furgoneta —Podrían haberse molestado en avisarme, joder—

—Por cierto—, apuntó José —¿Por casualidad no habrás visto a Juanfra por ahí, verdad?—

—No—, contestó encogiéndose de hombros —Y cuanto más lejos lo tenga, mucho mejor—, añadió ignorando lo cerca que había estado de él.

Y en cuanto a sus compañeros, ambos desconocían que en realidad solamente se encontraban a poco más de un kilómetro de donde estaban ellos y que jamás

volverían a verlos.

Francisco, el jefe de la cuadrilla dos, les había convencido para que le acompañaran hasta el manantial con la promesa de mostrarles algo increíble, pero en aquel momento los seis hombres se encontraban contemplando con una mezcla de desilusión y burla el muro de piedra que cegaba la entrada a la cueva.

—¡No me jodas, tío! ¿Para esto es para lo que nos has hecho atravesar media isla? ¿Para ver un puñetero montón de piedras viejas?—, le reprochó Agustín.

—Me cuesta muchísimo creer que ahí detrás pueda haber algo mínimamente interesante—, añadió con escepticismo, uno de ellos.

—Pues yo creo que sí que podría haber algo valioso—, defendió Aquiles, el mejor amigo de Francisco en la isla.

—¡Callaos ya, joder! ¡Si os digo que hay algo es porque lo sé de buena tinta, coño!—, protestó Francisco —Escuché una conversación entre el capataz y el palista, y el capataz le estaba diciendo que se abriera paso con la excavadora y que le avisara en cuanto llegara allí. Por lo visto, Areces le había mandado limpiar la zona y dejar la pala allí cuando terminara de hacerlo. Mario pensaba que Areces quería derribar ese muro cuando nadie le viera, y eso solo puede ser porque detrás tiene que haber algo muy valioso—

Juanfra surgió repentinamente de entre la vegetación, sorprendiéndoles.

—*Os aseguro que ahí detrás no hay nada delo que pensáis. Esas piedras son sagradas. Impiden que el espíritu de la Mamba blanca sea liberado. Si las derribáis, ella será libre y hará que los Nvumbis asolen el mundo de los vivos*—, dijo con voz profunda.

—¡Coño, el que faltaba!—, exclamó uno.

—¡Joder, qué susto me ha dado el chiflado!—, dijo otro de ellos llevándose las manos al corazón.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? El capataz lleva dos días preguntando por ti—, le preguntó Francisco.

Pero Juanfra les ignoró y continuó diciendo:

—*Los Banuts no lo permitiremos. Os aseguro que si no abandonáis la isla ahora mismo, moriréis. Esta es mi última advertencia*—

—¿Ya está otra vez el trastornado este con sus tonterías de magia negra y vudú?—, se quejó con voz jocosa otro —¿Por qué no te largas con tus supersticiones y nos dejas en paz de una puta vez?—

—*¿Acaso sois tan necios como para creer que me lo invento? Os lo advierto; ya habéis molestado a aquellos que custodian la entrada. Si continuáis adelante ninguno de vosotros vivirá para ver un nuevo amanecer*—, les advirtió.

—¿Es que acaso nos estás amenazando, imbécil?—, dijo otro encarándose con él.

—*Os he advertido y no habéis querido escucharme. Ahora os aguarda un espantoso final*—, finalizó girando sobre sí mismo y adentrándose nuevamente en la maleza.

En cuanto desapareció, los cuatro hombres se miraron embobados por la extraña actitud del joven.

—Ese chaval está muy mal—, dijo Daniel

—Deberíamos forzar a Areces para que lo despida de una puta vez—

—Lo que tendríamos que hacer con ese anormal, es darle una buena paliza a ver si así se espabila—

—No le hagáis caso. Ahí no hay ninguna serpiente ni nada parecido. No hay mambas en estas islas y aunque así fuera, por lo que yo sé, las mambas viven en los árboles y no en las cuevas—, les aseguró.

—Yo creo que no se refería a una serpiente, sino a una especie de hechicera vudú—, explicó Luís —Recuerdo que en cuanto llegué me contó una vieja leyenda sobre una hechicera cuyo espíritu estaba confinado en algún lugar de esta isla...—

—¡No me jodas tú también!—, le cortó Francisco —Tú puedes creer lo que te apetezca pero yo solamente quiero que todos comprendáis que si encontramos algo valioso, nos lo repartiremos entre los que trabajemos y el que no ayude, no verá ni un solo céntimo—

—Yo no estoy diciendo que no os vaya a ayudar—, se apresuró a responder —Solamente digo que de tus palabras se deduce que el capataz no expresó con claridad qué lo que pueda haber ahí detrás sea un tesoro. De haber algo, es mucho más probable que se trate de alguna antigüedad, quizás algún antiguo ídolo o algo similar—

—Luís, de verdad que no alcanzo a entender ese escepticismo tuyo. Tú mismo fuiste el que me dijo que habías aceptado este empleo porque necesitabas

hacer dinero y ahora, cuando te ofrezco la posibilidad de que lo consigas, vas y te echas atrás...—

—¡Precisamente por eso es por lo que tengo dudas! ¿Sabes lo que pasará si Mario o Areces descubren lo que estamos haciendo? Nos pondrán de patitas en la calle y...—, pero Francisco le hizo un gesto para que se callara de una vez.

—Me decepcionas. Habría asegurado que no eras un cobarde—, le recriminó.
—Y no lo soy—, replicó Luis con el rostro enrojecido por la rabia —Pero es que...—

—¡Pero es que nada! ¡Todo eso del vudú no son más que supercherías así que déjate de tonterías y comencemos de una puta vez!—, le cortó —Sin lugar a dudas, si ese tarado ha querido asustarnos es porque sabe que hay algo valioso tras esas piedras, así que no perdamos tiempo en discutir estupideces y averigüemos qué carajo hay detrás de ellas—, dijo elevando su pico por encima de los hombros y descargándolo contra el muro.

Entonces la tierra tembló bajo sus pies, las palmeras se agitaron bruscamente al mismo tiempo que una fina grieta comenzaba a extenderse a lo largo de toda la pared.

—¡Un terremoto!—, gritó Francisco.

—¡Deprisa! ¡Salgamos a campo abierto antes de que esas palmeras caigan sobre nosotros—, clamó Luis echando a correr por el sendero seguido de todos los demás.

Apenas se habían alejado un centenar de metros cuando el temblor cesó y en la soledad del manantial, una luz brotó a través de la fisura que comenzó a ensancharse hasta que finalmente todo el muro se derrumbó.

Casi al mismo tiempo, Francisco tropezó con una raíz y cayó quedando atrapado entre la vegetación. Desde el suelo, alargó la mano hacia uno de sus hombres.

—¡Ayúdame! ¡Tengo el pie atrapado!—

Pero este ignoró su súplica y continuó corriendo hasta que repentinamente se detuvo en seco, se giró hacia atrás y se llevó las manos al pecho mientras miraba con incredulidad la larga lanza que surgida de la nada se había clavado en él. En cuanto su cuerpo se desplomó sobre el sendero, el ataque comenzó.

Desde la vegetación que cubría ambos lados del camino, una lluvia de lanzas se abatió sobre todos ellos y a continuación un gran grupo de nativos saltaron sobre aquellos infortunados con una desconcertante velocidad.

Francisco tuvo la borrosa imagen de unos cuerpos musculosos de un metro ochenta de alto armados con una especie de largos machetes que derribaban a sus amigos y de forma compulsiva, descargaban brutales machetazos que entre desgarradores chillidos de terror y alaridos, salpicaban de sangre la vegetación de los alrededores.

Los crueles asesinos no tardaron más que un minuto en terminar con sus víctimas y entonces, se giraron y lanzando unos amenazantes chillidos caminaron directamente hacia él con los machetes en alto.

Francisco logró zafarse de las raíces que habían mantenido inmobilizado su tobillo y reuló intentando escapar hasta que su espalda tropezó con un tronco. Uno de los salvajes saltó hacia él, sujetó el machete con ambas manos, lo levantó por encima de su cabeza y cuando estaba a punto de descargar el golpe mortal, una densa bruma acre con un fuerte olor a podredumbre llegó hasta ellos. En ese mismo instante Juanfra apareció en lo alto del sendero, gritó unas palabras y los *Banuts* corrieron hacia él.

—*Es demasiado tarde*—, les dijo —*Dejad que Vanda se sacie con él. Eso le concederá tiempo suficiente al resto de nuestros hermanos para acudir en...*

—¿Quién eres tú para osar mentar mi nombre?!—

Juanfra miró hacia la parte baja del sendero descubriendo a una mujer surgiendo de entre la bruma.

Era realmente hermosa. Todo su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta sus largos y dorados cabellos, estaba casi completamente cubierto de joyas de oro y piedras preciosas. Un rayo de sol atravesó la espesura y al caer sobre ella se reflejó entre la bruma rodeándola de un halo brillante.

—¿Detenedla!!—, gritó Juanfra mirándola con ojos aterrados —¿Devolvedla a su cautiverio!!—

Al oírle, la mujer lanzó una carcajada que se extendió por toda la selva.

—*Venid a mí*—, dijo con voz profunda —*Mías son las almas de vuestros antepasados y mías serán las vuestras también*—, dijo a la vez que con un gesto de sus manos parecía lanzar la amarillenta bruma sobre ellos.

Con gesto fiero, los guerreros alzaron sus machetes y se abalanzaron hacia ella, pero en el momento en que la amarillenta bruma les envolvió se derrumbaron sobre el suelo agitándose tan violentamente que sus espaldas parecían estar a punto de partirse

Mientras corría sendero arriba, Juanfra escuchó los desesperados gritos de sus guerreros, pero no se detuvo. Sentía que un intenso miedo atenazaba su corazón, su valor había desaparecido en el mismo instante que su mirada se posó sobre la poderosa mambo. Su magia era demasiado poderosa. No podía enfrentarse a ella, o al menos, no podía hacerlo solo. Tendría que aguardar la llegada del *Houngan*. Sólo él podía contenerla y cerrar la puerta del mundo de los muertos.

—¡Juanfra!! ¡Ayúdame, por favor!—, sonó una voz a su izquierda.

Deteniéndose, giró la cabeza en su dirección y a pocos metros vio a Francisco arrastrándose entre la maleza. Este alzó su desesperada mirada hacia él, mientras decía:

—¡Nos han atacado! ¡Yo he escapado entre los helechos pero creo que me he roto un tobillo! ¡Han matado a todos los demás! ¡Los han asesinado a macheta...—, su voz se quebró al ver las salpicaduras de sangre que cubrían el cuerpo de Juanfra, el largo machete que colgaba de su cinturón y aquellos enormes ojos que le miraban con una mezcla de profundo desprecio y crueldad mientras decía con voz glacial:

—*Tú me servirás*—

Ataque al campamento

Unas horas más tarde, al anochecer, una nueva tormenta se cernió sobre Borikai y en el alojamiento número uno, la salita adoptó una apariencia sombría cuando la luz procedente de los dos halógenos empotrados en el techo tembló hasta que se apagaron.

Pablo levantó la mirada para examinar las luces al tiempo que su frente se cubría de sudor e intentaba alejar de sí una creciente sensación de desasosiego. La tormenta debía de haber hecho saltar el diferencial del generador principal por lo que aguardó a que el secundario arrancara. A los pocos segundos la luz regresó y aliviado, sintió cómo su corazón volvía a latir

con la cadencia habitual.

Pero entonces un sonido procedente del exterior atrajo su atención, así que agudizó el oído y volvió a escucharlo con más claridad. Era como un murmullo que se fundía con el ulular del viento. Se acercó a la ventana y miró a través de ella. Nada. No pudo distinguir nada anómalo.

Esbozó una sonrisa nerviosa al darse cuenta de que su mente le había jugado una mala pasada. Últimamente habían ocurrido tantas cosas raras que todos estaban un poco alterados, y el temblor que había sacudido aquella misma tarde no había hecho más que empeorarlo todo.

A punto de regresar al sofá, entrecerró los ojos y al forzar la mirada le pareció distinguir una sombra moviéndose tras una de las excavadoras. No. Definitivamente aquello no había sido su imaginación.

Una repentina sensación de inquietud invadió todo su cuerpo a la vez que notaba cómo su estómago se contraía. Era como si su sexto sentido le estuviera advirtiéndole de que algo terrible estaba a punto de suceder y no pudiera evitarlo porque desconocía su naturaleza.

Intranquilo, se aproximó todo lo que pudo al cristal y apoyó sus manos sobre él.

—¿Qué pasa? ¿Ha llegado Daniel?—

La voz de Adrián le sobresaltó haciéndole dar un pequeño brinco frente a la ventana.

—¡Joder! Que susto me has dado, coño—, le reprochó con la voz temblorosa.

—Lo siento, tío. No era mi intención—, se excusó. Y mirando hacia las luces del techo, preguntó —¿Crees que habrá vuelto a fallar el generador?—

Como única respuesta, Pablo le hizo un gesto para indicarle que se aproximara a la ventana, y añadió:

—Creo que está pasando algo raro. Te juro que he visto a alguien merodeando entre las excavadoras—

Adrián se situó a su lado y tras mirar durante unos segundos, dijo:

—Pues yo no veo nada, tío ¿Qué has visto exactamente?—

—Era algo como... como una sombra moviéndose cerca del motor—

Aunque Pablo trató de concentrar la vista en el punto que había indicado su compañero, la escasa luz no le permitió distinguir nada extraño.

—Tranquilo. Seguro que solamente ha sido algo arrastrado por el viento. Probablemente un trozo de lona, un saco vacío o algo similar—

Pablo sopesó las palabras de su compañero mientras se esforzaba por repasar mentalmente lo que había visto. Quizás su amigo tuviese razón, pero algo en su interior le gritaba que sus ojos no le habían engañado y que ahí fuera había algo y que no era precisamente un trozo de plástico.

—Venga, tómate una cerveza—, dijo Adrián alargándole una lata.

Pablo la cogió y sentándose nuevamente en el sofá, encendió el televisor mientras su compañero le escrutaba con mirada inquisitiva.

—Sé que no me crees—, le dijo —Pero estoy seguro de que he visto algo. Tengo el presentimiento de que ahí fuera hay alguien acechándonos—

—Tío... al final vas a conseguir meterme el miedo en el cuerpo—, dijo Adrián comenzando a pensar que, realmente, su compañero podría haber visto algo. Así que se puso en pie, caminó hasta la ventana y suspiró aliviado al ver acercarse las luces de una furgoneta.

—Ya ha llegado Alberto. A ver si ahora te calmas un poco—

Un par de horas después, la corriente eléctrica se había vuelto a interrumpir debido a la tormenta y Adrián, iluminándose con una linterna, se encontraba revisando los automáticos mientras que en el exterior, la tormenta continuaba arremetiendo con fiereza contra las paredes de los alojamientos haciendo que sus contraventanas de aluminio golpearan las fachadas metálicas y los árboles se agitasen bajo la lluvia.

Cuando escuchó un sonido similar al de un mueble cayéndose al suelo, que fue seguido de un grito ahogado y algo que solo pudo identificar como un estertor, Adrián sonrió al suponer que su asustadizo amigo se habría vuelto a caer de la estrecha cama, así que fue a la habitación contigua para confirmarlo y ya de paso, para reírse un poco de él.

En cuanto su mano rozó el pomo de la puerta, el estertor fue sustituido por una especie de murmullo y su mano se detuvo en seco.

Estaba claro que aquel sonido no lo había hecho su compañero, así que aferró la linterna metálica con fuerza, abrió bruscamente la puerta y dirigió su haz hacia el interior de la habitación.

La ventana estaba completamente abierta y la lluvia arremetía sobre dos siluetas inclinadas sobre el cuerpo de su amigo. Al verse descubiertos, ambos levantaron la cabeza y lo miraron con unos ojos vacíos de toda humanidad o sentimiento.

A la luz de su linterna, Adrián vio la sangre que les goteaba por la boca al tiempo que uno de los hombres parecía estar sosteniendo entre sus manos lo que parecía ser un gran trozo de carne y entonces, tuvo la certeza de que Pablo estaba muerto.

Retrocedió gritando hacia la puerta, pero antes de alcanzarla una de las ventanas estalló en mil pedazos y otro de aquellos salvajes entró en la casa al mismo tiempo que Alberto, alarmado por todo aquel estruendo, abrió la puerta de su habitación quedándose instantáneamente paralizado por el miedo.

Mientras tanto dentro del alojamiento dos, José se despertó alarmado. Estaba seguro de que había escuchado un grito así que saltó fuera de la cama y saliendo de su habitación corrió a la salita en la que su compañero Ignacio estaba mirando a través de la ventana con la cara pegada al cristal.

—¿Qué coño está pasando? ¿Quién ha gritado?—, preguntó angustiado.

—Es... es en la caseta uno. Juraría que alguien les está... atacando—, balbuceó mientras se estremecía al ver unas oscuras figuras moviéndose en la entrada del alojamiento.

Sus caras se aplastaron contra el cristal y un intenso miedo inundó a José al distinguirlos.

—¡Los veo! ¡Dios, joder!—

—¿Qué... qué hacemos?—, preguntó Ignacio en voz baja, como si inconscientemente sospechase que aquello fuera capaz de oírle a pesar de la distancia.

—No... no lo sé—, respondió José con un susurro entrecortado.

—¿Se puede saber qué hostias estáis haciendo?! ¡Joder, con tanto ruido no hay quien coño consiga dormir!—, exclamó Jordix entrando en el cuarto.

—¡Estamos en peligro! ¡Están intentando entrar en la caseta uno—, exclamó Ignacio.

—No... no lo están intentando. Ya han entrado—, afirmó José avergonzado al darse cuenta de que el miedo había logrado paralizar su mente. Tenía que reaccionar. Sus compañeros estaban siendo asaltados y si no hacían algo, ellos iban a ser los siguientes.

Unos gritos procedentes de la caseta uno provocaron que su miedo alcanzara un nivel alarmante.

—¡Tenemos que ayudarles!—, gritó Jordix girándose y buscando algo que pudiera servirle como arma.

La resuelta actitud de su compañero hizo que, por fin, José reacciona, corriera hacia el mueble de la cocina y sacando unos cuchillos del cajón, les dijo:

—¡Venga! ¡Coged uno y ayudémosles!—

Pero Ignacio pareció no escuchar su voz porque ni se movió, ni contestó.

—¡Eh, Ignacio! ¡¿Es que no me has oído?! ¡Tenemos que ayudar a nuestros compañeros!—, le repitió. Pero él, sin poder apartar la mirada de lo que estaba sucediendo al otro lado del cristal, respondió:

—No... salir sería un suicidio...—, tragó saliva con dificultad y continuó —... si salimos también nos matarán. Tenemos que quedarnos aquí y pedir ayuda—, sentenció.

Para José estaba claro que su amigo estaba en shock, pero Jordix, lejos de hacerle caso, abrió la puerta y cuchillo en mano se lanzó al exterior, y un segundo después José le siguió.

Si Ignacio era un cobarde, allá él y su conciencia.

Pero en cuanto salieron Ignacio reaccionó, aunque no de la forma deseada. Corrió hacia la puerta y apoyado en ella, cerró los ojos mientras al otro lado escuchaba unos horribles chillidos entremezclados con las alteradas voces de sus amigos. Estaban luchando.

Un par de minutos más tarde, cuando lo único que escuchó al otro lado de la puerta fue el enervante silencio que anunciaba el final de la pelea, supo que sus compañeros habían sido asesinados y que él, iba a ser el siguiente.

Lentamente caminó hacia su habitación, sacó su móvil del cajón de la mesita, pulsó sobre el número de su madre y a pesar de que nunca había habido cobertura en la isla, apretó el teléfono contra su oreja mientras esbozaba una sonrisa amarga. Una sonrisa que se transformó en una mueca de terror cuando descubrió que desde el otro lado del cristal de la ventana de su habitación, a tan sólo un metro de él, dos pares de ojos le observaban fijamente.

Al descubrirlos lanzó un alarido de pánico que fue engullido por el estruendo de la puerta de entrada al ser derribada. Los demonios venían a por él.

Lentamente la puerta de su habitación comenzó a abrirse dejando entrar la tenue luz de los halógenos de la salita y cuando esta se abrió por completo, un estremecimiento irrefrenable hizo que cerrase los ojos al tiempo que un hedor insoportable invadía sus fosas nasales y su mente, al borde del colapso e incapaz de asumir lo que estaba a punto de suceder, se desconectaba de su cuerpo y volaba muy lejos de su habitación y de aquella isla

Poco tiempo después, unas alargadas sombras surgieron del interior de los alojamientos de los trabajadores dejando tras de sí un reguero de huellas sangrientas, se arremolinaron alrededor de la excavadora y comenzaron a ascender por el sendero que llevaba hasta la mansión.

Capítulo 13. En San Pedro.

A la mañana siguiente, en cuanto el primer avión del día tomó tierra en el aeropuerto, un hombre con un elegante traje de algodón beige descendió de él y caminó directamente hacia el Audi con las ventanillas tintadas que le esperaba al pie de la pista.

Al acercarse, la puerta del conductor se abrió y un musculoso hombre de pelo rapado salió de él y le preguntó:

—Sargento Arturo Pérez del servicio de seguridad de la embajada española —, dijo mostrándole la documentación que le identificaba como tal.

—¿Arturo Pérez? ¿De verdad?—, murmuró con cierta burla —No tengo tiempo que perder, Arturo. ¿Supongo que el agregado de la embajada española me está esperando dentro, verdad?—

—Así es, señor. Si es usted tan amable...—, dijo abriéndole la puerta —El señor Segarra desea charlar con usted antes de que pase el control de entrada —

Gerard echó un vistazo al interior y vio a Segarra observándoles con curiosidad. En cuanto se sentó a su lado, cerró la puerta y volviéndose hacia el agregado, dijo:

—El señor Beaumont opina que es usted un incompetente, Segarra, pero yo creo que sencillamente es un estúpido, así que dígame ¿Cuál de los dos cree que está más cerca de la realidad?—

Segarra, con el rostro enrojecido por el atrevimiento de aquel petimetre, le recriminó:

—¡Cómo se atreve a hablarme así! ¿Sabe lo que podría hacer...?—, su voz se convirtió en un agónico estertor cuando la navaja automática de Gerard se hundió en su cuello. En un movimiento desesperado por atraer la atención del sargento, Segarra golpeó con el puño la ventanilla y en cuanto este abrió la puerta y su mirada se cruzó con la del asesino de Segarra, se llevó la mano a la funda sobaquera, extrajo velozmente su arma y con la mano izquierda agarrando el silenciador disparó un único tiro que impactó en el parietal izquierdo del agregado.

—Un disparo siempre deja menos sangre—, murmuró al tiempo que guardaba la pistola. Tras cerrar la puerta del agregado, se sentó en el puesto del

conductor, miró por el retrovisor interior, y dijo:

—Buenos días, señor Gerard ¿Ha tenido un buen viaje?—

—Buenos días, Arturo. La verdad es que no. En este rincón del mundo todo es una mierda cálida y húmeda ¿Y tú qué? ¿Cuánto tiempo has estado infiltrado en la seguridad de la embajada?—

—Cuatro largos meses, señor. Me alegro de que todo vuelva a la normalidad—

—Y yo de que vuelvas a ser mi ayudante. ¿Tienes todo lo que te encargué?—

—Por supuesto, señor. Todo se encuentra en el maletero—

—¿Y has averiguado algo que yo deba saber?—

—Nada demasiado relevante. Areces, el jefe de obra, también pagaba a ese saco de grasa al que acaba de dar pasaporte para que le mantuviera al corriente de las entradas y salidas del personal por lo que supongo que también le habrá avisado de su llegada y de su anterior “error”—

—Seguro que tanto Areces, como Segarra se han llevado una enorme sorpresa al saber de mi visita. Hiciste un gran trabajo al identificar al español y decirle a Segarra que él, era yo—

—Gracias señor. Pero en realidad fue muy sencillo. Segarra era tan prepotente que pensaba que nadie podría jugársela, y además... antes de venir le llevé a una fiesta y me aseguré de que un par de chicas le hicieran beber lo suficiente como para que no se tomara la molestia de comprobarlo—

—Gran trabajo, Arturo, gran trabajo—

Al mismo tiempo, las dos chicas cruzaron los brazos y tendidas en las camas de la habitación del hotel, apoyaron la cabeza sobre ellos y sonrieron. Estaban de buen humor. Su inesperado viaje a San Pedro las había proporcionado un día de tranquilidad.

—¿Bajamos a desayunar?—, preguntó Bibiana estirando los brazos.

—No me apetece nada levantarme—, respondió Samanta, con una voz un poco ronca, pues la galbana continuaba presente en su cabeza —Pero tengo hambre, así que supongo que no tendremos más remedio que hacerlo—, dijo levantándose y acercándose hasta la ventana.

El hotel era en realidad una gran casa de blancas paredes con el tejado y las ventanas en color verde y separado de la playa por la amplia terraza del bar y

algunos cocoteros que la proveían de una agradable sombra durante el mediodía.

El lugar era realmente precioso y aquella luminosa mañana el panorama se extendía sin límites.

Desde su posición en el piso superior del hotel, Samanta tenía una excelente vista del océano que se abría a apenas doscientos metros del hotel. Aquel hermoso espectáculo junto con el aire fresco de la mañana y el sol matinal hacían que se sintiera bien. Allí estaba lejos de la isla y eso, en cierta manera la animaba.

Su mirada recorrió la atestada terraza del establecimiento hasta detenerse sobre un grupo de personas que parecían llevar ya un buen rato sentados alrededor de una mesa.

—Los chicos ya están abajo—, apuntó

—Pues en ese caso será mejor que bajemos antes de que esos tragones acaben con todo—, sugirió Samanta levantándose y caminando hacia el baño.

Veinte minutos más tarde bajaron hasta el Hall del hotel y salieron para reunirse con el resto del grupo.

Había alrededor de una treintena de clientes diseminados entre las mesitas de la terraza y en uno de sus ángulos, unos músicos tocaban una alegre música que luchaba por sobresalir sobre el bullicio y los fragmentos de conversación que rebotaban a su alrededor provenientes de las muchas personas que paseaban entre los puestos del mercado distribuidos a ambos lados de la calle principal.

—¡Buenos días, señoritas! Las estábamos esperando—, saludó Areces con alegría. Pero a Samanta se le tensaron los músculos de los hombros. Había algo extraño en su manera de hablar y Mario, sentado a su lado, tenía el rostro desencajado y no dejaba de mirar a uno y otro lado como si algo le atemorizara.

Samanta entornó los ojos hacia él y con tono de fingida serenidad que encubría una inquietud real, le preguntó:

—Buenos días. ¿Por qué dice que nos estaban esperando? ¿Sucede algo?—

—Me temo que así es—, respondió alargándola un papel y añadiendo con una voz que sonaba como si estuviera a punto de revelar algo de una misteriosa importancia:

—Esta noche, alguien me ha dejado esta nota en la habitación—, dijo mientras Bibiana y Samanta comenzaban a leerla con atención:

“Los blancos creéis las cosas nunca cambian, que podéis venir a nuestras tierras y hacer lo que deseéis sin contar con nuestra opinión. No sois capaces de asimilar que este no es vuestro mundo, sino el nuestro; que nuestra cultura y creencias son distintas a las vuestras y que no sois bienvenidos.

Escarnecéis nuestras tradiciones y conocimientos simplemente porque teméis lo que no se puede ver. Pero nosotros nos movemos entre dos mundos y aunque os negáis a aceptarlo, vosotros mismos ya habéis comenzado a percibirlo.

Han comenzado a suceder cosas que los blancos ni tan siquiera alcanzáis a imaginar. Habéis ofendido a nuestros ancestros y ahora, todos habréis de pagar por ello.

No regreséis”

Si aquello inquietó a las chicas, ninguna de ellas mostró el menor signo de que así hubiera sido. De hecho, Samanta cogió tranquilamente la taza de café y mirando al grupo reunido en torno a Areces, preguntó:

—¿Alguien tiene alguna idea de quién es el autor de esta amenaza?—

Areces arrugó el ceño, se encogió de hombros y negó con la cabeza mientras que el temblor de sus manos le traicionaba provocando que un poco de su café se derramase de su taza cayendo sobre la mesa.

—Hasta hace un par de años...—, dijo esforzándose por mantener el control de su cuerpo y mantener una aparente serenidad —Había un grupo de fanáticos, *los Banuts*, que estaban empeñados en expulsar a todos los blancos de las islas y que nos causaron algunos problemas—, explicó —Hoy por hoy la policía afirma que su organización ha sido desmantelada por completo, pero viendo esto... yo diría que todavía quedan algunos en libertad—

—¿Cree que son realmente peligrosos?—

—¿Peligrosos?—, repitió Mario —¿Está bromeando? Son unos putos asesinos

—
Areces se volvió hacia él al mismo tiempo que golpeaba la mesa con el puño haciendo saltar todas las tazas que estaban sobre ella y con la voz entrecortada, decía:

—Al mes de llegar, esos cabrones asesinaron a machetazos a tres de sus compatriotas que habían decidido trabajar con nosotros e hicieron que todos los demás se fueran—

—¿Y no cree usted que debería habernos avisado de algo así?—, le reprochó Bibiana quien por el tono de su voz y la expresión de su rostro parecía estar manteniendo una lucha consigo misma para no perder las formas. Pero a pesar de sus esfuerzos era evidente que se encontraba muy alterada y que probablemente estaba a punto de arrojar la toalla y marcharse.

—La aseguro que lo habría hecho si el comisario no me hubiera asegurado que ya no nos causarían más problemas. Dudo mucho de que puedan ir más allá de esta simple nota, pero en las actuales circunstancias...—, Areces hizo una pausa para inspirar profundamente —...si desean irse las aseguro que lo entenderé—, dijo notando un creciente nudo en el estómago.

—No, no... —, se apresuró a responder Samanta —Reconozco que esa idea se me ha pasado por la cabeza en un par de ocasiones—, dijo meneando la cabeza, haciendo ondear su cabellera rubia —Pero no estoy dispuesta a dejarme asustar por unos salvajes—

—Lamento decirle que está usted muy equivocada—, terció una voz clara, dulce y penetrante que interrumpió sus palabras —Está claro que estoy condenada a inmismirme constantemente en sus conversaciones...—, dijo con una sonrisa la doctora Graña. Marian llevaba un vestido de gasa suelto, con estampaciones de flores y una pañoleta amarilla anudada en la cabeza que recogía su melena azabache. En su mano derecha sujetaba una copa de cristal con mucho hielo picado y un líquido transparente —Pero no he podido evitar prestarles atención... y siendo completamente sincera tampoco quería evitarlo—

—Hola doctora. Buenos días—, la saludaron Carlos y las chicas mientras que Areces y Mario la fulminaban con la mirada.

—Ya sé que negará todo lo que yo diga, señor Areces, pero como usted continúa negando lo evidente, me veo en la obligación moral de advertir a estos tres jóvenes de que su vida se encuentra en peligro—, dijo Marian.

—Como siempre, se equivoca otra vez más, doctora—, la contradijo Areces —Todos los presentes son testigos de que acabo de avisarles de que podrían estar en riesgo—

—Y lo ha hecho usted con mucho tacto—, replicó ella, devolviéndole la sonrisa —Tanto, que en realidad no les ha dicho que quieren asesinarles a

pesar de que es plenamente consciente de que esa es la realidad—

—Nadie les va a asesinar, doctora Graña—, masculló Areces.

—¿Y entonces, por qué no les ha contado que en menos de un mes ya haya muerto uno sus trabajadores y que otro más haya sufrido la amputación de varios dedos?—

—¡Maldita sea!—, vociferó Areces incorporándose con la cara roja de rabia

—¡Eso fueron simples accidentes!—

—¿Accidentes?—, replicó la doctora encarándose con él —¿Llama usted accidente a que un hombre fuera salvajemente destrozado? ¿Llama usted accidente a que alguien acuchillara y le amputara tres dedos a otro? ¿O acaso prefiere que hablemos de los anteriores “accidentes”?—

El rostro de Areces palideció de repente. Su expresión pareció congelarse mientras ideaba cómo librarse de aquella entrometida mujer antes de que continuara metiéndole el miedo en el cuerpo a su gente.

Finalmente, sacó el teléfono del bolsillo y agitándolo ante ella, dijo:

—La advertí de que si volvía a interponerse en mi camino la echaría de la isla...—, dijo con tono amenazante

Aquella observación sorprendió a la doctora, pero esta no tardó en echarse a reír.

—¿Usted va a echarme? ¿De verdad? Adelante. Hágalo si es lo que desea—, dijo mofándose de él —Señor Areces. Usted ha fracasado. ¡Sé que Beaumont no invirtió sus millones en un proyecto hotelero! ¡Sé qué es lo que están construyendo en esa isla y le aseguro que voy a denunciarles a usted, a su empresa y a todos esos funcionarios corruptos que les han ayudado a llegar hasta aquí!—

Sin mediar palabra, Areces buscó uno de los contactos en la memoria de su teléfono y casi al instante, dijo:

—¿El señor gobernador? Soy Areces, el ingeniero jefe de Borikai. El señor Beaumont me dijo que debía llamarle si tenía algún problema grave—

—Por favor, jefe—, le rogó Mario —No lo haga, jefe. Necesitamos a la doctora...—, pero Areces le ignoró y continuó con su conversación.

—Se trata de la doctora española de la clínica de San Pedro. Nos está causando problemas que amenazan la continuidad del proyecto y opino que debería ser sustituida de inmediato—

—¡Jefe! ¡Por dios, piénseselo un poco!—, insistió Mario —¡No podemos quedarnos sin médico!—

—Déjele, capataz—, dijo la doctora —Lo mejor que me puede pasar es que me despidan de forma improcedente. Yo regresaré a casa con un buen finiquito y lo que es más importante, con vida. Lamento no poder decir lo mismo de todos vosotros—, comentó mirádoles uno a uno.

Carlos acogió con gesto preocupado las palabras de la doctora. La situación estaba tomando un cariz que no le gustaba.

—Recoja sus cosas, doctora Graña—, dijo Areces volviéndose hacia ella con aire prepotente —Su contrato acaba de ser cancelado. El gobernador me ha asegurado que lo antes posible enviaran a un médico desde Malabo para sustituirla—

—Maravilloso—, murmuró Marian alzando su copa —Sin embargo, aún tengo que hacer algo antes de irme, pero dé por supuesto que intentaré mantenerle al margen de ello—

—Será mejor que no continúe inmiscuyéndose en mis asuntos. La aconsejo que abandone la isla cuanto antes—

—Y yo le aseguro que eso es justo lo que haré—, dijo con una sonrisa enigmática —Pero no será hoy. He quedado con una amiga para hacer una excursión; lo típico. Iremos a ver a unos chicos y... con un poco de suerte quizás hagamos algo interesante—

—No la he pedido que me cuente su vida sentimental, doctora... perdón, señorita Graña—, puntualizó Areces con ironía —Por lo que a mí respecta puede irse usted al mismísimo infierno—, replicó Areces.

—Usted siempre tan gentil—, repuso ella con tono mordaz —Si volvemos a vernos prometo recordarle sus palabras—

—Dudo mucho de que eso llegue a ocurrir—, dijo Areces.

—Quién sabe...—, suspiró ella —Vivimos en un mundo tan pequeño y al mismo tiempo tan misterioso, que todo puede suceder... o no. Pero igualmente le agradezco su interés y sus esfuerzos para que me vaya de este sitio. Por fin le perderé de vista y en cuanto a los demás... lo siento por vosotros, pero creo que ninguno saldrá con vida de Borikai—

Bibiana y Samanta se cogieron las manos con nerviosismo, con tanta fuerza que fuerza que cada una sentía los huesos de la otra. Las palabras de la

doctora y la expeditiva reacción de Areces eran demasiado preocupantes como para poder ignorarlas.

De repente se notó un leve temblor, una sacudida que fue rápidamente seguida de otra y otra más a la vez que todo el mundo comenzaba a balbucear y las palmeras se agitaban al tiempo que las bebidas que reposaban sobre la mesa se derramaban.

¿Qué está pasando?, pensó Samanta apretando la mano de Bibiana e intentando hablar. Pero no pudo hacerlo. El miedo la paralizaba.

Pensó que podría lograrlo si se quedaba completamente quieta, pero no consiguió hacerlo y muerta de miedo siguió agarrándola, esforzándose en reaccionar. De nuevo intentó decir algo, pero su boca continuó negándose a emitir sonido alguno. Quería preguntar, quería saber por qué todo se estaba moviendo, pero la voz continuaba sin querer salir de su garganta y se abrazó desesperadamente a su amiga.

Durante un par de segundos más, el movimiento se volvió más fuerte y luego, cesó repentinamente dando paso a un murmullo colectivo y al sonido de las sirenas.

—Tranquilas—, las calmó rápidamente Mario —Solamente ha sido otro pequeño temblor. Son muy habituales por aquí así que ya os acostumbrareis a ellos—

Y entonces, la voz de la doctora continuó diciendo:

—Os lo dije. Ninguno saldréis con vida de este paradisiaco infierno—, les advirtió alejándose y perdiéndose entre el barullo de la multitud.

Durante un interminable minuto todos guardaron silencio, recordando lo que habían oído, como si esperasen una aclaración o una disculpa por parte de Areces, pero entonces su teléfono sonó y Areces se apartó del grupo para atender la llamada

En cuanto finalizó, se llevó a Mario aparte y tras cruzar unas nerviosas palabras con él, el capataz salió corriendo en dirección al muelle mientras que Areces se volvía hacia los demás, y les anunciaba:

—Recojan sus cosas. Me temo que debemos regresar a la isla antes de lo esperado.

—¿Qué pasa?—, inquirió Carlos, preocupado —¿Algo anda mal? ¿Es por el terremoto?—

Areces solamente negó con la cabeza mientras le miraba fijamente a los ojos y con voz glacial, le respondía:

—Me acaban de llamar de la embajada. Desafortunadamente tenemos un inesperado visitante aguardándonos en el muelle y por lo visto... sorprendentemente es tocayo suyo—

El visitante del puerto.

—Suba esas cajas a la lancha, Arturo—, le ordenó el importante pasajero a su acompañante —Y tenga cuidado con ellas. Es un material muy delicado—

—Supongo que usted es Carles Gerard, “el delegado” del señor Beaumont ¿verdad?—, inquirió Areces, aproximándose hasta la lancha.

—Así es, Areces—, le contestó con frialdad.

—Al notar el temblor debí imaginarme que aparecería. Los nativos dicen que cuando la tierra tiembla está anunciando que se aproxima alguna desgracia. Al final tendré que darles la razón—

—¿Acaso mi presencia le incomoda?—

—No. Tan solo es que me sorprende que haya venido tan repentinamente—

—Miente usted mucho peor de lo que me habían dicho, pero tranquilo. Soy consciente de que a nadie le agrada mi presencia—

—¿Y puedo saber por qué?—

—Porque mi trabajo consiste en solucionar problemas, y viendo todos los que tienen aquí no debería cogerle por sorpresa—

—Pues lo ha hecho. Conozco su fama y no comprendo muy bien por qué le han enviado precisamente a usted—

—Supongo que ese es el motivo por el que el señor Beaumont me ha enviado; porque usted no comprende nada. El jefe ya se ha cansado de los continuos retrasos en el proyecto y me ha enviado con el propósito de que los solucione. Y le aseguro que lo haré ¿Entendido?—

—Entendido—, repitió Areces sin entusiasmo alguno —¿Y quién es ese gigante que le acompaña? ¿Su porteador?—

—Es Arturo, uno de los miembros del equipo de seguridad de la empresa—, respondió.

—¿De verdad cree que necesita un guardaespaldas?—

—Yo no he dicho que lo sea, pero lo cierto es que... nunca se sabe—, replicó Gerard —Hay ocasiones en las que la única forma de solucionar algunos problemas es recurriendo a alguien como él ¿me comprende?—

—Por supuesto—, respondió Areces girándose hacia Miguel y Mario que permanecían expectantes y sin saber qué hacer hasta que Areces les hizo un gesto para que les ayudaran a subir los cajones de aluminio a bordo. Mientras tanto, Gerard se quedó mirando a Bibiana y Samanta, y preguntó:

—¿Y ustedes, quiénes son?—

—Las han enviado para que me ayuden a solucionar el tema de la mano de obra, de ahí que me haya sorprendido su llegada—, dijo Areces —Suponía que ya no sería necesaria, pero está claro que me equivoqué—

Las dos chicas murmuraron un saludo al que Gerard correspondió con una leve inclinación de cabeza, y dijo:

—Evidentemente no han tenido demasiado éxito—

Ofendida por la prepotencia de aquel hombre, Samanta se adelantó un paso y con tono desafiante, replicó:

—Solamente llevamos tres días aquí y...—

—No intente excusarse. Tres días es tiempo más que suficiente para hacerlo. No recuerdo haber tardado nunca tanto en solucionar algo tan simple—

—¡Wow!—, exclamó Bibiana —Hacía mucho tiempo que no me encontraba con alguien tan pedante como usted—

—En realidad no lo soy. Los ineptos suelen confundir la eficacia con la pedantería, pero tranquilas. Estoy seguro de que si se están calladitas y prestan atención, muy pronto aprenderán algo que les será de utilidad para futuros trabajos—, y dirigiéndola una sonrisa, añadió —¿Qué tal si comienzan por ayudar a sus compañeros a cargar nuestro equipaje?—

—Realmente detestable—, murmuró Bibiana al tiempo que Gerard continuaba diciendo:

—Dígame, Areces ¿Qué hay de cierto en esos rumores que he escuchado sobre que los trabajadores se marchan porque están asustados?—

—Ya sabe cómo son estos isleños. Su vida gira entorno a la brujería y el vudú —

—Así que entonces, es cierto.... increíble—, murmuró con tono sarcástico — Muy bien. Supongo que no tendrá usted inconveniente en que nos alojemos con los trabajadores—

—Por mi parte no hay ningún problema. Puede usted dormir en donde le plazca, pero le advierto que el lugar en el que más incidentes suceden es en la mansión—

—Pues en ese caso lo haremos en ella. Ordene que nos preparen los cuartos más “embruados” que tengan—

—Mi habitación—, dijo rápidamente Bibiana mirándole inquisitivamente — Allí han pasado cosas realmente terroríficas, pero seguro que un tipo tan duro como usted ni tan siquiera se inmutará—, explicó con ironía.

—Delo por seguro—, replicó él —Usted lleva solamente tres días aquí ¿verdad?—

—Sí—

—¿Y no le resulta un tanto chocante que casualmente haya sido precisamente en su cuarto en donde más acontecimientos extraños han sucedido?—

—¿Qué está insinuando?—, preguntó ella dirigiéndole una mirada glacial.

—Por favor, la ruego que no me malinterprete. Simplemente exponía lo curioso que resulta que una persona ajena a la empresa y que además es la que menos tiempo lleva en la isla, sea precisamente la que más sucesos... llamémosles anómalos, ha presenciado—, respondió finalmente.

—La señorita no está mintiendo—, intervino Samanta defendiendo a su amiga

—Carlos y yo también los hemos presenciado—

—Ya. Y como no podía ser de otra forma, continúan las casualidades. Los tres que llegaron el mismo día. ¿Por casualidad no se conocerían ustedes de antes, verdad?—

—Está haciendo usted unas acusaciones muy graves—, dijo Carlos situándose frente a él —En primer lugar, ayer mismo las señoritas tuvieron una espantosa experiencia y en segundo lugar...—, dijo mirando directamente al guardaespaldas —¿Ese gigantón tiene un hermano gemelo o es que está pluriempleado?—

—Se está usted inmiscuyendo en algo que le queda demasiado grande, así que le aconsejo que sea un buen chico y que se calle—

—¿Y si no lo hago qué va a hacer? ¿Llamar a la embajada? Si necesita el número de teléfono, yo mis puedo darle el móvil del borracho de Segarra—, dijo con sarcasmo.

—No, no será necesario. Las cosas divertidas prefiero hacerlas yo mismo... fontanero—, respondió con voz tensa.

—Pues cuando quieras podemos divertirnos tú y yo juntos... “gabacho”—

—Ya está bien, Carlos—, intervino Areces intentando cortar la discusión antes de que inevitablemente esta terminara a puñetazos —Y en cuanto a usted, Gerard, le advierto que no voy a consentir este tipo de situaciones. Usted no es quién para dudar de la palabra de nadie. En mayor o menor medida, todos hemos visto cosas raras y su trabajo consiste en ayudarnos y no en acusarnos. Y en lo que respecta a las casualidades, dígame ¿no le parece mucha casualidad que el agregado de seguridad de la embajada española haya desaparecido justo el mismo día en que llega usted?—

—¿Se refiere a Segarra?—, preguntó Carlos, sorprendido.

—¡Oh! ¡Eso ha sido una desafortunada coincidencia! Pero tranquilos señores. Estoy seguro de que no tardarán mucho en volverle a ver—, dijo dejando entrever una clara amenaza.

—Quizás lo haga usted antes...—, le respondió Areces con tono desafiante.

—O si quiere saber en dónde se encuentra Segarra, a lo mejor podría preguntarle al propio guardaespaldas del agregado. Seguro que no está demasiado lejos—, apuntó Carlos mirando fijamente a Arturo.

—¡Vaya! Parece que esta mañana todos estamos un poco irascibles—, dijo con una amplia sonrisa Gerard pasándole un maletín de aluminio a su ayudante — Bueno... relajémonos y en cuanto a usted, Areces, será mejor que no se preocupe. Ahora que hemos llegado le garantizo que en una semana todo volverá a estar en orden—, le respondió —Arturo y yo, haremos que todo funcione como debe—

—¿Cuándo comenzará su análisis de la situación? ¿Mañana?—, preguntó Areces.

—No soy partidario de retrasar innecesariamente las cosas. Comenzaré en el mismo instante en que lleguemos—

—No dispondrá de mucho tiempo—, replicó Areces señalando una lejana pared de nubarrones que avanzaba lentamente desde el Oeste —Dentro de una hora tenía una reunión con Segarra, pero dado que ha desaparecido aprovecharé para atar unos cabos sueltos antes de regresar a la isla, motivo por el que no zarparemos hasta después de comer y para cuando lleguemos a Borikai, ya tendremos esa tormenta prácticamente encima...—

—Me asombra usted, Areces ¿De verdad cree que un poco de lluvia va a detenerme?—

—No es por la lluvia—, intervino Carlos —Procuramos no salir al exterior después del anochecer, pero si tú y tu gorila queréis hacerlo, allá vosotros—

—¿No le parece que temer a la oscuridad es tan infantil como tutear a los que están por encima de usted?—, dijo Gerard mirando a Carlos con desdén.

—Lo que me parece es que deberías de ser un poco menos arrogante—, respondió Carlos avanzando directamente hacia él.

—Será mejor que no lo intente... Carlos—, repuso Arturo, interponiéndose en su camino.

—¿Y eso por qué... “sargento”?—

—¡Ya está bien! ¡Tranquilos todos!—, gritó Areces intentando sosegar los ánimos, y mirando a Gerard le señaló con el dedo, y añadió:

—Cuando lleve aquí unos días comprenderá que nuestra norma de no salir después de la puesta de sol es más que prudente—

—Debo confesar que nunca esperé encontrarles a todos tan nerviosos—, reconoció Gerard con ironía —Siempre es de lamentar que algo tan banal como el miedo entorpezca la que podría ser una cordial relación—, añadió haciéndole una seña a su guardaespaldas para que se apartara —Les aseguro que nada me agradaría más que verles a todos felices y sonrientes, pero claro, imagino que eso no sucederá hasta que me vaya, así que será mejor que dejemos nuestra agradable conversación para más adelante y que nos relajemos dando un largo paseo, o mejor aún; ustedes paseen mientras que nosotros vamos a la isla. No estoy dispuesto a perder ni un solo minuto por una de sus inútiles reuniones, así que zarparemos de inmediato—

—Yo he sido quien ha contratado estas lanchas y le aseguro que ninguna de ellas zarpará sin que yo lo autorice—, le advirtió Areces haciéndole un gesto a Juan y Matías para que desembarcaran al tiempo que un rictus de furia se dibujaba en el enrojecido rostro de Gerard.

Jamás habría esperado que escucharía esa frase u otra similar de Areces, pero cuando lo hizo supo que algo no andaba bien y que su trabajo sería mucho más complicado de lo esperado. Areces podía estar asustado o asfixiado por la situación, pero evidentemente era un hombre valiente, tremendamente inteligente y con mucho más poder del que se había pensado. Estaba seguro de que Segarra le había informado de su inminente llegada. En ese momento, Areces podía haber huido, pero en lugar de hacerlo se quedó a esperarle y eso solo podía significar una cosa; que habría tomado precauciones.

—Reconozco que me sorprende, Areces—, dijo —Está claro que me oculta algo importante, pero puede estar seguro de que lo averiguaré—

—Y yo creo que el motivo por el que ha venido dista mucho del que nos ha

dicho. Veremos quien descubre antes las cartas del otro—

—No sé a qué se cree que está jugando, Areces. Pero le aseguro que no tardaré en descubrirlo y en cuanto lo haga... se arrepentirá de haber querido jugar con los niños grandes—

La doctora llega a Borikai

Al mismo tiempo, una pequeña lancha de recreo abandonaba el muelle con rumbo Suroeste. A bordo iban Marian y Lucía.

En cuanto la silueta de la isla de Annobón se fundió con el horizonte, una extraña sensación comenzó a apoderarse de ellas.

—Esto no es una buena idea. No sé por qué demonios he accedido a llevarte a Borikai—, refunfuñó Lucía—Cuando me llamaste, pensé que por fin habías entrado en razón y que te marchabas, pero no. Tan solo querías continuar metiendo las narices en donde no debes hacerlo—

—Te prometo que mañana me iré, pero antes de hacerlo he de averiguar qué está pasando en Borikai—

—¿Pero qué es exactamente lo quieres averiguar? Ya te he dicho muchas veces lo que pasa en esa isla. Está maldita—

—Y cada vez que me lo has dicho yo te he respondido que no creo en maldiciones—

—¿Y te crees que porque tú no creas en la maldición esta no te afectará? Te lo advierto; yo no voy a poner un pie en ella. Te dejaré en la costa, me iré y a partir de ahí... tendrás que arreglártelas tu sola—

—Tranquila. Allí conozco a alguien que me ayudará—

—¿Y quién le ayudará a él? Ahora que la isla está prácticamente desierta, los *Banuts* aprovecharan el momento para terminar con todo el que se encuentren

—

—¿Los *Banuts*? ¿Se puede saber qué pintan los rebeldes en todo esto y porqué están tan interesados en esa isla?—

Lucía apretó con fuerza los labios. Era consciente de que no tendría que haber mentado a los *Banuts* y también de que no debería contarle nada más, pero

apreciaba a Marian y sabiendo el peligro que corría no podía quedarse callada. Tenía que intentar hacerla entrar en razón.

—¿Recuerdas que te dije que todos los habitantes habían aparecido muertos?

—

—Sí—

—Pues en realidad no fue así. Hubo seis supervivientes que se salvaron escapando de la isla a bordo de una canoa. Los únicos supervivientes de la aldea de Banutae. Cuando alcanzaron Annobón e informaron a los ancianos de lo sucedido, estos enviaron a muchos hombres en busca de un *houngan*, para los blancos es algo así como un brujo muy poderoso, y cuando lo encontraron, los guerreros de todas las aldeas le acompañaron de regreso a Borikai. Querían acabar con la hechicera blanca que gobernaba la isla, pero cuando la encontraron, descubrieron que estaba protegida por muchos *Nvumbis*, guerreros a los que había arrebatado el alma para que la sirvieran. Entonces sucedió una gran batalla y muchos hombres murieron, pero finalmente lograron confinar a la hechicera en una cueva sobre la que el *houngan* lanzó un poderoso hechizo para que jamás pudiera escapar de ella y para evitar que alguien pudiera ayudarla, se prohibió que cualquier persona volviera a pisar esa isla. Pero ahora los blancos habéis alterado la paz poniéndonos a todos en peligro y precisamente por ello, los *Banuts* han intentado asustaros para que os fuerais, pero no habéis hecho caso y ahora ya es demasiado tarde y todos los de la isla morirán—

—¿Me estás diciendo que un grupo de nativos puede atacar en cualquier momento a los trabajadores de la isla?—

—No. Lo que te estoy diciendo es que probablemente ya estén allí, y si ellos fracasan, hay muchos más preparándose para hacerlo. Harán lo que sea necesario para que la *mambo* Vanda no salga de la isla... y también para que nadie que conozca su existencia pueda contarlo. Ningún blanco sobrevivirá—

Cansada de aquellas continuas advertencias sobre la maldición vudú, Marian optó por ignorarla y alzó la mirada hacia el gris y amenazador cielo. La lancha se agitaba entre las olas del encrespado océano mientras que ella, agarrada a un asidero de la cabina, se esforzaba por controlar el intenso mareo que sentía.

Cuando divisó la silueta de la isla en el horizonte, volvió la cabeza hacia Lucía sonriéndola con gratitud, pero ella ni tan siquiera la miró. Tras la

acalorada discusión que habían mantenido al salir del puerto y en la que Lucía la había acusado de engañarla, la enfermera se había sumergido en un profundo mutismo. Era como si hubiera asumido que ya que la doctora despreciaba por completo todas sus tradiciones, el hecho de que quisiera suicidarse no tenía por qué importarla.

—El mar está muy agitado—, murmuró Marian mientras la proa de la lancha se escoraba hundiéndose en el mar antes de resurgir entre la espuma.

Lucía continuó ignorándola, así que nuevamente insistió:

—¿Tienes chalecos salvavidas a bordo? Creo que me sentiría un poco más tranquila sabiendo en dónde están—, pero ella siguió sin decir ni una palabra.

—¿Es que no piensas hablarme nunca más?—, preguntó Marian con voz compungida.

—No lo sé—, respondió Lucía —No te lo mereces—

—Siento la discusión de antes—, se disculpó Marian —Pero debes entender que lo estoy haciendo para ayudar a esos hombres—

—Tendrían que habérselo pensado antes de venir, o al menos, haber hecho caso cuando se les advirtió del peligro que correrían, pero no... desdeñaron todas nuestras advertencias. De todas formas todo eso ya da igual. Llegaremos en unos quince minutos—

—Gracias. Y por si sirve de algo, te diré que en cierto modo podrías tener algo de razón—, dijo Marian, observando el encrespado mar.

Al cabo de un instante, Lucía se encogió de hombros y preguntó:

—¿Tienes algún plan para cuando llegues a tierra firme? ¿Sabes a donde irás primero?—

—Supongo que iré hasta el campamento. Allí están las oficinas así que me imagino que a alguien me encontraré—

—¿Y vas a intentar convencerlos de que se marchen?—

—Todavía no saben que me han despedido así que les diré que he ido para hacerles el reconocimiento médico y aprovecharé para sonsacarles algo. Sí descubro lo que Areces me está ocultando, llamaré por radio a la embajada e informaré de que todos los trabajadores han de ser inmediatamente trasladados a la capital debido a una grave intoxicación alimentaria—

Lucía asintió distraídamente, mirando por encima del hombro de la doctora mientras preguntaba:

—¿Y qué crees que pasará cuando descubran que están completamente sanos?

—

—Para cuando hayan terminado de hacerles las analíticas, yo estaré camino de España—, respondió —Y si lo que dices es cierto, al menos ellos estarán a salvo—

—Eso si es que todavía continúan con vida cuando llegues—

—Seguro que sí—, aseguró Marian mientras veía la blanca espuma que provocaban las olas al estrellarse contra las rocas de la base del acantilado —Dime, Lucía ¿En qué parte de la isla vamos a desembarcar?—

—Lo siento, pero no. Ya te he dicho que yo no bajaría a tierra. Te dejaré en la cala del cobertizo y regresaré a Annobón—

—¿Y no podrías hacerlo un poco más cerca del campamento? No me gustaría que esa tormenta me sorprendiera sola y en mitad de la isla...—

—Por eso no te preocupes. La tormenta se dirige hacia el Este, así que dudo mucho que llegue a tocar la isla. Además... no creo que sobrevivas más allá de un par de horas—

Por un instante se produjo otro incómodo silencio que se rompió cuando Marian se desató el agobiante nudo que se le había formado en la garganta, y dijo:

—Desde luego, tengo que reconocer que eres muy testaruda y que te crees lo que dices Lo tienes todo muy claro—

—Todo no. En realidad hay algo que querría preguntarte—, dijo —¿Le has dicho a alguien más que venías a la isla?—

—No. No se lo he dicho a nadie—, respondió Marian.

—¿Pero... ni tan siquiera a tu familia, en España?—

—No, tampoco a ellos, buen en realidad es solamente a ella, a mi madre. No quería preocuparla inútilmente, pero ahora me arrepiento de no haberlo hecho —, se lamentó mirando nuevamente hacia los acantilados que ya se encontraban a menos de trescientos metros.

—Pues entonces será mejor que me apuntes un teléfono de contacto para... —, de pronto se interrumpió y Marian se dio cuenta de que su compañera miraba con inquietud hacia la costa.

—¿Pasa algo?—, preguntó advirtiendo que había advertido algo extraño.

—No. Probablemente no sea nada...—, respondió con voz tensa —Es sólo que... me pareció ver unas canoas entre las rocas de aquel acantilado...—

—¿Unas canoas? ¿Te refieres a canoas de *Banuts*?—

—Ya te he dicho que no creo que sea nada... pero mejor... por si acaso

aléjate de esa zona, por favor—

Súbitamente algo embistió la lancha con violencia y esta se balanceó tan bruscamente que Marian salió despedida por el aire mientras todo daba vueltas a su alrededor hasta que su cuerpo se hundió en el frío océano. Desesperada, trató de alcanzar la superficie, pero era imposible. Sus fuerzas no bastaban para luchar contra la fuerte corriente que tiraba de ella hacia el fondo. En un último y desesperado intento hizo acopio de las pocas fuerzas que la quedaban, se impulsó aún con más fuerza y consiguió que su cabeza sobresaliese por encima del agua. Su boca se abrió aspirando todo el aire que fue capaz, tragó agua de mar, tosió y al ver la cercana costa, comenzó a lanzar un brazo tras otro al tiempo que se impulsaba con los pies tan fuerte como le era posible. Estuvo segura de que lo conseguiría hasta que fue engullida por una gran ola que volvió a sumergirla.

Al mismo tiempo que su cuerpo se hundía, su terror se acrecentaba, su vista comenzaba a nublarse y justo cuando se sumía en la inconsciencia que precede a la muerte, como en un mal sueño creyó ver a su amiga rodeada por unas oscuras figuras.

Capítulo 14. Marian en la cueva.

Marian abrió los ojos y al descubrir que se encontraba tumbada sobre un rudimentario camastro situado en el interior de una cueva, notó un escalofrío de miedo recorriendo su columna vertebral y expandiéndose por todo su cuerpo.

Miró a su alrededor y el escalofrío se intensificó al descubrir una larga cadena con argollas y un altar decorado con flores frescas entre las que asomaban diversos artículos religiosos.

Forzó la vista intentando ver un poco más allá de la tenue iluminación que confería la lámpara de gas que colgaba a un par de metros de ella. De repente, notó el tacto de la manta sobre su piel y cuando bajó la mirada, su miedo se hizo más intenso al descubrir que bajo la manta que la cubría se encontraba totalmente desnuda.

“*¿Qué lugar es este?*”, se preguntó a medio camino del pánico y la duda mientras se enrollaba la manta alrededor del cuerpo y se ponía en pie.

Arrimada a una pared descubrió su ropa colgando de una cuerda. Era obvio que quien se la hubiera quitado, también la había tendido para que se secara.

Caminó descalza y en silencio sobre la esterilla de paja que cubría parte del suelo hasta que llegó a ella y tras comprobar que todavía estaba húmeda, cogió unos pantalones de trabajo, una camiseta azul y unas zapatillas de loneta azul que descubrió en una bolsa colgada de la pared y se vistió mientras pensaba que, si su ropa todavía no se había secado, era porque no debía de llevar allí más de tres o cuatro horas.

No le extrañó que no pudiera encontrar las zapatillas deportivas que llevaba en la lancha. Posiblemente las había perdido durante su intento por alcanzar la costa y... vaya; no recordaba haberla alcanzado, pero sí recordaba que una ola la había vuelto a sumergir, pero entonces... en ese caso debería haberse ahogado.

Se esforzó por intentar recordar cómo había alcanzado la costa, pero fue en vano. Posiblemente se había quedado inconsciente y la marea la había llevado hasta la playa en donde algún nativo la habría encontrado y trasladado a... ¿A dónde? ¿Qué era aquél lugar? Le daba igual.

No podía detenerse a pensar. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Una ligera corriente de aire flotó hacia ella y supo que debía seguirla. Echó a

correr por un estrecho pasadizo hasta distinguir la luz del sol. Ya casi estaba fuera, pero entonces se detuvo. La luz había quedado bloqueada por una oscura silueta que ahora se recortaba sobre ella,

—¿Qui... quién eres?—, preguntó con voz entrecortada

—No temas. Ven—, respondió suavemente la figura, y apenas se hubo apagado el leve eco, repitió —Ven. No te haré daño—

Pero Marian continuó retrocediendo por el pasadizo hasta alcanzar el umbral de la cueva en la que se había despertado, y desde el otro lado de la cortina, le suplicó:

—¡Por favor! ¡Detente, seas lo que seas!—

—¿Lo que sea?—, murmuró la figura deteniéndose al otro lado de la tela — Tranquila. Yo no soy como “ellos”. A mi lado no corres ningún peligro—

“No”, pensó Marian, abrazándose a sí misma. “No le escuches”, y se deslizó hasta agazaparse al otro lado del camastro, mientras seguía oyendo:

—Soy tu amigo. No quiero hacerte ningún daño—

Su captor estaba ya muy cerca, casi a punto de entrar.

—Por favor ¿Quién eres y qué quieres hacer conmigo?—, preguntó observando aterrada a la figura cubierta de los pies a la cabeza por una larga túnica verdosa.

En el interior del capuchón que ocultaba su rostro, dos brillantes ojos centellearon antes de responder:

—Soy un *houngan*. Para vosotros soy una especie de hechicero vudú, y necesito de ti para que me ayudes a liberar los espíritus *Lua* que han poseído los cuerpos de mis guerreros. Desde ahora, tú serás mi ayudante, mi *hounsi*—

—Yo... yo no puedo ayudarte. Yo sólo quiero irme... por favor, deja que me vaya...—, suplicó.

—No puedes irte. Ya es demasiado tarde para ti. El espíritu de la mambo Vanda ha sido liberado, ha escapado de su confinamiento y solamente yo puedo evitar que lo consiga. Pero necesito de ti. Tú has tomado el Óleo Santo. Yo lo noto y ella también lo nota. Vanda vendrá a por ti porque solo tú y el gran *Houngan* blanco podéis cruzar al otro lado y necesita de ti para mantener abierta la puerta antes de que su llegada se lo impida. Te necesita, y por ello no abandonará la isla hasta que seas suya. Pero yo te mantendré a salvo hasta que el gran *Houngan* y mi gente lleguen—

—Pero yo no sé nada de vuestra... magia, del vudú...—

—Eso no importa. No necesitas saber nada de la magia, porque hace mucho

que formas parte de ella—, replicó con una risita. Su voz seguía siendo afable, pero al mismo tiempo tenía un cierto deje de impaciencia.

—¿Qué... qué quieres decir con...?—

—Quiere decir que la isla te ha llamado y tú has acudido a su llamada—, dijo una mujer igualmente vestida que apareció tras él —Ya nunca podrás regresar al mundo de los vivos porque ya no perteneces a él. Tu espíritu solamente permanece atado a tu cuerpo por la magia de mi hermano. Deberías haber perecido en el mar, pero el Óleo te mantuvo entre los dos mundos dándome tiempo para que te trajera a su lado y él te ayudara. Ahora, su poderosa magia es la que te mantiene en este mundo—, dijo acercándose a ella y apartando la capucha que ocultaba su rostro.

—¿Quién eres? ¿Eres... sois hechiceros?—, murmuró con voz incrédula.

—Tranquila Marian. Muy pronto te olvidarás de todo esto—, la dijo —Debes ponerte en camino, pero antes has de olvidar todo lo que se refiere a nosotros y a este lugar—, dijo sujetándola fuertemente por los brazos mientras las fuerzas la abandonaban y Juanfra la forzaba a beber un denso y amargo brebaje oscuro.

Regreso a Borikai.

En cuanto la lancha atracó en la cala, Areces saltó a la arena y miró con enojo a su alrededor mientras los demás comenzaban a desembarcar:

—¿Dónde demonios se supone que se ha metido todo el mundo?—, murmuró

—Deberían de estar aguardándonos con la furgoneta—

—A lo mejor es que todavía no han terminado de limpiar los laterales del desprendimiento—, apuntó Mario.

—¿Y entonces qué coño han estado haciendo? Les ordené que se centraran en ello y que nos esperaran aquí—

—Teniendo que hacerlo a pico, pala y carretillo les habrá llevado más de lo esperado—, insistió Mario.

—Aunque así haya sido, eso no es excusa. Les dije que vendríamos cargados de material y que trajeran la furgoneta hasta la cala para cuando regresáramos, y tampoco la veo por ningún lado—, rezongó Areces asomándose a la carretera.

—Ya veo que lo tiene usted todo bajo control—, ironizó Gerard comenzando a

caminar.

—¡Váyase a la mierda!—, exclamó Areces dándole una patada a una rama y poniéndose también en marcha.

Una hora más tarde alcanzaron la mansión. Por el camino, a Areces le había entrado un ataque de ira cuando descubrió que el desprendimiento seguía prácticamente igual que cuando se fueron y que la furgoneta todavía continuaba detenida frente a él. Nadie había hecho nada de lo que él había ordenado y ardía en deseos de que le explicaran qué coño habían estado haciendo.

Mario abrió la puerta y pasando al interior, pulsó reiteradamente el interruptor de la luz, diciendo:

—No hay electricidad. Deben haber vuelto a saltar los automáticos—

—¿Estás seguro? Podría ser la lámpara—, dijo Areces buscando una explicación un poco menos problemática.

—No. Tiene que ser la corriente—, insistió Mario yendo hacia las escaleras y pulsando el otro interruptor sin ningún resultado.

Detrás de ellos, Gerard soltó una carcajada y añadió:

—No le auguro un futuro muy prometedor, Areces. No es usted capaz ni tan siquiera de mantener en funcionamiento la electricidad...—

—¡Se trata solamente de un problema con los generadores!—, se defendió él

—¡Si tu jefe hubiera nos dedicado la centésima parte de lo que le dio a los putos americanos, las cosas funcionarían!—

—Lo único que yo veo es que no hay electricidad y a estas alturas eso es un fallo imperdonable—, agregó Gerard.

—No creo que sea para tanto—, dijo Manuel abriendo las persianas y dejando que entrara la luz.

—Y yo tampoco, pero lo que no entiendo es por qué no se ha activado la corriente auxiliar—, murmuró Mario con el entrecejo fruncido mientras abría el armario de los automáticos y exclamaba:

—¡Jesús! ¡¿Cómo coño va a funcionar?! ¡Alguien ha bajado todos los automáticos!—, dijo reactivándolos.

El suministro principal de corriente continuó interrumpido, pero el generador auxiliar se activó y las luces se volvieron a encender en toda la mansión.

Mario estaba pensando que aquello era algo muy extraño. No comprendía quién podía haber desactivado todo el sistema y aún mucho menos el motivo

por el qué lo habría hecho.

—¿Y qué hay de las cámaras de seguridad?—, preguntó Gerard.

—Bueno, en realidad solamente hay una cámara en toda la isla. Está situada en la oficina del campamento, pero hace mucho que no va...—, respondió Mario.

—¿Quiere decir que solamente hay una cámara de vigilancia y que además, está averiada?—, insistió Gerard.

—Sí. Que yo sepa todavía no han inventado una que siga funcionando con el condensador quemado y además sin electricidad—, respondió, molesto.

—Así que no disponen ni de una sola cámara de vigilancia—, continuó diciendo con incredulidad.

—Ya le hemos dicho que sí—, suspiró Mario.

—¿Y a ninguno le importa lo más mínimo? ¿Es que no se dan cuenta de que podría haber sucedido cualquier cosa? Esos saboteadores podrían haber quemado esta mansión y nunca habría pruebas para inculparles—

Entonces, desde algún sitio en la distancia, les llegó el sonido de gritos y chillidos, y Areces ordenó:

—¡Mario! ¡Vaya a la cocina y eche el cerrojo de la puerta! ¡Manuel y Miguel! ¡Acompañadle y aseguraos de que todas las ventanas se encuentran bien cerradas! ¡Carlos! ¡Usted ayúdeme a revisar las de esta planta!—

—Un poco exagerado para mi gusto...—, le interrumpió Gerard —Pero sin duda es usted un hombre con gran predisposición para el mando. Lástima que sus aptitudes hayan aflorado tan tardíamente—, le comentó Gerard a Areces, quien de inmediato, respondió:

—Le aseguro que, al contrario que usted, yo sé lo que me hago—, afirmó.

—Permítame que lo dude. Un jefe ha de saber en todo momento dónde están sus hombres y qué están haciendo. Ha de ser un ejemplo a seguir—

—¿Acaso lo es usted?—, replicó Areces encarándose con él.

—Por supuesto que sí—, respondió Gerard —Soy un trabajador incansable. No fumo, no bebo, jamás me quejo...—

—Estoy completamente seguro de que todos sus amigos le consideran un modelo a imitar—, comentó Carlos con tono mordaz.

Gerard se volvió hacia él y le miró con frialdad.

—Le tengo calado, Carlos—, dijo moviendo la cabeza de un lado a otro —Sé reconocer a un garbanzo negro en cuanto lo veo y usted lo es. Es uno de esos hombres a los que no les gusta aceptar órdenes y que se escaquean en cuanto

pueden, pero ahora yo estoy aquí y le aseguro que eso no va a suceder. Voy a ocuparme personalmente de usted—

—Si con personalmente quiere decir sin su gorila...—, murmuró acercándose hasta situarse a veinte centímetros de él —Le aseguro que aguardaré ese momento con impaciencia—

En ese instante, Mario irrumpió corriendo en el vestíbulo y con el rostro completamente blanco, dijo:

—¡Vengan todos!—, y sin darles tiempo a reaccionar regresó a toda velocidad por el pasillo.

Sin saber qué había ocurrido, todo el grupo le siguió en tropel y al alcanzar la entrada de la cocina notaron un olor, dulzón y pegajoso que les hizo estremecerse. Cuando entraron, Carlos retrocedió de inmediato y se interpuso ante las chicas.

—¡¡¡No!!! ¡Será mejor que aguardéis aquí hasta que comprobemos que es seguro entrar! Por favor, hacedme caso—, las suplicó regresando al interior de la cocina.

Cuando entró, vio lo que antes apenas había intuido brevemente. Sobre la mesa yacía un cadáver con una profunda herida en forma de cruz que ocupaba todo su torso y al que parecían haberle extraído casi toda la sangre recogéndola en cuatro cuencos que habían situado en las esquinas de la mesa.

Tras un instante de shock, Areces se agachó a su lado y al voltearlo se tapó la boca con la mano mientras giraba la cabeza intentando no vomitar.

—Será mejor que no dejemos que las mujeres lo vean—, dijo.

—¿Quién... quién es?—, preguntó Bibiana, intentando asomar la cabeza por encima del hombro de Carlos.

—Es Francisco, el capataz de la cuadrilla dos—, respondió con Areces voz hueca —Alguien ha dejado su cadáver sobre la mesa—

Aterradas, las dos chicas se abrazaron mientras que Areces se quitaba la chaqueta y cubría con ella el rostro y el torso del capataz.

—¿Pero? ¿Qué le ha pasado?—, preguntó Bibiana.

—No lo sé—, reconoció Areces —Yo no soy médico, pero seguro que no ha fallecido de muerte natural... eso fijo—, añadió girándose y caminando hacia la puerta —Vamos. Será mejor que vengáis conmigo. Tenemos que avisar a la policía y mi teléfono satélite está sin batería—

—¿Vamos a regresar a San Pedro?—, preguntó Samanta deseando que la respuesta fuera afirmativa.

—Sí, pero primero iremos a recoger a los demás. Nos reuniremos con las dos cuadrillas en el campamento y...—

—Pero acaba de decir que no ha sido de muerte natural—, le interrumpió Bibiana.

—Sí, lo he dicho ¿y qué?—

—¿Y si ha sido alguno de ellos?—, inquirió.

—No ha sido ninguno de ellos—, aseveró Areces.

—¿Y cómo está tan seguro? Todos sabemos que Juanfra está completamente desequilibrado. Seguro que ha sido él—, insistió intentando acercarse al cuerpo.

—Ya la he dicho que no ha sido ninguno de ellos—, volvió a insistir Areces con voz cansada y una mirada glacial.

—Pues yo quiero verlo—, dijo Bibiana caminando con decisión hasta el cuerpo y alargando la mano hacia la chaqueta.

—¡No! ¡Será mejor que no lo vea! Hágame caso... es... es monstruoso—, la suplicó.

Ella le miró con recelo, y añadió:

—Ya soy mayorcita. Creo que podré soportarlo—

—¿Está segura? La advierto de que no es una imagen agradable—

—Estoy completamente segura—, insistió retirando con decisión la chaqueta y arrepintiéndose inmediatamente de haberlo hecho. Un involuntario grito brotó de su garganta al descubrir el rostro de Francisco completamente lívido, surcado de profundos arañazos que lo desfiguraban y acentuaban una mueca de absoluto terror.

Era como si todos los músculos de su cara se hubieran roto por un esfuerzo brutal, por un dolor sobrehumano y más abajo, en el pecho, la visión de la herida en forma cruz rodeada de signos pintados con una apestosa sustancia negra, hizo que Bibiana no quisiera averiguar qué carnicería se escondía debajo de ellas

—¿Qué... qué clase de persona es capaz de hacer eso?—, murmuró para sí misma. Aquella era una pregunta para la que no estaba segura de si quería conocer la respuesta.

—Que conste que la avisé—, la recordó Areces volviendo a cubrir el rostro con la chaqueta y ayudándola a levantarse. Entonces, la puerta de la cocina se

abrió con gran estrépito permitiendo que una fuerte ráfaga de viento cálido y húmedo penetrara en la casa. Cuando volvieron sus miradas hacia ella, descubrieron que una mujer, cojeando y sin aliento, entraba y apoyándose en la pared avanzaba hasta desplomarse a los pies de Samanta, mientras repetía:

—Tenemos que irnos... tenemos que irnos... tenemos que irnos...—, y a continuación, la mente de Marian se sumió en la más profunda y oscura de las inconsciencias.

Un par de horas después, Samanta cruzó el salón para apartar las pesadas colgaduras granates y miró a través de los cristales. Fuera, una densa niebla impedía completamente la visión más allá de una decena de metros.

—Samanta... creo que deberíamos preparar algo de cenar—, sugirió Bibiana.

Los ojos de su amiga se dirigieron al carillón de salón mientras respondía:

—Tienes razón. La doctora necesitará comer algo cuando recupere el conocimiento—, dijo —¿Qué han hecho con... ya sabes?—, preguntó refiriéndose a Francisco.

—Lo han dejado sobre la cama del segundo cuarto del pasillo que da al vestíbulo—, contestó.

—¿Y sabes si han encontrado... algo más?—

—No. Les he oído decir que habían registrado a conciencia toda la planta baja y que no habían encontrado nada sospechoso. Creo que Areces ha enviado Manuel y a Miguel hasta el campamento para que reúnan a todos los trabajadores. En cuanto lo hagan, subirán hasta aquí y nos acompañarán hasta que Areces regrese con ayuda—

—¿Qué quieres decir?—, preguntó alarmada —¿Es que se ha marchado?—

—Sí—, asintió ella —Dijo que le había pedido pidió a Juan que permaneciera atracado en la cala mientras que el tiempo se lo permitiera, y ha insistido en ir él sólo hasta ella. Pero con esta tormenta, yo dudo mucho que la lancha todavía siga allí—

Samanta permaneció inmóvil meditando las palabras de su amiga y luego, ambas se dieron la vuelta y cruzaron el pasillo dirigiéndose al salón. Al llegar vieron a Carlos sentado al pie del sofá sobre el que habían tumbado a la doctora.

—¿Qué tal está?—, preguntó Samanta.

—Por el momento, igual—, respondió mientras remojaba un paño en el agua de una palangana blanca y se lo aplicaba sobre la frente.

—¿Necesitas algo?—

—Me vendría bien una jarra de agua fría para rellenar la palangana. Esta ya se está calentando—

Tras asentir con la cabeza, ambas salieron en dirección a la cocina mientras comentaban:

—¿Te fijaste en los símbolos que la doctora llevaba pintados sobre la frente cuando llegó?—, preguntó Samanta.

—Sí—, respondió su amiga —No sé con qué se los hizo, pero me costó mucho limpiárselos y aun así, creo que le han dado urticaria o algo parecido porque le han dejado marca. Pero lo que de verdad me pregunto es ¿en dónde se habrá escondido ese psicópata de Juanfra?—

—¿Sigues creyendo que es el culpable?—

—¿Y quién si no? Está obsesionado con que abandonemos la isla, así que ha debido aprovechar nuestra marcha para seguir con los sabotajes. Estoy segura de que no esperaba que hubiera nadie, pero cuando divisó la lancha de la doctora acercándose a la isla debió pensar que matarla haría imposible que Areces ocultara su muerte a las autoridades y que forzarían la cancelación del proyecto. Probablemente aguardó a que alcanzara el sendero de la cala y cuando llegó a su altura, la empujó por el barranco y dándola por muerta, regresó a la casa y fue entonces cuando se encontró con Francisco. Intuyo que éste sospechaba desde hacía tiempo que Juanfra era el responsable de los sabotajes a las excavadoras y debió pensar que aprovecharía nuestra ausencia para atacar otra vez, así que esperó a que apareciera y cuando lo sorprendió “in fraganti” se enfrentó a él y entonces... Juanfra lo asesinó. El pobre Francisco no podía esperarse una reacción tan desmedida. Sus brutales heridas indican que se ensañó con él hasta... Juanfra es un auténtico psicópata

—

—Pero si todo fue obra de él, ¿cómo explicas lo que nosotras mismas vimos? ¿Es que ya no te crees lo de la maldición de la isla?—

—La verdad es que no. Ese chiflado podría haber utilizado algún tipo de truco o mecanismo para lo de las puertas, y sobre la silueta que vimos... presumo que podría haberse tratado de una imagen proyectada o algo así, la verdad es que no lo sé—

—Posiblemente tengas razón, pero no sé qué es mejor, que la isla esté

embrujada o que haya un psicópata merodeando por los alrededores—

—En eso estoy de acuerdo contigo—, repuso Samanta abriendo la puerta de la cocina y añadiendo;

—Creo que ya que hemos venido, podríamos echar un vistazo y ver si encontramos algo para comer—

Abrió un armario y comenzó a recitar todo lo que había en su interior mientras lo posaba sobre la encimera.

—Cebollas, dos docenas de huevos, seis kilos de macarrones, patatas, tomate frito, unos chorizos, más huevos... caseros, medio queso... —, se lo acercó a la nariz y añadió: —Por dios, creo que está podrido. Huele fatal—

—Pues entonces tíralo a la basura. Con todo eso y con lo que yo he encontrado, ya tenemos más que suficiente sin necesidad de exponernos a una intoxicación. Solo nos faltaba una diarrea—

—Vale, pero creo que deberíamos mantener las dos puertas abiertas—, sugirió

—De esa forma, si ese loco se acerca por el pasillo largo lo veremos llegar y podremos escapar hacia el salón—

—No creo que debamos preocuparnos demasiado por Juanfra—, dijo Areces apareciendo en la puerta.

—¡Joder! ¡Qué susto me ha dado!—, exclamó Bibiana dando un salto hacia atrás.

—Lo siento. No pretendía asustarlas. Hemos terminado de asegurar las puertas y ventanas de la planta baja. Si alguien intenta entrar por alguna de ellas le va a resultar muy difícil—

—Espere...—, apuntó Samanta —¿Y la primera planta?—

—No es necesario hacerlo. Están a demasiada altura como para que alguien pueda llegar hasta ellas—, aseguró Areces.

—¿Y por qué ha dicho que no debemos preocuparnos por Juanfra?—, preguntó Samanta.

—Intuyo que no volveremos a verlo. Sabe que al atacar a Francisco y a la doctora se ha descubierto, por lo que dudo mucho que se atreva a aparecer por aquí. A estas horas debe estar camino del continente—

—¿Y ahora qué vamos a hacer? Tenemos que contactar con emergencias y pedir ayuda—, dijo María.

—He ido hasta la cala y he comprobado que la lancha ya se ha marchado así que, desafortunadamente, ya no podré ir hasta Annobón como había planeado. Pero en cuanto Mario y Miguel regresen con el resto de los hombres, cogeré a

unos cuantos e iremos hasta la oficina. Allí hay una radio de onda corta que podremos utilizar para contactar con San Pedro, y además, en mi despacho tengo el cargador del teléfono satélite. De una u otra forma nos sacarán de aquí

—Pero han ido caminando y... con esta niebla ¿Cree que podrán llegar?—

—Seguro que no les va a parecer un paseo demasiado agradable, pero desgraciadamente no hay ninguna otra opción y debemos contactar urgentemente con la policía. Además, la doctora Graña necesita ser trasladada al hospital para que la hagan un reconocimiento—

—¿Y nosotras... tendremos que quedarnos las dos solas?—

—No, por supuesto que no. Arturo, Carlos y Gerard se quedarán en todo momento a su lado y supongo que la doctora no tardará mucho en despertar—

—Eso usted no lo sabe. Podría tener una lesión cerebral y entrar en coma, eso si todavía no lo ha hecho porque ninguna de nosotras tiene ni la menor idea del alcance de sus lesiones, y eso, diga usted lo que diga, en algún momento nos dejará a las dos en compañía de una mujer inconsciente, dos pedantes, un fontanero, un cadáver y un asesino merodeando alrededor de la mansión—

Solos en la isla

Bibiana se acurrucó en el sillón lanzando continuas miradas de inquietud a su compañera mientras que en el otro extremo del salón, Gerard y su guardaespaldas hablaban en voz baja al tiempo que Carlos, apostado frente a la venta no dejaba de vigilar el exterior.

—¿Ves algo?—, le preguntó Samanta.

—No. Afortunadamente para nosotros la niebla se ha ido alejando y ahora su límite parece estar en la costa—

Samanta clavó la vista en el cristal de la siguiente ventana. Era cierto. La niebla se había retirado y eso la llevó a pensar en qué podría haberles sucedido a Manuel y Miguel. Ya hacía dos horas que se habían marchado y puesto que todavía no habían regresado, Areces y Mario habían partido en su busca a pesar de las objeciones de las chicas quienes se imaginaban que si no habían vuelto, era porque la niebla se lo habría impedido.

Pero ahora esa ya no era una razón válida. Algo terrible tenía que haberles sucedido.

—¿No deberíamos de cerrar las contraventanas?—, sugirió Samanta mirando con recelo hacia el exterior.

—Por el momento yo las dejaría así—, respondió Carlos —Si las cerramos nos quedaremos sin poder ver si ese cabrón viene a por nosotros—

—Me encantaría que se atreviera a hacerlo—, sonó la voz de Gerard desde el otro lado de la sala.

Él y Arturo habían sacado de un maletín metálico dos pistolas automáticas y se encontraban comprobando los cargadores —Si se atreve a hacerlo...—, continuó con voz firme —Solucionaremos de una vez por todas todos nuestros problemas—

Carlos observó las relucientes armas.

—¿Y esas pistolas?—, preguntó —¿Es que es así como soluciona usted los “inconvenientes”?—

—En algunas ocasiones... sí—, respondió, con sequedad.

—Sabía que era un asesino—, dijo Samanta.

—No entiendo por qué se cree usted con el derecho de entrometerse en mis asuntos y aún menos de faltarme al respeto—, dijo con un tono de voz sospechosamente formal y neutro —Estoy completamente seguro de que nada de lo que yo haga la incumbe. Más bien al contrario. Mis actos van dirigidos para ayudarles, así que no entiendo a qué viene el que reproche mi forma de actuar—

—En eso tiene razón—, se apresuró a responderle Bibiana mientras cruzaba una fugaz mirada reprobatoria con su amiga antes de añadir:

—Nada de lo que usted haga nos importa en absoluto—

Aquellos hombres eran unos asesinos y estaban armados. No podía permitir que Samanta continuara poniéndolos en su contra y además, les gustara o no, lo cierto es que eran su única protección contra Juanfra.

—Lo siento—, se excusó Samanta al darse cuenta de lo que pretendía su compañera —Solamente quería dejar patente lo mucho que me disgustan las armas, pero he de reconocer que ustedes me hacen sentir un poco más segura—, mintió.

—Me importa un bledo cómo se sienta—, respondió Gerard con desprecio al tiempo que él y Arturo se dirigían a la puerta del salón.

—¿A dónde van?—, preguntó Bibiana, inquieta.

—Arriba—, respondió Gerard —He visto que hay una especie de torreón que sobresale por encima del tejado—

—Es la biblioteca—, aclaró Samanta.

—Bien. Pues entonces subiremos hasta él para tener un mayor campo de visión ¿Desde allí se pueden ver la cala y el campamento?—

—Creo que sí—, respondió Samanta.

—Perfecto. Ustedes quédense aquí, cierren la puerta y procuren no hacer ninguna estupidez—

—¿No tendrá otro arma para mí, verdad?—, preguntó Carlos.

Gerard le miró con desdén, y respondió:

—No. Y puede estar seguro de que aunque la tuviese no se la daría—

—Realmente... es usted un tipo muy desagradable—

—Lo sé. No se me da nada bien hacer amigos—, contestó con sorna.

—Y ¿qué es lo que se le da bien?—, repuso Samanta volviendo a la carga — ¿Matarlos?—

—Únicamente cuando no hay otra opción. Ahora, hagan lo que les he dicho—, se despidió, e ignorando las alteradas voces de las dos chicas, salió tras Arturo y cerró la puerta tras de sí.

—Cabrones—, masculló Carlos, apresurándose para arrastrar una pesada cómoda y situarla contra la puerta.

Mientras tanto, Areces y Mario caminaban dificultosamente por el sendero compartiendo una agobiante sensación de peligro. Las esperanzas que Areces había albergado de que todo se solucionara rápidamente, se habían esfumado por completo y sus dudas se habían visto superadas por la realidad. Ahora lo único que podían hacer era intentar llegar al campamento y rezar porque sus hombres estuvieran bien, que hubieran demorado su regreso por alguna avería y después, llamar a la policía y aguardar a que acudieran en su ayuda.

Continuaron caminando sin detenerse hasta que ante ellos, se encontraron con una palmera que, derribada pocas horas antes por el viento, interrumpía el sendero.

Pero afortunadamente ellos iban a pie así que la sortearon sin dificultades y encararon la última curva tras la que se encontraban las construcciones.

De pronto, Areces contuvo el aliento y alzó el brazo advirtiéndole que guardara silencio. A ambos lados las ráfagas de aire azotaban las palmeras que se inclinaban como si estuvieran a punto de partirse en dos y caer sobre el barrizal en el que se había convertido el sendero y entre el que sobresalían

dos sombríos bultos.

Paralizado por el miedo, Areces se quedó momentáneamente atrás y fue Mario el primero reaccionar y agacharse ante el cuerpo más próximo. Lo giró... y horrorizado descubrió que se trataba del cuerpo decapitado de Manuel, el palista.

A continuación se aproximó hasta el otro cadáver solo para constatar que se trataba de Miguel.

“Lo siento chaval, pero tú mismo te metiste en la boca del lobo”, pensó mirando a su alrededor y descubriendo que no había ni el menor rastro de sus cabezas. Quien les hubiera asesinado también se las había llevado.

Cuando se dieron cuenta de la terrible muerte que habían sufrido, sus rostros palidecieron al ser conscientes por primera vez de que la situación era muchísimo más peligrosa de la que se habían imaginado.

—¿Pero qué cojones...?—, murmuró Areces para mí mismo al tiempo que una sombra de inquietud le invadía al ser consciente de que aquella atrocidad no encajaba ni con Juanfra, un joven solitario y un tanto paranoico pero que jamás había reaccionado violentamente a ninguna de las habituales burlas de sus compañeros, ni tampoco con el perfil de un simple saboteador al que pudieran haber contratado para perjudicar la marcha del proyecto.

Pero entonces, si no había sido él, ¿quién lo había hecho? Por el momento no tenía respuesta para eso, pero aquella brutalidad tenía que haber sido obra de un grupo de sádicos, de unos crueles asesinos.

Al ser consciente de sus muertes eran responsabilidad suya por haber infravalorado el riesgo, ahora era él quien sentía el desagradable frío del remordimiento.

Sus dientes comenzaron a castañetear y tuvo la certeza de que a partir de ahí, cada nuevo paso sería una proeza. Debería de utilizar toda su fuerza de voluntad para mantener la entereza y llegar hasta las oficinas.

—¿Y esa pistola?—, preguntó Mario al ver que Areces había sacado un revolver de la chaqueta y lo empuñaba con nerviosismo.

—Si te soy sincero, acabo de cogerla hoy mismo. Cuando me enteré de la inminente venida del señor Gerard y de su matón, le pedí a un contacto en la embajada que me consiguiera un arma como medida de protección, pero en el fondo, nunca esperé que llegara a necesitarla. Siempre he confiado en mis habilidades para negociar antes que en el uso de la violencia—

—Pues yo me alegro muchísimo de que la tenga, jefe—, respondió enfocando

su mirada hacia las primeras construcciones de las que apenas les separaban unos doscientos metros. Era un trayecto muy corto, pero posiblemente, a ambos les iba a parecer el viaje más largo y peligroso de toda su vida.

Después de arrastrar los cadáveres y dejarlos a un lado de la carretera, continuaron caminando bajo el cada vez más luminoso cielo y la escalofriante visión de algo que ninguno de ellos había visto nunca. El deslumbrante resplandor de los relámpagos en el interior de la cada vez más lejana pared de niebla.

A cada nuevo paso que daban aumentaba en ellos la certeza de que desde la espesura les estaban acechando y por ello, caminaban casi hombro con hombro, moviendo los pies rápidamente porque la esperanza de alcanzar la seguridad de los edificios era lo único que les empujaba a continuar y no sucumbir a la tentación de regresar a la mansión.

Al alcanzar la excavadora que habían dejado estacionada en la entrada, Mario contuvo el aliento y con los ojos muy abiertos, contempló una indeterminada cantidad de cadáveres desperdigados por el suelo

—Dios mío... pero ¿qué ha pasado aquí?—, se preguntó Areces, intentando contener las náuseas.

A pesar de que la mayor parte de los cuerpos habían sido despedazados, por los restos de sus ropas parecían evidente que se trataba de sus hombres. Sin embargo, vieron algunos cadáveres que parecían ser de nativos. Estos estaban enteros y eso les llevó a sospechar que los responsables de la matanza sólo podían haber sido los rebeldes *Banuts*, los miembros de la teóricamente desaparecida secta vudú.

—Esto es mucho más de lo que puedo soportar—, le confesó Mario —Pero si de algo estoy seguro es de que...—, repentinamente se calló, giró velozmente la cabeza y se agachó al tiempo que con la mano le hacía una seña a Areces para que le imitara mientras señalaba a un lado.

Estaba seguro de que algo se había movido entre los pallets de materiales apilados a su derecha.

Sigilosamente avanzaron hasta refugiarse tras una de las furgonetas y desde allí, atónitos, descubrieron a un grupo de nativos que, aparentemente sin rumbo fijo, caminaban pesadamente.

En ese momento la puerta de la oficina se abrió y un hombre apareció en ella,

gritándoles:

—¡Corred!—, gritó —¡Venid aquí! ¡Corred y no os detengáis!

Sin saber exactamente por qué, los dos se lanzaron a la carrera mientras que el hombre de la puerta chillaba y suplicaba para que se dieran prisa. Y continuó haciéndoles gestos hasta que finalmente salvaron la distancia que les separaba del porche de la oficina al tiempo que unos horripilantes chillidos, que jamás habrían creído podían ser proferidos por un ser humano, brotaban de las gargantas de aquellos nativos.

—¡Apresuraos!—, les exhortó abriendo la puerta lo justo para que entrasen —¡Rápido!—

En cuanto cruzaron la puerta, el hombre se apresuró a cerrarla reforzándola con una pesada chapa de acero.

—¿Adrián? ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha sucedido?—, preguntó Mario confundido.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha matado a todo el mundo?—, le interrogó Areces, quien, perturbado por la dantesca escena que acababan de cruzar le apuntaba directamente al corazón con el revolver —¡Dime ahora mismo quiénes os han atacado!—, exigió sin mostrar el menor atisbo de clemencia.

—¡Callaos y ayudadme!—, les gritó Adrián mientras utilizaba una llave inglesa para apretar las grandes tuercas que sujetaban el refuerzo de la puerta. Y en ese instante, Areces se fijó en las destrozadas manos de Adrián. Estaban arañadas, ensangrentadas y temblorosas.

—Lo... lo siento, Adrián. ¿Qué... demonios ha pasado?—, preguntó abochornado por su actitud.

—Han sido los caníbales...—, murmuró con voz temblorosa, sin dejar de enroscar las tuercas.

—¿Caníbales? ¿Qué quieres decir con caníbales?—

—¡Está claro!—, exclamó Areces —Troncos descuartizados, sangre, intestinos, trozos de carne inidentificables... pero a muchos les faltaban miembros que no vi por ningún lado y...—

—Las cabezas... a todos ellos les faltaba la cabeza...—, añadió Mario al tiempo que su demudado rostro reflejaba que ahora sí era realmente consciente de la gravedad de la situación en la que se encontraban.

—Nosotros... cuando atacaron algunos intentamos escapar—, continuó diciendo Adrián con voz entrecortada y la mirada perdida —Intentamos avisaros... pero no pudimos—, añadió al tiempo que extendía una de sus

ensangrentadas manos y señalaba hacia la puerta del baño que estaba atrancada con tres gruesas barras de acero. —Nos cogieron por sorpresa... pero yo lo logré. Escapé... les reventé la cabeza a dos de ellos y... me atrincheré aquí. Creí que los caníbales me atraparían, pero me equivoqué. No vinieron a por mí. Los demonios surgieron de la jungla y cayeron sobre ellos. Los mataron a todos y entonces... muchos de los que creía muertos se levantaron. Pero ahora también eran demonios...—

—¿Demonios? ¿Se trata de otra tribu?—, preguntó Areces.

—No... los demonios no son de este mundo. No están ni vivos ni muertos...—

—Adrián, amigo...—, dijo Mario con voz suave —Eso que dices no tiene el menor sentido. El ataque de esos salvajes te ha afectado y...—

—¿Eso cree, jefe? ¿Cree que estoy loco?—

—No, hombre no. Es sólo que...—

—Compruébelo usted mismo—, dijo señalando a una de las puertas —Los caníbales mataron a Daniel y cuando los demonios aparecieron, se levantó siendo uno de ellos. Pero yo no lo sabía. Ví que se levantaba y corrí en su ayuda, quería traerlo conmigo, pero... en cuanto llegué hasta él me di cuenta de que no parecía sentir ningún dolor a pesar de sus profundas heridas, me quedé paralizado por completo. Entonces vino hacia mí. Quería matarme, lo sé... estoy seguro de que quería hacerlo. Si hubierais visto el odio con el que me miraba... Yo corrí, me refugié aquí y todavía no sé cómo lo hice, pero logré capturarlo—, consiguió decir antes de comenzar a reír histéricamente — Lo tengo encerrado en el baño...—, añadió volviendo a soltar otra carcajada.

—Espera, espera...—, dijo Mario fijándose en el reguero de sangre que iba hacia la puerta —¿Has encerrado a Daniel en el baño? ¿Por qué lo has hecho?—, murmuró acercándose hasta ella sin poder apartar la mirada de la sangre.

—Porque ahora él también es uno de ellos—, murmuró al tiempo que unos horribles gruñidos sonaban desde el otro lado de la puerta que comenzaba a vibrar violentamente y desde el exterior, les llegaba el inconfundible sonido de unas uñas arañando las metálicas paredes de la oficina.

Desde la ventana de la biblioteca, Gerard observó sin inmutarse toda la escena a través de sus binoculares.

A lo lejos, una decena de seres que no sabía muy bien cómo definir, continuaban golpeando las paredes metálicas de los contenedores navales que

habían sido habilitados como oficinas mientras que otros, inclinados sobre los cuerpos tendidos en el suelo, parecían estar arrancándoles las entrañas para alimentarse con ellas.

Se le erizó el pelo al ver la cantidad de aquellos seres que aparecían de entre la espesura de la jungla y en ese instante, comprendió que el horror no había hecho más que empezar. Finalmente suspiró, se volvió hacia Arturo, y dijo:

—Esto no tiene nada que ver con la misión que nos habían encomendado—

—¿Por qué lo dice, señor?—, preguntó Arturo con su habitual tono de indiferencia.

—Porque me temo en esta ocasión corremos peligro—, advirtió Gerard —Un peligro real. Creo que vamos a tener que anular a muchos más testigos de los que me esperaba—

—No será la primera vez que lo hacemos, señor—, respondió Arturo manteniendo el mismo tono —Todos los trabajos tienen sus inconvenientes—, observó

—Eso ya lo sé, pero este en particular no me gusta nada—, afirmó Gerard, preocupado —Esta vez no se trata de nativos furiosos o de policías corruptos. No sé qué coño les pasa a esos de ahí abajo...—, dijo haciendo un gesto cansado hacia el campamento —Los primeros que vi parecían simples salvajes, pero estos son distintos... no se comportan como sería de esperar—, dijo alargándole los binoculares.

—Quizás estén drogados—, sugirió Arturo después de echar un rápido vistazo.

—Es posible, pero por si acaso será mejor que permanezcamos alerta y vigilantes. Aquí está pasando algo muy extraño y no me gustaría que me cogiera por sorpresa—, concluyó.

—¿Y qué hacemos con nuestra misión y con los cuatro civiles de abajo?—

Gerard no pudo evitar sonreír, pero permaneció con la mirada fija en la ventana.

—En cuanto a nuestra misión, esta quedó cancelada en el mismo instante en el que apareció el cadáver que vimos en la cocina. Nadie nos dijo que esto iba a ser una matanza y si tú y yo tenemos que participar en ella, antes de empezar a matar gente tendré que renegociar el precio con Beaumont. Y en lo respectivo a los civiles... lo primero que haremos será valorar su utilidad y a continuación, los utilizaremos para alcanzar la cala. Una vez allí pediremos que nos envíen una lancha, navegaremos hasta Annobón y mientras que nos

relajamos tomando una copa bajo el sol, solicitaremos un equipo de limpieza —, explicó señalando hacia la costa.

—Quizá deberíamos hacerlo ahora mismo, señor—, le sugirió Arturo haciendo una mueca de preocupación al ver que de entre la selva surgían más figuras que se unían al asedio del alojamiento.

En ese mismo instante oyeron como si un viento fuerte y constante estuviese recorriendo toda la casa. Sus miradas se cruzaron y sin mediar palabra empuñaron sus armas y salieron a la escalera, pero entonces, por encima del rugir del viento, escucharon unos gritos femeninos en la planta baja seguidos de un furioso golpeteo de puños sobre una puerta y del estruendo de cristales rotos.

—Creo que esos salvajes han entrado en la casa, señor—, dijo Arturo —Doy por sentado que los gritos de las chicas les llevarán directamente hacia ellas y ambos nos podemos imaginar lo que sucederá a continuación. ¿Quiere que intervengamos?—, preguntó.

—No. No nos conviene hacerlo—, negó Gerard —Creo que será mucho mejor que aprovechemos este momento de confusión para escaparnos y llegar hasta la cala—, le dijo a su ayudante mientras un nuevo estrépito, proveniente esta vez de la cocina, resonaba por toda la mansión haciendo que Gerard menease la cabeza con contrariedad.

—¡Mierda! O mucho me equivoco o eso ha sido la puerta de la cocina—, dijo

—No vamos a tener más remedio que salir por alguna de las ventanas—

—Tan solo espero que ellos no intenten detenernos—, contestó sombríamente Arturo quién continuaba pegado a la barandilla aguardando la orden de su jefe.

—Tú y yo ya tenemos bastante experiencia en este tipo de situaciones—, dijo Gerard —Así que ya sabes lo que hay que hacer. Ve a echar un vistazo—

Súbitamente, ambos contuvieron el aliento y cruzaron una mirada preocupada. Los gruñidos parecían sonar más cerca y aunque durante unos breves instantes el rostro de Arturo denotó cierta reticencia a acatar la orden, finalmente se resignó y se dirigió hacia el distribuidor de la segunda planta.

Unos pocos minutos después regresó y se reunió con su jefe quien ya había vuelto a entrar en la biblioteca. En cuanto este abrió la puerta y descubrió el pálido semblante de su ayudante, se dio cuenta de que la situación se había

vuelto mucho más compleja.

—Pida... pida ayuda ahora mismo—, dijo con la voz levemente temblorosa.

—No. Eso de ninguna manera—, se negó Gerard.

—Lo siento, pero insisto. Es absolutamente necesario que lo haga. No se va a creer lo que he visto ahí abajo—, le aseguró, al tiempo que buscaba el teléfono satélite con la mirada.

—Explícate—, le exigió Gerard sin soltar la pistola.

—Tal y como usted sospechaba nos han engañado. Toda la puta casa está llena de negros cubiertos de sangre que caminan como si fueran muertos vivientes y se comportan como tales. Le he rajado el cuello a uno de ellos y le juro que ha seguido moviéndose. He tenido que arrojarle desde una ventana y, aun así, el tipo se ha levantado y se ha puesto a caminar antes de caer muerto—

—¡Mierda!—, maldijo Gerard —Ahora sí que estamos metidos en un buen lío—

En ese momento algo golpeó violentamente la puerta provocando que la pistola se le escurriese de entre los dedos, cayendo al suelo y disparándose al mismo tiempo que la cabeza de Arturo se impulsaba bruscamente hacia atrás al recibir el impacto de la bala en la frente y una carcajada sonaba al otro lado de la madera.

Dos plantas más abajo, la puerta del salón sufrió una nueva embestida dando la impresión de que estaba a punto de desencajarse de sus goznes y venirse abajo. En el otro extremo del cuarto, la puerta de la habitación se sacudía bajo los incesantes golpes del que hasta entonces había sido un hombre afable y que ahora parecía haberse transfigurado en una horrible bestia.

A la doctora Marian la habían tumbado sobre uno de los largos sofás para controlar constantemente su estado y a continuación, habían trasladado el cuerpo de Francisco a uno de los cuartos anexos al salón. Fue Bibiana la que al escuchar unos balbuceos procedentes del cuarto en el que le habían dejado, se dio cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo. Intrigada, fue a ver de qué se trataba y espeluznada, descubrió que habían cometido un terrible error.

No estaba muerto! ¡Aún vivía! Pero no parecía que fuera a durar demasiado. Su cuerpo había comenzado a convulsionarse frenéticamente y de su boca brotaba una mezcla de espuma y sangre que la hizo temer que su terrible error estuviese a punto de costarle la vida. Al escuchar los desesperados gritos de

Bibiana, Carlos entró corriendo en la habitación y, tras los primeros segundos de estupefacción, lo volteó colocándolo de lado para evitar que se ahogara con sus propios vómitos. Desgraciadamente sus esfuerzos fueron inútiles. Un par de minutos después de haber comenzado, las convulsiones se detuvieron, sus ojos adquirieron una espantosa tonalidad blanquecina y su corazón dejó de latir. Otra vez.

Aquello fue demasiado para las dos chicas. Bibiana y Samanta se abrazaban llorando desconsoladas al mismo tiempo que Carlos se apresuraba a cubrir el cuerpo con la sábana y, acto seguido, las acompañaba hasta el salón.

Y ese fue justo el fatídico instante en el que se mundo se volvió del revés. Todo lo que sucedió a continuación fue una especie de avalancha de pavorosos sucesos completamente ajenos a toda lógica o razonamiento.

Sin tiempo para haberse recuperado de lo que acababa de ocurrir, al otro lado de la ventana descubrieron a tres hombres de tez negra observándoles, mirándoles fijamente con sus ojos igualmente blanquecinos.

Las chicas gritaron horrorizadas y el sonido de sus agudas voces pareció activar a aquellos seres quienes comenzaron a lanzar unos horribles chillidos y a golpear el cristal como si estuvieran intentando trepar por él. Pero afortunadamente y a pesar de que la ventana estaba a metro y medio de altura, parecían encontrarse bajo los efectos de alguna potente sustancia sicotrópica o algo similar, porque sus movimientos eran lo suficientemente torpes e imprecisos como para que fueran capaces de escalar hasta ellos, lo que les concedió tiempo suficiente para reforzar y atrancar puertas y ventanas. Y lo hicieron con el tiempo justo, porque a los pocos minutos escucharon un estruendo de cristales y la casa se llenó de seres como los tres que habían visto fuera, al mismo tiempo que Marian salía de su estado de inconsciencia.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?—, preguntó con la mirada perdida.

—¿Marian?—, preguntó Samanta, con estupor—¿Cómo te encuentras?—

Ella tanteó su cuerpo con las manos y al percibir el estruendo procedente del pasillo, saltó del sofá y volviéndose hacia la puerta preguntó alarmada:

—¿Qué está pasando? ¿Qué es todo ese ruido?—

No tuvieron tiempo para responder a sus preguntas. La puerta comenzó a temblar bajo los golpes que la daban desde el otro lado y sin saber ni quienes les estaban atacando, ni porqué lo hacían, los cuatro se apiñaron en el centro del salón paralizados por el miedo.

Pero no habían pasado más que unos pocos segundos cuando Carlos, que instintivamente le había arrancado de un golpe la pantalla a una larga lámpara de pie fabricada en bronce y que ahora sujetaba como si de una lanza se tratara, se quedó instantáneamente paralizado. La sangre pareció congelársele en las venas al descubrir, en el reflejo del espejo situado al lado de la puerta, cómo en la habitación contigua la sábana que cubría el cuerpo de Francisco comenzaba a deslizarse a medida que su torso se erguía, doblándose y haciendo que la tela resbalara mostrando su rostro ahora convertido en una máscara del mal.

Cuando lo que hasta hacía poco había sido Francisco, se levantó de la cama y torpemente comenzó a caminar hacia la puerta profiriendo una especie de guturales gruñidos, Carlos finalmente reaccionó y con el tiempo justo, se abalanzó hacia la puerta para cerrarla.

Estaban desesperados. En aquel momento su única esperanza era que Gerard y Arturo aparecieran en cualquier instante disparando a diestro y siniestro, pero en cuanto escucharon el eco de un disparo procedente de la parte alta de la casa, se dieron cuenta de que el desenlace iba a ser muy distinto del que ellos deseaban.

Justo tras la detonación, las embestidas se detuvieron y los gruñidos fueron acompañados por el sonido de torpes pasos alejándose en dirección a la escalera.

—Tenemos que salir de aquí—, musitó Carlos, y las tres chicas volvieron la cabeza para mirarlo como si hubiera perdido el juicio.

¿Cómo iban a salir de allí?, pensó Samanta ¿Cómo iban a escapar de una casa llena de seres infernales? ¿A dónde iban a ir? Estaba a punto de decirle todo aquello cuando él, la hizo un gesto para que mantuviera silencio mientras señalaba con el dedo índice hacia el techo. Entonces se dieron cuenta, vagamente, de que justo encima de ellos se encontraban las escaleras y escucharon el sonido de pies arrastrándose hacia ellas.

—El disparo ha atraído su atención y están subiendo hacia la biblioteca—, dijo Carlos con voz tensa —Tenemos que aprovechar este momento para escaparnos—, añadió incorporándose, pero entonces, Samanta alargó la mano para detenerlo mientras decía:

—Eso es un suicidio—

—El suicidio es quedarnos. Si no nos vamos ahora mismo, ya no lo haremos nunca—, insistió Carlos zafándose de ella y acercando la oreja a la puerta.

Tras unos instantes aguardando el momento más idóneo, corrió hacia una de las ventanas, apartó en silencio el mueble con la que la habían cubierto y las hizo una señal para que se prepararan.

Era ahora o nunca.

Arriba en la biblioteca, Gerard había centrado toda su atención en salvar su propia vida. Era consciente de que la puerta parecía a punto de ceder, así que había arrastrado la pesada mesa de madera hasta situarla frente a ella y lejos de sentirse culpable por la muerte de Arturo, había utilizado el cordón de unas cortinas para colgar su cuerpo inerte de la lámpara con la esperanza de que si lograban entrar, centraran los primeros instantes del ataque en el cadáver de su compañero.

Ahora, de pie en el centro de la estancia y con una pistola en cada mano, miraba a su alrededor intentando encontrar una salida mientras que, desde el otro lado de la puerta, nuevamente le llegaba el casi imperceptible sonido de una risa femenina, cruel y burlona

Sabía que tal cosa era imposible, sabía que aquella risa solamente podía estar en su mente, pero... ¿y si no era así?, pensó al tiempo que los chillidos y los golpes aumentaron hasta volverse insoportables.

Entonces le llegó el inconfundible sonido de unos cristales al romperse en el exterior de la casa, por lo que corrió hacia la ventana y se sorprendió al descubrir que Carlos y las tres chicas habían escapado y corrían desesperadamente hacia la carretera que llevaba a la cala.

“*Qué hijos de puta*”, pensó al tiempo que hacía un gesto de rabia y en la lejanía, escuchaba a Carlos gritándolas para que no se detuvieran.

—Muy bien—, murmuró —Si vosotros podéis hacerlo yo también puedo—, dijo abriendo la ventana y aferrándose al canalón para evitar caerse mientras sacaba el cuerpo fuera y la puerta, continuaba recibiendo envites que amenazaban con partirla en dos. Gateó hasta alcanzar la bajante del canalón y se detuvo para valorar si esta resistiría su peso, pero no dispuso de demasiado tiempo para hacerlo.

Un estruendo proveniente del interior le indicó que finalmente la puerta había cedido. Ahora ya sólo le quedaban dos opciones; o bien se pegaba un tiro en la cabeza o se arriesgaba a deslizarse por la bajante. En ese momento, escuchó una voz glacial que procedía de la biblioteca, miró hacia la ventana situada a apenas siete metros de donde se encontraba e incrédulo, descubrió que la voz no estaba en su mente. Era totalmente real y pertenecía a una hermosa mujer rubia con unos brillantes ojos de color esmeralda. Eran realmente hermosos, pero al mismo tiempo estaban tan faltos de humanidad como los suyos. Y en su situación, eso no era nada bueno para él.

La mujer se asomó aún más y de entre los collares de oro y piedras preciosas que llevaba colgados del cuello, sus turgentes pechos afloraron fuera de la ventana mientras sus labios se entreabrían insinuantes y prometedores.

—Ven—, dijo mirándole de una forma hipnótica.

—Eso ni lo sueñes, preciosa—, contestó al tiempo que apretaba el gatillo y la bala impactaba a escasos centímetros de ella haciendo saltar esquirlas de pizarra que se clavaron en su pálida mejilla. Lejos de asustarse, la mujer sonrió, hizo un coqueto mohín de decepción con los labios y regresó al interior de la biblioteca.

Durante un corto instante Gerard pensó que había ganado la partida, pero entonces uno de aquellos seres surgió del interior y clavando las uñas en la madera gateó hacia él, acortando rápidamente la escasa distancia que les separaba hasta que un disparo impactó en su cabeza haciendo que su cuerpo rodase por el tejado y cayera al vacío estrellándose sobre la hierba tres pisos más abajo.

Para Gerard aquella era su segunda victoria, pero sabía que no podría aguantar durante mucho más tiempo. Cuando el estampido de la segunda detonación recorrió la distancia que le separaba de los tres supervivientes, Gerard advirtió que Samanta se detenía y se giraba para observar la mansión. Por un momento se le pasó por la cabeza pedirles ayuda, pero ni eso era propio de él, ni aquellos aficionados podrían dársela, así que levantó el dedo corazón en un despreciable gesto de despedida y le echó un vistazo al cielo.

No sabía el qué, pero tenía la impresión de que había algo muy, pero que muy extraño en aquella niebla que tras retirarse, parecía haberse detenido dejando la isla en el centro de un círculo. Sin embargo ahora no tenía tiempo para

preocuparse por eso. La noche aún tardaría en llegar, pero cuando lo hiciera, volverían a atacar y estaba seguro de que no podría resistir durante mucho tiempo. Además, a fin de cuentas ya no había ningún motivo por el que tuviera que hacerlo. Su misión había llegado bruscamente a su final. Ciertamente había sido un final inesperado y caótico, pero no por ello menos jugoso, así que con tranquilidad sacó del interior de su chaqueta el teléfono satélite y marcó un número.

Tras una sucesión de chasquidos metálicos se estableció comunicación con el satélite y de inmediato, escuchó una voz electrónica que le decía:

—Por favor, teclee su contraseña para acceder a la comunicación—, y rápidamente, Gerard introdujo un largo código..

—Su clave es correcta. Comunicación autorizada. Por favor, espere—, dijo la voz dando paso a una suave melodía. Tras unos diez segundos de espera, la melodía se interrumpió y una voz cansada, preguntó:

—¿Qué sucede?—, Beaumont no era hombre que se anduviera por las ramas, ni amigo de unos protocolos que consideraba innecesarios con sus asalariados.

—Buenas noticias, señor Beaumont—, respondió —Hemos encontrado lo que estaba buscando—

Al otro lado de la línea se hizo un largo silencio que le hizo temer que la llamada se hubiera interrumpido, así que volvió a insistir:

—Repito. Lo hemos encontrado, pero necesitó que envíe ayuda de forma inmediata—

—¿Está seguro de que lo han encontrado?—

—Totalmente, señor—

—¿Cómo es? ¿Qué aspecto tiene?—

—Le aseguro que no es para nada como usted se esperaba...—

—¡No le he pedido su opinión, sino su descripción, así que límitese a hacer lo que le he dicho!—

—Como usted diga, señor—, obedeció Gerard a regañadientes —El objeto que buscaba, en realidad es... una mujer—

Otro largo silencio que fue seguido de una nueva orden.

—Eso es imposible. Estamos buscando una sustancia oscura—

—Esa sustancia la he visto untada sobre las frentes de los nativos que acaban de asesinar al resto de sus trabajadores, y puesto que la mujer a la que me acabo de referir les controla, es lógico suponer que, o bien es capaz de

elaborarla, o que debe de tener acceso a ella—

—Describa a esa mujer—

—Mujer blanca de rasgos caucásicos, rubia, tez clara, ojos verdes, y lo único que cubre su cuerpo son varios kilos de joyas—

—¿Cómo se encuentra? ¿Está viva?—

—Aparentemente sí, pero la verdad es que albergo serias dudas sobre si realmente lo está—

—¡Déjese de divagaciones, Gerard! ¡Está viva, o no lo está!—, explotó Beaumont harto de tantos rodeos.

—Se mueve, habla y está intentando matarme, así que yo diría que sí que lo está, pero no creo que pertenezca a este mundo. Como le he dicho está rodeada de nativos cuya conducta solamente puedo definir como inhumana y salvaje hasta límites inimaginables incluso para mí. Presumo que esa maloliente brea negruzca es la que hace que se comporten como si no tuvieran voluntad. Obedecen a la mujer sin dudar—

Tras otro largo silencio, Beaumont, finalmente dijo:

—De acuerdo. A decir verdad, no esperaba que la situación estuviera tan avanzada así que saldré inmediatamente hacia allí. Usted aguarde mi llegada y evite que esa mujer abandone la isla—

—Creí haberle dicho que estaba intentando matarme—, repitió Gerard

—¡No se atreva a replicarme y límitese a hacer lo que le he ordenado! ¡La mujer no debe salir de la isla bajo ningún concepto! Límitese a mantenerla controlada, evite enfrentarse a ella y permanezca a salvo hasta que lleguemos—, ordenó finalizando la llamada.

.”¿Qué la mantenga controlada y que evite enfrentarme a ella?”, pensó volviendo a guardar el teléfono y mirando hacia la ventana. *“Creo que ese puto viejo no ha comprendido demasiado bien la situación en la que me encuentro”*.

Pero a pesar de que no estaba de acuerdo con Beaumont, decidió hacer lo posible por seguir sus instrucciones así que se enfundó las pistolas, y dijo:

—¡Eh! ¡Señorita! ¿Podemos hablar un poco?—

Como única respuesta, unos fuertes golpes hicieron temblar el tejado bajo su cuerpo. Era obvio que alguien estaba intentando abrir un boquete, pero no sabía si lo hacía para tirarlo abajo o para acceder a él.

—¡Ya veo que no le apetece conversar!—, gritó retrocediendo hasta el borde

—¡De acuerdo! ¡Tiene usted mucha suerte de que mi jefe esté tan interesado en usted!—

Entonces, los golpes se detuvieron súbitamente dejando tras de sí un ominoso silencio que se rompió en cuanto la mujer volvió a asomarse a la ventana.

—*¿Quién eres tú? Me agradas*—, dijo mirándole fijamente.

—Soy el hombre encargado de “protegerte”, así que estaría bien que dejaras de intentar matarme—

La mujer lanzó una larga carcajada y respondió:

—*Yo soy aquella que camina entre los dos mundos ¿Qué te hace suponer que necesito de tu protección?*—

—En realidad, nada; pero mi jefe me ha ordenado que lo haga y lo haré independientemente de lo que tú desees—

Ella se limitó a mirarle fríamente sin moverse un ápice hasta que dijo:

—*Voy a hundir las manos en tu pecho. Después te arrancaré el corazón y por último lo devoraré ante ti mientras la vida se escapa de tu cuerpo y cuando tu alma sea mía, te convertiré en uno más de mis sirvientes*—

Su voz era neutra, impasible y sin sentimiento alguno.

—Pues vaya... eso no suena demasiado bien, la verdad. Supongo que no hay forma de hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? —

—*Así es*—, respondió con su sempiterno tono neutral —*Si habéis tenido el valor de liberarme, debéis tener el valor de afrontar lo que se os interponga ahora*—, dijo dando media vuelta y regresando al interior a la vez que los golpes volvían a hacer saltar las lascas de pizarra provocando que escuchase perfectamente cada gemido lastimero, cada gruñido. Se le clavaban en la cabeza como un mar de agujas, inundando su mente tan en tensión como el resto del cuerpo.

Analizó una y otra vez de forma vertiginosa las últimas frases de la mujer. Estaba claro que había decidido matarle y que no pararía hasta conseguirlo, pero entonces, su instinto de supervivencia afloró a la superficie e instintivamente se sujetó a la bajante de cobre y en cuanto todo el peso de su cuerpo descansó sobre ella, escuchó un crujido y tuvo la certeza de que para él, todo había terminado.

—Mala suerte...—, musitó mientras la bajante se separaba de la pared y veía acercarse el suelo a toda velocidad.

Capítulo 15. La reunión de Beaumont.

Centro de investigaciones Beaumont Enterprises. Costa de Venezuela.

Cuando Beaumont entró en la sala de reuniones, las siete personas se levantaron y aguardaron, casi con temor, a que él les dijese para qué les había hecho acudir a su isla privada.

Todos ellos trabajaban en los diferentes centros de investigaciones que la empresa tenía repartidos por todo el mundo y aunque ya estaban más que acostumbrados a las continuas extravagancias del millonario, a sus reuniones imprevistas y a sus llamadas a horas intempestivas, para algunos de ellos, en aquella ocasión el jefe había ido demasiado lejos.

Unas pocas horas antes y de forma totalmente inesperada, los equipos de seguridad encargados de la vigilancia de los centros de investigación de la empresa, les habían trasladado tan rápidamente que algunos de ellos ni tan siquiera habían tenido tiempo de hacer las maletas.

—Siéntense—, dijo con voz grave.

Apenas hubieron tomado asiento, Beaumont empezó a hablar con voz profunda. —Lamento haberles hecho venir de una forma tan brusca, pero no tardarán en comprender que no podemos permitirnos perder ni un solo segundo. Los recientes acontecimientos acaecidos en nuestro laboratorio de Suiza y en el complejo de la isla Borikai, han precipitado la situación, así que permítanme que vaya directamente al grano—, dijo recorriéndoles uno a uno con la mirada como si estuviera aguardando a que alguno de ellos dijera algo inconveniente para saltar sobre él. Pero tal y como esperaba nadie se atrevió a reprocharle nada, así que continuó.

—En primer lugar les haré un breve resumen sobre el desafortunado incidente ocurrido en nuestras instalaciones de Suiza. Como todos ustedes habrán sabido por los medios de comunicación, una serie de explosiones que fueron seguidas de un virulento incendio lo ha arrasado por completo. Hasta ahora, ni la

policía Suiza, ni la Interpol han podido determinar qué fue lo que provocó las explosiones, pero nuestro departamento de seguridad biológica ha finalizado el análisis de los datos almacenados en la nube de la corporación y, afortunadamente para nosotros...—, hizo una pausa para revisar la documentación que tenía delante y levantando nuevamente la cabeza, añadió:

—Cómo iba diciendo, afortunadamente para nosotros la policía no sabe nada sobre la existencia de ese almacenamiento de datos y por lo tanto, desconoce que el “accidente”, en realidad fue una desesperada medida de contención que el equipo de seguridad del laboratorio se vio obligado a tomar “*in extremis*”.

Una hora antes del suceso, el equipo de investigadores que se encontraba trabajando en el laboratorio comenzó con los ensayos del compuesto obtenido en este centro en el que se encuentran y que fue replicado en Suiza. El protocolo de pruebas dictaba que primeramente debía ser probado en animales, pero debido a un error humano, la forma gaseosa del compuesto se liberó a través del aire acondicionado exponiendo a parte de los investigadores a una contaminación accidental cuyo resultado fue tan insospechado, como dramático.

En cuanto aspiraron el compuesto, este fue asimilado por sus organismos mucho más rápidamente de lo que habían supuesto, y esa rapidez provocó graves lesiones en el hipocampo que literalmente destruyeron algunas zonas del cerebro, lo que conllevó una profunda alteración del comportamiento de todo el personal contaminado.

Por decirlo de una forma más clara, se volvieron locos. Perdieron por completo el control de sí mismos y atacaron salvajemente a los operarios que les estaban auxiliando—, dijo mientras un murmullo de asombro y horror se extendía por toda la sala y antes de que se hubiera extinguido, continuó:

—A pesar de la rapidez con la que actuó el servicio de seguridad, los infectados asesinaron brutalmente a catorce personas antes de que la mayor parte de ellos pudieran ser contenidos en la zona de investigación, pero dado que tres de los investigadores afectados no pudieron ser localizados y ante el evidente riesgo de que la contaminación alcanzara el exterior, se tomó la decisión de destruir las instalaciones y dejar que el fuego borrara las huellas de lo sucedido y por supuesto... también del compuesto. Sin embargo, los

datos de los que disponemos nos indican que, a pesar del daño grave cerebral, el compuesto, tal y como esperábamos, no sólo detuvo el proceso degenerativo celular sino que también actuó sobre el organismo de una forma que solo puedo definir como milagrosa. Cuando en los primeros minutos, tres de los miembros de seguridad fueron atacados por los infectados, se vieron obligados a disparar contra ellos para salvar sus vidas, pero, y ahí está lo sorprendente, sus disparos solo fueron efectivos cuando alcanzaron el corazón, o el cerebro. El resto de heridas, algunas de las cuales eran mortales a muy corto plazo, no parecieron afectarles y continuaron con su actitud agresiva atacándoles y acabando con sus vidas. Y precisamente aquí viene el segundo milagro. A los pocos minutos de fallecer, dos de los tres guardias se pusieron en pie y como si formaran parte de la misma manada que poco antes habían acabado con ellos, se unieron al grupo y continuaron con su búsqueda de víctimas no infectadas.

Como ya les he dicho, por desgracia todas las muestras del compuesto desaparecieron con la destrucción del laboratorio y eso nos lleva al segundo incidente. El ocurrido hace unas pocas horas en Borikai.

Como todos ustedes saben, ese centro todavía se encuentra fuera de servicio, motivo por el que no hay investigadores en él. Pero ha sucedido algo totalmente imprevisto. Unos nativos han masacrado a los operarios que se encontraban trabajando en el hotel que serviría para encubrir el verdadero propósito de nuestra presencia allí, y ese ataque, ha revelado que actuaban siguiendo unas pautas muy similares a las de los infectados del laboratorio Suizo, lo que nos lleva a sospechar que deben hacerlo bajo los efectos de la misma sustancia.

Pero no se trata solamente de eso. Yo mismo he hablado con un hombre de mi plena confianza que envié a la isla con la misión de solucionar algunos problemas que nada tienen que ver con lo ocurrido. Pues bien, mi hombre me ha comunicado que los atacantes actuaban guiados por una mujer que... hablaba y actuaba de una forma aparentemente normal. Es decir. Hay algo en el organismo de esa mujer que es capaz de asimilar y controlar el compuesto impidiendo las terribles lesiones cerebrales. Entenderán que haya considerado que ese es un motivo más que suficiente para haberlos reunido aquí. En unas horas, yo mismo acompañaré a dos equipos de seguridad e iremos a Borikai

con el propósito de poner en funcionamiento el laboratorio, eliminar todo rastro de la carnicería, de los atacantes y, por supuesto, intentaremos capturar con vida a esa mujer o en el caso de que tal cosa no fuera posible, al menos una muestra de la sustancia ingerida por los nativos y otra del cadáver de la mujer—

Uno de los científicos, levantó la mano, y dijo:

—Imagino, señor Beaumont, que estará de acuerdo conmigo en que lo que nos acaba de revelar es lo suficientemente... estrambótico como para que alberguemos serias dudas sobre el proceso de análisis de los datos que le han llevado a ese resultado—

—Sin duda, Hoffman—, contestó Beaumont —Es cierto que no hemos dispuesto de demasiado tiempo, pero por muy increíble que le parezca, puedo asegurarle que los resultados son reales—

—¿Se da usted cuenta de que lo que nos está diciendo, prácticamente equivale a reconocer que estamos persiguiendo un milagroso suero capaz de conceder la inmortalidad a quien lo ingiera?—, insistió nuevamente con tono áspero.

—Es usted un gran investigador, pero debería de aceptar que la ciencia actual desconoce muchas más cosas de las que conoce. No estamos persiguiendo un mágico elixir, sino que lo que estamos haciendo, en realidad es sencillamente redescubrir algo que ya existía en la naturaleza y que los humanos habíamos perdido—

—¿Está hablando de magia?—

—¿Y qué es la magia sino el saber olvidado?—, replicó Beaumont —Sé que a algunos de ustedes no les descubriré nada nuevo si les digo que lo ocurrido en Borikai no constituye ni mucho menos un caso aislado. De hecho, ha sucedido muchas veces—

—¿Se está refiriendo al ataque de los nativos? ¿Qué tiene eso que ver con el compuesto?—

—Todo, o casi todo doctor Hoffman. Desde tiempos inmemoriales hay multitud de relatos sobre aldeas cuyos habitantes desaparecieron tan rápida como misteriosamente o que sencillamente, todos aparecieron muertos en

extrañas circunstancias. Indefectiblemente, ante la falta de una explicación lógica que pudiera explicar lo ocurrido, siempre se ocultaban los hechos o se desdeñaban hasta que terminaban convirtiéndose en leyendas.

Permítanme que les ponga varios ejemplos para que puedan hacerse una idea de qué les estoy hablando—, dijo dándose unos segundos para meditar sobre lo que estaba a punto de hacer.

Había tenido poco tiempo para pensar en cómo les expondría lo siguiente y al final, había decidido presentarles un corto relato de las viejas leyendas y coronarlas con los últimos acontecimientos. Esperaba que de esa forma vieran las coincidencias y fuesen ellos mismos los que tuvieran que admitir la posibilidad de analizarlos fríamente.

—Prometo no robarles mucho tiempo—, dijo comenzando con su relato.

Empezaré por lo sucedido en la isla de Roanoke en 1585. El comandante *Arthur Barlowe*, llegó allí junto con un pequeño grupo de pioneros, pero debido a la hostilidad de los nativos, se vieron obligados a renunciar y regresaron a Inglaterra tan solo un año después, pero a los pocos meses, *Sir Richard Grenville* desembarcó en la isla a un destacamento de quince soldados para mantener la guarnición. Un año más tarde, un grupo de 118 colonos llegaron de nuevo a Roanoke con la intención de llevar a cabo un segundo intento para establecer un asentamiento permanente. Por diversos motivos, tuvieron que transcurrir tres largos años hasta que la siguiente expedición inglesa desembarcó en la isla. Sucedió en 1590 y, para su sorpresa, se encontraron con que todos los colonos que habían dejado en el asentamiento tres años atrás, habían desaparecido sin dejar el menor rastro.

Lo único que quedaba de los colonos eran dos tumbas, la palabra “*Croatoan*” escrita en uno postes de la fortaleza y las letras “*Cro*” grabadas apresuradamente sobre la corteza de un árbol cercano. Por supuesto, de inmediato se dijo que los colonos habían perecido a manos de los salvajes, pero lo que no se dijo fue que antes de la partida se había pactado con los colonos que en el caso de que fueran atacados por los indios, debían grabar una cruz maltesa que serviría para identificar y represaliar a sus atacantes. Pero no se encontró ninguna.

Sé que ahora mismo todos ustedes están pensando que esta vieja leyenda no parece tener nada que ver con nuestras investigaciones, pero se equivocan. La palabra “*Croatoan*” se refiere a la tribu de los *Croatoans*, un antiquísimo

pueblo fuertemente espiritista y que periódicamente llevaba a cabo rituales para que los muertos volviesen a la vida. Varios años después del suceso, los ancianos de la tribu relataron que un espíritu maligno se había apoderado de los colonos dominando su voluntad y obligándoles a asesinarse y devorarse los unos a los otros. Pero eso no es todo. Los indios afirmaron que fue niña nacida en la colonia quien, poseída por esa especie de espíritu les convirtió en demonios.

De ser eso cierto, la actual celebración norteamericana de Acción de Gracias, lo que en realidad estaría celebrando, sería la primera infección de unos occidentales y la horrible matanza de la que fue seguida—

Hubo un momento de silencio absoluto en la sala y, a continuación, una explosión de gritos y voces. Todo el mundo trataba de hablar a la vez, o de hacer algún tipo de pregunta, pero Beaumont alzó los brazos para acallarles y continuó hablando.

—El siguiente caso que les voy a referir ocurrió en Anjikuni, un pequeño poblado Inuit de cabañas de troncos en las que vivían unas treinta personas dedicadas a la caza, la pesca y el comercio de pieles.

Un día, un trampero que vivía a unos kilómetros del poblado, se extrañó al ver que sobre él parecía haber una densa bruma entre la que de vez en cuando se apreciaban algunas luces brillantes, así que al día siguiente se desplazó hasta el poblado y al llegar, se sorprendió al encontrárselo completamente desierto. Lo más extraño era que sus habitantes parecían haberse ido muy apresuradamente ya que habían dejado sus armas de fuego, sus pertenencias e incluso se encontró con que el almacén comunal estaba lleno de suministros. Además, cuando la policía se desplazó hasta allí para llevar a cabo una investigación, se encontraron con que las tumbas del cementerio habían sido abiertas y los restos habían desaparecido.

Por supuesto, la policía canadiense terminó por cerrar el caso sin haber encontrado una explicación para las desapariciones, pero sin embargo, los *inuits* no dudaron en achacarla a los *Taqriaqsuit*, también llamados “gente sombra”, o “gente de la bruma”, unos malignos seres que viven en un mundo paralelo y que en ocasiones logran cruzar al nuestro para capturar almas y

alimentarse con la carne de sus víctimas.

Ahora pasaré a la siguiente leyenda, la de *Kuldhara*, un pueblo de Rajastán en donde súbitamente se esfumaron sus 1500 habitantes, incluidos ancianos que rondaban los noventa años de edad.

Cuentan que fueron capturados por los *Chudails*, unas misteriosas sombras que por las noches vagan en busca de víctimas. Hoy por hoy, ese pueblo sigue en pie y por supuesto abandonado. Los habitantes de los alrededores dicen que está maldito y que la muerte acecha en él. Reconocerán que es muy similar a la leyenda que corre sobre Borikai—

—¿Se puede saber qué tiene eso que ver con...? —comenzó a preguntar la analista, pero Beaumont la interrumpió levantando bruscamente una mano. Cuando estuvo seguro de que todos los ojos estaban puestos en él y de que todos los labios estaban sellados, Beaumont continuó.

—A continuación, pasaré a hablarles de Mengollo, un pueblo situado en el norte de España, más concretamente en el Principado de Asturias y en el que en 1854, todos sus habitantes aparecieron muertos, desde los más ancianos, a los más jóvenes.

Tras varios meses sin poder visitar a sus feligreses debido a que el crudo invierno les había mantenido aislados, el cura de la parroquia decidió que aunque todavía quedaba nieve, podría recorrer el camino sin demasiadas dificultades, así que comenzó a ascender entre las montañas hasta que llegó a un alto desde el que se divisaba el pueblo. Le extrañó el comprobar que todo estaba en silencio y que, a pesar del frío que aún reinaba, las chimeneas no humeaban. Cuando alcanzó la entrada del pueblo se encontró con el primer cadáver tirado sobre la nieve y a medida que continuó avanzando, fue encontrándose más y más cuerpos sin vida esparcidos por sus empinadas calles—

Al concluir, todos le miraban con mucha atención. La sala permanecía en completo silencio. Beaumont les escrutó con la mirada y sonrió. A juzgar por sus expresiones estaba claro que ninguno de aquellos investigadores parecía dispuesto a decir lo que todos estaban pensando; que se había vuelto completamente loco.

—¡Eso es una completa sarta de estupideces!—, exclamó repentinamente Hoffman quien parecía encontrarse al borde de un paro cardíaco.

—Lo que nuestro compañero quiere decir...—, se apresuró a decir Linda Grey, una eminente analista genética —Es que todo eso son simplemente historias sin fundamento y que nosotros, como científicos, no podemos tener en consideración y aún mucho menos permitir que influencien nuestras líneas de investigación—

—Les puedo asegurar que está todo perfectamente documentado. Mis equipos de investigación llevan dos décadas recorriendo el planeta en busca de esos lugares y tras analizar exhaustivamente decenas de lo que usted acaba de definir como “historias sin fundamento”, han llegado a la conclusión de que, a pesar de algunas incorrecciones en las diferentes historias que han sido provocadas por el paso del tiempo, la base de todas ellas es prácticamente idéntica y que los hechos que relatan, son reales—

—¿Pero si han pasado cientos de años, cómo pueden asegurarlo? —

—Pueden hacerlo gracias a que han sido mis propios investigadores los que han llevado a cabo una exhaustiva investigación sobre la leyenda de Borikai. La isla en la que se han desarrollado los desgraciados acontecimientos que nos han reunido aquí. Permítanme que se la relate.

En el mes de Agosto de 1831, un terrible huracán asoló la isla y tres semanas después, un sacerdote logró llegar hasta ella. Pero no le hizo falta entrar para percatarse de que algo terrible había acontecido, así que con la cruz en alto se encaminó hacia las viviendas encontrándose con los cadáveres de todos sus habitantes esparcidos por el suelo. Recorrió las cabañas en busca de algún superviviente, pero todas ellas estaban desiertas. Sus habitantes habían encontrado la muerte en el exterior y toda la aldea estaba poblada por cadáveres en avanzado estado de putrefacción.

Los nativos culparon de las muertes a una hechicera que había sido vista en la isla acompañando a un hechicero blanco y del que se contaba que practicaba el canibalismo y era capaz de devolver la vida a los muertos con el propósito de que estos capturaran las almas de los vivos y se las entregaran.

Como verán, en todos los casos que les he relatado hay algunas coincidencias; niebla o bruma, todos los habitantes muertos o desaparecidos sin aparente

explicación, seres maléficos en busca de almas y por supuesto... muerte por doquier—

—Por favor, ya basta—, le interrumpió Hoffman levantándose de la mesa ante la sorpresa de los demás —Lamento haber llegado a este punto —Pero por muy bien que pague no estoy dispuesto a jugarle mi reputación por algo tan incongruente como leyendas sobre demonios que surgen de la bruma para llevarse a los habitantes de pueblos remotos. Y en lo que se refiere a los milagrosos efectos de ese compuesto... es sencillamente imposible que tal cosa sea real. Por todo ello, en este mismo instante le presento mi dimisión con carácter irrevocable—

Beaumont asintió con expresión resignada, como si hubiera estado aguardando a que antes o después alguno de los científicos dijera aquellas palabras.

—¿Y si le mostrara una prueba irrefutable, Hoffman? ¿Continuaría con su intención de dimitir o por el contrario estaría dispuesto a abrir su brillante mente racional y estudiar otras posibilidades hasta ahora consideradas imposibles?—, dijo el anciano lanzándole una mirada mezcla de interrogación y desafío. Hoffman era demasiado valioso como para permitir que se marchase... tan pronto

Hoffman le miró dubitativo, suspiró y se sentó haciéndole un gesto para que continuase.

—Me alegro de que al menos me dé usted la oportunidad de convencerle, doctor—, le agradeció Beaumont arrojando sobre la mesa una carpeta, y diciendo —Échele un vistazo y dígame qué le parece—

Hoffman cogió la carpeta con desgana y tras abrirla, comenzó a examinar los documentos que contenía. Tres minutos después, posó lentamente la carpeta sobre la mesa, sacó un pañuelo para limpiarse el sudor que le goteaba de la frente, y miró al anciano como si aquella fuera la primera vez en su vida que lo veía.

—¿Por qué no me proporcionó esta información cuando comenzamos? ¿Tiene usted la menor idea de cuánto tiempo, esfuerzos y recursos hemos desperdiciado por no saber qué estábamos haciendo?—

—Lo habría hecho si hubiera confiado en usted. Pero comprenderá que algo así es demasiado valioso como para compartirlo—, respondió Beaumont.

—¿Puedo saber de qué están hablando?—, intervino la genetista —¿Qué hay

en ese dossier?—

Inclinándose sobre la mesa, Hoffman empujó la carpeta hacia ella mientras añadía:

—Solamente la inmortalidad... pero para conseguirla tendremos que afrontar un grave inconveniente, y es que yo no soy el único que ha estado buscando el compuesto—, les reveló

—¿Es que hay alguien más al corriente de esto? —

—Por supuesto que sí. Para alcanzar nuestro objetivo deberemos enfrentarnos a unos crueles enemigos que intentaran impedir a toda costa que logremos hacernos con su secreto. Me estoy refiriendo a los *Banuts*. Los salvajes que influidos por el poder del Óleo han asesinado a los trabajadores y que... por un desconocido motivo, posteriormente han perdido el juicio por completo—

—¿Cuánto tiempo llevan esos *Banuts* intentando sabotear el proyecto?—
inquirió con cierta aprensión la genetista.

—Prácticamente desde el primer instante en que pusimos un pie en la isla—, reconoció Beaumont —Nuestros ingenieros apenas llevaban dos días en ella cuando se hizo evidente que alguien quería echarnos de allí costara lo que costase. Se trataba de un grupo de fanáticos practicantes de la religión vudú que llevaba más de un siglo velando para que la isla continuara deshabitada. Al principio solamente se dedicaron a hacer pequeños sabotajes en la maquinaria, pero poco a poco fueron a más y comenzaron las agresiones a los operarios y poco tiempo después, comenzaron los asesinatos. Entonces nos vimos obligados a enviar a dos equipos de seguridad para proteger las obras de la fase uno y la búsqueda que se estaba llevando a cabo en la mansión, pero no tardó en resultar evidente que no podíamos blindar ambos lugares, así que nos centramos en proteger la Fase Uno y dejamos la mansión para más adelante. A fin de cuentas, en aquel momento no nos pareció que pudiéramos encontrar nada interesante en ella y no merecía la pena arriesgar las vidas de nuestros hombres en infructuosas búsquedas—

—¿Y qué pasó con los *Banuts*?—

—Cuando los asesinatos comenzaron me reuní con el presidente de Guinea y le solicité ayuda militar. Nosotros no podíamos enviar más guardias a la isla porque habríamos levantado demasiadas sospechas, así que enviaron tres patrulleras que establecieron una amplia franja de seguridad en torno a la isla. Sin poder llegar a ella, los ataques violentos cesaron, pero aun así todavía hubo algunos inexplicables sabotajes que aunque nos demoraron un poco, no

fueron suficientes para impedir la finalización del laboratorio—

—¿Y ahora porqué han atacado a los obreros de una forma tan violenta? —

—Estoy casi seguro de que lo hicieron porque alguien en la isla se topó accidentalmente con el compuesto. Para los *Banuts*, esos significa el principio del fin del mundo ya que según sus creencias, el descubrimiento del Óleo será inmediatamente seguido de la venida de una especie de poderoso demonio con el poder suficiente como para abrir una puerta entre el mundo de los vivos y los muertos, es decir, que el infierno y todos sus demonios cruzarán esa especie de portal y arrasarán nuestro mundo—

Un escalofrío de terror trepó por la espalda de la analista obligándola a soltar una exclamación de terror.

Recomponiéndose, le dio un trago a su café especulando con la posibilidad de que algo así pudiera hacerse realidad y con las implicaciones que, de así ser, podría conllevar.

—Si asumimos que ese compuesto y el óleo son reales, también deberíamos considerar la posibilidad de que... algo de eso también lo sea, y eso significaría que en esa isla hay algún tipo de singularidad. Quizás se trate de una especie de distorsión espacio-temporal que permita conectar dos dimensiones con el peligro que eso conllevaría—, indicó Hoffman visiblemente alterado —Y si así es, comprendo que estén dispuestos a hacer lo que sea necesario para impedirlo—

—No lo será—, aseguró Beaumont —He sido informado de una presencia en la isla que no parece pertenecer a este mundo. Se trata de una mujer que, de alguna forma desconocida se ha hecho con el control de los *Banuts*. Ahora, los mismos que vigilaban para que no regresara a nuestro mundo son quienes la protegen y nosotros tendremos que terminar con todos ellos y capturar a esa mujer antes de que sea demasiado tarde—

Capítulo 16. Escapando del campamento.

En el alojamiento uno, Areces escuchó los disparos y miró en dirección a la mansión. Las cosas no debían de estar mucho mejor por ella. Apretó los dientes. No dejaba de pensar que lo que estaba sucediendo era culpa suya y los remordimientos le estaban pasando factura. Perturbado, caminó en círculos intentando averiguar la forma de salir de allí para ayudar a la gente de la mansión, pero no iba a ser nada fácil.

Alrededor del alojamiento merodeaban varios de aquellos seres a los que no se atrevía a llamar personas, y los sonidos guturales que brotaban de sus gargantas llegaban hasta sus oídos como un runrún incesante que golpeaba con fuerza entre sus sienas impidiéndole concentrarse. Tenía que librarse de aquellos sonidos antes de que le volvieran loco. Entonces escuchó la esperanzada voz de Mario, indicando:

—¡Se están marchando!—

Areces se abalanzó hacia la ventana y comprobó que, efectivamente, estaban ascendiendo la carretera en dirección a la mansión. Probablemente el ruido de los disparos y el grito había llamado su atención. ¡Ese era el momento que estaban aguardando!, pensó mientras comenzaba a hablar muy deprisa.

—¡Rápido, que cada uno coja un walkie y una barra de hierro!—

—¿Qué pretendes hacer? ¿Es que quieres que salgamos?—, preguntó Mario, con voz incrédula.

—Nuestra obligación es hacer todo lo posible para intentar rescatar a los de la casa, así que será mejor que ninguno de vosotros se atreva a discutir conmigo

—¿Y qué carajo se supone que vamos a hacer con Daniel? ¿Es que quieres dejarlo ahí dentro?—

Areces miró con recelo hacia la puerta del baño. Llevaban un buen rato sin escuchar ningún sonido desde el otro lado. Desde que Adrián les dijo que Daniel, ahora convertido en uno de aquellos seres, se encontraba encerrado allí, ninguno de ellos se había atrevido a comprobar su estado.

Por muy irracional que fuera, ambos estaban seguros de que lo que hubiese al

otro lado de aquella puerta ya no era su compañero y precisamente por eso habían demorado todo lo posible el inevitable instante en el que tendrían que cerciorarse de ello... y actuar en consecuencia.

—No creo que pueda salir de ahí, pero de todas formas será mejor que quien lo decida sea Adrián. A fin de cuentas, de los tres que estamos aquí él es el único que lo ha visto en su estado actual—

—¿De verdad vas a dejar esa decisión en manos de Adrián? ¿Es que no has visto el estado en el que se encuentra?—, preguntó Mario señalando al joven que permanecía estático ante la puerta del baño —¿Pero si está completamente ido! ¿Es imposible que sea capaz de tomar una decisión!—, protestó mientras que Areces se acercaba hasta su compañero.

—Hola, Adrián—

—Hola, jefe—

—Dime compañero ¿Cómo te encuentras?—, le preguntó sorprendiéndose al comprobar su extrema palidez.

—Estoy bien, jefe—

—¿Crees que podrías correr?—

—Por supuesto que podré—

—¿Y crees que podrás pelear si es necesario?—

—Lo estoy deseando—, dijo apretando los puños hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—Muy bien. Me alegra muchísimo saberlo ¿Qué te parece si ahora te vienes con nosotros?—

—¿Y qué hacemos con Daniel?—

—Ahora está encerrado, No puede salir de ahí, así que ya no representa una amenaza. Vayámonos, busquemos ayuda y más adelante nos ocuparemos de él ¿Te parece bien?—

—No—

—¿Por qué no, Adrián?—

—Porque no podemos dejarlo con vida. Acabaría escapándose y persiguiéndonos—

—¿Y qué quieres que hagamos con él? ¿Qué propones? ¿Qué lo matemos?—

—Sí. Hemos de acabar con él para que su espíritu descanse en paz—

—¿Estás completamente seguro? ¿Eres consciente de que lo que estás diciendo es que quieres que le matemos?—

—Sí—

—¿Y cómo pretendes hacerlo? Yo tengo una pistola, pero si disparo, el ruido atraerá otra vez a los demonios y ya no podremos escapar—

—No es necesario. Abra la puerta y yo le enseñaré cómo hacerlo—

—¿Entonces es verdad que ya has matado a alguno de esos demonios?—

—Sí—

Areces retrocedió unos pasos y dijo:

—Ya le has oído, Mario. Abre la puerta y aléjate—

—¿Pero vas a dejar que esa cosa salga de ahí? ¿De verdad?—, clamó Mario.

—No veo ninguna otra opción—, observó —Además, cuanto antes nos acostumbremos a matar, mucho mejor—, dijo acercándose a la puerta

—¡Maldita sea, Areces! ¡Eres un maldito hijo de perra!—, maldijo Mario —
¡No podemos matar a Daniel!—

—¿Por qué, no? ¿Qué te crees que pretenden hacer ellos con nosotros?—, preguntó descorriendo el pestillo por sorpresa y empujando la puerta hacia dentro.

Al instante, apareció Daniel, gruñendo mientras avanzaba hacia Adrián con la boca abierta hasta casi desencajar las mandíbulas. Mario ahogó un grito de terror y retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared del otro lado, pero Adrián permanecía inmóvil, aguardando su inminente ataque.

Daniel alzó los brazos al tiempo que flexionaba levemente las piernas y entonces, con un veloz movimiento, Adrián lanzó hacia delante la barra que sostenía entre las manos atravesándole la cabeza y su cuerpo cayó al suelo de espaldas, gorgoteando y echando cuajarones de sangre por la boca mientras sus piernas se movían espasmódicamente.

—¡Lo veis! ¡Matarlos es fácil, es muy fácil!—, gritó Adrián con voz jubilosa mientras extraía la barra.

Areces se puso a su lado y observó el cuerpo del que había sido su compañero.

—Siento haber dudado de ti, Adrián. Está claro que tenías razón. No sé exactamente en qué se había convertido nuestro amigo, pero no me cabe la menor duda de que ya no era humano ¿Y tú, Mario? ¿Has cambiado ya de opinión?—, le preguntó con la respiración agitada.

—Sí—, reconoció —Pero si conseguimos salir de esta con vida, creo que voy a necesitar mucha ayuda profesional—, murmuró.

—Todos nosotros la vamos a necesitar—, le confirmó Areces. Y con una sonrisa, añadió —Pero tranquilo; nuestro seguro médico se hará cargo de ella

—

En cuanto abrieron la puerta de la oficina se lanzaron a la carrera en dirección a la caseta de herramientas y tras abrir la puerta, Areces sacó varios largos machetes de los que empleaban para limpiar la maleza y le entregó dos a cada uno.

—Llevad uno en la mano y el otro colgáoslo a la espalda—, dijo —De esa forma, si uno de ellos se os queda atascado en el cuerpo de uno de esos demonios siempre podréis recurrir rápidamente al otro—

—Es una lástima que no haya más armas de fuego en la isla—, añadió Mario mirando con envidia el revolver.

—En eso te equivocas—, respondió Areces —Nuestros dos nuevos invitados están armados ¿O acaso te has olvidado de los disparos que escuchamos?—

—No, no me he olvidado, pero por desgracia para nosotros los disparos cesaron hace mucho, así que supongo que esos monstruos ya habrán acabado con ellos—

—Eso es lo que vamos a comprobar ahora mismo—, dijo Areces mirando hacia el sendero que ascendía hacia la mansión, y señalando hacia el Pick-Up, añadió:

—Iremos más rápido en él—

En cuanto alcanzaron la explanada de la casa, detuvieron el vehículo y descubrieron a un grupo de *Nvumbis* alejándose con su torpe caminar por la carretera que llevaba a la cala.

—Deben de estar persiguiendo a alguien y...—, su voz se quebró al distinguir un cuerpo colgando de un canalón que se había separado de una de las paredes formando un ángulo de noventa grados.

—¿Qué coño...? ¿Ese de ahí no es el francés cabrón?—, se asombró Mario.

—Pues sí que lo es. Y yo diría que todavía está vivo—, agregó Areces al ver que les estaba haciendo señas con una mano.

Tres *Nvumbis* caminaban en círculos debajo de él, como si estuvieran esperando que las fuerzas le fallasen y terminara cayendo entre ellos, pero eso no parecía que fuera a suceder, o al menos, no por el momento. Gerard parecía estar férreamente sujeto a la bajante por una cuerda o algo similar que estaba anudado en su cintura, y también estaba lo suficientemente distanciado de la pared como para que las manos crispadas que asomaban por la ventana no

pudieran alcanzarlo.

—¿Qué hacemos? ¿Le echamos una mano o lo dejamos ahí colgado como si fuera un chorizo?—

—No sabes cuánto me tienta la segunda opción—, reconoció Areces —Pero en estos momentos cuantos más seamos, mejor—, y tras lanzar un profundo suspiro, añadió al tiempo que pisaba el acelerador:

—Venga. Bajemos de ahí a ese puto gabacho—

Al descubrir que la furgoneta se aproximaba hacia ellos, los sorprendidos *Nvumbis* se detuvieron durante unos breves instantes al cabo de los cuales caminaron directamente hacia ella siendo inevitablemente arrojados

En cuanto se detuvieron bajo Gerard, Areces descendió del vehículo y con tono burlón, le dijo:

—¿Necesita ayuda o es que se está secando al sol?—

—Nunca pensé que me alegraría de verle, Areces—, respondió de mala gana

—Pero ya que está aquí, creo que aceptaré su oferta—

—En realidad todavía no le he hecho ninguna. Simplemente le he preguntado si necesitaba ayuda—

—Estoy colgado de una bajante a cuatro metros del suelo ¿Qué cree usted?—

—Si mal no recuerdo, usted mismo ha dicho que soy un completo inepto, así que la verdad es que no lo sé—

—De acuerdo, de acuerdo... entiendo que me guarde cierto rencor por lo que le dije, pero le agradecería que dejara los reproches para cuando estemos a salvo. La mansión está llena de esos seres y ahora que les han visto no creo que tarden mucho en aparecer por aquí—

—Muy bien, supongo que tiene razón, así que pospondré mi ácido sermón para más adelante, pero antes dígame ¿qué ha sido de los de la casa y de su guardaespaldas?—

—Las dos chicas, la doctora y el tipo alto escaparon hacia la jungla y en cuanto a Arturo... el pobre tuvo mala suerte—, fue su escueta respuesta.

—Lo siento por él, pero bueno... qué se le va a hacer. Al menos el resto han logrado sobrevivir—, respondió subiéndose al techo de la cabina. —Pero antes de bajarle, me gustaría que me entregase usted su pistola—

—¿Lo está diciendo en serio? ¿Es que va a aprovechar mi situación para chantajearme?—

—No es ningún chantaje... o tal vez sí. La verdad es que no lo sé, pero sí sé

que quiero su pistola, así que si es usted tan amable... por favor—

—Vale...—, aceptó a regañadientes. En cuanto Areces cogió la pistola, se la entregó a Mario y entre él y Adrián, le sujetaron los pies a Gerard mientras que él desabrochaba el cinturón con el que se había sujetado y se descolgaba.

Una vez dentro de la furgoneta se pusieron en marcha siguiendo la carretera que llevaba a la cala.

—Si pretende escapar en la lancha, le advierto que ya no se encuentra allí. Lo he visto desde la biblioteca—, le indicó Gerard.

—Lo sé. En realidad, cuando le descubrimos también vimos a un grupo de *Nvumbis* que se adentraban en la jungla y por lo que usted me ha contado, creo que lo que estaban haciendo era perseguir a los supervivientes—

—Sí. Su suposición es correcta, pero no creo que sea buena idea ir en su misma dirección. Deberíamos ir directamente a la Fase Uno—

—¿Y dejar que esos seres los destrocen? No. Quizás ese sea su estilo, pero desde luego dista mucho de ser el mío. Les buscaremos y cuando los encontremos iremos hasta la oficina del campamento y pediremos ayuda a través de la radio—

—No se moleste en hacerlo. Ya lo he hecho yo—

—¿De verdad? Vaya ¿y cómo demonios lo ha hecho? ¿Por telepatía?—

—No es usted el único que posee un teléfono satélite. He hablado con Beaumont y nos ha enviado un equipo de seguridad. Deberían de llegar en unas cuatro o cinco horas—

—¡Gracias a Dios! ¡Bien hecho, joder! Pero de todas formas será mejor que pidamos ayuda a la policía guineana. No quiero permanecer aquí ni un minuto más del que sea necesario y seguro que ellos tardan mucho menos en llegar, así que si me presta su teléfono...—

—Lo siento pero hay dos motivos por el que no puedo hacerlo. El primero es que Beaumont en persona me ordenó que no alertara a nadie hasta que él mismo llegara, y el segundo es que lo perdí durante mi precipitada huida—

—Entiendo que pueda haberlo perdido durante su huida, pero no la actitud de Beaumont ¿Es que acaso no le detalló usted lo que estaba sucediendo?—

—Le aseguro que lo hice, pero aun así, insistió en que su servicio de seguridad solucionaría este asunto con mucha más discreción que la policía guineana—

—¿Y exactamente qué es lo que le pidió que hiciera? ¿Qué se colgara de un

canalón y esperase a que él llegara?—

—Solamente me ordenó que esperara. No me dio ninguna indicación sobre cómo podría mantenerme con vida hasta su llegada—

—¿Y pensaba hacerlo ahí colgado?—

—En realidad estaba trazando un plan para llegar a la Fase Uno. Esperaba poder refugiarme en el complejo—

—¿Se refiere al “Cubo”?—

—Sí. Es absolutamente imposible que esos seres hayan conseguido entrar en él—

—Y yo también lo dudo, pero dígame, Gerard ¿cómo había pensado entrar? Que yo sepa, ese lugar está totalmente cerrado y a pesar de su engañosamente frágil apariencia, le aseguro que se trata de un auténtico bunker—

—Siempre hay una puerta trasera, Areces, siempre la hay...—, respondió esbozando una sonrisa enigmática.

Unos pocos minutos después, la furgoneta se detuvo ante el desprendimiento.

—¿Y ahora?—, preguntó Mario.

—Propongo que echemos un rápido vistazo por los alrededores—, sugirió Areces —Quizás todavía anden por aquí—

En cuanto descendieron, treparon hasta lo alto del montón de tierra y mientras se esforzaban por distinguir algún rastro de ellos, Gerard sacó la pistola de Arturo que llevaba oculta bajo la ropa y apuntándoles con ella, dijo:

—Después de que se hayan tomado tantas molestias por salvarme la vida, he de reconocer que lamento muchísimo tener que despedirme de todos ustedes, pero por desgracia no puedo llevarles conmigo—

—Sabía que eras un cabrón, pero no esperaba que continuaras siéndolo en estas circunstancias—, le espetó Areces con rabia —¿Es que no te das cuenta de que nos necesitamos los unos a los otros?—

—Es precisamente por esas afirmaciones por las que no sobrevivirá—, respondió señalando a un grupo de *Nvumbis* que se acercaba desde el otro lado del promontorio. —Veo que van a tener visita muy pronto y estoy seguro de que no desean perder el tiempo charlando, así que les disculparé si deciden comenzar a correr ahora mismo—

—¡Pero esos monstruos nos descuartizaran si nos cogen! ¡No podremos correr tanto como para despistarlos!—, apuntó Areces con impotencia.

—Lo sé. Por eso mismo acabo de decir que ya pueden echar a correr...—, repitió al mismo tiempo que Mario sacaba la pistola. Pero Gerard fue mucho más rápido y con un certero disparo el cuerpo de Mario se desplomó sobre la tierra.

—No debió usted de entregarle la única arma, Areces. Como pistolero no valía nada, pero reconozco que tenía toda la razón en lo que dijo, así que le he ahorrado la agonía—

—¡Hijo de puta!—, gritó entonces Adrián abalanzándose sobre él, pero Gerard reaccionó a tiempo y disparó alcanzándole en el pecho mientras que Areces se agachaba y con la mano derecha sacaba su revólver y casi sin apuntar efectuaba tres disparos, al tiempo que recogía en su mano izquierda un puñado de tierra y se la arrojaba a la cara.

—¡Haggg!—, gritó cuando, momentáneamente cegado, notó el ardiente calor de un proyectil alojándose en su hombro izquierdo —¡Eres un maldito hijo de...!—, maldijo disparando a ciegas en su dirección.

Areces se tiró al suelo y sujetando el revolver con ambas manos, disparó dos veces alcanzándole en el vientre.

Herido de muerte, Gerard cayó de espaldas mientras soltaba la pistola justo cuando los primeros *Nvumbis* asomaban sobre el montículo.

Al descubrirles, Areces disparó alcanzando al primero de ellos en el pecho, pero cuando abrió fuego contra otro de ellos, se dio cuenta de que ya había gastado las seis balas del tambor justo en el momento en que otros dos *Nvumbis* lanzaban un chillido y se arrojaron sobre él. Sintió los dientes de uno de ellos hundiéndose en su hombro, notó como su carne se desgarraba y la sangre brotaba de la herida al tiempo que percibía el hedor que emanaba del oscuro cuerpo recubierto con una especie de brea maloliente.

Todo indicaba que estaba acabado, pero entonces, Adrián, aunque malherido, empuñó su machete y descargó un solo golpe sobre el *Nvumbi* que atenazaba a Areces cercenándole una pierna. El trozo amputado se desplazó en primer lugar y el resto del cuerpo cayó desmadejado sobre el suelo.

Libre de su atacante, Areces se revolvió y logró zafarse de las manos que lo sujetaban justo cuando otro se arrojaba sobre Adrián. Este apenas tuvo tiempo de girar el machete y apuntarlo hacia su agresor. Cuando el *Nvumbi* cayó sobre él, treinta centímetros de acero sobresalían de su espalda.

—¡Adrián!—, gritó Areces apartando el cadáver mientras recogía su pistola y disparaba alcanzando a otro en el corazón.

—¡Venga amigo! ¡Saldremos de está!—, dijo observando los espasmos que sufría.

—¡Adrián! ¡Venga, amigo!—, volvió a repetir mientras el joven experimentaba un amago de vómito y tras un último estertor quedaba por fin completamente inmóvil. Era inútil. Ya no podía escucharle. Había muerto y sin saber por qué, Areces apoyó la pistola en la cabeza de su amigo y apretó el gatillo al mismo tiempo que con el rabillo del ojo veía a el cuerpo inmóvil de Gerard rodeado por dos nativos y en la lejanía, el sonido de un helicóptero sonaba tan alto que Areces apenas pudo escuchar la gélida risa que sonaba al otro lado del montículo o los pasos que se acercaban hacia él.

A unos pocos metros, Gerard dudaba en por qué los dos *Nvumbis* no le atacaban. Simplemente permanecían de pie frente a él, como si le estuvieran vigilando.

“*Muy bien. Permaneced quietecitos, hijos de puta*”, pensó mientras alargaba la mano para intentar alcanzar su pistola. En ese instante una sombra se proyectó sobre él, volvió la cabeza y cuando la miró supo que ya era demasiado tarde. Vanda estaba allí, a un metro de él, cubierta de hermosas joyas cuajadas de piedras preciosas que apenas cubrían su desnudez.

Repentinamente, los dos *Nvumbis* le aferraron por los hombros y Gerard lanzó un alarido de intenso dolor al notar la bala rozar contra el hueso astillado mientras lo incorporaban, pero en el mismo instante en que sus ojos se cruzaron con los de ella, el dolor, súbitamente desapareció.

—¿Era esto lo que querías?—, dijo Vanda llevándose la mano a las ingles y sujetando una gigantesca esmeralda que colgaba de una cadena de oro.

Trastornado, comenzó a reír histéricamente al mismo tiempo que Vanda soltaba la joya y lanzaba sus manos hacia delante. Entonces sintió una fuerte punzada en el pecho, como si un trozo de hielo se lo hubiera atravesado. Quiso gritar, pero no pudo hacerlo y con los ojos desorbitados vio a Vanda llevarse a la boca su aún palpitante corazón.

En el amarradero.

Marian resbaló por un terraplén, cayó al suelo y sintió un agudo dolor en el

tobillo, pero sabía que no podía detenerse por lo que apretó los labios y con la ayuda de Samanta y Bibiana continuó adelante.

Al verla cojear, Carlos miró hacia atrás observando asustado que sus perseguidores más cercanos se encontraban a menos de treinta metros. Era consciente de que a pesar de la ayuda de las dos chicas, Marian ralentizaría su huida y terminarían por alcanzarlas, así que a voz en grito las instó para que continuaran adelante mientras que él intentaba contenerlos.

Tras detenerse se giró respirando de forma entrecortada y aferrando con fuerza la lanza que había improvisado en la mansión utilizando un cuchillo de cocina, una resistente barra de bronce que hasta entonces había servido para descorder unas cortinas y un rollo de cinta americana, y mientras la blandía, allí de pie no pudo evitar preguntarse por qué demonios lo estaba haciendo.

A medida que acortaban distancias, los atacantes comenzaron a chillar histéricamente y el sonido que salió de sus gargantas le provocó un profundo estremecimiento. Sonaban como una jauría de depredadores hambrientos.

En cuanto estuvieron a cinco metros, Carlos corrió hacia su lateral derecho y mientras giraban sus cabezas hacia él, la inercia de la carrera y la pendiente descendente de la carretera hizo que al intentar girarse, dos de ellos tropezaran entre sí y mientras caían al suelo, Carlos aprovechó para hundir su lanza en el vientre del tercero. Aprovechando el movimiento lo derribó y sin perder un segundo extrajo la lanza hundiéndola en el pecho de uno que ya estaba intentando incorporarse y a continuación, volvió a clavarla en la espalda del tercero.

Por un instante suspiró aliviado al ver lo fácil que había sido acabar con ellos, pero entonces abrió desmesuradamente los ojos mientras veía como el primero volvía a ponerse de pie y caminaba hacia él como si la lanza no le hubiera causado el menor daño. La sorpresa paralizó a Carlos y le concedió a su atacante el tiempo suficiente para alcanzarle. Una de sus manos aprisionó su antebrazo izquierdo y lo atrajo hacia él mientras su babeante boca se abría de una forma imposible, casi como si sus mandíbulas se hubieran desencajado, pero Carlos retrasó la lanza y con todas sus fuerzas la empujó hacia arriba clavándosela en la base de la mandíbula.

En ese momento la garra que le sujetaba se abrió y Carlos retrocedió

despavorido mientras aquél ser se desplomaba sobre la tierra del camino.

Estaba aterrado pero no podía perder ni un segundo. Los otros dos ya se habían levantado y caminaban hacia él, así que arrancó la lanza del cadáver y la hundió en el ojo derecho del más próximo que, al igual que el anterior, se desplomó al instante. Ahora solo quedaba uno, pero el sonido de unos chillidos a su espalda le indicó que el resto no tardarían mucho en alcanzarle, por lo que tras incrustarle la lanza en la frente echó a correr carretera abajo rezando porque las chicas no se hubieran encontrado con ninguno de aquellos seres.

Sin tan siquiera volver la cabeza para comprobar si le seguían, alcanzó el cobertizo metálico de la cala y aturdido por la tensión abrió de golpe la puerta y entró en su interior.

—Gracias a dios que lo has conseguido—, dijo Samanta, al verle entrar —¿Cómo estás? ¿Te han herido?—

—No. Estoy bien—, fue su escueta respuesta. No quería ser una carga, pero le temblaban las piernas y estaba a punto de comenzar a gritar. Pero no. Tenía que mantener la calma. No podía venirse abajo así que puso todo su empeño en forzar una sonrisa de agradecimiento y seguir respondiendo a sus preguntas con aparente calma.

—¿Qué ha pasado con... ya sabes, con los *Nvumbis* que nos perseguían?—

—Nada... ya no nos perseguirán más—, respondió él, evitando darla una respuesta directa —¿Cómo está la doctora? —, preguntó —Tenemos que buscar la forma de salir de esta maldita isla cuanto antes—

—Yo estoy bien—, respondió Marian todavía sentada en el suelo, y señalando a su tobillo, añadió:

—Creo que solamente es un simple esguince. En unos días estaré como nueva —

—Pero es que no tenemos unos días—, murmuró Carlos con la mirada fija en el exterior —Ni tan siquiera creo que tengamos horas. Tenemos que marcharnos ahora mismo—

—¿Qué estás diciendo? No hay ninguna lancha...—

—¡Pues entonces nos iremos a nado! ¡Me da igual cómo lo hagamos, pero no podemos quedarnos aquí!—, exclamó.

A Carlos no le apetecía ni lo más mínimo hablar. Necesitaba pensar en todo lo que acababa de suceder. Aquellos salvajes parecían humanos, pero no lo eran. Sabía que lo que estaba pensando era totalmente absurdo, pero la única definición que se ajustaba tanto a su apariencia, como a su actitud extremadamente agresiva y a la aparentemente nula eficacia de las graves heridas que les había infligido en pecho y estómago, era la de “Zombis”.

Meneó la cabeza con impotencia. El mero hecho de pensarlo le parecía una locura, pero aquella locura era la única explicación posible para lo que estaba sucediendo.

—¿Quieres que nademos hasta Annobón? ¿Es que te has vuelto loco?—, dijo Samanta, muy sorprendida por su osca actitud.

—No, no se ha vuelto loco—, terció Marian —Lo único que le pasa es que se acaba de dar cuenta de que lo que está sucediendo en la isla, es tan inexplicable como mortal—

Carlos se volvió hacia ella y mirándola con atención, preguntó:

—Usted ya sabía lo que estaba pasando aquí ¿verdad?—

—Sabía que pasaba algo, pero no el qué. Me advirtieron del peligro de los *Nvumbis*, pero yo no les creí. No podía hacerlo—

—¿Los *Nvumbis*? ¿Ese es el nombre de la tribu a la que pertenecen esos salvajes?—, preguntó Bibiana.

—No—, negó Carlos —Los *Nvumbi* son prácticamente muertos vivientes, una especie de... zombis—, y aprovechando el desconcierto provocado por sus palabras, miró a Marian, y la preguntó:

—¿Cómo ha llegado a la isla?—

—Me... me ha traído una amiga en una lancha—

—¿De verdad? ¡Eso es magnífico! ¿Sigue todavía por aquí? ¿En dónde está amarrada la lancha?—, preguntó Carlos repentinamente esperanzado.

Marian suspiró y dejó vagar la mirada por el cobertizo mientras respondía:

—No... bueno, no lo sé con seguridad, pero creo que nos hundimos. Algo sucedió cuando estábamos a punto de alcanzar la cala. No sé exactamente que fue, pero sé que la lancha chocó contra algo o... o que algo chocó contra la lancha. Yo caí al agua y... pensé que iba a morir. Lo siguiente que recuerdo es que desperté en una cueva, pero no sé quién me llevó hasta ella—

—A lo mejor llegaste tú sola—, sugirió Bibiana.

—No. Alguien me sacó del mar y me llevó hasta ella—

—¿Estás segura?—

—Completamente. En su interior había muebles, un montón de herramientas, latas de comida... era evidente que estaba habitada, pero desconozco por quién—

—Intenta recordar—, dijo Samanta —Si alguien te rescató, seguro que podría ayudarnos a escapar—

—Te juro que lo intento, pero... no, no lo consigo. No recuerdo a nadie. Aunque la verdad es que... no sé si es real o fruto de mi imaginación, pero tengo la sensación de que tenemos que llegar hasta la Fase Uno, hasta “El Cubo”—

—¡Pero si eso está en el otro extremo de la isla!—, exclamó Bibiana —¡Jamás lo conseguiremos!—

—Lo sé. Tengo una sensación en la nuca que...—, respondió la doctora intentando explicar con palabras lo que su sexto sentido le decía —No puedo explicarlo... pero sé que tenemos que ir allí—

—Quizás no sea tan mala idea—, añadió Carlos —Nuestra prioridad es encontrar una lancha con la que poder salir de la isla y si mal no recuerdo, José me comentó que en la Fase Uno había una pequeña lancha semirrígida *Zodiak*. Si todavía sigue allí creo que podría ser nuestra tabla de salvación—

—Me siento inclinada a coincidir con Carlos y con Marian—, comentó Samanta con desazón —No podemos quedarnos aquí escondidas eternamente. Si queremos escapar, nuestra única posibilidad es llegar al campamento—

Carlos apartó la mirada y mirando a Marian, la preguntó:

—¿Crees que podrás hacerlo?—

—Creo que sí. Ya casi no me duele y estoy... ¿estoy bien?—respondió ella sorprendiéndose al mirar su pie descalzo y comprobar que la inflamación de su tobillo prácticamente había desaparecido.

—¿Y cómo atravesaremos la isla sin que esos monstruos nos atrapen?—, preguntó Bibiana.

En ese instante llegó hasta ellos el lejano sonido de unos rotores aproximándose. Carlos corrió hasta la ventana que daba al amarradero y desde allí, distinguió dos pequeños puntos en el cielo.

—¡Helicópteros!—, exclamó completamente entusiasmado —¡Son helicópteros de rescate! ¡La ayuda ha llegado! ¡Vamos a vivir!—

La llegada de Beaumont.

Bajo la tenue luz del atardecer el helicóptero sobrevolaba a baja altura el océano Atlántico. Annobón había quedado atrás hacía unos cinco minutos, pero en esos momentos, Beaumont ya veía acercarse rápidamente la silueta de Borikai.

Sentado frente a él y vestido con un uniforme de camuflaje, se encontraba un hombre de unos cuarenta y tantos años, con una cicatriz horrible en la mejilla derecha, pelo corto y barba de tres días. Su nombre era Mark Barrow y era el jefe de su servicio de seguridad, y a su lado estaba Xavier Morales, su secretario personal y hombre de confianza.

—Llegaremos en unos cinco minutos, señor Beaumont—, anunció.

Pero Beaumont pareció no haberle oído y continuó mirando por la ventanilla con el ceño fruncido.

—¿Ya han aterrizado los demás?

—El primer equipo lo hará dentro de un minuto. Aterrizará en la azotea de la Fase Uno y en cuanto confirmen que es segura, lo hará el segundo equipo. En el momento en que nos den el visto bueno lo haremos nosotros—, contestó Mark.

—No veo ninguna embarcación atracada—, comentó Beaumont, contemplando la costa —¿Han tenido alguna noticia de Areces o de alguno de sus hombres?

—

—No, pero suponemos que debería haber supervivientes en el campamento—, explicó

Beaumont hizo un gesto de enojo con la mano, como si la posibilidad de que lo que le había dicho Gerard respecto a que todos sus hombres habían sufrido una muerte horrible, no le preocupara ni lo más mínimo.

—Eso no es algo prioritario—

—Lo sé, pero en cuanto estemos seguros de que la Fase Uno es segura, el segundo equipo registrará el campamento y trasladará a los supervivientes hasta el interior del edificio... si es que los hay—

Beaumont asintió mientras se acariciaba el mentón. Estaba preocupado. No había vuelto a saber nada de su hombre en la isla y eso le inquietaba sobremanera. Cabía la posibilidad no fuera tan eficaz como él se había pensado y la probabilidad de que el miedo le hubiera llevado a abatir a su

“talismán”, le atormentaba desde el mismo instante en que dio por finalizada la llamada.

—Señores—, dijo el piloto —Estoy viendo a unas personas haciéndonos señales. Están en aquella cala, justo al lado del cobertizo—, dijo señalando por la ventanilla.

Tras echar una rápida mirada, el capitán dijo:

—Aterrice para recogerlos—

—Olvide esa orden—, le rectificó Beaumont —Diríjase directamente hasta la Fase Uno—

—¿No cree que deberíamos ayudarles?—

—No. Nuestra prioridad es reunirnos de inmediato con mi hombre en el centro de investigación—

—Eso ya lo sé—, asintió el capitán con tono hosco —Pero dado que desconocemos lo ocurrido, esas personas podrían facilitarnos información vital para el buen desarrollo de la misión—

Tras meditarlo durante unos segundos, Beaumont asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Recojámoslos—

Un instante después el helicóptero hizo una maniobra y mientras descendían, advirtieron que varios nativos descendían por la carretera aparentemente atraídos por el sonido del rotor.

—Así que era cierto—, murmuró para sí mismo, Beaumont —¿Por qué han tenido que venir a mi isla precisamente ahora? ¿Serán todavía conscientes de lo que han venido a hacer en ella?—

—Precisamente por todo eso es por lo que debemos recogerles, señor. Necesitamos respuestas—, respondió el capitán, y dirigiéndose al piloto, añadió:

—Dese prisa. No dispondremos de más de un par de minutos antes de que esos nativos les alcancen—

En cuanto el helicóptero se posó sobre la arena, las cuatro personas corrieron hacia él y, ayudadas por el capitán y por el secretario, subieron a la cabina.

—¡Gracias! ¡Gracias de todo corazón! —, exclamó Bibiana.

—¡Yo también se lo agradezco!—, añadió Carlos mirando afuera y descubriendo lo cerca que los *Nvumbis* se encontraban ya de su escondite.

—¿Quiénes son ustedes?—, les preguntó de inmediato el capitán.

—Yo soy Samanta, ella es mi compañera Bibiana, la doctora Graña y él es Carlos—, presentó Samanta —Mi compañera y yo fuimos contratadas para

realizar unos informes sobre la mansión; la doctora es la responsable de la clínica de San Pedro, y Carlos es el especialista encargado de la construcción de la depuradora—, respondió con un suspiro de alivio.

—¿Pueden decirnos qué es lo que ha ocurrido aquí?—, preguntó el capitán.

—Lo único que sé es que cuando regresamos de San Pedro, fuimos a la mansión y nos encontramos con el cadáver de Francisco, el jefe de una de las cuadrillas, sobre la mesa de la cocina—, respondió Samanta —Fue horrible. No sabemos quién lo puso allí, pero dado que lo habían rodeado de flores y velas, suponemos que lo hizo un tal Juanfra, un guineano que encaja perfectamente con el perfil de un fanático religioso—

—Le ruego que se limite a los hechos y nos deje a nosotros las deducciones—, interrumpió el capitán.

—Por supuesto... lo siento. Son los nervios—, se excusó antes de continuar

—Poco más tarde nuestra amiga la doctora, aquí presente, apareció en la puerta y nada más entrar se desmayó...—

—¡Y unas pocas horas después fue cuando Francisco se levantó!—, agregó Bibiana.

—Un momento...—, intervino Beaumont repentinamente interesado —¿No acaban de decir que estaba muerto?—

—¡Sí!—, afirmó Bibiana —Les aseguro que lo estaba, pero se levantó e intentó matarnos...—

—Bueno...—, apuntó Carlos —Para ser exactos, en primer lugar la doctora estaba inconsciente y puesto que ninguno de nosotros tres es médico, no estamos completamente seguros de que estuviera muerto; y en segundo lugar, lo más importante es que al mismo tiempo la casa fue atacada por un numeroso grupo de nativos que parecían... drogados. No reaccionaban como seres humanos normales...—

—¿A qué se refiere con eso?—

—A que yo le clavé una lanza a tres de ellos y prácticamente, ni se inmutaron hasta que se la hundí en la cabeza—

—Eso es muy interesante—, dijo Beaumont —Ha dicho usted “hasta que se la hundí en la cabeza” ¿Quiere decir que primero les hirió en zonas no vitales?—

—Así es; y le aseguro que no conozco a nadie al que le metas quince centímetros de acero en el estómago y se levante como si nada—, contestó Carlos.

—¿Pero cómo reaccionaron al herirles?—, insistió —¿Se quejaron, sangraron,

se llevaron las manos a las heridas?—

—Como les he dicho, apenas parecieron sentir las, aunque sí es cierto que sangraban y mucho, pero sin embargo, como les he dicho, a pesar de las heridas continuaron atacándome hasta que les alcancé en la cabeza—

—¿En algún instante les hirió en el corazón?—

—Hummm... no, en realidad creo que no; aunque la verdad es que a uno le fue bastante cerca—

—¿Y qué me dicen de Gerard? ¿Lo conocen?—

—Sí—, contestó Samanta —Él y su guardaespaldas eran un par de capullos—

—¿Y qué ha sido de ellos? ¿Dónde están?—, inquirió Beaumont, ansioso de averiguar algo sobre él.

—Supongo que muertos—, contestó Carlos —Cuando comenzó el ataque a la mansión ellos estaban arriba, en la biblioteca y... bueno; escuchamos unos disparos y después... nada más—

—Te equivocas—, se apresuró a aclarar Samanta —Cuando escapábamos me giré durante un momento y estoy segura de que le vi subido al tejado de la casa—

Beaumont cruzó una rápida mirada con el capitán, y dijo:

—Ordénele al piloto que se dirija inmediatamente hacia la mansión, y recemos porque todavía esté allí—

—No será necesario, señor—, le respondió —Acaban de informarme de que han encontrado a un superviviente al otro lado del muro de la Fase Uno. Sólo puede tratarse de él—

—Excelente—, murmuró Beaumont esbozando una amplia sonrisa.

—¿Excelente? ¿Es que ese cabrón sigue con vida? ¿Y qué hay del resto?—, preguntó Carlos abriendo las manos en un gesto de irritación

—No lo sé, pero les aseguro que haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrarlos—, le aseguró el capitán Barrow.

—¿Por qué seguimos volando? Estamos perdiendo un tiempo precioso así que aterrice de inmediato—, le exigió Beaumont al piloto —Si Gerard ha llegado allí, es porque lleva el objetivo con él, y ardo en deseos de poder admirarla con mis propios ojos—

En cuanto el helicóptero se posó sobre la azotea del edificio, Carlos observó que Barrow le hacía un gesto a cuatro de sus hombres para que trasladaran unas pesadas cajas de aluminio que, gracias a los tres años que había servido

en el ejército y las muchas horas que había pasado ante el televisor viendo películas de acción, pudo identificar como contenedores de armas, así que se volvió hacia Beaumont y señalando hacia los soldados, preguntó:

—¿Cómo sabían que eso iba a ser necesario?—

—¿De qué sirve tener un equipo de seguridad si no tienen armas para hacer su trabajo?—, replicó Beaumont, mientras su secretario le ordenaba a cuatro hombres uniformados con trajes de camuflaje y equipados con armas automáticas que les trasladaron hasta la enfermería.

En cuanto atravesaron la puerta, cruzaron un amplio vestíbulo y entraron en un ascensor que les llevó a la segunda planta. Después caminaron por un ancho pasillo de color azul claro que estaba suavemente iluminado por óculos integrados en el techo, y en el que se cruzaron con varios soldados que parecían llevar bastante prisa. A continuación entraron en una gran sala enteramente blanca en donde fueron recibidos por una mujer, igualmente vestida con ropa militar y con el pelo castaño recogido en un moño, quien, tras dirigirle una rápida mirada al grupo, de inmediato se acercó a ellos.

—Han tenido suerte—, dijo —Pensaba que no íbamos a encontrar ningún superviviente...—, se interrumpió de golpe, como si se acabara de dar cuenta de que estaba hablando más de lo debido.

—¿Cómo dice?—, dijo Samanta —¿Quién es usted y por qué ha dicho eso?—

—Soy la teniente médico Valeria. Por favor, no tenga en cuenta mis palabras. Todos estamos muy excitables—, se excusó —Ahora tumbense en las camillas, por favor—, les dijo con voz firme,

—¿Para qué?—, preguntó Marian con extrañeza —Ninguno de nosotros está herido—

—Estoy siguiendo el protocolo habitual en estos casos—, respondió secamente la doctora, haciéndoles una señal a los soldados para que se acercaran —Es solo para descartar posibles contagios—

—¿Qué tipo de contagios?—, insistió Marian —¿Y además, por qué solamente a nosotros tres? Hemos venido con otras cinco personas más en el helicóptero y si realmente hubiera alguna posibilidad de que nos hubiéramos contagiado con algún tipo de virus, también ellos deberían de estar aquí—, alegó extrañada.

—¿Se puede saber de qué va todo esto? ¿Por qué hay una enfermería tan bien equipada en un *resort* sin terminar?—, preguntó Bibiana con desconfianza

mientras curioseaba la carpeta que acababa de coger de una mesa.

—Les aseguro que no tratamos de envenenarles ni nada parecido. Si hubiéramos querido acabar con ustedes solamente tendríamos que haber ignorado sus señales de auxilio, así que créanme, no vamos a hacerles ningún daño—, y con gesto de hartazgo, la teniente se aproximó a Marian y apoyando una pequeña pistola de plástico en su brazo, la explicó:

—Como ya la he dicho estamos siguiendo el protocolo habitual en estas situaciones—, dijo mientras Marian notaba un agudo pinchazo y a los instantes un desconocido sopor comenzaba a invadirla.

—Lo que acabo de inyectarla es un potente antivírico que ha sido creado específicamente para eliminar de sus cuerpos cualquier rastro del virus que afecta a los nativos—

—¿Solo...solamente un antivírico?—, murmuró Marian dando un largo bostezo y notando que los párpados comenzaban a pesarla —¿Y por qué un antivírico... me... me provoca somnolencia instantánea?—

—Se trata de un efecto secundario. La aseguro que esa sensación desaparecerá rápidamente—

Diez minutos después, mientras los cuatro yacían sobre las camillas profundamente dormidos, Beaumont y el resto del personal salieron de la enfermería y comenzaron a caminar en dirección a la sala de control.

—Supongo que ahora ya podremos centrarnos en lo que nos ha traído aquí—, dijo Beaumont volviéndose hacia el capitán.

—El equipo uno ya ha comenzado a registrar la mansión en busca de más supervivientes, señor—, respondió.

—¿Y por qué no envía al resto de sus hombres?—

—Por seguridad. En nuestra actual situación, desguarnecer el edificio sería una temeridad—

—Pues entonces pida que le envíen más hombres, capitán—

—Lo haré de inmediato señor, pero antes me gustaría interrogar a ese tal... Gerard—

—No creo que interrogar sea el término más apropiado. No se olvide que está hablando de uno de mis más leales servidores—, le reprochó Beaumont mientras abría la puerta de la sala y la sonrisa se le congelaba al contemplar al hombre que con el rostro cubierto de sangre, le miraba con un intenso odio.

—¿Quién...quién demonios es?—, titubeó Beaumont —¿Areces? ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está Gerard?—

—¿Que qué me ha pasado? ¿Es que no te lo imaginas, hijo de puta?—

—¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Dónde está Gerard y que ha sido de la mujer?—

—Ella le arrancó el corazón y lo devoró mientras que seguía con vida. Gracias a ti, somos nosotros los que estamos perdidos, viejo cabrón—, masculló abalanzándose sobre él, y gritando:

—¡Nos enviaste sabiendo que íbamos a morir! ¡Sabías que ella nos mataría a todos!—, gritó Areces mientras intentaba zafarse de los dos soldados que le sujetaban.

—¡Apartadlo de mí!—, exclamó Beaumont, retrocediendo asustado.

Capítulo 17. Los ensayos.

Sentado en uno de los sillones de la sala de crisis del laboratorio, Beaumont, reunido con Hoffman y la doctora Allen, se llevó a los labios la taza de té y observó con atención la imagen que en el monitor se mostraba de Francisco, encadenado de pies y manos a la pared.

Tal y como les habían dicho, el equipo de seguridad lo había localizado encerrado en la misma habitación en la que Carlos lo había atrapado, y tras capturarlo, lo trasladaron hasta el laboratorio para comenzar con las pruebas.

—Una lástima que haya enloquecido, pero por otro lado, su locura nos ha proporcionado la oportunidad de estudiar a un espécimen muy interesante—, comentó extrayendo sus primeras impresiones. —¿Han averiguado a qué se debe su comportamiento agresivo? ¿Quizás a algún tipo de virus?—, inquirió posando la taza sobre la mesa.

El doctor Hoffman, revisó los últimos datos que mostraba su monitor y respondió:

—Hemos descartado esa posibilidad debido a que en los análisis, ni aumenta la concentración de anticuerpos ni varían los diferenciales de glóbulos. Tampoco se ha encontrado ningún agente patógeno y hemos descartado la opción de que su origen sea bacteriano—

—¿Y entonces? Los nativos dicen que es debido a la magia, al vudú, pero como bien sabe yo no creo en esas supercherías. Yo creo en que la naturaleza esconde milagros que los occidentales desconocemos y que los ignorantes tergiversan, así que díganme ¿según ustedes a qué se debe su actual estado?—

—La única posibilidad que se me ocurre es que ambas estén provocadas por un agente externo, señor—, respondió la doctora Allen —Nuestros análisis han determinado que, sin lugar a dudas, ha sido drogado—

—¿Y a qué se debe su extraordinaria resistencia al dolor? ¿También a esa misma droga?—

—Sin ninguna duda, señor. Pero...—, Hoffman lanzó un suspiro y con un gesto le ordenó al resto de investigadores para que abandonaran la sala —Esto se nos está yendo de las manos. Se está convirtiendo en un grave problema—, dijo por fin.

—¿A qué se refiere?—

—A que ese hombre ahora es... una aberración. Sabemos que ha sido drogado, pero... hay algo más. Sus constantes vitales apenas son perceptibles y el neocórtex, el área del cerebro responsable de las funciones cognitivas, ha sido irremediablemente dañado. Digamos que, si bien las neuronas de la memoria se localizan en el hipocampo, la corteza prefrontal y la amígdala, “algo” ha provocado que la comunicación entre la corteza prefrontal y el hipocampo haya sido interrumpida sumiendo al sujeto en una amnesia permanente e instalando en él un comportamiento automático y de plena sumisión. Ninguna droga conocida es capaz de alterar indefinidamente a un ser humano sin llegar a provocar su muerte, pero lo que le han administrado a ese hombre lo ha hecho. Aparentemente está vivo, pero no de la forma con la que acostumbramos a definir la vida. Ahora es algo así como una máquina a la que se ha programado para ejecutar un único comando y que lo hará hasta morir de inanición o de una forma traumática—

—¿Está diciendo que el efecto de esa droga es permanente?—, repitió Beaumont, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Por muy increíble que pueda parecer, así es, señor. Tras múltiples análisis hemos determinado que la sustancia que se le ha suministrado a nuestro espécimen contiene principalmente tetradotoxina, un potente veneno neurotóxico que se encuentra en el pez globo y en algunas ranas venenosas, y que combinado con otras sustancias, como la *datura metal* y *datura stramonium* que se obtiene de diversas plantas, produce un estado de amnesia permanente—, aclaró.

Entonces Beaumont asintió con la cabeza y dijo:

—Todo eso es muy interesante, doctora Allen, pero me gustaría que se centrara en lo que nos ha traído hasta aquí, así que dígame ¿siendo realistas, cuál es su esperanza de vida?—, preguntó Beaumont.

—Hasta el momento, lo único que he podido averiguar es que parece no estar limitada por el envejecimiento celular, pero desconocemos hasta qué punto les puede afectar...—

—¿Me está diciendo que son inmortales?—

—No, ni mucho menos. Simplemente no hemos tenido tiempo suficiente para estudiarlo a fondo—, dijo la doctora encogiéndose de hombros —Por el momento hemos descubierto que esa sustancia no sólo produce las alteraciones anteriormente descritas, sino que también ocasiona metilaciones aberrantes en el ADN de ciertos genes asociados al envejecimiento celular,

pero puesto que desconocemos el proceso, por el momento no son más que conjeturas. Quizá simplemente...—

—Doctora, yo no tengo tiempo para conjeturas, así que dígame ¿Esa sustancia podría ser lo que estamos buscando?—

—Quizás... si pudiéramos replicarla y modificarla podríamos comenzar a pensar en realizar pruebas de laboratorio y...—

—¡La respuesta es mucho más sencilla, doctora! ¡Simplemente responda, sí o no!—, gritó.

—No puedo hacerlo, señor. Todavía no hemos logrado identificarla por completo, así que no podemos...—

—¡Por amor de Dios!—, estalló Beaumont —¡Ahí afuera debe de haber un montón de nativos y víctimas tan perturbados como ese, así que ¿por qué simplemente no cogen a unos cuantos y les viviseccionan?!—

—Porque todos han desaparecido, señor. Los equipos de seguridad no han podido encontrar a ninguno de ellos. Ni tan siquiera los cuerpos de los muertos—, respondió negando con la cabeza.

—Pues en ese caso tendrán que arreglárselas con lo que tienen—, dijo Beaumont —Nuestro agresivo amigo es el depositario de ese prodigio y seguro que usted, como científica, estará de acuerdo conmigo en hacer lo que sea necesario para obtenerlo —

—No comprendo qué quiere decir, señor. Ya le he dicho que no disponemos de...—

—Lo que quiero decir, doctora, es que ya es hora de que asumamos que ese hombre puede resultarnos útil por última vez, así que extráiganle la sangre o lo que sea que necesiten e inyéctensela a alguno de los supervivientes. Creo que debería empezar por Areces y, si no es suficiente, repítalo con el otro hombre y las tres mujeres—

—Pero...—, dudó Hoffman —Eso podría matarles... o algo peor—, la verdad era que nunca había visto a Beaumont hablar así. Sabía que tenía fama de ser un hombre prepotente y cruel, pero hasta aquel momento jamás habría creído que también fuera un asesino.

—¿Y qué? ¿Acaso cree que voy a dejar que salgan de aquí con vida? ¿Cree que voy a permitir que tiren por tierra todo lo que hemos logrado? No, desde luego que no lo haré. Los tres ya están muertos así que úsenlos o acaben con ellos de una vez—, dijo con absoluto desprecio.

Mientras la luz del día comenzaba a extinguirse ayudada por los oscuros nubarrones que avanzaban directamente hacia la isla, Alex, uno de los integrantes del equipo dos y que estaba vigilando las pantallas de la sala de seguridad, miró con incredulidad a la mujer que caminando despreocupadamente bajo las primeras gotas de lluvia, acababa de detenerse ante el portón. Tras los primeros instantes de sorpresa, activó el micrófono y preguntó:

—¿Quién es usted y qué la ocurre? ¿Está herida?—

—*Yo soy Vanda. Aquella que camina entre la vida y la muerte*—, respondió
—*Déjame entrar*—

—¿Cómo dice? Mire señora; necesito saber quién es usted, si está herida o enferma y cuáles son sus intenciones—, insistió Alex.

—*Yo soy Vanda. Yo estoy bien. Yo recolecto las almas*—

—Ya... las almas... ya entiendo—, dijo pensando que era una lástima que una mujer así estuviera tan loca —Por favor, aguarde un momento mientras informo de su presencia a mi superior. Él es quien debe autorizar su entrada—

—*Hazlo si te place, pero te aseguro que no es necesario*—, respondió Vanda con una sonrisa burlona —*No necesito vuestro permiso para entrar. Cuando quiera hacerlo, lo haré*—

—¿Señora? ¿Señora, está bien?—, pero la mujer ya no respondió. Se había sentado ante el portón y parecía haberse sumido en una especie de profundo trance, así que amplió la imagen y la examinó —Vaya por dios—, dijo pensando que sería una verdadera lástima dejar morir a una mujer tan explosiva.

—De acuerdo, señora—, dijo —No sé si me oye, pero como la he dicho, hablaré con mi superior para ver si autoriza su entrada así que aguarde un momento—, dijo pulsando el comunicador.

El capitán Barrow se encontraba sentado frente a un plano de la isla. Por

primera vez en muchos años estaba nervioso. ¿Cómo se había dejado convencer para acompañar a aquel viejo chiflado? ¿Por qué no le había informado de cuál era el verdadero propósito de aquellas instalaciones? No dejaba de darle vueltas a aquellas preguntas a pesar de que sabía que la respuesta era obvia. Si Beaumont lo hubiera hecho, él se habría negado a acompañarle, pero ahora ya era demasiado tarde para lamentaciones. Ya no había marcha atrás, nada de lo que él pensara importaba, pero aun así le habría gustado disponer de algo más de tiempo para prepararse.

Además, unos minutos antes la doctora Valeria le había puesto al corriente de que Beaumont no duraría mucho.

Al parecer, el viejo no había tenido mucha suerte y su hombre había muerto sin capturar a la mujer que, según el viejo, podría salvar su vida. Y precisamente ahí radicaban las preocupaciones de Barrow. Si realmente aquella mujer tenía en su poder el secreto de la inmortalidad y era capaz de controlar la voluntad de los nativos ¿Podría usarlos contra ellos? No le preocupaba demasiado que los nativos les atacasen ya que estaba seguro de que sus hombres podrían acabar con ellos fácilmente, pero ¿y si intentaba hacer lo mismo con sus propios hombres? ¿Sería capaz de controlar sus mentes? De así ser daría al traste con todos sus planes y Barrow no podía arriesgarse a ello.

Pero Beaumont le había dejado muy claro que ella no debía sufrir el más mínimo daño, así que tampoco podía matarla. Era demasiado valiosa. Tanto como peligrosa. Fue en ese justo momento cuando se le ocurrió una idea con la que mataría dos pájaros de un tiro. No se la entregaría al viejo. La capturaría, eliminaría a Beaumont y se la vendería al mejor postor. A fin de cuentas, el viejo ya no era más que un incordio. Había perdido la cordura por completo, su locura había llevado a la muerte a todos los trabajadores de la isla y se había convertido en un gran problema. Antes o después, la policía guineana o la interpol acabarían descubriendo lo sucedido y eso les pondría a él y a sus hombres en una situación muy complicada. Pero si lo mataba, podría dejar su cuerpo para que los nativos lo descuartizaran y cuando la policía lo descubriese, él se los podría meter en el bolsillo con un par de palabras.

Les diría que los mismos salvajes que acabaron con los trabajadores, les sorprendieron y acabaron con Beaumont y con su secretario.

El problema era que si la policía les detenía, antes o después alguno de sus hombres terminaría confesando la verdad, así que tendría que mantenerlos lo más al margen que le fuera posible. Les diría solamente lo que necesitaran para seguir adelante y en cuanto a Beaumont... él mismo se encargaría de que su cuerpo desapareciera.

Inesperadamente, la voz apremiante de Alex sonando a través de su walkie le sacó de sus pensamientos:

—¡Capitán! ¡Acuda inmediatamente a la sala de seguridad!—, dijo —Tenemos visita. Una mujer occidental acaba sentarse ante el portón de entrada y solicita entrar—

En cuanto Barrow llegó a la sala, Alex le señaló la pantalla en la que aparecía la mujer y tras examinarla con asombro, se aproximó al micrófono, y dijo:

—Soy el capitán Barrow ¿Quién es usted? ¿Trabajaba en la isla?—

—*Yo soy Vanda. Esta es mi isla*—

—Mal empezamos—, murmuró volviendo a pulsar el interruptor del micrófono —A ver si lo he entendido bien, señora—, dijo levantando la voz por encima del sonido de la lluvia —¿Dice usted que esta es su isla?—

—*Eso es, capitán*—, respondió Vanda mirando a la cámara con una macabra sonrisa —*Llevo muchos años confinada en ella y ahora que por fin he sido liberada, quiero agradecerles que lo hayáis hecho, y ya de paso, me gustaría que me entregarais a esa a la que llamáis Marian*—

—¿Marian? ¿Se refiere a la doctora Graña?—

—*Sí. Sé que la han capturado y puesto que también sé que les creará muchos problemas, querría llevármela*—

—¿Y puedo saber por qué?—

—*Digamos solo que alguien ha decidido usarla para hacerme daño y me gustaría evitarlo. Si me la entregáis, os evitaré a todos vosotros sufrimientos innecesarios*—

Barrow se quedó en silencio y agradeció estar manteniendo aquella conversación desde la seguridad del edificio. El amenazador tono de voz y la glacial mirada de aquella mujer le producían escalofríos. No era capaz de decir por qué, pero estaba seguro de que era mucho más peligrosa de lo que aparentaba. Además, le parecía increíble que hubiese podido sobrevivir a la masacre producida por los nativos y estar sentada tranquilamente bajo la lluvia.

—Por sus palabras deduzco que a la doctora no le hará demasiada ilusión reencontrarse con usted—, dijo Barrow —¿Puedo saber de qué se conocen?—

Vanda negó con la cabeza, entrecerró levemente los ojos, y respondió:

—*No creo que necesites saber eso, Mark. En realidad, creo que simplemente estás intentando ganar tiempo mientras valoras mi grado de peligrosidad*—

—¿Cómo sabe mi nombre? No recuerdo habérselo dicho—

—*Eso no es importante. Simplemente lo sé, y también sé que cuando me impaciento la gente muere, así que no me hagas perder más el tiempo y escúchame atentamente...*—, Vanda se acercó hasta situarse debajo de la cámara, y añadió —*Si me la entregáis, estoy dispuesta a perdonaros la vida. Pero si os negáis a hacerlo, no dudaré en acabar con todos*—, en esta ocasión su tono fue claramente amenazador.

—Entendido. Ahora escúcheme usted a mí, Vanda. Por si no se ha dado cuenta, aquí el que manda soy yo, y no le voy a entregar a la doctora sin antes haber hablado con ella y con mi jefe. De hecho, no voy a entregársela porque está usted como una puta cabra y sabe dios qué brutalidades cometería con ella ¿Le ha quedado lo suficientemente clara mi postura?—

—*Sí. Y es una lástima. Llevo tanto tiempo sola que estaba intentando ser... cordial, pero me temo que mi paciencia ya se ha agotado. O me la entregas, o entraremos a por ella y cuando la tenga iré a por ti, te arrancaré el corazón y lo devoraré mientras agonizas... me encanta hacer eso*—

—¿Entrarán y se comerá mi corazón?—, preguntó Barrow, estupefacto —¿Quiénes entrarán? Yo no veo a nadie más a tu lado—

En ese instante, Vanda entreabrió sus labios intensamente rojos mostrándole unos dientes blancos y perfectos, y elevó lentamente la mirada. Sonreía. En

cuanto alzó los brazos, de entre la selva comenzaron a surgir nativos.

Las cámaras de vigilancia mostraron que había decenas de ellos caminando lentamente alrededor del edificio, rodeándoles como si fuesen hienas aguardando el momento en el que lanzarse sobre una presa moribunda. Y continuaban surgiendo más y más de entre los árboles.

Al mismo tiempo, en la sala de contención, Francisco comenzó a convulsionarse violentamente hasta quedar completamente inmóvil. Rápidamente fue trasladado a la enfermería en donde la teniente Valeria, tras practicarle inútilmente las habituales técnicas de reanimación, dictaminó su fallecimiento por parada cardiorrespiratoria y le pidió a su ayudante, Pedro Saura, que llevara el cadáver a la sala de autopsias y comenzara a prepararlo para su examen mientras que ella avisaba a Hoffman y la doctora Allen.

Una vez a solas con el cuerpo, Saura apartó la sábana y examinó el cuerpo cubierto de heridas y moratones. Alzó una ceja extrañado al percibir un casi imperceptible movimiento en su pecho y, apresuradamente, corrió hacia el armario del instrumental para coger un estetoscopio con el que auscultarle.

Mientras rebuscaba en su interior, detrás de él, el cadáver empezó a moverse con brusquedad de un lado a otro hasta caer al otro lado de la camilla. Sin apartarse del armario, Saura se giró y observó la escena con la boca abierta.

La cabeza de Francisco asomaba por encima de la camilla mirándole fijamente mientras se ponía de pie.

—¿Qué... qué cojones está pasando?—, musitó Saura, estupefacto.

Antes de que pudiera siquiera reaccionar, Francisco se lanzó con una velocidad endiablada hacia él. Saura se echó hacia atrás, tropezó con el armario y Francisco aprovechó la ocasión para hundir los dientes en su cuello y arrancarle un gran trozo de carne. Saura sintió un intenso dolor y desesperado, le empujó a un lado y corrió hacia la salida pidiendo ayuda.

La teniente Valeria, que permanecía en la sala de al lado, abrió la puerta de golpe, y exclamó:

—¿Qué coño ocurre aquí?!—

De un salto imposible, Francisco derribó a Saura y a Valeria y escapó por el pasillo mientras la teniente, sacaba su pistola y daba la alerta:

—¡¡¡Alarma!!! ¡¡¡Alarma!!!—, gritó arrodillándose en el pasillo y disparando tres veces sobre el fugitivo mientras que Saura, caído en el suelo, intentaba detener la hemorragia cubriéndose la herida con ambas manos.

Mientras tanto, en la sala de seguridad, Barrow reaccionó a la súbita aparición de los nativos y ordenó que cuatro hombres se apostaran en la azotea del edificio. Tenía la certeza de que Vanda era la responsable de la matanza. Pero entonces, en el pasillo resonaron tres estampidos provenientes de la planta baja.

—¡Eso son disparos!—, exclamó, incorporándose de la silla y corriendo hacia la puerta —¡Da la alarma! ¡Nos están atacando!—, gritó mientras que desde el exterior, la risa de Vanda creaba ecos demoniacos que parecían rebotar y acrecentarse entre las paredes de hormigón del laboratorio.

—*Demasiado tarde, Mark. Ya estamos dentro. Voy a por ti*—

Barrow corrió por el pasillo hasta alcanzar la enfermería y encontrarse con la teniente Valeria atendiendo a uno de sus hombres que yacía en medio de un gran charco de sangre.

—¿Qué ha pasado, teniente?!—

—Ha sido ese hombre, Francisco. Tras su muerte trajimos su cuerpo a la sala de autopsias para examinarlo y dejé a Saura preparándolo, pero... cuando escuché un grito, entré y le encontré malherido y al muerto saltando como si fuera una pantera y escapando hacia las escaleras!—

—¿Pero... no acaba de decirme que estaba muerto?—

—¡Y lo estaba! ¡Estoy segura de que lo estaba!—

Al oírla, la voz de Vanda resonó en su cabeza: “*Ya estamos dentro*”, había dicho mientras salía de la sala. Sí. Aquella zorra lo había planeado a conciencia y si había conseguido engañarles con Francisco, seguro que también había planeado la forma de entrar en el edificio. ¿Pero cómo? No

había ventanas y las dos únicas puertas de acceso eran blindadas y sus cierres electrónicos solamente podían controlarse desde la sala de seguridad... “sólo desde la sala de seguridad”, pensó dándose cuenta de que, muy probablemente, Francisco debía estar dirigiéndose hacia ella en aquel mismo instante.

Entonces, procedentes del vestíbulo del otro lado del pasillo, le llegó con claridad el sonido de unos gritos seguido de varias cortas ráfagas de disparos.

A pesar de que Barrow había decidido regresar a la sala de seguridad, era evidente que algo estaba sucediendo al otro lado del pasillo, así que con la pistola en la mano corrió hasta alcanzar las escaleras. Se detuvo. Allí no había nadie.

De repente escuchó un desgarrador alarido procedente de las escaleras que llevaban a la planta inferior. “Maldita sea. Allí es donde están los generadores”, maldijo echando a correr hacia ellos.

Inesperadamente las luces comenzaron a parpadear hasta que finalmente se extinguieron por completo. Ignorando cualquier posible peligro, Barrow encendió la linterna que llevaba en su cinturón y corrió todo lo deprisa que pudo hasta que en la misma puerta de la sala encontró el cuerpo de uno de sus hombres con la cabeza girada en una posición imposible. Le habían arrancado parte del cuello y ya nada podía hacer por él, así que lo rebasó en silencio para no delatar su presencia mientras intentaba localizar a su asesino.

Tenía la intuición de que no andaba demasiado lejos así que entró y, para su sorpresa, se topó con el cuerpo calcinado y aún humeante de Francisco.

Él mismo era la causa del apagón. Se había lanzado contra el chispeante panel de los diferenciales y había provocado un cortocircuito general. Barrow se dio cuenta de que se había equivocado al pensar que intentaría abrir las puertas desde la sala. ¿Para qué arriesgarse a entrar en una sala de seguridad si solo necesitaba llegar hasta el cuarto eléctrico y lanzarse contra el panel principal para interrumpir el suministro eléctrico y provocar que el sistema de seguridad desbloqueara las cerraduras?

Un extraño sonido, como un gruñido, le obligó a volverse topándose con el cadáver del soldado. Solo que ahora estaba de pie en el umbral de la puerta y

le miraba con los ojos inyectados en sangre.

Barrow no dudó. Alzó la pistola y disparó dos veces seguidas. Ambas balas impactaron en el centro del pecho y el soldado cayó hacia atrás mientras Barrow caminaba directamente hacia él. En cuanto lo sobrepasó y puso el pie en el primer peldaño, un nuevo gruñido a sus espaldas hizo que se detuviera en seco. No. Era imposible. Sabía que no podía ser, pero se giró hacia el soldado y boquiabierto, descubrió que estaba sentado en el suelo hundiéndose los dedos en los enormes agujeros que las balas habían abierto en su corazón. Le parecía increíble que continuara con vida después de sus disparos, pero sus ojos no le engañaban

—Mierda... no me jodas—, murmuró acercándose unos pasos y descerrajándole un tiro en cabeza que provocó que todo se llenara de sesos y sangre.

A continuación volvió a subir hasta la primera planta. Por todas partes se escuchaban las voces de sus hombres y disparos procedentes de la azotea, por lo que se imaginó que los tiradores que había destacado en ella debían estar dando buena cuenta de los salvajes y rogó para que sus disparos le concedieran tiempo suficiente para reorganizar la defensa.

Beaumont volvió a apretar el botón del comunicador para hablar con Barrow, pero tampoco en esta ocasión lo consiguió. Enojado, arrojó el aparato contra la pared de su despacho y fue la sala en la que le esperaban su secretario y la teniente Valeria. En cuanto entró y les vio, no pudo disimular una mueca de desprecio al ver sus caras de preocupación.

—¿Dónde se ha metido el capitán? ¿Por qué no está aquí?—, preguntó con voz grave.

—La última vez que le vi se dirigía a los generadores para restablecer el suministro—, respondió la teniente mirando de refilón la herida de su brazo que el soldado la había hecho antes de que ella hubiera acabado con él —Pero escuché unos disparos y ya no volví a verlo, así que quizás... es posible que le haya sucedido algo—

Valeria llevaba tantos años saliendo airosa de situaciones complicadas que había llegado a desarrollar un sexto sentido que la alertaba de cómo escapar de ellas. Precisamente por eso, cuando la luz se fue y el capitán corrió hacia el cuarto de los generadores con la pistola en la mano, comenzó a intuir que algo iba terriblemente mal. Y su intuición se confirmó cuando vio resucitar a Saura. Afortunadamente para ella, reaccionó rápidamente y le voló la cabeza, pero no antes de que él le clavara las uñas en su antebrazo izquierdo.

—¡Mierda!—, exclamó Beaumont levantando la silla en el aire y arrojándola contra la pared —¡Pues que se joda! ¡No podemos arriesgarlo todo por él! ¡Tenemos que irnos!—, y señalando a la teniente añadió con tono incontestable:

—¡Usted! ¡Vaya inmediatamente a por las muestras que extrajo de Gerard y llévelas a la azotea! Si lo consigue la garantizo que habrá un sitio para usted en mi helicóptero—

—A la orden, señor—, respondió ella levantándose de la silla.

En aquella oscuridad, el edificio parecía haberse convertido en un laberinto plagado de trampas mortales y Barrow se perdió en dos ocasiones, pero en ambas, lo único que tuvo que hacer para reubicarse fue seguir el sonido de los disparos.

Cuando pasó por delante de la enfermería, descubrió a Saura en medio de un enorme charco de sangre y con la cabeza reventada. Estaba claro que al igual que el soldado con el que se había encontrado ante la sala de generadores, había mutado en... ¿cómo les había llamado aquel hombre? ¿*Nvumbis*?... y que la teniente Valeria se había visto obligada a dispararle.

Entonces cayó en la cuenta de que los cuatro supervivientes aún permanecían encerrados en una de las salas de aislamiento. No podía dejarlos allí. Buscó infructuosamente con la mirada a la teniente. Oyó más disparos de armas de distintos calibres. Sin duda, Valeria debía de haber acudido a su puesto de combate y estaría conteniendo a los *Nvumbis*, así que decidió acudir a su lado y encargarle a la teniente que se ocupara de liberar a los tres civiles.

Tras una rápida carrera encontró a cuatro de sus hombres apostados tras un parapeto que habían improvisado con varias mesas.

Se encontraban protegiendo la entrada principal justo en el momento en el que un numeroso grupo de *Nvumbis* irrumpió repentinamente y los soldados abrieron fuego sobre ellos.

El sonido de los disparos llenó el vestíbulo inundando sus oídos, y el olor a pólvora se extendió por el aire. Los siguientes en intentar entrar recibieron varios certeros impactos y sus cuerpos quedaron tendidos sobre los cadáveres de los anteriores, entorpeciendo que los demás pudieran entrar a la carrera.

—¡A la cabeza!—, les ordenó Barrow mientras que, a modo de ejemplo, apuntaba a uno y le reventaba el cráneo de un disparo —¡Solo mueren si se les da en la cabeza!—

—¿Qué coño quiere decir, capitán? ¿Qué se supone que son esas cosas? ¿Zombis?—, preguntó el sargento.

—¡No! ¡No digas estupideces! ¡Los zombis no existen! ¡Eso de ahí son *Nvumbis*!—

—¿*Nvumbis*? ¡En mi puta vida había escuchado esa puta palabra!—, rezongó el sargento disparando contra el siguiente grupo.

—Pues procura que no se te olvide para cuando te entrevisten en las noticias. Y por cierto ¿alguien ha visto a la teniente?—

—Sí, señor—, respondió el sargento —Ha ido al despacho de Beaumont para evacuarlo a la azotea. Por lo visto nos marchamos de aquí—

Entonces, con el rabillo del ojo, Barrow distinguió una figura que hábilmente esquivaba la lluvia de balas y escapaba por un lateral. Tenía que tratarse de Vanda, así que alzó el brazo siguió con su pistola a la mujer que intentaba alcanzar la puerta que conducía al pasillo perimetral. Si lo conseguía podría dirigirse a cualquier zona del edificio, así que no perdió más tiempo, apretó el gatillo y la mujer se desplomó con un corto quejido.

—¡Buen disparo, capitán!—, le felicitó uno de sus hombres.

—¡Se ha cargado a esa... ¿cómo dijo que se llamaba?!—, dijo otro.

—¡*Vanda*!—, respondió Barrow —Y no os alegréis tan rápidamente—, apuntó —No creo que todo haya terminado tan fácilmente, así que manteneos alerta y abatid a cualquiera que intente cruzar esa puerta—, les ordenó mientras se

dirigía hacia las mesas tras las que había caído abatida la mujer.

Quería cerciorarse de su muerte antes de abandonar la isla y además, que Beaumont quisiera marcharse sin haberle avisado le escamaba. No se fiaba de él, pero cuando concluyera todo aquello ya tendrían tiempo de sobra para poner las cartas sobre la mesa.

Cuando alcanzó el lugar en el que la mujer había caído, murmuró una maldición al descubrir que no había ni el menor rastro de ella y regresó junto a sus hombres.

—Esa zorra se me ha escapado—, masculló —Voy a ir a por los civiles y en cuanto les haya llevado a la azotea regresaré a por vosotros. Mientras tanto, quiero que protejáis este lugar con vuestras propias vidas—, les ordenó —¡Que nadie atraviese esa puerta hasta que yo vuelva!—, y con paso rápido se alejó rezando para encontrarlos antes de que lo hiciera Vanda, porque si de algo estaba seguro, era de que iría a por ellos, y muy en particular a por la doctora.

Capítulo 18. Evacuando.

Samanta cogió una de las mantas de su cama y arropó con ella a Marian, pero aun así, esta no dejaba de temblar. Bibiana se acercó hasta ellas y sentándose a su lado posó la mano sobre su frente.

—Está ardiendo—, murmuró con preocupación —¿Creéis que será una reacción a lo que nos inyectó esa doctora?—, preguntó.

—Lo dudo—, respondió Samanta, apartando la mirada de Marian. —A todos nos inyectaron lo mismo y los demás estamos bien—

—¿Y si la ocurrió algo antes de que llegara a la mansión?—, sugirió Carlos —Recordad que ya estaba enferma cuando apareció y... divagaba. No recordaba ni qué la había pasado ni en donde había estado, Podría haberse infectado con lo mismo que los nativos, y... quien sabe. Ahora mismo podría estar transformándose en uno de esos seres—

—¡Cielo santo!—, exclamó Bibiana, llevándose una mano a la boca al tiempo que se levantaba de la cama. No podía evitar recordar al hombre que les había atacado en la mansión y no quería tener que volver a pasar por aquella terrible experiencia —Necesitamos que la teniente examine a Marian de inmediato y... —, se interrumpió al escuchar cómo se descorrían los cerrojos de la habitación.

Cuando la puerta se abrió, el capitán Barrow entró con un subfusil entre las manos y una gran bolsa colgada del hombro, y al ver que faltaba uno, preguntó:

—¿Y el hombre mayor? ¿Dónde está?—

—Ni idea—, reconoció Carlos —Se lo llevaron hace un rato—

—Pues lo siento mucho por él—, dijo encarándose a continuación con ellos:

—Escúchenme bien porque no pienso repetírselo. Estamos bien jodidos. Nuestra situación es, por decirlo de una forma optimista, desesperada, así que no tenemos más remedio que evacuar de inmediato. Los *Nvumbis* han logrado entrar en el edificio guiados por una especie de bruja psicópata que se hace llamar Vanda y que, aunque no tengo ni la menor idea de cómo coño lo hace, dirige a los *Nvumbis*. Ya hemos tenido varias bajas y no creo que podamos

contenerlos durante mucho más tiempo, así que ahora van a seguirme hasta la azotea, nos subiremos a los helicópteros y nos largaremos a toda leche ¿Está claro?—

—Como el agua—, dijo Carlos —Pero necesitaremos una camilla para ella—, añadió señalando a Marian.

—Mierda...—, masculló Barrow —¿Qué la pasa?—

—Creemos que es una reacción a lo que nos inyectó su teniente. Nosotros nos hemos despertado bien, pero ella... ella no—

De repente, todos se sobresaltaron al escuchar unas ráfagas muy cercanas. Barrow sabía que estaban demasiado lejos de la entrada como para que los disparos procedieran de las armas de los hombres que la defendían y eso solo podía significar que los *Nvumbis* habían logrado entrar por la puerta de emergencia.

Tras dejar en el suelo la bolsa de loneta, la abrió, extrajo tres subfusiles británicos SA80 y, ante la sorpresa general, le entregó uno a cada uno de ellos mientras decía:

—Cada uno de estos fusiles tiene un cargador con treinta balas del 5,56 y otros dos cargadores más adosados a la culata. Úsenlos con precaución y ahora, cojan a la doctora y síganme—

Bibiana y Samanta intentaron levantarla, pero al ver las dificultades que representaba el peso muerto de la doctora, Carlos respiró hondo y acercándose, la cogió en sus brazos.

—Nos repartiremos el trabajo. Yo la llevaré y vosotras me cubriréis ¿De acuerdo?—, dijo.

Ambas asintieron con un gesto de agradecimiento y a continuación, los cuatro salieron al pasillo. Al hacerlo, una corriente de aire les golpeó el rostro indicándoles que, sin lugar a dudas, al menos había dos entradas abiertas y que ninguna barrera se interponía entre ambas.

—¡Rápido! ¡Síganme y no se detengan ante nada ni ante nadie a menos que yo mismo se lo diga!—, ordenó Barrow.

En cuanto comenzaron a correr hacia las escaleras notaron algo extraño. Los

disparos del grupo que protegía la entrada habían cesado y un creciente rumor procedente de la planta baja ascendía hacia ellos. Por un momento temieron que los *Nvumbis* hubieran acabado con los soldados, pero entonces, Barrow se asomó al hueco de la escalera descubriendo que eran ellos mismos los que lo provocaban.

—¡Maldita sea! ¡¿Por qué demonios habéis abandonado vuestro puesto?!—, les recriminó.

—¡Puras matemáticas, capitán!—, le respondió el sargento señalando su fusil

—¡Ellos son muchos y nosotros prácticamente hemos agotado la munición!—

—¡¿Y los demás?!—, preguntó Barrow.

—Ya no hay demás, capitán. Solo quedamos nosotros y los que hayan logrado alcanzar la azotea—

—¡De acuerdo! ¡Vamos!—, ordenó Barrow apuntando hacia abajo su fusil y abriendo fuego contra los primeros *Nvumbis* que asomaban por la parte baja de la escalera.

La cabeza de uno de ellos voló en mil pedazos, y otros dos más cayeron sobre los escalones bloqueando momentáneamente el avance del resto.

El sargento no había mentido, eran demasiados. Con un gruñido, Barrow aguardó a que todos le adelantaran y subió lentamente mientras disparaba contras aquellas bestias intentando no fallar ningún disparo.

—¡Ya vienen!—, gritó un soldado al tiempo que por el hueco de la escalera ascendía el sonido entremezclado de gritos y gruñidos. Barrow se interpuso entre la escalera y sus compañeros y les mandó que continuaran mientras que él les cubría. A los pocos segundos, el primer *Nvumbi* apareció y, sin dudarlo, Barrow le descerrajó un disparo en la cabeza y el cuerpo salió despedido contra la pared.

—¡Daos prisa!—, exclamó disparando contra la masa de cuerpos que se apiñaban en las escaleras.

—¡Mierda! ¡La puerta está cerrada!—, gritó el soldado que iba en cabeza — ¡Ehhh! ¡Abridnos!—, clamó golpeándola con los puños.

—¡Estamos jodidos! ¡Abrid la puta puerta!—, gritó Carlos golpeando la puerta con la culata de su arma.

—¡Joder! ¡No podemos quedarnos atascados aquí!—, dijo el sargento adelantándose hasta él y tras accionar varias veces la manilla, murmuró una maldición, y añadió:

—¡Retroceded y ayudad al capitán a mantener a esos bichos a raya! Ya me ocupo yo de abrir la puerta—, dijo sacando una granada y dejándola al pie de la puerta.

Todos retrocedieron lo más rápidamente que pudieron hasta protegerse al otro lado de la pared del descansillo.

—¿Se puede saber por qué coño retrocedéis?!—, preguntó el capitán a quien el estruendo del combate no le había permitido escuchar el nuevo problema que acababa de surgir.

—¡Tranquilo, capitán! ¡Algún cabroncete se ha cagado de miedo y ha bloqueado la puerta de la azotea, pero el sargento ya se está ocupando de ello!—, le explicó el soldado Alex mientras se llevaba las manos a los oídos.

El gesto era tan explícito que Barrow supo de inmediato lo que estaba a punto de sobrevenir, así que cuando escuchó la voz del sargento avisando de la inminente explosión, dejó su fusil sobre el suelo, se cubrió los oídos y tres segundos después todo a su alrededor tembló como si se estuviera produciendo un gran terremoto al mismo tiempo que una densa humareda luchaba por contener la luz que irrumpía por el hueco que hasta entonces había ocupado la puerta metálica.

En el helicóptero, Beaumont observó las muestras que le acababa de entregar la teniente Valeria y sonrió. Por fin era el poseedor del secreto de Vanda. Ahora su objetivo estaba cada vez más cerca.

—¡Señor! ¡Ha habido una explosión en la azotea! ¡Aún quedan supervivientes!—, dijo el piloto.

El anciano miró con indiferencia hacia abajo y esbozó una misteriosa sonrisa al distinguir al grupo que, en medio de la humareda, salía al exterior y con desesperación gritaban y gesticulaban haciéndoles señas para que regresaran a por ellos. Pero era en vano. El estruendo del aparato al elevarse ahogaba sus gritos de auxilio.

—Continúe con las órdenes que le he dado, piloto—, dijo Beaumont.

—¿Pero es que va a dejarles ahí?! ¡Morirán!—, exclamó incrédula, la teniente.

—Ellos aún no lo saben, pero tienen que un trabajo que terminar. Además, usted y yo teníamos un trato y que yo recuerde, en ningún momento dijo usted nada de incluirles a ellos. Ambos hemos cumplido nuestra parte y en cuanto a ellos... como ya la he dicho, todavía les queda mucho camino por recorrer antes de alcanzar su destino—

—Eso es una condena de muerte y usted lo sabe—, apuntó con voz acusadora.

—Precisamente por eso lo hago. Porque lo sé—, respondió Beaumont mientras que, cabizbaja, Valeria volvía la mirada hacia el cristal.

“Me alegro de haber hecho lo correcto. Ahora, Areces podrá darles una oportunidad”, pensó la teniente recordando el momento en que liberó a Areces y le dejó a salvo en el despacho del propio Beaumont.

Un par de minutos después, la voz del piloto sonó en sus auriculares.

—Señor. Tenemos problemas. Ese banco de niebla apareció detrás de nosotros hace unas horas, justamente en cuanto avistamos la isla. Eso no es nada raro, pero si lo es que todavía permanezca ahí. De hecho, parece haberse hecho mucho más espeso y alto—

—Por amor de dios ¿Y qué quiere que haga? Es solo un banco de niebla normal y corriente así que atraviéselo y listo—, rezongó con voz seca.

—Siento contradecirle, señor, pero yo no creo que se trate de un banco de niebla normal. Las condiciones meteorológicas no son favorables para la formación de una niebla como esa. De hecho, no debería de estar ahí—

Al notar un ligero temblor en la voz del piloto, la teniente Valeria se removió incómoda en su asiento, y sugirió:

—Quizás deberíamos regresar y esperar a que desaparezca—

—Hummm... no. Si es lo que yo creo que es debemos... no, estamos obligados a entrar en él—, titubeó Beaumont mirando hacia la niebla y disimulando las dudas que le acababan de surgir al mirar por la ventanilla y descubrir que la niebla formaba un anillo de unos diez kilómetros de radio

alrededor de la isla —No podemos perder tiempo, piloto. Los otros dos helicópteros ya han debido de entrar, así que contacte con ellos y que le informen—

—¡Eso ya lo hemos intentado, señor!—, respondió el piloto con voz alterada —Ninguno ha respondido a nuestras llamadas y tampoco hemos logrado contactar ni con el control de tráfico aéreo, ni con los guardacostas—

Sus palabras fueron seguidas por unos interminables segundos de incómodo silencio. La tensión se podía cortar con un cuchillo y todos aguardaban con expectación la respuesta del anciano.

—Siga el rumbo establecido. Es una orden—, dijo finalmente Beaumont, con tono firme.

—Con todos mis respetos—, replicó el piloto —Lo que me está pidiendo es una temeridad—

—¿Se está usted negando a obedecer mi orden?—

—No, señor, pero a partir de este instante... todo lo que suceda será únicamente culpa suya—, respondió mientras el aparato comenzaba a internarse en la bruma y Beaumont recapacitando sobre la advertencia del piloto, pensaba:

“Lo siento. Pero hace mucho tiempo que sé que todo lo que está sucediendo es mi culpa, y a la vez mi responsabilidad”

Apenas treinta segundos después, la temperatura en el interior del helicóptero cayó súbitamente en picado, el sonido de su motor se apagó y el silencio regresó al interior del círculo.

En cuanto el capitán Barrow vio adentrarse los tres helicópteros en la niebla, tuvo la certeza de que no tenían pensado regresar, así que se olvidó de ellos y centró todos sus pensamientos en encontrar la forma de escapar de allí.

No estaba dispuesto a morir en aquella azotea, pero los *Nvumbis* cada vez sonaban más cerca. Necesitaban ganar algo de tiempo.

—¡Sargento! ¿Le quedan suficientes granadas como para convertir esas escaleras en un foso?—

—Seguro que sí, capitán—, respondió palpándose los abultados bolsos del chaleco.

—¿Y puede saberse a qué demonios está esperando para hacerlo?!—

—¡A la orden, capitán! ¡Vamos a mandar al infierno a esas bestias!—, dijo soltando los seguros de tres granadas y lanzándolas por el hueco de la puerta.

La enorme explosión hizo que las escaleras se desplomaran arrastrando con ellas a los primeros *Nvumbis* que habían alcanzado el penúltimo tramo.

—Buen trabajo, sargento—, Barrow no pudo evitar lanzar un silbido de admiración —Siempre supe que tenías un talento natural para destrozar cosas y que, antes o después, ese talento nos sería útil—

—Gracias, capitán. Pero a estas alturas, usted debería de saber que esa es tan solo una de mis muchas habilidades—, dijo sonriendo con satisfacción — Bueno ¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo se supone que vamos a bajar de aquí? —, preguntó, alternando su mirada entre el suelo, la costa y la jungla. Aparentemente no había forma de bajar y eso significaba que estaban atrapados.

Barrow miró a su alrededor y observó los rostros agotados y descorazonados por el combate que acababan de librar y, especialmente, por la traicionera partida de los helicópteros.

—Nos encontramos cercados en una posición elevada, lo cual es bueno; quedamos cinco militares y cuatro civiles, lo cual no es tan bueno; y uno de los civiles parece estar gravemente enfermo. Eso último es realmente pésimo porque nuestra única asistencia médica es ella misma y tampoco podemos administrarle medicamentos debido a que carecemos de ellos. Además, no nos quedan explosivos, apenas nos queda munición y no podemos comunicarnos para solicitar una evacuación o refuerzos. Supongo que lo primero es apostar un hombre en la puerta para asegurarnos de que esos cabrones no intentan alguna artimaña para escalar hasta aquí y a continuación intentaremos...—, la voz de Vanda sonó procedente del otro lado de la puerta interrumpiendo la reflexión de Barrow.

—*¡Magnífico trabajo, Mark! ¡Realmente me has impresionado! Es una lástima que tú y yo no nos conociéramos un par de siglos atrás. Estoy*

segura de que habríamos hecho buenas migas... no sé si me entiendes, pero quizás haya sido mejor para ti. Mis amantes siempre me han reprochado el que les mate cuando me canso de ellos—

—¿Todavía continuas con vida, vieja zorra?—, respondió Barrow apuntando su fusil hacia el hueco.

—*No voy a enfadarme contigo. A fin de cuentas ambas cosas son ciertas, y además no es el momento de hablar de mí, sino de tu vida y la de los demás. Quiero ofrecerte un trato—*

—¿Qué tipo de trato?—

—*Entrégame a Marian y os perdonare la vida—*

—Ese trato ya me lo ofreciste y lo rechacé ¿Es que no te acuerdas?—

—*Sí, claro que me acuerdo. Y tú también recordarás que el que no aceptaras me hizo perder los nervios, y... ya ves lo que ha pasado—*

—Sí. Yo diría que ha sido un poco desproporcionado ¿No has pensado en asistir a sesiones para el control de la ira?—

—*Eres francamente divertido, Mark. Pero te aconsejo que no vuelvas a tentar a la suerte. Será mejor para vosotros que no vuelvas a irritarme—*

—Te prometo que me lo pensaré y mientras lo hago, dime ¿qué es lo que te ha hecho esa mujer para que la persigas con tanto ahínco?—

—*No, Mark. Te equivocas. Yo no la persigo. Solamente quiero recuperar lo que es mío—*

—¿Cómo que es tuya? ¿Sabes que la esclavitud se abolió hace más de cien años, verdad?—

—*Ella no es mi esclava. Es mi tributo—*, aclaró —*Te concedo hasta la medianoche. Entonces regresaré a por ella y puedes estar seguro de que me la llevaré—*

—Dudo mucho de que en el estado en el que se encuentra pueda ir a ningún lado—

—*Eso no será un problema. Para entonces ya será más mía que tuya.*

Recuerda. Tienes hasta la medianoche—

Barrow no creía en Dios, pero a pesar de ello rezó para que ocurriera un milagro que les sacara de allí antes de que aquel monstruo regresara.

En cuanto Vanda calló, desde la jungla comenzaron a llegarles unos sonidos rítmicos.

—¿Eso son tambores?—, preguntó el sargento.

—No—, respondió Barrow —Juraría que son hachas y diría que están talando cocoteros. En esta isla he visto muchos que rondan los treinta metros, más que suficiente para asaltar la azotea—

—Y probablemente también lo intenten por la puerta—, añadió el sargento. Deberíamos intentar cegarla con uno de esos aparatos de aire acondicionado y preparar unos ganchos con los que echar abajo los troncos en cuanto lancen su ataque—

—Si—, dijo Barrow asintiendo con la cabeza.

Carlos se aproximó hasta ellos y con voz crispada, sugirió:

—¿Pero es que de verdad piensan quedarse aquí a esperarles? Miren hacia allí—, dijo señalando hacia una lancha fondeada a unos cien metros de la costa —Sólo nos separan doscientos o trescientos metros del mar. Deberíamos aprovechar que los *Nvumbis* están ocupados para intentar alcanzar la orilla, y una vez allí podríamos usar la *Zodiak* para llegar hasta Annobón—

—¿Una Zodiak?—, repitió Barrow —¿Dónde está?—

—José me aseguró que siempre la dejaban a la izquierda del muelle en construcción. Debería estar bajo una lona—

—A pesar de que me agrada la idea de hacernos con esa lancha, en nuestra situación es completamente imposible que lo consigamos—, aseguró el capitán —No disponemos de cuerdas y sería imposible bajar a su compañera hasta el suelo, pero...—, dudó —¿Y si solamente lo hace uno de nosotros? Podríamos cubrirle desde aquí y si logra alcanzar la lancha, podría utilizar su radio para pedir ayuda—

—Y si la radio no funciona, siempre podría ir hasta Annobón y alertar a las autoridades—

—¿Y qué cree que harían si ven aparecer a un forastero diciendo que una horda de hombres sin alma, liderados por una especie de mujer fantasma han asesinado a todos los de la isla con la única excepción de un grupo de mercenarios?—

—No creo que nadie sea tan estúpido como para ir contando la verdad—, apuntó el sargento —Bastará con que simplemente diga que unos terroristas han asaltado las oficinas, asesinado a varios trabajadores y que mantienen al resto retenidos en este edificio. Y si además avisa a la embajada española, pues todavía mucho mejor—

—Hágame caso, capitán. Le aseguro que avisar a la embajada sería una pérdida de tiempo—, dijo Carlos recordando su encuentro con el funcionario —¿Y por cierto? ¿Tienen alguna idea de por qué no funcionan las comunicaciones?—

—Nuestros transmisores personales no tiene alcance suficiente como para llegar a Annobón o a cualquier otro lado, y en cuanto al fallo de los teléfonos y la radio de este edificio, supongo que simplemente ha sido debido al corte de electricidad—, explicó Barrow con tono cansado antes de añadir:

—Bueno; creo que será mejor que encuentre la mejor manera de bajar de aquí —

—¿Está diciendo que va a ser usted el que se arriesgue? No. De ninguna manera, capitán. Si hay que hacerlo, seré yo el que lo haga—, afirmó con rotundidad el sargento.

—¿Acaso le ha parecido que estaba haciendo una sugerencia, sargento?—

Samanta se acercó hasta ellos y señalando hacia la playa, les recriminó:

—¡Pero es que a ninguno de ustedes se le ha ocurrido vigilar el mar?! ¡Hay una embarcación a la deriva frente a la costa!—, dijo señalando hacia una lancha motora de color blanco que acababa de aparecer arrastrada por la corriente.

—¿Y qué me dice ahora, sargento?—, preguntó Barrow mirando la

embarcación.

—Lo único que ha cambiado es el objetivo, así que lo siento, pero insisto. No podemos quedarnos sin su liderazgo. Además, yo estoy en mejor forma física que usted y creo que si arrancamos el cable de la antena, podría utilizarlo para descolgarme hasta el suelo—

—¿Creen que podrán ponerse de acuerdo antes de que acabe embarrancando en las rocas?—, insistió Samanta señalando a su reloj —¡Decídanse de una vez!—

—Seré yo el que lo haga—, dijo inesperadamente Carlos levantando una tapa metálica situada en una de las esquinas de la azotea —Este conducto alberga las bajantes del agua de lluvia de la azotea. Supongo que debe conducir hasta un colector que irá hasta un pozo de tormentas y que este tendrá un aliviadero hacia el mar, o al menos así lo habría hecho yo. Si estoy en lo cierto, supongo que la salida debería estar situada en aquella estructura a la derecha del muelle en construcción—, añadió apuntando con la mano hacia una losa de hormigón sobre la que se distinguía una tapa de arqueta metálica —Solo espero que los ingenieros hayan sido generosos con sus cálculos y que la tubería sea lo suficientemente ancha como para que yo quepa por ella—

—Tiene usted toda la pinta de ser un tipo práctico, pero dudo mucho de que su presunción sea correcta, y aunque lo fuera, dígame ¿cómo haría para respirar? ¿No debería estar llena de agua?—, preguntó Barrow.

—No—, negó Carlos con rotundidad moviendo la cabeza de un lado a otro— Ese tramo nunca puede estarlo. Debería llevar directamente hasta un segundo colector cuya función es retener los residuos sólidos para evitar que lleguen al mar, y desde él, debería partir el tramo final de la tubería que lleva el agua “limpia” al mar. Esa si estará completamente inundada, así que tendré que salir por aquella arqueta. Pero afortunadamente para mí, se encuentra a pocos metros de la orilla así que si consigo alcanzarla tan solo tendré que nadar hasta la lancha y a partir de allí... ya veré lo que hago—

—Sigo sin estar convencido de que sea usted la persona indicada para hacerlo, pero si está seguro de que puede lograrlo, adelante—, dijo Barrow.

Cuando Carlos asintió con un gesto de la cabeza, el capitán captó el brillo de feroz determinación que había en su mirada y estuvo seguro de que aquel hombre, o lo conseguía o moría en el intento, pero no se iba a rendir.

—De acuerdo, amigo; allá usted. Prepárese—, añadió el sargento.

Tras dejar su fusil alegando que le molestaría para desplazarse por las estrechas tuberías, se colocó la funda sobaquera que le entregó Barrow, comprobó el cargador y su linterna y con una sonrisa de circunstancias se agarró a la tubería y comenzó a descender.

A los tres metros sus pies tocaron la primera brida metálica. Suspiró aliviado al comprobar que no se movía, así que continuó descendiendo y deteniéndose unos segundos en cada nueva brida. Cuando llegó al final del tubo, saltó sobre el suelo de hormigón y descubrió que, tal y como había supuesto,

Alegrándose de que no estuviera lloviendo, sacó un trozo de tela de su bolsillo y se lo colocó a modo de improvisada mascarilla sobre la nariz y la boca. En aquel momento la asfixia por metano y sulfuro de hidrógeno era la mayor amenaza y, aunque aquél trapo no detendría todos los gases, esperaba que fuera suficiente como para permitirle alcanzar la salida. Eso siempre que no surgieran complicaciones.

A continuación gateó por el conducto en completa oscuridad hasta que llegó a la entrada de un profundo colector. Se sentó en el suelo de la tubería, lo iluminó con la linterna y murmuró una maldición. Parecía bastante más profundo de lo que había pensado. El agua se encontraba a sólo un metro por debajo de él, pero desconocía si tenía una profundidad de veinte centímetros o de tres metros y apestaba a huevos podridos.

“La concentración de sulfuro de Hidrógeno es demasiado elevada, pero al menos sigo siendo capaz de olerla”, pensó sabiendo que cuando dejara de hacerlo no le quedarían más que unos segundos para salir de allí o perder la consciencia. No podía arriesgarse a fallar, así que iluminó con la linterna las paredes del colector hasta encontrar otra tubería del mismo diámetro. Aquella debía ser la que llevaba hasta el colector de la orilla y apenas llevaba unos centímetros de agua.

Saltó hundiéndose hasta la cintura en el agua del colector. Ahora solamente le

separaban un par de metros de la salida. Apartó con las manos la maloliente y espesa capa de grasa y residuos que flotaba sobre el agua y se introdujo por la tubería. Continuó gateando hasta que se encontró en un nuevo colector. Alzó la mirada y distinguió la luz solar entrando a través de los dos diminutos agujeros de la tapa metálica, y justo en la pared de su izquierda, una escalera metálica que subía hasta la tapa.

No tenía tiempo que perder y tampoco le apetecía continuar allí abajo más tiempo del necesario. La cabeza comenzaba a dolerle y aquel era el primer síntoma de que los gases habían comenzado a afectarle.

Al mismo tiempo, en la azotea, Marian abrió súbitamente los ojos y mirando la azotea, murmuró confundida:

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estamos?—

—Hola preciosa—, la saludó Bibiana acariciando su frente con la mano — Tranquila. Tuviste una mala reacción al antibiótico que nos inyectó la teniente. Nos encontramos en la azotea de El Cubo y... bueno, los soldados nos están protegiendo—, dijo señalando hacia los tiradores que estaban abatiendo a todos los *Nvumbis* que comenzaban a dirigirse hacia la salida del colector.

—¿Protegiendo? De qué nos están prote... espera... creo que, creo que comienzo a recordar—, dijo con la mirada perdida en el cielo.

—¿Recuerdas lo que te pasó antes de llegar a la mansión—, preguntó Samanta.

—Sí... oh, dios mío...—, musitó con un hilo de voz —Dios mío... —, y levantándose repentinamente, comenzó a gritar:

—¡¡Ayúdenme!! ¡¡Por favor, viene a por mí!!—

Al oírla, Barrow corrió hacia ella y sujetándola por los hombros intentó apaciguarla:

—¡Eh! Tranquila, doctora. La aseguro que está a salvo y que nadie va a hacerla ningún daño—

—¡Miente! ¡Está mintiendo! ¡Ellos me están buscando!—

—¿Quiénes la están buscando? ¿Esos salvajes que les atacaron?—

—¡No, ellos no! ¡La mujer y su hermano! ¡Ellos quieren ofrecerme como sacrificio!—

—Espera, espera... tranquila, cariño. Serénate un poco—, dijo Samanta intentando calmarla

—¿Qué mujer y qué marido? ¿Cómo son?—, preguntó Barrow.

—Ella es... no sé. No recuerdo si llegué a verla bien, pero tengo la sensación de que la conocía y él... creo que era un poco mayor que ella, pero tampoco pude verle demasiado bien—

—¿Y dices que la conocías?—

—Sí. Estoy casi segura y juraría que...—

—¿Crees que podría ser la misma chica que te trajo a la isla?—

—No. Esa era Lucía, mi auxiliar en la clínica...—

—De acuerdo—, y girándose, señaló al mar y preguntó —¿La lancha en la que viniste es aquella de allí?—

Marina cogió los prismáticos que la ofreció Barrow, miró hacia donde señalaba y con los ojos muy abiertos, exclamó:

—¡Sí! ¡Es ella! ¡La chica de la cueva!—

—¿Estás segura?—, murmuraron Bibiana y Samanta con incredulidad. —

Doctora está completamente segura de que es la mujer que la raptó?—, dijo Samanta.

—¡No! ¡Yo la vi! ¡Os lo dije! ¡Me están buscando! ¡Me matarán!—

—Pero si... si esa es la cómplice de Juanfra... entonces... eso significa que... —

—, Samanta cruzó una mirada horrorizada con Barrow. Acababan de darse cuenta de que si Carlos alcanzaba aquella lancha, moriría.

Carlos levantó unos centímetros la tapadera para vigilar que no hubiera *Nvumbis* por los alrededores y escuchó el sonido de los disparos procedente de la azotea. Una aguda punzada le perforó el pecho al temer que los *Nvumbis* debían haberse decidido a atacarles, pero a pesar de que no era fácil, no podía mirar atrás. Tenía que dejar a sus compañeros bajo asedio en la Fase Uno para ir a buscar ayuda. Sin embargo le dolía tener que hacerlo. No podía alejar de su mente el rostro de Samanta.

Conocerla le había hecho albergar la esperanza de que todavía pudiera amar, de una nueva vida a su lado. Pero todas sus esperanzas podían esfumarse en cualquier instante.

Giró la pesada tapa y vio que se encontraba a unos veinte metros de la orilla. Hasta aquel momento todo había ido bien, pero en adelante, el peligro sería mucho mayor, así que no se lo pensó dos veces. Acercando la cara a la tapa,

tomó aire, la recorrió atento a los *Nvumbis* que merodeaban más allá, se abalanzó al exterior y comenzó una desesperada carrera hacia el mar sin detenerse ni un solo instante para mirar a su alrededor.

En su mente solamente había un objetivo, alcanzar el mar y después la lancha. Corrió sobre el hormigón, alcanzó las rocas y saltando entre ellas llegó a la orilla. Entonces se agachó y miró hacia atrás. Bien. Nadie parecía haberle visto. Miró al mar y buscó la lancha. Allí estaba, a unos... ¿cincuenta metros? Hubiera jurado que estaba mucho más lejos y... no, espera. La lancha estaba... ¿acercándose? ¿Cómo era posible? Unos chillidos sonaron a su espalda al tiempo que los disparos se recrudecían.

Se giró y descubrió a varios *Nvumbis* corriendo hacia él. Levantó la vista hacia la azotea y comprobó con cierto alivio que los militares disparaban contra ellos.

¡Bien por vosotros!, pensó mientras se lanzaba al agua y comenzaba a braccar hacia la lancha.

Quien estuviera pilotándola solo podía ser humano; posiblemente se tratara de la chica que había trasladado a Marian. Seguro que se había arrepentido y había regresado a por ella. Sí, tenía que ser eso. Siguió nadando todo lo rápido que podía. Escuchaba el rumor del motor de la lancha cada vez más cerca, estaba a punto de lograrlo. Cuando el sonido se hizo atronador, se detuvo y miró hacia delante. Allí, a diez metros estaba la lancha y apoyada con medio cuerpo fuera de la borda, una chica le hacía señales para que se apresurara.

—¡Vamos, Carlos! ¡Solo un poco más!—

Al escuchar aquella esperanzadora voz, el corazón le dio un vuelco y siguió nadando; tocó el casco de la lancha, sujetó la suave mano que le ayudaba y saltó fuera sujetándose a la borda mientras la mujer tiraba hacia arriba de él y el sonido de los disparos parecía ir en aumento. ¿Cómo es que su salvadora sabía cómo se llamaba? ¿Por qué le sonaba tanto su cara? Pero sobre todo ¿por qué seguían disparando si ya estaba fuera de peligro?

—Gracias...—, dijo al tiempo que un disparo impactaba en el pecho de su rescatadora y esta, tras dar un traspiés, caía por la borda de estribor ante la mirada estupefacta de Carlos.

—¡¡Nooooooooo!!—, gritó intentando alcanzarla —¡¿Por qué la habéis

matado?!—, vociferó lleno de rabia, girándose hacia la costa —¡Ella era humana, joder! ¡¿Me oís! ¡Era humana!—, clamó sobrecogido por lo que acababa de presenciar.

No se daba cuenta de qué estaba sucediendo. A sus oídos no llegaban las advertencias del capitán ni los gritos de Samanta para que volviese la mirada hacia las canoas que se le acercaban.

A bordo de la lancha, Carlos se convenció de que la muerte de su salvadora probablemente había sido provocada por un disparo perdido y se centró en averiguar cómo demonios encender la radio. Cuando la pequeña pantalla se iluminó, pulsó el botón del escáner de frecuencias buscando una en la que estuvieran emitiendo. Mientras lo hacía, una bala pasó silbando a un par de metros por encima de él, y furioso, se levantó y mirando hacia la costa, agitó los brazos y comenzó a gritar:

—¡¿Pero se puede saber qué cojones os pasa?! ¡¿Es que queréis matarme a mí también?!—

En ese momento se dio cuenta que todos los de la azotea estaban haciendo grandes aspavientos. Parecían estar queriéndole decir algo ¿pero qué?

Un extraño presentimiento le hizo volverse sobre sus talones y al hacerlo, descubrió lo que sucedía. A menos de cien metros de él, tres canoas se aproximaban todo lo rápidamente que la impulsaban sus remeros, y en la proa de la más adelantada distinguió a un viejo conocido haciéndole gestos para que no se fuera. Era Juanfra.

—¡Joder!—, exclamó Carlos.

¿Cómo era posible que aquel maldito sádico hubiera sobrevivido? ¿Quiénes eran los nativos que le acompañaban, y sobre todo ¿Por qué los soldados habían comenzado a disparar sobre ellos obligándoles a dar la vuelta?

Entonces, desde el altavoz de la radio le llegó la voz del capitán Barrow:

—¡Carlos! ¡¿Me recibe?!—

Rápidamente, cogió la pastilla de la emisora y pulsando el interruptor, respondió:

—¡Capitán! ¿Qué coño está sucediendo?—

—¡Sucede que la mujer que abatimos iba a matarle. Era la que capturó a la

doctora y también, la que junto con su hermano, la secuestró y drogó para ofrecerla como sacrificio a esa bruja de Vanda! ¡Arranque esa lancha y diríjase a toda hostia hacia Annobón!—

—¡Entendido, capitán!—, dijo pulsando el interruptor del arranque y girando el timón para tomar rumbo a Annobón.

—Por cierto, capitán. Creo que el que está al mando de esas canoas es uno de los trabajadores, un guineano llamado Juanfra. Todos creíamos que estaba pirado y... no nos equivocábamos. Aunque ahora que lo pienso, por mucho que me joda reconocerlo, él tenía razón—

—¡Me importa una mierda que tuviera o no razón! —, tronó la voz de Barrow por la emisora —¡Ese cabrón quiere matarnos a todos y usted es el que tiene más cerca, así que haga que esa lancha vuele y sáquele toda la ventaja que pueda, porque el alcance efectivo de nuestras armas es de poco más de setecientos metros. A partir de ahí, no podremos ayudarlo!—

—¡Entendido, capitán!—, respondió Carlos empujando la palanca del acelerador —Resistan. Tiene mi palabra de que les enviaré ayuda—, y una vez hubo colgado la pastilla de la emisora, miró con recelo hacia delante y murmuró:

—Eso, si es que consigo atravesar esa cosa—

Se estaba refiriendo al colosal muro negro que situado a un par de millas de su proa, se interponía en su camino.

Carlos notó que una creciente tensión se apoderaba de su cuerpo al darse cuenta de que a medida que se acercaba a la niebla, el ruido de su motor parecía estar disminuyendo, y el océano en tornaba en una superficie completamente lisa que parecía desaparecer abruptamente al hundirse en un horizonte imposible. Era como si sencillamente, hubiera alcanzado el final del océano.

Entonces su corazón se aceleró al divisar algo que flotaba frente a su proa, justo en el borde de la niebla más densa y oscura que hubiera visto en toda su vida.

Sabía que no debía detenerse, pero algo en su interior, le decía que tenía que hacerlo, así que aminoró la velocidad y cuando la lancha se encontraba a unos diez metros de los restos, se detuvo por completo y los observó.

No tenía una forma bien definida pero por su textura y color grisáceo supuso que debía de tratarse de los restos de una lancha hinchable. Cuando se giró

para coger un remo con el que atraer los restos más cerca de la lancha, escuchó una suplicante voz llamándole.

—Ayuda... por favor...—

Sin pensárselo, se lanzó al agua y buceó descubriendo un cuerpo enredado entre el plástico de la lancha. Se trataba de la teniente Valeria.

Rápidamente la aferró izándola hacia la superficie mientras intentaba desembarazarse de la cuerda que la mantenía sujeta a los restos. Cuando lo logró, nadó hasta la lancha y sujetándola con el brazo izquierdo, dijo:

—Ánimo, teniente. Escúcheme bien. Voy a impulsarla hacia la lancha, pero no podré hacerlo solo, así que necesitaré que me eche una mano. Cuando su cabeza asome sobre ella, sujétese a la borda. Después, subiré y la izaré a bordo ¿de acuerdo?—

—Sí... gra... gracias—, murmuró.

Un par de minutos después, y ya a salvo en la lancha, Carlos la desnudó y tras envolverla en una manta térmica, preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde están el resto de los tripulantes?—

—En la isla. Yo... yo intenté volver para rescatarles... pero entonces... algo... el helicóptero comenzó a caer y... ella me dijo que aguardara a que usted llegase...—

—¿Ella? ¿A quién se refiere?—

—A...—, musitó con los ojos desorbitados —... Dios mío—, dijo levantando el brazo y señalando a su espalda.

Carlos notó una leve brisa en su nuca y una décima de segundo después, algo resopló a su espalda al tiempo que un escalofrío se apoderase de todo su cuerpo mientras la lancha se inclinaba hacia estribor.

Era como si alguien acabara de subirse a ella. Tenía que reaccionar, pero el miedo se había adueñado de sus músculos y estos se negaban a obedecerle. Escuchó un sonido metálico y entonces, por fin, su cuerpo pareció ceder ante la voluntad de su dueño y comenzó a recuperar el control sobre él. Su mano derecha aferró el remo con tanta fuerza que sus nudillos crujieron medio segundo antes de que, sin volverse, empujara con todas sus fuerzas el remo hacia atrás al mismo tiempo que envuelto en una luz cegadora, saltaba a un mar ahora cubierto de llamas.

Capítulo 19. El Cubo.

Areces.

En la oscuridad del interior del vestidor del despacho de Beaumont, Areces inspiró profundamente notando como el aire denso y cálido entraba en sus pulmones, y arrugó la nariz al notar que olía a sudor, a su propio sudor.

Echaba de menos el límpido aire de la isla, aunque en aquel instante habría dado cualquier cosa simplemente porque el aire acondicionado funcionase. Apoyó el oído sobre la pared de madera y agudizó todos sus sentidos para intentar captar cualquier señal de alarma. Nada. Al otro lado todo parecía estar tranquilo. Hacía más de una hora que no escuchaba ningún sonido que no fueran las espaciadas y lejanas detonaciones provocadas por los disparos de los soldados de la azotea.

“¿Qué hago?”, pensó cerrando los párpados como si eso pudiera ayudarle a concentrarse. La teniente médico que le sacó de su encierro había sido muy clara con sus indicaciones:

“Beaumont ha perdido completamente la razón y le ha ordenado a sus investigadores que le inyecten sangre del infectado con el fin de averiguar el efecto que produce en un organismo humano sano, y después... planea repetir el experimento con los otros cuatro civiles que están en la enfermería, así que necesito que me ayude. Yo entretendré a Beaumont mientras que dos de mis hombres y usted les liberan y les trasladan a la azotea.”

Areces torció el gesto al recordar que había sido justo entonces cuando falló la electricidad y cuando la teniente se marchó para averiguar el motivo, pero no sin antes haberle ordenado que se escondiera y aguardase hasta que sus hombres fueran en su busca.

Pero durante las siguientes dos horas, lo único que escuchó fue el constante estruendo del combate acercándose hasta él.

Disparos, gritos, gruñidos, más disparos, más gritos, chillidos el sonido de los helicópteros despegando seguido de más disparos, una explosión y a partir de

ahí, unos pocos disparos aislados que supuso debían de provenir de los francotiradores de la azotea.

Pero de todo eso ya hacía mucho tiempo. Demasiado como para pensar que alguien iba a venir a rescatarle. Suspiró. Sabía que había llegado el momento de abandonar su refugio y averiguar cómo estaba la situación.

Acercó su mano a la puerta y muy lentamente la recorrió un centímetro, lo justo para echar un primer vistazo. Vio el despacho. Todo estaba tranquilo y la puerta que daba al pasillo permanecía cerrada. Deslizó la puerta a la izquierda y su pie derecho se posó sobre la mullida moqueta.

Nada. Ninguna señal de peligro. Asomó todo el cuerpo y en completo silencio salió del armario. Miró a su alrededor. Todo estaba en orden. Caminó hasta alcanzar la puerta y apoyando la cabeza sobre ella, escuchó. Ni el más mínimo ruido. Muy lentamente, accionó la manilla y entreabrió la puerta.

Sangre. Todo el pasillo estaba cubierto de sangre, pero ni un solo cadáver. Eso no era una buena señal. La sangre sale de los cuerpos heridos, mucha sangre convierte los cuerpos heridos en cadáveres y los cadáveres no desaparecen, por lo que había dos opciones; la primera era que los soldados hubieran retirados los cuerpos y la segunda, era que estos se hubieran levantado por sí mismos.

“Ojalá sea la primera”, pensó notando un profundo escalofrío al recordar la espeluznante visión de los cuerpos desmembrados de sus hombres esparcidos por todo el campamento.

Pero por mucho que le asustara todo aquello, sabía que no podía regresar al armario y permanecer escondido en su interior el resto de su vida, así que se tomó unos instantes para decidir cuál debía ser su siguiente paso. ¿Ir a la azotea en donde se encontraban los soldados o dirigirse a la enfermería para rescatar a Carlos y las chicas?

Entonces, una suave y cálida corriente de aire acarició su rostro. ¿Una corriente? Eso significaba puertas o ventanas abiertas y que él supiera, aquel edificio no tenía ventanas, por lo que tenía que tratarse de dos puertas y solamente conocía tres; la de la azotea, la puerta trasera y la de la entrada principal. ¿Por qué motivo las habrían dejado abiertas? ¿Habían acabado con

todos los *Nvumbis* y pensaban que ya no había peligro, o por el contrario los *Nvumbis* les habían matado a todos (menos a los de la azotea) y habían regresado a la jungla?

“*¡Imbécil! ¡No hay electricidad!*”, pensó al darse cuenta de que el sistema de cierre debía de haberse quedado bloqueado. Ahora ya sabía a dónde debía ir.

Recorrió todo el pasillo con teniendo la precaución de evitar pisar la sangre para no dejar el menor rastro. Bajó las escaleras, atravesó el siguiente pasillo y se detuvo ante la puerta de la enfermería. Aquello le recordaba a una matadero. Todo estaba lleno de sangre, pero tampoco había el menor rastro de cadáveres.

Continuó caminando hasta alcanzar las escaleras que llevaban a la planta baja. Los peldaños estaban cubiertos de sangre y decenas de casquillos. Estaba claro que los soldados se habían defendido durante su retirada a la azotea.

Siguió caminando hasta pasar por delante de la sala de guardia. Todos los monitores estaban apagados así que no disponía de imágenes de las cámaras de vigilancia, pero cuando miró hacia el armero situado al fondo de la estancia, sus ojos se abrieron como platos al descubrir varios fusiles automáticos colocados en él. Seguramente, cuando el combate dio comienzo todos los soldados se centraron en defender la entrada y cuando tuvieron que retirarse no regresaron a por el resto de las armas. Tras colgarse a la espalda un fusil, se puso unas trinchas con dos pistolas y media docena de cargadores, y con un segundo fusil entre las manos caminó hasta alcanzar el vestíbulo.

Al llegar descubrió la improvisada barricada, centenares de casquillos tirados por todas partes, las dos hojas deslizantes de las puertas totalmente abiertas y a sus pies, una espesa mancha de sangre oscura que se extendía desde la barricada hasta el otro lado de la entrada. Era más que evidente que allí se había librado el combate más duro.

Sorprendentemente, Areces había llegado hasta allí sin encontrarse a ningún *Nvumbi* y eso sólo podía significar que estos habían regresado al exterior por algún motivo, probablemente persiguiendo a algunos supervivientes que hubieran logrado escapar del ataque, y que cuando acabaran de hacer lo que estuviesen haciendo, regresarían.

A no ser, claro estaba, que él lo pudiera impedir.

Alcanzó el umbral de la sala de generadores. Más sangre, mucha más sangre. Parecía como si hubieran descuartizado a un cerdo y se lo hubieran comido allí mismo.

Intentando no resbalar se apoyó en la puerta dirigiendo la luz de su linterna hacia el interior y entonces, lo vio. Un cuerpo completamente calcinado yacía a los pies del panel de los fusibles.

Contrariamente a lo que se esperaba, no sintió repulsión al verlo. Era el primer cuerpo que había visto en todo el trayecto y, sin saber por qué, en cierta forma eso le hizo sentirse bien; tanto que se acercó hasta él para examinarlo. En algunas partes del cuerpo la chamuscada piel se había plegado sobre sí misma, mientras que en otras, la carne consumida por el intenso calor se había desprendido dejando a la vista los huesos. Estaba irreconocible, pero la pulsera de plata que llevaba en su muñeca derecha le llevó a la conclusión de que se trataba de Francisco.

—Mala suerte, compañero—, murmuró mientras utilizaba la culata de su fusil a modo de palanqueta con la que separarlo de los fusibles. El cuerpo se deshizo en varios trozos que cayeron al suelo levantando una nube de cenizas malolientes. Tras apartar los restos con el pie, Areces se centró únicamente en revisar el panel. Tenía que lograr reactivar el suministro eléctrico.

Unos pocos minutos después tuvo que reconocer que sería necesario reconstruirlo por completo, pero por supuesto, él no disponía de tiempo para hacerlo así que se dirigió hasta el generador secundario y tras examinarlo, abrió la compuerta de los fusibles, puenteó algunos de ellos y finalmente pulsó el interruptor de arranque manual. Entonces sonaron dos chasquidos seguidos del sonido de la bomba inyectado el gasoil en el quemador y tres segundos después, la electricidad regresó al Cubo.

En la azotea.

Cuando las aspas de los ventiladores de los equipos de aire acondicionado comenzaron a girar, todos fijaron la mirada en ellas y las contemplaron como

si no acabaran de creerse que aquello estuviera sucediendo de verdad.

—¡Hay electricidad!—, exclamó repentinamente uno de los soldados.

Barrow y el sargento se acercaron hasta uno de ellos y después, corrieron hacia la entrada ante la que habían levantado una improvisada barricada y tras empujar uno de los pesados condensadores, se asomaron al hueco dejado por las derruidas escaleras y comprobaron que algunas de las luces habían vuelto a funcionar.

—¿Cómo es posible?—, murmuró Barrow —Yo mismo estuve en la sala de los generadores y... el panel estaba completamente quemado. Es imposible que...—, se detuvo unos segundos para meditar sobre la realidad de la situación, y continuó:

—No. Lo cierto es que de alguna forma la luz ha regresado y eso cambia nuestra situación por completo—, reconoció el capitán —Despejad la entrada y preparaos para bajar. No sabemos cuánto tiempo durara la electricidad, así que tenemos que aprovechar para cerrar las puertas y recuperar el control del edificio—

Tras dejar a las tres chicas en la azotea, los soldados se descolgaron por el hueco de la escalera y fueron registrando meticulosamente todas las plantas hasta alcanzar la sala de control. Lo primero que hicieron fue lanzarse sobre los interruptores de las puertas de seguridad, pero descubrieron que, sorprendentemente, ya estaban cerradas y que toda la domótica se encontraba en funcionamiento; las cámaras de vigilancia, los sistemas de ventilación, el sistema de potabilización de agua... todo, con la única excepción de los sistemas de comunicación que, aunque aparentemente parecían funcionar, no lograban recibir ninguna señal ni tampoco contestación a las múltiples llamadas de ayuda que hicieron, ni a través de todos los canales, ni tampoco por teléfono o internet.

El motivo parecía evidente. A pesar de que el anillo de oscura niebla se había alejado varias millas todavía continuaba interfiriendo las comunicaciones.

Tras hacer un segundo y más exhaustivo registro del edificio, en el que no encontraron más cuerpos que el de Francisco, el sargento regresó a la azotea a

por las tres chicas.

—Buenas noticias, señoras—, dijo trepando por la cuerda y asomando la cabeza —Esos bichos han abandonado el edificio y las puertas están cerradas...—, continuó mientras se incorporaba en la entrada —... así que acompáñenme al int...—, su voz se cortó bruscamente al mismo tiempo que miraba con extrañeza a su alrededor.

La azotea estaba totalmente desierta. Las chicas habían desaparecido.

El salto.

Unos pocos minutos antes.

Marian asomó la cabeza por el hueco de la escalera al tiempo que agudizaba el oído. Nada. Ni un grito, ni disparos. Suspiró aliviada. Ya hacía veinte minutos que los soldados se habían ido y aquel silencio indicaba que no se habían encontrado resistencia. Además, en el exterior, los sonidos de los hachas de los *Nvumbis* talando los cocoteros habían cesado y a pesar de que cuando se impuso el silencio las tres esperaban que los *Nvumbis* apareciesen como una jauría, hasta el momento no habían podido descubrir a ninguno de ellos merodeando por los alrededores.

—¿Creéis que es posible que la electricidad haya vuelto ella sola?—, preguntó Marian.

—Definitivamente, no—, respondió Samanta —El capitán dijo que todo el panel central se había quemado y repararlo conlleva una reparación muy laboriosa—

—¿Y entonces qué creéis que pasará ahora?—, preguntó Bibiana.

—Si te estás refiriendo a qué pueden encontrarse los soldados allí abajo, la verdad es que no tengo ni la menor idea, pero... intuyo que se trata de una trampa—, contestó Samanta.

—Yo también lo creo—, apuntó Marian —Aquí estábamos seguros—, dijo señalando a su alrededor —Les habría costado muchas bajas llegar hasta nosotros y necesitaban dividirnos.

Ahora que los soldados están dentro... podrían emboscarles y al mismo tiempo, asaltar la azotea. Nosotras solo somos tres y... no podríamos detenerles—, terminó con la voz ahogada por el miedo y la mirada fija en la jungla.

En ese instante, desde el hueco de la escalera les llegó el tranquilizador sonido de una conocida voz:

—¡Hola! ¿Podrían ayudarme a subir, por favor?—

Al reconocer la voz, durante unos segundos las tres mujeres abrieron mucho los ojos y se miraron con una mezcla de incredulidad y alegría, y en cuanto reaccionaron, se abalanzaron hacia el hueco y al asomarse descubrieron a Areces, de pie entre los escombros, armado hasta los dientes y mirándolas con impaciencia.

—Me alegro mucho de verlas, señoritas—, las saludó.

—¿Areces? ¿Pero... cómo... creíamos que... o sea, que...?—, tartamudeó Bibiana.

—¿Qué estaba muerto? —, dijo Areces finalizando la frase —Pues lo cierto es que he estado muy cerca, pero esos cabrones no han podido conmigo—

—En realidad...—, dijo Samanta —... creíamos que se había marchado con los helicópteros—

—No voy a negarles que eso me habría encantado, pero la teniente que me sacó de la enfermería lo hizo para que las ayudara. Por lo visto, Beaumont quería inyectarlas sangre contaminada para experimentar con ustedes y... —, se interrumpió al escuchar el ruido de unos cascotes más abajo y mirando con aprensión hacia el hueco, añadió:

—¿Qué tal si me echan una cuerda y continuamos con esta conversación ahí arriba?—

—¡Oh! ¡Por supuesto...!—, dijo Samanta recogiendo el cable de antena con el que los soldados se habían descolgado y arrojándoselo.

No le resultó nada fácil subir por él, pero en cuanto lo logró, las tres chicas le abrazaron felices de volver a ver una cara conocida y, acto seguido, le

relataron todo lo que habían vivido desde que la teniente Valeria se lo llevó.

En cuanto terminaron, Areces les contó lo que la teniente le había dicho, su agobiante experiencia escondido en el armario del despacho de Beaumont y cómo, cuando dejó de escuchar ruidos, recorrió el edificio y activó el generador secundario.

—Hacerlo fue muy sencillo—, dijo —Cualquier electricista se habría dado cuenta de inmediato y aunque hace mucho tiempo que no ejerzo como tal, cuando empecé a trabajar, hace muchísimos años, lo hice como electricista, aunque no tardé mucho en cambiar de rama—

—¿Y cerró usted las puertas?—, preguntó Samanta con ansiedad.

—Fue lo primero que hice. No había visto a ninguno de esos *Nvumbis* en todo el edificio y no quería arriesgarme a que regresasen y me encontraran—, respondió él.

—¿Y no se encontró con los soldados?—

—No—, contestó —Supongo que ellos debían de caminar tan sigilosamente como lo hacía yo; y además el edificio es enorme. Es probable que ellos estuvieran en una punta y yo en la otra—

—Cuando el capitán se entere de que ha sido usted el que ha logrado restablecer la corriente, le va a dar una medalla—, bromeó Samanta.

—Yo no estoy tan seguro de eso—, dijo Areces torciendo el gesto —No creo que sea muy inteligente confiar en los esbirros de Beaumont—

—¡No!—, exclamó Samanta —¡Quiero decir que sí, que son de fiar! Si usted hubiera visto cómo actuó cuando esa especie de... bruja, apareció... si lo hubiera visto estoy segura de que no dudaría ni de él, ni de sus hombres. Estamos vivas gracias a ellos. No sé cómo eran antes, pero cuando vieron que Beaumont se iba, abandonándonos aquí, le aseguro que lo que vi en su mirada era cualquier cosa menos respeto por su jefe. Están de nuestro lado y en cuanto regresen usted mismo se dará cuenta de ello—

—Espero que estés en lo cierto—, murmuró Areces —¿Y por cierto? ¿Cuánto hace que Carlos se marchó?—, preguntó mirando hacia el horizonte.

—Supongo que alrededor de un par de horas, pero exactamente no lo sé—, reconoció Samanta —Ninguna tiene reloj y los móviles hace mucho que no funcionan

—Jóvenes...—, masculló Areces alargando el brazo y señalando un reloj automático de mediados de los años ochenta —Cuanto más avanzamos como civilización, más retrocedemos como especie...—, dijo con una mueca de reproche. —Son las... mierda... creo que se ha averiado—, masculló dando unos golpecitos con el dedo índice sobre la esfera —Marca las cuatro... y eso es imposible —

—Podría ser correcto—, indicó Bibiana —Nosotras estuvimos sedadas y encerradas en la enfermería. No sabemos cuánto tiempo nos mantuvieron allí. Podrían haber pasado horas, o incluso días...—

—Creo que tienes razón—, la cortó Areces —Según el calendario de mi reloj... regresamos de San Pedro hace tres días. Nos han mantenido encerrados desde entonces—

Los cuatro se miraron con desconcierto. Sospechaban que los sedantes podían haberles mantenido durmiendo varias horas, pero no durante tres días.

—Será mejor que no perdamos los nervios y analicemos la situación—, dijo Samanta haciendo un gesto tranquilizador con las manos —El vienes por la tarde regresamos de San Pedro. Recuerdo perfectamente haber mirado la hora cuando desembarcamos en la cala y estoy segura de que, cuando lo hicimos, eran las tres y media de la tarde. Debimos de tardar alrededor de una hora en alcanzar la mansión y nos mantuvimos en ella hasta que escapamos a las seis y pico de la tarde. Para entonces mi teléfono ya se había quedado sin batería, pero recuerdo haber mirado la hora en el carillón del salón. Calculo que el helicóptero nos encontró una o dos horas después, lo que sitúa alrededor de las ocho de la tarde el momento en el que aterrizamos en este edificio. No creo que pasaran más de quince o veinte minutos antes de que nos sedaran y a partir de ese momento, lo siguiente que recuerdo es que despertamos en la enfermería y nos dieron tres comidas; una comida, un desayuno y una comida, por lo que supongo que debimos estar despiertas unas veinticuatro horas antes de que se fuera la electricidad y los *Nvumbis* nos atacaran. Calculo que desde ese momento han transcurrido unas cinco horas, y suponiendo que la comida

nos la hayan servido alrededor de la una de la tarde, y considerando un margen de error de unas dos horas, ahora deberían de ser alrededor de las seis, lo cual se aproximaría a la hora que marca su reloj e indicaría que funciona correctamente—, dijo finalizando su explicación.

—Magnífica aclaración...—, celebró Areces —Pero en realidad, a lo que yo realmente me estaba refiriendo era a que viendo que el sol apenas se ha elevado cuarenta y cinco grados sobre el horizonte, deberían de ser alrededor de las nueve o diez de la mañana—, reveló señalando hacia el punto por el que la luz solar se filtraba más intensamente entre la niebla —Además...—, continuó diciendo —Si se fijan en el teórico punto en el que se encuentra el sol, su luz no debería ser tan intensa, pero sin embargo parece como si lo tuviéramos justo encima; eso a pesar de que el cielo que nos permite ver ese anillo de niebla está totalmente despejado, así que no me explico de dónde proviene esa luminosidad—

—Es cierto—, comentó Marian elevando la vista y dándose cuenta de que en el trozo de azul cielo que veían, no se veía el sol a pesar de la intensa claridad.

—No lo entiendo—, reconoció Samanta, confundida —No hay sol, pero sin embargo sí que hay luz solar—

—Y yo no entiendo por qué hasta ahora no nos dimos cuenta de que ya se puede ver Annobón—, dijo Bibiana ofreciéndola los prismáticos mientras señalaba hacia la silueta de la isla que, en la lejanía, comenzaba a surgir de entre la niebla.

Durante medio minuto, Samanta miró a través de los prismáticos y a continuación se los pasó a Areces, mientras comentaba:

—¿Alguien puede explicarme por qué motivo vemos la isla pero no vemos la lancha de Carlos?—

—Sí. Creo que yo puedo hacerlo—, respondió él mientras presionaba el botón del zoom electrónico —Pero dudo mucho de que quiera escucharlo, Samanta—, respondió.

—¿Qué quiere decir?—

—Quiero decir que si no lo vio, fue simplemente porque todavía no ha llegado —, dijo entregándola nuevamente los prismáticos —He marcado la posición en el visor. Sólo tiene que dirigir los prismáticos en la dirección que le indica la flecha—

Varios segundos después, Samanta asintió mientras sonreía.

—Lo veo—, dijo —Estaba mirando mucho más lejos de su posición. Suponía que a estas alturas ya se encontraría bastante más cerca de Annobón—

—Precisamente ahí radica el problema—, dijo Areces.

—¿Cree que podría ser usted un poco más directo y mucho menos misterioso, por favor?—

—Como quiera—, respondió tomando aires y lanzando un profundo suspiro — Todavía no ha llegado porque su lancha está navegando sobre una fuerte corriente; una corriente que ralentiza su marcha; una corriente que antes no estaba ahí—

—¿Cómo dice? ¿Una corriente?—, preguntó Bibiana cogiéndole los prismáticos a su amiga. —Las corrientes marinas no aparecen de improvisto sino que se generan por la acción combinada del viento, las mareas y la densidad del agua—

—Eso ya lo sé, pero insisto. Algo ha creado la potente corriente contra la que está luchando Carlos—

—¡Por dios santo, Areces! ¿Está hablando en serio?—, exclamó Samanta.

—Completamente—, aseguró volviendo a mirar por los prismáticos —Llevo varios años yendo y viniendo de esa isla y las aseguro que esa corriente no estaba ahí. Según el telémetro de los prismáticos, la lancha aún se encuentra a mitad de camino y además es...—, su voz se detuvo y a los pocos segundos, murmuró con tono inquieto —No lo entiendo; estaba viendo la lancha y... de repente ha desaparecido. Ya no está...—

En ese instante la voz de Marian sonó hueca, como si estuviera muy lejos de allí:

—*Es culpa mía. No debí escapar. Ellos me advirtieron de que esta isla era*

la puerta del infierno y que Vanda era su guardiana. Me dijeron que la única forma de impedir que la puerta se abriera era entregándola un tributo anual... una mujer...—

—¿Se puede saber qué tonterías estás diciendo?—, dijo Bibiana.

—*Me explicaron que si el dos de octubre, Vanda no recibía su tributo anual, ella sería libre para abrir la puerta que comunica ambos mundos. Y eso es precisamente lo que está sucediendo ahora* —, y con la mirada llena de terror, añadió:

—*Esa tierra no pertenece a nuestro mundo. Tenéis que entregarle su tributo a Vanda. Tenéis que entregadme a ella o los demonios invadirán nuestro mundo. Hacedlo o los muertos se levantarán y será el infierno en la tierra—*

—¡No! ¡¿Es que te has vuelto loca?!—, negó Samanta zarandeándola por los hombros —¿Cómo puedes decir esa barbaridad?—

—¡No lo entiendes!—, gritó Marian zafándose bruscamente de ella y dirigiéndose hacia la entrada —¡Ninguno de vosotros lo entendéis! ¡Estábamos equivocados! ¡Ellos solamente quieren salvar al mundo! ¡Ellos son los que impiden que el mal se adueñe de la tierra!—, gritó con desesperación mientras cogía el cable entre sus manos y corría hacia el murete de la azotea.

Al darse cuenta de lo que pretendía hacer, Areces se interpuso en su camino.

—¡No! ¡Deténgase! ¡Ese cable es demasiado corto!—

Pero Marina estaba decidida a llevar su plan hasta el final, por lo que se escabulló rodeándole por la derecha y sin detenerse saltó sobre el murete y ante las miradas horrorizadas de los tres se arrojó al vacío.

—¡Nooooooooo!—, gritó Bibiana corriendo hacia el borde y descubriendo el cuerpo inmóvil de Marian estrellado contra el suelo.

Tal y como había dicho Areces, el cable apenas llegaba hasta la mitad de la altura del edificio. Marian había caído. Todo había terminado para ella.

—¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho?—, sollozó Bibiana.

En un intento por consolarla, Areces la apartó del borde y la abrazó

atrayéndola contra su pecho.

—Lo siento mucho—, dijo —Supongo que lo que fuese que la sucedió, afectó a su mente mucho más de lo que podíamos imaginarnos—

—Y tanto que lo hizo...—, musitó Samanta con un apenas perceptible hilo de voz —Se está levantando...—

Abajo, en el suelo, Marian se incorporó muy lentamente y con la mano derecha se palpó el cuerpo como si no pudiera creer que todavía estuviera viva. El antebrazo izquierdo colgaba inerte y en una postura que no dejaba la menor duda de que estaba roto; el pie derecho estaba girado hacia atrás y cuando se tocó el pecho, descubrió un trozo de costilla asomando un par de centímetros por su esternón. Ella era médica y estaba segura de que además de aquellas heridas debía de tener más lesiones y hemorragias internas. Tendría que estar muerta, pero no era así y solamente podía haber un motivo. Había sido elegida para salvar al mundo y no podía morir.

Alzó la mirada hacia arriba, hacia sus compañeros quienes, desde la azotea, la contemplaban con estupefacción.

“Pobres”, pensó, *“Ellos no saben lo que yo sé. Ellos no han sido elegidos. Han intentado salvarme, han hecho todo lo posible para ayudarme, para protegerme”*, y agachándose agarró con fuerza el pie y lo giró bruscamente provocando unos chasquidos tan fuertes que casi llegaron hasta los oídos de sus compañeros. A continuación, repitió la operación con el brazo y después presionó con el dedo índice en el trozo de costilla hasta volver a introducirlo en el pecho. No le dolía, pero no quería que se le acabara saliendo así que se quitó el cinturón poniéndoselo alrededor del pecho para presionar la costilla y mantenerla en su sitio. Después volvió a mirar hacia arriba, les sonrió y tras hacerles un gesto de despedida con la mano, comenzó a caminar hacia la jungla.

Apenas había alcanzado los primeros árboles cuando, en la azotea, Areces, Bibiana y Samanta se introdujeron por el mismo conducto por el que se había escapado Carlos.

No estaban dispuestos a permitir que su amiga se entregase a Vanda para que

esta la sacrificara.

La huida.

En la azotea, el sargento se asomó al borde mientras activaba su comunicador.

—¡Capitán! ¡No están aquí! ¡La azotea está desierta!—

—¡Ya lo sabemos! ¡Asómate y mira hacia el lado Norte!—, le respondió con tono desabrido.

El sargento corrió hacia el muro y divisó a una mujer caminando plácidamente hacia la jungla.

—¡La veo! ¡La tengo a tiro! ¡¿Quiere que la abata?!—

—¡No! ¡Ya he enviado tres hombres a por ella así que límitate a vigilar y cúbreles!—

—¡A la orden, capitán!—, respondió acercando la mira al ojo y rastreando la zona en busca de *Nvumbis* mientras tres de sus compañeros salían del edificio y corrían hasta alcanzar el límite de la jungla. Tras unos instantes de duda, los soldados se adentraron en ella desapareciendo de las cámaras y de la vista del sargento.

—Capitán—, dijo el sargento activando nuevamente el comunicador —¿Cree usted que es buena idea que se adentren en una selva plagada de enemigos?—

—Esa especie de bruja está desesperada por atrapar a la doctora y yo no estoy dispuesto a permitir que lo consiga. Si realmente es tan valiosa para ella, mientras que la tengamos en nuestro poder tendremos algo con lo que poder negociar si las cosas se ponen difíciles—, le explicó.

—¿Y qué hay de las otras dos chicas que estaban con ella?—, preguntó el sargento.

—No hemos podido verlas en las cámaras, así que todavía tienen que continuar dentro del edificio—, respondió Barrow.

Unos minutos después, los tres soldados volvieron a salir de la selva pero esta vez trayendo con ellos a la doctora; y por cómo la habían tenido que atar estaba claro que no parecía muy contenta de que la hubieran rescatado.

En cuanto entraron en “El Cubo”, la puerta se cerró tras de ellos y la trasladaron hasta la sala de vigilancia en donde la estaba esperando el capitán.

—¿Se puede saber qué coño estaba pensando usted!—, la reprochó Barrow —
¿Cómo consiguió llegar al suelo sin matarse y dónde se han metido sus amigos?!—

—¿Es usted un imbécil, capitán!—, le espetó ella —¿Tienen que liberarme antes de que sea demasiado tarde! ¡La cuenta atrás ya ha comenzado! ¡El infierno se está acercando y solamente yo puedo evitar que los demonios devasten nuestro mundo! ¡Yo y sólo yo soy la única esperanza que le queda a la humanidad!—

—¿Pero se puede saber de qué diablos está hablando?—, preguntó asombrado por su aparente paranoia.

—¿Le estoy diciendo que tiene que liberarme para poder salvar a la humanidad!—, insistió ella mirándole con ojos desorbitados.

—Y yo la estoy preguntando por sus dos amigas y por el ingeniero, así que dígame, ¿se adentraron en la selva?—

—¿Ni sé dónde están ni me importa! ¡Tengo que entregarme a Vanda para que esta cierre la puerta de los dos mundos!—

—Por favor...—, la rogó el capitán intentando no perder el control —
Tranquílcese, dígame lo que sepa de sus amigas y después, en cuanto las hayamos rescatado, podrá explicarme más detenidamente todo eso del tributo y lo de los dos mundos—

—¿Mire afuera! ¡Enfoque sus cámaras hacia la isla y díganme qué es lo que ve!—

Barrow lanzó un suspiro de impaciencia mientras asentía con la cabeza haciéndole un gesto al soldado que se encontraba sentado frente al control de las cámaras para que lo hiciera.

Era la última vez que contentaba a la doctora. La demostraría que a pesar de sus dudas todavía seguían en el trópico y que ningún demonio les acechaba afuera y después, ella tendría que revelarle donde se encontraban sus compañeras y Areces.

De inmediato, una de las cámaras rotó treinta grados y en el monitor apareció la silueta de la isla.

—Me alegro de que la niebla se haya retirado y de que, por fin, tengamos Annobón a la vista—, dijo el capitán con voz de alivio —Yo no creo que esa sea una mala noticia—

—¡Fíjese bien! ¡Fíjese en esa isla y pregúntele a sus instrumentos de qué isla se trata! ¡Maldita sea, no es Annobón! ¡Es el infierno! ¡Es el mismísimo infierno y Satanás y sus huestes de demonios aguardan el momento de caer sobre nuestro mundo!—

Cuando el operador de la cámara le hizo un gesto al capitán, este se inclinó sobre los monitores y examinó más detenidamente los datos y la imagen de la isla. La niebla continuaba retirándose y ensanchando el círculo a su alrededor. Ahora su radio era de setenta kilómetros y continuaba ampliándose lentamente. Tras unos minutos de comparar y revisar datos e imágenes, el operador y el capitán cruzaron una mirada aturdida. No había duda alguna. Aquella isla era Annobón y si la doctora estaba viendo otra cosa... era porque estaba mucho peor de lo que pensaban.

Pero Marian continuaba con la mirada fija en el monitor. Ella estaba viendo algo muy distinto y no comprendía porqué Barrow insistía en que se trataba de la isla de Annobón.

En ese preciso instante emitió un leve gemido, sus fuerzas flaquearon y notó como los fuertes brazos del capitán sujetaban su cuerpo a punto de desmoronarse.

A pesar de que sus ojos permanecían cerrados, su mente viajó hasta el comienzo de la isla. Estaba en San Pedro, pero no podía reconocerlo. Casi todos los edificios de la aldea se habían derrumbado y de entre los escombros, surgían decenas de columnas de negro humo entre el que distinguió a algunas personas moviéndose alrededor de las ruinas.

A algunos de ellos les faltaban miembros, otros lucían horribles heridas o gravísimas quemaduras que aún parecían humear. Era inconcebible que con aquellas lesiones todavía pudieran caminar. Y entonces fue cuando se dio cuenta de que ya no eran seres humanos. Eran muertos y aquél era su mundo.

Su mente continuó sobrevolando la aldea hasta detenerse ante la puerta del hotel que, milagrosamente, todavía permanecía en pie. Entonces, la puerta se abrió y la vacilante figura que surgió de su interior se quedó inmóvil mirando a su alrededor.

—*Sálvenlo...*—, musitó Marian antes de perder la conciencia

Barrow notó un profundo estremecimiento, pero no fue ni por su súplica, ni porque la doctora estuviese en lo cierto y temiera que aquella enorme extensión de tierra que se habría ante ellos fuese el mismísimo infierno, sino porque en uno de los monitores de vigilancia, la cámara había enfocado una lancha *Zodiak* que se alejaba en dirección a Annobón.

—¿Cómo demonios lo han conseguido?—, murmuró al darse cuenta de que quienes iban a bordo eran Bibiana, Samanta y Areces.

—Creo que está pasando algo en esa isla, capitán—, indicó el soldado —Algo muy malo...—, añadió centrando en el monitor la silueta de Annobón.

Barrow miró extrañado la pantalla preguntándose cuál podía ser la causa de su alarma. Todo parecía normal, bueno, no todo. La niebla situada tras la isla había comenzado a adquirir un intenso tono anaranjado. Entonces, alguien lanzó un grito mezcla de sorpresa y terror mientras señala hacia la pantalla sobre la que comenzaba a mostrarse una inmensa llamarada hacia el lugar donde estaba la vecina isla.

—¿Eso... eso es el volcán?—, murmuró incrédulo.

El soldado, aumentó el zoom de la imagen y antes de que pudiera contestar, Barrow se respondió a sí mismo:

—Ha entrado en erupción...—

Ahora solamente se podía distinguir una mínima parte de la isla. El resto de la imagen estaba ocupado por el intenso brillo del río anaranjado que nacía en el volcán y descendía hacia el mar. Cuando finalmente la lava lo alcanzó, una inmensa nube blanca y gris se elevó ocultando completamente la isla. Era como si una enorme pantalla se hubiera alzado ante ella ocultándola del resto del mundo.

Por primera vez, Barrow se planteó la posibilidad de que la doctora estuviese

en lo cierto. De así ser, si su locura no era tal y de verdad se encontraban a las puertas del averno, no le iba a quedar más remedio que comenzar a meditar sobre cuáles podrían ser sus posibilidades para seguir con vida y sobre si lo único que realmente podían hacer para evitar el caos, era entregársela a Vanda.

—Será mejor que llame a alguien para que traslade a nuestra “invitada” a una habitación de la que no pueda escaparse—, ordenó Barrow. Pero antes de que el soldado pudiera pulsar el micrófono, ambos se dieron cuenta de algo extraño estaba sucediendo. El suelo que había bajo sus pies había comenzado a vibrar.

—¡Por eso han desaparecido los *Nvumbis*! ¡Sabían que esto iba a suceder!—, exclamó Barrow pulsando el botón del micrófono, y ordenando:

—¡Soy el capitán Barrow! ¡Evacúen el edificio! ¡Repito. Evacuen el edificio y diríjense a la playa! ¡El volcán de Annobón ha entrado en erupción y dada su cercanía y que toda esta isla es un volcán, es de suponer que ambos comparten la misma cámara magnética y que Borikai no tarde demasiado en saltar por los aires! ¡Busquen cualquier cosa que pueda flotar y aguarden en la playa!—

A continuación le hizo un gesto al soldado para que le ayudase a sacar a la doctora de allí y corrieron hasta alcanzar el exterior.

Apenas habían dado unos pocos pasos hacia la playa cuando un violento temblor les lanzó al suelo. Apoyándose en los codos, Barrow se incorporó lo suficiente para comprobar que, al igual que ellos, el resto de los soldados también yacían esparcidos por el suelo.

“*Demasiado tarde*”, pensó Barrow al ser consciente de que la catástrofe ya había dado comienzo.

El temblor fue en aumento. Las palmeras comenzaron a bambolearse con más fuerza y algunas cayeron sobre los hombres que les precedían. Frente a ellos, el mar pareció querer ofrecerles una última oportunidad y avistaron un pequeño barco de pesca que parecía estar navegando a la deriva a poco más de una milla de la costa.

Repentinamente el seísmo cesó y Barrow y sus aturdidos hombres comenzaron a incorporarse del suelo, pero algunos, aún incapaces de reaccionar, todavía

permanecieron sentados preguntándose si ya habrá acabado todo.

“*Es evidente que están tan asustados como yo mismo*”, pensó Barrow sabiendo que debía sobreponerse y ponerse al frente.

—¡A qué coño estáis esperando! ¡Ayudad a los heridos!—, les grita Barrow con voz autoritaria —¡Llevadlos a la playa y buscad cualquier cosa con la que poder alcanzar ese barco!

Tras poner a salvo a los heridos, algunos hombres comenzaron a rebuscar y reunir bidones vacíos, largueros de madera y cuerdas con los que construir balsas que les ayudaran a llegar hasta el pesquero,

Capítulo 20. El averno.

Muerte y olvido.

—Eh... venga... despierte—, la voz resonó en el interior de la cabeza obligándole a volver en sí. —Señor... escúcheme por favor—, la voz que escuchaba parecía pertenecer a una joven isleña, pensó Carlos.

—¿Quién... qué ha pasado? ¿Por qué está todo tan negro?—, preguntó al comprobar que estaba totalmente rodeado de oscuridad —¿Es que me he quedado ciego?—

—No, no está ciego... o al menos eso espero—, respondió ella revisando la venda que le cubría los ojos —Ha sufrido usted quemaduras de primer y segundo grado en brazos y rostro, así que le he inyectado un analgésico, un antibiótico, le he aplicado corticoides en las zonas afectadas y por último le he colocado una compresa con suero fisiológico en los ojos.

La zona que más me preocupaba era precisamente esa, la de los ojos, pero no creo que sea grave. El reflejo de parpadear suele provocar que, instintivamente, el ojo se cierre en respuesta al calor. De esa forma el párpado protege de daños más graves la conjuntiva y la córnea evitando daños permanentes en el ojo, así que no se preocupe. Seguro que en un par de semanas estará usted perfectamente—, contestó con voz tranquilizadora.

—¿Lo que me está diciendo es que estaré ciego durante dos semanas?—

—No, claro que no—, le tranquilizó —Mañana le echaré un vistazo a sus ojos para ver cómo evolucionan y si todo marcha como espero, es probable que en tres días le retire la venda definitivamente—

—Vale... gracias. Entonces... así qué me he quemado—, murmuró para sí mismo mientras intentaba acordarse de lo sucedido. Recordaba una isla... a una mujer rubia... disparos... y calor, mucho calor y después el mar; y a partir de ahí ya no recordaba nada más.

—¿Cómo se encuentra? Me gustaría haberle podido realizar unas placas, pero ha habido una avería y estamos sin electricidad. ¿Nota algún dolor?—

—Me duele un poco la cabeza, pero sobre todo la espalda... es como una quemazón. Pero por lo demás, creo... creo que estoy bien ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué no recuerdo nada? ¿Qué hospital es este?—

—Tranquilo. Lo importante es que está a salvo. Se encuentra usted en la enfermería de la consulta médica de San Pedro—, respondió la doctora.

Estaba claro que su paciente se encontraba en estado de shock y ella no quería empeorar aún más su confusión, por lo que decidió no hablarle aún del caos en el que estaba sumida toda la isla. —Lo de la sensación de quemazón es normal —, dijo —En la espalda, además de tener la quemadura más profunda, también tiene una herida que ha necesitado de treinta puntos de sutura. ¿Dice que no recuerda cómo se la hizo?—

—No... no recuerdo casi nada ¿Cree que habrá sido por el accidente? Eso suponiendo que haya tenido un accidente, claro...—

—Seguro que sí lo ha tenido. Veamos, ¿sabe usted cómo se llama?—

—Sí. Me llamo Carlos...—

—Muy bien. Dime Carlos, ¿sabes en que día estamos?—

—Hummm... no, la verdad es que no tengo ni la menor idea—

—¿Sabes cuál es tu nacionalidad?—

—Sí, eso sí lo sé. Soy español—

—¿Y sabes en dónde estás?—

—¿Cómo carajo voy a saber dónde estoy si no puedo ver?—, rezongó agobiado por el molesto interrogatorio.

—Me refiero a si sabes en qué país estás—

—¿Qué quiere decir con que en qué país estoy? ¿Es que no estoy en España? —, preguntó alarmado.

—Me temo que no. Carlos, estamos en Guinea Ecuatorial, exactamente en la isla de Annobón. Una isla situada en el Golfo de Guinea—

—No me jodas...—

—¿Es que no recuerdas nada?—

—No... sólo unas pocas imágenes sueltas y... ¿seguro que esto es Guinea?—

—Completamente. Te aseguré que te encuentras en Guinea Ecuatorial—

—¿Pero...qué coño hago yo aquí?—

—La verdad es que sólo hay dos posibilidades; o eres un turista o trabajas en la cercana isla de Borikai para *Beaumont Enterprises*. ¿Tampoco te suena ninguno de esos nombres?—

—...no...—

—No te preocupes. En mi opinión simplemente sufres una amnesia post-traumática provocada por el choque emocional del accidente—

—¿Pero qué demonios está diciendo? Ya he dicho que no recuerdo ningún accidente—

—Que no lo recuerdes no quiere decir que no lo hayas sufrido ¿Y si no, cómo explicas tus lesiones? Un profundo corte en la espalda, diversas quemaduras de segundo grado, la ropa quemada y destrozada a partes iguales. Reconoce que todo ello indica que has sufrido un accidente, probablemente en el mar—, dijo cogiéndole el antebrazo y añadiendo —Ahora voy a inyectarte un sedante para que puedas descansar—

—¿Un sedante? No, no puedo... no sé, no sé qué tengo que hacer, pero sé que tengo que hacer algo muy urgente...—, pero Carlos no llegó a terminar la frase. Antes de poder hacerlo se desvaneció sumergiéndose en un profundo y largo sueño.

Cuando volvió a despertarse notó que no podía abrir los párpados y recordando sus heridas, llevó las manos a la venda, se las quitó y tras palpar la compresa que le protegía la vista la retiró lentamente. Después, se palpó los párpados y notó una gruesa línea de legañas a lo largo. Poniendo dos dedos a modo de pinza comenzó a retirarlas y en cuanto arrancó el primer trocito, un ronco quejido brotó de sus labios al notar el agudo dolor. Estaban tan pegadas que le parecía que se iba a dejar el párpado en carne viva. Pero tenía que

hacerlo, así que apretó los labios y continuó hasta lograr abrir un ojo.

—¿Qué demonios...?—, murmuró al darse cuenta de que aquella habitación no era ninguna enfermería. Estaba confundido.

Recordaba perfectamente a una doctora diciéndole que había tenido un accidente y que le habían trasladado a una clínica, pero... no. Definitivamente aquello no era una clínica. Se sentó en la cama, giró el cuerpo, se arrancó de golpe la legaña del ojo izquierdo y examinó la rectangular estancia.

Todo el mobiliario era muy sencillo. Una estrecha cama, una mesita a su lado, un armario frente a ella y en la pared de la izquierda había una estrecha ventana cubierta con unos amarillentos visillos a través de los cuales se filtraban los rayos del sol.

Abrió el primer cajón de la mesilla encontrándose con el folleto de un hotel. Aquello pareció traerle recuerdos. ¿Un hotel? Su mente parecía querer indicarle algo. Se levantó y, completamente desnudo, caminó hacia la ventana. Al llegar hasta ella apartó los visillos y miró al exterior descubriendo el océano, una estrecha playa con algunas barcas de pescadores, una terraza plagada de mesas y sillas tiradas por el suelo, y una calle bordeada de construcciones de una y dos plantas cuya carretera se dirigía hacia una tupida selva.

Instintivamente miró al cielo intentando calcular qué hora sería. El sol parecía estar en lo más alto del horizonte, así que debía ser alrededor de mediodía. Era un sitio bonito, pero no ver a nadie paseando por las calles le provocó un escalofrío. Era extraño, muy extraño.

Intentó poner en orden sus escasos recuerdos, pero estos se entremezclaban con grandes lagunas durante las cuales no recordaba absolutamente nada de lo que había sucedido.

Tan solo recordaba que se había despertado en la cama de una clínica y en un lugar del que no sabía nada. No tenía ni la menor idea de cómo había llegado hasta allí o de porqué estaba en una isla de Guinea. Apretó la cabeza con sus manos. Tenía que recordar. Se sumergió en su mente intentando bucear entre la oscuridad, intentando averiguar lo sucedido. De vez en cuando, entre la negrura, distinguía el brillo de algunos retazos de su pasado, apenas unas

visiones confusas en las que veía a dos mujeres sentadas a su lado en aquella misma terraza que estaba contemplando.

En otra, se encontraba en un salón amueblado que parecía pertenecer más al siglo XIX que al XXI. Las dos chicas gritaban al tiempo que señalaban hacia una ventana y al dirigir la mirada hacia ella, descubrió docenas de ojos rojos mirándole fijamente. La terrorífica escena dio paso a otra en la que dos militares conversaban entre ellos al pie de un hueco en el suelo. Después, ambos se giraron hacia él, le observaron y señalaron hacia el agujero. En la siguiente no veía nada, pero escuchaba una tranquilizadora voz femenina que le decía que no tardaría en encontrarse bien.

Un cegador brillo inundó su mente transportándole a otro horrible lugar. Como si de una angustiada pesadilla se tratara, recordaba haber escuchado gritos, muchos gritos, y haberse arrastrado por el suelo hasta detenerse entre unos cascotes. Recordaba haberse arrancado la venda; recordaba la enfermería totalmente desordenada, con todos sus muebles por el suelo y, justo a su lado, el cuerpo inerte de una mujer vestida con una bata blanca.

Otro cegador brillo despejó otro sector de su mente y pudo ver a muchas personas que, cubiertas de polvo y entre una densa humareda, caminaban vacilantes entre los escombros sin que ninguno de ellos pareciera decidirse por un rumbo determinado mientras que él avanzaba dando tumbos, intentando desesperadamente alejarse de aquel caos hasta que finalmente, se derrumbó al pie de unas palmeras.

¿Qué había sucedido? ¿Había sobrevivido a un ataque terrorista? ¿A un bombardeo? No entendía nada de lo que estaba sucediendo y eso le estaba haciendo perder la razón. ¿Por qué no recordaba? ¿Por qué estaba allí? Furioso, golpeó la pared una y otra vez, se volvió y cogiendo las sábanas de la cama las enrolló lanzándolas contra la entrada, apartó el colchón y arrancó los cajones de la mesita en busca de algo más.

Nada. Ni tan siquiera pudo encontrar su ropa o sus zapatos. Intentó serenarse. Sabía que si quería controlar la situación lo primero que tenía que hacer era recuperar el control de sí mismo. Cogió una sábana a la que, con las manos, le hizo un agujero por el que introdujo la cabeza. A continuación utilizó la funda de la almohada enrollándola y atándosela a modo de cinturón, abrió la puerta

de la habitación y salió al pasillo.

Estaba totalmente desierto. No se oía nada, ni tampoco a nadie. Intuía que esa era una evidente señal de peligro, pero presentía que si quería tener al menos una oportunidad de sobrevivir, tenía que salir de allí cuanto antes.

Caminó hasta las escaleras. Nada. El silencio seguía siendo absoluto. Tras descender por ellas se encontró en una estrecha recepción y, de nuevo, un potente destello brilló en su mente.

Reconocía aquel lugar. Él había estado allí. Recordaba a... a un hombre... un nombre... ¿José? Sí, juraría que se llamaba José.

A toda prisa rebuscó entre las carpetas que cubrían el mueble hasta encontrar el libro de registro. Pasó sus páginas una tras otra y se detuvo al encontrar lo que estaba buscando. Su nombre; Carlos Gutiérrez, y a su lado leyó una nota escrita en color rojo:

“Trabajador de Areces. Cobrar a la semana”

“Así que lo que me dijo la doctora es cierto”, pensó. Él había ido allí para trabajar, pero entonces... ¿por qué no lo recordaba? ¿Qué diablos quería decir todo aquello? ¿Qué tipo de macabra pesadilla le había conducido a encontrarse caminando medio desnudo por un hotel completamente desierto?

Un agudo pinchazo en su estómago le advirtió de que debía llevar mucho tiempo sin comer. Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba hambriento, así que abrió una puerta tras otra hasta que localizó su objetivo, la cocina. Tampoco en ella había el menor rastro de vida, pero al menos todo parecía estar bastante más ordenado de lo que se había esperado. En cuanto abrió la puerta de la nevera le golpeó un fuerte tufo a comida podrida.

Mierda... eso significaba dos cosas; la primera era que debían de llevar no menos de tres o cuatro días sin electricidad, y la segunda que tendría que conformarse con comida enlatada.

Tras dar buena cuenta de varias latas de comida y medio paquete de pan de molde, se vistió con unos pantalones de algodón de color verde, una larga camisa blanca, se calzó unos playeros amarillos, guardó en una bolsa de deporte unas botellas de agua, algunas latas de comida, un cuchillo de cocina,

un largo machete de despiece y cuando se disponía a salir de la cocina, un brutal temblor sacudió el edificio.

Las paredes parecieron cobrar vida propia y grandes trozos de cemento y algunas vigas se desprendieron del techo. Desde el suelo, Carlos vio que la pared que al otro lado comenzaba a agrietarse por lo que gateó con rapidez hasta refugiarse bajo una resistente mesa de madera al tiempo que se escuchaba el crujir de las vigas partiéndose y la planta superior se derrumbaba sobre él.

Cuando volvió a recobrar el conocimiento, abrió lentamente los ojos mientras se apoyaba sobre las manos para incorporarse. La cabeza le dolía de un modo atroz y la sangre golpeaba sus sienes con furia mientras que en su boca, notaba el metálico sabor de la sangre. Escupió y una mancha rojiza se descolgó por la pared. Después, se llevó la mano a la cabeza y al palparla notó algo caliente y pegajoso saliendo de un enorme chichón. Estaba desorientado, pero se dio cuenta de que ahora recordaba algo más. Recordaba haber navegado en una lancha que se acercaba a una isla; recordaba una lluvia torrencial, un sendero embarrado, una oscura mansión... la llama de una vela, gritos, muchos gritos... angustia. La misma angustia que volvía a notar en aquel instante. Miró a su alrededor, pero una densa nube de polvo y humo lo envolvía todo por lo que a duras penas podía ver nada a su alrededor. Le dolía la cabeza y en especial los oídos.

Alargó la mano para coger su bolsa y comenzó a gatear entre los restos intentando encontrar una salida. Finalmente, descubrió un boquete por el que salió a la calle y entonces se encontró con una escena tan espantosa que parecía salida de la peor de las pesadillas y que probablemente no era más que un avance del destino que irremediablemente aguardaba al resto del planeta.

La aldea parecía haber sido arrasada por un huracán y todo lo que le rodeaba eran escombros. Escaló por los restos de lo que debía de haber sido uno de los edificios laterales y al llegar a lo alto, no vio más que ruinas humeantes, edificios semiderruidos en llamas, cuerpos humanos mutilados que asomaban entre los escombros y las maderas, y una densa nube de polvo que impedía ver

más allá.

Al tomar una bocanada de aire, notó el polvo en suspensión entrando por su garganta, llegando hasta lo más profundo de sus pulmones y forzándole a caer de rodillas mientras que una arcada le obligaba a vomitar. Tras recuperarse, se quitó la camiseta y colocándosela a modo de improvisada mascarilla caminó hasta que, al pasar junto a un montón de maderas, descubrió que de entre ellas asomaba una pierna humana. No es que ver cadáveres le apeteciera demasiado, pero aun así se acercó para examinarlo.

Se trataba de un hombre de color de unos cincuenta años, delgado y que debió perecer atrapado bajo una viga. Hasta ahí todo parecía lúgubrementemente normal, pero tanto en la pierna como en el brazo izquierdo se apreciaban con claridad unas marcas que de inmediato identificó como mordeduras. El problema era averiguar si estas habían sido provocadas por algún animal hambriento tras su muerte o si se trataban de las señales de un ataque que hubiera acabado con su vida. Algo le decía que no podía descartar esa posibilidad, así que miró con desconfianza a su alrededor y, solo por sor si acaso, sacó el machete de la bolsa jurando que no se separaría de él ni un solo instante.

Entonces le pareció escuchar unos apagados sonidos bajo los escombros de su derecha. Apartó varios trozos de madera y agachándose, aguzó el oído intentando discernir su procedencia hasta que unos segundos después volvieron a repetirse. Apenas eran unos débiles quejidos, pero eran inconfundiblemente humanos. Bajo aquellos restos tenía que haber supervivientes atrapados.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?—, preguntó tras retirar más escombros del lugar del que provenían los quejidos.

—Por favor... ayúdeme...—, le respondió una agónica voz, llamándole de entre los restos:

Eso fue más que suficiente para que Carlos comenzara a apartar frenéticamente los maderos hasta que vislumbró el rostro ensangrentado de una mujer.

—Tranquila... la ayudaré a salir de aquí—, dijo intentando darle ánimos.

—No... es inútil... la mitad inferior de mi cuerpo está atrapada bajo... bajo algo muy pesado—

—Tranquila. Saldré de aquí y buscaré ayuda para....—

—No... no pierdas el tiempo. Me... alegra ver que ya has recuperado la visión —

En ese momento, Carlos se quedó paralizado al reconocer su voz. Aquella moribunda era la doctora que le había atendido en la clínica. No sabía qué decirle para darle ánimos y supo que reviviría aquel doloroso recuerdo toda la vida.

—¿Doctora... es usted la mujer que me atendió?—

—Sí... así es... soy Lucía... y solo soy enfermera...—

—¡Vale! ¡Ahora sí que sí! ¡Voy a sacarte de aquí!—, la aseguró al tiempo que empujaba una pesada viga hacia un lado.

—No... no lo hagas. Ya no hay tiempo para eso. Yo... intenté alejarte... de todo esto...—

—¿Pero qué está diciendo? ¿Qué ha sucedido?—

—Ya es... muy tarde para mí. Moriré... sin haber tenido tiempo de completar mi misión... —

—No... seguro que todavía le queda...—

—No, Carlos. Me estoy muriendo y... necesito que tú les ayudes a cerrar la puerta ¡Necesito que me jures que lo harás!—, le imploró.

Carlos, se detuvo y miró sus ojos. De ellos brotaban lágrimas que arrollaban por su rostro dibujando delicados trazos rosados sobre el polvo y la sangre que cubrían su piel. Bajó la vista descubriendo un trozo de metal clavado en el pecho. No se explicaba cómo aquella mujer podía seguir con vida.

—Pero... ¿qué quieres que haga?—

—Es necesario que regreses a Borikai... vuelve a la isla, encuentra el... el crucifijo de Muñoz y entrégaselo. A cambio, él cerrará para siempre la puerta pero... es necesario que lo hagas antes de que sea demasiado tarde... si Vanda logra abandonar la isla... será el fin—

—Tranquila... es... es mejor que no hables. Intentaré...—

—No... debes de saber algo más. Es necesario que lo sepas... cuando él regrese... para vengarse... todos... le habréis de acompañar... nadie regresa del mundo de los muertos. Espérala en la playa... ella irá en tu busca...—, dijo con voz temblorosa tembló mientras que la sangre volvía a brotar de su boca.

—¿Quién regresará? ¿A qué playa te refieres?—, preguntó Carlos, confundido.

—Por... por favor, júramelo. Tienes que jurarme que lo conseguirás. Si no lo haces el mal triunfara y...—, Lucía tosió expulsando un nuevo borbotón de sangre que salpicó el rostro de Carlos.

—De acuerdo. Te juro que lo haré—, dijo intentando consolar el alma de la moribunda.

—Gracias... gracias. Tu... has de irte... corre... te necesitan... los muertos te necesitan... para vivir—, dijo con un último aliento.

—Lo haré—, musitó Carlos mientras tocaba el rostro ya sin vida de Lucía e, instintivamente, rezaba una oración por su alma.

Incapaz de reaccionar, caminó entre la desolación que le rodeaba con la vana esperanza de encontrar a alguien que le pudiera ayudar, pero lo único que halló a su paso fueron cadáveres.

Al darle la vuelta a uno de ellos descubrió que se trataba de uno de los tripulantes de los helicópteros de Beaumont. Su cuello había sido sesgado, prácticamente decapitado, por una plancha de metal y la cabeza a duras penas se mantenía unida al cuerpo por unos pocos centímetros de piel. Sin pensárselo dos veces, registró el cuerpo hasta encontrar su pistola reglamentaria y reemprendió la marcha mientras meditaba sobre las últimas palabras de Lucía:

“Vuelve a la isla, encuentra el crucifijo de Muñoz y entrégaselo”

Tenía que regresar a una isla de la cual, los escasos recuerdos que tenía de ella eran, cuando menos, angustiosos. Allí debería buscar un crucifijo del que ni tan siquiera tenía la menor descripción y entregárselo a alguien llamado Vanda. *“¿Pero quién era esa Vanda y dónde la iba a encontrar?”*, pensó recordando a continuación la última de sus misteriosas instrucciones:

“Cuando él regrese para vengarse, todos le habréis de acompañar... nadie regresa del mundo de los muertos.”

“¿Él? ¿Quién era él y porqué iba a llevársela? ¿Es que acaso era su enemigo?”. No entendía nada. Quizás, la pobre mujer simplemente estuviera divagando, pero no... seguro que lo que le había dicho tenía que tener algún sentido. Lo malo era que por el momento, todo aquello no era más que un tremendo galimatías y él no tenía ni la menor idea de por dónde iba a comenzar a resolverlo.

—Si por lo menos recobrará de una puta vez la memoria—, murmuró comenzando a desesperarse.

Y además, aunque optara por regresar a la isla, primero tendría que saber en dónde se encontraba esta y después, localizar un medio de transporte. Cuando echó un vistazo a la desolación que le rodeaba, esto último se le antojó misión imposible y decidió que se centraría en lo inmediato. Sobrevivir, encontrar ayuda y a alguien que pudiera explicarle exactamente qué había ocasionado toda aquella destrucción. Recordaba perfectamente el terremoto que le sorprendió cuando se encontraba en la cocina del hotel, pero eso no explicaba el hecho de que antes, cuando miró por la ventana de su habitación, la aldea ya estuviera totalmente desierta.

No estaba seguro de hacia dónde debía de dirigirse, pero a pesar de ello, puso rumbo hacia la zona en la que parecía concentrarse la mayor destrucción.

Sospechaba que el haberse encontrado a uno de los tripulantes de los helicópteros podía indicar que, al menos en parte, la destrucción de la aldea podía ser debida a que estos se hubiesen estrellado al sobrevolarla, pero eso, de ninguna forma explicaba la total ausencia de supervivientes.

Una posibilidad era que si los helicópteros se habían estrellado en las inmediaciones de la aldea, los habitantes de esta habrían acudido a rescatar a los supervivientes. Eso explicaría el que cuando él miró a través de la ventana no hubiera visto a nadie. Más tarde, cuando él se encontraba rebuscando en la cocina, el terremoto destruyó la aldea y acabó con los pocos que quedaban en el interior de los frágiles edificios. Pero entonces había algo que no encajaba.

Lo normal hubiera sido que las personas que se encontrasen en la zona en la que se estrellaron los helicópteros, al sentir el terremoto hubieran regresado a la aldea para ayudar a sus familiares y comprobar el alcance de los daños, pero nada a su alrededor parecía querer avalar aquella hipótesis.

En su camino comprobó que el pueblo había quedado totalmente arrasado. A duras penas quedaban unos pocos edificios en pie y calculó que gran parte de ellos no tardarían demasiado en derrumbarse debido a que se encontraban rodeados de almacenes y restos en llamas.

De repente, al pasar ante el estrecho corredor que había entre dos casas desmoronadas, se detuvo al distinguir un grupo de supervivientes que parecían estar rebuscando entre los escombros situados al otro lado.

—¡Hola!—, gritó comenzando a caminar hacia ellos con la mano levantada — ¡Hola! ¿Hay alguien atrapado?! ¿Puedo ayudarles?!—, se ofreció acelerando el paso hasta que al llegar a unos diez metros de ellos, percibió que había algo extraño en su comportamiento.

A pesar de sus continuos gritos, ninguno de ellos se había girado para mirarle, ninguno le había respondido y continuaban ignorándole y afanándose en apartar los restos. Un cartel que yacía tirado en un extremo llamó su atención e, inesperadamente, despertó parte de sus recuerdos.

“Consultorio Médico de San Pedro”

En ese instante tuvo la certeza de que aquel montón de escombros eran los restos de la consulta médica de la isla, y un nombre llenó su mente, *“Marian, la doctora Marian Graña”*. Un interminable desfile de imágenes aparentemente inconexas pasó por su mente. Estaba seguro de que la doctora Marian no era la misma doctora que le había atendido a él y de que... sus pensamientos se interrumpieron cuando la mujer más cercana a él, le susurró:

—Váyase... por favor. Apártese de nosotros antes de que ellos le descubran —, le suplicó sin dejar de darle la espalda.

—¿Cómo dice? ¿Qué quiere decir con que me vaya!—, respondió Carlos con una mezcla de asombro e indignación. Entonces, sin tan siquiera girarse para

mirarlo, el hombre situado a su derecha señaló con un dedo hacia el otro lado de los escombros descubriéndole un humeante montón de cuerpos calcinados, y conteniéndose para no levantar la voz, añadió:

—Vivos y muertos no pueden vivir juntos. Ella le ha pedido que se vaya, así que... por favor, hágalo o todos acabaremos igual que ellos—

—Sigo sin comprender qué me quiere decir—

—Les han arrancado sus almas, y si nos encuentran, harán lo mismo con nosotros. Se lo ruego, señor... continúe usted su camino para que nosotros podamos hacer lo mismo con el nuestro—

En aquel preciso instante una alarma se encendió en su mente. Su instinto le gritaba que hiciese caso y se alejase todo lo rápidamente que le fuera posible de allí, pero su curiosidad, y especialmente sus ansias por obtener respuestas le decían que debía de acercarse para averiguar exactamente a qué se referían, así que hizo caso omiso de la advertencia y caminó hacia el misterioso bulto.

—No lo haga... por favor. Nos condenará a todos—, le rogó el hombre. Pero ya era demasiado tarde y en cuanto se encontró a un par de metros del bulto, una silueta alargada y oscura apareció caminando lentamente por el callejón lateral.

Carlos se detuvo para observarlo. Se trataba de un hombre alto, muy alto, de larga melena negra, con un rostro anguloso de distinguidas pero al mismo tiempo duras facciones, nariz aguileña, larga barba puntiaguda y cubierto con una especie de gabán negro que le llegaba casi hasta los pies.

—¡Es él! ¡Corred!—, oyó gritar al hombre, y al instante, todo el grupo huyó como si les persiguiera el mismísimo diablo.

“*Y probablemente no estén demasiado desencaminados*”, pensó al ser consciente de que la amenazante silueta que le observaba no era del todo humana, y de que debería de haber escuchado a su instinto... y también a la mujer.

El extraño hombre se había detenido a veinte metros de él y le observaba fijamente con unos enormes ojos brillantes, casi demoniacos.

En ese momento, Carlos se puso muy nervioso al advertir que, inoportunamente, todo su cuerpo parecía haberse congelado justo cuando aquel hombre, cubierto por un largo gabán y un sombrero negro, daba el primer paso

hacia él. Por un momento, habría jurado que sus pies parecían no tocar el polvoriento suelo, pero sabía que tal cosa era imposible... ¿o tal vez no?

Fue entonces cuando un torrente de adrenalina inundó todo su cuerpo haciendo que este comenzara a reaccionar. En una fracción de segundo, su cerebro barajó las posibilidades que tendría si se enfrentaba con él, pero no tardó en aceptar que todas ellas terminaban igual; aquél tipo lo destrozaba.

Se llevó la temblorosa mano al cuchillo que guardaba en la parte trasera del su cinturón, inspiró profundamente y, a pesar de ser consciente de la majadería que estaba a punto de cometer, le gritó:

—¡Seas lo que seas, no te acerques a mí! ¡Tú por tu lado, y yo por el mío!—, gritó mientras le apuntaba con el cuchillo. Pero el hombre, no sólo hizo caso omiso sino que incluso pareció sonreír divertido ante la estupidez de aquel frágil humano y dio un nuevo paso hacia él.

El suelo tembló. Absurdo. Un rápido cálculo le indicó que para que eso fuera posible su rival debería de pesar no menos de trescientos kilos. Entonces el temblor se repitió y suspiró aliviado al apreciar que solamente se trataba de una suave réplica, un temblor secundario que, al contrario que su adversario, no conllevaba peligro alguno. Intuía que aquel hombre era demasiado peligroso como para permitirle que se acercara.

Había algo muy extraño en él, como una especie de aura maligna que le rodeaba provocando que a su alrededor, los objetos parecieran difuminarse. Era como si realmente no estuviera allí, en aquel lugar y tiempo. Y hablando de tiempo; todavía tenía tiempo suficiente para sacar el machete de la bolsa, pero intuía que para acabar con él iba a necesitar de algo mucho mayor. A pesar de que su rival aparentaba unos sesenta años y de que él se encontraba en una buena forma física, o al menos eso era lo que solía pensar, estaba seguro de que enfrentarse a aquel hombre sería un suicidio, así que inspiró profundamente... y comenzó a correr como jamás lo había hecho.

Lo cierto era que no tenía demasiadas esperanzas de escapar, pero aun así tenía que intentarlo, por lo que corrió en la misma dirección en la que se había alejado el grupo de supervivientes hasta ver que uno de ellos se colaba por un estrecho agujero entre las ruinas de un almacén.

Sin pensarlo, se arrojó a su interior y gateó por un oscuro túnel de apenas un metro de altura. En el interior, el olor a sangre y muerte era aún mucho más

intenso que afuera, pero en aquel momento no podía pensar en un lugar mejor para esconderse.

El suelo estaba cubierto de todo tipo de restos, y varias veces notó como se herían tanto sus manos, como sus rodillas, pero siguió adelante, golpeándose la cabeza contra los maderos y las piedras hasta vislumbrar una oscuridad tenuemente iluminada por la luz que penetraba a través de un hueco vertical que emergía hacia el exterior. Al distinguir unas paletas cubiertas de óxido que se perfilaban a contraluz al otro lado del conducto, supuso que debía de tratarse de un viejo conducto de ventilación.

Se sentó y palpó a su alrededor. Trozos de madera y ladrillos salpicaban un suelo cubierto de sangre seca y grumos coagulados, pero allí no había nadie más que él, así que ¿a quién pertenecía aquella sangre y dónde estaban las personas a las que había seguido?

Era evidente que el pasadizo finalizaba allí. No había más salida que el agujero por el que había entrado, pero... no había ni el menor rastro de ellos. ¿Dónde se habían metido? Era imposible que hubieran desaparecido casi ante sus ojos, pero lo habían hecho.

Atemorizado, se encogió entre unos viejos muebles... y lloró. Lloró porque sabía que todo aquello no era más que el principio y porque tenía miedo. Mucho miedo. Pero no se trataba solamente de que temiera por su vida. Lo que de verdad temía era el ignorar todo lo que le había llevado hasta allí y eso le frustraba. Estaba convencido de que el único motivo por el que había logrado sobrevivir, era porque el destino le había deparado algo muy importante. Quizás solamente le quedara un minuto de vida, pero estaba convencido de que todavía no había llegado su momento. Aún tenía que finalizar su misión, una misión que por desgracia era incapaz de recordar.

Un extraño sonido le sacó de sus cavilaciones. Dirigió la mirada hacia el otro lado de la guarida y descubrió una figura que se movía en la penumbra, agazapada entre los muebles apilados contra la pared. ¿Cómo era posible? Habría jurado que allí no había nadie más que él, pero... quizás no hubiera mirado tan a fondo como él había creído.

—¿Hola?—, dijo Carlos —¿Estás solo? ¿Necesitas ayuda?—

Pero la espectral figura no respondió.

Carlos sacó un mechero de su bolsillo, encendió la llama y se quedó paralizado, mirando casi como si estuviera hipnotizado al hombre que sentado

en el suelo, le observaba con una sonrisa burlona..

—No puede ser... usted está... muerto—, alcanzó a decir con un hilo de voz.

—*En mayor o menor medida todos lo estamos*—, respondió el hombre esbozando una amplia sonrisa sarcástica.

Mientras tanto en la calle, el misterioso ser que le empujó a huir esbozó una sonrisa de complacencia al tiempo que un intenso brillo iluminaba sus ojos confiriéndole un aspecto tenebroso.

Cuando se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia los escombros que albergaban el cuerpo sin vida de Lucía, el eco de una aterradora carcajada resonó por toda la aldea al tener la certeza de que Carlos y sus compañeros se dirigían obediente hacia su destino, un destino que debía de cumplir porque así lo había planeado, un destino del que no podían escapar. Él se aseguraría de que así fuera. Les marcaría el camino a seguir.

Capítulo 21. El reencuentro.

—Esto es... apocalíptico—, murmuró Areces contemplando la desolación que se extendía a su alrededor.

—Ciertamente lo es—, añadió Barrow haciéndole una señal al resto del grupo para que tomaran posiciones.

Tras haber salido de “El Cubo” siguiendo el mismo pasadizo que había utilizado Carlos, alcanzaron el muelle de la Fase Uno y valiéndose de la *Zodiak*, zarparon intentando alcanzarle antes de que fuera demasiado tarde.

Y lo hicieron justo a tiempo. A pocas millas de la costa, divisaron unos restos que flotaban entre las olas y cuando se acercaron a inspeccionarlos, encontraron dos cuerpos atados a ellos. El primero de ellos era el cadáver de la teniente Valeria, y el segundo era el cuerpo inconsciente de Carlos.

Alguien, probablemente la propia Valeria, había utilizado un trozo de cuerda para atarle a los restos de la lancha con el propósito de evitar que el oleaje le hiciera caer al mar y se ahogara.

Tras recogerle le trasladaron todo lo rápidamente que pudieron hasta la clínica de San Pedro en donde Lucía, la ayudante de Marian, le practicó las primeras curas de emergencia y lo dejaron a su cargo mientras que ellos se dirigían al puerto para contactar con Juan y Matías para regresar a Borikai y evacuar al capitán Barrow y a sus hombres.

Al llegar al puerto se encontraron con Juan, quien les informó de que su hijo Matías se encontraba trasladando gente al continente. Los terremotos habían ocasionado que por toda la isla hubiese corrido el rumor de que eran una señal de que, al igual que había ocurrido ciento cincuenta años atrás, los espíritus de Vanda y Muñoz estaban a punto de regresar para llevarse al infierno las almas de los vivos, y precisamente por ello nadie quería permanecer en la isla más tiempo del necesario.

Eso quería decir que solamente podrían contar con una única lancha para la evacuación, pero una lancha era mejor que ninguna. Sin embargo, cuando Juan les dijo que subieran a bordo, no lo hizo señalando hacia su lancha, sino hacia el “*Rías Baixas*”, el viejo pesquero con el que había llegado a la isla treinta años atrás.

Mientras navegaban hacia Borikai no dejaban de pensar en lo que se encontrarían cuando llegaran. Cabía la posibilidad de que en su ausencia, los *Nvumbis* hubieran atacado a los supervivientes y que cayeran sobre ellos en cuanto pusieran un pie en tierra. Ciertamente disponían de las armas que les habían dado los soldados, pero todos sabían que de poco les iban a servir si les sorprendían en una zona despejada, por lo que concluyeron que antes de desembarcar tendrían que encontrar la manera de asegurarse de que los soldados todavía continuaban en “El Cubo”.

Pero el destino parecía estar empeñado en evitar que alcanzaran sus objetivos y a cada nuevo paso que daban les sorprendía con un obstáculo mayor que el anterior. Sin embargo, en esta ocasión los hados se excedieron. Cuando se encontraban a medio camino, un estruendo pareció llenar el océano y al mirar hacia atrás descubrieron, horrorizados, que los nativos estaban en lo cierto. Los temblores habían sido el aviso de una catástrofe.

El volcán de Annobón había entrado en erupción. Durante un par de minutos permanecieron en silencio, con la mirada fija en la isla, en la gruesa columna de humo que brotaba de la montaña y en la brillante lengua de lava que descendía hacia el mar.

Desconsolados, se dieron cuenta de que su única salida estaba siendo arrasada y de que su amigo, al que habían dejado a inconsciente y malherido en la clínica, estaba a punto de morir. Sabían que nadie se molestaría en salvarle y también sabían que Barrow y sus hombres les necesitaban. Si daban la vuelta y regresaban a por Carlos, lo más probable sería que los habitantes de Annobón, desesperados por abandonar la isla, intentarían abordar la embarcación y no les quedaría más remedio que usar las armas para impedirlo. Eso significaría abrir fuego contra mujeres, niños y ancianos, y ellos no podían hacer algo así. No eran tan crueles.

A fin de cuentas, solamente eran personas corrientes intentando salvar sus vidas y las de sus seres queridos. No. No lo harían. Así que continuaron rumbo a Borikai y cuando estaban a unas pocas millas de la costa... el volcán de esta despertó igual de violentamente de su largo letargo.

Pero en esta ocasión tuvieron un poco más de suerte y llegaron justo a tiempo

para recoger a los supervivientes. Alertado por los temblores previos a la erupción, Barrow se había dado cuenta de que tenían que abandonar la isla antes de que esta saltara por los aires, y había ordenado desalojar “El Cubo”, reuniendo a todos sus hombres en la playa situada al lado del muelle en construcción en el que les encontraron subiendo a unas precarias balsas que habían improvisado.

Tras subirlos a bordo, el pesquero dio media vuelta y puso rumbo a Annobón.

Ahora les tocaba intentar rescatar a Carlos y a todas las personas que pudieran, pero sorprendentemente, cuando el pesquero alcanzó el muelle de Annobón, no vieron a ninguna de los cientos de personas que habían dejado en él cuando unas pocas horas antes zarparon hacia Borikai.

La aldea había sido completamente arrasada; los temblores habían derribado la mayor parte de las edificaciones, no había el menor signo de vida... y eso les puso en alerta.

Era de esperar que se encontraran con docenas o incluso cientos de supervivientes buscando a sus familiares entre los escombros y ayudando en las tareas de rescate, pero sin embargo, incomprensiblemente no había el menor rastro de ninguno de ellos.

Era como si todos sus habitantes se hubieran esfumado.

—¡Aquí hay algo!—, alertó uno de los soldados que permanecía de pie ante los restos de un casa.

Barrow y Areces se acercaron hasta él descubriendo un brazo, solamente un brazo, clavado en una estaca y con el dedo índice extendido.

—Espero que su dueño no estuviera vivo cuando se lo cortaron—, dijo Barrow examinando el limpio corte.

—Sí—, asintió Areces —Se lo cortaron de un solo golpe, y debió de hacerlo alguien muy fuerte y con un hacha muy pesada y afilada—

—Estoy totalmente de acuerdo con su apreciación, Areces—, dijo Barrow — Si lo hubieran hecho con un machete, seguramente apreciaríamos varios cortes —

—¿Y quién podría haber hecho algo así?—, preguntó Areces.

—Evidentemente...—, agregó Samanta aproximándose hasta ellos —...

alguien que quería dejar un mensaje—

—¿Un mensaje?—, murmuró Barrow —¿Qué clase de persona clavaría un brazo en una estaca a modo de mensaje?—

—Alguien que quería estar completamente seguro de que quien lo viera, sentiría una morbosa curiosidad y seguiría la dirección a la que está señalando —, respondió Marian mirando hacia el fondo de la calle. —Allí está el otro brazo—, añadió señalando otra macabra indicación mientras se agachaba para examinar el miembro amputado y un gesto de absoluto terror desfiguraba su semblante.

—Yo... yo reconozco este tatuaje ¡¡¡Es el brazo de Lucía!!!—, gritó.

—Mierda...—, musitó Areces con el rostro totalmente lívido.

—¡Pelotón! ¡Desplieguense y disparen a matar contra cualquiera que vaya armado!—, ordenó Barrow haciéndole un gesto al sargento para que le cubriese mientras se acercaba hasta la siguiente señal.

—Este debe ser su otro brazo—, murmuró el sargento.

—Supongo que sí—, reconoció Barrow —Esto es... quien lo haya hecho está completamente loco—

—¿Y si no lo está? ¿Y si la doctora tiene razón y simplemente no es de este mundo?—, inquirió.

—En ese caso, no nos quedará más remedio que devolverlo al infierno del que haya salido ese hijo de puta—, contestó Barrow incorporándose, y mirando hacia donde señalaba el dedo del segundo brazo, añadió con voz queda:

—Dios mío...—

A lo largo de toda la calle se extendía un reguero de miembros amputados clavados en sendas estacas que finalizaba ante los escombros de una casa.

—Creo... creo que es una trampa, capitán—, indicó el sargento.

—Es... es posible, pero tengo curiosidad por saber qué hay allí—, dijo señalando las ruinas, y añadiendo:

—De todas formas será mejor que vayamos usted y yo solos. Si nuestras sospechas se confirman los demás no tienen por qué sufrir las consecuencias de nuestra temeridad ¿no cree, sargento?—

—Yo lo único que creo es que ir no es una buena idea, pero usted manda,

capitán. Si quiere que vayamos... hagámoslo antes de que me cague de miedo

—
Mientras que el resto les cubría desde la retaguardia, Barrow y el sargento se aseguraron de que sus armas estuvieran bien municionadas y comenzaron a caminar. Lentamente. Mirando con aprensión los restos humanos que colocados a intervalos regulares en ambos lados de la calle.

Contrariamente a lo que ambos habían supuesto nadie les atacó, nadie se interpuso en su camino y eso hizo que suspiraran aliviados al detenerse ante las ruinas.

—Supongo que deberíamos entrar—, dijo Barrow señalando lo que parecía ser la entrada de un túnel.

—No cogemos los dos—, apuntó el sargento —Tendremos que gatear uno tras del otro y si nos están esperando... no saldremos enteros de ahí—

Barrow se agachó e iluminó con su linterna el interior.

—Solo se ven escombros, pero estoy seguro de que dentro tiene que haber algo importante. De todas formas reconozco que tiene usted razón—, dijo arrodillándose —Sería una estupidez que ambos nos metiéramos en la boca del lobo sabiendo que no hay espacio suficiente para combatir, así que quédese aquí y asegúrese de cubrirme el culo—, le ordenó

Durante los siguientes minutos ningún sonido brotó del interior del túnel, algo que tranquilizó al sargento ya que, en el caso de que algo o alguien hubiera atacado al capitán, debería de haber escuchado algún sonido del combate o algún grito.

Cuando el sargento vio brillar la luz de la linterna en el interior del túnel, volvió a arrodillarse en la entrada, apuntó con su rifle hacia el interior, y gritó:

—¿Es usted, capitán?—

—¡Sí!—, le respondió este —¡Y no vengo solo!—

Unos segundos después el capitán salió al exterior, alargó la mano para ayudar a salir a su misterioso acompañante y ante la estupefacción general, un hombre salió tras él.

Estaba demacrado, sucio, con la ropa destrozada y cubierta de sangre reseca, pero a pesar de todo ello, ninguno tuvo la menor duda de que se trataba de

Carlos.

Areces y Samanta se arrojaron sobre él, abrazándolo y felicitándole con efusividad mientras que Bibiana y Marian permanecían inmóviles mirándole como si estuvieran viendo a un fantasma.

—¿Cómo... cómo ha logrado sobrevivir?—, musitó Bibiana.

Marian se aproximó hasta su oído y en voz baja, la susurró con tono misterioso:

—¿Estás segura de que lo ha logrado?—

Dos horas después y tras haber registrado en vano toda la aldea en busca de algún superviviente, regresaron al muelle y una vez a bordo del “*Rías Baixas*”, navegaron hasta que fondearon a una distancia prudencial de la isla.

En uno de los camarotes, Samanta, tumbada al lado de Carlos, notaba que el corazón le latía con tanta fuerza que incluso le dolía. Estaba dichosa de haberle recuperado y también de haber compartido con él los pocos momentos dulces que había tenido desde que llegó a Borikai, pero ahora, esos felices instantes le parecían tan lejanos.

Rozó el pelo de su barba con el dedo índice y sonrió. Carlos dormía profundamente. Nadie, ni tan siquiera él mismo, conocía el infierno por el que había tenido que pasar hasta que le encontraron bajo aquellas ruinas. Posó el brazo sobre su vientre y lentamente, apoyó la cabeza en su hombro con cuidado de no rozar el grueso vendaje que le cubría el pecho. Quien se lo hubiera hecho, sin duda había realizado un gran trabajo, porque a pesar de todo el vendaje no se había movido ni lo más mínimo.

Su respiración agitó suavemente su cabello y ella se volvió para depositar sobre sus labios un cálido beso, y susurró:

—Me alegro de que sigas con vida—

—Y yo me alegro de que seas lo primero que vea al despertar—, dijo abriendo los ojos y devolviéndola el beso.

—¿Cómo te encuentras? Estás muy pálido—

—Lo sé. Antes me miré al espejo y me costó reconocirme. Supongo que toda esta locura me está pasando factura. Estoy cansado, muy cansado—, respondió Carlos. —¿He dormido mucho rato?—

—No. Apenas una hora—

—¿Y has estado a mi lado todo el tiempo?—

—Sí. Alguien tiene que cuidarte—

Carlos miró al techo de madera y meditó sobre sus sentimientos. Sentía que amaba a aquella mujer, pero tenía el presentimiento de que su tiempo juntos estaba a punto de finalizar sin realmente haber llegado a empezar.

—¿Qué estás pensando?—, le preguntó ella haciendo un mohín de curiosidad.

—Mejor no quieras saberlo—

—Pero sí quiero. Venga, dímelo—

Carlos tomó aire, suspiró y abrazándola, la dijo en voz baja:

—No me preguntes cómo lo sé, pero algo va a suceder. Algo que nos separará... para siempre—

—No hay nada que pueda volver a separarme de ti—, dijo ella con voz cariñosa —Absolutamente nada—

—Ojalá tengas razón, pero... vamos directos a la boca del lobo y nuestras posibilidades de éxito son bastante reducidas—

—No digas eso—, le reprochó —Barrow dice que tenemos muchas posibilidades—

—Aunque Barrow haya dicho eso, te aseguro que las perspectivas no son muy halagüeñas. Está completamente perdido. No tiene ni la menor idea de hacia dónde vamos—, insistió tragándose las lágrimas.

En aquel momento y a pesar de que tenía la certeza de que para ellos todo estaba perdido, quería demostrar fortaleza y ánimo. Dos cosas de las que estaba bastante escaso

—Cuando lleguemos a tierra firme, las cosas no van a ser fáciles—, añadió girando el rostro hacia ella.

—No creo que eso sea nuevo. Desde que llegamos las cosas nunca han sido fáciles. Recuerda que nos conocimos en una casa encantada—, dijo forzando una sonrisa.

—Es cierto—, respondió abrazándola con más fuerza —No sé qué sucederá, pero pase lo que pase te juro que jamás te olvidaré—

—Eso... eso suena un poco melodramático, pero me gusta—

, reconoció ella —Yo tampoco te olvidaré. Estoy segura de que aunque quisiera, nunca podría hacerlo—

Él la giró haciéndola rodar sobre su cuerpo, la dio un largo beso, y añadió:

—Por si acaso esta fuera la última vez, déjame que te lo diga. Para mí, tú has

sido un oasis en medio del infierno y por ello te amaré siempre, Samanta. Y si lo que el destino nos depara es la muerte, te juro que mi espíritu siempre estará a tu lado, protegiéndote—

Aquellas palabras calaron tan profundamente en el corazón de Samanta que las lágrimas comenzaron a arroyar por sus mejillas.

—No. Yo no quiero que mueras y que tu alma permanezca a mi lado. Quiero que vivas, y quiero que lo hagas conmigo, para siempre. Prométeme que vivirás para hacerlo—

—No puedo prometerte algo que no depende de mí, pero te prometo que haré lo imposible para que volvamos a reunirnos. Y también te prometo que si para conseguirlo he de volver a unir los dos mundos, te juro que lo haré—, dijo volviendo a besarla. Aquella era la única promesa que podía hacerla. Tenía la certeza de que su vida ya había llegado a su final.

Mientras tanto, en la cubierta del barco se estaba celebrando una reunión a la que asistían todos los supervivientes con la lógica excepción de Carlos, quien dado su estado de extremo agotamiento y que debido al shock sufrido aún tenía multitud de lagunas en su memoria, se había quedado en el camarote en compañía de Samanta.

—Damas y caballeros...—, comenzó diciendo Barrow —Les he reunido aquí para intentar aclarar tanto la situación general de lo que está sucediendo, como la nuestra en particular. Para poder valorar correctamente la situación y nuestras futuras decisiones, es necesario determinar con la máxima exactitud posible lo que está sucediendo por lo que voy a exponerles todos aquellos hechos de los que tengo conocimiento y a continuación, ustedes podrán aportar todo lo que crean conveniente.

Como todos saben, el señor Beaumont construyó en Borikai unas instalaciones cuyo uso exacto desconocemos, pero que suponemos debían de haber sido diseñadas para albergar un laboratorio científico que nunca llegó a ponerse en funcionamiento.

Por los relatos del señor Areces y sus acompañantes, sabemos que en la mansión asistieron a hechos que indudablemente podrían ser considerados como “paranormales”. Igualmente, conocemos que tanto la mansión, como el campamento de los trabajadores, fueron atacados por un gran número de

nativos que se encontraban bajo la influencia de una sustancia oscura y pegajosa que impregnaba su piel y, posiblemente, también bajo los efectos de alguna potente droga que anulaba su voluntad. Tenemos fundadas sospechas de que las drogas les fueron suministradas por Juanfra, un joven nativo que valiéndose de su trabajo en la isla organizó el ataque con el objetivo de detener completamente las obras. Pero algo no salió como él había planeado y perdió el control sobre los nativos. Suponemos que el elemento desestabilizador fue la mujer llamada Vanda. Yo mismo vi cómo los nativos la obedecían ciegamente. Todo parece indicar que Vanda, es... es la manifestación de una especie de hechicera vudú que junto con su esposo, también un adepto a esa práctica religiosa, desapareció a mediados del siglo XIX tras haber acabado con la vida de casi todos los habitantes de Borikai.

Por difícil que pueda parecer, las evidencias no dejan lugar a dudas sobre su digamos... “mágico poder”. Es evidente que por algún motivo que desconozco, esa mujer regresó a la vida y lo hizo con una única idea en su mente, arrancar las almas de todos aquellos que estuvieran en la isla... y utilizarlas para abrir lo que los isleños denominaban como “La Puerta del Infierno”. Sin embargo, si hacemos caso a las creencias nativas, en estas islas existe una especie de secta guiada por el tal Juanfra, que con el fin de mantener fuera de nuestro mundo a Vanda, todos los años le ofrecía un sacrificio humano para el que este año había sido elegida la doctora Graña. Debido a la intromisión de “*Beaumont Enterprises*” y a la valiente actuación de todos, este año ese sacrificio no se ha efectuado, pero creo que de una u otra forma eso ha conllevado que esas “Puerta del Infierno” haya comenzado a abrirse. Está claro que las erupciones simultáneas de los volcanes de Annobón y Borikai no han sido una simple casualidad, y tampoco lo ha sido los ataques de los *Nvumbis* o la cruel masacre efectuada por ellos en San Pedro.

Por otro lado, podemos decir que a todos los efectos nos encontramos completamente aislados del resto del mundo por una densa cortina de niebla que ni tan siquiera las señales electrónicas de nuestros equipos de comunicación han logrado atravesar. Además, la duración del día parece haber variado alargándose hasta el punto de que, hasta ahora, desde el último amanecer ya han transcurrido casi cuarenta horas seguidas de luz solar, y a pesar de que dentro del anillo en el que nos encontramos el cielo está completamente despejado, en ningún momento hemos podido vislumbrar el

sol, ni tampoco la estela de un avión. Eso podría indicar que este círculo es en realidad algo así como una especie de vórtice cuántico y que lo que vemos a nuestro alrededor es un mundo entre dos mundos, una mezcla de ambos que en cualquier momento avanzará en una u otra dirección. Sí logramos revertir lo que está sucediendo, es posible que todos logremos regresar a nuestras casas, pero si no lo hacemos... quién sabe con qué infierno tendremos que enfrentarnos y lo que es peor, cuáles serán consecuencias para el resto del planeta—

—¡Si me hubiera dejado ir con Vanda todo esto ya habría terminado!—, le reprochó Marian —Mi compañera Lucía y Nelida, la hermana de Juanfra, me advirtieron de lo que sucedería y...—

—Un momento...—, la interrumpió Areces —¿Nelida? ¿Se refiere a la camarera del hotel?—

—Sí. En cuanto me... me escapé, la recordé. Estoy totalmente segura de que era ella—

—¿Y está completamente segura de que Nelida era su hermana y de que estaba por su propia voluntad con Juanfra?—

—Sí—, respondió Marian con tono firme —Era evidente que ambos estaban de acuerdo—

—Eso explica muchas cosas...—, dijo Areces maldiciendo entre dientes.

—¿A qué se refiere?—, preguntó Bibiana.

—Hace tiempo que estoy al corriente de que uno de mis hombres estaba tonteando con ella. Lo dejé correr porque no soy quien para inmiscuirme en las relaciones amorosas de mis empleados, pero ahora... es evidente que Nelida estaba con él solo para sonsacarle información. De esa forma los *Nvumbis* podían estar al corriente de todos nuestros movimientos y de cuándo y en qué zona estábamos trabajando. Por eso nunca les sorprendimos mientras saboteaban la maquinaria... porque conocían cuándo y cómo podían hacerlo sin arriesgarse a que los descubriéramos—

—Ahora mismo eso es secundario—, apuntó Barrow —Sin embargo, deja patente que había un plan muy elaborado y que forzosamente debía contar con la connivencia de gran parte de los habitantes de la isla—

—¿Y se puede saber qué importa todo eso ahora?—, insistió Marian —Lo

importante es detener a Vanda... y todos sabemos cuál es la única forma de hacerlo—

En ese instante, la puerta que daba a la cubierta se abrió y Samanta y Carlos aparecieron en ella.

—Lamento disentir, doctora—, les interrumpió Carlos, con voz cansada — Pero lo único realmente importante es que ninguno de vosotros tiene ni la menor idea de lo que está diciendo—

Barrow se giró hacia él y evidentemente contrariado por su presencia, dijo:

—Usted no debería estar aquí, Carlos. Será mejor que regrese al camarote y descanse hasta que...—

—¿Hasta que el infierno devore nuestro mundo?—, replicó con tono jocoso — Será mejor que deje usted de decir tonterías y que acepte la realidad, Barrow —

—¿Y según usted, cuál es la realidad?—

—Lo cierto es que son muchas y muy distintas. La primera es que Vanda no quiere a la doctora para nada—, dijo sorprendiéndoles a todos y muy especialmente a Marian.

—El tiempo de la ofrenda ya ha pasado y ahora que está libre de su compromiso, lo único que quiere conseguir de usted es... el crucifijo—

—¿El crucifijo? —, repitió confusa —¿Se refiere al crucifijo que se le cayó a Alberto en mi consulta?—

—Sí—

—¿Y se puede saber para qué lo necesita?—

—En realidad, lo único que quiere es impedir que su esposo se haga con él. Ese era el crucifijo de Diego Muñoz. Su poder reside en él y necesita recuperarlo para poder salir de Annobón, la isla en la que está enterrado. A los dos años de llegar a Borikai, Vanda aprovechó una travesía a Annobón para asesinarle, pero no lo hizo ella misma. Embelesó a su contramaestre haciéndole creer que cuando Muñoz muriera ambos regresarían a España con el tesoro, así que en cuanto atracaron en la cala en donde encontraron el crucifijo, el contramaestre le apuñaló por la espalda, regresó a Borikai en un bote de vela y en cuanto llegó y se reunió con Vanda, esta montó en cólera. Había acabado con él, pero había regresado solo y sin el cuerpo de su marido.

Vanda no podía creer que su amante hubiera sido tan estúpido. Todos sabían que el crucifijo que siempre llevaba colgado en el pecho era algo más que un talismán; era la fuente de su poder, de su magia, y mientras que permaneciera en contacto con su cuerpo, Muñoz no podía morir o mejor dicho, podía hacerlo, pero una noche al año regresaría a la vida y Vanda sabía muy bien cuál sería la prioridad de Muñoz. Estaba segura de que no descansaría hasta encontrarla y que cuando lo hiciera, no se conformaría con matarla, sino que la torturaría de formas horriblemente inimaginables y que además... lo haría eternamente. Así que le ordenó a su amante que regresara al lugar en el que había dejado su cadáver, cogiera el crucifijo, le arrancara el corazón y que tras despedazar su cuerpo enterrara los restos por toda la isla. Pero tenía que hacerlo antes del anochecer ya que a medianoche regresaría del mundo de los muertos y entonces ya no podrían escapar de su ira. El contramaestre, hechizado por su belleza, la obedeció ciegamente así que regresó a Annobón, se dirigió a la cala y al llegar, se encontró con que alguien se le había adelantado. Un hechicero venido desde el continente y varias docenas de guerreros habían incendiado el barco con el cadáver de Muñoz en su interior y al reconocerle como uno de los hombres de Muñoz, le descuartizaron y después navegaron hasta Borikai en busca de Vanda. Pero esta les había visto venir y se había preparado para recibirles. Les dio un ungüento a todos sus hombres que les convirtió en seres sin voluntad, y les encomendó que acabaran con sus enemigos. Fue una batalla cruel como pocas, pero los guerreros del hechicero salieron victoriosos, acorralaron a Vanda en una gruta y el hechicero, les ordenó cegar la entrada con grandes piedras a las que lanzó un hechizo que la confinaría para siempre en su interior. Sin embargo cometió un error. No contó con que el poder de Vanda era muy superior a lo que él creía y medio siglo después, ella se fue haciendo más fuerte mientras que el hechizo comenzaba a debilitarse. Entonces, los descendientes de los *Banuts* decidieron que lo único que podían hacer para mantenerla confinada era ofrecerle un sacrificio anual, y continuaron haciéndolo año tras años, sin darse cuenta de que en realidad, con cada sacrificio Vanda se volvía más y más fuerte hasta que finalmente, hace unos días y con la inestimable ayuda de la estupidez de los trabajadores que intentaron derribar el muro, Vanda se vio libre. Libre de su oscuro cautiverio, pero eso sí... aún confinada en la isla. No podía abandonarla hasta estar segura de que su esposo no regresaría del inframundo a por ella, así que cuando vio a los guerreros asesinando a los

trabajadores que habían derribado parte del muro, les convirtió en sus servidores y les envió en busca del crucifijo, y como este se encontraba en poder de Marian, han atacado todos los lugares en los que ella ha estado, el campamento de los trabajadores, la mansión, El Cubo...—

—¿Me... me estás diciendo que han asesinado a todos los habitantes de la isla por mi culpa?—

—No, eso no lo hizo ni Vanda, ni sus *Nvumbis*. Eso ha sido obra de Muñoz. Solo de él—

—¿Muñoz? ¿Es que está... vivo?—

—Estar, está... pero no sé yo si “vivo” es la definición más adecuada para su actual estado. Lo que sí sé, seguro, es que arde en deseos de ir en busca de su “amada esposa” y que no podrá hacerlo hasta que no posea el crucifijo—

—¿Y eso?—

—Imagino que por seguridad. El poder de Vanda aumenta cada vez que se apodera de una nueva alma y...—

—Y el de Muñoz supongo que también ¿Me equivoco?—, intervino Samanta.

—Supongo que... sí...—, dudó Carlos.

—Pues en ese caso tenemos un problema muy serio porque, ahora mismo, Muñoz tiene alrededor de un millar de almas más que ayer—

—Cierto... no había caído en ello—, reconoció Carlos, pensativo —¿Y si en realidad, lo que pretende Muñoz no es lo que ha dicho? ¿Y si necesita el hacerse con el crucifijo por otro motivo?—

—¿Por ejemplo?—

—Si el crucifijo era lo que le otorgaba la “vida eterna”, es posible que al arrancarlo del lugar en el que reposaban sus restos... se esté muriendo—

—O quizás...—, intervino Marian —... no pueda abandonar la isla sin él—

—Hay tantas posibilidades como teorías podemos formular—, reconoció Barrow —Pero lo que sabemos con certeza es que lo necesita, y el que lo tengamos nos otorga una ventaja que hasta ahora desconocíamos tener—

—Solo nos queda saber cómo usarla en vuestro favor—, dijo Areces.

—Eso es muy fácil de averiguar—, se apresuró a responder Marian — Preguntémoselo directamente a él—

—¿Estás sugiriendo que busquemos a ese monstruo?—, preguntó Bibiana.

—Sí. Pero no tendremos que buscarlo. Si de verdad está ligado al crucifijo, será él quien venga a por mí—

—Pues si tenemos el cebo, solo nos queda buscar un lugar en el que tenderle una trampa—

—Conozco el lugar perfecto para hacerlo—, contestó Marian con una amplia sonrisa —La cala en la que lo asesinaron—

—De acuerdo—, dijo Barrow —Pero antes de ponernos en marcha... dígame, Carlos ¿Cómo se ha enterado usted de esa historia que tan precisamente nos acaba de relatar?—

Carlos se encogió de hombros, y contestó:

—Le juro que no tengo ni la menor idea. Simplemente... lo sé, pero desconozco cómo, cuándo o en dónde lo he oído—, respondió dándose cuenta de que Marian había fijado sus ojos en los de él y le miraba como si estuviera escrutando su alma. En el momento en que Carlos le devolvió la mirada con la misma intensidad, un súbito brillo en los ojos de Marian le reveló que ella lo sabía... todo.

Capítulo 22. El pesquero.

—Aparentemente, está desierta—, dijo el sargento pasándole los prismáticos a Barrow —Pero será mejor que no nos confiemos. Según la doctora, el primer ataque directo a un trabajador ocurrió entre las palmeras que bordean la playa—

—Así es—, asintió Barrow —La víctima fue precisamente el hombre que encontró el crucifijo, pero hay algo que no acabo de entender—, añadió pensativo. —Hasta ese instante, aparte de los pequeños sabotajes en Borikai, no habían ocurrido incidentes importantes—

—¿Y qué me dice de las desapariciones?—

—Está claro que eran responsabilidad de Juanfra y sus acólitos, pero según mis informes, a Alberto, el trabajador agredido, le atacó una joven que le arrancó varios dedos de un mordisco y le contagió un virus desconocido. A Areces y el resto de sus compañeros les dijeron que le habían llevado a un hospital de España, pero en realidad le hicieron desaparecer y se lo llevaron a uno de los centros de investigación que Beaumont tiene en el Caribe. Sus científicos querían estudiar el virus, pero la cosa no salió como esperaban, alguien se saltó el protocolo de seguridad y... el resto ya lo conoces—

—Sí. Lo hicimos saltar por los aires para evitar la propagación—

—Y justo después, el cabrón de Beaumont nos envió a esta isla para solucionar otro problema. Recuerdo que me dijo que se trataba de un “problema menor”... “nada peligroso”. Solo teníamos que limpiar la isla de nativos contrarios a las obras, ayudarle a evacuar de ella a unas cuantas personas asustadas, y custodiar algo muy valioso, pero en cuanto llegamos, las órdenes cambiaron radicalmente. Limpiar” se convirtió en asesinar, evacuar en hacer desaparecer y custodiar algo valioso, en capturar a una hechicera vudú de casi doscientos años—

—Y cuando Beaumont se percató de que las cosas se habían descontrolado, desapareció con todos los helicópteros. Nos abandonó sabiendo que moriríamos. Ese maldito hijo de puta no quería dejar testigos del desastre—, masculló el sargento. —Me alegra saber que no se salió con la suya. Me habría encantado ver su cara al darse cuenta de que iba a morir antes que

nosotros—

—Y a mí también. El mundo ha ganado con su muerte—, dijo mientras que Juan, en el puente de mando del barco, maniobraba para fondear el pesquero frente a la cala y todos volvían a reunirse en la cubierta.

—Hemos llegado a nuestro destino. Ahora, mis hombres y yo utilizaremos la *Zodiak* y desembarcaremos los primeros para asegurar la zona. En cuanto comprobemos que no hay peligro inmediato, uno de mis hombres regresará con la lancha y todos, con la excepción del patrón del barco, serán trasladados hasta la cala. Una vez allí, la doctora se situará en medio de la playa mientras que los demás tomaremos posiciones entre las rocas y la zona Oeste de la cala. Nos esconderemos y aguardaremos a que... algo suceda. Según la doctora, Muñoz y el crucifijo están interconectados, así que podría aparecer en cualquier momento. Incluso es posible que ya haya notado la cercanía del crucifijo y que ahora mismo esté dirigiéndose hacia nosotros por lo que deberemos estar alerta y preparados para atraparle en cuanto aparezca—

—La verdad es que yo todavía no tengo demasiado claro cómo vamos a hacer para capturarlo—, dudó Areces.

—Si es corpóreo, si tiene un cuerpo físico al que golpear y atar, fijo que podremos hacerlo—, aseguró Barrow.

—Cuando aparezca y llegue a una distancia prudencial de la doctora, le dispararemos a las piernas para inmovilizarlo y a continuación, solamente tendremos que atarlo, trasladarlo al barco y sacarle la información que necesitamos—

—Es decir... cómo destruir a Vanda—, apuntó Samanta

—Exacto—

—Y después de hacerlo ¿qué se supone que haremos con él?—, quiso saber Bibiana.

—Los muertos no deben caminar con los vivos, así que le devolveremos al lugar en el que tiene que estar. El infierno—, finalizó Barrow.

En cuanto Barrow y su pelotón desembarcaron, procedieron a inspeccionar los alrededores y a continuación, el sargento y otros tres hombres se situaron en el linde de la selva, ocultos tras la vegetación mientras que Barrow y los dos

hombres restantes se ocultaban entre las rocas. El último soldado fue el encargado de llevar la lancha hasta el pesquero y trasladar a Areces, Bibiana, Samanta, Carlos y Marian hasta la playa.

Una vez allí, Marian se situó en el centro mientras que los demás, siguiendo las órdenes de Barrow, se escondían entre las rocas y aguardaban la llegada de su presa.

Pero una interminable hora después nada había sucedido. Nadie había aparecido y eso hizo que las esperanzas de capturar a Muñoz comenzaran a esfumarse.

—Quizás Muñoz no aparezca—, le susurró Bibiana a Areces.

—Tiene toda la pinta—, respondió este observando con tristeza a Marian quien, cansada de esperar, llevaba un buen rato sentada sobre la arena de espaldas al mar. —Si de verdad estuviese ligado al crucifijo ya habría venido a recuperarlo—, añadió.

—A lo mejor sabe que le hemos tendido una trampa—, sugirió Samanta. —Es posible que nos haya visto llegar, o incluso que alguno de esos *Nvumbis* le haya alertado—

—Ya os he dicho que por aquí no hay *Nvumbis*...—, apuntó Carlos. —Es Vanda quien los controla, y ella no puede salir de Borikai. Muñoz trabaja solo—

—Pues en ese caso, a lo mejor tendríamos que ir nosotros a buscarle—, sugirió Samanta.

—Es probable que esa sea la peor idea que he escuchado en toda mi vida—, afirmó Areces. —Salir a campo abierto y exponernos a un enemigo tan poderoso, es lo mismo que arrojar desde un avión con la esperanza de caer sobre un único montón de paja que amortigüe el impacto—

—¿Y se puede saber qué es lo que tú propones que hagamos? ¿Quieres que sigamos agazapados entre estas rocas hasta que suba la marea?—

—¡Basta!—, les cortó Barrow acercándose hasta ellos —¡Guarden silencio! ¿Es que no se dan cuenta de que el enemigo podría estar vigilándonos?—

—¿Qué enemigo?—, protestó Bibiana —Aquí no hay nadie más aparte de nosotros—

—He dicho que permanezcan en silencio—, repitió el capitán con voz autoritaria. —Aguardaremos durante otros quince minutos y si no aparece... tendremos que recorrer la isla hasta encontrarle—

Pero quince minutos después nadie había aparecido por la cala y con evidente desánimo, Barrow ordenó el cese de la emboscada y, maldiciendo la mala suerte que habían tenido, comenzó a caminar de mala gana en dirección a la doctora acompañado por sus dos soldados y el grupo de civiles.

—Ya está, doctora. Se acabó esta pérdida de tiempo—, dijo ayudándola a incorporarse.

—¿Ya? ¿No deberíamos esperar un poco más?—, refunfuñó ella.

—Sería inútil hacerlo. Si no ha venido es porque no ha “presentido” la cercanía del crucifijo. Lo siento, pero mucho me temo que la teoría sobre la importancia de este se acaba de desmoronar por completo—

—¡No!—, insistió soltando su mano con brusquedad —¡Estoy convencida de que el crucifijo es muy importante para él! ¡Deberíamos tener paciencia y aguardar a que aparezca—, continuó insistiendo.

—¡Ya la he dicho que sería inútil!—, bramó Barrow exasperado por su tozudez. —¡Además, ya hemos perdido un tiempo preciosos y no estoy dispuesto a permanecer sentado ni un minuto más! ¡Se acabó eso de esperar a que aparezca! ¡Iremos a por él!—, y girándose hacia uno de sus hombres, bramó:

—¿¿Dónde coño está el sargento y sus hombres?! ¡¿Es que todavía no se ha dado cuenta de que todo ha terminado?!—, gritó haciendo señales hacia la jungla y gritando:

—¡Salgan todos de una puta vez!—

Pero la jungla permaneció en silencio, ninguno de sus hombres salió de entre la maleza y no tardaron en averiguar el porqué. Los cuatro habían sido decapitados en sus puestos de tirador y quien lo hubiera hecho, había sido lo suficientemente hábil y silencioso como para acabar con cuatro soldados profesionales sin que ninguno de ellos tuviera tiempo para defenderse o sin que pudieran emitir ni un solo grito.

—Deberíamos enterrarlos—, sugirió Areces.

—No hay tiempo para hacerlo—, respondió Barrow con la voz quebrada — Tenemos una misión que cumplir. Hemos de localizar a Muñoz y acabar con él y con Vanda antes de que muera más gente... y además, ellos eran buenos profesionales y lo comprenderían—

—Eso ya lo sé, pero de todas formas... viendo lo confusa que es la línea entre la vida y la muerte, no creo que esté de más hacerlo, capitán—

—¿Es que acaso cree que podrían regresar a la vida? ¿Sin cabeza? Permítame que lo dude. Han muerto... para siempre y lo cierto es que en parte me alegro de que haya sido así. Ninguno de ellos se enteró de lo que sucedía. No creo que nosotros tengamos tanta suerte cuando nos toque—

Tras volver a bordo del pesquero e informar al patrón de lo que había sucedido en tierra, este puso rumbo a San Pedro mientras que Barrow se encerraba en el camarote con la única compañía de una botella de Whisky.

Arriba en la cubierta, Carlos, apoyado en la barandilla de babor contemplaba la línea de costa mientras que la quilla cortaba las suaves olas. Le había rogado a Samanta que le dejara a solas un buen rato. Tenía que pensar en tantas cosas que...

—Hola...—, sonó la voz de Marian interrumpiendo sus pensamientos.

—Ah... es usted. Hola, doctora—, respondió evitando mirarla directamente.

—¿Qué haces aquí tan solo? ¿Por qué no estás con samanta?—

—Necesito... pensar en todo lo que está pasando. Lo que les ha sucedido a esos hombres... no contaba con ello—

—¿Es que acaso te sientes culpable de sus muertes?—

—No—, respondió sin dudar —Su muerte no ha tenido nada que ver conmigo...—

—¿Estás completamente seguro de eso, Carlos? ¿De verdad lo estás?—

—¿Qué está insinuando?—, inquirió él, con tono grave.

—¿Por qué no me miras? ¿Acaso temes que lo que puedas ver en mí te recuerde a lo que tú eras?—

—Será mejor que beba un poco de agua y descanse, doctora. Está comenzando a desvariar—, respondió girándose para alejarse.

—¡No, Carlos! ¡Mírame! ¡Atrévete a hacerlo!—, le exigió con voz firme —
¡Mírame y dime qué es lo que ves!—

Carlos, se giró muy lentamente hacia ella y fijó la mirada en sus ojos. Estaban cansados, pero mantenían un brillo de decisión que le provocó una aguda punzada en el pecho.

—Ya la estoy mirando, doctora. ¿Y ahora qué?—

—¿Te duele, verdad?—

—No sé a qué se refiere—

—El pecho. Te duele el pecho—

—Es por el cansancio, los nervios, y por una “insignificancia” de costilla rota. ¿Es que no le parecen suficientes motivos?—

—Sabes de sobra que no es por eso, Carlos. Y yo también lo sé—

—¡Ya basta! ¡Déjeme en paz, chiflada!—, gritó apartándola de su lado con un violento empujón que la lanzó al suelo.

—¡Se puede saber qué coño te pasa!—, le reprocho Areces corriendo a interponerse entre ambos. —¿Es que te has vuelto completamente loco?—

—¡Es culpa de ella! ¡Esa loca ha empezado a decir que las muertes de la playa eran culpa mía!—

—¡Y lo son!—, dijo ella levantándose, y tras abrirle la camisa, le arrancó el vendaje con brusquedad, y añadió:

—¡Tú pudiste evitarlas porque sabías que Muñoz estaba aguardándonos! ¡Tú presentiste su presencia!—, le acusó mientras señalaba hacia un oscuro círculo de unos quince centímetros de diámetro situado en el pecho de Carlos, y añadía:

—¡Solo los que pertenecéis a este mundo podéis hacerlo! ¡Los vivos no pueden hacerlo, pero tú sí puedes! ¿Dime Carlos ¿Por qué tú si puedes?—

Apenas vio la herida, Areces recordó la del hombre que habían encontrado en la mansión sobre la mesa de la cocina. Las dos eran prácticamente idénticas, así que terriblemente asustado, retrocedió unos pasos y con las manos temblorosas empuñó su pistola y apuntándole a la cabeza, le preguntó:

—¿Qué... qué coño significa eso, Carlos? ¿Qué es esa marca y qué quiere decir la doctora con eso de que estás muerto?—

Carlos bajó la mirada y se acarició la marca con la mano derecha. Apoyó el dedo índice sobre ella y muy lentamente, comenzó a hundirlo en su interior sin apenas encontrar oposición.

—Aquí estaba mi corazón... pero ya no está...—, murmuró.

—¡Eres uno de ellos! ¡Eres un puto *Nvumbi*! —, exclamó Areces horrorizado al tiempo que los dos soldados alzaban sus armas hacia Carlos y Bibiana gritaba llamando a Samanta.

—Lo siento...—, continuó murmurando, Carlos —Yo... no sé cómo pasó. Solo sé que me escondí en un agujero y que no salí hasta que Barrow me sacó de él. Os había oído llegar, pero...—

—¡Al suelo! ¡Arrodílese ahora mismo y ponga las manos en la cabeza!—, le ordenó uno de los soldados, pero Carlos pareció no escucharle y continuó hablando:

—Yo no quería salir. Yo ya no era como vosotros... pero tampoco sabía qué clase de criatura era. La verdad es que tampoco ahora lo sé. Pero quiero... quiero ser humano... pero no lo soy...—

—¡Le he ordenado que se arrodille!—, insistió el soldado aproximando el rifle a un par de metros de su cabeza.

—Lo siento... no pude... no pude escapar. Sé que él tiene mi corazón, pero no mi alma. Espero que logréis derrotarle...—

—¡Explícate!—, gritó Areces al mismo tiempo que Samanta aparecía en la cubierta y corría hacia él.

—¡No! ¡No se acerqué a él!—, la ordenó un soldado frenándola con el brazo

—¡Es uno de ellos!—

—¿Cómo que es uno de ellos? ¡Es que se han vuelto locos? ¿Es que no ven que es Carlos?—, intentó explicar ella.

—¡¡¡Qué coño está pasando aquí!!!—, bramó entonces Barrow apareciendo en la cubierta con su pistola en una mano y la botella de whisky en la otra —¡¿Se puede saber por qué cojones estáis apuntando a Carlos?!—

—¡Está muerto, capitán! ¡Es uno de ellos! ¡Un *Nvumbi*!—

—¡No me jodas con eso!—, respondió Barrow acercándose a Carlos —Venga. Explícame por qué coño te han confundido con un...—, su voz se quebró súbitamente al ver la mano derecha de Carlos hundida en la marca de su

pecho.

—Lo siento, capitán... —, y sacando la mano de la herida, la alargó hacia Samanta intentando alcanzar la mano que ella le tendía.

—Yo también lo siento, amigo...—, respondió Barrow a la vez que apretaba el gatillo dos veces seguidas y el impacto de las balas lanzaba su cuerpo hacia atrás provocando que cayera al mar.

En ese instante a Samanta se le partió el corazón; las fuerzas le fallaron, sus rodillas se doblaron y cayó al suelo con las manos apoyadas sobre la cubierta de madera mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas y repetía incesantemente el nombre de su amado.

—¡¡¡Maldito sádico!!!—, le increpó Marian mirándole con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que este acababa de hacer. —¿Es que no se da cuenta de que le necesitábamos?! ¡Carlos no era un peligro! ¡Era nuestra única esperanza!—

—¡¡¡Cállese!!!—, intervino Areces al ver la gélida mirada del capitán —¡Fue usted misma quien le descubrió, así que ahora no me venga con esas!—

—¡Imbécil! ¡Yo no pretendía descubrirle! ¡Yo solamente quería que él aceptara lo que era!—

—¡Pues mire a dónde le ha llevado su magnífica idea! ¡Joder! ¡Carlos era un buen tipo! ¡Incluso muerto lo era!—, replicó Areces con la cara roja por la ira.

—¡Ya basta!—, ordenó Barrow —Si de verdad los *Nvumbis* o Muñoz son capaces de sentir su presencia, es obvio que no podíamos mantenerlo a nuestro lado porque nos delataría... aunque no quisiera hacerlo. Siendo realistas, hemos de asumir que su compañía equivalía a llevar un rótulo luminoso sobre nuestras cabezas—, finalizó.

—¡Pero él sabía cosas! ¡Cosas que ni tan siquiera él mismo era consciente de que conocía! ¡Podríamos haberle ayudado a recordarlas y entonces... entonces sabríamos tanto como ellos! ¡Conoceríamos su mundo!—

—¡¡¡He dicho que basta!!!—, gritó Barrow arrojando la botella contra la pared del puente y apuntando con su pistola a Marian.

—¡Si vuelvo a escuchar una sola palabra más salir de su boca, la mandaré al fondo del mar para que le haga compañía a su amigo! ¡¿Está claro?!—

—Será mejor que se tranquilice, capitán—, medió Areces en un intento por calmar los exaltados ánimos —Lo ocurrido con Carlos ha sido algo desafortunado e inesperado, pero ya está hecho y hemos de seguir avanzando. Tenemos que centrarnos exclusivamente en capturar a Muñoz y...—, un grito de sorpresa procedente de la proa cortó su intervención e hizo que todos dirigieran la mirada hacia la persona que lo había lanzado; Bibiana. La joven estaba señalando hacia un hombre que, con expresión hosca, les observaba desde las rocas de la cercana costa al mismo tiempo que varios nativos sacaban del mar el cadáver de Carlos.

Al imaginar los horrores que estaban a punto de cometer con él, Samanta emitió un quejido y se desmayó mientras que el resto de sus compañeros observaban boquiabiertos la escena. Todos sospechaban lo que estaba a punto de suceder. Los *Nvumbis* habían encontrado una presa.

Capítulo 23. El desembarco.

—Esta es la segunda vez que te ayudo y te aseguro que no volveré a hacerlo —, fueron las primeras palabras que escuchó al comenzar a salir de la oscuridad en la que estaba sumergida su mente.

—Estoy muy decepcionado contigo—, continuó —No has cumplido con el encargo que te hice y eso es malo para los dos—

—¿Malo para los dos?—, repitió Carlos abriendo los ojos y mirando directamente a Beaumont —Que yo sepa es a mí a quien han disparado...—

—Y yo acabo de gastar las últimas “Lágrimas de San Gabriel” que me quedaban para que no parezcas un cadáver agujereado. Empiezo a pensar que me equivoqué al salvarte cuando la clínica se derrumbó sobre ti—

—Quizás tengas razón...—, respondió incorporando el torso y apoyándose en las manos —... pero no ha sido culpa mía. Marian no se separó ni por un solo instante del crucifijo, y Barrow tampoco se separó de ella. El único momento en el que lo hizo fue cuando pusimos rumbo a San Pedro. Por un momento pensé que podría aprovechar la ocasión para quitárselo, pero... fue justo entonces cuando ella me descubrió y... todo se torció—

—¿Y por qué no hiciste lo mismo? Podrías haberles dicho a todos que ella también era como tú—

—No pude hacerlo. No tuve el valor que tuvo ella. No podía decirle que también estaba... como nosotros. Además, si lo hubiera hecho ambos habríamos terminado igual o posiblemente peor. Yo tuve la suerte de que Barrow estaba allí y de que fue el quien me disparó, pero si llega a tardar un minuto más, estoy convencido de que los soldados me habrían reventado la cabeza... y para eso no hay remedio posible—

—Si mi plan no sale bien nada de todo eso importará, así que confiemos en que Barrow logre alcanzar Borikai sin que Muñoz logre hacerse con el crucifijo. Si consigue alcanzar a Vanda... será su fin y el de todos nosotros—

—Y hablando del demonio ¿Dónde está Muñoz?—

—Sigue reuniendo a sus huestes. Ahora se encuentra en la aldea situada al sur de la isla. Los últimos supervivientes se habían reunido en ella a la espera de que les llegara ayuda desde el continente... pobres desgraciados. A estas alturas ya debe de haber acabado con todos. Cuando caiga la noche, unos dos

mil muertos regresarán a la vida como *Nvumbis*, seres sin alma que obedecerán sus instrucciones sin titubear. Incluso arrojarse al interior del volcán—

—¿Y qué pasará cuando lo hagan?—

—Que Muñoz habrá cumplido su parte del trato. Para regresar a la vida, tanto él, como Vanda necesitan reunir dos mil almas y cuando Muñoz lo haya conseguido, Belcebú le devolverá la suya. Sin el crucifijo, esa es la única forma que tiene de abandonar la isla para ir a por ella—

—¿Y si Vanda consigue hacerse con el crucifijo antes de que Muñoz logre su objetivo?—

—Esperemos que tal cosa no llegue a suceder. Si Vanda consigue el crucifijo solamente tendrá que arrojarlo al volcán de Borikai para deshacerse para siempre de Muñoz. Saber que él la persigue es lo único que la retiene en Borikai, pero en cuanto su única amenaza haya desaparecido... será libre para sembrar el caos por todo el planeta—

—Pues en ese caso...—, dijo Carlos poniéndose en pie —Será mejor que no perdamos el tiempo. ¿Por dónde empezamos? —, preguntó estirando los brazos para desentumecerse.

—Tú y yo iremos hasta San Pedro y una vez allí intentaremos contactar con la doctora para que nos lo entregue por su propia voluntad—

—¿Y si no quiere hacerlo?—

—En realidad, que ella quiera o no, tampoco es tan importante. Nos lo llevaremos igualmente—

—¿Y qué hay de Barrow y de los demás? El capitán no ha olvidado que usted les abandonó cuando los *Nvumbis* asaltaron la Fase Uno; y puede estar seguro de que en cuanto le vea aparecer con vida, le pagará su traición, matándole—

—Lamentablemente... era lo único que podía hacer. No podía permitir que Vanda pusiera en peligro todo aquello por lo que he luchado desde que... desde que un hombre me dio una nueva oportunidad. Una oportunidad para redimirme, para purgar mis malas acciones. Desde aquél instante he empeñado mi vida y mis recursos en una larga búsqueda que nos ha llevado hasta este preciso momento, y te aseguro que no voy a permitir que nadie se interponga en mi camino—

—¿Y si lo hacen?—

—En ese caso... tendrán que morir—

—¿De verdad?—, dijo Carlos negando con la cabeza —¿Sería capaz de acabar con todos ellos para obtener lo que quiere? —

—La respuesta a tu pregunta se encuentra implícita en la consecución de nuestro objetivo. Si fracasamos, el mundo entero sucumbirá bajo las garras del mal y toda la humanidad vivirá un horror perpetuo. Nuestro destino es impedir que tal cosa suceda. Siempre es mejor sacrificar a unos pocos para impedir el sufrimiento de muchos, y en este caso, esos muchos también les incluye a ellos mismos. Seguro que si conocieran el dantesco futuro que les aguarda se pondrían de nuestro lado y no dudarían en sacrificarse—

—¿Y si tan seguro está de que lo harían... por qué no les contamos la verdad? ¿Por qué en vez de matarles no les damos la oportunidad de sacrificarse por sus semejantes?—

—Porque aún son demasiado humanos. Su instinto es sobrevivir y no aceptarían convertirse en mártires—

—Ahí se equivoca, Beaumont. Yo les conozco mucho mejor que usted y estoy convencido de que si supieran la verdad, todos ellos lucharían a nuestro lado —

—¿De verdad crees que se unirían al bando de los muertos? No, no lo harían. Son incapaces de discernir entre los que luchamos en un bando y los que lo hacen en el otro. Para ellos, todos somos la misma cosa, zombis que quieren acabar con ellos. Nos temen tanto que no pueden aceptar que, aunque de distinta forma, ambos seguimos viviendo y luchando por un objetivo común—

—Quizás, si les contáramos que este ya no es su mundo, acabarían por entenderlo—

—¿Y cómo explicarles que la puerta que se ha abierto entre Annobón y Borikai no es su mundo? ¿Cómo convencerles de que más allá de la niebla se extiende un infinito páramo desolado plagado de criaturas infernales? ¿Cómo convencerles de que este es nuestro mundo y de que ellos son tan solo una molesta anomalía?—

—Mostrándoles la realidad—, dijo Carlos —Dejemos que sean ellos mismos quienes lo descubran—

—¿Estás insinuando que deberíamos llevarles más allá de la niebla? No, de ninguna manera—, negó Beaumont —Si lo hacemos jamás podrán regresar al mundo de los vivos—

—Pero si lo hacemos, se convencerían y lucharían a nuestro lado—

—Y eso les costaría sus almas—

—No veo porqué. Nosotros aún conservamos las nuestras—

—¿En serio crees que todavía estás en posesión de tu alma? Siento ser yo quien te lo diga, amigo, pero nuestras almas ya no nos pertenecen. Se encuentran suspendidas en un lugar inalcanzable para nosotros; aguardan que nuestras decisiones las conduzcan a uno u otro lado—

—¿Pero...? Yo todavía tengo sentimientos. A pesar de todo... continuó sintiéndome humano—

—No será por mucho tiempo. Cuando todo esto finalice y nuestras almas pongan rumbo al destino que nuestras acciones les hayan deparado, la simple envoltura que ahora somos cambiará, y si fracasamos, cuando eso ocurra te aseguro que será mejor para ellos que no se crucen en nuestro camino—, y haciéndole un gesto con la mano, añadió:

—Ahora, será mejor que nos pongamos en marcha. Nos aguarda nuestro destino, y la parte final de nuestro viaje no será precisamente un agradable paseo—

Mientras caminaban por la carretera que llevaba a San Pedro, Beaumont miró de reojo a Carlos y por un instante, estuvo a punto de contarle toda la verdad, pero sacando fuerzas de flaqueza, se contuvo y continuó en silencio. De nada habría servido decirle que ningún vivo puede entrar en el mundo de los muertos y regresar. La batalla se avecinaba y necesitaba que Carlos viera una oportunidad para que no desfalleciera.

Annobón. Puerto de San Pedro.

Con el pesquero amarrado al muelle, todos los supervivientes, a excepción del patrón del barco decidieron bajar a tierra para registrar la aldea en busca de Muñoz.

Ninguno de ellos tenía ni la menor idea de qué harían cuando lo encontrasen, pero estaban convencidos de que hacerlo era la única esperanza que les quedaba de poder regresar a sus vidas.

Con Barrow y Marian al frente, el cada vez menos numeroso grupo de supervivientes se puso en marcha. De vez en cuando, tras apenas haber

caminado un centenar de metros, Marian se detenía, cerraba los ojos y permanecía en completo silencio durante varios minutos hasta que, repentinamente, volvía a abrirlos, señalaba en una dirección y comenzaba a caminar con el resto siguiéndola muy de cerca.

—Me pregunto...—, murmuró Bibiana a Samanta —... cómo sabe a dónde ha de ir—

—Dudo que lo sepa—, respondió ella —Esa zorra no tiene ni la menor idea de lo que está haciendo. Deberíamos quitarle el crucifijo y regresar a Borikai antes de que sea demasiado tarde—

—¿Qué quieres decir con eso?—

—Que nos conduce directamente a la muerte—

—¿Es que acaso no crees que debemos buscar a Muñoz?—

—Lo que yo creo es que si le encontramos nada de lo que hayamos hecho hasta ahora habrá servido para nada. Acabará con todos nosotros tan fácilmente como hizo con los soldados de la cala—

—Pero ella tiene el crucifijo...—

—Pues por eso mismo lo digo ¿No te resulta extraño que ella lo haya tenido siempre en su poder y que no haya querido utilizarlo hasta...?—, en ese momento, un hombre surgió de detrás de un montón de escombros y se lanzó hacia ellos.

Barrow alzó su arma y durante una fracción de segundo, examinó al hombre. Se trataba de un nativo con barba de varios días, vestido con un corto pantalón azul marino y una guerrera de camuflaje. A pesar de que parecía débil y demacrado, sus ojos, inyectados en sangre, brillaban como los de un gato a la luz de unos faros. Un segundo después, una ráfaga de disparos procedente del arma de uno de los soldados acabó con sus sesos esparcidos por el suelo.

—¡Será mejor que estén alerta y mantengan sus armas listas para disparar! Ahora, Muñoz ya sabe que estamos aquí—, les advirtió Barrow.

Al torcer por la siguiente callejuela, descubrieron una extraña escena. Alguien se había tomado la molestia de despejar de restos un círculo de diez metros de diámetro en el centro de la calle y había colocado en él, una mesa circular con una nota de papel sujeta con una colorida maceta.

—¿Cree que será una trampa, capitán?—

—Si lo es... habremos caído en la trampa más estúpida de la historia, pero por si acaso, ustedes dos tomen posiciones a ambos lados y cúbrannos—, respondió adelantándose en compañía de Marian mientras que Areces, Bibiana y Samanta se quedaban en la retaguardia vigilando a su alrededor.

Cuando alcanzaron la mesa, ambos miraron a su alrededor intentado descubrir cualquier señal de alerta. Unos segundos después, Barrow levantó cuidadosamente la maceta, sacó la nota y tras echarla un rápido vistazo se la pasó a Marian diciendo:

—Está en español, pero no entiendo esa letra ¿Puede usted leerla?—

—Sí, por supuesto—, respondió ella entrecerrando los ojos para analizarla — Es curioso—, murmuró mirándola con extrañeza —Esta cuidada caligrafía es típica de personas mayores, de las que tomaban apuntes a mano y no tecleando en el portátil o dictando notas de voz—

—Entendido, ¿pero qué dice?—

—Es una especie de advertencia que viene acompañada de unas instrucciones. Dice así:

“Hola.

Lamento contactar con ustedes de esta forma, pero es la única que se me ha ocurrido, o al menos la única en la que podía contactar con ustedes sin temor a que me disparasen.

Sé que se encuentran buscando a Muñoz y el motivo por el cual lo están haciendo, pero están errados. No pueden capturarlo y si él les encuentra, estén seguros de que les matará como ya ha hecho con casi todos los habitantes de la isla. Necesita dos mil almas para poder escapar de ella y ya le queda muy poco para reunirlos.

La buena noticia es que para acabar con Vanda no necesitan enfrentarse a él. Solo tienen que dejar el crucifijo sobre esta mesa, regresar todo lo rápidamente que puedan a su barco y aguardar a que él lo coja. En cuando lo haga, estará libre del hechizo y podrá regresar a Borikai para vengar su muerte. Cuando acabe con Vanda todo volverá a la normalidad, pero para que lo consiga es necesario que ella no se haga ni con el crucifijo, ni con las esmeraldas de su collar. Ustedes todavía tienen varias en su poder. No

deben dejar que las recupere. De hacerlo su poder se incrementará, vencerá a Muñoz y el mal se expandirá de forma imparable.

Un amigo.

PD: Si a pesar de todo, optan por continuar adelante, en la biblioteca de la vieja mansión hallarán algo que les ayudará a conseguir nuestro común objetivo”

—¿Un amigo? ¿Qué tipo de amigo deja una nota como esta y se esconde?—, dudó Barrow —No me creo ni una sola palabra de todo eso y en cuanto a lo de las esmeraldas ¿a qué esmeraldas se refiere?—

—A unas que encontré en la biblioteca de la mansión—, contestó Areces —Creo que lo que pretende es que le entregemos el crucifijo y que nos marchemos. Y yo diría que ha añadido lo de regresar a la mansión solo por si no lo hacemos. Seguro que se trata de una trampa—

—Yo estoy de acuerdo con eso—, añadió Marian. —Estoy segura de que la ha escrito alguien que intenta impedir que alcancemos nuestro objetivo—

—¿Y lo de la mansión?—, dijo Bibiana —¿Es que acaso creen que vamos a volver a ese infierno? Coincido con que se trata de una trampa—

Eso me a emboscada—

—Cierto; sin embargo, en general la zona parece estar bastante limpia de *Nvumbis*. La verdad es que esperaba encontrarme a docenas de ellos merodeando por el pueblo, pero solo hemos visto a uno. Sin embargo... al algo... el olor—, dijo Barrow alzando el rostro y olfateando el aire —No me gusta el olor que trae el viento. Huele a muerte—

—¿Vienen a por nosotros?—, le preguntó.

Barrow asintió con aplomo.

—No sé si vienen a por nosotros, pero vienen hacia aquí. Creo que deberíamos estar preparados para un ataque y rezar para que no sea más de lo que podemos manejar—

—Seguramente han debido ver nuestro barco navegar cerca de la orilla—, apuntó Areces.

—No, no creo que lo hayan hecho—, indicó Barrow —Pero sospecho que pueden intuir nuestra presencia, o quizás, simplemente perciban nuestro olor al

igual que nosotros percibimos el suyo—

Unos pocos minutos después, el grupo se detuvo ante las ruinas del hotel y atónitos, descubrieron a dos hombres, sentados en una de las mesas de la terraza.

—¿Qué demonios...? ¿Quiénes son esos dos?—, murmuró Areces incapaz de dar crédito a lo que estaba viendo.

—Uno... uno de ellos se parece... ¡Es Carlos! ¡Reconozco su ropa! ¡Está vivo!—, exclamó Samanta con incredulidad, al tiempo que comenzaba a correr hacia él.

—¡No! ¡Samanta, no lo haga!—, la ordenó Barrow.

Pero fue inútil. Ella no quería escucharle. Solo quería reunirse con él y decirle que le amaba. Cuando llegó a su lado, sus manos se posaron sobre los hombros de Carlos y entonces... sus pensamientos se congelaron; el tiempo pareció detenerse a su alrededor a la vez que sus ojos se abrían incapaces de comprender lo que estaba sucediendo.

No podía apartar la mirada de aquel rostro completamente deformado y sin vida. No sabía quién era, pero fuera quien fuese no podía tratarse de Carlos. Ella sabía que su amor todavía continuaba con vida, aguardándola. Solamente podía tratarse de un cadáver vestido con su ropa. Sí, tenía que ser eso. Quería que fuera eso.

Barrow llegó hasta ella y de un violento manotazo la apartó del cuerpo mientras que alzaba la mirada y descubría a un grupo de seis *Nvumbis* encaramados sobre la montaña de escombros.

A diferencia del que habían abatido poco antes, estos eran altos y fuertes, así que en esta ocasión el combate no iba a ser ni tan rápido, ni tan sencillo.

Quince metros más atrás, Areces, incapaz de asumir que les habían tendido una trampa, murmuró:

—¿Qué significa esto?—

—¡Es una emboscada! ¡Replieguense y prepárense para luchar!—, ordenó Barrow llevándose el arma a la cara y disparando contra uno de ellos.

Contrariamente a lo que habían supuesto, los *Nvumbis* habían tramado una elaborada emboscada poniendo el cuerpo de Carlos como cebo. Estaba claro que les habían cogido por sorpresa. La ráfaga de Barrow alcanzó al primero en el pecho. Barrow lanzó una corta maldición, elevó el cañón al tiempo que accionaba el mecanismo de tiro simple y el siguiente disparo le reventaba la cabeza.

Los dos soldados abrieron fuego contra los que estaban a su lado mientras que Areces, Samanta y Bibiana lo hacían sobre los demás al tiempo que a su derecha, dos nuevos *Nvumbis* aparecían en lo alto de otro montón de escombros obligándoles a dividir el fuego.

Uno más surgió a su izquierda y se abalanzó de un salto sobre Samanta, pero la rápida reacción de Bibiana, al girarse para dispararle alcanzándole en pleno salto, la salvó de caer en sus garras.

Cuando otros siete *Nvumbis* salieron corriendo de detrás de las ruinas del hotel, Barrow vio que no podrían mantenerlos a raya durante mucho más tiempo así que ordenó que se fueran replegando poco a poco y sin cesar el fuego, pero el ataque suicida de los que estaban a su derecha les obligó a desperdigarse entre las ruinas.

Uno de los soldados abatió a uno más con un certero disparo en el corazón, pero todavía quedaban muchos más, demasiados para que pudieran con ellos. Areces, parapetado detrás de un trozo de pared, se cobró las siguientes dos víctimas, pero un *Nvumbi* saltó sobre él arrancándole el arma de un solo golpe y ambos rodaron por el suelo. Desarmado, aferró sus brazos en un intento por detener sus garras, pero el monstruo logro desasirse de él y sus dientes rozaron la carótida de Areces. Aquel *Nvumbi* era tan fuerte que Areces estuvo seguro de que no saldría de aquella con vida. Estaba a punto de propinarle un mordisco letal, pero sorprendentemente y a pesar de que podía haberle destrozado en aquel mismo instante, le ignoró y con una agilidad increíble se alejó de él.

De repente el ruido del combate cesó dando paso a una inesperada calma. Areces estaba confuso. Aquellos *Nvumbis* se comportaban de un modo muy distinto al que se habían esperado. Se levantó y palpó su cuerpo en busca de heridas como si no pudiera creer que continuara con vida. Era increíble, pero

aparte de unos pocos rasguños sin importancia no tenía ninguna herida. A continuación se acercó para ayudar a Samanta y Bibiana. Al igual que él, las dos chicas también se encontraban bien y no parecían haber sufrido ningún daño. Frunció el ceño. No estaba seguro del qué, pero algo iba terriblemente mal.

Cuando Barrow se reunió con ellos, un horrible hedor a sangre inundaba toda la zona y una docena de *Nvumbis* yacían diseminados por el suelo, pero sorprendentemente, ellos no habían sufrido ninguna baja.

Barrow parecía tan sorprendido como Areces.

—No lo entiendo—, dijo Barrow con incredulidad —Eran tantos y estaban tan cerca que estaba seguro de que no saldríamos con vida, pero de repente, hubo un cambio en su patrón de ataque y todos desaparecieron. No sé ni cómo, ni por qué, pero lo hemos conseguido—

—No todos—, murmuró Areces.

—¿Qué quiere decir?—, preguntó Barrow mirando a su alrededor.

—Falta la doctora Marian. Esos monstruos se la han llevado—

—¿Marian?—, repitió Bibiana con incredulidad —¡Marian! ¡¡¡Marian!—, gritó intentando llamar su atención.

—Es inútil que la llame, Bibiana—, dijo Barrow con voz neutra —Areces tiene razón. Se la han llevado. Todo esto no ha sido más que una hábil argucia para dividirnos y raptarla en medio del combate—

—¿Y por qué no acabaron con nosotros? Podrían haberlo hecho, pero sin embargo ninguno hemos resultado heridos—

—Cierto—, dijo Barrow asintiendo con la cabeza —No sé por qué nos han perdonado la vida, pero lo cierto es que ahora no tenemos tiempo para elaborar hipótesis. Si queremos rescatar a la doctora debemos ser, al menos, tan rápidos como ellos—, dijo —Así que cojan sus armas y pongámonos en marcha—

—¿Cree que podrá seguir su rastro?—, preguntó Areces.

—No necesitamos hacerlo. Ya sabemos hacia dónde se dirigen. Regresan a Borikai. A la mansión—

—¿A la mansión?—, exclamó Samanta —Eso es imposible. ¡No pueden cruzar el mar!—

—Los *Nvumbis*, quizás no, pero... el que nos ha engañado poniéndole esta ropa...—, dijo señalando hacia el cadáver vestido con las ropas de Carlos —

... seguro que sí puede hacerlo—

Empezaron a correr en dirección al puerto. Ninguno tenía la plena certeza de que los *Nvumbis* fueran hacia Borikai, pero en aquel momento, que lo hicieran era la única oportunidad que tenían de rescatar a la doctora.

El problema era que estaban obligados a desplazarse en silencio debido a que los disparos debían haberse oído muy lejos y sabían que eso podría atraer a todos los *Nvumbis* que estuvieran merodeando por la zona.

Si les descubrían no tendrían más remedio que combatir y cada nuevo combate, no solo les demoraría sino que atraería a más y más *Nvumbis* hacia ellos, algo que sin duda les debilitaría y retrasaría, y la doctora no podía permitirse ese lujo.

A Marian no la quedaba mucho tiempo.

Pero cuando llegaron al muelle se dieron cuenta de que ya era demasiado tarde.

Desde el mismo instante en el que desembarcaron y Barrow decidió no dejar a ningún soldado a bordo del pesquero, Areces se temió que algo así podría suceder, pero había apartado el pesimismo de su mente para centrarse en la misión que les había llevado a Annobón. Desgraciadamente, sus temores se habían hecho realidad y ahora el barco navegaba camino de Borikai.

—¿Quién? ¿Quién le ha ordenado a Juan que zarpe sin nosotros?—, se preguntó a sí mismo Barrow.

—Quizás Juan no haya tenido la suerte de que le hayan hecho ese ofrecimiento—, respondió Areces.

—¿Quiere decir que... lo han asesinado?—, sugirió Bibiana.

—Es lo más lógico—, contestó Areces —Sin embargo...—, añadió mirando a su alrededor —No le veo ningún sentido a que nos hayan engañado para venir hasta Annobón, simplemente para hacerse con el barco—

—Pues yo sí—, añadió Samanta —El que lo ha hecho necesitaba un medio para llegar a la isla, y ahora ya lo tiene—

—¿Pero quién? ¿Quién ha planeado todo esto y es tan poderoso como para controlar a los *Nvumbis*? ¿Muñoz?—, inquirió Bibiana.

—No—, negó Samanta —Recordad lo que dijo Marian sobre la letra con la que estaba escrita la nota. Dijo que pertenecía a una persona mayor, pero no mentó nada de que estuviera escrita en castellano antiguo. De haberlo estado seguro que algo así no se le habría pasado por alto, así que forzosamente, su autor tiene que tratarse de un contemporáneo nuestro, probablemente alguien mayor de sesenta años, con buena cultura y que conociera a Juan...—

—¿Por qué dice que debía conocerlo? Es posible que simplemente asaltaran el barco y lo hayan tomado por la fuerza. Dudo que el anciano patrón haya podido ofrecer demasiada resistencia—, dijo Barrow.

—Cuando nos alejamos caminando en dirección a San Pedro, le eché un último vistazo al barco y Juan estaba en la proa con un fusil entre las manos. No me creo que haya sido tan tonto como para apartar la vista de la playa ni por un solo instante—, respondió Samanta —Tiene que tratarse de otra persona...—

—Podría ser...—, reconoció Barrow —Pero el único que se me ocurre y que podría encajar con ese perfil, está muerto—

—¿A quién se refiere?—

—A Beaumont, ¿a quién si no? Es el único que cumple todos los requisitos; edad, cultura, cuidada caligrafía, conocedor de la situación y seguro que también conocía al patrón—

—Eso último es totalmente imposible—, afirmó Areces —Yo mismo contraté a Juan y a su hijo. Beaumont no tenía nada que ver ni con él, ni con nuestro acuerdo. Y además, todos nosotros hemos visto los restos calcinados de uno de los helicópteros y puesto que no hemos vuelto a saber de él desde que desapareció en la niebla, estaremos de acuerdo en que todo parece indicar que su aparato sufrió el mismo final que el que nos encontramos—

—Y entonces, ¿quién puede ser nuestro misterioso amigo?—

—Como ya he dicho, tiene que tratarse de alguien que conociera Juan, y solo se me ocurren una persona que pueda seguir con vida; Juanfra—

Areces se rascó el mentón mientras meditaba sobre esa posibilidad. Realmente, Juanfra era el mejor candidato ya que cumplía todas las características menos una, la edad. Sin embargo nunca le había visto escribir nada, así que le era del todo imposible saber si su caligrafía era tan cuidada como la de la nota.

—Hummm... no lo sé. Hay algo que no me cuadra. No veo a Juanfra capaz de elaborar un plan tan minucioso... pero podría ser. La verdad es que a mí

tampoco se me ocurre ningún otro candidato—, reconoció.

—Pues en ese caso, por el momento supondremos que se trata de él, y ahora, veamos...—, dijo mirando a su alrededor —Tenemos que encontrar algo que nos sirva para llegar a Borikai, así que pongámonos manos a la obra e inspeccionemos la zona en busca de alguna embarcación—

Sorprendentemente, tan solo un par de minutos después, Samanta les hizo señales desde el lado Este de la playa para que se acercaran.

Cuando lo hicieron, descubrieron que quien hubiera apresado el barco y a la doctora, quería que le siguieran. Allí, bajo unas hojas de palmera, encontraron la *Zodiak*.

Mientras tanto a bordo del pesquero, Carlos meneó la cabeza intentando limpiarla de recuerdos y de los lúgubres pensamientos que le acosaban. Necesitaba despejar su mente para poder concentrarse en su misión.

A medida que se acercaban a Borikai, por primera vez, el cielo comenzaba a iluminarse de naranja anunciando que por fin, la ansiada y al mismo tiempo tan temida noche estaba a punto de llegar.

Al escuchar un murmullo tras de sí, volvió la cabeza y contempló al medio centenar de nativos que Juanfra había reunido.

Aquel pequeño ejército de guerreros no era como los que controlaban Vanda y Muñoz. Ellos eran conscientes del terrible destino les aguardaba en la isla y a pesar de ello, estaban dispuestos a dar sus vidas para acabar de una vez por todas con la maldición. Pero Carlos no era demasiado optimista y eso le provocaba un agudo dolor en el pecho, en su vacío pecho sin corazón.

A pesar de que Beaumont le había asegurado que ya no era humano, él continuaba teniendo los mismos sentimientos y si no hubiera sido por la herida situada en el lugar que antes había ocupado su corazón, no le habría podido creer.

Pero era cierto. Cuando Beaumont le rescató tras el terremoto, ya estaba muerto y él le había devuelto a la vida para que le ayudara.

Sin embargo, Carlos tenía la impresión de que Beaumont no hacía nada altruistamente... ¿o tal vez sí? ¿Y si no, por qué un multimillonario que lo tenía todo iba a meterse en todo ese lío?

“¡No! Este no es el momento apropiado para dudar. No puedo perder tiempo

en cavilar sobre cuestiones que desconozco”, se dijo a sí mismo. Tenía que centrarse en lo inmediato, en la batalla.

Se volvió hacia los *Banuts* y les examinó con la mirada. Todos eran hombres fuertes, valientes y musculosos, y a diferencia de los primeros que habían desembarcado en la isla para masacrar a los trabajadores con la intención de impedir que liberasen accidentalmente a Vanda de su encierro, estos iban armados con fusiles automáticos. Pero aun así era evidente que no disponían de hombres suficientes para enfrentarse a Vanda y a su ejército. Calculaba que la proporción debía de ser de seis a uno y eso sin contar con que el poder de la misma Vanda desequilibraba aún más la balanza y, por supuesto, lo hacía a su favor.

—Confía en mí—, dijo Beaumont apoyándose a su lado, en la barandilla de estribor —Venceremos, amigo—

—Yo no lo tengo tan claro. Es cierto que regresamos con refuerzos, pero eso no nos servirá de gran cosa si caen bajo el poder de Vanda. Si consigue hacerse con sus voluntades, se volverán contra nosotros y te lo aseguro... lo he visto y no es nada agradable—

—Tranquilo. Contamos con un poderoso aliado—, dijo Beaumont.

—Si lo dices por Juanfra... no me fio demasiado de ese chiflado—

—Ese chiflado, como tú lo llamas, está más cuerdo que cualquiera de nosotros. Pero en realidad no me refería a él, sino a Muñoz—

—¿Muñoz? Tampoco me fio de que aparezca cuando lo necesitemos—

—Lo hará si tienes éxito en tu misión—, aseguró Beaumont, con tono firme —Si después de entregarle el crucifijo sigues con vida, te darás cuenta del vital papel que Muñoz juega en todo este asunto y de lo intrincado de mi plan—

—Ya. ¿Y qué me dices de mis compañeros? Me habría gustado contar con ellos y especialmente con los soldados de Barrow. No debiste asesinarlos. No era necesario hacerlo—, le reprochó Carlos.

—Ya te dije que no lo hice—, dijo molesto —Pero no insistiré. Sé que no me creerías aunque te lo repitiese un millón de veces, así que dejaré que tú mismo te des cuenta de ello—, le espetó Beaumont —De todas formas ya me he ocupado de ellos. Uno de mis barcos viene de camino y, si todo sale como he planeado, les recogerá en unas horas. Además, le he encomendado a Juanfra su seguridad, así que puedes estar seguros de que... vivirán—

—¿A Juanfra? Tienes toda la razón. No te creo—, dijo Carlos dando por finalizada aquella parte de la conversación.

Apenas hubieron llegado a la cala, desembarcaron no sin antes ordenarle a Juan que regresara a por sus compañeros.

Les habían dejado la lancha, pero se habían llevado consigo el motor fuera borda para evitar que les dieran alcance antes de tiempo, así que si daba la vuelta ahora, probablemente les encontraría remando a pocas millas de Annobón.

A continuación hicieron dos largas hileras y comenzaron a ascender por el camino que llevaba a la mansión.

—Esto es una temeridad—, dijo Carlos al darse cuenta de lo fácil que sería para los *Nvumbis* atacarles desde la espesura.

—No temas. No nos atacarán. No ahora. No hasta que el barco se haya alejado lo suficiente como para estar seguros de que estamos solos—, respondió Beaumont.

En cuanto llegaron al alto desde el que se veía la mansión, divisaron el brillo y las chispas que se elevaban envolviendo las espirales de humo de las hogueras situadas alrededor de la mansión al mismo tiempo que hasta ellos, llegaba el olor a madera quemada entremezclado con el de carne chamuscada. Los *Nvumbis* estaban reponiendo fuerzas.

En ese instante un grupo de *Nvumbis* surgió de entre la selva y cargó sobre ellos. Apenas eran una veintena, por lo que supusieron que debía de tratarse de un grupo de caza, pero estaban demasiado cerca como para no considerarles peligrosos.

Sin dejar de correr, lanzaban unos incesantes gritos que fueron inmediatamente acompañados por un coro de chillidos procedentes de las lejanas hogueras.

Les habían descubierto, pero ahora no podían ocuparse de ellos. Primero debían centrarse en eliminar a sus atacantes.

Mientras sus hombres disparaban sobre los más cercanos, Carlos sacó con un rápido movimiento los dos machetes que pendían de su espalda y avanzó decididamente hacia ellos.

Por algún macabro motivo no deseaba usar su fusil. Necesitaba ver correr su sangre y para eso no había nada mejor que tres kilos de afilado acero en cada mano seccionando carne, tendones y huesos.

—¡Venid a mí, malditos hijos de mil perras!—, gritó al tiempo que saltaba

entre sus hombres y clavaba en el primero una delirante mirada de furia.

—¡Muere!—, exclamó abalanzándose sobre él y cercenando su cabeza de un solo golpe mientras que, nada más caer sobre el suelo, giraba sobre sí mismo descargando otro machetazo contra el vientre de un segundo enemigo y rematándolo con un brutal golpe en la base del cuello que prácticamente abrió su torso por la mitad.

Otro más se abalanzó contra él y Carlos reaccionó contrarrestando su ataque con un golpe de machete que abrió su pecho de parte a parte.

Era extraño, pero no sentía miedo o remordimiento. Estaba disfrutando del combate; se extasiaba con el olor de la sangre, el sudor y la pólvora; se deleitaba con cada grito o chillido independientemente de que estos fueran proferidos por los Nvumbis o por sus propios hombres.

Sonrió mientras golpeaba con su machete la pierna de otro enemigo, seccionándola y rematándolo con un golpe que le abrió la cabeza como si de un melón maduro se tratara. Notaba sus movimientos más ágiles y sus golpes más fuertes y elegantes.

Era como si toda su vida se hubiera estado preparando para este momento. Cada poro de su piel exudaba complacencia.

Pero todo comenzó y finalizó en unos pocos segundos, y Carlos se sorprendió haciendo un gesto de decepción. Había sido demasiado rápido y en su interior se notaba raro... diferente, pero no le preocupaba. Al contrario. Era mucho más fuerte y ágil de lo que había sido nunca.

“Así que es cierto. Ya no soy humano”, pensó reforzando aún más su sonrisa.

—Me satisface ver que, por fin, te has aceptado como lo que ahora eres—, dijo Beaumont situándose a su lado.

—Así es—, respondió Carlos —Ahora sé que no me estabas engañando. No soy humano. Ahora soy un demonio—

—Poca, muy poca es la diferencia entre demonio o ángel. Tan poca que en la mayoría de las ocasiones resulta prácticamente imperceptible. Ahora escucha. Ya estás preparado para llevar a cabo tu misión—

—¿Qué he de hacer?—, respondió con voz ansiosa.

—Muñoz ya está en la isla, pero Vanda todavía no lo sabe. Ella cree que la doctora continúa portando el crucifijo, así que llévala hasta la gruta y aguarda a que ella llegue. Cuando entre, sal y vuela la entrada—, dijo entregándole una bolsa con explosivos.

—Muy bien, ¿pero qué hago con la doctora?—

—Ella es el cebo, y el cebo siempre permanece en la trampa—

—De acuerdo. Lo haré. ¿Y qué hay de vosotros?—, preguntó señalando hacia la horda de *Nvumbis* que se aproximaban desde la mansión.

—Nosotros tampoco importamos. Cuando comencé esta aventura ya sabía que era un viaje sin retorno. Nosotros los contendremos mientras que Muñoz acaba con ella, pero recuerda que debes cegar la entrada o él será libre y... te aseguro que con Muñoz las cosas no irían mucho mejor de lo que han ido con Vanda. Todos tenemos que morir, y él también lo ha de hacer. No hay otra opción. Nosotros... todos nosotros, somos sacrificables—

—Es cierto, lo somos, pero... lamento haber dudado de usted, Beaumont—

—Pues no lo hagas. Yo también dudé de mí mismo. ¿Acaso crees que este fue mi plan desde el principio? No, te aseguro que al principio, mi única intención era conseguir replicar las “Lágrimas de San Gabriel” para vivir eternamente y, por supuesto, para hacerme aún más rico. Pero cuando me enteré de dónde procedía su poder, fui consciente de que lo que había creído que era un don divino, en realidad era una maldición, un cebo para atraer a incautos egoístas para que estos abrieran las puertas del infierno.

Obviamente, si le hubiera dicho eso a mis investigadores estos me habrían tachado de loco, así que continué representando mi papel de egoísta y excéntrico multimillonario hasta que aterricé en esta isla y me di cuenta de que había llegado el momento. Sabía que Vanda estaba libre y conocía que Muñoz regresaría de entre los muertos para reunir las almas que necesitaba para liberarse de sus cadenas. Sabía que si lo lograba vendría a Borikai para acabar con Vanda y que cuando eso sucediera su poder sería inimaginable y desataría el infierno en la tierra, así que volé hasta Annobón para advertirles y evacuar a todos los que fuera posible, o al menos, a los suficientes para que Muñoz no consiguiera reunir las dos mil almas que necesitaba. Eso le obligaría a hacer un trato conmigo y me concedería el tiempo necesario para tenderle una trampa—

—Una trampa que nos mataría solo a unos pocos—, dijo Carlos con un leve tono de amargura.

—Recuerda lo que te dije...—, apuntó Beaumont.

—“*Todos estamos muertos*” —, repuso Carlos con una sonrisa de orgullo — Tenías razón, viejo. Este no es mundo para vivos, sino para muertos. Este es

nuestro mundo—, y estrechando su mano, añadió:

—Ha sido un honor conocerle, Beaumont ¿Volveremos a vernos?—

—Todo es posible...—, respondió con una enigmática sonrisa —Tenemos toda una eternidad para vagar por el infierno, pero tengo el presentimiento de que antes o después, ambos nos meteremos en algún lío y acabaremos encontrándonos otra vez—

—Que así sea, amigo—, dijo Carlos con un brillo de emoción en la mirada.

A continuación se volvió, corrió hacia Marian y al llegar a su lado, dijo:

—Ven conmigo—

—¿Contigo? ¿Y quién eres tú? Porque si de algo estoy segura es de que ya no eres Carlos, o al menos, no el Carlos humano que conocí—

—¿Y tú quién crees que eres? ¿Crees que eres muy distinta a mí?—

—¡Por supuesto que sí! ¡Yo soy humana! ¡Tengo alma!—

—No tengo tiempo para explicaciones...—, dijo con hartazgo al tiempo que con un fulgurante movimiento desgarraba su camisa dejando sus pechos al descubierto.

—¡¡¡Qué demonios haces!!! —, exclamó sorprendida.

—¡Mira y admite lo que ahora eres!—, la exhortó señalando a su pecho.

Ella, muy lentamente comenzó a bajar la mirada, pero se detuvo paralizada por el miedo. Temía lo que fuera a encontrarse. Temía lo que conocía y había negado desde el mismo instante en el que logró escapar de la cueva de Juanfra. Le aterraba reconocer que cuando se precipitó al vacío desde la azotea y se levantó tras estrellarse... supo que era imposible que continuara con vida. Pero hasta aquel instante se había negado a reconocerlo. Su mente había alejado aquel traumático recuerdo para ayudarla a seguir adelante. El momento de aceptar su destino había llegado.

—¡¡¡Te he dicho que mires!!! —, volvió a insistir, Carlos —Tú también perteneces a este mundo. Siempre has sabido que debías reunirte con Vanda porque ese era tu destino. Ayúdanos a terminar con esto, Marian. Ayúdanos a acabar con Vanda... permite que el resto del mundo tenga otra oportunidad... —

—¿Quieres decir que... que realmente estamos muertos? ¿Qué estamos condenados a que nuestras almas ardan en el infierno?—

—¿Acaso ves más fuego que el de las hogueras? Marian, llevamos en el infierno desde el mismo instante en que pisamos esta isla... y lo sabíamos, pero nos negábamos a aceptarlo—

—Sí... en el fondo creo que siempre lo supe. Creo que comencé a darme cuenta cuando atendí al primer trabajador. Él me lo dijo... mi ayudante, Lucía, también me lo dijo... todo estaba tan claro que no podía verlo—

—Tranquila—, dijo estrechándola entre sus brazos —No sé cómo será, pero sé que todo irá bien porque estamos haciendo lo correcto. Sacrificamos nuestras vidas a cambio de las de millones. Es como ha de ser—

—Sí... tienes razón. Dime, ¿a dónde quieres que te acompañe?—

—Tú ya lo sabes. Ve delante. Yo te protegeré—

Capítulo 24. El fin.

Con paso decidido, Carlos y Marian se alejaron dejando atrás el estruendo de los disparos de sus compañeros y el griterio de los *Nvumbis* cargando sobre ellos.

Cuando Marian se detuvo y señaló hacia un estrecho sendero que se perdía entre la densa arboleda, Carlos no puso ninguna objeción. Sin lugar a dudas ella conocía mucho mejor que él la forma más rápida de alcanzar su destino, así que continuaron internándose en la jungla siguiendo el curso de un arroyo que constantemente discurría serpenteando entre los árboles y las rocosas orillas.

A medida que se adentraban entre la cada vez más espesa arboleda, el aire parecía volverse más denso y opresivo al tiempo que una suave brisa les traía un penetrante olor a muerte.

Cuando hubieron recorrido aproximadamente un kilómetro por el estrecho y embarrado sendero, llegaron hasta un pequeño claro. Habían alcanzado la zona más baja y frente a ellos se alzaba un enorme monolito de piedra cubierto de inscripciones.

Al verlo tuvieron la sensación de que en aquel lugar era donde había comenzado todo. Aquel había sido el lugar en el que casi dos siglos atrás, los nativos, guiados por su hechicero habían derrotado al ejército de Vanda. Un estremecimiento recorrió sus cuerpos al escuchar el distante griterío de los *Nvumbis*.

A pesar de que les llegaba amortiguado por la densa arboleda, aquellos gritos indicaban que el combate se encontraba en su fase más cruenta y que sus compañeros estaban cumpliéndolo con su parte. Ahora les tocaba a ellos. Pero debían de llegar a su destino antes de que Vanda les diera alcance.

Unos minutos después encontraron la pared rocosa y tras descender hasta el sendero que había a sus pies, vieron la entrada y a su alrededor, las piedras que durante tanto tiempo habían mantenido a Vanda prisionera en su interior.

Marian se quedó mirándola fijamente. Acababa de darse cuenta de que entre la

oscuridad, en la parte más lejana de la gruta había un lejano brillo azulado. Su frente se cubrió de sudor frío y comenzó a respirar con dificultad. Al advertirlo, Carlos se acercó hasta ella y la abrazó intentando consolarla

—Gracias, lo necesitaba. Creo que mi ánimo está comenzando a flaquear—

—No te preocupes, Marian. Que ya no seamos humanos no quiere decir que seamos incapaces de sentir—, dijo con voz suave.

—¿Crees que sentiremos mucho dolor? Ya sabes... cuando muramos... del todo—

—No—, le contestó con convicción y para rubricar lo dicho, se abrió la camisa mostrándole una oscura herida —Uno de los *Nvumbis* acertó a clavarme su cuchillo antes de que acabara con él. Ni tan siquiera sentí entrar el cuchillo, así que tranquila. No podemos sentir el dolor—

—Es curioso—, dijo ella acurrucándose contra su pecho —No podemos sentir dolor, pero sin embargo... siento tu calor. Es reconfortante saber que a pesar de todo, seguimos siendo los mismos y... por cierto, lamento lo del barco; ya sabes... el escándalo que monté y lo de tu... lo del disparo. Te aseguro que nunca imagine que mis palabras acabarían contigo... muerto—

—Ah... eso, tranquila. Fue... un poco raro, pero no tan malo como podría parecer. Barrow estaba demasiado nervioso, o borracho o quizás ambas cosas, pero eso hizo que se apresurara a disparar y las dos balas me dieron en el pecho, así que apenas noté los impactos. Pero sin embargo, lo que sí noté fue frío, aunque supongo que eso tenía más que ver con la temperatura del mar que con los disparos en sí mismos—

Tras comprobar rápidamente sus armas y los explosivos, Carlos cogió a Marian de la mano y ambos se internaron en la oscura gruta al tiempo que la luz de aquel largo día que les había acompañado desde que amanecieron en el hotel de San Pedro, se extinguía por completo dando paso a una noche eterna que parecía anunciar el final de su aventura, y en el exterior, docenas de oscuras figuras se deslizaban ágilmente entre la jungla intentando darles alcance.

Caminaron hasta que Carlos se detuvo e hizo una señal de alerta. La cueva

giraba a la derecha y desde el otro lado de la curva les llegaba el anaranjado y mortecino brillo de unas antorchas. Con la espalda apoyada en las pared de la cueva, avanzaron sigilosamente hasta doblar el recodo y en ese momento supieron que habían llegado al final de su camino.

Ante ellos se extendía una bóveda circular de unos cien metros cuadrados con varias antorchas colgadas de sus paredes rocosas y en el centro, envuelto en un halo azulado, descubrieron a un hombre alto, robusto, de unos sesenta años, rostro alargado, larga y cuidada barba, nariz aguileña y vestido con un gabán oscuro levemente abierto que dejaba entrever la ornamentada empuñadura de una espada y dos pistolas cruzadas en la ancha faja roja que llevaba puesta alrededor de su cintura.

—*Os esperaba*—, dijo con voz cavernosa, y mirando fijamente a Marian, la ordenó:

—*Mujer. Dame lo que me pertenece*—

Ella avanzó dos pasos hacia él, y quitándose el crucifijo se lo ofreció mientras que con voz trémula, preguntaba:

—¿Qué hará ahora? ¿Irá a por Vanda?—

—*Esa es mi decisión, y solo a mí me concierne lo qué he de hacer*—, respondió alargando la mano para cogerlo. Pero entonces, Carlos se adelantó interponiéndose entre Muñoz y Vanda, mientras decía:

—Ella le ha hecho una pregunta que bien merece una respuesta, así que responde, Muñoz ¿Irá a por ella o se quedará escondido en esta gruta como un cobarde?—

Muñoz clavó en él una mirada penetrante a la vez que la luz azulada que le rodeaba comenzaba a tornarse encarnada.

—*¡Quién te crees que eres tú para acusar a Diego Muñoz de cobardía!*—, estalló lanzando sus brazos hacia delante y empujando a Carlos contra la pared. —*¡Yo soy Diego Muñoz. Capitán del buque Emmanuel, azote de españoles, franceses, e ingleses y señor del purgatorio! ¡Yo decido quien sale de él y tu atrevimiento hará que purgues tu osadía eternamente, malnacido!*—

—¡No! ¡No, por favor!—, intervino Marian. —¡No le hagas daño!—, rogó extendiéndole el brillante crucifijo.

En cuanto lo tomó entre sus manos, Muñoz pareció calmarse súbitamente al tiempo que la luz que le rodeaba se extinguía.

—*Por fin ha vuelto a mí*—, murmuró admirándolo —*He aguardado largamente a que llegara este momento*—, dijo haciéndole un gesto a Carlos para que se acercara.

—*Lamento lo sucedido...*—, se excusó —*Pero llevo tanto tiempo en completa soledad, que mucho me temo que he perdido mis modales*—

—Sus modales no me importan, Muñoz—, respondió Carlos sentándose frente a él —Lo único que me importa es estar seguro de que sus intenciones son las mismas que las nuestras—

—*Lo son...*—, y de repente, alzó la mirada y se quedó mirando con asombro a Carlos. A continuación, hizo lo mismo con Marian, y exclamó:

—*¡Por todos los dioses! ¡¿Cómo he podido estar tan ciego?! Permittedme que os presente mis excusas por el desafortunado recibimiento que os he deparado, compañeros. No comprendo cómo se me ha podido pasar por alto vuestra naturaleza*—

—¿Nuestra naturaleza?—, repitió Marian, extrañada —¿Qué quiere decir?—

—*Es evidente, señorita. Me estoy refiriendo a que les tomé por simples mortales. Díganme ¿Cómo están las cosas ahí fuera? ¿Ya ha comenzado la batalla?*—

—Juanfra y sus guerreros *Banuts* están combatiendo a los *Nvumbis* en la explanada de la mansión—, se apresuró a responder Carlos, haciéndole un gesto a Marian para que dejase el tema —Beaumont se empeñó en hacerlo para darnos tiempo suficiente para llegar, pero en realidad creo que el único motivo por el que quería hacerlo era para asegurarse por sí mismo de que eliminaba cualquier rastro de lo sucedido—

—*¿Beaumont? Hummm... la verdad es que no le culpo por ello, pero ya le advertí de que no sería necesario. Es tan testarudo como su antepasado, un capitán al que maté en combate frente a la isla de La Española. Desde que Beaumont me devolvió a la vida he estado intentando recordar su cara, pero... llevo tantas muertes a mis espaldas que me resulta difícil recordarles a todos*—

—Siendo pirata y *bokor* es comprensible...—, murmuró Carlos.

—No se crea todo lo que haya oído de mí. En primer lugar yo no era pirata, sino filibustero y aunque es cierto que maté a mucha gente, casi siempre lo hice en combate y... ¡Qué diantres! Eran tiempos difíciles y alguien como yo estaba obligado a matar para seguir viviendo. Y en lo que respecta a lo de Bokor... en realidad era un mero aficionado—

—¿Y qué me dice de la aldea Banut? ¿También a ellos les mató un aficionado en noble combate?—

—¿A los Banut? No, eso no fue cosa mía sino de Vanda—, negó Muñoz sin apartar la vista del crucifijo —Es cierto que yo practicaba la magia negra, pero nunca llegué hasta ese extremo. Sin embargo, Vanda... Vanda vivía para la magia. La absorbió de tal manera que se transformó en un ser malvado y cruel. De hecho era mucho más cruel que cualquier otra persona que yo haya conocido, y les aseguro que he conocido a hombres que incendiaban ciudades enteras por el mero hecho de demostrar su autoridad

—¿Y entonces por qué no lo evitó? ¿Por qué no detuvo a Vanda?—, acusó más que preguntó, Carlos.

—Cuando aquellos sucedió yo me encontraba buscando un convoy de buques mercantes ingleses que había zarpado rumbo a Inglaterra, y no fue hasta mi regreso que me enteré de lo que había hecho. Ella quería demostrar que era más fuerte que yo, y... lo hizo. Se volvió completamente loca y un día se internó en la jungla y no volvió a aparecer hasta dos semanas después. Cuando lo hizo, dijo que había hecho un pacto con el demonio y que a cambio, este le había conferido un gran poder. La inmortalidad. A partir de ahí las cosas entre nosotros se fueron complicando. Yo pasaba semanas enteras en mis incursiones y ella, aprovechaba mis largas ausencias para sembrar el pánico por las islas cercanas. Decía que necesitaba reunir un cierto número de almas para liberarse de su pacto con el demonio. Yo no la creí hasta que la última vez que arribé a la isla, me la encontré sentada en su trono y rodeada de cuerpos desmembrados. Eran centenares. Entonces descubrí que en mi ausencia, ella y los hombres que había dejado de guarnición en la isla habían exterminado aldeas enteras. Fue en aquél momento cuando acepté que ella se había convertido en una poderosa Bokor, y también fue entonces cuando decidí acabar con todo aquello, así que fui a Annobón en busca de

un gran Houngan, un hechicero, para que me ayudara a liberarla de la influencia maligna que la dominaba. Pero no contaba con que ella, conocedora de mis intenciones se me había adelantado. Apenas habíamos fondeado en la cala cuando mi contramaestre, siguiendo sus instrucciones, me asestó cuatro puñaladas por la espalda y regresó a su lado. Supongo que cuando Vanda planeó mi muerte debió pensar que en cuanto se librara de mí, sería libre para continuar con su locura, pero no contaba con que yo había concentrado mi magia en el crucifijo que siempre llevaba colgado en el pecho. Perecí... pero el Houngan al que había ido a buscar se ocupó de que ella pagara por todo el mal que había hecho, y uniendo su poder al del crucifijo, lanzó un hechizo sobre ambos para confinar nuestras almas—

—Pero si usted no tenía nada que ver con las acciones de Vanda, ¿por qué también sobre la suya?—

—No se olvide de que mi vida no había sido lo que se dice... ejemplar, y además, la magia del crucifijo estaba ligada a mí, y para que esta perdurara eternamente el crucifijo debía continuar unido a mí. Mientras que éste...—, dijo cogiéndolo entre las manos —...permaneciera unido a mis restos, mi alma aguardaría en este plano, situado entre la vida y la muerte, vigilando que Vanda nunca logara liberarse de su condena—

—Pero lo ha hecho—

—Y mucho antes de lo esperado. Afortunadamente, los Banuts le legaron a sus descendientes la misión de custodiar su prisión y han podido reaccionar a tiempo—

—En realidad ha sido Beaumont el que lo ha hecho—

—Muy cierto. Sin su ayuda yo no estaría ahora mismo aquí. Para ser sincero, nunca esperé que alguien de esta época tuviera los arrestos suficientes como para morir y acudir en mi ayuda—

—¿Morir? No, Beaumont todavía no está muerto, o mejor dicho no lo estaba hasta ahora—, puntualizó Carlos imaginándose el triste desenlace del combate.

—Se equivoca. Beaumont murió en su cama y creyó haber resucitado cuando le suministraron las “Lágrimas de San Gabriel”, pero en realidad, como ustedes saben por propia experiencia, esa sustancia no te devuelve la vida. Simplemente alarga tu tiempo en el mundo de los vivos, pero ya no eres uno

de ellos. Necesitas recibir periódicas dosis de esa sustancia para que tu cuerpo no se degrade hasta pudrirse y desaparecer. Eso, él lo aprendió con tiempo suficiente como para valorar hasta qué punto merecía la pena vivir eternamente, y llegó a la misma conclusión que llegamos todos cuando somos conscientes de que al otro lado, hay mucho más que a este lado. Es entonces cuando nos damos cuenta de que una vida eterna, en realidad es una eterna condena. Llega un momento en el que, los que como nosotros vagamos entre ambos mundos, ansiamos el instante de finalizar la misión que nos mantiene ligados a este inacabable purgatorio. Yo llevo casi doscientos años aguardando para poder hacerlo, pero vosotros tenéis mucha suerte. En unos pocos minutos alcanzareis el otro lado—

—Eso siempre que logremos derrotar a Vanda—, puntualizó Marian.

—Está escrito que lo haremos. Seguro que no será agradable, pero lo haremos. Y habrá sido gracias a usted, señorita—

—¿Y una vez que haya... muerto, qué será del alma de Vanda?—

—A pesar del tiempo que ha transcurrido, ella tiene un pacto con el demonio y lo ha incumplido. El demonio nunca concede un segundo plazo para cobrar una deuda, así que no envidio el destino que la aguarda. Soy consciente de que puede parecer cruel decir de una persona a la que has amado que se merece arder eternamente, pero les aseguro que en su caso... se lo ha ganado a pulso, aunque con lo zorra que es seguro que acaba siendo la favorita del propio Belcebú—

Inesperadamente, desde el otro lado de la galería llegó hasta ellos el sonido entremezclado de pasos apresurados y chillidos.

Muñoz se levantó como si un resorte le hubiera impulsado y con un fugaz movimiento, desenvainó su espada al mismo tiempo que una potente luz roja inundaba la gruta mostrándoles a un numeroso grupo de *Nyumbis* que corrían hacia ellos, hasta que una voz de mujer sonó ordenándoles que se detuvieran.

—Veo que has cumplido tu promesa, “querido”—, dijo Vanda deteniéndose a tres metros de Muñoz. —Quizás, tanto tiempo alejado de mí te hayan hecho recapacitar—

—*Sigues siendo tan bella como siempre, “amada mía”*—, respondió Muñoz con tono cortés —*Lástima que también sigas siendo tan... ramera*—

—*Si mal no recuerdo, eso era precisamente lo que más te gustaba de mí*—, respondió con desdén —*¿Y bien? ¿Qué vas a hacer? ¿Pretendes matarme o acaso prefieres regresar a mi lado?*—

—*¿A tu lado? ¿Vas a decir que todavía sigues amándome?*—, inquirió con sorna.

—*Tanto como siempre te amé*—, respondió Vanda, con voz melosa. —*Quédate a mi lado. Juntos, volveremos a la vida como los Bokors más poderosos que jamás hayan existido*—

—*¿Y qué me dices del pequeño asunto de mi muerte? ¿Es que ni tan siquiera vas a intentar disculparte?*—

—*¿Disculparme? ¿Y por qué debería hacerlo? Sabes muy bien que te merecías morir por haberte negado a satisfacer mis deseos*—

—*Tus deseos eran una locura. Si hubiéramos abandonado nuestra isla, los españoles nos habrían colgado, y... estabas completamente trastornada ¿Cómo se te ocurrió pactar con el demonio? ¿Sabes lo que te sucederá por no cumplir el trato?*—

—*Claro que lo sé, y fue precisamente por eso por lo que ordené que te asesinaran*—, reconoció Vanda con un mohín —*Yo necesitaba abandonar esta inmunda isla para reunir las almas que necesitaba y tú... tú solo querías envejecer en ella. Te habías vuelto débil y además... me aburrías*—

—*Pues en ese caso...*—, dijo Muñoz adelantándose un paso hacia ella —*Creo que ha llegado el momento de que desatemos los lazos que nos unen y ajustemos cuentas de una vez por todas*—, dijo alzando la espada.

Vanda retrocedió a la vez que gritaba una orden para que los *Nvumbis* se abalanzasen sobre Muñoz, y un segundo después toda la cueva se llenó con el sonido de salvajes chillidos, maldiciones y quejidos de dolor.

Marian miró con el rabillo del ojo a Carlos y vio que este se había incorporado y que, con los machetes en las manos, avanzaba hacia ella derribando a cuantos *Nvumbis* se interponían en su camino mientras que

Muñoz continuaba deteniendo los embites de los atacantes de una forma que a Carlos le pareció bastante eficaz, hasta que advirtió que Vanda se unía al ataque y que alargando el brazo por un hueco que había entre los *Nvumbis*, hundía su daga en el costado del pirata y de la herida brotaban unos gruesos hilos de sangre.

Ahora entendía lo que Beaumont y Muñoz le habían dicho. El crucifijo solamente servía para unirlos en el caso de que Vanda se escapara, pero su poder iba mucho más allá de lo esperado. Cuando ambos estaban juntos se volvían mortales. Ese era el único momento en el que se les podía matar y buena prueba de ello era que el aroma de la sangre de Muñoz parecía haber redoblado el ímpetu de Vanda y sus *Nvumbis*, pero a pesar de ello Muñoz no desfalleció y lejos de hacerlo continuó descargando brutales mandobles sobre los atacantes al tiempo que su mano emergía de entre la horda que le rodeaba.

—*¡Ahora! ¡Haz lo que has venido a hacer! ¡Ciega la entrada y vayámonos todos al infierno!*—, gritó mientras arrojaba el crucifijo hacia ellos.

Samanta también se dio cuenta de lo que pretendía hacer Muñoz y corrió intentando alcanzar el crucifijo, pero Vanda también se había percatado de las intenciones de Muñoz y saltó por encima del montón de *Nvumbis* que cubrían a Muñoz y aterrizó ante Samanata.

—*Veo que, finalmente, mi tributo a venido a mí*—, dijo con una amplia sonrisa —*Eres mía...*—.

Cuando ambas quedaron envueltas por la luz que emanaba del crucifijo, Carlos descubrió un brillo en el vientre de Samanta. Era el puñal de Vanda hundiéndose en el cuerpo de su compañera.

Desesperado, avanzó hacia ella derribando uno tras otro a todos los enemigos que intentaban detenerle mientras que Muñoz resurgía completamente cubierto de sangre de entre el montón de cadáveres que le rodeaban y le gritaba que aprovechara volar la cueva.

—*¡Por mil demonios! ¡Haz saltar por los aires este lugar o te juro que todos aquellos a los que amas morirán!*—, le exhortó mientras agarraba por los hombros a un *Nvumbi* y lo lanzaba contra la pared.

Con una fiereza desmedida, Carlos asestó dos brutales machetazos en el

cráneo de otro, pero uno más le atacó por la espalda y repentinamente se encontró inmovilizado por unas garras que se clavaron en sus hombros hasta llegar a sentir las uñas arañando el hueso mientras que impotente, veía como, al otro lado de la cueva, Vanda aferraba con fuerza su puñal hundiéndolo nuevamente en el cuerpo de Marian mientras que acercándose a su oído, la susurraba:

—*Gracias por tu alma. Es la última que necesitaba para cumplir con el trato que hice en vida. Cuando exhales tu último aliento, será mía y seré libre*—, dijo apartándose de ella para deleitarse en su agonía.

Marian sintió que las fuerzas le fallaban y se dejó caer de rodillas sobre el suelo. Bajó la mirada, pasó su mano temblorosa por las heridas de su vientre sorprendiéndose al notar el tibio contacto de la sangre huyendo de su interior. Se quedó mirándola, intentando comprender el motivo por el que se moría. Entonces lo supo. El crucifijo les había reunido a todos en aquella gruta y lo había hecho por un único motivo; otorgarle la vida a aquellos que estaban muertos... para que se mataran entre sí. Miró a su alrededor. El suelo estaba completamente cubierto de cadáveres de *Nvumbis*. Todos habían vuelto a ser mortales, los *Nvumbis*, Muñoz, Vanda, Carlos y por supuesto, ella misma.

No se había percibido de ello hasta ese mismo instante y ahora era realmente consciente de lo que debía hacer. Buscó a Carlos con la mirada descubriéndole luchando contra un numeroso grupo de *Nvumbis* y supo que ya no podría ayudarla. Iba a morir, todos ellos iban a hacerlo.

En ese instante, Muñoz, dándose cuenta de que Carlos no podría liberarse por su mismo de su captor, lanzó su puñal incrustándolo hasta la guarda en el cráneo de este. Carlos comenzó a retirar los cadáveres que le cubrían y al hacerlo, descubrió que parte de la sangre que empapaba sus ropas no era de sus enemigos, sino suya. Se encontraba malherido y se dio cuenta de que sin lugar a dudas moriría, pero antes debía de finalizar su misión. Cruzó su mirada con la de Marian. Ella le miraba con serenidad, sonriéndole al tiempo que asentía suavemente con un movimiento de la cabeza, indicándole que el momento había llegado.

—*¡Carlos!*—, gritó Muñoz quien a pesar de que su cuerpo estaba completamente cubierto de heridas, atacaba con fuerzas renovadas a los

Nvumbis haciéndoles retroceder hasta la entrada de la bóveda —*¡Hazme un favor y envía de una vez por todas a mi querida esposa al infierno! ¡Pero hazlo ya! ¡Es una orden!*—

—*¡A la orden, capitán!*—, respondió Carlos a la vez que le devolvía la sonrisa a Marian, se llevaba la mano al bolsillo, extraía el detonador y sin dejar de sonreír, gritaba:

—*¡Vanda!*—

Ella se giró mirándole sin comprender como aquel hombre, más muerto que vivo, osaba atraer su atención en un momento tan crucial para ella.

—*¡Vete de una puta vez al infierno!*—

Y oprimió el botón.

En la cubierta del pesquero, Samanta caminó hacia la popa y observó las columnas de humo que se elevaban desde Borikai.

Juanfra y sus hombres habían tomado el mando del barco y tras informarles de que en la isla ya no quedaba nadie con vida, habían puesto rumbo a Annobón. Repentinamente, su rostro se volvió lívido al advertir que la ladera del volcán comenzaba a abombarse, deformándose en su ladera Norte por la que brotaban fumarolas de denso humo negro que oscurecían el hasta entonces azulado cielo que ahora había comenzado a adquirir un tono anaranjado hasta que finalmente, una colosal llamarada brotó de la isla.

Treinta segundos después un gran estruendo que parecía preceder al fin del mundo lo inundó todo al mismo tiempo que Borikai comenzaba a hundirse en el océano.

En apenas diez minutos la isla desapareció bajo el océano y en el lugar que antes ocupaba, ahora solamente quedaba agua burbujeante de la que surgía una espesa nube de humo y polvo sobre la que sobresalía una gigantesca columna de humo negro de dos kilómetros de anchura que se elevaba hacia el cielo, subiendo y subiendo sin control.

Samanta supo de inmediato lo que aquello significaba. Habían vencido... ¿pero a qué coste? Los *Banuts*, Beaumont, Marian y Carlos habían dejado de

existir en un abrir y cerrar de ojos.

Sin poder, ni querer evitarlo, unas lágrimas comenzaron a humedecer sus ojos al tiempo una nueva explosión levantaba una inmensa ola que llenaba el horizonte y su corazón parecía dejar de latir.

Una hora más tarde, un avión de reconocimiento que inspeccionaba la zona de la erupción localizó al pesquero y poco después fueron interceptados por un buque de rescate que les remolcó a un puerto desde el que fueron trasladados a un hospital en el continente.

Epílogo

Samanta apartó la cortina que separaba su cama de la de Bibiana y vio que esta ya se había despertado.

—Voy a regresar a Annobón—, dijo —He oído que necesitan voluntarios para las tareas de búsqueda y rescate—

—Sabes de sobra que no hay nada que buscar—, respondió con sequedad. —Y tampoco quedan supervivientes a quienes rescatar. Lo único que podemos hacer por los muertos es rezar por ellos, dejar que descansen en paz y continuar con nuestras vidas hasta que nos llegue el momento—

En aquel tema ambas pensaban de formas muy diferentes, pero no podía culparla por hacerlo.

—Quizás tengas razón... no lo sé. Pero sé tengo que ir. Quiero asegurarme de que todo ha terminado—

Bibiana negó con la cabeza.

—Te engañas a ti misma. Lo único que quieres es buscar a Carlos. No eres capaz de aceptar que él ha muerto, que ha seguido el camino que el destino le marcó... y lo peor de todo es que no te das cuenta de que eso nos perjudica a las dos. No alcanzarás la paz hasta que lo hagas... y está visto que yo tampoco lo haré—, añadió con voz apenada.

Mientras meditaba sobre el sentido de las palabras de su amiga, Samanta caminó hasta la ventana y admiró el hermoso jardín que se extendía hasta la entrada del hospital. Llevó la vista más allá, hacia el azul océano en el que se cobijaban las respuestas a todas sus preguntas y los dolorosos finales de tantas vidas olvidadas por la realidad.

—El doctor me ha dado un mensaje de parte de Juanfra—, dijo de repente —Dice que algunos *Banuts* que estaban en el continente han regresado a la isla; que están enterrando a sus muertos...—, continuó Samanta —... y también me ha dicho que Juan y Matías se han ofrecido para llevarnos a la isla. Han dicho que vayamos a verlos cuando estemos preparadas para hacerlo—

Bibiana se llevó las manos al rostro en un gesto de abatimiento que en realidad, servía para ocultar el inesperado brillo de esperanza que había iluminado su mirada.

—Pues dales las gracias a ambos de mi parte—, respondió modulando cuidadosamente su tono de voz para que resultara lo más inexpresivo posible —Pero yo no estoy dispuesta a regresar al infierno. Ya estuve una vez en él... y no pienso volver a pasar por lo mismo. Aquí estoy muy bien—

Samanta se sentó en el colchón, a su lado, la abrazó y acarició dulcemente su pelo mientras que ambas cerraban los ojos intentando evitar que las lágrimas afloraran.

Un momento después, Bibiana se giró hacia ella y las dos se miraron en silencio durante un par de minutos.

—¿Lo echas de menos, verdad?—, afirmó más que preguntó, Bibiana.

—Sí—, respondió ella mordiéndose el labio e intentando evitar suspirar. —Lo hago constantemente y sé que continuaré haciéndolo el resto de mi vida. Necesito encontrarlo o... al menos despedirme de él—

Su amiga suspiró. No era la primera vez que Samanta le decía esas mismas palabras esa semana, así que le apretó la mano y haciendo un gesto de conformidad, dijo:

—De acuerdo. Te acompañaré, pero solo lo haré si antes me prometes que cuando estemos allí no intentarás darme esquinazo. Si regresamos, quiero estar segura de que estaremos juntas hasta el final... sea el que sea—

Ella levantó la palma de la mano, y respondió:

—Te doy mi palabra de “*Girl-Scout*”—

—Sé de sobra que tú nunca has sido una “*Girl-Scout*”, pero vale... te acompañaré de todas formas—, y señalando hacia el armario, añadió —Será mejor que comiences a preparar tu equipaje. Mientras lo haces, yo avisaré al doctor de que vamos a regresar a Annobón—

—¿Qué equipaje quieres que prepare?—, replicó Samanta señalando el blanco pijama de hospital que ambas vestían desde que las ingresaron — Además de “esto”... —, dijo señalándose el pijama —... nuestra única ropa es la misma que llevábamos cuando el buque de “*Beaumont Enterprises*” nos rescató—, se quejó

Bibiana alzó la mirada hacia el techo, abrió las palmas de las manos y exclamó con voz aliviada:

—¡Ya era hora! Me alegra ver que por fin has caído en ese insignificante detalle—

—Por supuesto que lo he hecho ¿Es que te crees que soy tonta?—, y ante la desesperación de su amiga, añadió:

—Creo que camino del muelle, deberíamos detenernos en el mercadillo para comprar algo—

Llegaron al muelle cuando el sol ya había alcanzado su cenit. La zona estaba plagada de grandes tiendas de campaña de la cruz roja y organizaciones humanitarias, y sus miembros, pululaban entre ellas acompañando a personas que buscaban a sus familiares entre los supervivientes y que, normalmente, solían encontrarlos entre los fallecidos.

—¡Juan! ¡Hola, Juan! —, gritó Samanta, al distinguir al anciano marinero.

Cuando este alzó la mirada y las reconoció, ni tan siquiera pareció sorprenderse de verlas. Era como si supiera que antes o después irían en su busca.

—¡Pero si son mis dos marineras preferidas!—, exclamó al verlas —Así que finalmente... os habéis decidido a venir. Sinceramente lo esperaba, pero el cabezota de mi hijo insistía en que no podríais hacerlo, que no conseguiríais reunir el valor suficiente como para regresar. Lo cierto es que nadie, y yo mucho menos, os podría culpar por ello. Muchos de los que están aquí han ido una sola vez a Annobón y al regresar han tenido que ser atendidos por los equipos de psicólogos. Y eso que ellos no han visto ni la centésima parte de... de lo que nosotros vivimos—

—Y pueden estar agradecidos de no haberlo tenido que hacer—, respondió Samanta observándole más atentamente y dándose cuenta de que el rostro y los brazos del anciano estaban completamente cubiertos de apósitos y vendas que cubrían sus heridas.

—Por dios santo, Juan... ¿qué te ha pasado? ¿Qué son todas esas heridas?—, se interesó.

—Tranquila que esto no es nada—, respondió restándole importancia —Acompañé a los primeros equipos de rescate que llegaron a San Pedro y estuve ayudándoles a buscar supervivientes entre los escombros, pero lo único que encontré fueron incendios, astillas y cristales—

—¿De verdad no encontrasteis ningún superviviente?—

—Ni uno solo. Solamente encontramos... ya sabéis, trozos de ellos. Solamente trozos...—, respondió con la mirada perdida y voz entrecortada. —Estuvimos un día entero recogiendo y amontonando en una carpa que instalaron en la playa. Decían que querían “recomponer los cuerpos”—, dijo con amargura —¿Os dais cuenta de hasta qué punto desconocen lo que pasó? —, y bajando la voz, añadió:

—Nosotros sabemos que no se pueden recomponer porque a todos los cuerpos les falta algún trozo—

—¿Y qué hicisteis con ellos?—, preguntó Bibiana.

—Lo único que podíamos hacer. Seguimos amontonando mientras esperábamos a que llegaran los refrigeradores para guardarlos, pero tardaron demasiado en hacerlo, la tienda se llenó de moscas y gusanos... y al final no tuvimos más remedio que rociarla con gasolina y prenderle fuego—

—Gracias, Juan—, dijo Bibiana —Gracias en nombre de todos. Sin ti, nunca habríamos conseguido salir de allí—

El anciano asintió agradeciendo en silencio aquel gesto, apretó los labios y mientras sus ojos comenzaban a humedecerse, señaló hacia el pesquero y las invitó a que subieran a bordo mientras que él iba a recoger un par de cajas que tenía que llevar al hospital de campaña de Annobón.

Cuando cinco horas después atracaron en el atestado muelle de San Pedro, Samanta comenzó a temblar al tiempo que un sudor frío se apoderaba de todo su cuerpo al divisar las tiendas de campaña. Por un momento pensó que no podría hacerlo, que no podría volver a pisar aquella isla, pero sabía que si no lo hacía jamás podría encontrarle. Porque ella, a pesar de todo, estaba segura de que seguía con vida.

Se estremeció al imaginárselo flotando agarrado a un tronco, malherido, esperando a que la ayuda llegara hasta él. Algo en su interior la decía que tenía que saber cuál había sido su destino para poder seguir adelante o de lo contrario, jamás podría cerrar del todo aquella puerta.

En cuanto desembarcaron, Juan las condujo hasta la gran carpa en la que se recopilaban los datos de los escasos cadáveres identificados.

Centenares de imágenes de cuerpos horriblemente mutilados giraron entre sus manos; más y más rostros de personas que habían muerto de formas

inimaginables.

Una mujer de una ONG española que las estaba ayudando en la identificación, al llegar a la tercera carpeta tuvo que salir corriendo de la tienda para vomitar. Nadie se ofreció para ocupar su lugar, pero a ellas no les importó. Lo entendían perfectamente. Sabían que aquellas imágenes acosarían de por vida los sueños de cualquiera que las viera.

Tras casi una hora de revisar fotografías y expedientes sin encontrarle, Bibiana miró con desánimo a su amiga.

—No está aquí—, dijo.

Ella, simplemente asintió, y respondió:

—Lo sabía, pero me da igual. Hemos de seguir buscando—

En ese instante, Juan entró corriendo en la tienda. Jadeaba tanto que apenas era capaz de articular palabra, pero tras unos segundos consiguió decir:

—Venid... Daos prisa. Han encontrado algo—

Ambas cruzaron una mirada de esperanza y salieron corriendo tras él.

El campamento era un caos de miembros de los cuerpos de emergencia, militares y voluntarios, por lo que tuvieron que abrirse paso casi a empujones hasta detenerse ante un camión que acababa de llegar de recoger cadáveres en el sur de la isla.

Varios hombres con chalecos de la cruz roja estaban descargando los cuerpos. El olor era insoportable y había moscas zumbando por todas partes, pero ellas apenas lo percibían, solo miraban hacia el lugar que Juan les estaba señalando.

Apartados a un lado del camión, descubrieron cuatro cadáveres que reconocieron de inmediato. Eran los cuerpos del sargento y de sus tres hombres, los que habían sido asesinados en la cala.

Al advertir que sus miradas denotaban tristeza e interés en lugar de la habitual repulsión, un hombre con uniforme militar y una carpeta entre las manos se acercó hasta ellas.

—¿Les conocían?—, preguntó.

Samanta le echó una rápida mirada a la insignia que le identificaba como sargento, y respondió:

—No. Nos hemos confundido—, mintió.

Antes de que les desembarcaran, todos ellos habían hecho un pacto. Ninguno

contaría jamás nada de lo sucedido. Lo mejor que podían hacer por el resto del mundo era guardar silencio. Además, si sus compañeros fallecidos habían muerto intentando eliminar cualquier rastro de lo sucedido, ellos no iban a traicionarles.

—Es normal—, dijo el sargento mirando los cadáveres —Sin cabeza es casi imposible reconocer a nadie. Tendríamos que realizar análisis de ADN para conseguirlo, pero... la mayoría de estos pobres diablos nunca serán identificados—, dijo el sargento arrugando la nariz —El hedor de los cadáveres en descomposición comienza a ser insoportable y si no conseguimos más refrigeradores, tendremos que incinerarlos antes de que se desate una epidemia—, y mirándoles más atentamente, añadió:

—Es muy curioso. De todas las mujeres blancas que hay por aquí, ustedes dos son las únicas capaces de atravesar todo el campamento a la carrera para contemplar cuatro cadáveres decapitados y además, lo hacen sin el menor gesto de desagrado—, dijo con tono inquisitivo antes de preguntar:

—¿Quiénes son? ¿Pertenece a alguna organización humanitaria? ¿Porque no serán periodistas, verdad?—

Justo cuando Bibiana estaba a punto de perder los nervios, Juanfra se abrió paso a través de la multitud llegando hasta ellas.

—Me alegro mucho de volver a veros, chicas. Permitid que yo me ocupe de este asunto...—, dijo.

Tras cruzar unas pocas palabras con el sargento, este ordenó a unos hombres que se llevaran aquellos cuatro cuerpos mientras que Juanfra cogía a Samanta y Bibiana de las manos y las acompañaba hasta una tienda con el logotipo de "*Beaumont Enterprises*" rotulado en el frontal.

Nada más entrar, todos los que estaban en su interior se giraron hacia ellas y las observaron con una mezcla de respeto y admiración, pero a un gesto de Juanfra regresaron inmediatamente a sus tareas.

A continuación se les acercó un hombre, un excesivamente tímido y asustadizo pescador que acababa de regresar del lugar en el que hasta hacía unos días se encontraba Borikai, y les aseguró que al bordear el banco de niebla que envolvía la zona habían avistado varios cuerpos flotando. Al descubrirlos, él y el resto de su tripulación se acercaron hasta el borde de la niebla para subirlos a bordo. Pero en cuanto se aproximaron una lancha surgió inesperadamente de la nada obligándoles a realizar una brusca maniobra, y provocando que su

barco colisionara con un bajío. El accidente provocó una brecha de agua en el casco que les obligó a regresar a puerto sin haber podido rescatar ningún cuerpo.

Juanfra arrugó el ceño, preocupado. No estaba seguro de que ir hasta allí fuera una buena idea, especialmente para Samanta. Temía que todavía no estuviera preparada para lo que pudieran encontrar.

—¿Nos puedes llevar?—, preguntó ella forzándole a responder. Intuía que Juanfra dudaba si debía hacerlo y no quería concederle tiempo para que se inventara alguna excusa.

—Si queréis ir, os llevaré—, dijo —Pero tenéis que ir las dos, y además, debéis saber que allí no queda nadie con vida. Es muy importante que asumáis que solamente encontrareis muertos—, y mirando melancólicamente a Samanta, añadió:

—Tienes que aceptarlo, amiga mía. No hay nadie con vida, todos murieron. Deja de sufrir, deja de buscar vida en donde no la puede haber—

—Yo solo quiero cerciorarme. Nada más que eso—, insistió Samanta.

Juanfra asintió con seriedad.

—De acuerdo. Pero te aseguro que Carlos murió en Borikai. Y cuando digo que murió, es que murió... del todo—

—¿Y si tan seguro estás de ello, por qué estás dispuesto a llevarnos hasta allí?

—

—Porque a pesar de que todos hemos hecho lo que debíamos, tengo un estúpido sentimiento de culpabilidad que me fuerza a hacerlo. Supongo que de alguna forma intento compensaros por mis actos. En la mansión intenté asustaros para que os marcharais, pero... fallé. Aunque en el fondo no lo hice. Si cada uno de nosotros no hubiera estado aquí y hecho lo que hizo, quién sabe cómo habrían discurrido los acontecimientos—

—El caprichoso destino ha sido el que trazó los caminos que nos condujeron a este lugar, y es también el destino el que ahora quiere regresemos allí—, dijo Samanta para a continuación detenerse durante unos segundos.

Notaba la garganta seca y tan tensa que incluso le costaba respirar. Al darse cuenta de que parecía encontrarse mal, Juanfra cogió su mano apretándola con suavidad.

—¿Puedo preguntarte algo, Samanta?—

—Por supuesto. Dime...—

—¿Alguna vez te has preguntado por qué ellos murieron y los demás no lo hicisteis?—, la preguntó.

—Desde el mismo instante en el que vi hundirse la isla en el océano no he dejado de preguntármelo. Sé que te parecerá una locura, pero... pienso que no es justo. Todos fuimos peones del mismo juego y todos debimos haber corrido la misma suerte, pero sin embargo solamente ellos... se fueron—

La expresión de su rostro, una mezcla de angustia y culpa, apesadumbró el corazón de Juanfra quien, tras inspirar profundamente, soltó el aire muy despacio y al terminar, dijo:

—De acuerdo, Samanta. Tan solo quería estar seguro de que estabas preparada —, dijo, esbozando una sonrisa melancólica que le retorció el corazón —La primera vez que os vi no me imaginé que fuerais tan valientes. Ahora sé que podrás afrontar lo que os aguarda, así que de acuerdo... iremos. Descansad un poco mientras preparamos el barco—

Por primera vez en lo que iba de día, Samanta pudo relajarse lo suficiente para comer un poco y beber una rebosante taza de café que le ofreció Juan.

—¿Cómo está Barrow? ¿Has vuelto a saber algo de él?—le preguntó a Juanfra la segunda vez que vino a visitarlas.

—Ha decir verdad no he vuelto a verlo desde que desembarcó. Está claro que Beaumont no quería que nada de esto se supiese y lo dejó todo muy bien atado. El barco que nos rescató pertenecía a Beaumont, al igual que el hospital al que fuisteis trasladadas y en el que os han atendido. Beaumont quería evitar que alguien pudiera irse de la lengua, pero cuando Barrow y los dos soldados llegaron al hospital... se esfumaron.

Los tres desaparecieron sin dejar el menor rastro. Barrow debía sospechar que el viejo pretendía silenciarles para siempre y decidió que lo mejor para él, y también para sus hombres, sería marcharse sin cobrar—

—Entiendo—, dijo Samanta —¿Y que ha sido de Areces? ¿Le has vuelto a ver?—

—No, pero me han llegado rumores de que un hombre que se corresponde con su descripción ha sido visto navegando en círculos por la zona en la que se hundió Borikai. Y curiosamente es la misma zona en la que una lancha obligó a regresar a puerto a ese hombre con el que hemos hablado hace un rato...—

—¿Cuántas posibilidades crees que hay de que se trate de él?—, dijo intentando no alzar la voz para evitar despertar a su compañera que dormía

profundamente sobre un catre cercano.

—Eso depende de cuantos blancos malhumorados se encuentren navegando en una lancha por una zona restringida—, respondió bajando la voz.

—Sí. Está claro que solo puede tratarse de areces, pero... ¿qué hace navegando él solo?—

—Es evidente. Está buscando lo mismo que tú. Un motivo para continuar con su vida... y creo que si alguien puede convencerle para hacerlo, esa eres tú—

Samanta se le quedó mirando con expresión pensativa. A pesar de que los ojos de Juanfra denotaban una profundísima tristeza, ella intuía que estaba intentando ocultarla algo, algo muy importante y que por algún motivo no se atrevía a decirla. Ansiaba saber de qué se trataba, pero no quería forzarle así que decidió esperar a que él mismo se lo dijera cuando estuviera preparado para hacerlo, por lo que asintió con una sonrisa, y preguntó:

—¿Zarparemos pronto?—

—En cuanto el barco esté listo vendré a por ti—, le prometió Juanfra —Pero ahora será mejor que duermas un poco—, dijo despidiéndose y saliendo rápidamente de la tienda.

Una hora después, abrió los ojos y vio a Bibiana sentada a su lado y con dos pequeñas mochilas sobre el suelo. Debía de haber adivinado que Samanta, sabiendo que Bibiana no estaba totalmente convencida de que debieran volver al mar, no querría arriesgar su vida en aquel viaje y que aprovechando que dormía se marcharía sin ella.

—Al final voy a ir contigo—, la dijo —Y te advierto de que no hay nada que puedas hacer o decir que pueda disuadirme de hacerlo—

—¿Estás segura? Lo pregunto porque hasta ayer mismo ni tan siquiera querías regresar a Annobón—

—Te aseguro que quiero hacerlo, pesada—, dijo con tono convencido.

—Hummm... no sé—, dudó Samanta —Me han dicho que será un viaje triste, largo y puede que incluso peligroso—

Bibiana se encogió de hombros y con una simpática mueca, respondió:

—En primer lugar, he hablado con Juan y me ha asegurado que él mismo guiará el barco y que hará que el viaje se nos pase volando. Y en segundo lugar, nuestra jefa me encargó que hiciera este trabajo contigo y ahora que queda tan poco no voy a permitir que te lleves todo el mérito tú solita—

Al escucharla, Samanta sonrió y ambas se abrazaron con fuerza. Lo harían juntas.

Pero lo que desconocía era que su amiga había planeado algo muy distinto a lo que ella se pensaba, aunque eso no lo descubrió hasta que al llegar al muelle se encontró con que no iban a viajar a bordo del pesquero, sino de una de las lanchas de Juan.

Su hijo Matías había navegado desde el continente para hacer aquél último viaje y fue él mismo quien, mostrando lo que a ella le pareció un excesivo respeto, la ayudó a subir a bordo de la lancha y una vez en ella, Matías, con lágrimas en los ojos, la abrazó mientras decía:

—Cúidese mucho, por favor—

Sorprendida por aquel inesperado gesto de cariño, Samanta le miró con ternura, y respondió:

—Vale... te prometo que lo haré—

—Y... si puede, vigile muy de cerca a mi padre. Ya sabe usted cómo es—

—Por supuesto que lo haré. Bueno... al menos lo intentaré, porque como bien has dicho ya sabemos cómo es, pero ¿por qué esta despedida? ¿Es que nuestro destino no es Borikai? ¿Es que nos vas a acompañarnos?—, pregunto confundida.

—No. Lo siento pero no puedo ir con vosotros—, se disculpó, con aspecto afligido mientras soltaba lentamente su mano y retrocedía hasta volver a pisar las piedras del muelle en el que se había congregado un numeroso grupo de personas para despedirles.

—Pues vaya...—, murmuró Samanta al verlas —No creía que nos apreciaran tanto—

—Pues lo hacen...—, sonó un voz grave, a su espalda.

Samanta se giró rápidamente y al descubrir a Areces, se arrojó sobre él abrazándole con fuerza.

—Yo también estoy muy contento de que volvamos a estar todos juntos, pero no puedo negar que me sorprende este efusivo saludo—

—¿De verdad es usted?—, exclamó incrédula —¡Me alegro muchísimo de volver a verle, cascarrabias! —

—Y yo también me alegro de ver que, por fin, ambas han decidido acompañarnos en este largo viaje—, dijo mirándolas de forma mordaz.

—¿Pero... cómo demonios?—, vaciló Samanta —Juanfra me había dicho que se había vuelto loco y que estaba navegando en círculos...—

—Reconozco que he estado bastante más cuerdo de lo que estoy, pero la aseguro que no soy tan tonto como para navegar en círculos. O al menos, no para hacerlo sin un buen motivo—

—Estoy completamente segura de eso, Areces. Pero dígame ¿por qué motivo no vamos con Juanfra en el pesquero? ¿Es que se ha arrepentido?—

—No—, dijo Areces cogiendo su mano con suavidad —Es porque él no conoce la ruta hacia el lugar al que hemos de dirigirnos—

—No tengo ni la menor idea de qué quiere decir con eso, pero estando con usted y con Bibiana en un barco guiado por el viejo Juan, no hay nada que pueda salir mal—, dijo guiñándoles un ojo al tiempo que se abrazaba a los dos y señalando hacia el muelle, gritaba con alegría:

—¡Mirad!—, exclamó con júbilo —¡Al final, Juanfra también ha venido a despedirnos!—, indicó señalando al joven que corría hacia el borde del muelle. Al llegar al final, su voz se elevó por encima de las de todos los demás.

—¡Gracias! ¡Jamás podremos agradecerles todo lo que han hecho por nosotros! ¡Rezaremos por ustedes! ¡Lo haremos todos los días de nuestra vida!—

Las palabras de su amigo la desconcertaron tanto, que no opuso la menor resistencia cuando Bibiana tiró de ella hacia las escaleras que llevaban hasta el comedor situado bajo la cubierta. Mientras bajaba los primeros peldaños, volvió la vista hacia el muelle, pero Juan ya había iniciado la maniobra y el barco comenzaba a moverse tan velozmente que decidió que lo mejor para su estómago sería bajar y sentarse.

Pero en cuanto alcanzó la parte baja de la escalera, se detuvo y pestañeó repetidamente intentado discernir si lo que estaba viendo era real o si solamente era una más de sus cada vez más frecuentes alucinaciones.

—¡Bienvenida a bordo, señoritas!—, las saludaron Barrow y sus dos hombres sentados tras la mesa mientras daban buena cuenta de una botella de whisky.

Samanta quiso responderles, devolverles el saludo, pero había enmudecido. No era capaz de hacer que ningún sonido saliera de su boca.

—¿Creéis que será posible que esta indisciplinada civil por fin haya aprendido a quedarse calladita?—, bromeó Barrow levantándose y acercándose hasta ella para abrazarla.

—Es... esto es totalmente imposible...—, murmuró Samanta frotándose los

ojos —Vosotros... desaparecisteis. Juanfra me aseguró que no sabía nada de vosotros...—

Barrow puso las manos sobre sus hombros, la sonrió con franco afecto, y dijo: —El joven Juanfra ha hecho un gran trabajo. Ha cumplido las indicaciones de Beaumont al pie de la letra, pero cuando llegamos al hospital nos dimos cuenta de que al viejo se le habían escapado un par de detalles que era mejor... dejar bien atados, así que decidimos hacerlo nosotros mismos—

—¿A qué detalles se refiere?—, preguntó aún a sabiendas de que la respuesta probablemente no sería de su agrado.

—A los archivos de sus investigaciones. Había dado órdenes de que todos fueran destruidos y quisimos asegurarnos de que tras su muerte, los investigadores lo habían hecho, así que fuimos hasta el último laboratorio que permanecía activo y comprobamos que tal y como sospechábamos no lo habían hecho. Afortunadamente, con la excepción del equipo de seguridad, el resto de las instalaciones estaban desiertas. Los guardias me reconocieron de inmediato así que solamente tuve que ordenarles que se fueran y un rato después... nos aseguramos de que los deseos del viejo se cumplieran.

Borramos todos los discos duros, incendiámos el laboratorio y regresamos para... acompañaros. Ya es hora de que nos jubilemos y disfrutemos un poco de esa paz con tanto ahínco hemos evitado durante toda nuestra vida—

Ella ladeó la cabeza, sorprendida.

—¿De verdad vamos a ir todos juntos? Habéis caído en la cuenta de que... bueno, da igual. Creo que me estoy volviendo un poco paranoica—, dijo dejándose caer sobre uno de los asientos. —Supongo que debe ser por el cansancio y las emociones, pero estoy agotada—, suspiró.

—Ven—, la pidió Bibiana —Túmbate en uno de los camarotes y descansa. Yo te despertaré cuando sea necesario—

Unos minutos después una sonrisa se dibujó en su rostro mientras que sus ojos se cerraban. Estaba feliz de haberse vuelto a reunir con sus compañeros. Pero en ese momento una nube oscura truncó su sonrisa. No estaban todos. Faltaban Marian y sobre todo, le faltaba Carlos.

—Me lo prometiste—, murmuró mientras sus lágrimas resbalaban por la mejilla —Me prometiste que estaríamos juntos, pero te fuiste. Ni tan siquiera pude despedirme de ti...—, sollozó con el corazón destrozado.

Entonces, una luz brilló en su mente transportándola a una hermosa playa de

doradas arenas situada bajo un luminoso cielo de un azul tan intenso que se confundía con el mar, y allí, aguardándola, vio a Carlos, sonriéndola al tiempo que extendía su mano hacia ella mientras decía:

—*Te lo había prometido. Y yo siempre cumplo mis promesas*—

—Samanta... —, la susurró Bibiana —Despierta, amiga. Ya hemos llegado.

Samanta abrió muy lentamente los ojos y aún medio dormida, protestó:

—Déjame en paz... pesada. Acabo de acostarme... no podemos haber llegado a ningún sitio...—

—Te equivocas. Estabas muy cansada y te has pasado todo el viaje durmiendo. Tienes que levantarte y ver esto. Es tan hermoso...—

Ella abrió los ojos de golpe e incorporándose en la cama, preguntó:

—¿Estás hablando en serio? Quiero decir ¿De verdad que ya hemos llegado?

—, y sin esperar por la respuesta se levantó de un salto y comenzó a vestirse mientras decía:

—¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Dónde está mi camisa? ¿Por qué no me habéis despertado?—

—No queríamos verte triste y preferimos aguardar hasta llegar al final del viaje para hacerlo. Queríamos que las lágrimas de ayer fueran las últimas que salieran de tus ojos—

—Vale, unas palabras muy bonitas, pero... ¡Venga! ¡Subamos a cubierta!—, exclamó saliendo a la carrera del camarote.

Cuando alcanzó la cubierta vio al resto de sus compañeros en fila ante la barandilla de estribor, así que corrió hacia ellos y al ponerse a su lado, abrió los ojos y con incredulidad admiró la paradisiaca playa ante la que habían fondeado.

—¿Qué... qué lugar es este?—, preguntó con voz balbuceante.

—¿Es que no te suena de nada?—, respondió Areces —¿En serio no recuerdas este sitio?—

Samanta tiritó al sentir la brisa que soplaba hacia la playa y hacía moverse las ramas de las palmeras. Sí. Sabía en dónde estaba.

—Se... se parece a...—,

—*Borikai*—, sonó a su espalda una voz que había imaginado en innumerables ocasiones desde que les rescataron. La había escuchado entre las espuma de

las olas rompiendo contra las rocas; la había escuchado en la luna que cada noche la arrullaba protegiéndola de las pesadillas y sobre todo, la había escuchado a lomos de la mágica brisa que atravesaba dos mundos y un océano para reconfortarla.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzó a temblar. Sabía a quién pertenecía aquella voz, pero... también sabía que era imposible. Todo aquello era un sueño del que no quería despertar y temía que se esfumara si se giraba.

—*Te lo prometí*—, volvió a escuchar, pero esta vez mucho mientras sentía cómo un intenso calor se extendía por su pecho —*Ha llegado el momento de cumplir mi promesa*—

Unas manos se posaron con suavidad sobre sus hombros girándola muy lentamente y entonces... el sueño no se esfumó.

Era él. Vio su sonriente rostro acercándose hasta el de ella; notó la calidez de sus labios posándose sobre los suyos y en ese momento lo comprendió todo.

Beaumont siempre había sabido que el destino de todos ellos era morir en Borikai, pero también sabía que sus almas permanecerían habitando en ella incluso después de que se hubiera hundido en lo más profundo del océano. Porque al otro lado, en el mundo de los muertos, aquella isla jamás desaparecería. El viejo lo sabía y, no solo concibió un para acabar con Vanda, sino que también se ocupó de planificar meticulosamente su reencuentro.

El barco que les había rescatado no se encontraba en aquellas aguas por casualidad. Él mismo había ordenado que estuviera allí, al igual que había ordenado que en cuanto les recogiesen, fueran inmediatamente trasladados a uno de sus hospitales privados para evitar que los médicos guineanos descubrieran que, a pesar de que podían moverse y hablar, no tenían constantes vitales; al igual que él no las había tenido desde que murió en su cama veinte años atrás.

Ahora entendía la extraña actitud de Juanfra. Él era su nexo de unión con el mundo de los vivos, el encargado de reunirles a todos. Y también entendía la respetuosa mirada del pescador cuando la aviso de que Areces estaba navegando en círculos en el lugar en el que se había hundido la isla. El pescador sabía que ellas no podían estar vivas, y Juanfra sabía que Areces estaba manteniendo abierta la puerta al otro mundo mientras aguardaba a que

llegaran.

Por eso Bibiana insistía tanto en que no se separaría de ella, porque ambas tenían que viajar juntas, pero no para buscar a un muerto, sino para entrar juntas en su mundo.

Recordó la triste despedida de Matías cuando le rogó que velara por su padre y entre lágrimas la confesó que él no podía acompañarles. No podía hacerlo porque estaba vivo. Y lo mismo pasó con Juanfra. Hasta que no estuvo completamente seguro de que estaban preparadas para aceptar su muerte, no les reunió a todos para continuar el viaje. Un viaje sin retorno al mundo de los muertos. Un viaje al que sería su hogar para toda la eternidad.

Ahora tenía una hermosa isla, a sus amigos, a su amado y toda la eternidad para ser feliz a su lado.

Samanta miró a los ojos de Carlos y sonrió mientras que abajo, en la playa, Beaumont y Marian les invitaban a reunirse con ellos.

FIN

Más libros del autor

[Feminarquía 2094](#)

[Extinción](#)

[Virus Luna. El Torreón.](#)

[Virus Luna. La Atalaya.](#)

[Virus Luna. El Faro.](#)

[Virus Luna. El Santuario.](#)

[La maldición de Casas Negras.](#)

[Extinción Z. Los Elegidos.](#)

[Extinción Z. Los Demonios.](#)

[Extinción Z. Los Olvidados](#)

[Terra Gartex](#)